III

ROSA

LA SANGUINARIA

NICHOLAS EAMES

Tam Hashford está cansada de trabajar en el pub del pueblo sirviendo bebidas a las famosas bandas de mercenarios y escuchando a los bardos cantar sobre gloriosas aventuras más allá de su tranquilo hogar.

Cuando la más famosa banda de mercenarios llega al pueblo, liderada por la infame Rosa La Sanguinaria, Tam aprovecha la oportunidad para sumarse haciendo de bardo. Ella busca aventuras, y aventuras es lo que tendrá cuando la banda se embarque en una búsqueda que puede terminar solo de alguna de estas dos maneras: gloria o muerte.

Nicholas Eames

Rosa la Sanguinaria

La Banda - 2

ePub r1.0
Watcher 26-04-2023

Título original: *Bloody Rose*
Nicholas Eames, 2017
Traducción: David Tejera Expósito
Ilustración de cubierta: Richard Anderson

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

Proyecto Scriptorium

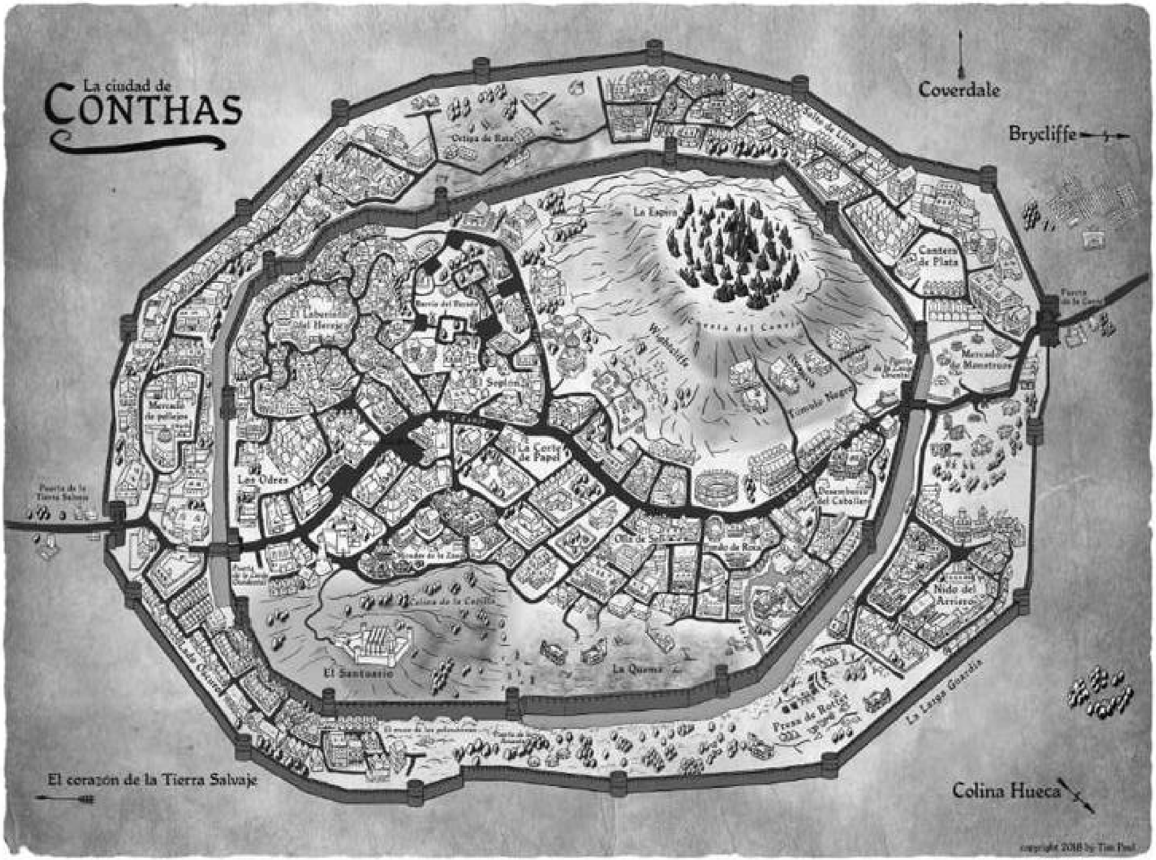
"La lectura es para la mente
lo que el ejercicio es para el cuerpo"
—Joseph Addison

{ 10.º
Aniversario }

epublibre

"Más libros, más libres"

Para mi hermano Tyler.
Si este libro es digno de ti,
es gracias a que tú lo hiciste así.


La ciudad de
CONTHAS
Coverdale
Brycliffe
Colina Hueca
El corazón de la Tierra Salvaje
Cantera de Plata
Túmulo Negro
Wightcliffe
La Corte de Papel
Los Odres
Nido del Arriero
El Santuario
La Quema
La Larga Guardia
copyright 2018 by Tim Paul

1

El Mercado de los Monstruos

La madre de Tam decía que tenía un corazón de Tierra Salvaje.

—Significa que eres una soñadora —le explicó a su hija—. Una nómada, como yo.

—También significa que debes tener cuidado —añadió su padre—. Tener un corazón de Tierra Salvaje requiere poseer una mente sabia con la que atemperarlo. Y también un brazo fuerte con el que mantenerte a salvo.

Su madre sonrió al oírlo.

—Tú eres mi brazo fuerte, Tuck. Y Bran es mi mente sabia.

—¿Branigan? Sabes que lo quiero, Lil, pero tu hermano comería nieve amarilla si le dijeses que sabe a whisky.

Tam recordó la risa de su madre, un sonido musical. ¿Se había reído su padre en esa ocasión? Lo más seguro es que no. Tuck Hashford no era de los que se reían. Ni siquiera antes de que asesinasen a la Tierra Salvaje que era su mujer. Y mucho menos después.

—¡Niña! ¡Oye, niña!

Tam parpadeó. Un mercader con patillas y un flequillo rubio se la quedó mirando.

—Muy joven para ser arriera, ¿no?

Ella se envaró, como si ser más alta sirviese también para aparentar más edad.

—¿Y?

—Pues que… —Se rascó una costra que tenía en la coronilla calva —. ¿Qué te trae al Mercado de los Monstruos? ¿Estás en una banda o algo así?

Tam no era mercenaria. No sabía luchar por su vida. Sí que podía disparar un arco con una habilidad nada desdeñable, pero eso era algo que podía hacer cualquiera que tuviese dos brazos y una flecha, en realidad. Y además, Tuck Hashford tenía una regla muy estricta en lo referente a que su hija se convirtiese en una mercenaria y se uniese a

una banda: «Ni de puta coña».

—Sí —mintió—. Estoy en una banda.

El hombre le dirigió una mirada de sospecha a la chica alta, delgada y desarmada que tenía frente a él.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se llama?

—Ensalada de Ratas.

—¿Ensalada de Ratas? —El rostro del tipo se iluminó como un burdel al anochecer—. ¡Pedazo de nombre para una banda! ¿Lucharéis en la arena mañana?

—Claro. —Otra mentira. Pero, como siempre decía el tío Bran, las mentiras eran como un whisky kaskariano: si te bebías uno, no podías parar—. Estoy aquí para decidir contra qué luchar.

—Una mujer de armas tomar, ¿eh? La mayoría de las bandas envían a sus agentes para ese tipo de detalles. —El mercader le hizo un gesto de admiración—. ¡Me gustas! ¡Así que no busques más! ¡Tengo una bestia por aquí que sorprenderá al público y hará que todos los bardos desde aquí hasta el Zoco del Estío dediquen canciones a Ensalada de Ratas! —El hombre se acercó a una jaula cubierta con una tela, que quitó con una floritura—. ¡Aquí está! ¡La temible cocatriz!

Tam nunca había visto una cocatriz, pero sabía lo bastante sobre ellas como para tener claro que lo que había dentro de la jaula no era una.

Era un pollo.

—¿Un pollo? —El mercader pareció ofenderse mucho cuando Tam se lo hizo saber—. Niña, ¿es que estás ciega? ¡Mira el tamaño de esa cosa!

A ver, era un pollo muy grande, sin duda. Le habían embadurnado las plumas con tinta negra y tenía el pico manchado de sangre para que luciese más asilvestrado, pero Tam no las tenía todas consigo.

—Una cocatriz puede convertir la carne en piedra solo con la mirada —indicó.

El mercader le dirigió una sonrisa, como la de un cazador que ve cómo su presa se dirige directa a la trampa.

—¡Solo cuando quiere hacerlo, chavala! Todas las abejas pican, ¿verdad? Pero solo lo hacen cuando están enfadadas. ¡Una mofeta siempre huele mal, pero solo expulsa ese olor cuando la asustas! ¡Ah, y mira esto! —Extendió la mano hacia la jaula del pollo y sacó una escultura de piedra que tenía cierto parecido con una ardilla. Tam decidió no señalar el precio que tenía escrito con tiza en la parte de abajo—. ¡Ya se ha cobrado una víctima hoy mismo! ¡Cuidado con la…!

—¡Clocló! —dijo el pollo, consternado por el secuestro de su único amigo.

Se hizo un silencio incómodo entre Tam y el mercader.

—Debería irme —comentó ella.

—Que las gracias de Glif guíen tu camino —repuso el hombre con brusquedad al tiempo que volvía a cubrir la jaula con la sábana.

Tam se internó aún más en el Mercado de los Monstruos, hacia lo que hace tiempo se llamaba calle Caliza, antes de que las arenas de combate empezaran a proliferar como setas por toda la parte septentrional y los mercaderes empezaran a llegar para montar sus negocios. Era una calle amplia y recta, como la mayoría de las de Ardburgo, y estaba rodeada por ambos lados de gallineros de madera, jaulas de metal y trincheras excavadas y cubiertas con alambre de espino. La mayor parte del tiempo no había mucha gente, pero al día siguiente iba a haber combates en la arena y algunas de las mejores bandas de mercenarios de Grandual llegarían pronto al pueblo.

Tuck Hashford también tenía una regla en lo referente a que su única hija se acercase al Mercado de los Monstruos o a la arena, o a que se mezclase con mercenarios en general: «Ni de puta coña».

A pesar de ello, Tam tomaba ese camino para ir al trabajo, no porque fuese más rápido, sino porque avivaba algo en su interior. Le daba miedo. La emocionaba. Le recordaba a las historias que le contaba su madre, esas de misiones arriesgadas y aventuras salvajes, de bestias temibles y héroes valientes, como su padre y el tío Bran.

Además, como lo más seguro era que se fuese a pasar toda la vida sirviendo bebidas y tocando el laúd por unas monedas de cobre en la fría Ardburgo, un paseo por el Mercado de los Monstruos era lo más parecido a una aventura que iba a experimentar jamás.

—¡Aquí! —le gritó una mujer narmeerí cubierta de tatuajes cuando pasó junto a su puesto—. ¿Quieres ogros? ¡Tengo ogros! ¡Ogros frescos de las colinas de los Manantiales Occidentales! ¡Los más fieros!

—¡Mantíííííííííícoras! —gritó un norteño de cabeza afeitada y rostro lleno de cicatrices—. ¡Mantíííííííícoras!

Había una mantícora de verdad detrás de él. Tenía las alas de murciélago atadas con unas cadenas y la cola llena de púas metida en un saco de cuero. Las fauces leoninas estaban cubiertas por un bozal, y a pesar de estar en cautividad la criatura conseguía parecer amenazadora.

—¡Huargos de los Bosques Invernales! —anunció otro mercader por encima de un coro de gruñidos graves—. ¡Nacidos en la Tierra Salvaje, criados en una granja!

—¡Trasgos! —aulló una anciana desde lo alto de una carreta con

barrotes de acero—. ¡Comprad vuestros trasgos por aquí! ¡Una marcorona cada uno o doce por diez monedas!

Tam miró el interior de la jaula sobre la que se encontraba la anciana. Estaba atestada de esas criaturitas sucias que en su mayoría lucían esqueléticas y malnutridas. Dudaba que una docena de esos trasgos presentasen un desafío para una banda de mercenarios medio decente. No valían ni lo poco que costaban.

—¡Oye! —gritó la mujer desde las alturas—. ¡Esto no es una tienda de ropa, niña! ¡O compras un puto trasgo o te das el piro!

Tam intentó imaginar lo que diría su padre si llegase a casa con un trasgo por mascota, y fue incapaz de evitar que se le dibujase en el rostro una sonrisa.

—Ni de puta coña —murmuró.

Siguió caminando a través de los agentes y los arrieros locales mientras gritaban y regateaban con los mercaderes y con robustos cazadores kaskarianos. Intentó no quedarse boquiabierta al ver la gran variedad de criaturas y de comerciantes que las vendían. Vio trols desgarbados cuyas extremidades cercenadas estaban cubiertas con plata fundida para evitar que se regenerasen, y también un ettin gigantesco y musculoso al que le faltaba una de sus dos cabezas. Pasó junto a una gorgona con la cabeza llena de serpientes encadenada por el cuello a unos soportes que había en la pared que tenía detrás, y también al lado de un caballo negro que escupió fuego en el rostro de alguien lo bastante imbécil como para revisarle la dentadura.

—¿Tam?

—¡Sauce!

Se acercó a la carrera al puesto de su amigo. Sauce era un isleño de la Costa de la Seda, de piel broncínea y muy grande entre los suyos. Recordó que, al conocerlo, Sauce le había resultado un nombre curioso para un tipo de su tamaño, y él le había dicho que era porque un sauce proyecta sombras a su alrededor, lo que también era cierto en su caso, a decir verdad.

Los rizos negros de Sauce se agitaron cuando negó con la cabeza.

—¿Atajando otra vez por el Mercado de los Monstruos? ¿Qué diría el viejo Tuck si lo supiera?

—Creo que ambos sabemos la respuesta, Sauce —respondió Tam con una sonrisa—. ¿Cómo va el negocio?

—¡Mejor que nunca! —Hizo un gesto hacia la mercancía, toda una variedad de serpientes aladas en cajas de mimbre detrás de él—. ¡Dentro de poco, habrá un zanto en las casas de todo Ardburgo! Son unas mascotas excelentes, ¿sabes? Les encantan los niños, siempre que a estos no les importe recibir un escupitajo de ácido corrosivo en la

cara de vez en cuando. Lo malo es que no toleran muy bien el frío de esta zona y mueren al mes siguiente. La próxima vez que vaya a casa me voy a traer unas langostas, mejor. No creo que me cueste vender langostas.

Tam asintió a pesar de que no tenía ni idea de qué tipo de monstruo era una langosta.

Sauce jugueteó con gesto ausente con algunas de las caracolas del collar que llevaba al cuello.

—Oye, ¿te has enterado? Por lo visto ha aparecido otra Horda, al norte de Cragmoor, en los Yermos de la Bruma. Cincuenta mil monstruos empecinados en invadir Grandual. Dicen que su líder es un gigante que se llama…

—Bronturo —terminó Tam—. Lo sé. Trabajo en una taberna, ¿recuerdas? Si hay algún rumor, seguro que lo he oído. ¿Sabes que la sultana de Narmeer en realidad es un joven que lleva una máscara de mujer?

—Eso es imposible.

—¿O que esa costurera de Rutherford que mató a su marido afirma ser la mismísima Reina del Invierno?

—Lo dudo mucho.

—¿Y ese que dice que…?

El siguiente rumor quedó interrumpido por una ovación. Ambos se giraron y vieron un alboroto en el cruce más cercano. Una sonrisa de oreja a oreja se perfiló en el rostro de Tam.

—Parece que el circo acaba de llegar a la ciudad —dijo Sauce. Tam le dirigió una mirada de súplica y el isleño suspiró con teatralidad—. Venga, ve. Saluda a Rosa la Sanguinaria por mí.

Tam sonrió a su amigo antes de salir disparada hacia el gentío. Se agachó para evitar a un yethik desgreñado y después se deslizó entre dos cazadores que no dejaban de gritar y un arriero escandaloso, justo antes de que uno de los cazadores le diese un puñetazo al arriero y lo tirase al suelo de culo. Llegó a la siguiente calle cuando el primero de los carros se acercaba y se abría paso como una lombriz para situarse en la parte delantera de la multitud.

—¡Oye, cuidado! —dijo un chico de su edad de nariz aguileña y pelo rubio y liso que le dirigió un ceño fruncido para luego convertirlo al instante en lo que él suponía que debía ser una sonrisa encantadora —. Ah, perdón. Una chica guapa como tú puede estar donde quiera, sin duda.

«Qué asco», pensó Tam.

—Gracias —dijo al tiempo que le sonreía de oreja a oreja pero ponía los ojos en blanco.

—¿Has venido a ver a los mercenarios? —preguntó.

«No, he venido a ver las cagadas de los caballos. Gilipollas».

—Así es —respondió ella.

—Yo también —dijo el chico, y después le dio unas palmaditas al laúd que le colgaba del hombro—. Soy bardo.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué banda estás?

—Bueno, todavía no estoy en ninguna —respondió a la defensiva —. Pero solo es cuestión de tiempo.

Ella asintió con desinterés mientras se acercaba el carro de la primera de las bandas. Era un carro de guerra enorme, mayor que la casa que Tam compartía con su padre. Estaba forrado de cuero y de él tiraban unos mamuts lanudos blancos con cintas atadas a los colmillos. Los mercenarios a los que pertenecía se encontraban alrededor de la robusta torre de asedio construida en la parte superior y agitaban sus armas hacia la multitud agolpada a ambos lados de la calle.

—Son Castigo de Gigantes —dijo el chico que estaba junto a ella, como si los hijos predilectos del norte necesitasen presentación alguna. Los mercenarios, kaskarianos enormes y barbudos, eran clientes habituales de la taberna en la que trabajaba Tam, y su líder la saludó personalmente cuando el carro pasó junto a ella. El supuesto «bardo» la miró con unos ojos como platos—. ¿Conoces a Alkain Tor?

Tam ignoró lo mejor que pudo el tono de sorpresa del chico y se encogió de hombros.

—Claro.

Él frunció el ceño, pero no dijo nada más.

Siguieron entrando en fila varios cientos de mercenarios a pie y a caballo, y Tam reconoció algunas bandas que también eran clientes de la taberna La Piedra Angular: los Cerrajeros, los Budines Negros, los Cocidos y los Hidalgos de Pesadilla, aunque dos miembros de esa última banda estaban desaparecidos y un arácnido con armadura de acero ocupaba su puesto.

—Gentuza —murmuró el chico. Hizo una pausa, sin duda a la espera de que Tam preguntase por qué. Al ver que ella no decía nada, continuó de igual manera—: La mayoría son bandas desconocidas que se enfrentarán esta noche a diablillos de la basura en arenas privadas y en las sedes de algunos gremios. Pero las mejores, Castigo de Gigantes o Fábula, lucharán mañana en la Quebrada ante miles de espectadores.

—¿La Quebrada? —preguntó Tam. Sabía muy bien lo que era la Quebrada, pero ese fanfarrón no se callaba ni debajo del agua, por lo que decidió al menos elegir el tema de conversación.

—Es la arena de Ardburgo… —La voz del chico quedó ahogada por la multitud cuando una caravana de carros enormes pasó a toda velocidad—. Pero tampoco es que sea gran cosa. No es una arena de verdad, como las que hay por el sur. El verano pasado estuve en Cincorreinos, ¿sabes? Tiene una arena nueva que es la mayor de todo el mundo. Se llama…

—¡Mirad! —gritó alguien, lo que ahorró a Tam el engorro de agarrar por el cuello a su nuevo amigo para hacerlo callar—. ¡Son ellos! ¡Son Fábula!

Tam vio un enorme armatoste arrastrado por ocho caballos de tiro ataviados con bardas de broncíneas escamas de dragón. Dicho carro de guerra era una fortaleza que rechinaba sobre dieciséis ruedas de piedra con listones de metal en las ventanas y llenas de cadenas con púas por los costados. El techo estaba coronado por almenas de acero oxidado y torretas con ballestas montadas en las cuatro esquinas.

Tam vio con el rabillo del ojo que el chico se envaraba e hinchaba el pecho como un bulldog a punto de ladrar una llamada de apareamiento.

—Es el Reducto de los Rebeldes —dijo Tam antes de que ese idiota volviese a comentarle algo que ella ya sabía—. Pertenece a Fábula, que solo llevan juntos unos cuatro años pero se podría decir que son la banda de mercenarios más famosa de todo el mundo. —Hablaba articulando cada una de las palabras con empalagosa condescendencia —. La mayoría de las bandas solo luchan en arenas, van de ciudad en ciudad y se enfrentan a todo lo que los arrieros tienen a mano. Y eso está genial, claro, porque todos, tanto los agentes como los gestores de las arenas y a veces hasta los merces, reciben una paga y nosotros asistimos a un espectáculo maravilloso. «Merces» es el diminutivo de mercenarios, por cierto.

—Eso ya lo sa… —intentó decir el chico.

—Pero Fábula… —lo interrumpió Tam—. Fábula hace las cosas de manera diferente, a la antigua usanza. Aún van de gira, claro, pero también aceptan contratos que la mayoría de las bandas no se atreverían a firmar. Han cazado gigantes y quemado flotas de barcos pirata hasta las cuadernas. Han cazado gusanos de arena gigantes en Dumidia, y en una ocasión hasta acabaron con un rey fírbolg, aquí en Kaskar.

Señaló a un norteño de pecho amplio como un barril que estaba sentado entre dos de las almenas y que tenía una maraña de cabellos castaños que le cubría la mayor parte del rostro.

—Ese es Brune. Es una leyenda del lugar. Un vargyr.

—¿Un vargyr…?

—Los llamamos chamanes —explicó Tam—. Puede cambiar de forma a voluntad para transformarse en un oso gigante. Y mira esa, la que va de negro y con media cabeza afeitada y llena de tatuajes. Es una hechicera. Una invocadora, para ser más precisos. Se llama Cura, pero la gente la llama Bruja de Tinta. ¿Y ves al druin, Cirrolibre? ¿El alto con el pelo verde y orejas de conejo? Dicen que es el último de su especie y que nunca ha perdido una apuesta. Y que *Madrigal*, su espada, corta el acero como si fuese seda.

El rostro del chico había adquirido un gratificante tono escarlata.

—Mira, espera… —empezó a decir, pero Tam ya se había cansado de él.

—Y esa —señaló a la mujer que tenía una bota apoyada en la almena que se alzaba sobre ellos— es Rosa la Sanguinaria. La líder de Fábula, salvadora de la ciudad de Castia y, muy probablemente, la mujer más peligrosa a este lado del Corazón de la Tierra Salvaje.

Tam se quedó en silencio mientras la sombra del carro los cubría de arriba abajo. En realidad nunca había visto antes a Rosa la Sanguinaria, pero conocía todas las historias y las canciones que la nombraban y había visto ilustraciones de esa guerrera en las paredes o dibujadas en carteles por toda la ciudad. Pero la tiza y el carboncillo no hacían justicia a la realidad.

La líder de Fábula llevaba una armadura de placas de un color negro mate con salpicaduras rojas, menos los guanteletes, que relucían como si fuesen nuevos. Los habían forjado los druins (o eso decían las canciones) e iban a juego con las cimitarras *Cardo* y *Espina*, que llevaba enfundadas a cada lado de la cintura. Tenía el pelo teñido de un vivo color rojo sangre y cortado a la altura de la barbilla.

La mitad de las chicas de la ciudad se lo habían cortado igual y teñido del mismo color. Tam incluso había llegado al extremo de comprarse un saco de bayas hucknell, cuya cáscara desteñía de rojo cuando se las metía en agua, pero su padre la había pillado y exigido que se las comiese de una en una delante de él. Sabían a limones con un toque de canela, y le habían dejado los labios, la lengua y los dientes tan rojos que parecía que le hubiese destrozado el cuello a un ciervo de un mordisco. Después de todas las molestias que se había tomado, su pelo aún era del castaño simplón de siempre.

El carro terminó de pasar y dejó a Tam parpadeando como una soñadora, iluminada por la luz oblicua del atardecer.

Junto a ella, el chico había conseguido recuperar la voz, aunque tuvo que carraspear antes de pronunciar nada.

—Vaya, sí que sabes del tema, ¿no? ¿Quieres… te gustaría tomarte una copa conmigo en La Piedra Angular?

—La Piedra Angular…

—Sí, es esa taberna que está…

Tam salió corriendo tan rápido como fue capaz. No solo porque llegaba irremediablemente tarde al trabajo, sino porque su padre tenía otra de esas reglas suyas para cuando su hija pretendía irse de copas con chicos desconocidos.

En ese caso, era una regla con la que estaba de acuerdo, sobre todo porque a ella le gustaban las chicas.

2

La Piedra Angular

Había cuatro personas que siempre estaban en La Piedra Angular. La primera era Tera, la propietaria, que fue mercenaria antes de perder el brazo.

—¡Joder, que no lo perdí! —decía cuando alguien le preguntaba por qué no lo tenía—. ¡Me lo arrancó un osgo y lo cocinó en un espetón mientras yo miraba! ¡Sé exactamente dónde está: dentro de su puto cadáver!

Era una mujer grande y corpulenta que usaba el brazo que le quedaba para dirigir su taberna con mano de hierro. Cuando no estaba en la cocina o insultando al personal, se pasaba las noches parando peleas (lo cual hacía con amenazas de empezar otra) e intercambiando historias con los mercenarios más viejos.

Edwick, su marido, siempre estaba por allí también. En el pasado, fue el bardo de una banda llamada Vanguardia, pero ya se había jubilado. Se subía al escenario todas las noches para rememorar las hazañas vividas con sus antiguos compañeros. Y también parecía conocer todas las canciones e historias que se habían compuesto jamás. Ed era lo contrario de su mujer: escuchimizado y alegre como un niño subido en un pony. Había sido muy amigo de la madre de Tam y, a pesar de la regla de Tuck Hashford en lo referente a que su hija tocase un instrumento o se relacionara con músicos, el viejo bardo le daba clases de laúd después del trabajo.

La siguiente era Tiamax, que también había formado parte de Vanguardia. Era un arácnido, lo que significaba que tenía ocho ojos (dos de los cuales había perdido y tenía cubiertos por unos parches entrecruzados) y seis manos con las que agitar, batir y servir bebidas, lo que lo convertía en el barman perfecto. Según Edwick, también era un luchador del carajo.

El último de los habituales de La Piedra Angular era su tío Bran. De joven, Branigan había sido un mercenario ilustre, un bebedor prodigioso y un sinvergüenza infame. Pero ahora, casi diez años

después de que la muerte prematura de su hermana terminase con la disolución de su antigua banda, estaba… A ver, aún era un ladrón, un borracho y hasta un sinvergüenza infame, aunque ahora había sumado jugador compulsivo a su lista de vicios.

El padre de Tam y él rara vez se habían dirigido la palabra durante la última década. Uno había perdido a su hermana Lily Hashford; el otro, a su esposa. La aflicción los había llevado por caminos muy diferentes.

—¡Tam! —gritó su tío desde el balcón del segundo piso, que estaba justo encima de la barra—. Pórtate bien y tráeme algo de beber, ¿quieres?

Tam soltó la pila de cuencos vacíos que había ido recogiendo por la mugrienta barra de madera. Esa noche la taberna estaba más llena de lo habitual. Los mercenarios y los que venían a codearse con ellos abarrotaban las mesas que tenía detrás. Había tres chimeneas encendidas, dos peleas y un bardo sin camisa que más que tocar el tambor parecía que intentaba obligar por la fuerza al instrumento a devolverle el dinero que le debía.

—El tío Bran quiere otro whisky —dijo a Tiamax.

—¿Otro? —El arácnido cogió los cuencos y empezó a enjuagarlos a cuatro manos mientras, con las otras dos, abría una coctelera de madera y vertía un líquido aromático y de color rosado en un vaso de tubo.

—¿Qué es eso? —preguntó la mujer a la que se lo había preparado.

—Rosado.

—¿Rosado? —Lo olisqueó—. Huele a pis de gato.

—Si te vas a poner así, pide una cerveza la próxima vez —dijo Tiamax. Las mandíbulas que sobresalían de su barbilla llena de pelillos blancos chasquearon con irritación. Tenía una de ellas partida por la mitad, por lo que el sonido que producían era un chasquido brusco en lugar de ese raspar melodioso que emitían otros de su especie. La mujer olisqueó y se levantó de la silla mientras el arácnido usaba un trapo para secar tres cuencos al mismo tiempo. Miró a Tam—. ¿Y cómo dice tu tío Bran que va a pagar el trago?

—¡Dile que lo añada a mi cuenta! —gritó Bran desde el balcón.

Tam dirigió a Tiamax una sonrisa forzada.

—Dice que lo añadas a su cuenta.

—¡Claro! ¡La cuenta interminable de Branigan! —Tiamax levantó los seis brazos con desesperación—. ¡Se acabó! Me temo que la línea de crédito ha terminado por agotársele.

—¿Y eso quién lo dice? —exigió saber la voz de su tío desde las alturas.

—¿Y eso quién lo dice? —repitió Tam.

—Lo dice Tera.

—¡Dile a ese cabrón ponehuevos que ya hablaré yo con Tera! —aulló Bran—. ¡Además, estoy a punto de desplumar a todo el mundo aquí arriba!

Tam suspiró.

—El tío Bran dice que…

—¿Cabrón ponehuevos? —Las mandíbulas del barman volvieron a chasquear, y Tam vio un atisbo de malicia en las muchas facetas de sus ojos arácnidos—. ¡Un whisky! ¡Marchando!

Cogió un vaso de los que había detrás de él y extendió un brazo segmentado para coger una botella de la estantería más alta. Estaba cubierta de una mugre putrefacta y llena de telarañas. El tapón estuvo a punto de desintegrársele en las manos cuando lo quitó.

—¿Qué es eso? —preguntó Tam.

—¿Esto? Pues whisky. O algo parecido, al menos. Encontramos tres cajas de botellas en la bodega de la Fortaleza Tornarroca cuando los Hombres Ferales nos dejaron atrapados en el interior.

Como todo buen mercenario de los que conocía Tam (a excepción, cómo no, de su padre), Tiamax no perdía la oportunidad de rememorar una historia de sus días de aventuras.

—Intentamos bebérnoslo —continuó el arácnido—, pero ni siquiera Matty fue capaz de tragárselo, por lo que lo convertimos en explosivos. —El líquido caía de la botella como si fuese miel, pero en realidad se parecía y olía a aguas residuales—. Toma. Dile a tu tío que invita la casa. Cortesía del «cabrón ponehuevos».

Tam miró el vaso con escepticismo.

—¿Me prometes que no se va a morir?

—Estoy casi seguro de que no se va a morir —dijo el barman mientras se llevaba al pecho una mano larguirucha—. Lo juro por mi cefalotórax.

—¿Tu cefaqué?

Tera salió a toda velocidad de la cocina blandiendo una cuchara de madera manchada de salsa como si fuese un garrote ensangrentado.

—¡Vosotros! —Apuntó con el arma a una pareja de fornidos mercenarios enzarzados en una pelea frente a una de las chimeneas—. ¿Es que no sabéis leer o qué? —Le faltaba otro brazo para señalar, por lo que usó la cuchara para mostrarles una tabla de madera tallada que se encontraba sobre la barra, y hasta se dignó a leerla—. ¡Nada de peleas antes de medianoche! Esto es un establecimiento civilizado, no una arena de combate, joder.

Siguió acercándose a ellos mientras el resto de parroquianos se

apartaban de su camino como si fuese una roca enorme que caía colina abajo.

—Gracias, Max.

Tam cogió el vaso y empezó a avanzar a rebufo de la propietaria, usando el espacio vacío que dejaba para cruzar la sala común antes de volver a mezclarse con la multitud. Mientras, Tera le dio una patada a uno de los luchadores, que se hizo un ovillo en el suelo, y empezó a golpear al otro en el culo con la cuchara de madera.

Tam se resbaló, culebreó y avanzó de lado de camino a la escalera que subía hasta el balcón, oyendo cotilleos a hurtadillas como una niña traviesa en la plaza del mercado. Un trío de mercaderes hablaba sobre la reciente nevada que había acabado con la mayor parte de la cosecha de Kaskar. Habían tenido que importar muchas provisiones desde Cincorreinos. Uno de ellos hizo una broma sobre que deberían haberle presentado ofrendas a la Reina del Invierno, lo que arrancó unas risotadas sinceras al norteño que tenía a la derecha. El narmeerí que estaba a la izquierda dio un respingo y dibujó sobre su pecho el círculo del Señor del Estío.

Muchos discutían sobre quién iba a enfrentarse en la Quebrada al día siguiente y algo que hasta podía llegar a ser más importante: contra qué iban a luchar. Tam se había enterado de que Fábula había optado por dejar la decisión en manos de los arrieros locales, y los rumores afirmaban que se había preparado algo muy especial para la ocasión.

La mayoría de las conversaciones versaban sobre los monstruos que habían empezado a reunirse al norte de Cragmoor. La habían bautizado como la «Horda de la Bruma» y todos, tanto guerreros como granjeros, tenían su opinión en lo referente a sus intenciones.

—¡Venganza! —dijo un mercenario con la boca llena de algo negro y gomoso—. ¡Está claro! ¡Aún están escocidos por la paliza que les dieron en Castia hace seis años! ¡Lo van a intentar otra vez el verano que viene! ¡Ya veréis!

—No van a atacar Castia —insistió una mujer tatuada con el dibujo de una araña blanca que le cubría gran parte el rostro—. Está demasiado lejos y muy bien defendida. En mi opinión, la que debería empezar a preocuparse es Ardburgo. ¡Será mejor que los nobles fronterizos preparen bien sus armas y aún mejor a sus hombres!

—Ese tal Bronturo… —murmuró Lufane, el capitán de un barco volador que se ganaba la vida llevando a los nobles a hacer turismo sobre las montañas Broquelescarcha—. Se dice por ahí que nos la tiene bien jurada.

—¿A nosotros? —preguntó la de la cara con la araña.

—A todos. A los humanos en general. —El capitán bebió lo que le quedaba de vino y le dio el cuenco a Tam al pasar—. Según él, nosotros somos los monstruos. Lideró una incursión por las montañas hace unos años e hizo papilla todas las arenas que encontraba por el camino.

El primer mercenario les dirigió una sonrisa llena de dientes negros al oírlo.

—¿Un gigante que nos llama monstruos a nosotros? Bueno, pues qué más da lo que piense, ¿no? Pasado mañana, todas las bandas del norte partirán camino de Cragmoor para hacerse un nombre, en busca de gloria. La próxima primavera, la Horda de la Bruma no será más que unos huesos que sobresalgan del barro —lo oyó decir Tam mientras se alejaba—. Y los bardos cantarán su derrota hasta el fin de los días.

Rodeó el escenario. El tamborilero ya había terminado y ahora era el turno de Edwick, quien se encontraba sentado en un taburete con el laúd en el regazo. Le dirigió un guiño a Tam antes de empezar a cantar *El asedio de Colina Hueca* que avivó un coro de vítores entre los parroquianos de la sala común. Disfrutaban de las canciones que hablaban de batallas, especialmente esas en las que los héroes estaban muy sobrepasados en número por sus enemigos.

A Tam le encantaba la voz del anciano. Era un trinar curtido que le resultaba tan reconfortante como un par de botas de cuero muy suave. Además de enseñarla a tocar el laúd, Edwick también le daba clases de canto, y sus comentarios sobre su destreza con la voz al principio iban desde los «Cuidado, que vas a romper un cristal» hasta «Al menos ya no te van a echar del escenario». Con el tiempo, llegaron a convertirse en sonrisas amables y un «No está mal. No está nada mal» murmurado en voz baja.

Esa había sido una buena noche. Tam había regresado a casa con ganas de compartir su alegría con su padre, pero Tuck Hashford no lo habría aceptado. No quería que su hija cantase, ni que tocara el laúd ni que escuchara las exaltadas historias de un bardo jubilado. De no ser por el dinero que llevaba a casa y el hecho de que él había tenido problemas para conservar el trabajo desde la muerte de su esposa, Tam dudaba que le permitiese siquiera acercarse a La Piedra Angular.

Bran la miró acercarse.

—¡Tam! —Golpeó la mesa con la palma abierta, lo que desperdigó monedas y tiró las figuras de madera tallada del tablero de Tetranidad que tenía frente a él. Su oponente, un hombre encapuchado que estaba de espaldas a Tam, suspiró, y su tío intentó en vano fingir inocencia—. Qué mala pata. He tirado las piezas sin querer. Vamos a

dejarlo en empate, Cirro. ¿Te parece?

—¿Empate es cuando alguien está a punto de ganar y la otra persona hace trampa para evitar perder?

Bran se encogió de hombros.

—Cualquiera de los dos podría haber ganado.

—Estaba clarísimo que iba a ganar yo —dijo su oponente—. ¿Tú qué opinas, Brune? Apóyame un poco.

«¿Brune?».

Tam se quedó de piedra, con la boca abierta como un polluelo que abre el pico para coger un gusano que cuelga del de su progenitor. No cabía duda. El hombre sentado a la izquierda de su tío era Brune. El auténtico Brune. Brune, el puto chamán de Fábula. Leyenda o no, el vargyr parecía un norteño más: grande, de hombros anchos, con un pelo castaño y desgreñado con el que intentaba a duras penas ocultar que en realidad tampoco era gran cosa. Tenía las cejas demasiado pobladas, la nariz ganchuda y un hueco entre los dientes por el que cabía un dedo.

—No prestaba atención —admitió el chamán—. Lo siento.

Tam no se había hecho aún a la idea de lo que veían sus ojos.

«Si ese es Brune —razonó—, entonces el hombre de la capa tiene que ser… Al que Bran acaba de llamar Cirro es…».

La figura se giró y se quitó la capucha para dejar al descubierto unas orejas muy largas que llevaba aplastadas contra un pelo verde de reflejos dorados. No obstante, Tam casi ni se fijó en las orejas ni en la sonrisa afilada y de depredador. Se quedó prendada de su mirada: dos medias lunas recortadas contra un color parecido al de la llama de una vela que brillase a través de las facetas de una esmeralda.

—Hola, Tam.

«¡Sabe mi nombre! ¿Cómo sabe mi nombre?».

¿Lo había dicho antes su tío? Seguramente. Sin duda. Sí. La mano de Tam empezó a temblar, y unas ondículas se abrieron paso por la superficie del whisky de Tornarroca.

—Branigan nos ha contado muchas cosas sobre ti —dijo el druin—. Dice que sabes cantar y que eres todo un prodigio con el laúd.

—Es un borracho —dijo Tam.

El chamán soltó una carcajada y escupió cerveza sobre la mesa y el tablero de Tetranidad.

—Es un borracho —repitió Brune al tiempo que reía entre dientes —. Un clásico.

Cirrolibre sacó una moneda de piedra lunar blanca y examinó una de las caras.

—Brune y yo somos mercenarios. Miembros de una banda llamada

Fábula. Supongo que habrás oído hablar de nosotros.

—Yo… Pues…

—Sí —respondió Bran acudiendo al rescate—. Claro que ha oído hablar de vosotros. ¿No es así, Tam?

—Cierto —consiguió articular ella. Se sentía como si acabase de pisar un lago helado y el hielo empezara a resquebrajarse bajo sus pies.

—Bueno —continuó Cirrolibre—. Pues resulta que estamos buscando un bardo. Y según Branigan eres justo lo que necesitamos. Eso siempre que estés dispuesta a mancharte un poco las botas, claro.

—¿Mancharme las botas? —preguntó Tam, que era incapaz de apartar la vista de ese hielo resquebrajado con forma de telaraña que se había apoderado de su mente.

«Tío Bran, ¿qué has hecho?».

—Significa viajar —puntualizó Bran. Había cierta firmeza en su voz y un brillo en su mirada que no tenía nada que ver con estar borracho como una cuba. O eso creía ella—. Una aventura de verdad, Tam.

—Ah. —La silla de Cirrolibre arañó el suelo cuando se puso en pie. La moneda de su mano desapareció y después señaló detrás de Tam—. Ha llegado la jefa —dijo mientras ella se giraba para ver a una leyenda en carne y hueso a tan escasa distancia—. Esta es Rosa.

Y aquello fue demasiado para las rodillas de Tam.

Bran estuvo rápido y consiguió levantarse y quitarle el vaso de las manos antes de que la joven se derrumbase desmayada.

—Ha estado cerca —le oyó decir Tam mientras veía cómo los tablones de madera del suelo se abalanzaban hacia ella.

—Es demasiado joven —oyó comentar a alguien. Una voz de mujer. Seria—. ¿Qué edad tendrá? ¿Dieciséis?

—Diecisiete. —Esa voz era la de su tío—. Creo. O a punto de cumplirlos.

—No la veo muy en forma —gruñó la mujer. Rosa. Tenía que ser ella.

Tam parpadeó y se quedó deslumbrada por la luz de una antorcha, así que decidió mantenerlos cerrados un poco más.

—¿Qué edad tenías tú la primera vez que cogiste una espada? —preguntó Cirrolibre. Tam oyó el sarcasmo que emanaba de la voz del druin, y hasta la sonrisa de su gesto—. O cuando mataste a aquel cíclope.

Un suspiro.

—Bueno, ¿y qué me decís de esto? —El tintineo de una armadura —. Se ha desmayado al verme. ¿Qué hará cuando empiece a ver ríos

de sangre?

—Estará bien —dijo su tío—. Recuerda que es la hija de Tuck y de Lily.

—¿Tuck Hashford? —Brune parecía impresionado—. Dicen que no le tenía miedo a nada. Y todos heredamos cosas de nuestros padres. Lo sé de primera mano.

—También de nuestras madres —dijo una mujer que Tam no reconoció—. ¿Sabemos si quiere marcharse? ¿Le habéis preguntado?

«Sí que quieres», dijo una vocecilla en la cabeza de Tam.

—Sí que quiero —gruñó ella. Se incorporó y empezó a arrepentirse de inmediato. Sintió que el ruido de fondo que hacían los clientes de La Piedra Angular le arañaba el cráneo como si fuese una manada de gatos. Los cuatro integrantes de Fábula estaban de pie a su alrededor. Bran estaba agachado junto a ella—. Quiero ir —insistió—. ¿Adónde… adónde vamos?

—A un lugar muy frío —dijo la mujer que no era Rosa. Era Cura, la Bruja de Tinta, que miraba a Tam como si acabase de encontrársela aplastada en la suela de su bota.

Rosa era robusta y de músculos marcados, pero Cura parecía más bien un enjuto saco de huesos. Llevaba una túnica larga ceñida a la altura de la cadera y unas botas de cuero negro con más correas que una camisa de fuerza. Tenía el cabello negro y perfecto, tan largo como para hacerse una coleta pero también afeitado por ambos lados de la cabeza. De las orejas le colgaban argollas de hueso, tenía otra en la ceja izquierda y un pendiente en la nariz. Su piel era pálida como la porcelana y estaba llena de tatuajes. Tam se fijó sobre todo en una criatura marina que destacaba en uno de sus muslos, con tentáculos serpentinos que sobresalían por debajo del filo de la túnica.

La Bruja de Tinta la sorprendió mirándola y agitó la tela con gesto socarrón.

—¿Nunca habías visto uno tan de cerca? —preguntó con un tono pícaro que evidenciaba que en realidad no se refería a la criatura tatuada en su pierna.

Tam apartó la mirada, con la esperanza de que el rubor repentino de su rostro se atribuyese a la caída.

—¿Vais a enfrentaros a la Horda de la Bruma? —preguntó.

—No —dijo Rosa—. Primero vamos a terminar nuestra gira y después tenemos un trabajo firmado en Lindefunesta.

—Nuestro último trabajo —dijo Cirrolibre. Intercambió una mirada elocuente con sus compañeros—. El último antes de dejarlo.

Branigan dio un respingo al oír las palabras, pero Rosa habló antes de que Tam o él pudiesen preguntar nada.

—Tengo que advertirte de una cosa —dijo—. Vamos a enfrentarnos a algo tan peligroso como la Horda. Puede que incluso más.

Para Tam, nada podía ser peor que no irse de casa jamás o quedarse encerrada en Ardburgo hasta que sus sueños la abandonaran o esa Tierra Salvaje de su interior se marchitase en una jaula. Miró a su tío, quien asintió con gesto tranquilizador, y estuvo a punto de decirle a Cirrolibre que le daba igual si se enfrentaban a la Horda o a algo peor, por ella como si iban de cabeza a luchar contra la mismísima Madre Escarcha. Estaba decidida a seguirlos.

—Una canción —dijo Rosa.

Branigan alzó la vista.

—¿Cómo?

—Súbete al escenario. —Rosa se llevó una pipa a los labios y empezó a rebuscar en la armadura en busca de algo para encenderla, pero terminó por abandonar y cogió una vela de la mesa que tenía al lado—. Elige una canción y tócala. Convénceme de que eres la persona adecuada para el puesto. Si me gusta lo que oigo, felicidades. Serás la nueva barda de Fábula. Si no… —Soltó el humo despacio—. ¿Cómo habías dicho que te llamabas?

—Tam.

—Bueno, en ese caso, encantada de haberte conocido, Tam.

3

Una canción

Alrededor de medianoche, una caravana de carros acoplados tirada por unos robustos ponis de Kaskar traqueteó por las calles del Ardburgo. Desplazarse en ella era gratis, y les ahorraba una larga caminata a los borrachos y a los que estaban fuera de casa a altas horas de la noche, que casi siempre tenían que enfrentarse a un clima que no les daba tregua. Tam la paró frente a La Piedra Angular y eligió uno de los carros, que parecía estar vacío. No lo estaba. Dentro había un guardia de la ciudad, y se sentó frente a él. El hombre tenía el yelmo bocarriba sobre el regazo, y el olor que emanaba de él le hizo llegar a la conclusión de que estaba lleno de vómito. Abrió las ventanillas a pesar del frío y, cuando empezaron a moverse, dejó de olerle tan mal.

Lo habitual era que la ciudad durmiese a esas horas de la noche, pero, debido a los combates del día siguiente, las calles seguían llenas de gente. Las posadas proyectaban luces y dejaban escapar los ruidos del interior, en todas las tabernas sonaba música. Los burdeles eran sin duda los que estaban más ocupados de lo habitual, y Tam oyó una mezcla de gritos de placer y de dolor, y de ambos al mismo tiempo, que venían de detrás de las cortinas.

También vio a una pareja de sacerdotes de túnica negra que abrían las palmas de las manos para atrapar algunos copos de nieve.

—¡Se acerca la Reina del Invierno! —gritó uno de ellos, una mujer con el pelo rapado. Algo así no sorprendía a nadie. Según sus acólitos, la Reina del Invierno (y el Invierno Eterno que se decía que vendría con ella) siempre «se acercaba». Tam supuso que esos sacerdotes se quedarían igual de sorprendidos que los demás si algún día llegaba de verdad.

Al fin dejaron atrás todo ese ajetreo. Tam se quedó sumida en sus pensamientos mientras oía de fondo los ronquidos del guardia, preguntándose lo mismo desde que se había marchado de La Piedra Angular.

—¿Qué narices acaba de pasar?

Tam se acercó al escenario. Pero ni siquiera tenía un instrumento propio. ¿Qué clase de bardo no tenía un instrumento?

«No eres una barda —se recordó—. Eres una chica que está a punto de quedar en evidencia delante de doscientas personas. Y Rosa la Sanguinaria está entre ellas».

Echó un vistazo hacia el balcón y vio que Rosa la miraba sin dejar de darle caladas a la pipa que se había encendido antes. Cirrolibre se encontraba a su lado, y Brune y Cura estaban un poco más apartados pero también en la barandilla. Se había corrido el rumor de que Fábula iba a hacer una audición para encontrar bardo, y la noticia se había extendido como un incendio entre los matorrales. Ahora que la emoción ya empezaba a menguar, había llegado el momento de que Tam se subiese al escenario y cantase una canción que bien podría cambiar el rumbo de su vida para siempre.

Tera y Tiamax la miraban desde detrás de la barra. El arácnido la saludó con tres manos y gritó por encima del alboroto:

—¡Tú puedes!

Bran estaba echando a los parroquianos sentados en la mesa más cercana al escenario, mientras Edwick…

—Toma —dijo el viejo bardo mientras le tendía el laúd—. Ahora es tuyo.

—No, no puedo aceptarlo —protestó ella. El laúd, que el bardo llamaba *Rojo Trece,* era el instrumento con el que Tam había aprendido a tocar. Para Ed, era la niña de sus ojos. Siempre lo había visto con él y, que ella supiese, nunca había tocado otro instrumento.

—Cógelo —insistió Ed—. Confía en él. ¿Sabes qué canción tocar?

Tam sabía tocar cientos de canciones, pero ahora no recordaba ninguna. Negó con la cabeza.

—Pues… buena suerte.

Edwick se retiró para sentarse junto a Bran y toda la taberna se quedó en silencio de repente.

Tam subió al escenario con el laúd prestado entre las manos y se acercó al taburete vacío. Los tablones chirriaron bajo sus pies con un estruendo imposible. Era incapaz de tranquilizarse y no dejaba de repasar mentalmente las canciones que sabía. Tenía que tocar una, cualquiera, pero que impresionase a Rosa.

Entonces tomó la decisión. *Castia*. Era impactante y pendenciera, y seguro que conseguiría poner de su parte al público. Resumía la batalla de Castia, esa en la que los mercenarios de Grandual habían derrotado al duque de los Confines y a su Horda del Corazón de la Tierra Salvaje, en siete estrofas y un solo instrumental que Tam

esperaba de verdad ser capaz de bordar.

Además, la canción también dejaba a Gabe el Gualdo, el padre de Rosa, como el mayor héroe de los cinco reinos, sin ni siquiera mencionar que había cruzado la espesura del Corazón de la Tierra Salvaje para rescatar a su hija de una muerte casi segura o que Gabe y sus compañeros de banda habían curado la podredumbre, matado a un dragón y destruido la mitad de Cincorreinos antes de llegar allí. La última estrofa de la canción estaba dedicada a Rosa, quien al fin había liderado a la victoria a los asediados en la ciudad.

Castia era la canción perfecta.

Cogió aire. Esperó a que el silencio se asentara aún más, tal como la había enseñado Edwick, y luego…

—Pfffff. ¿Qué mierda es esta? —Branigan estaba de pie y acababa de darle un sorbo al whisky antes de escupírselo encima—. Por el frío del mismísimo infierno, ¿qué coño me has servido, Max? ¿El aceite de los faroles? ¿Meados? Dioses… ¿Es meado de ponehuevos? —Lo olió y hasta se atrevió a olerlo otra vez—. ¡Es terrible, joder! —Edwick tiró de él para que volviese a sentarse y le dijo en voz baja que cerrase el pico—. Lo siento —dijo a todo el mundo—. Lo siento, Tam. Puedes empezar, mi niña.

Tam volvió a respirar hondo. Esperó a que se hiciera el completo silencio y después rasgueó los primeros acordes de *Castia*.

Se oyó un rugido de aprobación que se extendió por toda la sala común. Una sonrisa de oreja a oreja cruzó el rostro de Branigan, y Edwick asintió con gesto de aprobación. Pero cuando Tam miró hacia el balcón, vio que Rosa no parecía sorprendida en absoluto. Había soltado la pipa en la barandilla y le decía algo en voz baja a Cirrolibre. Brune, el chamán, se había apartado el pelo largo del rostro. Tenía los ojos fijos en Tam y negaba con la cabeza de manera casi imperceptible.

Tam dejó de tocar, y los acordes se quedaron sonando unos segundos más en el silencio de la taberna. Se alzó un murmullo de confusión entre los parroquianos que dejó tras de sí un silencio propio del desconcierto.

—¿Puedo volver a empezar? —preguntó a Rosa.

La mercenaria entrecerró los ojos.

—Como quieras.

Tam cerró los suyos, consciente de que le temblaban las manos y de que había empezado a dar golpecitos nerviosos con los pies en los tablones de madera. Oyó cómo le latía el corazón, notó la sangre fluyendo a toda velocidad por sus venas y vio cómo el sueño de marcharse de Ardburgo en compañía de Fábula se ceñía la capa junto

a la puerta para protegerse del frío del exterior antes de marcharse para siempre por la puerta.

Tam pensó en su padre, en lo furioso que se pondría si la viese en esos momentos.

Pensó en su madre, en lo orgullosa que estaría de ella si la viese en esos momentos.

Sin darse cuenta, empezó a rasguear una melodía con los dedos, una lenta, suave y triste.

Era una de las canciones de su madre. La favorita de Tam. También la de su padre en el pasado. Tenía prohibido tocarla, claro. Después de la muerte de Lily, había intentado cantarla en voz baja, pero la aflicción la había abrumado y fue incapaz de contener los sollozos.

Ahora la melodía brotaba de ella. El laúd la entonaba entre sus dedos y su voz se elevaba entre las vigas como farolillos flotantes que alzan el vuelo en una noche de verano.

La canción se llamaba *Juntos*. No era impactante ni pendenciera ni consiguió poner de su parte al público. La expresión de su tío (y la de Edwick) al oírla estaba cargada de tristeza. Pero, a medida que siguió interpretándola, el fantasma de una sonrisa empezó a perfilársele en los labios. No hablaba de monstruos. La letra no hablaba de asesinatos ni de muerte alguna.

En lugar de eso, era una carta de amor de una barda a su banda. Hablaba de los pequeños momentos, de las palabras amables, de los lazos tácitos compartidos por hombres y mujeres que comían, dormían y luchaban codo con codo, día tras día. Narraba las carcajadas de un compañero de banda o los ronquidos de otro. Lily Hashford dedicó todo un verso a describir la sonrisa asimétrica de su marido, y otro a quejarse del olor que despedían los calcetines de Bran cuando se quitaba las botas.

—Son mis calcetines de la suerte —oyó que su tío confesaba al anciano bardo sentado junto a él—. ¡Aún los llevo puestos!

Otro de los aspectos únicos de *Juntos* era que la música terminaba antes que las palabras, por lo que Tam cantó el último estribillo con el laúd sobre el regazo. Tenía las manos inmóviles, y los pies ya no golpeaban la madera del suelo. El dolorido corazón le latía lento y regular.

La canción terminó, y el silencio fue tal que hasta se oyó el agitar de las llamas de las velas.

Doscientas cabezas se giraron al unísono hacia el balcón que se abría sobre ellas. Brune y Cura también miraban a Rosa. Cirrolibre no había dejado de contemplar a Tam. Con una sonrisa, porque ya sabía

lo que iba a pasar a continuación.

—Bienvenida a Fábula —dijo Rosa.

Y la multitud estalló en vítores.

Tam tiró del cordel de la campanilla. Cuando el carro se detuvo, se bajó y le dio las gracias al conductor. No se encontraba muy lejos de casa, pero no se dio ninguna prisa. Agachó la cabeza para evitar que la nieve le diese en la cara y caminó con cuidado sobre los adoquines, resbaladizos a causa del hielo. Llevaba el *Rojo Trece* de Edwick entre los brazos, como un niño de pecho. El bardo de La Piedra Angular había insistido en que se lo quedase y, cuando Tam rechazó la oferta porque no podía dejarlo sin su objeto más preciado, él se ausentó unos momentos y volvió con un instrumento casi idéntico al que llamó *Rojo Catorce*. Y problema solucionado.

Tam nunca había tenido un instrumento propio. De niña, daba por hecho que algún día heredaría el laúd de su madre, *Hiraeth*, pero ese instrumento desapareció después de su muerte. Lo más seguro era que su padre lo hubiese destruido o vendido, para no volver a verlo.

El tío Bran le advirtió que lo mejor era que no volviese a pasar por casa.

—Quédate esta noche aquí —suplicó—. O duerme en el carro de la banda. Mañana me pasaré por tu casa y hablaré con Tuck. Le diré que fui yo quien pidió a Fábula que te contrataran.

—Fuiste tú.

El viejo pícaro se quedó pensando unos instantes.

—Por los dioses de Grandual, tu viejo va a matarme. Vale, pero si pasa algo deja que me haga cargo de las consecuencias. Tú no te preocupes.

Claro que habría consecuencias. Tam estaba segura. Pero no importaba lo mucho que Tuck y ella se hubiesen distanciado a lo largo de estos años, no podía marcharse sin despedirse.

Bran la miró con gesto triste.

—Tienes un fuego en tu interior, Tam. Lo veo en tus ojos. Siento cómo se agita dentro de ti, caliente como una chimenea. Conozco a Tuck. Sé que si entras a casa con ese fuego, intentará extinguirlo. Soplará y luego pisoteará las cenizas. —Tam se limitó a encogerse de hombros, y su tío negó con la cabeza—. Brindo por tu valor, pues —dijo al tiempo que se terminaba de un trago lo que le quedaba de aquel horrible whisky de Tornarroca—. ¿Sabes qué? No es tan horrible cuando te acostumbras al sabor.

Tam se quedó quieta por fuera de la puerta de su casa, preparándose para lo que estaba a punto de ocurrir. Oyó un maullido en el interior. Era Lamento, que anunciaba su llegada. Cuando se armó

del coraje suficiente para entrar, la gata se dirigió a toda prisa hacia la bota de Tam y empezó a ronronear.

Su padre estaba sentado a la mesa de la cocina, con una jarra de lo que Tam esperaba que solo fuese cerveza. Miraba la nada y jugueteaba con gesto ausente con un lazo amarillo.

—¿Qué te tengo dicho sobre ponerle lacitos a la gata? —preguntó.

Tam se quitó el abrigo y lo colgó junto a la puerta, después se agachó para rascar a Lamento detrás de las orejas, lo que le granjeó otro intenso ronroneo. Lam era un Palapti de pelaje largo y blanco como la nieve recién caída. La madre de Tam la había traído a casa después de una gira por el sur.

—Pero es que está tan mona cuando se lo pongo…

—De mona, nada. Es ridículo. No… —Se quedó en silencio cuando desvió la mirada de repente hacia el instrumento que Tam llevaba en las manos.

—¿Para qué es eso? —preguntó.

—Para tocar —respondió ella.

«Menuda forma de empezar —se regañó—. Se acabó lo de hacerle la pelota».

—¿Por qué lo tienes tú? —clarificó.

—Me lo ha dado Ed.

El ceño fruncido perpetuo de Tuck se hundió aún más en su rostro.

—Bueno, pues no lo necesitas para nada. Lo devolverás mañana.

—No lo haré.

—Lo harás.

—No puedo.

—¿Que no puedes? —Su padre la miró con gesto de suspicacia—. ¿Cómo que no puedes?

Fuera, se levantó viento. Golpeó las paredes y se clavó en las ventanas con sus dedos congelados. Lamento terminó de rodear las piernas de Tam y fue directa hacia el cuenco de agua, ajena a la tensión que se mascaba en el ambiente. O quizá le diese igual. A veces los gatos eran un poco gilipollas, y Lam no era una excepción.

—Fábula ha llegado a la ciudad —dijo—. Esta noche han estado en La Piedra Angular. El tío Bran… —Vio que los nudillos de su padre se ponían blancos, seguro que por imaginarse que la jarra que tenía entre las manos era la garganta de Branigan—. Dijeron que buscaban un bardo, y Bran les comentó que yo sabía tocar…

—Pero no sabes, ¿no? —Lo preguntó relajado y con naturalidad, lo que indicaba a Tam que estaba enfadado de verdad—. Eres autodidacta, ¿no? ¿Es un talento natural, acaso? No has cogido un laúd desde… pues desde que eras pequeña.

—Ed me da clase después del trabajo —admitió.

Vaya. Ya era la segunda persona a la que incriminaba esa noche, ¿verdad? También podría confesarle que Tera le daba clases de arco dos veces a la semana o que Tiamax le servía una cerveza al final de cada turno. Con eso, su padre ya tendría la excusa perfecta para asesinar a todos los habituales de La Piedra Angular.

—Ah, ¿sí? —Tuck se bebió lo que le quedaba en la jarra—. Pues cuando se lo devuelvas mañana, dile que vas a dejarlo. Necesitan mano de obra en el molino. Empiezas la semana que viene.

—Ya he dejado el trabajo en la taberna —aseguró, irritada por el desdén que había en el tono de su padre—. Ahora soy la barda de Fábula.

—No. No lo eres.

—Sí que lo soy.

—Tam.

Lo dijo con voz muy seria.

—Papá…

La jarra se estrelló contra la pared más lejana, y Lamento salió corriendo de la estancia mientras los fragmentos caían al suelo.

Tam no dijo nada, sino que se quedó a la espera de que se tranquilizase. Él se dejó caer otra vez en la silla.

—Lo siento, Tam. No puedo dejarte marchar. No puedo arriesgarme a perderte a ti también.

—¿Y entonces? —preguntó ella—. ¿Qué hago? ¿Me quedo toda la vida en Ardburgo? ¿Trabajo en el molino por unas pocas y asquerosas marcoronas a la semana? ¿Encuentro una chica guapa y aburrida con la que sentar cabeza?

—No puedes… Un momento, ¿cómo que una chica?

—Por la Doncella de Primavera, papá. ¿De verdad quieres hablar ahora de ese tema?

—Eso da igual —dijo Tuck—. Mira, esto es culpa nuestra. Lo sé. Tu madre y yo te contamos demasiadas historias. Hicimos que lo de ser mercenario sonara más sofisticado de lo que es en realidad. Es una vida dura, ¿sabes? Caminos interminables, noches de soledad. Te pasas húmeda la mitad del tiempo, el frío no deja de calarte hasta los huesos y después luchas contra una criatura horrible en un lugar asqueroso y no dejas de pensar que va a acabar contigo antes de que tú acabes con ella. No es como en las canciones. Los mercenarios no son héroes. Son asesinos.

Tam se acercó a la mesa. Dejó encima el laúd y tomó asiento. La silla que los separaba, la de su madre, siempre estaba vacía, como un abismo entre ellos.

—Ahora las cosas son diferentes —dijo ella apoyando la mano sobre la de su padre—. Iremos de gira por arenas de combate. Es muy probable que nunca vea la guarida de un monstruo ni entre en el Corazón de la Tierra Salvaje.

Tuck negó con la cabeza, escéptico.

—Hay una horda al norte de Cragmoor, los restos de los que sobrevivieron en Castia. Seguro que Rosa quiere acabar con ella de una vez por todas, tan seguro como que el infierno está helado. A nadie le gusta más la gloria que a esa chica. Bueno, quizás a su padre. Dios, ese hombre era todo un personaje.

—Rosa no se dirige a Cragmoor.

Eso lo pilló por sorpresa.

—¿En serio?

Tam se encogió de hombros.

—Fábula va camino de terminar la última parte de su gira. Tienen enfrentamientos en todas las ciudades que hay entre esta y Alto Remanso y también un contrato en Lindefunesta después de eso.

—¿Lindefunesta? ¿Qué contrato?

—No lo sé, pero sea lo que sea, está a mucha distancia de la Horda de la Bruma.

Tam no tenía ni idea de si eso era verdad o no. Ni siquiera tenía muy claro dónde se encontraba Lindefunesta. No obstante, su padre parecía medio convencido, por lo que no se molestó en comentarle la advertencia de Rosa: que fuera lo que fuese a lo que se iban a enfrentar, era igual de peligroso que la mismísima Horda.

La mirada de Tuck se quedó fija en el suelo durante un rato, contemplando las esquirlas de arcilla como si intentara decidir si podía volver a pegarlas o no. El silencio se alargó, por lo que Tam llegó a creer que había encontrado una grieta en la armadura impenetrable que era la avinagrada desconfianza de Tuck Hashford.

—No —dijo al fin—. No vas a ir.

—Pero…

—No me importa —zanjó—. Me da igual lo que digas y las razones que creas que tienes para justificar que te vas… Me dan igual. Todas. Tu opinión no cuenta, Tam. Lo siento.

«Debería haberle hecho caso a Bran —pensó—. Debería haberme marchado sin despedirme».

El fuego de su interior empezó a menguar, y Tam temió que se extinguiese para siempre si no hacía algo en ese mismo instante.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. La arcilla crujió bajo sus botas.

—Tam…

—Esta noche me quedaré en La Piedra Angular.

Cogió el abrigo del colgador.

—Tam, siéntate ahora mismo…

—Vamos a la arena a primera hora de la mañana —dijo ella al tiempo que intentaba contener lo mejor posible el temblor que asomaba en su voz—. Y partiremos hacia el este la mañana siguiente. No creo que te vuelva a ver, así que supongo que esto es nuestra des…

Se volvió y se quedó quieta.

Su padre se había puesto en pie y miraba lo que tenía en las manos: el laúd que ella había dejado sobre la mesa. Parecía pequeño y frágil, como si el sueño de Tam de unirse a una banda, de seguir los pasos de su madre, de escapar de ese lugar, de esa casa, de esa prisión llena de aflicción y de su amargado carcelero, no fuese más que un juguete en manos de un niño malintencionado.

—Papá…

Él alzó la vista. La miró a los ojos. En los de ella había súplica; en los de él, una rabia oscura que no dejaba de crecer. Había algo en los labios de Tuck, palabras que no pronunció, otra disculpa quizá. Y después su padre agarró el laúd por el mástil y redujo a astillas los sueños de Tam.

4

Corazón de Tierra Salvaje

Tam tenía el vago recuerdo de haberse dejado caer de rodillas entre los restos del laúd. Tenía el recuerdo de su padre en pie junto a ella mientras su sombra, proyectada por un farol, se extendía en todas direcciones. Dijo algo, pero fue incapaz de comprender las palabras debido al rugido estridente que había empezado a resonar en sus oídos. Algo la levantó del suelo y la arrastró por el pasillo hasta su habitación, donde se derrumbó en la cama como una prisionera a la que dejan descansar entre sesiones de tortura. Miró la silueta recortada contra la luz tenue del pasillo, y (como ella también era capaz de hacer gala de una crueldad monstruosa) susurró:

—Ojalá hubieses muerto tú en vez de ella.

La sombra se desplomó.

—Ojalá —dijo antes de cerrar la puerta que los separaba.

Tam lloró durante un rato, con sollozos atormentados que empaparon la almohada. Y en una ocasión hasta gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Algo que había en el exterior, un diablillo de la basura, remedó el grito.

Poco después, Tam juraría haber oído el murmullo ahogado de la voz de su padre en su dormitorio al otro lado de la pared. A veces, cuando estaba muy borracho, se ponía a vociferar durante un buen rato y se maldecía a sí mismo y a todo el mundo que conocía. En esta ocasión era diferente. Sonaba como si le suplicase a alguien, como si discutiese por una causa perdida contra un juez impertérrito. Y él también empezó a llorar, algo que tampoco es que fuese extraño.

Terminó por quedarse dormida.

Cuando Tam se despertó, la puerta estaba entreabierta. Lamento estaba acurrucada sobre su pecho, haciéndole cosquillas en la nariz con la cola. Intentó moverse, pero la cabrona le dio un coletazo en la mejilla. La luz del amanecer se filtraba a través de los cristales congelados de la ventana y dibujaba espirales de luces y sombras en la pared de enfrente.

Tam se quedó acostada un rato mientras se preguntaba si conseguiría escapar de ese lugar alguna vez. No iba a ser aquel día. Le habían roto el laúd y no quería preguntarle a Edwick si por casualidad tenía otro que prestarle. No podía presentarse ante Fábula con las manos vacías, y en realidad poco importaba, porque no creía que ni siquiera Rosa la Sanguinaria pudiera (o debiera) interponerse entre Tuck y ella cuando su padre fuese a buscarla.

En lugar de eso, se dedicaría a trabajar en La Piedra Angular o en el molino con su padre. Le daba igual. Ahorraría todas las monedas posibles hasta que tuviese el dinero suficiente para marcharse lo más lejos posible de Ardburgo.

Oyó el ajetreo de Tuck por toda la casa: cortando cosas en la encimera, frotando algo en la pila de lavar, barriendo las esquirlas y las astillas del suelo de la cocina. Después empezó a oler a beicon frito y, por todos los dioses, vaya si su estómago vacío la obligó a salir de debajo de las sábanas y comer algo. Se puso en pie, se vistió y se dirigió a la cocina con la gata pegada a los talones.

Se quedó confusa un instante mientras echaba un vistazo a su alrededor: la ropa, su ropa, estaba secándose sobre la chimenea, había un morral a medio hacer junto a la puerta y su padre estaba agachado junto a los fogones haciendo todo lo posible por vigilar dos sartenes al mismo tiempo. Echó un vistazo por encima del hombro cuando Lamento anunció su llegada con un tímido maullido.

—Buenos días.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Pues esto es un desayuno —dijo Tuck. Colocó un trozo de pan tostado en un plato y lo cubrió con dos tiras casi quemadas de beicon. Después le echó encima un poco de tomate troceado y un montón de cebolla. Luego dejó el plato en la mesa—. Siéntate y come, por favor —añadió al ver que Tam no se había movido lo más mínimo.

Ella se sentó y comió. «Serpientes a la brasa» era la especialidad de su madre, pero la verdad era que a ella le salía muchísimo mejor. ¿Se suponía que su padre lo había preparado para pedirle perdón?

«Siento haber destrozado tus esperanzas y arruinado tu vida, cariño. Toma, come un montadito de beicon…».

Su padre desapareció antes de que fuese capaz de preguntarle sobre la comida, el morral o por qué había decidido lavarle los calcetines tan temprano por la mañana. Lamento arañó la puerta hasta que Tam la dejó salir. Después ella se volvió, y vio que su padre estaba detrás de la mesa con una funda de laúd de piel de foca en las manos.

—Eso es…

—Es *Hiraeth*. Perteneció a tu madre.

Eso lo sabía. Claro que lo sabía. Su madre le había dicho que *Hiraeth* era su tercera cosa favorita de todo el mundo, después de Tam y de Tuck.

«¿Y el tío Bran?», recordó haberle preguntado. El comentario hizo que su madre soltase una de sus carcajadas melodiosas.

«*Hiraeth* me gusta más. Pero no se lo digas, ¿vale?».

Su padre dejó la funda sobre la mesa, abrió los cierres de marfil y después levantó la parte de arriba para dejar al descubierto la desgastada tapa de madera blanca del instrumento que descansaba en el interior. *Hiraeth* era una belleza. Era más grande que la mayoría de laudes, con clavijas de hueso pulido y una caja con forma de corazón.

Tuck carraspeó.

—Quiero que te lo quedes. Que lo lleves contigo. Creo que es lo que habría querido ella.

Y después todo cobró sentido. El desayuno, la ropa, el morral junto a la puerta.

Se marchaba. La iba a dejar ir.

Tam salió corriendo hacia la cocina, se chocó contra su padre y le dio un fuerte abrazo. Fue como abrazar a un enorme roble y, cuando lo rodeó, cerró los ojos y soltó un suspiro que bien podría haber contenido desde hacía años.

—Gracias —murmuró—. Vendré a visitarte siempre que pueda.

—No, no vendrás.

—Vendré. Tan pronto como zanjemos ese asunto de Lindefunesta. Les pediré…

—No —dijo él—. Tam, no vuelvas nunca.

Ella dio un paso atrás, conmocionada.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no quiero volver a verte.

Esas palabras le sentaron como un mazazo.

—¿Tanto me odias? —preguntó con voz fría.

—¡Dioses, no! Te quiero, Tam. Te quiero más que a mi vida. Pero cuando murió tu madre… Me dolió tanto que casi me mata. Y lo habría hecho, de no ser por ti. —Extendió la mano y le acarició la cara —. La veo en ti cuando sonríes. Y juro por el Señor del Estío que, cuando ríes, también la oigo. Mientras estés viva, ella también lo estará, Tam. ¿No lo entiendes? No quiero que te vayas, pero tampoco puedo retenerte. Al fin lo he comprendido.

Ella le cogió una de sus manazas llenas de cicatrices.

—¿Entonces? —preguntó—. ¿Por qué no puedo volver?

—Porque… ¿Qué haré yo si no regresas nunca? Si te marchas y… mueres… No sería capaz de perdonármelo. Si no vuelvo a saber de ti,

nunca dejaré de creer que sigues viva y que estás ahí fuera, en algún lugar, libre y feliz… Puedo hacerme a la idea. Tendré que hacerme a la idea. Pero no puedo quedarme aquí esperando a que regreses, preocupado porque hace mucho que no te veo y es posible que… No puedo… —Se quedó en silencio de repente y empezó a sollozar—. Por favor, Tam. No me hagas vivir así. Hazlo como te digo, por favor.

—Entonces… ¿me voy y ya está? —preguntó. Ella no lloraba, o eso creía, pero sí que sintió cómo las lágrimas le caían cálidas por las mejillas.

—Márchate —dijo él con voz tranquila—. Márchate adonde te lleve tu corazón de Tierra Salvaje.

* * *

Se comió el resto del desayuno mientras Tuck le doblaba la ropa seca y terminaba de hacerle el equipaje. No dejaron de hablar, pero después fue incapaz de recordar lo que se habían dicho. Terminaron por quedarse sin palabras, y Tam, antes de que se diese cuenta, ya se encontraba con el morral en un hombro y *Hiraeth* colgado del otro.

Lamento estaba fuera cuando abrió la puerta. Tam la cogió y enterró la cara en el suave pelaje de la gata.

—Cuida de papá —le susurró—. No te pelees con otros gatos y ten cuidado con los diablillos de la basura.

Cuando su padre no miraba, sacó la cinta de la noche anterior y se la ató a la gata alrededor del cuello para luego hacerle un lacito muy mono.

Se habría quedado un rato más y pasado más de esos momentos valiosos con su padre, pero Rosa le había dicho que se marcharían bien temprano, y Tam temía llegar tarde.

Se abrazaron por última vez. Tam se aferró a su padre como si un abismo se hubiese abierto debajo de ella. Tuvo que hacer acopio de todo su valor para marcharse.

Cuando estaba ya cerca de la puerta, Tuck se deshizo de su estoicismo emocional y empezó a darle consejos de padre.

—No te mojes —gritó—. ¡Caliéntate! ¡Y no empieces a fumar, darle a la rasca o a beber!

—¡Papá!

—Vale, pero no bebas mucho. ¡Y no te acuestes con nadie de la banda!

Eso la hizo volverse.

—Estás de broma, ¿no?

Él se encogió de hombros y después le dirigió una sonrisa algo

forzada dadas las circunstancias.

—Siempre te querré, Tam.

—Lo sé —dijo ella. Después se volvió y empezó a correr sin mirar atrás.

Tam vio que el Reducto de los Rebeldes seguía aparcado por fuera de La Piedra Angular cuando llegó allí, asfixiada y con los hombros casi en carne viva a causa de las cintas de cuero. Se inclinó hacia delante, apoyó las manos en las rodillas y luego se llevó una mano al vientre, donde un calambre amenazaba con retorcerle las entrañas. Estuvo a punto de soltar un gritito (bueno, lo cierto es que sí que lo soltó) cuando se abrieron de repente las puertas del carro.

Un hombre ataviado con una blusa rosa pálido y unos pantalones anchos y amarillos bajó los escalones de la parte trasera a toda prisa. Llevaba una bufanda de seda, del mismo tono amarillo chillón que los pantalones, debajo de una barba puntiaguda y un sombrero ridículamente grande que a Tam le pareció un tocón de árbol lleno de colas de zorro blancas.

Se apoyó en el vehículo y se quedó mirando cómo Tam recuperaba el aliento. Tenía una taza de té humeante en una mano y un pipa de tallo largo en la otra. Después de darle unas lánguidas caladas, se levantó el ala del sombrero y la contempló de arriba abajo.

—Eres la nueva barda, ¿no? ¿Cómo te llamabas? ¿Tom?

—¿Tengo pinta de Tom?

Entrecerró los ojos y le dio otra calada a la pipa.

—Es que todos me parecen iguales.

—¿Quiénes son todos?

—Todos los bardos —explicó—. Todos apestáis a falsa confianza, a optimismo ciego y a… —Olisqueó el ambiente—. ¿Eso es beicon? ¿Tienes beicon? Porque si ese es el caso, me gustaría pedirte perdón. Está claro que hemos empezado con la pezuña izquierda.

—Yo…

—Pie —puntualizó—. Quería decir pie izquierdo.

Rosa salió a grandes zancadas de La Piedra Angular seguida de Cirrolibre. Llevaba una túnica blanca metida en unos pantalones de cuero negros y tan ceñidos que Tam tuvo que morderse la lengua para no quedarse boquiabierta. La mercenaria llevaba esa pipa retorcida entre los labios y empezó a palparse en busca de fuego hasta que Cirrolibre sacó una cerilla y se la encendió.

—Buenos días, Roderick. Veo que ya has conocido a nuestra nueva barda.

—¿Qué pasó con el anterior?

—Murió —dijo Rosa.

—¿Qué? —preguntaron sorprendidos Tam y Roderick al mismo tiempo.

—Es broma —les aseguró el druin—. Kamaris se quedó muy afectado cuando decidimos no salir pitando para enfrentarnos a la Horda de la Bruma. Ahora ha encontrado una nueva banda, y nosotros tenemos a Tam.

—Roderick es nuestro agente —le explicó Rosa a Tam—. Se encarga de los contratos, de las criaturas y del alojamiento, y también es el jefe de la Nación de Forajidos.

—También paga las fianzas para sacarnos de prisión —dijo Cirrolibre.

Tam miró con gesto dubitativo al agente de Fábula.

—¿Qué es la Nación de Forajidos?

—Mañana los conocerás —dijo Roderick, que luego gritó—: ¡Brune! ¡Cura! ¡Nos largamos! ¡Venid cagando leches!

Los otros dos integrantes de Fábula salieron de la posada unos instantes después. Brune lucía un ojo morado y una gran sonrisa en el rostro.

—Buenos días, Tam. Rod, ¿qué toca hoy?

El agente le dio un sobreactuado sorbo a la taza de té que sostenía.

—Una planta vigorizante de Lindmoor. Te ayudará con la resaca, pero no con ese ojo. ¿Merece la pena que te pregunte cómo dejaste al otro?

El chamán se giró hacia Cura.

—Yo la veo bien —dijo al tiempo que empezaba a subir los escalones del carro.

Mientras, la Bruja de Tinta le daba un gran beso de despedida a un hombre que llevaba un mayal colgado de la cintura y un zorro muerto sobre los hombros. Separó los labios de él como si fuese un chacal que aparta las sangrientas fauces de la presa que acababa de matar. El hombre volvió a inclinarse hacia ella, y la mujer le dio un tortazo para luego volver a besarlo, empujarlo y marcharse sin mirar atrás. Tam suponía que el tipo era un mercenario, y lo vio quedarse allí quieto y embobado. Se llevó dos dedos al labio inferior y frunció el ceño al ver que se los había manchado de sangre.

Cura le hizo un guiño a Tam al pasar, le quitó la taza de té a Roderick de las manos y luego subió al carro.

Rosa le dio una última calada a la pipa antes de entregársela a Cirrolibre.

—¿Cuánto tiempo tenemos para dormir? —preguntó a Roderick.

—La Quebrada está a una hora al oeste de aquí. Digamos que dos si tenemos en cuenta el tráfico.

Cirrolibre dio una calada a los restos de la pipa de Rosa antes de tirarlos a la nieve.

—Supongo que no nos queda otra.

—¿Dormir? —preguntó Tam, que estaba en medio de los tres y los miraba con gesto incrédulo—. ¿Es que no acabáis de despertaros?

Rosa empezó a subir al carro.

—¿Despertarnos? —dijo por encima del hombro—. Todavía no nos hemos acostado.

5

Vicios necesarios

Tam había estado en la Quebrada en una ocasión, hacía un año. Salía con una chica algo mayor llamada Roxa que era hachera para una banda llamada Rompecielos. Y se había pasado por allí (sin permiso de Tuck, claro) cuando hicieron una audición para un agente muy famoso que buscaba nuevos talentos. Había cientos de mirones que vieron cómo Roxa y los suyos despachaban una manada de osgos escuálidos, pero no consiguieron impresionar al agente. Y tampoco a Tam. Había oído historias de las grandes arenas del sur, la Cuna del Gigante, el Laberinto de Sangre de Ut y el recién construido Megatón, del que se decía que flotaba gracias a unos motores de marea sobre la ciudad de Cincorreinos. En comparación, la Quebrada era poco más que un cañón venido a más.

Pero cambió de opinión en el momento en el que se apeó del carro. El tío Bran le dijo en una ocasión que la arena podía llegar a albergar hasta cincuenta mil almas, y supuso que ese día estaba a rebosar de gente. Tam nunca había visto tanta en el mismo lugar. El ruido se extendía a su alrededor y batía contra las escarpadas paredes del cañón, que estaban llenas de cuevas abarrotadas de espectadores. En lo alto, los mamposteros de Kaskar habían esculpido grandes balcones de piedra y madera que sobresalían de los acantilados como sombreros de setas. Encima de ellos, el cielo estaba cubierto por un caos de puentes de cuerda y plataformas de observación a rebosar de personas hacinadas y que gritaban con todas sus fuerzas.

La multitud que rodeaba al carro de guerra se había vuelto loca con la llegada de Fábula. Mirara donde mirase, Tam solo veía rostros eufóricos y brazos que la saludaban.

—No te apartes de mí, Tam.

Brune le puso una mano en el hombro y se internó en el gentío.

—¿Siempre es así? —gritó por encima del alboroto.

—Pues sí —dijo el chamán, que se apartó el pelo grasiento a un lado y le dedicó una sonrisa llena de dientes separados—. Bienvenida

a la jungla.

Ya habían empezado los combates. Tam oyó el entrechocar del metal contra metal y vio los destellos ocasionales de los hechizos reflejados en las paredes del cañón. Rodearon la pared escarpada del risco septentrional escoltados por dos decenas de hombres armados con garrotes y rodelas de madera. Roderick iba al frente con aquel sombrero tan ridículo suyo, jactándose como el pavo mascota de un noble. El agente los guio por un túnel que ascendía y serpenteaba hasta que se abrió a una armería enorme (y llena de muebles caros) desde la que se veía toda la Quebrada.

Aquello estaba lleno de bandas, agentes y bardos. Había una barra cerca de la entrada, y varias partidas de cartas y dados ya empezadas. Tam esperaba encontrarse a los mercenarios preparándose para la batalla, concentrados mientras afilaban las espadas o pulían las armaduras. Pero en lugar de ello se topó con una escena que no era muy diferente de una noche cualquiera en la sala común de La Piedra Angular. Los luchadores esperaban su turno para salir a la arena y templaban los nervios con licor, mientras que los que ya habían regresado del combate lo celebraban de la misma manera.

Había un gran ventanal que se abría a la Quebrada, justo al lado de una rampa que descendía hasta el suelo del cañón. La banda que acababa de terminar de luchar la subía a duras penas. El líder llevaba una capa roja y cómicamente grande, así como un tricornio. Cojeaba de una pierna ensangrentada, pero no dejaba de sonreír ni de saludar al público con entusiasmo. Pero cuando entró en la armería se volvió de repente para encarar al que iba detrás de él.

—¿A qué coño ha venido eso? ¡Te dije que durmieras a esos lagartos!

—¡Lo intenté! —dijo un hombre que parecía muy angustiado y que vestía una túnica llena de barro. Sostenía un palo roto que parecía haber sido una varita—. Son los espectadores, Daryn. ¡Son muy escandalosos!

—¿Muy escandalosos? Es un hechizo, lelo. ¡No una puta nana! ¿Y dices que eres mago? ¡No podrías ni convertir el hielo en agua un día de verano! —Se detuvo para examinar un par de espantosas heridas en la pierna—. ¿Alguien sabe si los slirk son venenosos?

—Solo con los gilipollas —dijo una mujer cercana que estaba colocando la cuerda a su arco—. Si fuese tú, empezaría a suplicar la misericordia de la Doncella, Daryn.

El mago rio entre dientes, pero el herido líder de su banda frunció el ceño.

La mujer se colgó el arco al hombro y sacó unos guantes de seda

desparejados. Tenían los dedos cortados a la altura del nudillo. Iba ataviada con una capa lujosa de armiño que se ceñía sobre un tabardo de algodón de aspecto caro, que llevaba por encima un peto de acero pulido que cubría una coraza de cuero acolchado. Y también una sobreveste de seda azul debajo de todo. A Tam le dio la impresión de que llevaba demasiada ropa al mismo tiempo.

La mujer sonrió de oreja a oreja al ver a Fábula.

—Por la cola de mil mantícoras, ¡pero si es Rosita!

Rosa se apartó el cabello pelirrojo de la cara.

—Ya sabes que mato a casi todos los que me llaman así.

—¡Pero yo no soy casi todos! —La mujer tenía unos andares patizambos y un acento rural de carteana tan exagerados que resultaban hasta cómicos. Rodeó a Rosa con el brazo—. Se podría decir que casi somos hermanas, aunque tu padre es mucho más guapo que el mío. Por los infiernos helados, niña, ¡pero si crucé medio mundo para rescatarte a ti y a ese demonio tan guapo de la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje! —Le dirigió otra sonrisa al druin—. ¿Cómo estás, Cirro?

—¿Qué tal, Jain?

—Lo único que hiciste fue atravesar un portal —dijo Rosa con ironía—. Como el resto de mercenarios de Grandual.

—Ahí le has dado. Pero ayudé al viejo Gabe en su aventura para rescatarte.

—Mi padre me dijo que le robaste. Dos veces.

Jain se encogió de hombros.

—Que te roben ayuda a forjar el carácter. Vaya, de no ser por…

—Jefa —dijo una mujer que estaba cerca y que también llevaba armaduras sobre armaduras y yelmos sobre yelmos—. Somos las siguientes.

—¿Ya? —Jain se giró sobre los talones—. Pues vamos a demostrarles a estos patanes norteños cómo hacemos las cosas en el sur, ¿os parece?

Salió a la carrera hacia la rampa y obligó a Daryn a apartarse de su camino como buenamente pudo. Una docena de mujeres, también con demasiada ropa, la siguieron de una en una.

Tam miró a Cura con gesto inquisitivo.

—¿Jain?

La Bruja de Tinta frunció el ceño.

—¿Qué le pasa?

—¿Lady Jain? ¿La líder de las Flechas de Seda? ¿La primera en cruzar el Umbral de Kaladar?

Cura soltó una risotada amarga.

—Niña, todos los mercenarios de Grandual afirman haber sido los primeros en cruzar ese portal. Pero sí, esa es lady Jain. —Entrecerró los ojos y se mordió el labio inferior—. Está en la lista, claro.

—¿Qué lista?

La invocadora arqueó una ceja llena de pendientes de hueso.

—La lista de personas a las que me gustaría fo…

—¡Tam! —El tío Bran le dio un espaldarazo tan fuerte que estuvo a punto de tirarla al suelo. Tenía la ropa llena de barro y una herida abierta debajo del ojo izquierdo, por lo que Tam supuso que él y los Acorazados (o más bien los desharrapados bribones que hoy en día se hacían llamar así) ya habían luchado en la arena—. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué haces aquí? A ver, sé lo que haces aquí, pero ¿cómo convenciste a Tuck de que te dejase venir?

Tam miró a Cura. No tenía muy claro si debería mencionar los gritos, los llantos y hasta los abrazos que habían formado parte de la última escena con su padre.

—Es una larga historia —se limitó a decir.

—Vale. Lo importante es que estás aquí. Y eso que tienes ahí… —Se quedó en silencio al ver la funda de piel de foca que Tam llevaba a la espalda—. ¿Eso es el laúd de tu madre? ¡Creía que Tuck lo había quemado! —Pues parece ser que no.

Su tío dio un paso atrás y puso gesto nostálgico.

—Por los dioses. Eres la viva imagen de Lily a tu edad. Aunque mides como tu padre, claro. Y también tienes esa mandíbula repelente. Y su pelo castaño oscuro. Vaya. Supongo que tienes un poco de ambos.

Cura resopló.

—Creo que funciona así, sí.

Bran se rascó la incipiente barba gris que le crecía en las mejillas y examinó la tinta de los brazos de la invocadora.

—Supongo que sí. ¿Habéis visto a Roderick?

—Seguro que está en la barra —sugirió Cura.

—Justo iba hacia allí. Nos vemos.

Bran se alejó entre tambaleos, y Cura empezó a hablar con un hombre que llevaba una armadura llena de púas y el rostro pintado como un gato, por lo que Tam se quedó sola. Se acercó a la ventana que daba al exterior. No había nadie a su alrededor, ya que la mayoría de los que se encontraban en la armería estaban demasiado ocupados llenándose de licor como para atender a lo que ocurría en la arena.

Vio a Jain y a las Flechas de Seda enfrentarse a un zamarrajo, que parecía un perro enorme y lanudo de pelaje blanco y ojos inyectados en sangre. La lengua le colgaba entre dos colmillos tan largos como los

brazos de Tam, y todo lo que tocaba con ella chisporroteaba como si su saliva fuese muy corrosiva. Su cola rechoncha y llena de púas se agitaba sin parar cada vez que iba a atacar, lo que convertía al zamarrajo en un adversario muy predecible.

Algunas de las mujeres de Jain se dedicaban a provocarlo con lanzas mientras el resto le clavaba una andanada de flechas. Cuando acabaron con él, parecía más bien el alfiletero de una hilandera. Las Flechas de Seda volvieron a subir la rampa al trote entre estruendosos aplausos.

Los siguientes eran los Agallas, que no tuvieron mucho que hacer contra un minotauro que se tropezó mientras cargaba contra ellos y se rompió el cuello en la caída. La bestia se retorció y aulló hasta que uno de los mercenarios lo libró de su sufrimiento y un par de arrieros se lo llevaron a rastras por los tobillos.

Castigo de Gigantes, a los que Tam había visto junto a Fábula el día antes, tuvieron un buen entretenimiento antes del combate. Se abrieron las puertas de la arena y salió por ellas entre cacareos la supuesta cocatriz que Tam había visto en el Mercado de Monstruos. Los mercenarios, que seguro tenían los bolsillos llenos de cereales, fingieron que corrían atemorizados mientras el pollo los perseguía aleteando. Las risas reverberaron en las paredes del cañón, pero terminaron de repente cuando Alkain Tor se atrevió a agarrar al animal y recibió un picotazo en el ojo. El líder de Castigo de Gigantes tiró al suelo a la criatura y la pisoteó hasta matarla.

Después se enfrentaron a un cuarteto de trols escuchimizados. Branigan le había dicho a Tam en una ocasión que los trols, que podían regenerar extremidades, eran muy preciados entre los arrieros, pero la banda les dio tal paliza que le dio la impresión de que, cuando fuesen a regenerarse, las pobres criaturas no iban a saber muy bien dónde iba cada cosa.

Mientras los Renegados daban buena cuenta de algo parecido a un cactus gigante muy enfadado, Fábula empezó a prepararse para el espectáculo principal. Y, como era de esperar, «prepararse» era un término muy impreciso. Brune deambulaba en círculos con una botella de ron de Aldea y entretanto susurraba lo que parecían palabras de aliento. Cura desapareció en un rincón con una de las mujeres de Jain y volvió unos minutos después con una pipa entre los dientes y una sonrisa lánguida en los labios.

Cirrolibre se acercó a la ventana junto a Tam. Sacó la moneda de piedra lunar con la que había estado jugando la noche anterior en La Piedra Angular y empezó a lanzarla por los aires con gesto distraído mientras veía la batalla que se libraba en la arena en esos momentos.

Por encima del hombro del druin, Tam vio a Rosa sentada sola en un sofá bajo. Iba ataviada con la armadura negra y arañada y llevaba las cimitarras, *Cardo* y *Espina*, enfundadas a cada lado de la cintura. Tenía una bolsa abierta sobre el regazo y se quedó mirándola un buen rato sin dejar de abrir y cerrar los dedos, como una ladrona que está a punto de poner a prueba una cerradura. Terminó por sacar una hoja negra y brillante para luego, con la funesta determinación de alguien que está a punto de beber un trago de veneno, colocársela sobre la lengua.

Tam estaba a punto de preguntarle a Cirrolibre qué hacía Rosa, pero el druin habló primero.

—Todos tenemos nuestros rituales —dijo sin dejar de mirar el enfrentamiento que tenía lugar bajo ellos—. Nuestros vicios necesarios. Nos ayudan a superar nuestros miedos. No a conquistarlos, pero sí a poner una buena pila de muebles contra la puerta por la que están a punto de entrar mientras nosotros nos quedamos agachados al otro lado. Sobrevivir no es suficiente en nuestro oficio, Tam. Tenemos que sobreponernos.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó ella.

—Uno es algo físico, mientras que lo otro es mental —explicó Cirrolibre—. Todas las batallas tienen un precio. Hasta las que ganamos.

Tam no lo comprendía del todo, pero decidió fingir que sí y asintió con gesto sabio.

—¿Y cuál es tu vicio? —preguntó.

—El amor —dijo Cirrolibre al tiempo que le dedicaba la sonrisa de un jaguar—. Y sospecho que llegará el día en que acabe conmigo.

El sol se hundía por el oeste mientras Rosa guiaba a Fábula hacia la Quebrada. Cirrolibre iba unos pasos por detrás de ella, mientras que Brune los seguía al trote. El chamán iba sin camisa a pesar del frío y agitaba los brazos para azuzar a la multitud. Su arma, una guja de doble hoja que llamaba *Ktulu*, iba amarrada a sus anchas espaldas con una cinta de cuero. Tam había examinado antes el arma de asta. Las dos mitades se unían en el centro gracias a una rosca de metal que permitía al chamán separarlas a voluntad.

Cura cerraba la retaguardia. Llevaba un mantón oscuro y pesado, y las únicas armas que portaba eran tres dagas enfundadas que decía que no eran armas, sino partes de su atuendo. La Bruja de Tinta no parecía inmutarse ante la mirada de cincuenta mil personas.

—¡Hacedlos papilla y montad un buen espectáculo! —gritó Roderick a su banda mientras salían al exterior. Después se abrió paso hasta la ventana en la que se encontraba Tam. La plataforma se

encontraba a rebosar de gente ahora que Fábula estaba a punto de luchar.

—¿Es verdad que no tienes ni idea de contra qué van a luchar? —preguntó al agente.

Roderick era medio palmo más bajo que Tam y tuvo que levantarse el ala del sombrero para alzar la vista y mirarla a los ojos.

—No lo sé, no —admitió—. Y no es algo que me guste. Mi contacto me dijo que tenía preparado algo muy especial. «A Rosa le va a encantar», comentó. ¡Y fue ella la que aceptó el trato! —Sacó una pipa de tallo largo de una bolsa que llevaba a la cintura y empezó a llenarla de tabaco—. A veces me da la impresión de que esa mujer quiere morir joven —murmuró. Después miró a Tam de reojo—. No le digas que lo he dicho yo.

Su tío Bran apareció a su izquierda con dos jarras de cerveza.

—Gracias —dijo ella al tiempo que intentaba quitarle una.

—¿Qué? Ah, sí. Claro… —gruñó.

Una campana repicaba en la lejanía. Tam vio que la reja levadiza de la pared opuesta empezaba a alzarse entre chirridos. Mientras lo hacía, los que miraban desde la ventana, los puentes o los balcones, se quedaron todo lo inmóviles que se podía quedar una multitud. Lo que estaba a punto de salir por allí era la mejor presa con la que podían hacerse los cazadores de Ardburgo, un monstruo con el que esperaban desafiar a una de las mejores bandas de mercenarios de Grandual.

Pero lo que salió no fue un monstruo, sino un hombre, uno de los arrieros que Tam había visto antes. Ahora gritaba y agitaba el muñón de lo que antes era su brazo derecho. Se tambaleó, se abalanzó hacia el suelo y cayó sin remedio en un charco de su propia sangre.

Unos segundos después, la ventana se llenó de mercenarios desesperados por ver lo que ocurría en la arena. Roderick se había quedado muy quieto justo después de encender una cerilla. La llama se extinguió, y la pipa cayó en la plataforma junto a sus pies.

Algo enorme se agachó para pasar por debajo de la reja de metal. Tenía la carne del azul de un pan lleno de moho. Músculos que parecían cuerdas destacaban en sus brazos desgarbados, llenos de sarpullidos y costras supurantes. Agarró al hombre, que no dejaba de agitarse, y lo estampó contra la pared. El cuerpo estalló como una naranja podrida y bañó con sus entrañas a los que veían el espectáculo desde el balcón de debajo.

La criatura se enderezó, pero sus hombros permanecieron encorvados, como si hubiese vivido durante años en cautividad sin tener mucho espacio para moverse. Y también en la oscuridad, dedujo Tam al ver la dilatada pupila negra que se extendía por el único y

enorme ojo de la criatura.

—Por el salitre de la polla de un fantrano —murmuró Roderick—. Es un cíclope.

6

Madera y cuerda

Se decía que Rosa la Sanguinaria había matado a un cíclope cuando solo tenía diecisiete años. En esa época no era mercenaria, sino una joven luchadora con muchas ansias de alejarse de la alargada sombra de su padre. No contaba con el apoyo de una banda ni de bardo alguno que presenciara lo ocurrido para luego componer una canción. Pero las grandes hazañas se abrían paso por sí mismas, por lo que la hija de Gabe el Gualdo se convirtió en una celebridad de la noche a la mañana. Y así fue como consiguió el nombre con el que se la conocería a partir de ese momento.

Rosa la Sanguinaria.

Había algunos que no lo creían. Daban por hecho que se lo había encontrado ya muerto o que había usado el dinero de su papi para contratar a otros mercenarios que matasen a la bestia en su nombre. Pero Tam no había dudado ni un por un momento de la veracidad de la historia.

Pero ahora sí. El cíclope era enorme, del tamaño de una fortaleza al menos. ¿Cómo iba una niña de diecisiete años… cómo iba cualquiera, de hecho, a acabar con algo tan monstruoso? ¿Por dónde empezar siquiera?

Pues correr directo hacia el monstruo no era una mala manera de empezar, no.

Rosa aceleró y se dirigió con determinación hacia la sombra colosal de la criatura. Aferró las empuñaduras que le colgaban a la altura de la cintura, sacó las armas de las fundas y las lanzó hacia los cielos. Antes de que Tam tuviese tiempo de preguntarle a Bran o a Roderick por qué había hecho algo así, las runas de los guanteletes de Rosa empezaron a refulgir: una azul y la otra verde. Unos glifos idénticos comenzaron a brillar también en las hojas de las cimitarras, que volvieron girando hasta sus manos abiertas.

—Eso ha sido… increíble —susurró Tam. Después miró a Roderick, quien había recuperado la pipa y le dedicaba un guiño cargado de

confianza.

—Muy increíble —convino el agente.

Cirrolibre corría detrás de Rosa. Con la estrecha funda de *Madrigal* aferrada en una mano e inclinado hacia delante como si se enfrentase a un vendaval.

Cura se quitó el mantón que le cubría los hombros, lo tiró a un lado y gritó:

—*¡AGANI!*

Tam se sorprendió de oír el grito de la invocadora a pesar del estruendo que reverberaba por las paredes del cañón. La Bruja de Tinta cayó de rodillas sin dejar de mirar el suelo e hizo surcos en la tierra con cada uno de sus dedos. Encorvó la espalda como una bruja y algo empezó a salir de ella.

«Pero ¿qué…?».

Tam dejó la jarra en el alféizar de la ventana porque la mano había empezado a temblarle y la cerveza le caía entre los nudillos, blanquecinos a causa de la presión.

Unas patas segmentadas se clavaron en el suelo, y un árbol negro y chamuscado salió de la carne de la invocadora. Poco después ya tenía el tamaño de un toro, luego el de un mamut brumal, hasta que terminó por alzarse frente a Cura y alcanzar la altura del cíclope.

Brune no se había movido aún. Tenía la cabeza gacha, y daba la impresión de que el chamán hablaba para sí mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro. Cogió la guja de doble hoja que llevaba a la espalda y plantó un extremo en el suelo. Después echó a correr detrás de Rosa y Cirrolibre. Se abalanzó hacia delante, y no cayó al suelo, sino que empezó a desplazarse a cuatro patas, como una bestia.

—Venga… —suplicó Roderick sin quitarse la pipa de la boca.

El chamán empezó a cambiar. Sus muslos rompieron los pantalones, y el pelo de sus brazos se volvió más frondoso hasta convertirse en un pelaje desgreñado que se le extendió por los hombros y por la espalda. La nariz se le ensanchó hasta convertirse en un hocico negro y grande. De las manos y de los pies le salieron unas garras amarillas y curvadas.

Tam se puso de puntillas de repente.

—¡Es un oso! —gritó.

Brune rugió, un gruñido ensordecedor que sonó como un trueno que estalla en un desfiladero para luego reducirse a poco más que el llanto de un polluelo recién nacido pidiendo alimento. El cuerpo se le encogió hasta quedarse del tamaño de un perro.

Un perro muy pequeño.

Un gato un poco gordo, incluso.

Tam frunció el ceño.

—Es un… ¿un osezno?

Las risas y la consternación se extendieron a partes iguales por las paredes del cañón. Brune se detuvo, obviamente avergonzado, y ocultó el rostro detrás de las patitas. Unos pocos mercenarios que estaban detrás de Tam reían entre ellos. Hasta Branigan rio haciendo salir burbujas de su jarra de cerveza.

Roderick maldijo en voz baja y encendió otra cerilla con prisas.

—A veces se pone un poco nervioso —explicó el agente al tiempo que agitaba una mano para disipar el humo que acababa de exhalar—. Cuanto más grande es la multitud, más pequeño es el oso.

—Empieza la fiesta —dijo el tío de Tam para que mirase la arena.

El cíclope dio una patada muy torpe a Rosa mientras esta se acercaba. Ella la evitó, saltó y clavó una de las espadas curvas en el gemelo del monstruo. Después se apoyó en el arma para impulsarse hacia arriba y clavó la otra a más altura. Tam supuso que los años de cautividad lo hizo insensible al dolor, o que el monstruo era inmune, ya que giró con el otro pie, confuso al descubrir que Rosa había desaparecido. Mientras, ella ascendía por la parte de atrás de su pierna a espadazos.

Cura se quedó tendida bocabajo mientras la criatura que había invocado extendía sus delgadas ramas hacia los cielos. Un rostro surgió de uno de los pliegues llenos de marcas de su tronco y empezó a aullar, de rabia o de dolor. Era imposible de averiguar. Se oyó un estruendo que parecía un sorbo, un frusssh, el respingo de cincuenta mil alientos robados, momento en el que la frondosa copa de la criatura estalló en una tormenta de llamas cerúleas. Se alejó de Cura y avanzó sobre unas raíces que a Tam se le parecieron a las patas de un escarabajo. Cada una de sus pesadas zancadas dejaba tras de sí un reguero de cientos de hojas llameantes.

Tam se giró hacia Roderick.

—¿Qué es esa cosa?

El agente le dio una calada a la pipa y la miró con gesto atónito.

—¿Es que estás ciega o qué? Un árbol con la copa en llamas.

Mientras Rosa ascendía por la pierna del cíclope, Cirrolibre se colocó justo frente a él para llamar su atención. La criatura intentó pisotearlo, pero el druin, que aún no había desenvainado su arma, se apartó con la misma naturalidad con la que un peregrino dejaría paso al carro de un granjero en el camino. Cuando la bestia intentó aplastarlo con el otro pie, Cirrolibre se agachó hacia un lado y lo esquivó sin inmutarse.

Al fin, desenvainó *Madrigal* de la funda. La estrecha hoja canturreó en manos del druin, que dio un tajo y cercenó tres dedos al monstruo.

Tam se inclinó hacia su tío y gritó para que la oyese a pesar de los gritos de la multitud:

—¡Qué rápido es!

Bran se había puesto a aplaudir e hizo una pausa para silbar con los dedos. Después se dio unos golpecillos en la cabeza.

—Es la presciencia.

—¿Presciencia?

—Los conejos ven el futuro —dijo, usando un término para designar a los druins que Tam dudaba que Cirrolibre aprobase—. Saben lo que va a ocurrir, o lo que puede que llegue a ocurrir, justo antes de que tenga lugar.

Branigan estaba borracho y lo que decía no parecía tener sentido, así que Tam se giró hacia Roderick.

—¿Eso es cierto?

El agente se encogió de hombros.

—Más o menos.

Cirrolibre rodeaba despacio a su oponente. *Madrigal* se alzaba sobre su cabeza, lista para atacar. El cíclope lo seguía con cuidado mientras unos hilillos de sangre le caían por la mandíbula y salpicaban al chocar contra su barriga hinchada para deslizarse después hasta el taparrabos de debajo.

Al parecer, Rosa le clavó una de las cimitarras en un nervio, porque la criatura gritó y le dio un manotazo. Ella resistió el golpe y se aferró a las empuñaduras como si fuese una escaladora que cuelga sobre un oscuro abismo. Estaba a poca distancia del suelo y la caída no sería suficiente para matarla, pero sí que la dejaría aturdida y en peligro de ser pisoteada hasta la muerte.

Cirrolibre se afanó por recuperar la atención de la bestia y le asestó otro tajo, esta vez en el tobillo. Fue un corte superficial que se desvió al chocar contra el hueso, pero hizo que la criatura se girase con lentitud mientras el druin se escabullía entre sus piernas.

Cuando Rosa llegó a la cintura del monstruo, dejó que *Cardo* y *Espina* cayesen al suelo. Se agarró al taparrabos y empezó a trepar hacia la espalda de la criatura, que no había cejado en su empeño de cazar a Cirrolibre. El cíclope tenía una cresta de pelo áspero y azul que le recorría la espina dorsal, y Rosa se sirvió de ella para escalar con una destreza sorprendente.

En tierra, el druin se vio obligado a echarse atrás mientras el cíclope lo atacaba con ambas manos. Por muy rápido que fuese, y por mucha antelación con la que lo advirtiese la presciencia, era

demasiado grande para seguir eludiendo al cíclope para siempre. Se agachó para esquivar un golpe que le rozó las orejas y, en el siguiente, Tam juraría haberlo visto ir hacia él en lugar de intentar evitarlo.

Tam soltó un jadeo de sorpresa cuando Cirrolibre salió despedido por la arena. Al detenerse, se quedó inmóvil en el suelo.

Le dio la impresión de que toda la Quebrada contenía el aliento. El cíclope soltó un rugido de alegría y avanzó hacia el druin inconsciente.

Roderick se echó hacia delante y se quitó la pipa de la boca.

—Esto no va bien —dijo el agente con la lóbrega resignación de alguien que ve al perro del vecino acuclillándose para hacer sus necesidades en el jardín.

Tam se giró hacia su tío.

—¿No lo va a matar, verdad? Ellos no lo permitirían.

Branigan negó con la cabeza.

—¿Quiénes son ellos?

Tam echó un vistazo a ambos lados del cañón, donde una hilera de lanceros montaba guardia por si los monstruos intentaban escapar. Ninguno de ellos parecía muy ansioso de rescatar a Cirrolibre. De hecho, dudaba que se enfrentasen a la bestia aunque fuese directa a por ellos.

El árbol ardiente de Cura ya estaba muy cerca del cíclope. Una de sus ramas asestó un golpe lleno de hojas en llamas contra el enemigo, pero rebotó contra el pellejo retorcido del gigante como chispas que rebotan contra una placa de acero.

Cura se puso en pie a duras penas, con el rostro pálido y el pelo empapado de sudor y pegado a la frente. Tam vio que el pecho de la mujer se hinchaba para coger aliento.

Cuando soltó el aire, una fuerte ráfaga de viento sopló entre las ramas de la atrocidad que había invocado. Le arrancó todas las hojas, que salieron volando hacia la cabeza del cíclope como una nube de avispas en llamas que chamuscaron su cerosa carne pero no pudieron hacer nada contra el correoso párpado que le cubría el enorme ojo.

El cíclope dejó de intentar matar a Cirrolibre para enfrentarse a esa molestia más reciente. Los dos monstruos se agarraron durante unos instantes, pero el gigante era mucho más grande y sin duda más fuerte. Levantó a esa atrocidad arbórea sin hojas por encima de su cabeza y la lanzó contra el suelo como si fuese un garrote. La criatura de Cura se astilló y desapareció entre volutas de un humo negro como la tinta.

La Bruja de Tinta se derrumbó en el suelo mientras el cíclope se acercaba al druin.

Rosa seguía oculta a la vista en la espalda del monstruo. Pero aunque hubiese adivinado por la reacción del público lo que le acababa de pasar a la invocación de Cura y el estado de Cirrolibre, ¿qué iba a hacer ella?

«Lo mismo que podría hacer yo», pensó Tam con tristeza. Se asustó mucho cuando su tío le puso la mano en el hombro.

—A lo mejor deberías apartar la mirada, Tam. Esto no va a ser agradable.

«Apartar la mirada».

Lo hizo. Apartó la mirada y vio algo en el otro extremo de la estancia.

Vio un pedazo de madera con cuerda, una herramienta que le suplicaba que la cogiese y la tocase. La oyó susurrar su nombre con una voz que casi ni recordaba, y de repente sintió que necesitaba cogerla. Su corazón anhelaba oír esa música.

Se alejó de la ventana y se abrió paso a través del grupo de mercenarios que había detrás de ella. Branigan parecía tener claro que Tam iba a vomitar o que no quería ver cómo hacían papilla a Cirrolibre; lo cierto es que ella no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero había llegado a la conclusión de que tenía que actuar aunque no sirviese para nada.

Ya pediría perdón luego a quienquiera que hubiese abandonado allí ese arco.

Tam se quitó el laúd de su madre del hombro y lo reemplazó por un carcaj casi vacío. Después desapareció, cruzó junto a los guardias de la puerta de la armería y bajó por la rampa todo lo rápido que le dieron de sí las piernas.

El rugido de la multitud impactó contra ella como un golpe físico, un rugido estruendoso, más ruidoso que cualquier otra cosa que hubiese oído con anterioridad. El carcaj le hacía daño al rebotar en el costado, por lo que eligió una flecha al azar, desechó el resto y empezó a correr por la arena como si los sabuesos del Hereje le pisaran los talones.

Estaba sin aliento, y el corazón le latía desbocado. Empezó a ver borroso. Echó un vistazo a su alrededor, pero solo observó imágenes que no parecían tener relación entre sí: Cura de rodillas abriendo los ojos cuando pasó junto a ella, Cirrolibre agitándose aturdido mientras un osezno le daba mordisquitos en la oreja…

Y después alzó la vista. Y la alzó más aún. Y vio el ojo negro y siniestro del cíclope.

Notó que le empezaban a temblar las rodillas y el instinto no dejaba de repetirle que diese media vuelta y echase a correr. El

monstruo empezó a balar en su dirección, el gimoteo espeluznante de una oveja demente, pero Tam casi ni lo oyó debido al alboroto que se extendía por las paredes del cañón y los resoplidos de su aliento entrecortado.

Después de haber llegado a la conclusión (sin duda cierta) de que la barda con el arco no representaba peligro alguno, el cíclope dio un paso más en dirección al druin. Otro, y Cirrolibre estaría muerto.

«Ahora», dijo la vocecilla en la cabeza de Tam.

Se detuvo de repente y preparó la flecha. Intentó tirar de la cuerda, pero no lo consiguió al primer intento, ya que el arco era mucho más grande que el que ella usaba para practicar con Tera. Volvió a intentarlo, apretó los dientes y tiró del culatín hasta colocarlo a la altura de su mandíbula.

El sol la deslumbraba, por lo que tuvo que entrecerrar los ojos. Apuntó al único objetivo que se le ocurría, porque cuando uno se enfrentaba a una criatura con un ojo enorme en medio de la cabeza era un poco estúpido apuntar a cualquier otro lugar.

Vio con el rabillo del ojo cómo Rosa conseguía llegar hasta el hombro del gigante, cómo extendía un brazo y se iluminaban de un azul intenso las runas de uno de sus guanteletes. Vio una cimitarra que se precipitaba hacia su mano abierta.

Cogió aire e intentó en vano que no le temblasen las manos. Los músculos de los brazos estaban a punto de estallarle. Sintió que la flecha intentaba escapar, como un halcón entrenado para cazar al recibir la orden.

Y la soltó.

7

Las vistas desde la colina

Tam se despertó con el rugido de los espectadores batiéndole en los oídos. Le latía la cabeza y la mandíbula le dolía como si le hubiesen dado un puñetazo. Los recuerdos empezaron a aflorar en su mente, imágenes abominables, como cadáveres fríos que flotasen bajo la cristalina superficie de un lago. Vio cómo se derrumbaba el cíclope y cómo le explotaba la cabeza como si fuese una calabaza al golpearse contra el suelo. Recordó sangre, mucha sangre, y desmayarse frente a cincuenta mil personas.

«¿Y ahora dónde estoy?», se preguntó.

Por unos instantes temió que hubiese sido un sueño, que lo del cíclope y la despedida de su padre no fuese más que una cruel alucinación. Temió oír la voz de Tuck detrás de la puerta o sentir la cola peludita de Lamento haciéndole cosquillas en la nariz.

Pero no, no estaba en casa. Se encontraba tumbada en una camilla dura, en la oscuridad. Una música lejana y una luz distante e irregular se filtraban a través de la ventana de listones que estaba sobre ella. De modo que tenía que estar a bordo del carro. El Reducto de los Rebeldes. Y en el exterior…

«La Acampada de Luchadores».

Tam había oído historias de la Acampada de Luchadores cuando trabajaba en La Piedra Angular. Era una celebración nocturna que tenía lugar cuando había combates en la Quebrada y a la que acudían cientos de mercenarios, nobles, mercaderes ricos y casi todos los que fuesen lo bastante listos como para cruzar la barrera de carros aparcados y centinelas negligentes. Después de varias bebidas y muchos problemas, Bran y Tiamax la obsequiaban a veces con anécdotas de bailes, alcohol y un desenfreno salvaje que era más bien propio del piso superior de un burdel de Cimablanca.

Lisa y llanamente, se trataba de la mayor fiesta de Ardburgo.

Y se la estaba perdiendo.

Se incorporó, gruñó a causa del dolor de cabeza y esperó a que la

vista se le acostumbrase a la luz tenue. La fortaleza sobre ruedas de Fábula era tan impresionante por dentro como por fuera. Había una cocina completa en la parte de atrás, un salón amueblado con un bar bien surtido, sofás cómodos y por Glif que había una chimenea de piedra y todo.

Algo apartados se encontraban los catres de Bruna, Cura, Roderick y, desde esa mañana, el suyo. La cama desecha del chamán estaba llena de pieles, mientras que la de la Bruja de Tinta estaba cubierta por sábanas de satén negro y todo un exceso de cojines cómodos. La del agente, que se encontraba frente a la de Tam, era un batiburrillo de paja sucia, calcetines desparejados y botellas vacías.

Bueno, vacías estaban la mayoría. Tam vio una que contenía un líquido ambarino y turbio que esperaba de verdad que fuese whisky.

Rosa y Cirrolibre compartían un gran dormitorio en la parte delantera del carro. La puerta se encontraba entreabierta, y Tam vio un resplandor. Se planteó colarse y echar un vistazo dentro, pero decidió meterse en sus asuntos y unirse a la fiesta.

Se puso de pie, hizo una mueca al oír el chirrido de la madera y luego se dirigió a la puerta. Con el siguiente paso, tiró al suelo la botella medio vacía que había en la cama de Roderick. El frasco rodó estrepitosamente por el pasillo que se abría frente a ella y fue derramando el líquido a medida que avanzaba.

—¿Tam? —llamó Rosa a su espalda—. Ven. Déjame verte.

La barda se giró, se acercó a la puerta y la empujó con cuidado.

Dentro se encontraba Cirrolibre, tumbado en una cama grande. Estaba tapado hasta la cintura con una sábana, y Tam dio un respingo cuando vio los cardenales que oscurecían el dorado pálido de su piel. Tenía el hombro derecho en carne viva y varios cortes superficiales que le cubrían medio rostro. Su pecho subía y bajaba al apacible ritmo de un sueño profundo.

Rosa estaba sentada en una silla junto a la cama y le dirigió una débil sonrisa al entrar.

—¿Cómo estás?

—Bien. Gracias. —La barda señaló la cama—. ¿Está…? ¿Se pondrá bien?

—Sí. Se pondrá bien. No gracias a mí. —Usó un paño húmedo para limpiar el sudor de la frente del druin—. Mira, Tam… Lo que has hecho hoy es…

—Estúpido, lo sé.

—Muy estúpido, sí —dijo Rosa.

—Temerario —añadió Tam.

—Ya te digo —convino Rosa.

—Soy una imbécil.

Una sonrisa se perfiló en el rostro de la mercenaria.

—Entonces nos vamos a llevar muy bien. —Levantó una mano antes de que Tam siguiese insultándose—. Ahora en serio. Lo que has hecho hoy me ha parecido increíblemente valiente. Gracias.

El cumplido hizo que Tam sintiese cómo le hervían las entrañas. Tragó saliva para evitar que el vapor le saliese por las orejas.

—Mi padre me matará si se entera.

—Bueno, se va a enterar —le aseguró—. Apuesto que todo Ardburgo se va a pasar la noche hablando de la barda del arco.

Tam se quedó unos instantes con la mirada perdida en la vela que había sobre la cómoda colocada junto a la puerta. Después preguntó al fin:

—¿De verdad lo maté yo?

Rosa mojó el trapo en un cuenco de agua que tenía junto a los pies.

—¿Al cíclope? No, no lo mataste. Yo le corté el cuello.

Tam no sabía muy bien si sentirse decepcionada o aliviada.

—¿Fallé el disparo, entonces?

—Depende de adónde apuntases —dijo Rosa señalando el vendaje que tenía en el muslo derecho.

Justo en ese momento, Tam lo entendió todo.

—No…

—Sí.

—¿Te di a ti?

—Me diste a mí —confirmó Rosa—. Pero tampoco fue para tanto. Me he clavado astillas que me han hecho sangrar más al desenterrármelas.

—Te di a ti —repitió Tam, como una posesa. El dolor de cabeza había sido reemplazado por una completa incredulidad.

Rosa escurrió el trapo.

—Sí, pero no creo que convenzas a nadie. Según cincuenta mil testigos, mataste a un cíclope con una única flecha.

Se hizo el silencio entre ellas. Un par de borrachos pasaron cantando junto a la ventana de la habitación de Rosa. Uno de ellos se detuvo a orinar junto al Reducto de los Rebeldes para después salir corriendo detrás de su amigo. Tam también estaba a punto de marcharse, pero la mercenaria siguió hablando.

—Hoy casi lo mato —dijo al tiempo que apretaba el trapo contra la frente de Cirrolibre—. He sido muy descuidada. Irresponsable. Podríamos haber luchado juntos contra esa cosa, pero intenté hacerlo sola. Puse en peligro a mis compañeros de banda y casi mato a mi barda. —Rio entre dientes—. Mi padre estaría orgulloso, la verdad.

—Fuiste muy intrépida —dijo Tam.

—¿Intrépida? —De repente, la voz de Rosa sonó afilada como una daga. Apartó la vista y sus ojos quedaron ocultos bajo las sombras de su ceño fruncido—. No, Tam. Tenía mucho miedo.

Cirrolibre se agitó en la cama. Murmuró una serie de palabras sibilantes en un idioma que Tam supuso que era druínico.

Rosa le acarició el pelo suave de una oreja con sus dedos llenos de callos.

—Deberías marcharte —dijo con amabilidad—. Busca a Brune y a Cura. Ellos cuidarán de ti. Sería una pena perderte en la primera Acampada de Luchadores.

Tam asintió y se volvió para marcharse.

—Por cierto, ya te han puesto un apodo.

La barda hizo una pausa, se colocó el pelo detrás de una oreja y después miró por encima del hombro. Rosa le daba la espalda, y Tam se sorprendió al comprobar lo pequeña que le pareció en esos momentos; la leyenda, la mujer que todo el mundo llamaba Rosa la Sanguinaria.

—¿Qué apodo?

—Te aseguro que lo descubrirás muy pronto.

—¡Pero si es la mismísima Barda!

Tam llegó jadeando después de subir por la colina y le dio a Bran una taza de hojalata llena de café que le había traído, y después agarró la suya con ambas manos.

—Por Glif —resopló—. Tú también no, por favor. ¿Qué haces aquí arriba, por cierto? Te he buscado por todo el campamento.

—Estirar las piernas —dijo su tío—. Despejarme. Despedirme.

—¿De qué? ¿De la ciudad?

Ardburgo se extendía al este como un seto de piedra gris, agazapada bajo una nube de humo que empezaba a alzarse sobre ella.

—Sí, de eso también.

El viento soplaba con fuerza a esa altura, y Tam agradeció haberse despertado tapada con la túnica de otra persona. Una buena, con el borde de cuero y adornos de hilo argénteo alrededor del cuello. Se la ciñó bien mientras contemplaba desde las alturas la Acampada de Luchadores. Tam no recordaba lo que había ocurrido durante gran parte de la noche anterior (y seguro que era mejor así), pero lo poco que recordaba (como por ejemplo derramar media botella de aguardiente agriano en la sanguinolenta cavidad ocular de Alkain Tor) le resultaba muy inverosímil. Lo único que sabía a ciencia cierta era que había infringido casi todas las reglas de su padre y puede que algunas otras que ni siquiera se había planteado.

—¿Qué tiene de malo la «Barda»? —Bran rio entre dientes—. Es un gran nombre. ¿No te gusta?

—No me lo merezco —gruñó.

—¿Qué no te lo mereces? ¡Tam, mataste a un cíclope con una puta flecha! ¿Sabes cuántas flechas gasté yo para matar a un cíclope?

—¿Cuántas?

—¡Ninguna! Nunca me he enfrentado a uno, joder. ¿Estás de coña? ¡Si viese a uno en la Tierra Salvaje, correría tan rápido que hasta me dejaría detrás las botas! Además, el arco se me da fatal.

—Ya, bueno. Por lo visto, a mí también.

Su tío la miró con gesto suspicaz.

—¿A qué viene eso?

—¡Pues a que fallé el tiro! No le di a un monstruo gigante que tenía justo frente a mí y… —Hizo una pausa para asegurarse de que estaban solos en la colina. Lo estaban, pero de igual manera bajó la voz—. ¡Disparé a Rosa!

Bran se escupió el café caliente en los pantalones de cuero.

—¿Que hiciste qué?

—¡Que disparé a Rosa la Sanguinaria, joder! —gritó.

Bran se la quedó mirando unos instantes.

—¿Está muerta?

—No, no está muerta… —bufó Tam con desesperación—. La flecha solo la rozó. Pero lo importante es que fue ella quien mató al cíclope, no yo.

—¿Cómo?

Tam usó un dedo para gesticular que se rajaba la garganta.

—Le cortó una arteria del cuello, pero cuando cayó…

—Lo recuerdo. —Bran hizo una mueca—. Plaf.

—Plaf —repitió ella—. Y ahora todo el mundo da por hecho que soy una especie de… Bueno, no sé lo que creen que soy, pero anoche intentaron contratarme tres agentes. ¡Uno de ellos hasta me prometió que conseguiría que luchase junto a los Cuervos de la Tempestad en Cincorreinos el mes que viene! ¡Solo soy una barda! —protestó—. ¡Es que ni siquiera puedo afirmar que lo sea!

—Eres la Barda —la corrigió Bran. Después bebió otro sorbo de café y contempló con mirada perdida el muro de montañas nevadas que se extendía hacia el norte—. Nadie puede elegir lo que los demás creen que somos, Tam. Ahora eres una leyenda, niña, y las leyendas son como piedras que no dejan de rodar: cuando ves una, lo mejor es apartarte de su camino.

—Eso te lo acabas de inventar, ¿no? —preguntó Tam.

Su tío le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Claro que no. Se lo robé a tu madre.

Tam rio y luego pasó un buen rato analizando el rostro de su tío: la nariz ganchuda, la barba corta y gris, las arrugas que se le acumulaban en las comisuras de los ojos.

«¿Cuándo se ha hecho tan viejo?», se preguntó.

—¿Qué pasa? —preguntó Bran al ver que no dejaba de mirarlo.

—Nada —respondió ella—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por esto —dijo mientras hacía un gesto con el que abarcaba la Acampada de Luchadores—. Por todo. Después de que muriese mamá, papá… se rindió, ¿sabes?

Su tío se rascó la cicatriz que tenía bajo la barbilla.

—Lo sé.

—Creo que estaba molesto conmigo porque le recordaba a ella. Tuvo que ser duro. También para ti. Pero tú siempre has estado dispuesto a ayudarme.

Branigan volvió a sonreír.

—Eso es porque trabajabas en el bar —dijo, y ambos rieron.

El campamento bullía de actividad. Empezaban a desmontar las tiendas, y los conductores de los carros se gritaban entre ellos mientras los vehículos empezaban a rodar por el camino embarrado.

—Ahora en serio —dijo Bran—. Hazme un favor, ¿te parece? Ten cuidado. El oficio de un bardo es mirar, no luchar. No luches nunca —repitió con la voz teñida de tristeza—. Lo que me recuerda… —Dejó la taza en el suelo y se llevó la mano a la parte de atrás de la capa para sacar un vial metálico que era tan largo como la mano de Tam.

Ella frunció el ceño.

—¿Dónde lo tenías guardado?

—Eso da igual —dijo él—. Mira. Que Fábula no vaya a enfrentarse a la Horda de la Bruma no quiere decir que no vayas a estar en peligro. ¿Cuánto sabes sobre el pasado de Rosa?

—Pues diría que todo —respondió Tam.

—Todo lo que está escrito en las canciones, dirás. Sabes lo del cíclope, como todos, y seguro que has oído hablar del duelo contra el príncipe centauro. Sabes que hizo arder una flota pirata en Puertolibre y que lideró a los supervivientes de Castia a la batalla contra Brozaparda y la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje. Pero ¿sabías que Fábula no es su primera banda? O no es la banda en la que estaba antes, al menos.

—Y con eso quieres decirme que… —dijo Tam, para que siguiese hablando.

—Quiero decirte que los mató.

Tam parpadeó.

—¿Cómo?

—Bueno, no los mató —clarificó su tío—. Pero murieron porque ella los convenció de que luchasen en Castia.

—Por los dioses, Bran. ¡Eso no es lo mismo ni de lejos!

—Lo sé. Y lo siento. Rosa es una líder genial y una luchadora brillante, una de las mejores que he visto, sin duda. Pero siempre está resentida. Como si tuviese algo que demostrar, ya sea a ella misma, a su padre o al mundo en general, no lo sé. No puede haber sido fácil crecer siendo la hija de Gabe el Gualdo. La sombra de ese tipo es demasiado alargada, como la de un gigante, pero eso no quita que Rosa haya dejado de intentar sobreponerse a ella. Por eso acepta contratos que otros rechazan sin pensar. Por eso va de gira por la Tierra Salvaje cuando los demás ni se lo plantean. Por eso, las demás bandas luchan contra criaturas de risa mientras que Fábula arriesga la vida cada vez que entra en una arena de combate.

Tam le dio un tragó al café, que se había enfriado muy rápido.

—Dijiste que querías decirme algo con todo esto, ¿no?

—Pues bien, ahora hay una horda que amenaza Kaskar y quizá también Agria, y ¿de verdad crees que Rosa va a pasar de ella? No tiene sentido alguno.

—Fábula tiene un contrato en Lindefunesta, ¿recuerdas?

—Claro. Y, según Cirrolibre, es algo igual de peligroso. Y esa es la razón por la que tengo que darte esto. —Retorció ambos extremos del vial y este se abrió. En el interior había una espina estrecha y dorada con una punta afilada como la de una aguja—. ¿Sabes lo que es? —Ella negó con la cabeza—. Es la púa de un fuego fatuo. Lo llamamos el «Último Estribillo del Bardo». Si las cosas se ponen feas… si Rosa y los demás se meten en problemas de los que no son capaces de salir… Quiero que saques esta púa y te pinches con ella. Con fuerza.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Tam.

—Morirás. O al menos dará la impresión de que has muerto. El efecto dura un día o dos y, con suerte, lo que sea que haya matado a tus compañeros ya se habrá marchado. A menos que sean caníbales, en cuyo caso esos cabrones te dejarán en los huesos. Toma. —Volvió a unir las dos partes del cilindro y se lo tendió a Tam—. Rezo para que nunca tengas que usarla.

Tam no era de las que rezaban, pero sin duda esperaba no tener que depender de hacerse la muerta para salvarse.

—Gracias —dijo al tiempo que cogía el vial.

El camino que discurría bajo ellos se había llenado de carros y guerreros que empezaban a dirigirse hacia el oeste bajo el cielo

plomizo. Teniendo en cuenta lo borrachos que estaban la mayoría hacía solo unas horas, Tam se sorprendió al comprobar que no habían vomitado el desayuno, y que eran capaces de subir por la colina. Los carros regresaban a la ciudad, ya que eran demasiado voluminosos para el terreno que los separaba de Cragmoor.

—Será mejor que vaya a despertar a los chicos —dijo Bran.

Los Acorazados y él se dirigían al oeste, como todos los demás. A su tío no es que le entusiasmase mucho la idea (había formado parte de los que liberaron Castia y el recuerdo de la Horda de Brozaparda aún le daba pesadillas), pero sus compañeros de banda, los que había contratado como sustitutos cuando los anteriores lo dejaron, estaban decididos a ir. Se habían perdido una de las mayores batallas de la historia y estaban ansiosos de que alguien los inmortalizase en una canción.

—Yo también debería irme —comentó Tam. Y como no soportaba perder de vista a dos seres queridos en tan poco tiempo, añadió—: Nos volveremos a ver, ¿verdad?

Bran sonrió.

—Claro que sí.

El tío Bran no había sido nunca un buen mentiroso (razón por la que el juego no se le daba nada bien), pero Tam apreció el esfuerzo.

Tam se encontraba a medio camino del campamento cuando vio que lady Jain venía en dirección a ella. La mercenaria no dejaba de sonreír y saludar con la mano mientras se acercaba, por lo que Tam la imitó.

Pero lo de saludar no te dejaba en muy buena posición para bloquear un puñetazo.

Tam se dobló al recibir el golpe que le arreó Jain con el puño cerrado. Soltó el aire a la fría brisa invernal, aire que no tardó en disiparse, como si tuviese miedo de recibir también un golpe.

Jain le dio unas palmaditas en la cabeza a la barda, que aún no se había incorporado, y se encorvó para quedarse cara a cara con ella.

—Te lo mereces, niña. ¿Sabes por qué?

—Aaahhh —fue lo único que consiguió articular Tam.

—Te equivocas —dijo Jain—. No es porque ayer me robases el arco. Tengo más arcos que problemas, y problemas es mi segundo nombre.

«Eres una imbécil —se dijo Tam—. ¡Le robaste el arco a Jain! ¡Era el arco de lady Jain!».

—No —continuó la mercenaria—. La razón por la que te acabo de pegar es porque yo soy la mejor arquera de Grandual. Por algo me llaman la «mejor tiradora de los cinco reinos». Tardé años en

conseguir ese título, pero me lo gané. En los bosques de Agria, en el campo de batalla de Castia y todos y cada uno de los días que el piadoso Señor del Estío me ha permitido vivir bajo su gloria desde entonces. Y mereció la pena. ¿Sabes por qué? Porque ahora cada vez que una niña pequeña coge un arco y juega a ser una heroína, ¿sabes quién se imagina que es?

La voz de Tam fue poco más que un resuello estridente.

—Exacto. —Jain se llevó el pulgar al pecho—. Se imagina que es yo. ¡Y ahora vienes tú y te cargas a un puto cíclope con una sola flecha! ¡Una de mis flechas, encima! Lo que significa que pronto habrá una mocosa que coja un arco y se imagine que es la «Barda». Y tu nombre no tardará en pronunciarse desde los patios de los colegios de las Profundidades Salobres hasta la llanura carteana. ¡Por lo que no, no te he dado un puñetazo porque me robases mi arco, sino por robarme mi puta identidad!

Tam fue capaz de respirar al fin, aunque no sin dolor. Parpadeó para mantener las lágrimas a raya.

—Yo solo… solo soy una barda —graznó.

Jain se inclinó hacia ella con mirada escéptica. El aliento le olía a tabaco y a naranjas sureñas.

—Solo eres una barda, ¿no? Bueno, pues más te vale, Tam Hashford.

—Tu arco está en el carro —gimió Tam—. Podría…

—Quédatelo —dijo Jain con un gesto de indiferencia—. Barda o no, si vas con Rosa seguro que lo vas a necesitar. Se llama *Duquesa*, por cierto. Fue mi primer arco, un regalo de mi papi. Lo único que me legó además de estos ojos marrones tan bonitos que tengo. Que sepas que *Duquesa* es toda una dama y será mejor que la trates como tal. Guárdala en un lugar cálido y seco y no tires de la cuerda a menos que vayas a disparar. —Esa última frase fue acompañada de una ligera sonrisa—. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Tam—. Gracias.

—De nada, Tam. —Jain desenfundó una daga de una funda que tenía en el muslo y la sostuvo muy cerca de la nariz de la barda—. Ahora, dame esa capa que llevas puesta.

Tam regresó al carro tiritando, y no solo por el frío. Oyó a hombres y mujeres chismorreando mientras atravesaba el agitado campamento. Habían recibido noticias de la ciudad poco después del amanecer, cuando un jinete sin aliento llegó en un caballo que echaba espumarajos por la boca e informó a todos los que quisieran escuchar que Cragmoor, la fortaleza cuyos muros de hielo habían conseguido repeler los horrores de los Yermos durante cientos de años, había

caído.

Bronturo y la Horda de la Bruma marchaban hacia el sur.

Bran y ella habían visto desde lo alto de la colina que las noticias se habían diseminado como abejas después de patear un panal. Tam había oído decir a un hombre que repartía sopa fría de un caldero de hierro forjado que el plan era reunirse en el paso de la Llama Helada.

—Acabaremos allí con ellos —dijo el cocinero de barriga prominente, como si él mismo planease liderar la defensa y acabar con el gigante con su cuchara de madera.

—Saga consiguió defender el paso durante tres días en una ocasión. ¡Y contra mil muertos vivientes!

El Reducto de los Rebeldes estaba inmóvil como una roca en medio del ajetreo caótico del campamento, y Tam vio a varios mercenarios que lanzaban miradas acusadoras al carro de Fábula, como si la negativa de la banda a enfrentarse a la Horda fuese una traición a toda la especie humana.

«Quizá tengan razón», pensó Tam. Al fin y al cabo, ¿«luchar contra monstruos» no era lo que daba sentido a la profesión de mercenario? Los monstruos habían sido lo bastante amables como para reunirse todos en un mismo lugar (y también daba la impresión de que se habían olvidado de la paliza que les habían dado en Castia), pero Rosa estaba más preocupada por terminar la gira y cumplir con ese contrato que por luchar contra lo que podía considerarse la mayor amenaza de Grandual desde la Guerra de la Recuperación.

«Olvídalo —dijo para sí mientras subía los escalones del carro—. Ahora eres una barda. Estás aquí para tocar el laúd, no para hacer preguntas ni para sermonear a Rosa la Sanguinaria sobre lo que significa ser una mercenaria. Así que mantén la boca cerrada a menos que te pida una canción».

Tam cerró la puerta al entrar y, justo en ese momento, oyó un gritó ahogado y vio, mientras su visión aún se adaptaba a la oscuridad del interior, un monstruo que se abalanzaba sobre ella.

8

El villano de las mil canciones

En el poco tiempo que tuvo, Tam alcanzó a ver un par de cuernos retorcidos, a oír el retumbar de unas pezuñas y a oler el hedor a vino rancio, mientras la criatura pasaba a toda prisa junto a ella y destrozaba la puerta para salir al exterior, donde se tropezó en los escalones, cayó cuan larga era al suelo de barro y empezó a vomitar.

Una risilla llamó la atención de Tam. Brune se encontraba junto a la encimera de la cocina del Reducto y vertía agua caliente de un hervidor chamuscado a un cuenco lleno de avena.

—Bienvenida —dijo—. Jain pasó a buscarte por aquí.

—Me encontró —respondió Tam. Después señaló la cabeza que vomitaba al pie de las escaleras—. ¿Qué es eso?

—Eso es un sátiro con una resaca de tres pares de cojones —dijo Cura, que se estiraba en un sofá que había junto a la chimenea chisporroteante. Llevaba un vestido corto y negro que le dejaba las piernas al descubierto y permitió a Tam verle mejor aún los tatuajes. Era complicado afirmarlo a causa de la escasa iluminación, pero todos y cada uno de ellos parecían ser igual de terroríficos que la cosa que había invocado en la arena el día anterior.

—¿Un sátiro? ¿Y qué hace aquí?

Brune se colocó junto a ella, sopló una cucharada llena de avena y se la llevó a la boca.

—Vomitar —dijo sin más, y luego se dirigió a la criatura de fuera —. Te dije que no te comieses ese cinturón, Rod. O que al menos le quitases antes la hebilla.

«¿Rod?».

Tam miró al chamán y luego al sátiro, a quien no había reconocido sin el ridículo sombrero ni el extravagante atuendo. Tenía las patas cubiertas de un pelaje áspero y marrón, y las rodillas hacia atrás como las de un ciervo. Pezuñas hendidas en lugar de pies y un par de cuernos retorcidos que sobresalían de una melena despeinada y amarilla como la paja.

—Pero… ¿Roderick es un…?

—Es un amigo —dijo Cirrolibre, que apareció de repente al otro lado de la barda. Llevaba los cardenales cubiertos por una túnica. Las cicatrices de su rostro ya estaban curadas y casi habían desaparecido. Le dirigió una sonrisa forzada, y Tam recordó que Bran le había dicho que los druins eran capaces de ver unos segundos hacia el futuro. Lo que significaba que sabía la palabra que estaba a punto de pronunciar —. La naturaleza de Roderick es indiferente —continuó Cirrolibre—. Al menos para nosotros. Lo que importa es su persona. Y, a pesar de sus numerosos defectos, es sincero, leal y valiente.

Tam frunció el ceño y miró al sátiro.

—¿Valiente?

—A su manera —puntualizó el druin—. ¿Tú vivirías entre monstruos disfrazada solo con un par de botas y un sombrero llamativo?

Tam tenía claro que no, pero seguro que Cirrolibre ya lo sabía, por lo que no se molestó en responder.

—Si te resulta gracioso verlo desnudo —murmuró Brune mientras seguía masticando gachas—, espera a que veas a Cura.

—Que te den —dijo la invocadora.

—Tiene más pelo —murmuró Brune.

—Eso sí que es gracioso, viniendo de un tipo que pasa las noches convertido en un oso —comentó Cura.

Cirrolibre puso una mano en el hombro de Tam, y sus alargadas orejas se inclinaron hacia delante en lo que la barda dio por hecho que se trataba de un gesto de preocupación.

—Estás temblando.

Tam se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes y los apretó con fuerza para que parasen.

—Jain me ha quitado la capa.

El druin rio en voz baja al oírlo, como si robar a la gente a punta de daga fuese una cualidad adorable. Examinó el gesto de Tam unos instantes más, como si la evaluara.

—Discúlpame un momento —dijo, y luego se dirigió a la parte delantera del carro.

La puerta del baño se abrió de repente cuando pasó junto a ella, y una mujer que sin duda no era Rosa salió del interior ataviada únicamente con unas sábanas que casi ni la cubrían. Era pálida y pecosa, con anchas caderas que Tam habría apreciado más si la mujer no hubiese dejado caer la parte de la sábana que le tapaba los pechos al ver al druin.

—Buenos días, Cirro.

—Buenos días, Penny —dijo Cirrolibre, que pasó junto a ella y le dirigió poco más que una mirada somera.

Penny, la chica en cuestión, negó con la cabeza y se le agitaron los rizos pelirrojos. Después volvió a cubrirse con la sábana.

—Oso, ¿has sido tú el de la puerta?

Brune se llevó a la boca la última cucharada de gachas.

—Ha sido Roderick.

—Vaya. —La expresión de disgusto de Penny dejó claro cuál era su opinión sobre el sátiro—. Bueno, pues dile que ya he terminado.

—Demasiado tarde —interrumpió Cura mientras se lamía la punta de un dedo y la usaba para pasar la página de su libro.

Penny se acercó a la cocina y rodeó a Brune con los brazos para luego besarlo como si ella fuese un perro y el rostro del chamán fuese una tarta de cumpleaños sin dueño. Tam se estremeció y apartó la mirada. Cuando terminó, la mujer se acercó a ella e insistió para darle un abrazo y un beso algo menos entusiasta.

—Debes de ser la nueva barda —dijo con voz animada—. Yo soy Penny, por cierto. Una Forajida.

—¿Una forajida? ¿De las de verdad?

Penny soltó una risilla disimulada, pero Brune le lanzó una mirada cargada de reproche.

—Son unos tipos que nos siguen cuando vamos de gira —explicó el chamán—. Se hacen llamar la Nación de Forajidos y se podría decir que… nos cuidan, ¿sabes? Beben con nosotros, cocinan de vez en cuando, reparan las armas y ese tipo de cosas.

Cura alzó la vista del libro.

—Penny no tiene ni idea de cocina, pero cuida muy bien del arma de Brune. De hecho, le dio una buena pulida anoche.

Antes de que Brune pudiese responder siquiera, Cirrolibre volvió seguido de Rosa. La líder de Fábula dirigió una lánguida sonrisa a Penny antes de dirigirse al chamán.

—Ya conoces las reglas, Brune. Nada de invitados por la mañana.

—¡La mía se fue tempranito! —puntualizó Cura—. Como una niña buena.

Penny miró expectante al chamán, como si le suplicase que la defendiese. El pobre hombre miró a Rosa (que se había apoyado con gesto despreocupado en la pared) y después le dirigió a Penny un servil encogimiento de hombros.

—Las normas son las normas —murmuró él.

Penny soltó un bufido de rabia y se dirigió a la puerta a toda prisa.

—¡Penny, la ropa! —le gritó Brune.

—Ya la cogeré esta noche —contestó ella al tiempo que se subía la

sábana robada hasta las rodillas y evitaba pisar al sátiro, que aún seguía con arcadas.

Cirrolibre se acercó a Tam con un gabán del color pardo de las hojas a finales de otoño.

—Pruébatelo —dijo.

Ella lo cogió. El cuero era áspero y estaba gastado, lleno de cortes y marcas. Una parte daba la impresión de haber sido quemada o destrozada por algo corrosivo. Olía como un bosque en llamas, y a Tam le dio la sensación de que acababa de coger algo que no le pertenecía.

—Adelante —insistió el druin.

El resto la miró con atención. El gesto de Brune rozaba la incredulidad, mientras que Cura mostraba una sonrisa asimétrica que Tam era incapaz de interpretar. Rosa también sonreía un poco. La ventana que había en el otro extremo dejaba pasar haces de luz que le iluminaban el rostro pero dejaban sus ojos ocultos en la oscuridad.

Tam se puso el gabán. Le quedaba un poco ancho de hombros y largo en las mangas, y la parte inferior estuvo a punto de rozar el suelo cuando se giró de lado a lado, pero le quedaba bien. De puta madre, de hecho. Le dieron ganas de que Bran o Sauce o Tiamax (o cualquiera que la conociese de más de dos días) la viese ahora, vestida como una guerrera poeta con un gabán druin curtido en la batalla.

—Perteneció al duque de los Confines —dijo Cirrolibre.

Tam lo miró estupefacta, el gesto que solía reservarse para los clientes de La Piedra Angular que pedían bebidas en un idioma extranjero.

—No es verdad, ¿no? —dijo—. ¿En serio?

Las largas orejas del druin se agitaron con gesto asertivo.

—En serio —confirmó—. Rosa y yo lo encontramos en el campo de batalla de Castia, junto a mi espada *Madrigal*.

El duque de los Confines era el villano que aparecía en mil canciones. En realidad se llamaba Brozaparda, pero no había dos bardos que estuviesen de acuerdo con cuál era su verdadera identidad. Algunos afirmaban que era hijo de Vespian, quien había reinado en el Antiguo Dominio antes de la caída. Otros lo llamaban el Hereje y aseguraban que el señor de la guerra druin había sido uno de los dioses de Grandual, el mismísimo Vástago del Otoño. La única verdad irrefutable era que hacía seis años que había salido del Corazón de la Tierra Salvaje con una horda de monstruos y había estado a punto de borrar del mapa la República de Castia.

—¿Por qué no te lo pones tú?

—Porque mis orejas ya son condena suficiente —respondió

Cirrolibre—. Entre la rebelión de Brozaparda y el hecho de que en el pasado mi especie mantuvo a la tuya como esclavos, la gente tiende a tratarnos con cierta… hostilidad.

—Son unos capullos —tradujo Rosa.

—Además —continuó Cirrolibre—, creo que vestirme como el duque sería de mal gusto. Salvaste mi vida en una ocasión, Tam. Quizás este gabán te la salve a ti algún día. El cuero es resistente, y está reforzado en el pecho y en la espalda. Absorberá muchos golpes y se llevará la peor parte de la mayoría de tajos.

—No detendrá una flecha —dijo Cura con pasmosa naturalidad.

—Vas a asustar a la chica —gruñó Brune.

Cura le dirigió una sonrisa de depredadora.

—Me gusta asustar a las chicas.

Rosa se separó de la pared.

—Deberíamos irnos —dijo—. Tenemos que estar en Vadoleño dentro de dos días, y habrá mucho tráfico en el camino que va hacia el este. ¿Dónde está el conductor?

El sonido de unas pezuñas llamó la atención de todos. Roderick se agitaba apoyado en el marco de la puerta mientras se humedecía los labios y se rascaba el culo peludo.

—Pongámonos en camino —dijo a duras penas.

Cirrolibre bajó las orejas en gesto de preocupación.

—¿Puedes conducir, viejo amigo?

—¡Claro! Solo necesito… —Se dirigió a la cocina tambaleándose y empezó a abrir los armarios—. Una cucharada de miel, una taza de zumo de naranja y una botella de vino blanco, mejor si es de Agria. Un momento… Todavía es por la mañana, ¿verdad? Entonces, mejor que sea ron.

Tam carraspeó e hizo todo lo posible para no mirar al sátiro por debajo de la cintura.

—¿No te olvidas de algo? —preguntó.

Roderick, que había metido medio cuerpo en la hielera, se giró hacia ella, soñoliento y con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué? Ah, sí. ¿Alguien ha visto mi sombrero?

Por la tarde ya estaban en el camino que salía de Ardburgo por el este. El Reducto de los Rebeldes iba seguido por la autoproclamada Nación de los Forajidos: un pequeño ejército de seguidores que iban a pie o a caballo, así como una pequeña caravana de carros más pequeños que llevaban de todo, desde barriles de cerveza hasta cajas de provisiones, pasando por hornos de hierro forjado y una forja portátil, por si acaso Fábula necesitase una hogaza de pan o arreglar las muescas de las armaduras.

Tam subió al techo, colocó sobre él el forro de un sofá y tocó unas cuantas canciones con el laúd con forma de corazón de su madre. Cuando salió el sol y empezó a sudar, se quitó el gabán del Hereje. Brune subió a acompañarla un rato después. El hombre espantó a un cuervo que se había posado en la chimenea que había arriba, luego encendió un fuego y preparó una tetera para los demás, que fueron llegando de uno en uno y empezaron a matar el tiempo cada cual a su manera.

Rosa y Cirrolibre se acurrucaron con las cabezas juntas; reían a veces y se besaban a menudo. Roderick estaba apoyado en el rodapié fumando y bebiendo ron mientras comía con satisfacción sobre lo que Tam sospechaba que era un guante de cuero. El sátiro la acompañaba a la voz y cambiaba la letra con algunas de sus rimas obscenas (menos *Kait y la cocatriz*, que cantó casi palabra por palabra).

Cura estaba sentada sola, con un libro en el regazo. Tam fue incapaz de no mirar el título.

—*Hadas en peligro*. ¿De qué va?

—De hadas.

—¿Solo de hadas?

—Y de peligro —dijo la Bruja de Tinta con indiferencia.

Tam se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Suena bien.

Brune reprimió la risa y le dio un sorbo al té.

—Sí, ¿verdad?

El día continuó. El azul del cielo dio paso al rosado a medida que el sol se ponía detrás de ellos, y Tam miró por encima del hombro para ver su hogar por última vez.

Pero sabía que no era su hogar. Ya no.

9

Vadoleño

Tam se despertó al día siguiente con otra fuerte resaca, ya que la noche anterior a alguien se le había ocurrido abrir una botella de vino, y luego una barrica de ron, y después un barril de cerveza negra kaskariana. Recordaba haber jugado a las cartas contra Cirrolibre y haber perdido mucho dinero que no tenía.

El fardo de paja de Roderick estaba vacío, y Tam sentía el retumbar de las ruedas del Reducto bajo ella. La cama de Brune también estaba vacía, y la puerta que daba a la habitación de Rosa, cerrada. Cura seguía en el catre, de espaldas a la ventana y con la nariz enterrada en las últimas páginas de *Hadas en peligro*.

—Buenos días —aventuró Tam.

—¿Lo son?

La Bruja de Tinta no se molestó siquiera en alzar la vista del libro.

«Qué gran conversación —pensó—. Te estás integrando muy bien».

Salió de la cama, rebuscó en su morral un par de calcetines de lana limpios y se los subió hasta las canillas antes de cruzar el pasillo de camino a la cocina.

Brune estaba agachado en la chimenea y esperaba pacientemente a que hirviese el agua. Miró a Tam mientras ella se dejaba caer sobre uno de los sofás.

—¿Quieres un té? —preguntó.

—Por favor —gruñó.

El chamán rio entre dientes.

—¿Te sientes mal?

—¿Tú no?

Brune negó con la cabeza; su expresión quedaba oculta tras el pelo largo. Había algo en él que a Tam le recordaba a los mercenarios ancianos que se podía decir que prácticamente vivían en La Piedra Angular. Tenía una sonrisa fácil y se movía despacio pero con determinación, incluso cuando el agua de la tetera empezó a hervir como un lobo en llamas.

—Lo de anoche fue muy tranquilo —dijo.

—¿Tranquilo? —Tam se incorporó y colocó un cojín debajo del brazo—. Roderick y tú hicisteis un concurso de beber vino, ¿te acuerdas? Te bebiste cinco botellas tú solo.

El chamán le dedicó esa sonrisa suya llena de dientes separados.

—Sí, bueno, una apuesta es una apuesta. Y solo era vino. —Brune sacó un juego de tazas de arcilla de un armario, después cogió un tarro de cristal de la encimera y abrió la tapa. Jugueteó con la lengua entre los dientes mientras cogía un pellizco de té con sus dedazos y lo repartía en cada taza—. Además, no me puedo emborrachar del todo. Órdenes de la jefa.

—¿Te refieres a Rosa? ¿Por qué no?

El chamán se envaró mientras vertía el agua caliente en una de las tazas, y Tam se arrepintió de inmediato por haberle preguntado algo así.

—Porque hubo un… incidente —dijo Brune—. Al principio de la gira. Me emborraché mucho, me enfadé demasiado y… —Se quedó en silencio mientras llenaba el resto de las tazas y después dejaba la tetera en una mesa de pizarra—. Pero da igual. No volverá a ocurrir mientras beba con responsabilidad de ahora en adelante.

«Solo un mercenario llamaría ‘beber con responsabilidad’ a tragarse cinco botellas de vino —pensó, perpleja—. Papá tenía razón: esta gente está loca».

Tam decidió cambiar de tema, consciente de que había incomodado al chamán.

—Son bonitas —dijo al tiempo que señalaba las tazas, que estaban hechas de una cerámica blanca y vidriada decorada con dibujos de animales azules: bestias de cuellos y patas largas con torsos grandes como los de un caballo.

—¿Verdad? —Brune levantó una, y la taza casi desapareció en su manaza—. Las compré en el Zoco del Invierno. Me costaron casi todo el sueldo de un contrato, pero valió la pena. En Narmeer se toman el té muy en serio. —Cerró los ojos e inhaló el aromático vapor—. Todos los reinos tienen una bebida preferida, ahora que lo pienso. Los agrianos disfrutan de esa cerveza veraniega, los kaskarianos del whisky. Los fantranos tienen su café y su vino de arroz y su ron. Mira que les gusta ese ron. Y los carteanos… ¿Has probado el sagrut?

—¿Sagrut?

—Sabe fatal —afirmó Brune—. A leche agria mezclada con sangre de caballo.

Tam arrugó la nariz.

—¿Qué lleva?

—Leche agria y sangre de caballo.

—Ah.

—Toma. —Brune le tendió dos tazas—. Llévale una a Rod, ¿vale? Yo le llevaré la otra a Cura.

—¿Y Rosa y Cirrolibre? —preguntó Tam.

—No esperes verlos mucho hoy —dijo el chamán al tiempo que le guiñaba el ojo con gesto exagerado.

—Vale.

—Ya sabes a qué me refiero —añadió, y repitió el guiño.

—Sí, claro —le aseguró Tam.

—Lo sabes, ¿verdad? Van a…

—Adiós —dijo ella.

—… follar —terminó Brune, pero Tam ya iba camino de las escaleras.

—¿Por qué el sombrero? —preguntó Tam a Roderick mientras bebían té y contemplaban por las ventanas cómo el bosque invernal pasaba a toda velocidad a ambos lados del camino.

El sátiro sacó un frasco de alguna parte y añadió unas gotitas de un líquido ambarino a la taza. Después alzó la vista.

—Es bonito, ¿verdad?

La barda admiró las colas de zorro blancas y rígidas.

—Bueno, es una manera de describirlo, sí.

El agente entrecerró los ojos.

—A ti te parece absurdo.

—Muy absurdo. Me parece quizás el sombrero más absurdo que he visto jamás —admitió Tam.

Roderick bufó y le ofreció el frasco a pesar de lo que acababa de decir.

—¿Aguardiente?

—No, gracias. Ya tengo resaca…

—Es lo mejor que hay para la resaca —insistió el sátiro mientras le echaba un poco a pesar de su negativa. Volvió a guardarlo, le dio un sorbo a su té y después suspiró con satisfacción.

A Tam no le quedaba mucho té, por lo que el siguiente sorbo era casi todo alcohol. Pero no le supo tan mal como esperaba. Notó cierto regusto a ciruelas y después un calor placentero que se le extendió por las entrañas. Miró hacia el norte: las montañas Broquelescarcha se extendían por el horizonte cubiertas por un manto de nieve. La brisa soplaba fría, y el sol de la mañana resplandecía en las lorigas de los caballos que tiraban del carro.

«Roderick tenía razón —pensó—. Ya me duele menos la cabeza».

—Este sombrero —continuó el sátiro mientras volvía a coger las

riendas que descansaban entre sus rodillas— me mantiene a salvo, tanto como cualquier yelmo. Esta camisa y estos pantalones —dijo, refiriéndose a la ofensiva blusa rosada y a los pantalones holgados y blancos que llevaba puestos— me protegen como una armadura. También las botas.

Dio un pisotón en la madera del suelo con las suelas de cuero reforzado.

Tam volvió a mirar el sombrero e intentó fijarse en si tenía dentro algún refuerzo de protección. Quizá también había alguna varilla de metal dentro de las colas para mantenerlas erguidas.

—¿Por qué? —preguntó la barda.

—Porque ocultan lo que soy en realidad. Mis cuernos. Mis pezuñas. Todo. —Cogió la taza que había dejado entre las piernas—. Si la gente descubriese lo que soy, me despreciaría.

Se oyó una risilla a lo lejos, a su espalda. Tam se volvió para mirar la caravana de carros y carretas que serpenteaban detrás de ellos por el camino de tierra.

—¿Los Forajidos lo saben? —preguntó.

—Algunos. Penny sí, claro. La mayoría han ido de gira con nosotros desde hace años y casi los consideramos familia. Pero ¿y si un arriero me pilla con los pantalones bajados? —Volvió a beber y se humedeció los labios—. Terminaría en una jaula o peor: luchando por mi vida en una arena de combate de mala muerte.

—Rosa no permitiría que ocurriese algo así —afirmó Tam.

Se dijo que afirmar algo así era una estupidez, ya que solo la conocía en persona desde hacía dos días. El sátiro la miró de reojo y seguro que pensó lo mismo.

—Tienes razón, no lo permitiría. Pero causaría muchos problemas a la banda. Puede que tuviesen que buscar a otro agente, y yo… No sé lo que haría, si te soy sincero. Fábula es todo lo que tengo. —Le dirigió una sonrisa—. Fábula y este sombrero tan bonito.

Cuando llegaron a Vadoleño, no los recibió una gran multitud. Los habitantes sin duda habían dado por hecho que Fábula se olvidaría de visitarlos en su gira y pasaría de largo como todos los demás. Por esa razón, cuando los carros de la Nación de Forajidos entraron en el pueblo solo fueron recibidos por unas pocas docenas de espectadores, entre los que se encontraba una joven muy emocionada que tenía el pelo corto y teñido de rojo con zumo de bayas. Miró a Rosa y gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Después cayó al suelo como un saco de batatas.

La noticia de la llegada empezó a circular por el pueblo como una inundación en primavera, y la avenida de Vadoleño no tardó en

llenarse de ciudadanos ansiosos por ver a Rosa la Sanguinaria y sus compañeros de banda.

Roderick bajó las escaleras del Reducto pavoneándose, con unos llamativos pantalones dorados y una camisa de seda verde abotonada bien abajo, para que se le viese la maraña de pelos que tenía en el pecho.

El agente, acompañado por unos robustos Forajidos, se acercó a Rosa y Cirrolibre, quienes estaban siendo acosados por un grupo de posaderos, dueños de tabernas y el esperanzado propietario de un burdel llamado La Amante del Azotamentes. Competían para convencer a la banda de que se quedasen en sus locales.

Mientras continuaban las negociaciones, Cura le explicó a Tam que cualquier lugar les iba a ofrecer alojamiento gratuito. El establecimiento que escogieran iba a sacar una buena tajada vendiendo comida y bebida a la banda y a todo el séquito. Y no solo eso: el hecho de haber hospedado a Rosa la Sanguinaria sería todo un impulso para el negocio durante los años venideros.

—No volverán a lavar las sábanas en las que duerma —aseguró Cura, y luego añadió con una sonrisa traviesa—: pero será mejor que quemen las mías.

El «afortunado» establecimiento resultó ser una posada llamada Casa Abarrotada, que sin duda hizo honor a su nombre cuando Fábula y los suyos se hospedaron en ella. Era un lugar largo y estrecho, y de las paredes colgaban espejos de vidrio sucios que lo hacían parecer más lleno de lo que estaba ya de por sí. No había escenario, pero un bardo se había subido a un taburete en una esquina y hacía todo lo posible para competir con el ruido.

Roderick se marchó para reunirse con el arriero local. Cirrolibre consiguió ganar a algunos de los habituales del lugar en una partida muy desigual de Escudos y Espadas antes de retirarse con Rosa a sus aposentos. Tam se dio cuenta de que la mercenaria sostenía un orbe negro de cristal contra el pecho mientras subía las escaleras con el druin.

Cura estaba siendo abordada por una mujer de labios gruesos que decía ser la mayor admiradora de la Bruja de Tinta y estaba dispuesta a demostrarlo. Las dos desaparecieron, lo que dejó a Tam y a Brune como únicos representantes de Fábula.

Por suerte, al chamán no parecía importarle pasar la noche con ella. Se bebió cuatro jarras por cada una de las de Tam y, de vez en cuando, le pasaba una pipa de algo que le dejaba los pulmones ardiendo y un cosquilleo en el cuerpo. Al menos no había rasca. Un hombre de rostro cetrino le ofreció a Tam una daga embadurnada en

veneno de gusano aturdidor, pero el chamán soltó un gruñido tan grave e intenso que parecía que iba a convertirse en oso allí mismo. El traficante se escabulló a toda prisa, y el chamán le puso una mano en el hombro a la joven.

—Prométeme que nunca probarás eso —le dijo.

Tam puso los ojos en blanco.

—Hablas como mi padre.

Brune rio, pero le aferró el hombro con más fuerza.

—Voy a tomármelo como un cumplido, porque tu padre es una puta leyenda. Ahora en serio, prométemelo.

«¿Una leyenda? ¿Tuck Hashford?».

Tam giró el cuello para mirar cara a cara al chamán.

—Te lo prometo.

—Bien. —Le dedicó una gran sonrisa—. Vamos a comer algo.

Encontraron un reservado vacío y compartieron un cuenco de patatas especiadas. Poco después, Penny se desmayó en el asiento que estaba junto al de Brune, y Roderick se sentó junto a Tam. El agente estaba lamentando las «opciones paupérrimas» que le había ofrecido el arriero local, cuando de pronto se acercó a la mesa una mujer de gesto preocupado.

—Perdonad… —interrumpió.

—Estás perdonada —dijo Roderick—. Ahora vete a la mierda.

—Pero, Rod. —La voz de Brune sonó como una reprimenda murmurada.

—Lo siento, guapa —murmuró el agente con una breve sonrisa—. ¿Qué quieres? ¿Un autógrafo? ¿Has traído pluma? ¿Pergamino? Si lo que buscas es un revolcón, me temo que eres demasiado delgada para Brune y demasiado dócil para mí. Quizá nuestra amiga Tam esté dispuesta a…

La mujer desató un monedero de cuero que llevaba a la cintura. Las monedas tintinearon en su interior cuando lo tiró sobre la mesa.

Las orejas de Roderick se agitaron al oírlo.

—¿Tu habitación o la mía? —preguntó el sátiro.

La mujer lo ignoró y no le quitó la vista de encima al chamán.

—Por favor, necesito vuestra ayuda. Mi aldea está al sur de aquí. ¡Nos atacan!

Brune se apartó el pelo de los ojos.

—¿Os atacan? ¿Quién?

—¡Nuestro perro! ¡Se ha vuelto loco!

El chamán le dirigió una mirada cargada de escepticismo.

—¿Quieres que matemos a tu perro?

—¡Ya está muerto! —lloró la mujer—. ¡Una manada de grills lo

atacó hace dos días, y dejaron al pobre diablo en los huesos! Lo enterramos en el patio, rezamos al Señor del Estío e hicimos un velatorio junto a tumba durante toda la noche…

—¿Hicisteis un velatorio por un perro? —preguntó Roderick, incrédulo.

—Pero regresó —aulló la mujer—. ¡Rompió el ataúd y excavó hasta la superficie!

—¿Un ataúd? ¿Un ataúd para perros? —El agente echó un vistazo alrededor—. ¿Esto es una broma o algo así? ¿Es cosa de Cura?

—Mató a nuestros caballos, después a nuestros cerdos, y luego fue a por nuestra vecina, Mary.

—¿La… mató? —Brune parecía preocupado de verdad.

—La pobre Mary consiguió escapar —dijo ella—, pero al huir se tropezó con la tumba abierta y se rompió el cuello.

Roderick rio antes de llevarse una mano a la boca para disimular.

—Lo siento —dijo al ver que Brune y la mujer lo fulminaban con la mirada—. Continúa, por favor. Decías que tu perro…

—Fénix.

El sátiro reprimió una carcajada, ahogó una risilla y después se levantó de la mesa sin más. Tam lo oyó riendo a carcajada limpia mientras se alejaba.

—Y ahora Mary también ha regresado —dijo la mujer—. ¡Pero es una especie de demonio! Mi marido le dio un golpe con una pala y le rompió gran parte de la mandíbula, pero ella siguió persiguiéndolo. Hemos conseguido encerrarla, pero lo único que hace es mirarnos con esos ojos que parecen dos llamas blancas. No…

—Un momento. —El chamán alzó la mano para interrumpirla—. ¿Has dicho que tenía llamas blancas en los ojos? ¿El perro también? —La mujer asintió, ansiosa, y Brune volvió a deslizar el monedero en su dirección—. Quédate el dinero. Lo que necesitas no son mercenarios, sino solo unos cuantos hombres fuertes. Diles que busquen por las casas de tu aldea dibujos de tiza, velas o ancianos esqueléticos con túnicas negras. Ese tipo de cosas.

La mujer se sorbió las lágrimas.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque Mary no es el problema. Tampoco Fénix. Tenéis un nigromante en el pueblo.

—¿Un qué?

—Un nigromante —dijo Brune, y la mujer lo miró como si no entendiese nada—. Un hechicero que usa magia negra —explicó al tiempo que indicaba a la mujer que se trazara el círculo del Señor del Estío sobre el corazón—. Podrías cortarle la cabeza o quemar a Mary.

Lo mismo con el perro. Pero lo ideal sería que encontrases a los responsables de haberlos hecho volver. Encuéntralos, mátalos y problema resuelto.

La mujer cogió el monedero y lo agarró con fuerza.

—Así que si matamos a ese nacarmanti…

—Nigromante.

—¿… Mary y Fénix descansarán en paz? ¿Para siempre?

El chamán asintió.

—Así es. Una marioneta no puede bailar si no tiene a nadie que tire de los hilos.

La mujer le dio las gracias y salió a toda prisa de la posada.

Roderick volvió unos minutos después y les pasó unas jarras de algo que decía que se llamaba «Maíz y aceite». Era negro como el café pero denso como el sirope, y tenía un olor dulzón muy empalagoso.

—¿Esto qué lleva? —preguntó Tam mirando la superficie negra y espejada de su jarra.

—Ron fantrano, azúcar… En el este se lo beben como si fuese agua. —El sátiro se levantó el sombrero de los ojos—. ¿Nunca lo has probado? Se podría decir que mi madre me crio con esto.

—¿Cómo era físicamente tu madre? —aventuró Tam.

Roderick se rascó la barba puntiaguda.

—Supongo que como yo, pero con cuernos más grandes, patas más peludas y más malhablada. Ah, también cantaba como una sirena en celo.

—La mía también —dijo Tam. Como estaba un poco borracha y Rod había usado el verbo «cantar» en pasado, añadió—: ¿Cómo murió la tuya?

—La mataron unos monstruos.

La barda parpadeó.

—¿Monstruos?

Hasta el día anterior, ella había pensado que los sátiros eran monstruos. Se preguntó qué podía definirse como monstruo para Roderick.

—¿Has visto un raga alguna vez? —preguntó.

Sí que había visto uno, en el Mercado de Monstruos de Ardburgo.

—Son mitad humano y mitad gato, ¿verdad?

—Más o menos. Pues unos mataron a mis padres cuando rechazaron unirse a la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje.

Tam pensó en el raga que había visto en el mercado. Estaba enjaulado, pero le había dirigido una sonrisa llena de dientes afilados tras los barrotes de la jaula.

«¡Oye, niña! —recordó que le dijo—. ¿Cuántos kobolds hacen falta

para ensillar un caballo?».

Tam lo ignoró y apretó el paso, por lo que no llegó a oír el final del chiste.

—¿Entonces todos los ragas son monstruos?

Roderick no hizo amago de mirarla a los ojos. Se limitó a beber un largo trago de su jarra.

—Solo si deciden serlo —respondió.

10

El espectáculo del sufrimiento

La arena de Vadoleño se llamaba Hysterium. Era bastante más pequeña que la Quebrada, pero tenía forma de cuenco y estaba hecha por completo de metal, por lo que, en el estado de fragilidad en el que se encontraba Tam, todo resonaba más de lo que debería. Todos los golpes y los gritos que venían de la armería le atravesaban el cráneo como un hacha que cortase madera. Sus entrañas eran una fosa séptica de cerveza, vino, whisky y demasiadas jarras de ese «Maíz y aceite» de Roderick, fluidos que se afanaban por ser los primeros en salir de su cuerpo.

Brune llegó tarde. Tenía unas profundas ojeras y una mancha carmesí por los labios que Tam esperó que fuese maquillaje. Llevaba una coraza de cuero holgada encima de unas prendas sucias y ajadas, y usó la guja como bastón mientras entraba cojeando a la armería.

Cura arqueó una ceja adornada con pendientes de hueso.

—¿Una noche complicada, Brune?

—Una brutal —gruñó.

—¿Esas ropas son tuyas siquiera?

—Ahora sí.

—¿Dónde has dejado tu otra bota? —preguntó Tam.

Brune reprimió las ganas de bajar la vista, pero la barda vio que movía los dedos del pie izquierdo, que tenía descalzo.

—Justo donde la dejé —contestó a la defensiva—. Por cierto, ¿alguien tiene…?

—Toma —dijo Roderick al tiempo que le pasaba un odre. El chamán lo vació de un trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y pareció recuperar algo de vitalidad.

Rosa suspiró.

—¿Qué ha pasado, Brune?

El chamán se frotó el rostro. Los ojos le brillaron de aflicción, una breve, como una voluta de nube que cubre la luna una noche despejada—. No me acuerdo.

—¿Alguien resultó herido? —preguntó Cirrolibre. El druin no había dejado de examinar la moneda de piedra lunar, sin molestarse en alzar la vista.

—No… No me acuerdo —repitió el vargyr. Parecía estar al borde de las lágrimas—. Creo que no.

Rosa se mordió el labio, como una jugadora que tiene que decidir apostar por la rabia o por la empatía.

—No te esfuerces mucho hoy —dijo al fin—. Estoy segura de que el resto podemos cubrirte sin problema—. ¿Cirro? ¿Cura?

—Claro —dijo el druin.

Cura le dio un golpecito en las costillas al chamán.

—Pues como siempre.

Brune les dirigió una sonrisa avergonzada.

—Gracias —dijo, y luego murmuró sin dirigirse a nadie en particular—: Lo siento.

—No te preocupes —insistió Rosa—. Ahora vamos a matarlos, montar un buen numerito y largarnos cagando leches de aquí.

—Pero si acabáis de llegar —dijo una mujer que bajaba por las escaleras de la armería—. ¡Y ya estáis planeando la manera de escapar!

La recién llegada era la arriera del Hysterium, una mujer de mirada adusta envuelta en pieles muy caras. Tenía el pelo atado en una coleta gruesa que le colgaba a lo largo de la espalda. Llevaba una espada corta en una funda enjoyada a la cadera, y torques de acero pulido en los brazos, símbolo de orgullo y riqueza entre los aristócratas de Kaskar.

La sonrisa de Rosa no se reflejó en sus ojos.

—Hola, Jeka.

—¡Rosa la Sanguinaria! —Las mujeres se saludaron con un choque de muñecas—. Qué alivio verte por aquí. Me preocupaba que renegaras del contrato y te fueses a cazar a esa horda con el resto de mercenarios del norte.

—Vista una horda, vistas todas —puntualizó Rosa—. Y Fábula nunca reniega de ningún contrato.

Jeka ladeó la cabeza.

—Me alegra oírlo.

Cirrolibre echó un vistazo detrás de la puerta que daba a la arena de combate.

—¿Quién está ahí fuera?

—Hombres sin yelmos —dijo la arriera.

Cura rio.

—Eso lo vemos, sí. ¿Pero qué banda?

—Hombres Sin Yelmos —repitió Jeka—. Es un nombre tan horrible como un ejército de orcos. Lo sé. Pero se llaman así.

Tam se acercó a la puerta de la arena. Al otro lado, vio a tres mercenarios que luchaban contra unos sinu, criaturas ágiles y con aspecto de zorro armadas con garrotes de madera. Un cuarto mercenario sangraba en el suelo después de haber sufrido, irónicamente, un golpe en la cabeza. Tam vio a uno de los sinu desviar un tajo e hincar las fauces en la muñeca de otro de los de la banda.

—Como no tengan cuidado, van a acabar siendo Hombres Sin Manos —musitó Cirrolibre. A Cura le hizo gracia el chiste y rio por lo bajo.

Jeka se acercó también para mirar desde la puerta.

—Son unos putos principiantes —dijo. Tam dio por hecho que se refería a los mercenarios, ya que sus adversarios habían empezado a arrinconarlos contra la pared del fondo—. Por la Santísima Tetranidad. Menos mal que me dio por drogar a esos zorros. De no ser así, los habrían matado a todos.

Tam miró a la arriera.

—¿Los drogaste?

—Claro —admitió la mujer sin vergüenza ninguna—. Esos tipos sin yelmo son unos mercenarios pésimos. Están demasiado verdes para un combate de verdad. Si no, ya estarían yendo al oeste como todos.

—No todos —murmuró Cura.

—Por lo que les metí algo en los huevos del desayuno —dijo Jeka —. Pero por lo visto debería haberles doblado la dosis. Ah, ya empieza.

Uno de los sinu se tambaleó y se agarró la cabeza con una pata. El mercenario más cercano aprovechó esa buena suerte, no tan fortuita, y le clavó la punta de la espada en las entrañas. La criatura cayó entre gimoteos, lo que hizo que su compañero empezase a atacar con más ímpetu a pesar del veneno que le corría por las venas.

La multitud no parecía haberse dado cuenta de la torpeza repentina del sinu.

«Vienen a ver cómo las bandas ganan y los monstruos mueren — razonó Tam—. Quieren sangre, y eso es lo que reciben».

—¿Lo haces a menudo? —preguntó—. ¿Lo de drogar a los monstruos?

La arriera se encogió de hombros.

—Con los nuevos, sí. Aunque los sedantes no son siempre la mejor opción. A veces le rompo el brazo a un kobold o le tiro un cubo de arena por la garganta a un draco de escoria. Con otros, los más listos, tienes que amenazar a su progenie siempre que se pueda. Harán casi

cualquier cosa para salvarla, aunque eso conlleve lanzarse hacia la punta de una espada. Es atroz, pero muy práctico.

«Es atroz y ya», pensó Tam, asqueada.

Jeka continuó.

—Algunas bandas, como Fábula, por ejemplo, no lo permiten. Creen que es hacer trampa. Mi opinión es que es bueno para el negocio.

La multitud empezó a celebrar una victoria heroica detrás de las puertas, como si subrayasen las palabras de la arriera. Arrastraron fuera del lugar los cadáveres ensangrentados de los sinu mientras los mercenarios seguían disfrutando de la victoria, como mendigos a los que tiran un puñado de marcoronas. No parecían muy preocupados por el hecho de que dos de sus compañeros estuviesen sangrando en el suelo.

—Dadnos un momento para limpiarlo.

La arriera hizo un gesto y la puerta empezó a abrirse despacio.

Rosa se había acercado a un rincón de la armería y sostenía la bolsa que Tam recordaba haberle visto en la Quebrada. Sacó una hoja negra y quebradiza del interior y lanzó una mirada furtiva a Cirrolibre, como si él no aprobase lo que estaba a punto de hacer. Luego se la llevó a la lengua y dejó que se disolviera en su boca.

El tío Bran había comentado en una ocasión al padre de Tam que intentase probar la Hoja del León para que lo ayudara un poco a aumentar su coraje. Había sido poco después de la muerte de Lily, cuando su tío aún albergaba la esperanza de que los Acorazados siguieran adelante como siempre. Algo imposible. La hoja tenía efectos secundarios (aparte de la adicción), pero Bran tenía razón y, con la medicación adecuada, Tuck podría haber vuelto a estar en forma para luchar.

Si no se equivocaba con la hoja que le había visto a Rosa, Tam no se podía imaginar para qué iba a necesitar alguien como ella la Hoja del León. La mercenaria se había enfrentado a la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje. Los bardos de todo Grandual cantaban sus hazañas. A Tam hasta le parecía valiente su rechazo a enfrentarse a la Horda de la Bruma. Rosa había elegido cumplir con los contratos en lugar de obviarlos para abalanzarse sobre el ejército de Bronturo, que pronto pasaría a la historia.

Jeka regresó a la armería.

—Todo listo —dijo a voz en grito, para que también la oyese la multitud de la arena, que no dejaba de corear el nombre de Fábula. El retumbar de pies resonaba por las gradas circulares, un martilleo rítmico de cuero y acero. Empezó a caer polvo desde el techo de la

armería, y relució como chispas en la luz oblicua que se filtraba hacia el interior.

Rosa se acercó al círculo que formaban sus compañeros de banda, con una mirada desprovista de todo excepto de una furia contenida.

—Muerte o gloria —dijo.

—Muerte o gloria —repitieron.

—Gloria mejor, claro —puntualizó Cirrolibre.

Rosa asintió y los guio al exterior.

* * *

—¿Eso es…? —Tam se quedó en silencio y examinó la criatura a la que tenía que enfrentarse Fábula.

—Un raga —dijo Roderick—. Y sí —añadió antes de que a la barda se le ocurriese preguntar—, lo elegí porque odio a los putos ragas y tengo muchas ganas de ver morir a este.

—No es un raga cualquiera —indicó Jeka con voz animada—. Temoi era un lord muy orgulloso. El azote de Brezoletal. Lideró un destacamento contra el reino norteño el verano pasado. Sus guerreros murieron, pero él fue tomado prisionero y se lo condenó a morir en la arena. He pagado una pequeña fortuna para hacerme con él.

El raga era enorme, de músculos marcados y estaba envuelto en una armadura de huesos desteñidos a causa del sol. Tenía la cabeza rodeada por una melena de pelo negro y áspero, y también una cicatriz supurante que dividía en dos su hocico leonino. Unas garras con las que bien podría haber hecho papilla a Tam sostenían un par de espadas de punta roma tan largas como ella de alta.

Lo vio todo mientras la bestia cargaba en dirección a Rosa. Sus enormes espadas dieron un tajo, y Tam se imaginó por un momento que el torso de su ídola salía despedido hacia los cielos acompañado de un chorro de sangre. Pero Rosa ya se había agachado y dado una voltereta, con agilidad a pesar de la armadura de semiplacas.

Cirrolibre esquivó las espadas de Temoi hasta colocarse detrás de ellas, desenfundó *Madrigal*, que salió con un canturreo de la vaina, y después dio un tajo al pecho del raga. La armadura de hueso de la criatura se rompió con la facilidad de una vajilla. La carne de debajo se rasgó ante la hoja afilada del arma y dejó al descubierto las costillas ensangrentadas.

Tam sabía que aquel golpe debería haberlo matado, algo que también parecían tener claro los espectadores, ya que gimieron de consternación. La gente de Vadoleño llevaba meses esperando el combate, al fin y al cabo. Querían que Fábula ganara, pero también

una buena historia que contar, algo con lo que impresionar a sus nietos algún día sin tener que adornarlo demasiado.

Por suerte para ellos, Temoi no se dejó matar con tanta facilidad. Permaneció en pie, enseñando los colmillos y con los brazos extendidos mientras las espadas se dirigían hacia Cirrolibre.

El druin se apartó de las hojas y volvió a evitarlas cuando el raga le asestó otro tajo. Tam se maravilló al ver la gracilidad tan natural de Cirrolibre. Cada movimiento parecía formar parte de una estratagema indiscernible, como un maestro de Tetranidad que reaccionase, frío y calculador, al torpe movimiento de un oponente.

El pobre Brune intentó hacer todo lo posible para luchar. Avanzó entre tambaleos con un pie descalzo, pero tuvo que detenerse para llevarse una mano a la boca y reprimir las ganas de vomitar sus entrañas en la arena. Dos de las dagas de Cura pasaron a toda velocidad junto a él. Una chocó sin causar daño contra la armadura de hueso del raga, mientras que la otra se quedó enterrada entre dos de las costillas expuestas. La bestia aulló dolorida, y estaba a punto de lanzarse contra la Bruja de Tinta, pero las dos cimitarras de Rosa aparecieron de repente atravesándole el pecho.

El raga cayó de rodillas sin soltar las dos pesadas armas de acero. Volvió a enseñar los dientes, pero, aunque lo intentó, no consiguió rugir desafiante. Fracasó penosamente y tan solo consiguió jadear.

Rosa dejó a *Cardo* y *Espina* enterradas en la espalda del monstruo. Le dio la espalda al cadáver y alzó el rostro hacia el cielo con los brazos extendidos, como un prisionero al que dejan en libertad en mitad de una tormenta. Cirrolibre enfundó la hoja afilada y empezó a dirigirse hacia la puerta de la armería. Pasó junto a Cura, quien se acercaba al cuerpo de Temoi para recoger sus dagas. Brune estaba agotado, se apoyaba en *Ktulu* con ambas manos y hacía todo lo posible para dar la impresión de que no estaba a punto de desmayarse.

—Qué pena —dijo Jeka, visiblemente decepcionada—. Antes, Fábula daba más espectáculo.

Roderick no dijo nada, sino que se limitó a mirar al raga muerto con expresión satisfecha.

«¿Qué quería que le hiciesen al raga? —pensó Tam—. ¿Torturarlo? ¿Convertir el sufrimiento de la criatura en un espectáculo?».

Los mercenarios mataban monstruos porque los monstruos mataban personas, no para que los arrieros pudiesen recuperar el dinero que habían tenido que pagar para hacerse con las criaturas. Eso era lo que creía Tam, al menos hasta ese momento.

Vio cómo Cura dedicaba un instante a examinar el pecho destrozado del raga para luego plantar un pie en el muslo de Temoi y

agarrar la empuñadura de su daga con ambas manos.

«Además —continuó Tam—, luchar no es un juego. Y matar monstruos, ya se haga en una cueva o en una arena de combate, no debería ser algo que tomarse a la ligera». Bien lo sabía ella, ya que su madre había muerto a manos de un monstruo, al fin y al cabo. «Todo puede cambiar en un momento. Un instante, y el mundo que creías conocer…».

Vio que el raga levantaba la cabeza, vio esas llamas blancas que resplandecían donde antes estaban sus ojos.

—¡Cura! —gritó Tam a través de la puerta.

La Bruja de Tinta miró un instante hacia atrás, y después se agachó rápidamente mientras una de las espadas grises de Temoi le pasaba por encima. El tajo del raga trazó un círculo, y Rosa se volvió justo a tiempo para levantar un brazo antes de que la golpease la espada. Se levantaron chispas cuando el afilado metal chocó con el guantelete de la mercenaria y le empujó el brazo contra el pecho. Se oyó un chasquido seco cuando se le rompió el hueso, y un estallido húmedo cuando se le dislocó el brazo. El público del Hysterium dio un respingo de pánico mientras la líder de Fábula salía despedida hacia atrás y chocaba con fuerza contra la puerta del otro extremo de la arena.

Tam se dirigió a toda prisa hacia un estante de armas que había en la armería y sacó una espada de ancha hoja. Se arrepintió de inmediato y pensó que ojalá hubiese elegido algo más práctico, algo con lo que pudiese asestar más de un tajo antes de quedarse sin fuerzas, pero no tenía tiempo de ponerse puntillosa.

—Abre la puerta —dijo a Jeka.

—¿Qué? —bufó la arriera—. ¿Te has vuelto loca?

—He dicho que abras la puta puerta.

Jeka posó la mano sobre la empuñadura enjoyada de su arma.

—Atrévete, niña. Fui mercenaria durante siete años antes de construir este lugar. ¿Has oído hablar de Faucerroca, el rey trasgo?

—Yo… Pues… ¿No?

—Eso es porque le abrí la cabeza a ese gilipollas cuando no era más que un príncipe. Ahora suelta esa espada o te demostraré cómo lo hice.

—Oye. —Roderick cogió a Tam del brazo—. Eres la barda, ¿recuerdas? No puedes saltar ahí y ponerte a luchar cada vez que te apetezca.

—Pero…

—Ellos se encargarán, niña. —La voz del sátiro sonaba mucho más segura de lo que evidenciaban sus facciones—. Confía en mí.

Tam se zafó de su mano. Dejó la espada y cerró los dedos alrededor de los barrotes de acero mientras se arrepentía de haber dejado el arco en el Reducto de los Rebeldes.

—Pensaba que esa cosa estaba muerta —gruñó.

Junto a Tam, la arriera intentaba sin éxito alguno reprimir una sonrisa.

—Yo diría que aún lo está —dijo.

11

El mayor de dos males

La cháchara incesante de la arena no dejó que Tam oyese lo que Cura le dijo a Cirrolibre. El druin asintió y empezó a bordear la pared para no llamar la atención de Temoi.

Si es que la criatura que encaraba a Brune y Cura seguía siendo Temoi.

Tam tenía sus dudas. Recordó lo que había dicho Brune la noche anterior sobre los ojos con llamas blancas. ¿Un hechicero había devuelto a la vida al raga? ¿Podría haber sido Jeka? Llegó a la conclusión de que no. A pesar de la sonrisa petulante que esbozó la arriera al comprobar que iba a aprovechar mucho más el dinero que había pagado por el monstruo, resultaba obvio que estaba igual de sorprendida que cualquiera al volver a verlo en pie.

¿Se ocultaba el responsable entre los espectadores, entonces? ¿Y qué tenía en común lo que acababa de ocurrir con la mujer que había ido a pedir ayuda a Fábula la noche anterior?

«Tenéis un nigromante en el pueblo», le había dicho Brune.

«Sea quien sea ese nigromante —pensó Tam—. Acaba de equivocarse de puerta».

Brune, que se quedó sobrio en cuestión de segundos, levantó *Ktulu* y miró interrogante a Cura. La Bruja de Tinta hizo un gesto hacia el enorme raga, como diciendo «todo tuyo». Lo absurdo del intercambio arrancó algunas risas de las gradas que tenían encima.

El chamán escupió flemas en el suelo de la arena de combate, giró el cuello de lado a lado y cargó hacia la criatura. La cosa que antes era Temoi asestó una estocada hacia Brune a pesar de que la espada tenía la punta roma. Tam tenía claro que, con la fuerza que poseía, podría atravesar al chamán de lado a lado.

No obstante, Brune tenía pensado algo mucho menos suicida. Usó una de las alargadas cuchillas de *Ktulu* para desviar a un lado el arma del raga y se agachó al instante, momento en el que la otra espada del raga hendió el aire en el lugar donde el chamán se encontraba hacía

un momento. Eso dejó a Brune en una posición envidiable, cerca de su enemigo y con una afilada guja doble en la mano, por lo que hizo lo que haría cualquiera en esa situación, cualquiera capaz de empuñar una guja doble sin destriparse en el intento.

Cortó a aquel cabrón por la mitad.

O lo intentó, al menos. El raga se giró justo antes del ataque, por lo que la cuchilla le cercenó el brazo. La extremidad y el arma que empuñaba cayeron a sus pies como una rama marchita.

Pero *Ktulu* no se detuvo ahí. Ya había atravesado la mitad del torso del lord, pero justo en ese momento chocó contra algo que seguramente era la espina dorsal. El chamán intentó sacar su arma de aquel cuerpo, pero desistió cuando el raga, impertérrito ante el hecho de que Brune casi lo hubiese partido por la mitad, levantó la otra espada.

—¡*KURAGEN*!

La voz de Cura resonó entre el clamor de la arena como el chirrido de una espada al arrastrarse por el suelo de una capilla.

Una criatura le salió del muslo, tentáculos de tinta que se unieron hasta formar algo que era el doble de grande que el raga no muerto. Tenía un torso sin duda femenino debajo de una pechera que parecía un quitón esculpido y sostenía una lanza de dos puntas en una mano palmeada. La cabeza estaba cubierta por un yelmo de blanco perlado que le ocultaba la parte superior del rostro. A Tam le recordaba a las caracolas que le había traído su madre de una gira por la Costa de la Seda. El cabello de *Kuragen* lucía como algas enmarañadas que sobresalían por debajo del casco, y en su cuello alargado destacaban unas branquias que expulsaban volutas de vapor al aire frío. En lugar de piernas tenía una docena de tentáculos retorcidos, y cada uno de ellos era el doble de ancho que Tam. Dos de esos tentáculos se extendieron hasta cubrir el brazo que había levantado el raga.

Roderick, que se encontraba junto a la barda, se sacó un frasco plateado de los pantalones. Le dio un trago, cerró los ojos y se estremeció.

—A esta la odio —dijo—. Me da mucho asco.

Por unos instantes, los dos monstruos (la abominación impía de Jeka y el horror submarino de Cura) forcejearon entre sí hasta que la cosa que había invocado la Bruja de Tinta rodeó el brazo del raga con otro de sus tentáculos y lo desequilibró. Brune consiguió por los pelos sacar su arma del cuerpo del muerto viviente antes de que cayese al suelo.

Tam sintió cómo los barrotes de la puerta temblaban en sus manos cuando Temoi chocó contra el suelo de la arena de combate. Soltó la

espada que sostenía en la otra mano y se afanó por ponerse en pie mientras *Kuragen* empezaba a arrastrarlo por el suelo. Un cuarto tentáculo se enganchó a la pierna del raga para arrastrarlo más rápido hacia su final. Cura se encontraba de rodillas, jadeaba y temblaba a causa del esfuerzo que le suponía mantener activa la monstruosidad de tinta que había invocado.

Cirrolibre había llegado junto a Rosa, quien se despertó al sentir que la tocaban y empezó a patalear. Pero el druin consiguió retenerla en el suelo hasta que se tranquilizó. Brune se acercó a la pareja con el arma preparada, por si Temoi conseguía liberarse e iba a por ellos.

Pero daba la impresión de que el raga no lo iba a conseguir, ya que la horrenda criatura conjurada por Cura lo aferró con dos tentáculos más, con los que le rodeó la cintura y luego lo levantó por los aires sin contemplaciones. Tam se obligó a mirar a pesar de las ganas que tenía de apartar la vista.

Se oyó un desgarro húmedo cuando la cosa le arrancó a Temoi el brazo restante. El raga cayó de rodillas en un charco de sangre y los espectadores del Hysterium rugieron emocionados.

Cura consiguió ponerse en pie a duras penas y se tambaleó como una torre inestable en sus cimientos. Tam la oyó decir algo, pero no fue capaz de entender las palabras. El olor a podredumbre húmeda y a sal le hizo cosquillas en la nariz.

El raga rugió a *Kuragen*, quien se limitó a clavarle la lanza en la boca y atravesarle la cabeza. Los fuegos fatuos de sus ojos se agitaron como velas que apaga el viento.

—Increíble —susurró Jeka—. He visto luchar a otros invocadores, pero…

—¿Pero? —preguntó Tam.

—Jamás había visto algo así —dijo la arriera—. Nunca.

Kuragen había rodeado al raga sin brazos con la mitad de sus tentáculos. Temoi no dejaba de patalear, pero estaba a merced de la criatura y no tenía nada que hacer. La Bruja de Tinta extendió un brazo tembloroso mientras contemplaba los rostros aullantes que la rodeaban. Gritos de «¡Mátalo!» y «¡Acaba con él!» que los espectadores lanzaban como piedras desde las gradas más altas y que terminaron por fundirse en una única palabra, un cántico que la multitud del Hysterium repetía una y otra vez.

«Muerte. Muerte. Muerte».

Cura inclinó la cabeza para dejar claro que lo había comprendido y cerró la mano abierta en un puño.

Kuragen apretó. Los músculos de sus represivas extremidades destacaron entre las escamas húmedas. Temoi farfulló algo a pesar de

la lanza que tenía clavada en la garganta, y después quedó arrugado como una armadura barata de latón. Los huesos chasquearon y empezó a manar sangre por las grietas de su carne, hasta que se le apagaron los ojos.

El raga había muerto. Otra vez.

Kuragen desapareció en una niebla azul añil y dejó que el cadáver de Temoi se derrumbase en un montículo de restos mientras la arena estallaba en vítores enfervorecidos.

—¿Ves? —Roderick le dio otro trago al frasco. El sátiro no disimulaba muy bien lo mucho que le temblaban las manos—. Lo de siempre.

Abandonaron la arena de combate por una puerta anodina que usaba el personal de cocina de Jeka, algunos de cuyos miembros se encontraban sentados en cajas al otro lado y compartían una pipa de algo más fuerte que el tabaco mientras intercambiaban opiniones cada vez más exageradas del espectáculo de Fábula. Tam pilló a uno de ellos mirando con lascivia a Rosa, pero él, al ver que Cirrolibre miraba en su dirección, encontró algo la mar de interesante en sus sucias botas de cuero.

Cura, agotada pero emocionada por el clamor de la victoria, compartió una intensa mirada con un carnicero que llevaba un delantal ensangrentado y que hasta hacía un momento se acicalaba mirándose en la hoja de un cuchillo. Él le dirigió una sonrisa voraz y ella hizo lo propio.

—¿Quieres dar una vuelta? —preguntó al carnicero, y este, a pesar de su aparente frialdad, dio un respingo para ponerse en pie como un perro al que invitan a salir a la calle.

Cirrolibre se giró hacia la invocadora.

—¿En serio?

—¿Qué? Oh, perdón. ¿Fuiste tú el que invocó a una diosa marina para matar a un león zombi gigante o fui yo? Me lo merezco, Cirro. Además, me aseguraré de dejarlo lo bastante bien como para que sea capaz de encontrar el camino de regreso a casa.

El druin miró a Rosa. La líder de Fábula se había quitado la armadura del destrozado brazo derecho, que ahora más bien parecía una salchicha por la que se hubiesen peleado unos perros hambrientos.

—Me parece bien —dijo con los dientes apretados—. Si ese carnicero quiere venir, que venga.

Cura le indicó con el dedo que se acercase, y el carnicero se dirigió hacia ellos seguido por el coro de risas y silbidos que le dedicaba el personal de Jeka. Dejó el cuchillo en una caja y empezó a quitarse el

delantal ensangrentado, pero la invocadora negó con la cabeza.

—Déjatelo puesto —dijo—. Y trae el cuchillo también.

Fábula y la Nación de los Forajidos se dirigieron al este por Arroyo de Rowan. Enviaron a Rosa al carro enfermería y la dejaron al cuidado del médico de Fábula, un doctor brujo carteano llamado Dannon. El doctor Dan (como lo llamaban los Forajidos) aplicó toda una variedad de pomadas, ungüentos y brebajes de dudosa procedencia que eran capaces de curarlo todo, desde la ceguera hasta la petrificación pasando por los primeros síntomas de licantropía. Según Dan, con los ingredientes adecuados era posible incluso regenerar una extremidad perdida, aunque a Tam le dio la impresión de que se las estaba dando un poco. Cirrolibre aprovechó la ausencia de Rosa para apostar con la legión de seguidores de Fábula. A pesar de que el druin tenía la fama de ganar todas las partidas, no dejaban de desafiarlo para probar suerte. Además, tampoco es que les «robase» el dinero. Cuando pasaron por Bryton, una aldea famosa por sus enormes jardines, invitó a todos y cada uno de los Forajidos a tarta de manzana y una jarra de sidra dulce.

Tam y Brune tuvieron que entretenerse mientras hacían todo lo posible para ignorar los gruñidos, quejidos y chillidos ocasionales que venían del catre de Cura. Intentaron jugar a Escudos y Espadas, pero descubrieron que las cartas del palo de los escudos habían desaparecido todas y que solo quedaba una con una marca de dientes parecida a la de un sátiro. Roderick tuvo que admitir de mala gana que se había comido las demás.

—¡Tenía hambre! —gritó a la defensiva.

Decidieron jugar a Fortaleza de Contha, cuyo objetivo era ir quitando bloques de madera que formaban una torre algo precaria para luego colocarlos en la parte superior sin que se derrumbase la estructura, una tarea aún más complicada cuando se tenían en cuenta los baches ocasionales que había en la carretera y que sacudían la mesa de la cocina del Reducto.

—¿Sabes quién era Contha? —preguntó Brune mientras Tam sacaba uno de los bloques.

—Intentas distraerme.

—¿Funciona?

La torre se tambaleó un poco cuando lo colocó en la parte superior.

—Ya ves que no —dijo—. Dime, venga. ¿Quién era Contha?

El chamán emitió una risita y empezó a usar la punta de uno de sus dedazos para empujar un bloque y sacarlo por el otro lado. Era sorprendentemente diestro para tratarse de alguien que tenía unas manos del tamaño de sartenes.

—Era un druin. Un exarca.

—¿Un exarca?

—Eran como gobernadores del Antiguo Dominio —explicó Brune—. Un exarca gobernaba una ciudad estado en nombre del arconte, que era algo así como el rey. —El bloque salió por el otro lado sin problema. Lo colocó sobre la torre y sonrió triunfante. Después cogió la botella de vino de arroz que tenía cerca del brazo y bebió a morro.

Tam examinó la torre. Cada vez había menos bloques en la parte inferior, por lo que iba a tener que elegir el siguiente con mucho cuidado.

—Contha era el exarca de un lugar llamado Lamneth —continuó Brune, decidido a distraer a Tam de la complicada tarea a la que se enfrentaba—. Al parecer, era una especie de ermitaño, pero también un ingeniero brillante. Cuando estalló la guerra civil y los exarcas empezaron a usar huestes de monstruos salvajes para atacarse entre ellos, Contha envió un ejército de gólems.

Tam consiguió sacar sin problema el bloque que había elegido. Lo puso sobre la torre y suspiró aliviada cuando la construcción dejó de balancearse.

En una ocasión había visto los restos de un gólem, cuando su madre y ella exploraban los bosques que rodeaban Ardburgo. El enorme constructo estaba cubierto de musgo. Las runas druínicas que en el pasado hacían las veces de ojos estaban inactivas, y algunos animales habían construido un nido en su boca.

—¿Has luchado contra uno alguna vez? —preguntó a Brune mientras el chamán preparaba su próximo movimiento.

Negó con la cabeza.

—Nos cruzamos con uno vivo en una ocasión. Desrrunado. Corría descontrolado y mataba todo lo que encontraba a su paso. Cirrolibre consiguió controlarlo. Grabó unos cuantos símbolos en un medallón de piedra y luego usó la espada para esculpir las mismas runas en el gólem. Después, el constructo empezó a obedecerlo.

—¿Cómo es que Cirrolibre sabe tanto sobre gólems? —preguntó Tam.

Brune intentó sacar un bloque de la parte inferior, pero la estructura se agitó demasiado y decidió cambiar de objetivo.

—Pues… La verdad es que no…

—Es el hijo de Contha —oyeron que decía la voz ahogada de Roderick detrás de ellos. El agente estaba tumbado en un sofá con las pezuñas cruzadas y el sombrero cubriéndole la cabeza.

—¡Pensaba que estabas conduciendo! —dijo Brune, quien sin duda se había asustado.

—Esto casi se conduce solo —le aseguró Roderick.

Tam estaba muy segura de que eso no era verdad, pero su curiosidad era mayor que su preocupación.

—¿Contha es el padre de Cirrolibre? ¿Sigue vivo?

El sátiro levantó el sombrero. Una nube de humo aromático salió despedida hacia las alturas, y la barda se sorprendió al ver que Rod fumaba una pipa debajo.

—Sí, que sepamos. Cirrolibre y él no se llevan demasiado bien. La mayoría de los druins no aprecian demasiado a los que no pertenecen a su especie. Nos ven como esclavos. Por lo que si el viejo de Cirro se ha enterado de que su hijo convive con una humana o, los dioses no lo permitan, sabe que Rosa y él…

Oyeron un aullido agudo que venía del pasillo. Unos segundos después, vieron al carnicero mascota de Cura desnudo a excepción de una soga con púas que tenía atada al cuello.

—¡Eso no se pone ahí, pedazo de loca! —El hombre se quedó de piedra al ver a Roderick, quien había empezado a agitar el sombrero para disipar el humo que se le retorcía entre los cuernos. La repugnancia contorsionó el apuesto rostro del carnicero—. ¿Y tú qué coño se supone que eres?

El sátiro respondió sin quitarse la pipa de la boca.

—El tío que te va a meter esta pezuña por el culo como no le pidas perdón a la señorita ahora mismo.

El carnicero soltó un bufido.

—¿Señorita? ¡Ese bicho lleno de tinta ha estado a punto de matarme! Le falta un tornillo. ¡Está más loca que una arpía! Y tú… —Frunció los labios, asqueado—. Eres un puto monstruo. Vuelve a la Tierra Salvaje, que es el lugar al que perteneces. O mejor aún, púdrete en la celda de un arriero y espera a que aparezca algún mercenario que…

Cura tiró de la soga con fuerza para arrastrar al carnicero. Tenía el cuchillo en la mano, y no tardó en pegarlo a la fina piel de su cuello.

—Te has olvidado de tu juguetito, perro —le dijo—. Corre a buscarlo.

El cuchillo chocó contra el aparador que había junto a la puerta, y el carnicero se tambaleó para cogerlo impulsado por una patada en el culo que le acababa de dar Cura, quien solo iba ataviada con el delantal blanco que le había arrebatado a su pretendiente. A Tam le resultó una visión muy interesante.

El carnicero se marchó sin recoger el cuchillo. Tenía un culo peludo, pequeño y plano que hizo que la barda se preguntara (no por primera vez) por qué narices iba a querer alguien ver desnudo a un

hombre, y muchos menos dejar que se pusiese encima de ti.

La puerta se cerró de golpe, y la torre que Brune y ella llevaban un rato construyendo se derrumbó sobre la mesa.

El chamán dirigió una mirada acusatoria a Cura mientras ella se acercaba para coger su botella de vino de arroz. Bebió de un trago lo que quedaba y después la tiró sobre las ruinas de la Fortaleza de Contha.

—Venga, el que gane contra mí —dijo.

12

La roca y el camino

Branigan le había dicho a Tam en una ocasión que todas las ciudades, pueblos y aldeas que se encontraban en el Camino del Este, un nombre la mar de ingenioso, eran famosas por algo. Dos días antes, la gira los había llevado a Arroyo de Rowan, una ciudad conocida por su gargantuesco molino, que se erigía como la fortaleza de un lord sobre todo lo que lo rodeaba. La arena de dicha ciudad era un cuadrado lleno de bancos colocados a diferentes alturas que se llamaba la Guarida del Leñador.

Una banda de adolescentes llamados Cinco Manzanas Podridas peleó para Fábula contra un cuarteto de gnolls muertos. Según el arriero de la Guarida, aquellos zombis con cara de hiena habían muerto en una batalla hacía tres días, pero después se habían alzado de entre los muertos con unas llamas blancas en los ojos. Los rumores que circulaban por la Nación de los Forajidos sugerían que había un nigromante suelto por Kaskar que había ido por todo el norte resucitando a los muertos. Los ancestros gritaban desde las prisiones que eran sus tumbas mientras no dejaban de salir cadáveres de los cementerios. Se habían empezado a realizar exhumaciones por todo el país, y unas columnas de humo negro apuntalaban el cielo de todas las ciudades.

Rosa había ordenado a Roderick informar por todo el este de que Fábula solo se enfrentaría a criaturas vivas durante lo que quedaba de gira.

Mientras veían cómo los Cinco Manzanas Podridas daban buena cuenta de los gnolls, Tam preguntó al agente la razón por la que las bandas no se ponían al servicio de los pueblos y aldeas que necesitasen ayuda.

Rod se quitó el sombrero para luego rascarse la base de un cuerno retorcido.

—Porque los aldeanos no pagan tanto como los arrieros —dijo—. Siempre se gana más dinero en las arenas, y más gloria luchando

contra criaturas de la Horda que dando caza a un mago oscuro.

—Bueno, pero ¿y nosotros? —preguntó Tam—. Fábula, quiero decir. ¿Nuestro contrato en Lindefunesta es más importante que ayudar a la gente de este lugar?

El sátiro volvió a ponerse el sombrero.

—¿Por qué no le preguntas tú misma a Rosa? —respondió—. Eso sí, te recomiendo que antes hagas el equipaje, por si acaso.

Tam decidió guardarse para sí sus recelos por el momento.

Cuando los jóvenes acabaron con los gnolls muertos vivientes, Rosa la Sanguinaria y su banda ejecutaron de manera espectacular al enemigo: un sapo enorme y rojo con cuatro ojos, alas rechonchas y una lengua que ardía en llamas en el momento en el que salía de la boca de la criatura. Brune y Cura la flanquearon mientras Rosa destruía sus cuatro ojos uno tras otro. Cirrolibre le cortó la lengua llameante en dos y a continuación la libró de su sufrimiento.

Al público le encantó, pero a Tam le resultó un poco artificioso. Empezó a cuestionar todas las canciones que había oído sobre mercenarios heroicos y monstruos malvados que luchaban en una arena de combate. Si esos supuestos enfrentamientos se parecían lo más mínimo a la matanza unilateral que había visto desde la comodidad de la armería de la Guarida, el trabajo de los bardos sin duda era más complicado de lo que suponía.

Volvió a recordar algo que su padre le había comentado la noche que se incorporó a la banda.

«Los mercenarios no son héroes —le advirtió—. Son asesinos».

Tam empezaba a comprender el significado de esas palabras y a ver a los mercenarios que en el pasado consideraba héroes desde un nuevo e inquietante punto de vista.

Pasaron la noche en Arroyo de Rowan. Fábula tomó habitaciones en una posada llamada Trovador Atribulado y dieron una fiesta en la que hubo hasta cuatro peleas, tres incendios y, aunque suene raro, un parto. Llamaron Rosa a la recién nacida, una niña de rizos pelirrojos, lo que llevó a Tam a pensar en cuántas niñas llamadas Rosa habría dejado Fábula a su paso durante los años que llevaban dando giras.

Tam se retiró cuando la fiesta estaba en su máximo apogeo, y construyó una barricada en la puerta con todo lo que había en la estancia excepto con la cama y una alfombra blanca de piel de oso. A pesar de la fortificación, poco antes del amanecer Brune trepó ruidosamente para entrar por la ventana de la habitación, que se encontraba en el primer piso. El chamán traía la ropa hecha jirones y las manos pegajosas a causa de la sangre. Apestaba a alcohol y suplicó a la barda que no les dijese nada a los demás.

Tam se preguntó si aquello estaba relacionado de alguna manera con el «incidente» que había mencionado hacía unos días.

—¿De quién es la sangre? —inquirió con cautela.

—No de quién —replicó Brune al tiempo que se hacía un ovillo sobre la piel de oso—, sino de qué.

—Pues ¿de qué?

Al chamán parecía costarle mucho abrir los ojos inyectados en sangre.

—¿Has visto un castor alguna vez? —Ella negó con la cabeza—. Qué suerte tienes… —murmuró mientras cerraba los ojos y empezaba a dejarse dormir—. Son unos pequeños cabrones muy violentos.

La siguiente respiración del chamán ya fue un fuerte ronquido, por lo que Tam lo dejó estar y se cubrió la cabeza con la almohada.

La gira continuó.

En Barton, una aldea que se enorgullecía de tener la «torre de vigilancia más alta del norte», Fábula asesinó a un tropel de trasgos desnutridos ante una multitud de norteños bien alimentados. Después visitaron la famosa torre de vigilancia de Barton. Pasaron unos minutos recuperando el aliento en la cima mientras contemplaban el bosque cubierto de nieve que los rodeaba, pero fue Cura la que dijo lo que todos estaban pensando:

—Menuda pérdida de tiempo, joder.

Y la gira continuó.

En Campana del Molino (lugar que no contaba ni con una campana ni con un molino), la banda se enfrentó a una araña gigante llamada Ted el Más Grande.

—Es la progenie de Ted el Grande —explicó el arriero a Tam mientras Fábula la hacía pedazos—, quien a su vez era la progenie de Ted, prole de Pequeño Ted, que en realidad no era mucho más grande que un gato casero.

Campana del Molino resultó ser un lugar famoso por su criadero de arañas, que todos rechazaron visitar menos Cura. Y para la invocadora las reglas eran algo que estaba ahí solo para romperlas, por lo que robó una de las arañas, una anaranjada y peluda del tamaño de uno de sus puños, y más tarde esa noche Tam vio cómo Roderick se la comía.

El sátiro se había quedado muy decepcionado.

—Pues no sabía a naranja —se quejó.

Y la gira continuó.

Arroyo Salobre se vendía como el lugar de nacimiento de una heroína legendaria llamada Willa de la Tierra Salvaje. Tanto la zapatería (denominada Los pies ambulantes de Willa), como la taberna local (El codo empinado de Willa) tenían nombres en su

honor, así como los aldeanos, pues casi todos se llamaban Willa o William.

El arriero de Arroyo Salobre («¡Llamadme Will!», les había dicho) les ofreció un trío de ogros canosos de barba gris. Rosa mató a uno y Cirrolibre a otro. Brune y Cura se jugaron el último con prisas a Piedra, Papel, Cimitarra, y fue el chamán quien se llevó la palma. Consiguió transformarse en un oso enorme y marrón y mató con presteza al último enemigo de la banda.

Después tuvo lugar otra de esas noches salvajes, otra mañana lánguida, y la gira continuó.

El tiempo empeoró mucho. Las nubes empezaron a descargar copos del tamaño de platos y la comitiva entera se quedó varada durante una semana en una ciudad llamada Caramillero, cuyo famoso «Camino Dorado» (que Cirrolibre no tardó en identificar como una serie de adoquines de caliza embadurnados con pintura amarilla) quedó cubierto por varios palmos de nieve. Fábula se vio obligada a alojarse en la única posada que había con una docena de miembros de otras bandas que tenían intención de enfrentarse a la Horda en el paso de la Llama Helada. Se alegraron mucho de ver a una mercenaria del caché de Rosa entre ellos, pero cuando descubrieron que Fábula se dirigía al este, empezaron a dedicarle miradas cargadas de desdén como si fuese una sinvergüenza después de asegurarse muy bien de que ella no se daba cuenta.

Una noche, Tam se subió a un escenario y tocó su repertorio de canciones inspiradas en Fábula. Cuando el público descubrió que se trataba de la hija de Lily Hashford, insistieron en que tocase *Juntos* y, cuando lo hizo, todos cantaron con ella.

La arena de Caramillero, que se llamaba la Galería Dorada, tenía forma de teatro: los combatientes se enfrentaban en un entarimado rodeado por una red con púas mientras los espectadores los veían desde un semicírculo de bancos de piedra dispuestos en gradas. El arriero local no había recibido el aviso de Roderick o lo había ignorado, por lo que solo contaba con criaturas que ya estaban muertas.

«Ahora entiendo por qué hay un nigromante suelto por ahí y nadie hace nada —pensó Tam—. ¡Matarlo sería malo para el negocio!».

Rosa se quedó pálida, pero en lugar de cancelar el combate eligió a un par de huargos, unos lobos negros y enormes que le llegaban a Brune a la altura del hombro, y le dijo a su invocadora que se encargarse. Mientras la banda se pasaba una botella de whisky de Gonhueco, Cura se colocó en el centro del escenario y llamó a uno de sus monstruos.

—¡YOMINA!

El grito hendió el aire como un trueno. La tinta empezó a retorcérsele en el brazo y a formar una figura encorvada que se ocultaba bajo un enorme sombrero de paja. Unas hebras de cabello blanco y liso le caían por los hombros, pelo demasiado ralo para ocultar el cuello de buitre de la criatura y la sonrisa de dientes negros de su rostro. Llevaba una túnica manchada de sangre que le colgaba holgada a causa de su constitución delgada, y estaba empalado por nada menos que siete espadas.

Cuando los huargos de ojos blancos lo rodearon, *Yomina* cerró sus dedos de largas uñas alrededor de dos de las empuñaduras que sobresalían de su cuerpo. Tam hizo una mueca al oír el chirrido del metal contra el hueso cuando la criatura tiró para sacárselas del pecho.

A pesar de su decrepitud, el tintoso de Cura (que era el nombre con el que se refería a la colección de criaturas que llevaba tatuada en la piel) era sorprendentemente rápido. Las fauces de los huargos se cerraban una y otra vez para encontrarse solo con tela negra y ajada mientras *Yomina* los esquivaba con una velocidad tan sorprendente que a Tam le dio la impresión de que cada vez que parpadeaba la criatura aparecía en lugares diferentes.

Enterró una espada hasta la empuñadura en cada uno de los huargos, pero las criaturas siguieron atacando. El tintoso iba sacándose las armas del cuerpo una a una y las iba clavando en sus atacantes, que no dejaban de gruñir. La pareja de muertos vivientes se quedó al fin en el suelo mientras las llamas de sus ojos se extinguían como estrellas al alba, momento que *Yomina* aprovechó para desenfundar la última espada del centro de su pecho y cortarles las cabezas a ambos.

El tintoso se desvaneció, y Rosa se acercó para ayudar a la invocadora a ponerse en pie. Agarró el rostro de Cura con ambas manos y pronunció algo que no oyó nadie más. La Bruja de Tinta asintió y después rio débilmente al oír lo que Rosa le dijo a continuación. Las dos se abrazaron mientras la multitud se dispersaba en el frío ocaso.

Fábula se dirigió a la posada para esperar a que pasara la ventisca y, cuando amainó, la gira continuó.

En una ocasión, mientras Tam pescaba con su tío Bran, se toparon con un oso negro que vadeaba unos rápidos llenos de grandes salmones. Los peces avanzaban contracorriente, empujados por el instinto hacia el lugar donde habían nacido. Tam lo recordó ahora que el Reducto de los Rebeldes avanzaba a duras penas contra la marea de

tráfico que se dirigía hacia el oeste. El mal tiempo había congelado el camino durante días, pero ahora estaba lleno de hombres y mujeres que se dirigían al paso de la Llama Helada.

El sol aparecía de vez en cuando entre la capota de nubes, por lo que Tam y los demás pasaban el día en el techo del carro. La barda estaba sentada entre las almenas, y arrancaba melodías perezosamente a la caja con forma de corazón de *Hiraeth* mientras inspeccionaba la muchedumbre a su alrededor por si veía a mercenarios que conociese de vista o a los que precediera su fama.

Los gemelos Duran, unos agrianos toscos y enormes que iban cubiertos de la cabeza a los pies con una armadura de placas con púas, iban seguidos por una comitiva de matones de aspecto hostil a los que preferían contratar en lugar en formar una banda. También vio a los Serpientes Blancas, y a Layla Dondinero y Fuego de Guerra, que embadurnaba sus armas con alquitrán y les prendía fuego antes de cada combate. Tam se preguntó si el hecho de que todos fuesen calvos y no tuviesen barbas era una coincidencia o una decisión estética.

Soltó un grito al ver a las Hermanas del Metal montando unos caballos blancos con armadura y saludó a Courtney y las Chispas cuando dicha banda de mujeres con faldones de cota de malla pasaron avanzando al trote con lanzas en ristre. Courtney le lanzó un beso volado y ella se preguntó si la famosa guerrera la había reconocido por todas las veces que le había servido vino en La Piedra Angular cuando pasó por Ardburgo el verano anterior.

«Seguro que no», pensó.

Rick el León, con un amplio espacio a su alrededor, viajaba sobre un voluminoso carro de guerra que avanzaba entre la multitud. Otro carro llamado *Niño de la Tierra Salvaje* pasó junto a ellos, con ruedas cubiertas de acero, pero la banda a la que pertenecía se encontraba recluida en el interior.

—Tam, mira arriba.

Brune llamó su atención para que mirase un barco volador que navegaba por encima de ellos. Las velas chisporroteaban con la electricidad que contenían y los motores de marea iban soltando volutas de una niebla ligera que Tam notó entre los dedos al extender el brazo.

Los barcos voladores eran cada vez más escasos, ya que el secreto de su fabricación se había perdido con la caída del Dominio. Tam no tenía ni idea de cómo funcionaban, aunque los había visto de cerca en más de una ocasión. Vanguardia, la banda de la que habían formado parte Tiamax y Edwick, había encontrado uno de esos barcos intactos en el Corazón de la Tierra Salvaje años atrás. Lo habían llamado *Vieja*

Gloria y, cuando se retiraron después de la batalla de Castia, lo vendieron por una miseria al padre de Rosa, el mismísimo Gabe el Gualdo.

El camino estaba ya tan abarrotado que Roderick se vio obligado a detener el carro, y la riada de mercenarios que avanzaban en dirección oeste empezó a fluir por ambos lados del Reducto de los Rebeldes. Algo similar a la vergüenza se agitó en el estómago de Tam mientras los veía avanzar, apuestos, deslumbrantes y pertrechados de manera tan diversa para la guerra. Todos esos hombres y mujeres iban camino de salvar el mundo, de enfrentarse a Bronturo y a su violenta Horda en nombre de todo Grandual…

«Y nosotros estamos aquí —pensó, afligida—. Como una enorme roca en un río de héroes».

—¡Oye, Rosa! —gritó alguien desde tierra—. ¡Te has equivocado de dirección!

Rosa se puso en pie junto a Tam, quien vio que el del comentario había sido Sam Roth, apodado el «Asesino». Llevaba a la espalda su famoso espadón *Colmillo* e iba ataviado con una armadura de placas con relieves tan apretada que se le salía la carne entre las junturas y parecía una piña narmeerí. Tam se dio cuenta de que su caballo parecía sufrir bajo el peso considerable del jinete.

Roth señalaba al oeste.

—La Horda está por ahí.

—Eso me han dicho —comentó Rosa—, pero me temo que tenemos otros compromisos. Además, ¿quién protegerá a los reinos mientras todos los abnegados héroes se dirigen a salvarnos de la Horda? Un nigromante anda suelto. ¿No te has enterado?

El Asesino se tiró del cuello de la coraza, sin duda incómodo a causa del calor de la tarde.

—Sí, eso me han dicho. También me han dicho que tenéis un trabajillo pendiente en Lindefunesta.

Tam sabía que los mercenarios eran personas avariciosas. Si había un contrato lo bastante jugoso disponible, Sam Roth sin duda se iba a preguntar por qué él no se había enterado antes.

—Cierto —convino Rosa.

—¿Y qué puede ser más importante que un gigante con una hueste de monstruos a sus espaldas? ¡No me digas que prefieres ganar unas patéticas marcoronas en lugar de luchar contra la Horda de la Bruma! ¿Qué gloria hay en algo así?

—Esto no tiene nada que ver con el dinero, Sam.

—¡Ja! ¡Lo sabía! ¿Y entonces qué trabajillo es ese? Tiene que ser algo grande. Algo muy despiadado, ¿verdad?

—No te lo creerías si te lo contase —dijo Rosa.

Roth entrecerró los ojos.

—Por los dioses de Grandual —resopló—. Es un dragón.

Rosa no dijo nada, pero la sonrisa se le ensanchó un poco.

—Es eso, ¿verdad? ¡Vais a por un puto dragón!

Roth estaba envidioso de verdad, como si luchar contra un lagarto alado escupefuego del tamaño de una casa fuese algo envidiable.

«Que no sea un dragón, por favor», pensó Tam. Quería ir de aventuras, claro, pero las aventuras solían terminan de forma muy brusca cuando había dragones de por medio.

—¿Cuál? —preguntó Roth—. ¿Konsear? ¿Akatung? Un momento. Tu padre mató a Akatung, ¿verdad?

—Es el Simurg.

El Asesino se quedó con la boca abierta.

—¿Qué has dicho?

—El Simurg —repitió Rosa—. El Comedragones.

Tam no sabía si eran impresiones suyas, pero Cirrolibre, Cura, Brune y hasta Roderick, que iba en el asiento del conductor, se habían quedado todos muy callados de repente. Supuso que sería una coincidencia, ya que el sátiro empezó a silbar al momento y Cura pasó otra página de su libro. Tam sintió un escalofrío que le recorría la espalda a pesar de que llevaba puesto el gabán de cuero.

«Rosa tiene que estar de broma —se dijo—. Claro que está de broma».

Sam Roth rio durante un rato. Cuando terminó, se quitó uno de los guanteletes de malla para enjugarse las lágrimas.

—Vale. Ya está —dijo—. Por las ventiscas heladas del puto invierno, Rosa. Durante unos segundos me lo he creído.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó una mujer espoleando su caballo de guerra para colocarse junto a la montura atribulada de Roth. Tam vio que era guapa. Tenía la piel de un marrón intenso y el pelo teñido del color de la plata sin bruñir. Llevaba una lanza a la espalda, y amarrado en el brazo izquierdo portaba un escudo con una estrella plateada en un fondo negro.

El Asesino se afanaba para volver a colocarse el guantelete de malla en su manaza.

—Rosa me estaba contando que Fábula se dirige a Lindefunesta en lugar de al paso de la Llama Helada. ¡Van a enfrentarse al Comedragones!

La mujer ni parpadeó al oír el nombre. El Comedragones era un monstruo inventado y estaba claro que Rosa no tenía intención alguna de contarle a Roth (ni a nadie, en realidad) lo que les esperaba en

Lindefunesta.

—¿Es cierto, entonces? —La recién llegada levantó el escudo para protegerse del sol cuando alzó la vista—. ¿Rosa la Sanguinaria huye de una batalla? Creía que nunca llegaría a verlo.

Rosa le lanzó una mirada glacial.

—No huyo de nada, Estrella. Ya me he enfrentado a una Horda, ¿recuerdas? —Miró a un lado un momento, al notar que Cirrolibre se colocaba junto a ella—. Esta no es nuestra batalla.

—¿Que no es vuestra batalla? —La mujer, a la que Tam reconoció como Estrella de la Suerte, los miró con desdén desde abajo—. Diría que lo de Castia tampoco era mi batalla, pero eso no me impidió ir a salvarte el culo, ¿no?

La sonrisa de Rosa había empezado a fundirse como una esquirla de hielo dentro de un puño cerrado.

—¿Qué ocurrirá si la Horda consigue abrirse camino a través del paso de la Llama Helada? —insistió Estrella—. ¿Y si amenazan Coverdale? ¿Sería vuestra batalla en ese caso? Pregunto.

El júbilo se borró por completo de la cara de Rosa. Frunció el ceño, como una gárgola a la que se le posa en la cabeza una paloma con incontinencia.

—Me alegro de verte, Asesino —dijo, después se alejó de las almenas y gritó a Roderick—: Nos largamos. Atropéllalos si es necesario. Me da igual.

—¡Atropellando!

Roderick chasqueó las riendas y el Reducto empezó a moverse.

—¿Qué hay en Coverdale? —preguntó Tam a Cirrolibre.

—Nuestra hija —respondió él.

13

Alto Remanso

Después de una parada en un pueblo que tenía el desafortunado (y desafortunadamente preciso) nombre de Aburrido, la gira de Fábula llegó a su fin en Alto Remanso, que competía con Ardburgo en tamaño y la superaba en esplendor. Estaba construida casi por completo con piedra caliza blanca y se erigía como una corona de marfil en lo alto de una amplia colina.

La ciudad se encontraba rodeada por los picos más septentrionales de las montañas Broquelescarcha, y detrás de ella se alzaba una figura colosal esculpida en los escarpados acantilados del norte. En una de sus manos sostenía la empuñadura de una espada de granito mientras que la otra se extendía hacia la ciudad que tenía debajo. Unos canales esculpidos en la roca guiaban arroyos de agua de deshielo hasta la palma de su mano, donde formaban un estanque que luego se derramaba entre los dedos hasta un embalse que había muy por debajo.

Los habitantes de Alto Remanso lo llamaban el Defensor, pero Cirrolibre informó a Tam sobre su verdadera identidad mientras se acercaban a la ciudad.

—¿El Tirano?

Entrecerró los ojos para mirar el rostro de la estatua. La intemperie la había dejado casi sin facciones a lo largo de los siglos, pero las orejas alargadas que sobresalían por detrás de su cabeza no dejaban lugar a dudas de que se trataba de un druin.

—Se llamaba Gowikan —dijo Cirrolibre—. Era un exarca que obligó a sus esclavos, hombres, mujeres y monstruos, a representar su imagen en la pared de la montaña. Trabajaron duro durante muchos años y solo consiguieron esculpir la mano, por lo que el druin puso miles a trabajar. Una década después, habían conseguido esculpir el pecho, un brazo y la cabeza, como bien puedes ver. Pero nunca la terminaron.

Cirrolibre jugueteaba con esa extraña moneda de piedra lunar

mientras hablaba. Tam se preguntó si sería una especie de amuleto de la suerte.

—El Dominio ya había empezado a decaer. Estalló una guerra civil, y los exarcas se atacaron entre ellos. El ejército de Gowikan estaba desentrenado, mal alimentado y agotado después de años de trabajo sin descanso. Quedaron sobrepasados, y el exarca murió asesinado. —Las orejas del druin se estremecieron cuando suspiró—. A veces me pregunto si lo que hacemos importa en realidad. Los combates, las muertes, la gloria que todos intentamos conseguir a la desesperada. Ninguno de nosotros podemos decidir cómo nos recuerdan —dijo, y Tam recordó que su tío había dicho algo parecido en la colina sobre la Acampada de los Luchadores.

—Gowikan era cruel —continuó Cirrolibre—. Y vanidoso. Un déspota mezquino cuya búsqueda de la inmortalidad lo condenó a él y a los suyos. Y ahí está, mucho después de la muerte de sus enemigos, venerado por aquellos a los que trataba como esclavos. Inmortal, al fin y al cabo.

Tam se apartó un mechón de pelo que el viento le había colocado sobre los ojos.

—¿Los druins no son todos inmortales? —preguntó.

—En esencia, sí —dijo Cirrolibre. La moneda de su mano desapareció con un juego de muñeca—. Lo malo es que muchos de los nuestros son unos capullos.

El camino que entraba en la ciudad recorría por completo la colina sobre la que se alzaba y estaba flanqueado a la izquierda por un montículo de tierra lleno de multitudes exultantes. Vitorearon con frenesí mientras la Nación de Forajidos se abría paso a través de la reja, y el recibimiento que esperaba a Fábula en el interior fue mucho más grandioso incluso. La gente se había dispuesto a lo largo de las calles mientras el Reducto de los Rebeldes avanzaba muy despacio. Tam intentó contar a las mujeres que llevaban el mismo tinte rojo sangre que Rosa, pero terminó por rendirse cuando pasó del primer centenar. Dudaba que quedase una sola baya en toda la ciudad.

«Debería llevar siempre encima unas cuantas —pensó—. Seguro que me haría rica vendiéndolas…».

Una mujer (que había seguido al carro durante varias manzanas) ansiaba verse honrada con tener un hijo de Brune, mientras que otra, que llevaba un niño de pecho que no dejaba de llorar disfrazado con un traje improvisado de conejo, afirmaba que había tenido uno de Cirrolibre.

—¿Debería preocuparme? —preguntó Rosa al druin.

Cirrolibre le dirigió un gesto de desdén y una sonrisa cautelosa.

—Yo lo estoy.

Los balcones y las azoteas también se encontraban a rebosar de gente. Las calles estaban decoradas con banderines de telas de colores, y caían sobre ellos semillas y pétalos de rosa tan congelados que daba la impresión de estar granizando.

Tam se inclinó hacia el asiento del conductor.

—¿Por qué tiran semillas? —preguntó a Roderick.

—No tengo ni idea. —El sátiro cogió unas cuantas y se las llevó a la boca. Después, al ver el gesto horrorizado de Tam, extendió la mano —. Perdona. ¿Querías un poco?

Ella rechazó la oferta.

—No, gracias.

—Tú verás. —Rod examinó las semillas que tenía en la mano—. ¡Anda! Creo que también hay maíz.

Se detuvieron al fin frente a una posada de tres pisos llamada La Vara Retorcida, cuyo propietario, un mago jubilado llamado Elfmin, dio la bienvenida a Fábula en el patio exterior y les ofreció a cada uno una bufanda de color rojo intenso.

—Está… caliente —dijo Tam cuando el hombre le puso una sobre los hombros. Notó que la densa lana irradiaba un leve calor mientras se la colocaba alrededor del cuello.

—¡Está encantada! —dijo Elfmin. Se colocó bien las gafas de montura dorada—. Es un hechizo menor, pero os vendrá muy bien en Lindefunesta. ¡Estoy seguro!

La Nación de Forajidos se pasó toda la tarde instalándose en La Vara Retorcida. Una vez que terminaron, tanto Tam como todos los demás pasaron las últimas horas de la tarde echando una cabezada, ya que, como bien había advertido Rosa:

—Os prometo que aquí nadie va a dormir esta noche.

La Vara Retorcida iba a albergar la última fiesta de la gira de Fábula después del combate del día siguiente, por lo que la banda pasó su penúltima noche en Alto Remanso explorando los establecimientos más sórdidos de la ciudad. Iban acompañados de un grupo de Forajidos, pero terminaron por dar la bienvenida a todos los que tuviesen la fortaleza moral y mental para seguirles el ritmo.

La primera parada fue el Basilisco, un burdel adornado con estatuas de hombres y mujeres en varias posturas sexuales. Después se dirigieron al Cubil de la Gorgona, que tenía una decoración similar pero con más serpientes.

El siguiente fue el Mackie, después el Bardo Calvo y luego otro burdel llamado la Espada Más Larga de la Ciudad, donde después de mucho insistir y de mucho vino, convencieron a Cirrolibre de que

bailase en una jaula mientras Tam tocaba una versión bochornosa de *Niño mágico*, una canción que se reservaba para las fiestas de cumpleaños de los niños.

Las paredes del Escudo Resquebrajado estaban decoradas con espadas rotas y escudos abollados. El lugar se encontraba abarrotado de guerreros canosos que contaban historias interminables de los días y las noches que habían pasado en el Corazón de la Tierra Salvaje. Todos había perdido compañeros a causa de la podredumbre, la enfermedad que en el pasado se contagiaba entre los que entraban en ese bosque ponzoñoso. Un anciano levantó una mano que aseguró que había estado infectada antes de que Arcandius Moog (un compañero de banda del padre de Rosa) empezase a fabricar su cura milagrosa.

Antes de continuar, Tam preguntó a aquel local lleno de agotados veteranos qué canción les apetecía más oír, y se quedó muy conmovida cuando todos eligieron la balada más famosa de Lily Hashford, lo que a ella no le pareció una mala opción. No solo le recordaba a su madre, sino que era la canción con la que había conseguido el puesto en Fábula. De haber tocado en la audición otra canción que no fuese *Juntos*, puede que todavía siguiese en Ardburgo.

Cuando llegó a la última estrofa, los ancianos mercenarios se pusieron a cantar con ella, y al terminar no había nadie que no hubiese derramado lágrimas.

La última parada fue una taberna llamada el Mercado de los Monstruos. El personal iba ligero de ropa y disfrazado de hada y, en lugar de velas de cera o faroles de aceite, había hadas de verdad metidas en tarros de vidrio de colores que colgaban de los travesaños. Tanto los miembros de la banda como los Forajidos que iban con ellos siguieron el ejemplo de Rosa y robaron uno de los tarros antes de salir de allí para luego abrir la tapa y liberar a las criaturas, que rieron maravilladas mientras el cielo se llenaba del centelleo de sus alas relucientes.

Empezaba a amanecer cuando regresaron a La Vara Retorcida. Por el camino, Penny lanzó una bola de nieve a Brune, quien se la devolvió. El chamán falló y la bola golpeó a Rosa. La pelea de bolas de nieve que dio comienzo a continuación por toda la calle continuó hasta que apareció un destacamento de guardias con túnica blanca para dispersarlos.

Arrestaron a Brune, quien fue incapaz de correr más rápido que ellos porque llevaba a Penny a horcajadas sobre los hombros. Los guardias encontraron a Rosa y a Cirrolibre detrás de una cresta de nieve y presentaron cargos por lascivia, desnudarse en público y posesión de una espada desenvainada.

Cura cogió a Tam de la mano cuando la barda estuvo a punto de resbalarse en el hielo. Las dos huyeron entre callejones, agachadas y evitando las plazas nevadas. Consiguieron librarse de sus perseguidores, pero Cura no le soltó la mano. Cuando estaban a punto de llegar a la posada, la invocadora apretó con fuerza los dedos de Tam y señaló hacia arriba.

—Mira.

El brillo argénteo de la luna se proyectaba contra las cataratas que había por encima del Alto Remanso y transformaba el agua en hebras de una seda susurrante. En los huecos que había entre las cataratas se apreciaba el cielo estrellado, que relucía como un lago justo antes de congelarse.

—Es muy bonito —dijo Tam, pero ya había apartado la vista del espectáculo y volvía a mirar a Cura.

—La invocadora le dirigió una sonrisa taimada que empezó a ensancharse en su rostro.

—Oye, ¿sabes qué deberíamos hacer?

—Primero tiene que estar húmedo —dijo Cura.

—¿Dolerá? —preguntó Tam.

—Puede que sientas un hormigueo, pero no, no debería doler. Si lo hacemos bien.

—¿Lo has hecho antes?

—Claro —respondió Cura—. Pero sola, normalmente.

—¿Y si no me gusta?

—Te encantará. Me sorprende que no lo hayas hecho antes, teniendo la edad que tienes. Ahora cierra los ojos y estate quieta.

La invocadora vació un jarro de agua sobre la cabeza de Tam.

Cuando ya tenía el pelo bien empapado, Cura desapareció de su vista. Tam miró los travesaños ocultos en las sombras del techo de la cocina de la Vara mientras mantenía la nuca apoyada en una palangana de cerámica. Oyó el ruido rechinante del mortero, un breve goteo de líquido y luego más rechinar.

—Todo listo —dijo Cura.

Volvió a colocarse junto a Tam y empezó a masajearle el cuero cabelludo con la mezcla. Sintió un hormigueó casi al momento.

Como iban a estar un rato así, Tam decidió hacerle a la Bruja de Tinta las preguntas que llevaba reprimiendo desde que hablaron con Sam Roth el día anterior.

—¿Entonces Rosa tiene una hija?

Los dedos de Cura se quedaron quietos unos instantes y luego continuaron.

—Sí que la tiene. Se llama Wren.

—¿Es una druin?

—Es una selfa. No tiene orejas de conejo, por si es lo que te preguntas.

—¿Una selfa?

—Los selfos son el resultado de la unión entre un druin macho y una humana hembra. Las mujeres druin tienen suerte y solo pueden quedarse embarazadas una vez, y solo de otro druin.

Tam no lo sabía.

—¿Y entonces cómo sobreviven? —preguntó—. Si todas las mujeres solo pueden tener un hijo, la especie terminaría por extinguirse, ¿no?

Cura resopló.

—Sí, tienes razón. Es lo que les ha pasado, por si no te habías dado cuenta. Pero no olvides que son inmortales. O casi. Cirrolibre dice que pueden morir de viejos, pero a saber cuándo les ocurre eso a los conejos. Sabías que no son de este mundo, ¿verdad?

Tam lo sabía. Según su madre, los druins habían llegado a Grandual provenientes de otra dimensión, una condenada, gracias a una espada llamada *Vellichor*, que era capaz de cortar el tejido de la realidad. Una vez aquí, se habían dedicado a subyugar a los nativos, hombres y monstruos demasiado primitivos para enfrentarse a la hechicería y la tecnología superior de los invasores. Vespian, su líder, consiguió levantar un imperio que recibió el nombre de Dominio y reinó como arconte durante mil años.

Tam tenía claro que cualquier adulto que oyese por primera vez algo así creería que no era más que una historia inventada, un cuento de hadas formado por medias verdades y supersticiones. Pero a Tam se lo había contado su madre, por lo que se lo había creído a pies juntillas. Tanto Edwick como Tiamax habían visto *Vellichor* de primera mano y ambos juraban que si uno se fijaba en la superficie de la hoja de la espada podía apreciar un mundo ajeno. Antes de morir, el arconte le había regalado la espada al padre de Rosa, quien aún la tenía en su poder.

—¿Qué edad tiene Wren? —preguntó Tam.

—Cuatro años —respondió Cura—. Puede que cinco. Vive con su abuelo en Coverdale. Pasamos a visitarla cada pocos meses.

—¿Su abuelo? ¿Te refieres a Gabe el Gualdo? ¿Por qué está con él y no con Rosa?

Cura pasó los dedos por el pelo de Tam. La sensación habría sido agradable, muy agradable incluso, de no ser por el hormigueo, que cada vez era más intenso.

—Porque los caminos no son un lugar adecuado para una niña —

dijo Cura al fin.

«Entonces, ¿por qué Rosa y Cirrolibre seguían en los caminos?», le dieron ganas de preguntar, pero llegó a la conclusión de que era mejor dejar el tema para otro momento. En lugar de ello, preguntó otra cosa a la que llevaba tiempo dándole vueltas.

—Cuando estábamos en Vadoleño, Jeka dijo que nunca había visto una invocadora como tú. ¿A qué se refería?

—¿Es que no me has visto? —El tono de Cura pasó a estar lleno de arrogancia fingida—. Estoy más buena que el pan.

Tam empezó a oler como a vainilla quemada.

—Pero Jeka no se refería a eso, sino a que luchabas de forma diferente de como luchan otros invocadores.

—Eso es porque los invocadores no luchan a menudo —dijo Cura —. Entretienen a la gente, básicamente. Tallan cosas en la madera o las graban en pequeñas campanitas de cristal, y luego las queman o las rompen para dar vida a esas imágenes.

—Vale. Entonces, si un invocador talla un pájaro en un trozo de madera…

—Pues sacará un pájaro de madera. Y si graba uno en cristal…

—Sacará uno de cristal —dijo Tam.

—Eso mismo. —Cura se apartó de su lado, y Tam oyó que usaba la jarra para recoger agua de un barril que había en un rincón—. Las cosas que yo invoco son diferentes. Están grabadas en mi carne, entintadas en mi sangre. Por lo que cuando las llamo… —La jarra de agua fría volvió a caer sobre la cabeza de Tam—. Están hechas de carne y de sangre. Son reales. O lo más parecido a ello. Es difícil de explicar —dijo al tiempo que regresaba al barril para volver a llenar la jarra.

—Pero ¿qué son? —preguntó Tam mientras le derramaban otra jarra de agua sobre la cabeza. El olor a vainilla empezaba a desaparecer, lo que Tam se tomó como una buena señal—. Ese ent en llamas, el monstruo marino, esa… otra cosa con las espadas clavadas en el cuerpo. ¿Cómo es que tienes…?

—Ya hemos terminado —cortó Cura. Lo dijo con tono rotundo, con una voz afilada que amenazaba con hacer daño si a Tam se le ocurría insistir más—. Levántate y echa un vistazo.

La barda separó el cuello de la palangana, y Cura levantó un espejo de mano para que Tam se viese en él.

El rostro no le había cambiado. Tenía los mismos ojos. Pero el pelo ya no era de aquel castaño anodino que había heredado de su padre.

Ahora era rubio platino.

Tam vio la luminosa sonrisa que se extendió por el rostro reflejado

en el espejo. —Por los putos dioses. Me encanta.

14

Nada del otro mundo

Tras la muerte del viejo rey de Kaskar, su hijo y sucesor llevó a cabo una serie de ambiciosos proyectos de construcción, uno en cada una de las grandes ciudades del norte, para congraciarse con los habitantes del reino que ahora gobernaba. Mareadusta consiguió un faro nuevo y enorme; Reino Norte, un hipódromo. Bramido Oriental se convirtió en la ciudad con la mayor biblioteca del reino, mientras que Bramido Occidental consiguió el museo más completo. Ardburgo recibió unas termas de vanguardia, con piscinas climatizadas, saunas humeantes y un gimnasio de lucha que, según el tío de Tam, había visto más sexo que un burdel durante una noche de ofertas de dos por uno.

En Alto Remanso, el rey Maladan Pike había ordenado la restauración de la antigua arena, que se encontraba en tal mal estado que las bandas y los agentes a veces evitaban la ciudad. Recibió el nombre de Jardín de Piedra de Maladan, y era un cilindro de seis pisos excavado en el lecho de roca de la propia colina. El anillo de asientos superior, el único visible por encima del nivel del suelo, contaba con unos palcos privados en los que los adinerados de la ciudad podían ver con toda comodidad la matanza que se llevaba a cabo bajo ellos. En cambio, el piso inferior se solía llamar «el Pozo» y era habitual que los que se atrevían a penetrar en sus profundidades saliesen de allí con heridas tan graves como las de aquellos que habían ido a ver luchar.

La armería del Jardín era mucho más lujosa que cualquiera que hubiese visto Tam hasta ese momento. Había un bufé digno del banquete de un rey, y un bar en el que servían cualquier licor imaginable. El suelo de baldosas de piedra estaba cubierto de alfombras estampadas y los sofás tenían tantos cojines que se vio obligada a apilar algunos en una silla cercana para poder sentarse. En las paredes había tapices que representaban grandes batallas en la arena y estaban rodeados por espejos de cuerpo entero iluminados por faroles.

En uno de esos espejos, Tam se topó con el reflejo de un mercenario cuya fama rivalizaba con la de Rosa la Sanguinaria. Brune se dejó caer en el sofá junto a ella y tiró al suelo unos cuantos cojines más, momento que Tam aprovechó para inclinarse hacia él y preguntarle:

—¿Ese es el Príncipe de Ut?

—¿El príncipe de dónde? —preguntó Brune en voz demasiado alta.

El hombre del espejo, cuyo rostro quedaba oculto detrás de una capucha púrpura ceñida con una diadema dorada, miró hacia ellos. Tenía los ojos maquillados con lápiz de ojos y casi no se le veían entre las sombras de la prenda, pero cuando se centraron en ella, Tam hizo todo lo posible por hundirse entre los cojines que quedaban en el sofá.

El chamán se rascó la nuca.

—¿Te has hecho algo en el pelo?

—Qué va.

—Ah, vale. —Brune extendió el cuello para mirar por encima de ella—. Sí que es el Príncipe. No tiene una banda, ¿sabes? Se encarga de los monstruos él solo, lo que en mi opinión es una locura. Todo el mundo necesita alguien en quien apoyarse de vez en cuando, por muy bueno que sea. Hasta Rosa… —Se quedó en silencio y le dio un codazo a Tam—. Mira.

El agente del Príncipe de Ut, un narmeerí corpulento que vestía una capa de piel muy ceñida con varias cinchas, llamó a una de las trabajadoras del Jardín, que acababa de pasar junto a él.

—¿Perdona? Sí, hola. Sí —El hombre hablaba con la estridente arrogancia de un rey castrado. Se acarició el suave pelaje de la prenda a la altura del cuello con uno de esos dedos que parecían embutidos a presión en varios anillos—. Creo que ha debido de haber una confusión con las uvas.

La expresión de la trabajadora indicó a Tam que prefería estar en cualquier otro lugar que no fuera ese.

—¿Las uvas?

—Sí, eso he dicho. Las uvas.

La mujer las señaló.

—¿Os referís a esas uvas?

—Sí… y no. Verás, pedí específicamente que las uvas fueran moradas. Y estas, como sin duda podrás apreciar a pesar de tu evidente deficiencia mental, son verdes.

Si a la trabajadora le importaba que la acabaran de insultar, no lo exteriorizó de ninguna manera.

—¿Y?

—Y… —repitió el agente mirando intencionadamente a su patrón

—. Su excelencia no come uvas verdes. Solo come uvas moradas.

La mujer parpadeó. Miró a la mesa y después volvió a mirar al hombre.

—Esas uvas son verdes —dijo.

—Sí, ya lo veo. Sé que son verdes. Esa es la razón por la que…

De pronto se oyó un gruñido que agitó el Jardín de Piedra, tan estruendoso que las lámparas que tenían encima se movieron en sus cadenas de plata. La trabajadora aprovechó la distracción para marcharse sin que se notara. Un instante después apareció Cura bajando por las escaleras de la armería.

—Han ganado los Hombres Rata —anunció.

—¿A qué le han ganado? —preguntó Cirrolibre.

—A hombres rata —respondió ella mientras examinaba con detenimiento la mesa del bufé antes de coger un melocotón y darle un mordisco.

—Qué locura de combate, ¿no?

Roderick bajó al trote detrás de ella.

—¡Somos los siguientes! —anunció.

—¿Contra qué nos toca luchar? —preguntó Rosa. Se había tomado la dosis habitual de Hoja del León unos momentos antes, lo que le abotargó un poco la voz y le arrebató la luz a su mirada.

El agente se frotó las manos.

—¡Orcos!

—¿Cuántos?

—Al parecer tienen a todo un ejército en las celdas. Les he dicho que elijan a los doce cabrones más grandes, crueles y verdes que puedan encontrar. Serán tres para cada uno, si Tam no se adelanta y les pega un flechazo a todos antes de que podáis hacer algo. —Le guiñó el ojo a la barda—. Me gusta tu pelo, por cierto.

Ella sonrió.

—Gracias.

—¡Lo sabía! —dijo Brune rascándose la barba mientras admiraba el nuevo aspecto de Tam.

Rosa se miró en uno de los espejos de cuerpo entero y contempló desafiante el vacío oscuro de la mirada de la persona reflejada en él.

—Nos enfrentaremos a todos —dijo.

El sátiro arqueó tanto las cejas que dio la impresión de que se le iban a salir por encima del sombrero.

—¿Cómo has dicho?

—A todos. A todo el ejército.

El silencio se apoderó de la armería.

La doble de Rosa contempló la escena desde los confines del espejo

iluminado por los faroles, en busca de las miradas de sus compañeros de banda. Uno a uno. Brune respiró tan hondo que el pecho se le hinchó como un barril. Después asintió. Cura le dirigió una sonrisilla y luego hincó los dientes de nuevo en el melocotón.

—Me gusta el riesgo —dijo.

—A mí no —comentó Cirrolibre—. Pero sí que me gustan las apuestas. Muerte o gloria, ¿no?

El reflejo de Rosa sonrió en el espejo.

—Muerte o gloria.

El ejército de orcos resulta estar formado por setenta y siete orcos muy fuertes y, aunque Tam no siente la necesidad de adornar el número, otros sí que lo hacen. Desde ese día en adelante, se dirá, cantará o comentará entre bardos y borrachos fanfarrones que Fábula acabó esa tarde con la vida de cien… ciento cincuenta… No, doscientos orcos.

A Tam, la verdad ya le parece bastante impresionante. Ve cómo una oleada de seres de color verde, gruñidos y filos metálicos se abalanza hacia Rosa la Sanguinaria y sus compañeros de banda, y luego…

… un oso de pelaje marrón que ruge tan fuerte como para hacer temblar los corazones. Sus garras ganchudas reducen el metal a jirones y rajan los cuerpos, que estallan y lo rocían todo de un vino repulsivo…

… una invocadora que se afianza en el suelo mientras de uno de los brazos le brota un caballo de tinta. Unas alas metálicas que se despliegan como velas detrás del cuello en tensión de la criatura. Unos cascos que retumban como relámpagos, que resuenan como tambores, que repiquetean como la lluvia mientras se dirige a la batalla…

… la espada de un druin que canturrea como el repicar de una campana al hendir el aire. Se mueve con la determinación de un depredador: con pasos calculados y golpes certeros. Su corazón es una moneda que gira, con el rostro de su pareja en una cara y el de su hija en la otra y, aterrice donde aterrice, él siempre pierde…

… una mujer que corta, machetea, raja y golpea; el remolino de una tormenta de fuego y acero. Nacida a la sombra, con un destino siempre eclipsado por la más reluciente de las estrellas. ¿Qué podía ser ella sino un cometa, una luz lo bastante brillante como para llamar la atención de todos mientras se dirige hacia un destino inescrutable?

Cuando amontonan, se llevan y se deshacen de los restos de los setenta y siete orcos muertos que han manchado de sangre el suelo de piedra de la arena de combate, se anuncia que el Príncipe de Ut no quiere que le haga sombra la impresionante hazaña de Fábula y se ha

retirado del espectáculo principal de la noche.

La multitud abuchea consternada, hasta que Rosa vuelve a salir sola por la puerta de la armería. Ella se enfrentará a la criatura en lugar del príncipe, afirma. Ansiosos por satisfacer a la aullante multitud, los arrieros sueltan a una marilith, una mujer con cola de serpiente y seis brazos armados con sendas espadas que a Tam le da la impresión de parecerse mucho a una de las abominaciones tatuadas en la piel de Cura.

Rosa acaba con ella, pero lo hace con mucho estilo, como si la arena fuese un escenario y cada uno de los testigos un bardo que, al salir de allí, fuese a cantar las bondades del enfrentamiento a todas las personas con las que se topase. Cuando permite morir a la marilith, cortándole la cabeza con ambas espadas, las tira al suelo y alza los brazos extendidos mientras los espectadores claman como acólitos ante su dios.

Una lluvia de pétalos púrpura cae desde el cielo en espiral entre haces oblicuos de luces y sombras. Tam coge uno que se le ha quedado en el pelo y no puede evitar sonreír.

«Rosas. Claro».

Después del espectáculo tuvo lugar una fiesta en La Vara Retorcida. La Nación de Forajidos se dispersó por la mañana, algunos en dirección a casa y el resto a unirse a otras bandas mientras Fábula se encargaba por su cuenta del contrato con el que tenían que cumplir en Lindefunesta. Los Forajidos fueron acercándose uno a uno a la alargada mesa de caballete en la que estaban sentados Rosa y sus compañeros, para despedirse de ellos. Penny estaba muy enfadada por el hecho de que Brune se fuese al norte sin ella. Se colgó del brazo del chamán como el superviviente de un naufragio que se aferra al último resto de un navío destrozado.

También se pasaron por el lugar muchos mercenarios. Andaban por allí los Hombres Rata, que habían sido teloneros de Fábula en el Jardín unas horas antes, así como los Jóvenes de la Tierra Salvaje, que eran un grupo de cuatro hombres cincuentones cuya idea de «irse de gira» era acudir a fiestas a las que no los habían invitado.

Korey Kain, la arquera de una banda llamada Desayuno de Tiburones, se pasó para saludar y para enseñarles la barriguita que había empezado a salirle.

—Su papaíto ha ido a darle una buena patada en el culo a la Horda —afirmó con orgullo—. ¡Yo también iría si entrase en la armadura!

Tam estaba sentada en un banco entre Cura y Brune. Rosa y Cirrolibre estaban frente a ellos, mientras que la silla de Rod se encontraba en uno de los extremos. La mesa estaba hasta arriba de

jarras, botellas vacías y platos llenos de las sobras de una comida épica. El chamán y la invocadora discutían sobre cuál era el mejor reino de Grandual para retirarse si el contrato de Lindefunesta resultaba ser tan lucrativo como esperaban. Roderick comía algo que crujía como huesos de pollo, y lo más seguro era que se tratase de huesos de pollo.

Mientras, Tam hacía todo lo posible para disimular que no prestaba atención a la conversación entre Rosa y Cirrolibre.

—… peligro innecesario —decía el druin—. Ya habíamos cumplido con nuestra parte. No había razón para luchar contra la marilith.

—¿Que no había razón? —Rosa le dio una calada a la pipa y sonrió a través del humo—. ¿Has visto a esa multitud? ¿Los oíste corear mi nombre? ¿Crees que Gabe el Gualdo alguna vez mató él solo a una marilith?

Las orejas del druin estaban rígidas a causa de la rabia. Abrió la boca para responder, pero la cerró de repente como si la presciencia le hubiese advertido que, dijera lo que dijese, solo serviría para hacer enfadar aún más a Rosa.

—La gira se ha terminado —dijo con fingida compostura—. Recuerda que prometiste…

—No consumir más Hoja del León. —Rosa se trazó el símbolo del Señor del Estío sobre el corazón—. Lo prometo.

—Hace que te vuelvas descuidada.

—Hace que me convierta en un espectáculo —respondió ella al tiempo que exhalaba otra bocanada de humo por encima de su cabeza. Se puso muy seria—. Y la necesitaba, Cirrolibre. Lo sabes.

El druin le cubrió las manos con las suyas.

—Mira, no tienes ninguna razón para…

—¡Rosa la Sanguinaria! —Era una voz roca y adusta que pertenecía a Linden Gale, quien blandía un hacha para los Hombres Rata. Era una mole de rostro ancho y con el aspecto de un cuerpo masticado hasta la saciedad por un perro hambriento—. Tenéis que ayudarme a resolver una apuesta, ¿vale? Los rumores dicen que vais camino de Lindefunesta y que tenéis un contrato con la Viuda de Ruangoth.

Rosa ni se molestó en girarse hacia él para responder.

—Así es.

Tam se dio cuenta de que había empezado a reunirse gente a su alrededor. Las conversaciones cercanas se habían interrumpido. Las bebidas se habían quedado inmóviles de camino a los labios. Las pipas, olvidadas mientras el humo ascendía lánguido hacia las alturas.

—¿Qué hay en Lindefunesta? —preguntó Linden.

—Nieve —respondió Cura.

—Rocas —dijo Brune.

—Tu puta madre —soltó Roderick.

Los que estaban sentados en las mesas de alrededor se quedaron sin aliento al unísono.

—¿Qué? —El agente levantó las manos para suplicar por su inocencia—. ¡Su madre es una puta de verdad! Linden, di algo.

El enorme mercenario asintió a regañadientes.

—Tiene razón.

—¿Veis? Os lo dije. Trabaja en ese antro de Fetterkarn que pasa inadvertido, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba el sitio?

—El Antro Que Pasa Inadvertido —respondió Gale, algo avergonzado.

—Un lugar maravilloso. Tienen una sopa de cabeza de cabra que está para morirse —dijo Roderick antes de besarse los dedos.

—También he oído otro rumor. —El hachero de los Hombres Rata parecía muy inclinado a hablar de otra cosa que no fuese su madre—. Me han dicho que vais a por el Simurg.

—También es cierto —respondió Rosa.

A esas alturas la mayoría de los presentes ya prestaban atención al diálogo, razón por la que rieron al oír la respuesta de Rosa. Incluidos algunos Forajidos. De hecho, rio todo el mundo menos los integrantes de Fábula.

Linden fue el más estruendoso.

—¡No me lo puedo creer! —gritó después de recuperar el aliento —. Pero si había oído que erais unos cobardes. Todos los mercenarios de Grandual saben que Rosa la Sanguinaria no es capaz de liarse a puñetazos con un diablillo de la basura sin llevarse a la boca una Hoja del León.

Cirrolibre se agitó y se dispuso a levantarse, pero Rosa le sostuvo la mano que tenía sobre la mesa.

Linden bufó, y Tam olió el licor que contenía su aliento a pesar de la distancia que los separaba.

—Pero ¿el Simurg? ¡No podéis decirlo en serio! Al menos se os podría ocurrir algo más razonable. Por los dioses. Dicen que la mismísima Reina del Invierno ha regresado de entre los muertos. ¿Por qué no vais a por ella, mejor?

—Enséñame el contrato —dijo Rosa—, y te traeré su cabeza.

Se oyeron otras risillas incómodas alrededor.

—Estabais en Ardburgo cuando la Horda acabó con Cragmoor. —Gale hablaba enfadado, acusador—. Deberíais ir a la Llama Helada ahora mismo, junto con el resto de mercenarios que puedan llegar a

tiempo, listos para darle a ese hijo de puta de Bronturo un poco de medicina de mercenario.

—¿Hijo de puta? —El buen humor de Cirrolibre aún no había desaparecido del todo—. ¿En serio has dicho eso, Linden? No me parece una elección de palabras muy adecuada, teniendo en cuenta que…

—Que te den, conejo. —Gale escupió en el suelo y después se inclinó para mirar de cerca a Rosa—. Pero en lugar de eso, estáis aquí, en Alto Remanso, dándooslas de estrellas. No eres nada del otro mundo, Rosa. Eres una cobarde que prefiere cobrar un sueldo en lugar de admitir que no hay Hoja del León suficiente en el mundo para ser capaz de enfrentarse a otra Horda. Después de lo que ocurrió en Castia.

Un hombre más sabio se habría largado justo después de terminar esa frase, pero resultó que Linden Gale no era un hombre muy sabio.

—Tu padre se avergonzaría de ti —añadió—. Gabe el Gualdo nunca huiría de una Horda. Cruzó el Corazón de la Tierra Salvaje para salvarte de la anterior, y seguro que ahora estaría en la Llama Helada de no tener que estar haciendo de niñera para esa mestiza bastar…

Se quedó en silencio en ese mismo instante, porque el puño de Rosa había quedado enterrado en mitad de su cara.

15

La barda y la bestia

Gale se tragó el resto de la frase, junto con la mayoría de sus dientes. Se tambaleó hacia atrás al tiempo que con su enorme manaza lanzaba un puñetazo con el que golpeó a Rosa de refilón en la mandíbula. La mercenaria habría caído al suelo de no ser por Cirrolibre.

Cura se puso en pie. Después se subió a la mesa. Luego saltó. Aterrizó sobre la espalda de Gale y empezó a arrearle puñetazos en las orejas. Roderick hizo la mejor imitación que pudo de un cuerpo sin esqueleto para deslizarse por debajo de la mesa.

Los compañeros de banda de Linden salieron en su auxilio. Dos de ellos se abalanzaron hacia Brune cuando este se puso en pie, y lo tiraron al suelo entre golpes mientras Penny no dejaba de gritar palabras malsonantes. Otro de ellos levantó una silla sobre su cabeza y se puso a buscar el objetivo más débil.

«Yo», pensó Tam. Pero ya era demasiado tarde.

Cirrolibre se apartó de la mesa y se interpuso entre la barda y la silla, que se le rompió en el hombro. Rápidamente, antes de que saliera rodando, se hizo con una pata astillada, se volvió y golpeó en la sien al atacante de Tam, que se derrumbó.

—Gracias —dijo ella.

—De nada. ¿Te he dicho que me encanta tu pelo?

—Pues no.

—Pues me encanta —dijo Cirrolibre—. Te pega.

El druin no tardó en quedar rodeado. Aguardó unos instantes mientras examinaba a sus atacantes: tres hombres y una mujer muy musculosa. A Tam le dio la impresión de que los cinco, los matones y el objetivo, permanecían clavados en el sitio un buen rato, pero luego Cirrolibre empezó a moverse con la gracilidad salvaje de un zorro en un gallinero.

Rosa, en cambio, no se molestó en esperar a que fuesen a por ella. Le dio un puñetazo a uno de los mercenarios que se encontraba más cerca (quien, siendo justos, se había puesto a mirarla con el ceño

fruncido y gesto muy amenazante), y luego se agachó para esquivar a otro que corría en su dirección con una botella en la mano.

Cura había dejado de dar puñetazos y había optado por empezar a estrangular a Linden Gale hasta tirarlo al suelo. Funcionó a la perfección. El grandullón cayó de rodillas agitando las manos, incapaz de separar de su cuello el brazo entintado de la invocadora. Finalmente cayó de cara contra el suelo de la taberna. La novia de Gale saltó hacia ella, y la Bruja de Tinta casi ni tuvo tiempo de ponerse en pie. Las dos se perdieron entre la multitud mientras forcejeaban, y Tam las oyó gritar como un par de gatos detrás del puesto de un pescadero.

La pelea se extendió por toda La Vara Retorcida, entre mercenarios, altorremanseros, Forajidos y los que estaban demasiado borrachos para recordar a qué bando pertenecían. Los camareros se agacharon detrás de la barra como soldados en las almenas de una ciudad asediada. También había un trío de músicos en el escenario cuando empezó la lucha, y en lugar de ir a esconderse habían decidido seguir tocando con determinación. Además, aumentaron el ritmo de la tonadilla para que casase mejor con el caos de la sala común.

Tam vio algo con el rabillo del ojo y se giró: Roderick sacó el brazo de debajo de la mesa y empezó a palpar todo lo que había a su alrededor hasta que encontró el asa de su jarra y la cogió para dejarla con él a buen recaudo.

Brune estaba en el suelo y empezó a rodar entre sillas volcadas y botellas tiradas mientras forcejeaba con media docena de atacantes. Penny se lanzó hacia él para protegerlo y agarró a una mujer por el pelo para apartarla del grupo. Las dos empezaron a luchar hasta que Penny le propinó un derechazo que la lanzó contra la barra.

Brune consiguió ponerse de rodillas, momento en el que Gord Lark, el escuálido líder de los Hombres Rata, le dio un porrazo en la cara con el escudo. La cabeza del chamán salió despedida hacia atrás, y Lark puso el escudo de lado para intentar rajarle el cuello, que había quedado expuesto.

Tam llegó hasta donde se encontraba Lark justo a tiempo para quitarle el escudo de las manos huesudas, aunque luego descubrió que no tenía muy claro qué hacer a continuación.

Lark le dio una idea:

—¡Devuélvemelo!

—Ven a por él —gruñó ella.

«¿Ven a por él? —la sermoneó su voz interior—. ¿Por qué narices has dicho eso? ¿Y si viene? ¿Y si intenta cogerlo?».

Se acurrucó detrás del escudo que acababa de robar para

protegerse del puño de Lark y se alegró cuando oyó crujir sus nudillos contra el roble tachonado. Mientras el mercenario se lamentaba por sus dedos destrozados a causa del golpe, la barda levantó el escudo y lo dejó caer con fuerza sobre su cabeza.

—Jodearrhg —gritó antes de que los ojos se le quedasen en blanco y se derrumbase al suelo cuan largo era.

Edwick le había dicho en una ocasión que Mano Lenta, el compañero menos conocido de Gabe el Gualdo, usaba en la batalla un escudo llamado *Corazón Tiznado* en lugar de un arma propiamente dicha. A Tam no llegaba a convencerla del todo, pero tuvo que admitir que un buen bloque de madera podría aprovecharse bien en combate.

Brune consiguió ponerse de nuevo en pie. Se echó a un lado justo cuando un atacante arremetía aullando hacia él y se sirvió de su impulso para lanzarlo contra una mesa cercana. Después alzó el brazo para desviar un plato de cerámica que le acababan de arrojar. La mujer que lo había tirado le arrojó dos más, pero se marchó a toda prisa al ver que se quedaba sin vajilla. Uno de los hombres que el chamán había noqueado antes trastabilló hasta ponerse de rodillas, y el chamán aprovechó para agarrarlo por el cuello con una manaza y volver a empujarlo contra el suelo mientras no dejaba de patalear.

El hombre gorgoteó pidiendo clemencia, pero la respuesta de Brune fue un rugido tan profundo que hasta a Tam se le pusieron los pelos de punta. El pavor se extendió por sus entrañas. Dejó de mirar el rostro del Hombre Rata, que se había puesto violáceo muy rápido, y se centró en Brune, que lucía un gesto a caballo entre el miedo y la ferocidad. El chamán la miró a ella con expresión salvaje y desesperada.

—No —articuló desde detrás de una jaula cuyos barrotes eran sus dientes cerrados.

El Hombre Rata se palpó el pecho en busca de una daga que tenía enfundada.

—No puedo…

Un tajo hizo brotar sangre en el brazo del chamán.

—No puedo… Tam… Huye…

Fue lo que consiguió articular Brune antes de que esa jaula de dientes se abriese de repente y saliera rugiendo la bestia aprisionada en su interior. El rostro del chamán se transformó en un instante, se ensanchó bajo el pelaje marrón. Se le hincharon los brazos, de músculos abultados como serpientes que se agitan dentro de un saco. La mano que rodeaba el cuello del Hombre Rata dobló su tamaño. Unas garras como cuchillos negros surgieron de unas patas desgreñadas y con almohadillas. La túnica de Brune se rompió a causa

del cambió catastrófico que acababa de sufrir su cuerpo. Lo que había empezado como un gruñido desafiante se convirtió en un rugido ensordecedor que dejó en silencio toda la estancia.

Solo unos pocos segundos, claro.

Entonces empezaron los alaridos.

El caos se apoderó del lugar. Las puertas y las ventanas empezaron a quedar bloqueadas bajo la presión de los cuerpos que ansiaban escapar. Hasta los músicos habían dejado de tocar y abandonado el escenario. Se desenfundaron armas, y el acero apareció manchado de sangre bajo la luz parpadeante de los faroles.

Tam sintió que algo le tiraba del brazo, y al bajar la vista se encontró con un cuchillo de comer clavado en el escudo. Lo arrancó de un tirón y, durante unos segundos, se planteó usarlo para defenderse, pero llegó a la conclusión de que mañana por la mañana no se sentiría bien al descubrir que la noche anterior había apuñalado a alguien en una pelea de taberna, por lo que lo tiró al suelo.

Brune volvió a rugir, un sonido similar al del rechinar de las junturas oxidadas de una armadura de placas. Abrió las manos de repente, y el hombre que tenía cogido del cuello quedó libre al fin e intentó marcharse a toda prisa. La bestia lo tiró al suelo y le atravesó el gemelo con las garras para luego empezar a atacarlo con las fauces.

Tam vio por encima del hombro que Cirrolibre ayudaba a Cura a ponerse en pie. La invocadora tenía un labio partido y se agarraba la cabeza con ambas manos, como si estuviese aturdida. Rosa se revolvía contra una muchedumbre de parroquianos que huían a la carrera. La líder se había puesto a gritar, pero su voz quedaba ahogada por el ruido que la rodeaba: aullidos y el retumbar de pies, estruendosas pisadas de patas en las tablas de madera del suelo…

Tam se volvió y vio que Brune cargaba directo hacia ella. La enorme cabeza del chamán estaba nivelada a la altura del cuerpo, como un ariete. Apenas tuvo tiempo de levantar el escudo antes de que el impacto la lanzase por los aires. Se golpeó los tobillos contra un banco y la espalda contra la superficie de la mesa. El impulso la hizo seguir rodando, por suerte, ya que dio una voltereta hacia un lado mientras la bestia partía la mesa por la mitad y lanzaba jarras y cubertería por los aires.

Tam no dejó de moverse, rodó otra vez, por debajo de un banco de madera, justo antes de que este quedase reducido a astillas. Se puso en pie a duras penas y se lanzó hacia la mesa más cercana, sobre la que se deslizó con la cadera, un movimiento que seguro lució estiloso de narices, hasta que cayó de rodillas al otro lado. La bestia fue tras ella destrozando sillas y tablones de cedro como si fuesen hojas de

palmera.

Tam, arrodillada, vio cómo una bota con remaches de acero pisaba con fuerza sobre la mesa que tenía frente a ella y luego vio a Rosa volar por los aires empuñando en cada mano una cimitarra reluciente como un haz de luz de luna. Golpeó a la bestia en la cabeza con la hoja plana de una de las espadas, lo que la dejó aturdida, momento que la mercenaria aprovechó para golpearla con más fuerza con la otra. La criatura puso los ojos en blanco y un hilillo de sangre empezó a derramarse entre la espuma de sus fauces, pero el estupor fue momentáneo.

Le lanzó un golpe con una de sus garras, pero Rosa giró la espada para que el filo quedase en perpendicular con la almohadilla de la pata. La bestia intentó morderla, pero ella la esquivó y la golpeó en la cabeza con la hoja surcada de runas de ambas espadas.

Tam supuso que Rosa esperaba dejar inconsciente a la bestia, ya que por desgracia no estaba nada preparada para el siguiente ataque. La guerrera cayó al suelo con cuatro surcos nuevos en su coraza de acero. La bestia que no era Brune se precipitó hacia ella antes de que se recuperase, pero Tam se interpuso en su camino, agazapada detrás del escudo que acababa de robar. El hocico empujó contra la madera e hizo que la barda derrapase hacia atrás por el suelo mientras hacía todo lo posible por alejar las piernas de aquellas horribles fauces. Chocó contra algo, contra Rosa, y las dos se hicieron un ovillo que rodó por delante del embravecido cuadrúpedo y fue a estrellarse contra la base de una columna.

Rosa soltó varios improperios al tiempo que asestaba un tajo por encima de la cabeza de Tam para acuchillar el hocico de la criatura, que se retiró y aulló de rabia.

Tam vio relucir algo metálico junto a las patas del monstruo. Algo alargado o…

«Un vial».

Era como el que Branigan le había dado aquella mañana en la Acampada de los Luchadores. Ese que había llamado «El Último Estribillo del Bardo». Se lo había metido en el bolsillo del nuevo gabán poco después y lo había olvidado por completo.

«Podría usarlo con Brune —pensó—. Si pudiese cogerlo…».

Iba a necesitar una distracción. Algo que llamara la atención de la bestia durante el tiempo suficiente para sacar la púa del interior. Quizá Rosa…

—¡Quieto, Brune!

La bestia se volvió y asestó un zarpazo a la mujer que se había atrevido a tocarle los desgarros del costado.

Tam se quedó muy quieta y agachada mientras contemplaba horrorizada y en silencio unas franjas rojas que iban apareciendo en el pecho de Penny. La blusa de la chica estaba hecha jirones, y en su mirada solo se distinguía el asombro propio del dolor y la traición.

«¡Muévete! ¡Ahora!», se dijo Tam.

Soltó el escudo y se abalanzó hacia delante para deslizarse entre las patas traseras de la bestia. Cogió el vial, lo abrió por la mitad, y la púa cayó al suelo y rebotó en un extremo. Tam la atrapó en el aire y la clavó con todas sus fuerzas en el costado de la bestia.

La criatura se tambaleó y se giró despacio para mirarla con sus ojos negros y brillantes. Intentó rugir, pero en vez de eso soltó un bostezo, y a continuación se derrumbó encima de ella.

16

Algo salvaje

Habían entrado en Alto Remanso como héroes que volvían después de conquistar otras tierras, pero se marcharon de allí como ladrones desesperados por escapar de un calabozo. Rosa y Cirrolibre compraron unos caballos que tenía a la venta Elfmin, quien no estaba enfadado con ellos a pesar de todo el caos que habían desatado. Rod desapareció durante un buen rato y llegó al exterior de la posada con una carreta tirada por dos robustos ponis kaskarianos.

«Buena idea», pensó Tam, ya que Brune era una carga y ni ella ni Cura estaban en condiciones de montar a caballo en la oscuridad.

—Por favor, dime que no la has robado.

Cirrolibre tenía el gesto serio a la luz de las antorchas.

—¡Claro que no la he robado! —Rodeó la carreta e inspeccionó la cama mientras masticaba con gesto indolente lo que parecía una pantufla con lentejuelas—. La he comprado. Y me ha salido muy barata.

Rosa también tenía un gesto suspicaz en el rostro.

—¿A quién?

Rod cogió una mano amputada del interior y la tiró con naturalidad a su espalda.

—A un recogedor de cadáveres.

—¿Lo dices en serio? —Cura estaba tratándose el labio ensangrentado y también el ojo izquierdo, que tenía hinchado. Era la que había resultado más maltrecha de todo el grupo, a excepción de Brune, claro, que había regresado a la forma humana con un chichón enorme, un corte muy feo en el puente nasal y numerosas cicatrices que le adornaban toda la cara.

«Y no te olvides de Penny», puntualizó la vocecilla interior de Tam. Al parecer, Penny iba a sobrevivir, pero tendría que llevar en su cuerpo las cicatrices de la agresión de Brune durante el resto de su vida, tanto externas como internas. A ella le dolían las costillas y tenía la cabeza como el cubilete de dados de un jugador vengativo. No

obstante, había salido casi ilesa si tenía en cuenta al oso grotesco que se le había caído encima hacía menos de media hora.

—¿No encontraste nada mejor? —preguntó Cura.

Roderick escupió un botón plateado.

—¿Qué querías? ¿Un carruaje de oro? Intentamos pasar desapercibidos.

—Yo lo veo bien —dijo Rosa—. Cirro, ayúdame a subir a bordo a Brune. Rod, lleva el Reducto hacia el norte. Nos reuniremos contigo en Puentepotro. Dile al hombre de la Viuda que nos ha surgido un imprevisto del que tenemos que encargarnos antes.

—¿Quién es la Viuda? —preguntó Tam—. ¿Y adónde vamos?

—La Viuda es nuestro contacto en Lindefunesta —dijo Rosa, y luego hizo un gesto que abarcaba al chamán inconsciente, el rostro herido de Cura, las ventanas rotas de la posada que tenían detrás y el hecho de que estuvieran abandonando por la puerta de atrás la ciudad que los había recibido con los brazos abiertos solo dos días antes—. Vamos a asegurarnos de que esto nunca vuelva a ocurrir.

—Deberíamos enseñarte a luchar —dijo Cirrolibre a Tam mientras desayunaban la mañana siguiente. Los dos estaban sentados frente a una hoguera a punto de extinguirse y daban buena cuenta de unos huevos de codorniz en cuencos de madera mientras compartían una jarra de arcilla de sidra de manzana de Bryton. Rosa y Cura, cuyos ciclos menstruales se habían sincronizado después de pasar tanto tiempo juntas, habían partido en busca un arroyo en el que lavarse. Tam daba por hecho que habían encontrado uno cerca, ya que oía sus voces cada vez que soplaba el viento. Brune seguía inconsciente en la cama de aquella carreta para transportar cadáveres. Según le había dicho Bran, era posible que los efectos de la púa tardasen varias horas en remitir.

—¿Por qué? —preguntó Tam—. Solo soy una barda.

—Eres la Barda —le recordó Cirrolibre. Una sonrisa burlona se perfiló en sus labios mientras atravesaba una patata con la punta del cuchillo—. Además, los bardos, cuando sienten el peligro, se esconden debajo de las mesas, se suben a los árboles, se ocultan en los arbustos o corren hacia las colinas. No se enfrentan a mercenarios profesionales con la única ayuda de un escudo. No consiguen abatir osos. Ni un cíclope, ya que estamos.

—Yo no…

—Lo sé —la interrumpió el druin—. Pero eso no cambia nada.

Tam miró el cuenco. En una ocasión, hacía unos cuantos años, se atrevió a sacar la espada de su padre de debajo de la cama. Se pasó la tarde practicando con ella, agitando la pesada hoja hasta que le

dolieron los brazos, y cuando Tuck regresó, ella estaba en la cocina y la sostenía sobre la cabeza como una heroína triunfante.

Su padre se enfadó mucho. Le quitó la espada de las manos y destrozó una de las sillas (en la que solía sentarse Bran). No se podía decir que fuese una clase magistral de educación infantil, pero sí que fue muy eficaz. Desde ese momento, Tam tuvo miedo de volver a blandir una espada.

—Vale —dijo al fin—. Claro.

Los ojos del druin, que normalmente eran de un verde esmeralda, adquirieron la tonalidad de una hoja iluminada por el sol.

—Excelente. —Extendió el brazo hacia la jarra de sidra y bebió un largo trago. Después hizo una mueca al notar la acidez—. Eso no quiere decir que te vayas a librar de ser nuestra barda. Si piso sin querer a un lagarto, más te vale que le cuentes a todo el mundo que pateé a un dragón hasta la muerte. ¿Entendido?

Tam asintió.

—Entendido.

—Rosa te enseñará a blandir una espada —dijo—. Y yo puedo decirte cómo debes coger ese arco que llevas.

—Yo no…

—No, ya lo sé —volvió a interrumpirla. Vaya, eso de la presciencia podía llegar a ser un incordio a veces—. Es mejor que aprendas a defenderte. Ya no estamos de gira. Si ocurre algo, no tendremos cerca al doctor Dan para que nos cure. Las cosas van a ponerse peligrosas de ahora en adelante.

Tam se puso en pie, se sacudió las migas del regazo y se acercó al arco.

—Pues vamos a ello.

Viajaron hacia el este, serpenteando por valles boscosos por un camino que Tam suponía que habían hecho los cabreros. Rosa y Cirrolibre encabezaban la comitiva a caballo, mientras que Tam y Cura se turnaban para conducir la carreta de cadáveres. Brune seguía inconsciente en la cama, como muerto bajo los efectos de la púa de fuego fatuo.

Evitaron las poblaciones, en parte porque Rosa temía que los mercenarios a los que se habían enfrentado en Alto Remanso fuesen en busca de venganza, pero también porque estaba cansada de tener que explicarle a todo el mundo que no iban hacia el oeste y que sabía muy bien que una Horda había empezado a invadir Grandual.

Cuando el sol ya se ponía y unas nubes violáceas empezaban a cubrir el azul oscuro cada vez más lleno de estrellas, encontraron una granja remota y le pagaron muy bien al dueño para pernoctar en el

granero.

Tam llevó a uno de los ponis al establo, pero en ese momento Cirrolibre le quitó las riendas de la mano.

—Ya me encargo yo —le dijo—. Rosa quiere que salgas.

—¿Para qué?

Las orejas del druin se alzaron, como si imitasen unas cejas.

—Ya verás.

Rosa la esperaba fuera con las espadas desenvainadas. Le entregó *Cardo*, que era la más pequeña de las dos, y después dio un paso atrás.

—Atácame —dijo.

Pero Tam estaba demasiado maravillada por el arma que tenía en las manos.

«Estoy empuñando la espada de Rosa la Sanguinaria», pensó la niña que aún había en su interior. La notaba más ligera de lo que debería, y mirándola de cerca vio la fluida caligrafía druínica de las runas grabadas a lo largo del filo. La empuñadura también era un poco curva, y estaba envuelta en un cuero negro que había empezado a desgastarse por el agarre de Rosa.

—¿Dónde las encontraste? —preguntó, sin aliento.

—En Conthas. Se las robé a mi padrastro de camino a Castia.

Tam parpadeó.

—¿Tienes padrastro?

—Tenía. Se cayó de un barco volador.

—Oh. Lo siento mucho…

La armadura de Rosa chirrió cuando se encogió de hombros.

—Era un gilipollas —dijo—. Venga, atácame.

Tam levantó la espada.

—¿Dónde te ataco?

Una risilla.

—Donde puedas.

—¿Y si te hago daño? —preguntó Tam, preocupada de verdad.

—No me lo harás.

—Puede que tenga un golpe de suerte.

—No lo tendrás —insistió Rosa.

Tam se abalanzó y colocó la espada para asestar un revés al brazo izquierdo de Rosa, pero se dio cuenta de que tenía la mano vacía. *Cardo* salió despedida por los aires y aterrizó en la nieve.

—¿Cuál ha sido tu primer error? —exigió saber Rosa.

—Pues… ¿soltar la espada?

—Ese ha sido tu último error. El primero fue decirme dónde ibas a atacar.

Tam agitó la mano para intentar acallar el hormigueo que

empezaba a sentir en los dedos.

—Pero yo no…

—Tú sí —dijo Rosa—. Con los ojos. Con el cuerpo. Dioses, es como si me hubieses enviado una carta: «Querida Rosa: Dentro de poco, voy a atacarte por la izquierda. Por favor, desarma mi estúpida mano. Atentamente, Tam».

Tam se habría reído de no ser por la vergüenza que sintió en ese momento.

—Vale. Luchar no es lo mío —murmuró—. Seguro que a ti tocar el laúd se te da fatal.

El guantelete de la mano izquierda de Rosa relució en verde. *Dardo* voló hacia su mano y ella se la devolvió a Tam con una sonrisa en el rostro.

—Volvamos a intentarlo.

Y Tam volvió a intentarlo. Una y otra vez. Y otra más. Después de cada ataque fallido (uno de los cuales hasta dejó a la barda en el suelo con la boca llena de nieve), Rosa siempre le indicaba qué era lo que había hecho mal.

Zas.

—Eres muy lenta. Pum.

—Te has desequilibrado. Crac.

—Tenías la espada al revés. Cirrolibre y Cura salieron del granero y compartieron un odre de vino mientras continuaba la humillación de Tam. Para empeorar aún más las cosas, la hija del granjero se acercó a la carrera por el patio y también se quedó a mirar. La joven parecía tener la edad de Tam y había traído consigo una enorme espada ancha de acero oxidado. Después de otra docena de desastrosas derrotas, Rosa anunció el fin del entrenamiento.

—Lo has hecho bien —dijo—. Mejor de lo que esperaba.

«Pues no creo que esperases mucho», gruñó Tam para sí. Examinó el barro de sus pies en busca de lo que le quedaba de dignidad, pero no encontró nada.

—¡Rosa la Sanguinaria! —gritó la hija del granjero. Tenía el rítmico acento de los habitantes de los Bramidos, al este del bosque Argénteo—. ¿Te gustaría luchar un poco? ¿Hasta que anochezca?

Para sorpresa de Tam, Rosa aceptó.

—Presta atención —le dijo a la barda—. Puede que aprendas alguna que otra cosa de ella.

La hija del granjero era rápida y sin duda fuerte, si se tenía en cuenta el tamaño de la espada bastarda que blandía. Después de varias rondas con Rosa, los músculos de sus brazos empezaron a marcársele como esculturas de piedra en la pared de un templo. También era

grácil. Rosa incluso llegó a alabar su juego de pies, aunque después le señaló que movía el pie izquierdo antes de cada tajo.

Cuando la chica hizo una pausa para recuperar el aliento y amarrarse el pelo en una cola, Tam se fijó en su cuello elegante y en sus orejas pequeñas, cuyas puntas se le habían puesto rojas debido al aire frío.

La chica pilló a Tam mirándola.

—Me gusta tu pelo —le dijo.

Tam le respondió con una leve sonrisa, ya que su voz se había perdido por ahí junto con su dignidad y sabía que iba a tardar en recuperarlas.

Cuando empezó a anochecer, la joven, sudorosa y jadeando, le estrechó la mano a Rosa, dirigió a Tam una sonrisa y se marchó a casa al trote.

—Tírale tierra —dijo Rosa mientras regresaba al granero junto a Tam.

—¿Cómo dices?

—Esta noche, en su ventana. Si le tiras una piedra, puede que le rompas el cristal. O peor, que despiertes a su padre. Si no hay cristal, asegúrate de que sabe que vas a subir antes de empieces a escalar o puede que te corte la cabeza con ese espetón que usa como arma.

—¿De qué hablas? —preguntó Tam sintiendo como el rubor se apoderaba de sus mejillas—. ¿Por qué iba a tirarle tierra a la ventana?

—Porque yo diría que esa chica puede que quiera enseñarte alguna que otra cosa más —dijo Rosa con una sonrisa que Tam fue incapaz de interpretar.

Tam salió a dar un paseo cuando ya había oscurecido. Primero se dirigió hacia la linde del bosque, a pesar de que Rosa le había insistido en que la granja se encontraba en la dirección opuesta. Cura le dirigió un saludo muy particular con dos dedos cuando salió del granero, que la barda interpretaría más tarde como un gesto obsceno o una manera de ayudarla a sabiendas de lo que le esperaba.

Tam deambuló por el bosque durante un rato y estuvo a punto de gritar asustada cuando vio una sombra oscura sobre una rama que tenía encima.

«Solo es un búho», pensó.

El rostro circular del ave se giró para mirarla con unos ojos verdes que relucieron en la penumbra.

Tam se topó con el cobertizo de un trampero que casi ni se veía debido a toda la paja con la que estaba cubierto. Le dio miedo de que se hubiese convertido en el refugio de un animal salvaje, por lo que volvió a salir del bosque a toda prisa. De camino se encontró de

casualidad con la casa del granjero, donde no pudo evitar vislumbrar un farol encendido que había en el alféizar de una ventana abierta.

Estuvo a punto de gritar cuando alguien la agarró por el brazo.

—Lo siento —susurró la joven, que aprovechó para darle la mano a Tam. Era fuerte y tenía la piel fría como el hielo, como si llevase un buen rato esperando fuera de la casa—. Está oscuro —susurró al tiempo que empujaba a Tam de nuevo hacia los árboles—. No quiero que te tropieces y te partas el cuello.

La luna había desaparecido detrás de las nubes, por lo que Tam no vio nada cuando entraron en el bosque. La joven la guio, y al parecer sabía adónde se dirigían. No tardaron en llegar al refugio del trampero del que Tam había huido hacía muy poco. Se agachó cerca junto a la entrada y desenganchó los cerrojos para luego entrar.

Tam se quedó fuera durante unos segundos mientras oía los chasquidos y crujidos del bosque invernal y esperaba a tranquilizarse un poco. No había tenido relaciones íntimas con muchas personas, ya que intentar tener una relación bajo el yugo de su padre era como intentar organizar una fiesta en la cárcel. Saryn había sido la primera, y luego Roxa, quien Tam sospechaba que estaba más interesada en los chicos que en las chicas, pero que había hecho una excepción porque el padre de Tam era un mercenario famoso. De vez en cuando tonteaba con la hija de un cocinero de La Piedra Angular, pero ahora era incapaz de recordar su nombre.

En ese momento recordó algo que le había dicho su tío:

«Los chicos son como los mapaches. Son molestos y no se puede confiar en ellos cuando hay comida cerca. Y también tienen más miedo de ti que tú de ellos».

Cuando le confesó que a ella le gustaban las chicas, Bran le brindó una teoría alternativa de inmediato:

«Las chicas son como los coyotes. Van en manadas, hacen mucho ruido cuando intentas dormir, y si se te acerca una, lo mejor es que intentes espantarlas con fuego».

—¿A qué esperas?

Oyó la voz de la joven ahogada por las pieles que cubrían la estructura de madera de la cabaña.

Tam mandó a tomar viento a Bran y a sus horribles consejos y se agachó para cruzar la entrada. En el interior estaba oscuro y olía a pinocha. Algo le acarició la mejilla y después notó unos dedos en el pelo y una boca en los labios, húmeda y caliente. La lengua de la chica se deslizó entre sus dientes para tantear, y Tam sintió un cosquilleo en el vientre mientras ella hacía lo mismo con su lengua. Una mano llena de callos se le metió entre las piernas, y de repente dejó de pensar en

todo lo demás. Tam le devolvió el favor y fue recompensada con un grave resoplido y, poco después, el cuerpo de la joven empezó a moverse con espasmos, como si le hubiese caído un rayo en la bañera. Se quitó la túnica sin dejar de jadear, y Tam, con quizá demasiado entusiasmo, empezó a quitarse el abrigo como una serpiente desesperada por mudar la piel. Esperaba tener mucho más frío, pero estaba ardiendo.

Pasaron más o menos una hora en los húmedos confines del refugio. Cuando salieron y se dirigieron cogidas de la mano hacia la linde del bosque, sí que se podía afirmar que Tam había aprendido alguna que otra cosa más.

La joven le dio otro beso antes de salir corriendo hacia su casa. Tam no se dio prisa en regresar junto a los demás, en parte porque aún le temblaban tanto las piernas que no podía caminar bien, pero también porque quería pasar un rato dándole vueltas a lo que acababa de pasar, como si examinase una baratija traída de tierras lejanas o una caracola de un blanco puro arrancada de la piedra gris en la que llevaba desde tiempo inmemorial.

Cuando ya estaba a punto de llegar al granero, Brune se despertó dando gritos, como si se hubiese vuelto loco.

17

El puente del bringol

El granjero llegó poco después del amanecer con un cesto de huevos, una rueda de queso fresco y una ración de granos de café muy aromáticos y recién molidos.

—Me los han traído de Bastien —dijo con orgullo—. Gracias a este café, terminé de sembrar una semana antes.

Cirrolibre le dio las gracias y se dispuso a preparar el desayuno mientras Rosa fumaba de la pipa y veía hervir el agua. Cura le preguntó a Tam por el encuentro con la hija del granjero («¿Hicisteis manitas? ¿Os vais a casar?»), mientras Brune deambulaba solo por los establos. El cabello le ocultaba el rostro, pero la cabeza gacha y los hombros encorvados eran prueba más que suficiente de la vergüenza que sentía. Sollozaba de vez en cuando, para luego limpiarse la nariz con el dorso de una de sus manazas.

Cuando el desayuno estuvo listo, Rosa le llevó un cuenco de huevos revueltos con un enorme vaso de café solo. Tam esperaba que la líder de Fábula lo reprendiera por lo que había ocurrido en Alto Remanso, pero en lugar de eso le puso la mano en una de sus rubicundas mejillas y le enjugó una lágrima con el pulgar. Hablaron un buen rato. La voz del chamán era un gruñido ansioso; mientras que la de Rosa, el murmullo suave de un mozo de cuadra que intentara tranquilizar a un caballo asustadizo.

—¿Qué? —preguntó el chamán—. ¿En serio? ¿Y el contrato?

—El contrato puede esperar —le aseguró Rosa—. Si la Viuda dice la verdad y queremos tener posibilidades de sobrevivir a lo que nos enfrentamos, vamos a necesitar que soluciones lo que te pasa.

Brune arrugó su enorme frente. Se quedó mirando a Rosa con el gesto más serio que Tam le había visto jamás.

—Gracias —dijo.

—No es nada —dijo Rosa al tiempo que le entregaba una taza humeante—. Mejor dale las gracias a Tam por salvarte la vida. Yo estuve a esto —apenas separó dos dedos— de matarte la otra noche.

A mediodía vieron una aldea enclavada entre dos colinas. Rosa ordenó que se detuvieran y envió allí a Brune a hacer un recado. Poco después de que se marchase, una de las alforjas de Rosa empezó a gritar.

Fue rápidamente hasta el caballo, hurgó en su morral y sacó el pequeño orbe de cristal que Tam le había visto en Vadoleño.

En aquella ocasión estaba oscuro y apagado, pero ahora contenía el rostro de un hombre con facciones esbeltas y angulares rodeadas por un cabello rubio algo canoso por las sienes. La miraba con una sonrisa traviesa y, aunque nunca lo había visto en persona, Tam reconoció al momento a Gabe el Gualdo.

—¡Rosita! ¡Hola! Soy papá.

Rosa sostuvo el orbe a cierta distancia y lo miró como si esperase que estuviera a punto de romperse para dejar escapar una criatura del averno.

—Papá, sabes que te veo, ¿verdad? No tienes por qué decirme que eres tú. Ni tampoco gritar, se te oye bien.

—¿Dónde estás? —gritó Gabe—. ¿Estás bien? ¿Te has enterado de lo de la Horda?

—Ya hemos hablado del tema, papá. No voy a luchar contra la Horda. Lo prometí.

Su padre parecía aliviado.

—Bien —dijo—, pero…

—¿Pero…? —interrumpió Cirrolibre al tiempo que erguía las orejas.

—Han atravesado el paso de la Llama Helada. No sé cómo —dijo Gabe antes de que Rosa o Cirrolibre pudiesen preguntarle—. Es posible que no hayan llegado a tiempo los mercenarios suficientes. El invierno está siendo muy duro y los caminos de las montañas… Bueno, la nieve retrasa a la gente, pero a la Horda no parece afectarle. Tienen a un gigante que les abre paso.

Tam se imaginó por unos momentos a Bronturo pateando montículos de nieve como si fuese un niño pequeño después de la primera nevada del año.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Rosa—. ¿Hacia dónde se dirigen?

Gabe negó con la cabeza.

—Nadie lo sabe. Puede que…

—¿Mami?

Rosa se estremeció. Miró a Cirrolibre, que se acercó para colocarse a su lado. Rosa se acercó el orbe y lo acunó como si fuese un pajarillo que acaba de caer de un nido.

—Mami, ¿eres tú?

Apareció otro rostro en el orbe, demasiado cerca. Tam vio el reflejo de un ojo verde, después unos dientes y luego nada, cuando una manaza agarró el orbe al otro lado.

—Toma —oyó decir a Gabriel—. Sostenlo así.

La imagen del orbe se agitó un poco más hasta que apareció el rostro de una niña. Tenía unos rasgos esbeltos, con la nariz estrecha y los ojos de su padre, del tono de una esmeralda iluminada por el sol. Su cabello era largo y liso, de un color entre el verde y el plateado. No obstante, la sonrisa de la selfa era calcada de la de Rosa.

—¡Hola, mami! ¿Dónde estás?

—Hola, Wren. Papi y yo estamos por el norte, en Kaskar. ¿Tú dónde estás?

—¡Aquí! —aulló la niña, que volvió a acercarse el orbe a la cara—. ¿No me ves?

—Sí te vemos —dijo Cirrolibre inclinándose junto a Rosa—. Qué guapa estás, cariño.

Una risilla pícara.

—El abu dice que soy la niña más guapa de toda la Tierra Malaje.

—La niña más guapa de este lado de la Tierra Salvaje —la corrigió Gabe—. ¿Y qué te he dicho de eso de llamarme abuelo?

—Dijiste que no lo hiciese, porque pareces más… viejo.

—Eso mismo.

—¡Pero eres viejo!

Oyeron la risa de Gabriel.

—¡Habla con tu madre!

—Hemos venido a ver a la tía Ginny y al tío Clay —dijo Wren—. ¡Aquí tienen todos los caballos! El tuyo, el de papi, el del abu. Y Tally me llevó a dar un paseo… ayer. —La selfa alzó tres dedos—. ¡Ya tiene catorce años!

—Veo que tu abuelo te ha enseñado a contar con los dedos —rio Cirrolibre.

—Podría enseñarla a usar una espada, mejor —dijo Gabe fuera de la vista del orbe—. Aunque aún no es lo bastante fuerte como para levantar *Vellichor*.

«¡Vellichor! —A Tam se le pusieron los pelos de punta solo con oír el nombre—. ¡El arma legendaria del arconte! La espada que usó para atravesar…».

Cura le dio un codazo en las costillas.

—Vamos a dar un paseo —dijo—. Dejémosles algo de privacidad.

Tam quería quedarse y saciar su curiosidad sobre el tipo de relación que Rosa y Cirrolibre tenían con su hija, pero siguió a la

invocadora a regañadientes.

Llegaron a un arroyo poco profundo atravesado por un antiguo puente de piedra. En lugar de cruzarlo, Cura bajó hasta el agua. Tam la siguió, resbaló y cayó entre los arbustos nevados hasta chocarse contra el hielo de abajo. La invocadora se deslizó hacia ella riendo y estuvo a punto de resbalarse también cuando tocó la superficie congelada del arroyo. Tam la agarró antes de que perdiese el equilibrio, y las dos se quedaron en pie y agarradas la una a la otra hasta que se aseguraron de que no se iban a caer.

En las sombras del arco de piedra encontraron el cadáver congelado de un bringol, que Cura le explicó que se trataba de una especie de trol. Era enorme, o lo habría sido de no haber estado encorvado contra la piedra con las piernas extendidas y la barbilla apoyada en el pecho. Las escamas cobrizas de su cuerpo estaban cubiertas de hielo. La escarcha se le había metido hasta en las arrugas del ceño, y tenía una estalactita tan larga como la espada de Cirrolibre colgándole de la nariz.

A su alrededor también había algunos esqueletos congelados: un par de vacas, docenas de aves y toda una selección de animales pequeños. En el regazo tenía una campanilla de cobre adornada con agujeros en forma de luna creciente.

—¿Has visto esto? —Cura la cogió con mucho cuidado para no hacerla sonar—. Cuando un bringol toca la campanilla, todos los que la oyen quedan aturdidos a causa del sonido y se dirigen sin remedio hacia él. Tenemos suerte de que este haya muerto.

Metió la mano en el instrumento para quitarle el badajo y después tiró ambos objetos al suelo.

Echaron un vistazo por el lugar durante un rato. Cura encontró unos cofres enterrados en la nieve mientras Tam examinaba una serie de dibujos algo rústicos que el monstruo había arañado en la cara inferior del puente. Muchos de ellos eran del bringol apareándose con lo que Tam dio por hecho que eran vacas.

—¿Quién es la Viuda de Ruangoth? —preguntó Tam. Le había oído pronunciar el nombre a Linden Gale en Alto Remanso, y después otra vez en el granero esa mañana—. Aparte de ser la persona con la que hemos firmado el contrato, quiero decir.

Cura cerró la tapa de un arcón lleno de ropa mohosa.

—Yo tampoco sé mucho sobre ella. Estaba casada con el señor de la Linde. Y es su segunda esposa, al parecer. Y cuando él murió, ella lo heredó todo: el castillo, el dinero, las tierras. Una mujer con suerte, en mi opinión.

Una leve sonrisa se perfiló en el rostro de la barda.

—Supongo que sí.

—¿Supones? Tiene un castillo, Tam. Un puto castillo. Creo que no es mal consuelo por perder a un marido.

Tam se había quedado con la mirada perdida en la campanilla rota, y empezó a recordar los sollozos desconsolados de su padre.

—No está mal, no.

La voz de Cura se convirtió durante unos instantes en poco más que un zumbido ahogado, como el sonido de alguien que habla desde el otro lado de una puerta cerrada.

—… exigió que le devolviesen todas las deudas que la gente había contraído en la Linde —continuó la invocadora mientras Tam salía de su ensoñación—, lo que obligó a los granjeros a marcharse hacia el sur. Un año después perdió a la mitad de sus caballeros juramentados a causa de una avalancha que hubo en los Yermos de la Bruma. El resto la abandonó poco después. Nadie la ha visto desde entonces.

La barda se giró y empezó a acercarse otra vez al cadáver del bringol.

—¿Cómo se puso en contacto con Fábula?

—Tiene una persona. El alcaide. Es quien le ofreció el contrato a Rod.

—¿Y qué dice el contrato? —Las uñas de los pies del bringol era del tamaño de un plato, amarillentas y partidas debajo de una capa de escarcha. Tam se subió sobre una de ellas, extendió los brazos y consiguió mantener el equilibrio—. ¿Para qué vamos a ese lugar? Rosa le mintió a Sam Roth y también a Linden Gale. Cada vez que alguien pregunta sobre el contrato, le dice que vamos a por el Comedragones.

Cura rio entre dientes.

—Sí.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Por qué Rosa no le cuenta a nadie de qué va todo esto? —Tam bajó un pie de la uña. Se giró para encarar a la Bruja de Tinta y luego bajó el otro—. Me apuesto lo que quieras a que la Viuda asesinó a su marido —dijo al tiempo que volvía a extender los brazos para recuperar el equilibrio—. Seguro que se casó con él para robarle las riquezas. Pero ahora ha regresado de entre los muertos o algo así, y ella ha contratado a Fábula para que lo mate de nuevo. ¿Me equivoco? Es eso, ¿verdad?

La invocadora le dirigió una sonrisa funesta y extraña. Tam sabía que todas las sonrisas de Cura eran así, pero esta en particular tenía cierto atisbo de compasión. Tam era hija de una madre que había fallecido, por lo que conocía bien esa clase de sonrisas.

—No era mentira, Tam. Tenemos que enfrentarnos al Comedragones. Vamos a matar al Simurg.

Tam volvió a perder el equilibrio, y también los nervios.

—Es una novatada, ¿verdad? —preguntó—. ¿O es porque soy la barda? Por eso no me lo decís. Creo que merezco saber…

—Vamos a enfrentarnos al Simurg —repitió Cura, con voz muy seria en esta ocasión. Una brisa fría sopló por debajo del puente y agitó las plumas negras del cuello de su capa.

—El Simurg no es real —dijo Tam. La brisa se había llevado consigo su rabia, y ella se obcecó en volver a azuzarla.

La Bruja de Tinta se encogió de hombros.

—El alcaide dice que sí lo es. Asegura que la Viuda sabe dónde se encuentra su guarida. Más allá de las montañas Broquelescarcha, en los Yermos de la Bruma.

—Eso es…

«Imposible», debería haber dicho si hubiera encontrado las fuerzas necesarias. «Ridículo» también le habría servido. «Indignante». «Absurdo». Todas esas le valían.

«A menos que sea cierto —pensó Tam—. A menos que el Simurg sea algo más que un cuento de hadas».

En cuyo caso, el intento de Rosa de acabar con él era todas esas palabras que acababa de usar para definirlo y una más: «suicida».

¿Qué era lo que Rod le había dicho en Vadoleño? Que a veces le daba la impresión de que Rosa quería morir joven. De ser así, sin duda se estaba esforzando por conseguirlo.

La sobresaltó un gruñido, al que siguió un resoplido brusco. Tam gritó, cayó a un lado y vio cómo el bringol empezaba a moverse. Creyó por un momento que lo vería abrir los ojos y contemplaría unas llamas blancas en las cuencas vacías, pero…

«No estaba muerto, sino durmiendo», pensó.

Un siseo metálico le indicó que la Bruja de Tinta había desenfundado una de sus dagas.

—Tam —susurró Cura—. Quieta. No te muevas.

La bestia murmuró algo, aunque la única palabra que Tam llegó a comprender fue «gatita». Después se rascó las escamas de un dorado pálido que le adornaban el vientre. Extendió la mano con gesto distraído para coger la campanilla de su regazo, pero descubrió que no estaba ahí, sino en la nieve, a demasiada distancia para que Tam o Cura la cogiesen a tiempo. Cuando el bringol se dio cuenta, frunció el ceño, volvió a gruñir y empezó a agitarse, cada vez más despierto.

Tam gesticuló desesperada en dirección a Cura para que le diese algo, cualquier cosa que sirviera para reemplazar la campanilla desaparecida. La invocadora miró a su alrededor muy agobiada, luego se puso la daga entre los dientes y cogió el cráneo de una vaca. Se lo

lanzó a Tam, quien se volvió y lo colocó con mucho cuidado entre las piernas del monstruo.

El bringol lo palpó con unos dedos que eran del tamaño de la muñeca de Tam hasta que encontró las cuencas vacías, agujeros que seguro acababa de confundir con las medias lunas de la campanilla de cobre, ya que gruñó con satisfacción y volvió a quedarse dormido.

La barda suspiró de alivio y ya estaba a punto de comentar lo cerca que habían estado del desastre, pero justo en ese momento el monstruo roncó con fuerza y se le soltó la estalactita que le colgaba de la nariz.

Tam nunca se había movido tan rápido en su cortísima vida. Extendió las manos y agarró el carámbano antes de que cayese al suelo entre las piernas del bringol. Era enorme y le empezaron a doler los músculos de los brazos, que ya tenía cansados debido a todas las veces que había tenido que tensar la cuerda de *Duquesa* durante los últimos días.

Se apartó del monstruo soñoliento poco a poco y se metió con cuidado la estalactita debajo del brazo. Miró a Cura, esta señaló con la cabeza el camino por el que acababan de llegar, y las dos se apartaron con sigilo para salir de debajo del puente. Tam soltó la estalactita en el suelo, contempló los surcos derretidos que sus manos habían dejado en la superficie y se apresuró a seguir a Cura por la nieve.

Rosa y Cirrolibre seguían justo donde los habían dejado. El orbe de adivinación estaba apagado en las manos de la mercenaria, y el ambiente se había vuelto muy tenso. El druin dijo algo que Tam no fue capaz de entender y le puso una mano en el hombro a Rosa, pero ella se apartó antes de que la tocase y metió el orbe con brusquedad en las alforjas.

El chamán regresó unos minutos después, a ritmo lento entre la nieve, con un saco lleno y enorme al hombro.

—Todas las manzanas de la ciudad —anunció al tiempo que lo tiraba al interior de la carreta y subía detrás—. La mitad están algo pasadas y hay muchas blanduzcas, pero creo que servirán.

Tam se subió al asiento del conductor.

—¿Para qué son?

—Para un soborno —dijo Rosa al tiempo que espoleaba al caballo —. Continuemos.

18

Un hogar más allá del Corazón de la Tierra Salvaje

Poco después de que oscureciese, viraron por un sendero forestal lleno de baches que llevaba hasta los confines más occidentales del bosque Argénteo. Tam miró por encima del hombro antes de que los árboles cubriesen por completo el cielo. En la distancia, la escultura a medio terminar el exarca Gowikan se alzaba oscura contra el sol poniente, una sombra recortada entre el rojo y dorado intensos de un día que llegaba a su fin. A esa distancia, el brazo extendido del tirano podía llegar a confundirse con un gesto de benevolencia, una mano protectora que cubría y se preocupaba por las vidas de los ciudadanos.

A Tam le resultó muy curioso lo diferentes que podían llegar a ser las cosas vistas de lejos, bonitas a pesar de la terrible verdad. Se preguntó si en muchos casos merecía o no la pena acercarse para mirar de cerca, examinar algo o a alguien con el riesgo de que tu percepción de ello cambiase para siempre.

Era lo bastante joven para pensar que la respuesta era sí, pero también demasiado joven para saber si estaba en lo cierto.

Tam pasó las dos noches siguientes entrenando con Rosa. El resultado de cada una de las sesiones fue angustiosamente similar al de la primera, pero la segunda noche se le cayó la espada sobre el pie de Rosa.

—Justo lo que quería hacer —insistió.

—Claro que sí —dijo Rosa con parsimonia al tiempo que la ayudaba a ponerse en pie. Hizo que *Cardo* regresase a su mano y se la devolvió a Tam—. Repetimos.

Brune y Cura, para los que al parecer la humillación de Tam no era suficiente, decidieron contribuir a ella.

La Bruja de Tinta la enseñó a ocultar una daga, empuñarla y usarla para apuñalar, cortar y asestar tajos a los enemigos. Por suerte, Tam y ella usaron ramas en lugar de las dagas. Por desgracia, Cura insistió en afilar las ramas y sacarles punta.

Cuando Tam le comentó que, ya total, bien podrían usar armas de

verdad, Cura rio con aspereza y dijo:

—Vaya, tienes un par.

—¿Un par de qué? —preguntó Tam—. ¡Au! Por las llamas heladas del infierno, no me avisaste de que ya podíamos empezar.

Brune, por otra parte, la enseñó a luchar como un vargyr de verdad, con zancadillas, derribos y pinzas con los que dejar a tu merced al enemigo. Resultó que, para su sorpresa, a Tam no se le daba nada mal, ya que era rápida para la altura que tenía y fuerte para su tamaño, y no hacía ascos a luchar sucio.

—Muy bien —le dijo Brune una tarde después de un combate. Se tocó la oreja a la que Tam le había dado un puñetazo hacía unos momentos y se sorprendió al ver que no le sangraba—. No se te da nada mal, pero tienes que recordar que la técnica de la patada en la entrepierna no te va a funcionar contra un basilisco. En cambio en una pelea de taberna puede llegar a ser tu salvación.

Tam también siguió practicando con el arco. No se separaba de *Duquesa* y, para practicar, caminaba al ritmo de la carreta de cadáveres mientras disparaba a los objetivos que le indicaban sus compañeros de banda.

—Ese roble retorcido —dijo Cirrolibre la segunda mañana que pasaron en el bosque.

La flecha chocó contra la corteza y rebotó.

—Ese nudo feo que se parece a Brune —indicó Cura.

—¡Eh! —dijo el chamán, ofendido, pero luego vio el nudo y asintió para darle la razón—. Anda. Pues sí que se parece a mí. Vale.

La flecha de Tam se enterró en él.

—Ay —dijo el chamán.

Cirrolibre sonrió de oreja a oreja.

—Bien hecho, Tam.

Sacó la flecha de la madera al pasar y examinó la punta antes de devolvérsela.

—Ese conejo —dijo Rosa señalando un animal que saltaba entre los arbustos que tenían frente a ellos.

Tam lo ensartó un segundo después. Los aplausos que le dedicaron sus compañeros no compensaron lo mal que se sentía por haber matado a algo tan peludito y adorable. Al menos hasta la hora del almuerzo.

Poco después del atardecer llegaron a lo que parecía ser un viejo molino: era un almacén grande y con el techo de paja que se encontraba anexo a un aserradero al aire libre. Había troncos a ambos lados del sendero, y una pila de árboles caídos que esperaban su turno para que los cortasen. La barda no vio señal alguna de que el molino

se siguiese usando, ni ninguna luz a través de las ventanas abiertas del cobertizo.

Cirrolibre descabalgó.

—Yo me encargo de los caballos —dijo con tono tranquilo.

Rosa también desmontó. Echó un vistazo por la zona con mucha cautela y una mano apoyada en la empuñadura de *Espina*.

—No los amarres muy cerca —advirtió—. Recuerda que no le gustan los caballos.

—Es un sentimiento recíproco —dijo Brune mientras la yegua de Rosa soltaba un fuerte bufido. El animal se calmó un poco cuando el chamán le posó una mano tranquilizadora en el pescuezo.

Tam se preguntó quién viviría ahí, en un molino abandonado en la linde del bosque Argénteo. Estuvo a punto de decir algo, pero justo en ese momento Rosa reprendió a Cirrolibre, quien acababa de encender una cerilla y la usaba para prender su pipa.

—Nada de fuego —dijo la mercenaria.

El druin hizo una mueca, agitó la cerilla para apagarla y luego hizo lo propio con la pipa.

—Joder, lo siento. Me había olvidado…

—¿¡Quién anda ahí!? —dijo una voz que venía del interior del edificio. Era grave y retumbante, como alguien que gritase a través de un tronco hueco—. He olido humo y caballos. ¡Y también el hedor de animales mojados!

Brune se olisqueó una axila.

—Ese puede que sea yo.

—¡Madero, soy yo! —La mercenaria se aventuró unos pasos hacia la oscuridad del molino—. Pasaba por aquí con la banda y pensamos que estaría bien pasar la noche en tu molino, si tienes sitio para nosotros.

—¿Nosotros quienes? —exigió saber la voz—. No habrás venido con ese puto sátiro, ¿no?

—Roderick no está aquí, no.

—¡Bien! Ese maldito culo de ogro se comió mi tapiz favorito la última vez que pasasteis por aquí. Y también la mayoría de mis manzanas.

—Respecto a eso… —Rosa le hizo un gesto a Brune, quien extendió el brazo hacia la carreta y le pasó el saco de manzanas que había comprado la mañana anterior—. Tengo un regalo para ti.

El silencio se apoderó del ambiente mientras la brisa agitaba las hojas.

—¿Son manzanas? —preguntó la voz con tono esperanzado.

—Cientos de manzanas —puntualizó Rosa. Sacó una del sacó y la

envió rodando hacia el molino.

Una de las puertas se entreabrió un poco. Apareció un rostro en la oscuridad: unos rasgos ásperos como una corteza fruncidos debajo de unas cejas cubiertas de musgo y una nariz parecida a un tocón que destacaba sobre una barba de líquenes blancos como el hueso. La criatura se encorvó, extendió un brazo y cerró dos dedos alargados como ramitas alrededor de la manzana que se había detenido junto a sus pies.

«Por la Benévola Doncella —pensó Tam, que se quedó sin aliento —. Madero es un árbol».

Mientras se calmaba, decidió ayudar a Cirrolibre a amarrar a los animales. El druin era capaz de ver en la oscuridad, pero ella iba a ciegas, por lo que se dedicó a acariciar a las criaturas mientras él desenganchaba a los ponis que tiraban de la carreta.

—¿Qué vamos a hacer con la carreta? —preguntó Tam.

—Podemos dejarla aquí. Este sendero está casi abandonado.

—¿Y los leñadores?

—No hay leñadores —respondió Cirrolibre al tiempo que se llevaba el primero de los caballos—. Madero se encarga él solo del aserradero. Todos los meses envían unos carros desde Alto Remanso para recoger la madera.

—¿Me estás diciendo que tala los árboles?

—Sí.

—¿Y luego los apila?

—Claro.

El druin guio la mano de Tam hasta una de las riendas y luego volvió para desenganchar al segundo poni.

—Pero eso no es… ¿asesinato? O sea, él es un…

—Un ent —terminó el druin—. No es un árbol. Son parecidos, tanto como podríamos serlo tú y yo. Pero no somos lo mismo. Los árboles y los ents son muy diferentes.

—¿Por qué?

—Bueno, los ents tienen ojos.

—Vale.

—Y bocas. Pueden hablar. ¿Conoces a algún árbol que sepa hablar?

—No, pero…

—También tienen manos, y pies, y nombres…

—Ya lo pillo.

—Duermen, comen…

—¿Y qué comen? —preguntó Tam con genuina curiosidad, pero también porque quería que Cirrolibre dejase de enumerar cosas.

—Pues cualquier cosa, en realidad. Bayas, frutos secos. Ardillas lo bastante tontas como para metérseles en la boca. A Madero le encantan las manzanas, como bien te habrás dado cuenta. —Terminó de afianzar las monturas y volvió junto a ella—. Sea como fuere, no lo llames árbol.

—No lo haré —prometió Tam.

Cirrolibre habló con voz calmada mientras se dirigían otra vez hacia el molino.

—Cuando los humanos controlaban este lugar, tuvieron que enfrentarse a los ents que estaban asentados en las cercanías. Los atacaron sin querer porque los confundieron con árboles. Ahora Madero elige él mismo qué árboles talar. Comercia con Alto Remanso y así evita que arriesguen trabajadores enviándolos al bosque.

—¿Tan peligroso es el bosque Argénteo? —preguntó Tam, muy consciente de repente de los sonidos que la rodeaban, de los chasquidos, los crujidos, los restallidos, el agitarse de las hojas y el aullido distante de algo que acababa de morir en la oscuridad.

Cirrolibre la agarró del brazo.

—Será mejor que entremos.

Madero, cuyo cuerpo estaba formado por cosas muy inflamables, como madera y hojas, tenía una aversión más que razonable por las llamas expuestas al aire libre, por lo que solo permitió a la banda usar un farol bien cerrado con el que iluminar el interior. El almacén del molino le recordó a Tam al museo público de Ardburgo. Las vigas del techo tenían tapices colgados, y algunos de ellos (en los que se apreciaban escenas de la Guerra de la Recuperación) estaban tan deshilachados que daba la impresión de que un viento fuerte podía llegar a reducirlos a polvo. Otros retrataban acontecimientos más recientes, como la épica batalla de Saga contra la quimera.

Ahora que había estado de gira con una banda y visto de primera mano la supuesta «epicidad» de esos momentos, Tam se preguntó si incluso esa famosa batalla, que había terminado con la destrucción de dos barcos voladores, una infinidad de barcos pesqueros y hasta el propio Maxitón, no había sido también irremediablemente adornada.

«Seguro que ni lucharon contra una quimera —musitó esa voz escéptica de su interior—. Es probable que solo fuese una cabra sobrealimentada, un león desnutrido y un lagarto enfermizo que el arriero había conseguido hacer pasar por dragón».

En la pared había toda una colección de escudos abollados con forma de hoja, engalanados con emblemas que Tam ni siquiera reconocía. Un par de muñecos de entrenamiento con armaduras de aspecto arcaico hacían guardia junto a la puerta. Se dio cuenta de que

sus yelmos contaban con unos apéndices de cota de malla en los que cabían las largas orejas de un druin. Para completar el mobiliario de la estancia, había también unas estanterías y varias alfombras gruesas que quizá fueron bonitas en el pasado pero que ahora estaban llenas de serrín y despellejadas a causa del peso de Madero.

El ent no tenía ningún fogón en el que cocinar, por lo que la banda tuvo que alimentarse con una sopa fría de pepino y un puré de batata con canela. Madero sirvió cerveza fría en unas jarras de madera ornamentadas: una cerveza roja, de trigo, que sabía a cerezas amargas y a manta para caballos, pero en el mejor de los sentidos.

Los ojos del anfitrión, que eran poco más que unos globos nudosos que relucían húmedos a la luz del farol, examinaron a los mercenarios mientras comían. Se detuvieron un buen rato en Tam, y luego otro tanto en Rosa. Madero carraspeó antes de hablar, un sonido parecido al de una tabla húmeda al partirse por la mitad.

—Confieso que me sorprende que no vayáis en dirección al oeste para enfrentaros a esa Horda.

—A mí también me sorprende que tú no te hayas alistado para ir —replicó Rosa—. Te estás haciendo viejo, Madero. Esta podría ser tu última oportunidad de mancharte de sangre esas ramas.

El ent soltó una risilla que hizo que las hojas que le colgaban de las ramas retorcidas se agitasen y le cayesen en el regazo.

—Ya están muy manchadas de sangre. ¿Os he contado que, en mis tiempos, solía ir por ahí con *Corazón Tiznado*?

—Varias veces —dijo Cirrolibre.

—Era un cabronazo muy sádico —continuó Madero, como si no hubiese oído nada—. Aunque supongo que tener un nombre así no ayuda a convertirte en un ser muy caritativo. Intimidó a medio Lodazal Sombrío para que invadiesen Agria. Saqueamos una decena de pueblos y el doble de aldeas. Por los espíritus, si hasta empezamos a pensar en marchar hacia Cincorreinos cuando hubiésemos levantado hasta el último ladrillo de Brycliffe. Qué lástima que solo llegáramos hasta Colina Hueca…

—He oído esa historia —dijo Rosa—. Demasiadas veces. Mi padre no dejaba de contarla. ¿Sabes que Saga no ganaba para bardos? Solía pensar que mi padre los dejaba morir para luego contar las historias él mismo.

—Saga… —El ent pronunció el nombre con un gruñido reverencial —. Nos contuvieron durante tres días, ¿sabes? ¡Tres días! Solo eran cinco cabronazos y nosotros éramos todo un bosque. Corazón Tiznado estaba muy furioso, y sin duda tu padre se ganó el sueldo. Taló a decenas de los nuestros y me dejó este recuerdo—. Madero se palpó

un tocón deformado que tenía a un lado de la cabeza—. Pero no fue él quien taló al viejo Corazón Tiznado, no. Ese honor le correspondió a ese hijo de mala rama, Mano Lenta.

Tam le dio un sorbo a la cerveza.

—¿Te refieres a Clay Cooper?

—El mismo. Cortó a Corazón Tiznado hasta dejarlo hecho astillas. ¡Y luego se hizo un escudo con él! Fue el fin de nuestra invasión, que ya de por sí estaba condenada a fracasar. —El ent le dio un trago a su cerveza, que tenía en un gran cuenco de madera—. La mayoría de los chicos regresaron al Lodazal, pero unos pocos tomamos la decisión de asentarnos por aquí, en Grandual. Bueno, el caso es que tienes razón —le dijo a Rosa—. Ya no estoy para esos trotes. Soy muy viejo para unirme a una Horda de un gigante imbécil. Eso sí, la mayoría de los jóvenes tocones han ido, y el resto los siguió cuando los pajaritos nos trajeron noticias de Cragmoor. Un grupo se pasó por aquí hace no mucho. Supongo que creían que tener a un anciano entre sus filas ayudaría a la causa. Insistieron mucho para que me uniese a ellos. Demasiado, en mi opinión.

Brune acababa de servirse la segunda jarra.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pasó al final?

—Acabó mal para ellos —respondió Madero. Tenía la bolsa de manzanas al lado y extendió una extremidad para coger una, que se llevó a la boca. Tam oyó un sonido hueco cuando la fruta aterrizó en su interior—. Pasasteis junto a sus restos al venir.

Tam recordó las montañas de troncos apilados que flanqueaban el camino.

—¿Los… asesinaste?

Madero le dio un golpe a la alfombra que tenía debajo con un puño del tamaño de un barril.

—¡Los asesiné! ¡Y fue tan fácil como partir la ramita de un toconcillo! Pero no importa. Habrían muerto igual en el oeste, junto al resto de esos imbéciles deshojados. Leña a la leña y ascuas a las ascuas. La muerte nos llega a todos por igual.

—¿Crees que la Horda fracasará? —preguntó Cura—. Ya han ganado dos batallas. Es probable que ya se encuentren de camino a Agria.

—Pues morirán en Agria —rugió el ent—. Igual que nosotros. Tuvieron su oportunidad en Castia y la desperdiciaron. Si Brozaparda hubiese conseguido derrocar la República… Ahora sería el regente de todos los Confines, y los míos… —Emitió una especie de gruñido que Tam interpretó como un eructo, y un olor a manzana empezó a inundar la estancia—, esos a los que llamáis «monstruos», tendrían un

lugar al que considerar hogar. Uno que no fuese el Corazón de la Tierra Salvaje. Habría viajado al oeste de ser ese el caso, y echado raíces al fin para albergar al invierno en mi alma.

Rosa había bajado la vista hacia su regazo. Tenía las manos aferradas a los muslos y apretaba los dientes con fuerza. Ella había defendido Castia hacía seis años y también había quedado atrapada en la ciudad durante meses mientras el ejército de Brozaparda se daba un banquete con los muertos al otro lado de las murallas.

Al menos esa era la historia que había oído Tam. Pero sabía que las historias eran diferentes dependiendo de quien las contase. El nombre de Brozaparda tenía mala fama por los cinco reinos. Era un señor de la guerra vengativo, el Villano de las Mil Canciones. Pero para los moradores del Corazón de la Tierra Salvaje, los llamados «monstruos» de Grandual que no se sentían seguros en sus hogares por el acoso de los mercenarios, había sido un salvador.

Tam supuso que uno no podía llegar a ser el héroe de una historia sin llegar a convertirse en el villano de otra.

—Dudo que Brozaparda se hubiese detenido ahí —comentó Cirrolibre. Había empezado a juguetear otra vez con aquella moneda suya. Rascaba con el pulgar el perfil grabado en una de las caras—. No olvides que yo lo conocí. Era carismático, ambicioso, astuto e inteligente, pero sufrió muchas humillaciones y le hirieron el orgullo demasiadas veces. Estaba enfadado y lleno de rencor. El odio lo había vuelto loco. —Cirrolibre empezó a bajar las orejas mientras hablaba. Sus ojos se tornaron del color de las ciruelas iluminadas por un haz de luz irregular—. Brozaparda despreciaba a los humanos, al igual que muchos de los de mi especie, y habría terminado por llevar su Horda a Grandual.

Tam se agitó incómoda. Su gabán, que era el del Hereje, le pesó de repente como si fuese de plomo en lugar de cuero. Sintió un hormigueo por todo el cuerpo y le dio la impresión de que el espectro del mismísimo Brozaparda estaba allí sentado en lugar de ella, contemplando la escena desde detrás de sus ojos.

19

Huellas del pasado

Tam durmió mal esa noche, por varias razones. Los ronquidos de Madero rivalizaban con los de Brune en estruendo y ambos sonaban como dos puercoespines luchando a muerte dentro de un tronco hueco. En una ocasión, después de un acceso de tos muy fuerte, la barda oyó lo que parecía un murciélago que acababa de salirle a Madero por la boca batiendo las alas. Se quedó colgado de las vigas del techo unos instantes antes de escapar a través de una ventana.

Después de eso, permaneció allí tumbada con los ojos abiertos durante un rato, aferrada a la manta mientras intentaba hacerse a la idea de lo que Cura le había dicho debajo del puente del bringol: que Rosa no mentía cuando le aseguró a Sam Roth que iban a enfrentarse al Simurg.

Una parte de ella aún no se lo creía. El Simurg no era el típico monstruo. No robaba niños ni aterrorizaba aldeas. Nadie afirmaba haberlo visto acechando en los bosques por la noche o sobrevolando las montañas un día despejado. No había canciones que hablasen de él. Que Tam conociese, claro.

Pero sí que había historias. Cuentos para niños, en su mayor parte, que eran poco más que recuerdos de mitos de una época anterior al Dominio, cuando el Corazón de la Tierra Salvaje tenía otro nombre y Grandual no era más que una pequeña parte de un reino mayor.

Cuando era muy joven, su madre le narraba cuentos de caballeras que se dirigían a la batalla a lomos de dragones. Pero los dragones de esas historias no eran malvados ni avariciosos, no reducían ciudades enteras a cenizas como los malvados dragones de hoy en día. Eran sabios, amables y de colores vivos. Al final de esas historias, la caballera y su dragón volaban juntos hacia el ocaso.

Cuando ya era algo mayor, Tam empezó a oír finales diferentes para esas historias. Finales más funestos en los que las caballeras eran derrotadas y sus dragones devorados por un enemigo implacable que asolaba ciudades y las enterraba bajo un océano de hielo.

No eran relatos particularmente terroríficos, ya que al fin y al cabo se trataba de cuentos de hadas. El sacerdocio de la Reina del Invierno afirmaba que la mismísima diosa era la responsable de lo que hoy en día se conocía como los Yermos de la Bruma, y Tam había oído a muchos magos afirmar (sobre todo cuando estaban borrachos) que dicha extensión de nieve y hielo era el resultado de un hechizo climático que había salido muy mal.

«Empiezas a invocar nubes y, cuando menos te lo esperas… Frusssh. ¡Acabas con la civilización!», había oído decir a uno de esos magos.

Era poco probable, pero ¿y si las historias eran ciertas? ¿Cuántos siglos habían transcurrido? Si el Simurg era real, lo más seguro es que ya llevase muerto mucho tiempo, tanto como las caballeras y los dragones con las que soñaba ella cuando se dejaba dormir después de oír esas historias.

Se despertó algo más tarde, convencida de haber oído los relinchos de los caballos, pero luego recordó que estaban amarrados bien lejos, junto al camino, y llegó a la conclusión de que había sido el viento al soplar entre las grietas de las paredes. La casa del ent se fue enfriando a medida que avanzaba la noche, y la barda agradeció que Cura apoyase la espalda contra ella después de uno de sus muchos movimientos nocturnos.

El calor de la invocadora le resultó muy reconfortante.

Y su cercanía más aún.

Tam se despertó con mucho frío. Las puertas del almacén estaban abiertas de par en par, y el aire era helador a pesar de que ya había amanecido. Arrastró la manta consigo al levantarse, y Cura, que seguía acurrucada a su lado, murmuró con tono reprobatorio.

No había nadie más en la estancia, por lo que Tam se colocó la manta como abrigo y deambuló por la casa del ent para echar un vistazo a la luz del día de lo que solo había atisbado a apreciar la noche anterior. Examinó los lomos de los libros que había en la estantería de Madero: *La compañía de los reyes*, *El final del imperio*, *Cuentos de Glaucomar*. Cogió uno de ellos, titulado *Abedul sin corteza,* y empezó a pasar las páginas, pero vio que no había palabra alguna, solo página tras página de árboles sin corteza o con ella del todo despellejada.

En otra estantería vio un gólem de juguete, una réplica en miniatura de los constructos runados que el padre de Cirrolibre había usado durante la guerra civil del Dominio. La figura tenía una capa de polvo y, al intentar quitársela, se deshizo de un soplido.

Tam intentó arreglarla en vano y terminó por decidir ocultar las

extremidades sueltas detrás de un libro viejo y mohoso. Después dejó la manta en el suelo, se puso el gabán de cuero y se aventuró al exterior.

Vio sangre en el camino, manchas de un rojo muy vívido que contrastaban con el blanco invernal de la nieve. Al oeste, Rosa y Cirrolibre se encontraban cerca del lugar en el que Tam y el druin habían amarrado las monturas la noche anterior. La carreta de cadáveres estaba volcada, y dos de sus ruedas habían quedado destrozadas. Uno de los ponis estaba muerto junto al vehículo.

Brune se encontraba arrodillado junto al cadáver del otro, en el camino que se abría hacia el este. El animal estaba destrozado. Le habían roto las costillas y desperdigado las entrañas por el sendero como si fuesen guirnaldas de una fiesta de cumpleaños de zombis. Algo lo había arrastrado un largo trecho desde el lugar donde ellos lo habían dejado atado, pero Tam no era capaz de dilucidar el qué.

El chamán se puso en pie y se alisó un nudo del pelo enmarañado. Alzó la vista e hizo una mueca cuando vio que Tam se acercaba.

—Supongo que tendremos que continuar a pie —dijo Brune.

Tam se acercó para inspeccionar el poni muerto y se arrepintió al momento. Desvió la vista hacia el bosque y vio cuervos, docenas de ellos, que holgazaneaban sobre las ramas desnudas. Se agitaron, graznaron y batieron las alas, como mendigos ansiosos frente a la puerta de una panadería.

Poco después, Cura se sumó a Brune y Tam. Analizó el cadáver del poni, más intrigada que revuelta por el destrozo que tenía frente a ella.

—¿Qué puede haber hecho algo así? —preguntó—. Lobos seguro que no.

—No han sido lobos —convino Brune—. Mirad.

Señaló un rastro de huellas profundas que se abrían en el barro del camino y que Tam no había visto hasta ese momento. Eran enormes, y estaban a tanta distancia la una de la otra que le costaba imaginarse un animal así de grande.

Cura se colocó junto a una de ellas.

—¿Puede haber sido un ogro? Está claro que es obra de un monstruo.

El chamán negó con la cabeza.

—Un ogro no habría sido tan descuidado. Y no comen carne cruda. Les sienta mal, como a nosotros. Se habría llevado los caballos para cortar la carne como es debido y no los habría masacrado así. Esto ha tenido que ser obra de un oso —dijo al fin—. Uno grande.

Cura ocultó un bostezo tras el dorso de la mano.

—Los osos no son monstruos. Por muy grandes que sean.

El chamán suspiró y empezó a caminar hacia el molino.

—Este sí que lo es.

Se despidieron de Madero. El viejo ent agitó una de las ramas que tenía por brazos mientras que con la otra echaba un poco de sal sobre la carne que había cortado de las monturas muertas de Fábula. A cambio de la carne de caballo, les había dado unas tiendas de lona enormes y pieles: capas, mantones, sombreros y mitones, con los que resguardarse del frío mientras avanzaban en dirección norte.

El rucio de Cirrolibre también había acabado descuartizado, pero la yegua de Rosa había conseguido romper la cuerda y escapado al bosque. Regresó poco después y la premiaron relegándola al papel de mula de carga. Cargó con la mayor parte del equipo de la banda, así como con *Hiraeth* en su funda de piel de foca.

Tam llevaba *Duquesa* colgado al hombro, y un carcaj lleno en la cadera. Iba abrigada con un sayal de lana áspera debajo del resistente gabán rojo y un par de botas de cuero hervido forradas de piel y atadas a las rodillas.

Rosa tenía una capa de ropa más debajo de la armadura y se había cubierto las maltrechas hombreras con una túnica con capucha carmesí. Cura llevaba algo que era medio túnica y medio chal, hecho de pieles y plumas y, como de costumbre, del todo negro. Brune se había cubierto de pieles, mientras que Cirrolibre solo llevaba su armadura de escamas doradas y verdes y su capa azul celeste.

Todos menos Cura se habían puesto la bufanda encantada que Elfmin les había regalado cuando llegaron a La Vara Retorcida. Cuando Tam le preguntó a la Bruja de Tinta por qué había rechazado ponérsela, Cura miró la suya como si fuese una serpiente enroscada al cuello.

—No me gusta el color —dijo.

Dejaron atrás el sendero y siguieron las huellas de pezuñas y patas de animales salvajes. Brune encabezaba la comitiva. Tam se había enterado de que antes vivía en ese bosque, pero si regresar a casa le alegraba de alguna manera, hacía todo lo posible por ocultárselo a los demás. Ver a los caballos así lo había dejado muy nervioso. Se inquietaba cada vez que oía el chasquido de una rama al romperse y se llevaba las manos a la guja de la espalda si alguna criatura se agitaba a su paso.

De vez en cuando, Brune se detenía para escuchar retazos del piar de los pájaros, o pasaba los dedos por los arañazos que veía en las cortezas de los árboles, o se arrodillaba en la nieve y empezaba a emitir un canturreo ridículo a una ardilla oculta entre la maleza.

—¿Qué narices haces? —preguntó Cura.

—Le pregunto una cosa —susurró Brune.

La invocadora se rio.

—¿Lo dices en serio? ¡No puedes hablar con los animales!

—Calla, bruja, que la vas a asustar. ¡Oye! —llamó al ver que la criatura se alejaba, asustada—. ¡Espera! Vuelve aquí, mierdecilla insolente. —El chamán se puso en pie sin dejar de soltar tacos y se sacudió la nieve de las rodillas—. Claro que puedo hablar con los animales —dijo a la defensiva—. El problema es que no siempre me hacen caso. —Se alejó visiblemente enfadado y dijo por encima del hombro—: Los perros te odian, por cierto.

La invocadora se rio, pero luego se puso muy seria y empezó a perseguir a Brune.

—Un momento. Eso no es cierto, ¿verdad? ¿Brune? Oye, ¿lo dices en serio?

Tam empezó a seguirlos, pero le llamó la atención un cúmulo de nieve que cayó. Alzó la vista y vio a un búho apoyado en una rama, sobre su cabeza. Tenía el rostro redondo y los ojos le brillaban de un verde intenso en la penumbra del bosque. Las plumas tenían algo raro, similar al resplandor opaco de las monedas deslustradas, y se enroscaban un poco en la punta como virutas de metal.

«Seguro que es porque están congeladas», pensó Tam.

El búho la siguió con la mirada mientras pasaba debajo de él, y movió la cabeza hasta que la giró por completo.

«Típico de los búhos —se dijo Tam ignorando el hormigueo que había empezado a sentir en la espalda—. Es típico de los búhos, ¿verdad? ¿No?».

Oyó un zumbido chirriante, el batir de unas alas, y, cuando miró por encima del hombro, el pájaro ya había desaparecido.

—¿Antes vivías aquí? —preguntó Tam al chamán mientras caminaban.

—Así es —respondió él—. Hay un asentamiento más adelante.

—¿Tienes familia allí?

Una breve afirmación con la cabeza.

—A mi padre.

—¿Es como tú? Un vargyr, quiero decir.

—Lo es. Un oso. Las huellas que vimos esta mañana eran suyas.

—¿Tu padre mató a nuestras monturas? —preguntó Tam—. ¿Lo sabe Rosa?

—Sí lo sabe, sí.

Tam intentó apartar una rama de su camino y a cambio recibió un golpe vengativo que le dejó algunas hojas en la boca.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó después de escupirlas.

—Porque sabe que estoy aquí. Lo más seguro es que me haya olido. O que alguno de los otros se lo haya dicho. Lo de los caballos ha sido una advertencia. Un mensaje.

—¿Qué mensaje?

Brune rio entre dientes al tiempo que se frotaba la poblada barbilla.

—«Hola, hijo. Bienvenido a casa. Ahora lárgate cagando leches de mi bosque». Algo así.

—Doy por hecho que no os lleváis muy bien.

—Nos llevábamos bien. Éramos íntimos cuando yo era pequeño. Explorábamos el bosque juntos, me enseñó a cazar, a pescar y el oficio de chamán. A veces…

—Un momento —lo interrumpió Tam—. ¿Lo de ser chamán es un oficio? ¿Hay que aprenderlo, perfeccionarlo y esas cosas?

—Pues claro. ¿Cómo narices crees que llega uno a ser chamán?

—No lo había… La verdad es que nunca… —Dejó de intentar justificarse—. Olvídalo. Cuéntame qué ocurrió luego. Con tu padre.

El suspiro de Brune envolvió su rostro en una nube de condensación.

—Los vargyr del bosque Argénteo están liderados por el Señor de las Garras, que suele ser el guerrero más fuerte de la tribu. Cuando era niño, el honor correspondía a un hombre llamado Berik. Era sabio y amable y llevaba en el puesto más de veinte años, hasta que un día mi padre lo desafió, lo mató y se hizo con el liderato.

—Vaya.

—Sí, vaya. Yo no me lo creía. ¡Mi viejo acababa de convertirse en el rey! Y estaba muy orgulloso porque no era más que un enano estúpido. Me dio igual que acabase de matar a un hombre que era mejor de lo que él sería jamás o que desafiara a cualquiera que pusiese en entredicho su liderazgo. Después de eso, nunca volvimos a cazar juntos. Ni a pescar. Perdió el interés en mí por completo. Le supliqué que me ayudase a encontrar mi fain, pero…

—¿Fain?

—Significa… —Brune frunció el ceño y se apartó el pelo de los ojos—. Bueno, no hay otra palabra para describirlo en realidad. ¿Espejo del alma? Así suena un poco estúpido, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que suena muy estúpido —convino Tam.

Llegaron a las ruinas de lo que parecía una antigua morada: unas hileras de rocas planas y derrumbadas que había debajo de un techo de paja destrozado. Cerca de allí había un árbol marcado con los mismos cuatro arañazos que Tam había visto en piedras y troncos por

todas partes. No les había prestado atención hasta ese momento, ya que al fin y al cabo estaban en un bosque, pero ahora empezaba a encontrarles el sentido y a interpretar su significado.

«Lárgate cagando leches de mi bosque…».

—Un momento —gritó Cura detrás de ellos—. Tengo que orinar.

—Lo mismo digo —indicó Cirrolibre—. Yo subiré por aquí —dijo, ya que el sendero que seguían rodeaba la ladera de una colina llena de árboles.

—Qué caballeroso —dijo Cura, que ya había empezado a bajar por la ladera en sentido contrario.

Rosa ató su caballo a una rama antes de encender la pipa y acercarse para explorar las ruinas de la antigua casa.

Brune le quitó el tapón al odre y bebió un gran trago.

—Como iba diciendo, el fain es nuestra verdadera naturaleza. Nos permite transformarnos en el animal con el que más nos identificamos. Mi padre no me enseñó el mío y, cuando les pedí ayuda a los demás, me acusaron de tramar algo para derrocarlo. Él no podía desafiarme directamente, ya que no era alguien poderoso y eso lo habría hecho parecer débil, por lo que terminó por exiliarme y prometió que me mataría si regresaba alguna vez.

—¿Qué? —Tam se quedó boquiabierta—. ¿Y entonces qué hacemos aquí?

—Estamos aquí porque necesito darle un sentido a mi vida —dijo Brune. Bebió otro trago del odre y luego se lo ofreció a Tam—. Nunca llegué a encontrar mi fain ni aprendí la magia chamánica como es debido. Escapé del bosque en dirección este hasta que llegué al mar. Una noche, bebí hasta desmayarme y el propietario de la taberna descubrió que no tenía dinero para pagarle. Dioses, es que ni siquiera sabía lo que era el dinero. Algunos de sus matones empezaron a amenazarme y… fue entonces cuando apareció el oso. Estaba tan borracho que no recuerdo casi nada, pero un agente de mala muerte lo vio todo y lo siguiente que recuerdo es que estaba enfrentándome a unos monstruos en la arena de Puertolibre. Me llamaban Brune la Bestia.

Tam bebió del odre y descubrió que Brune lo había llenado con la cerveza dulce y roja del ent. Le dio un segundo sorbo antes de devolvérselo.

—Y ahí fue donde conociste a Rosa.

El chamán asintió. Se han escrito decenas de canciones sobre la batalla de Puertolibre, y todas terminan igual: con Rosa y su nueva banda reduciendo a cenizas la flota de piratas.

—Necesito que mi padre me enseñe qué es lo que hago mal —

comentó Brune—. Si el contrato de la Viuda es real, si el Simurg existe y conseguimos encontrarlo, no puedo permitirme…

Hizo una pausa para olisquear el aire y estuvo a punto de decir algo, pero la estruendosa voz de Cura agitó las ramas del bosque y tiró la nieve de los árboles.

—¡*KURAGEN*!

20

Animales extraños

Encontraron a Cura arrodillada junto a un riachuelo que seguía la base de la colina. *Kuragen* se alzó sobre la invocadora mientras el agua salada le escurría del yelmo con forma de caracola. Agarraba con dos de sus extremidades tentaculares a unos prisioneros que no dejaban de patalear, una pareja de tejones sobredimensionados, y con la lanza apuntaba a un lince blanco del tamaño de un caballo pequeño que se había puesto a bufar.

El tintoso de Cura estaba rodeado por media docena de animales. Tam suponía que eran vargyr, a juzgar por su tamaño. Las bestias se desperdigaron cuando Rosa lideró la carga por la pendiente nevada, todas menos una mofeta gigante que les enseñó los colmillos y saltó hacia Brune. El chamán alzó la guja, pero una de las cimitarras de Rosa, *Cardo*, que resplandecía en verde, impactó en la bestia, que cayó al suelo entre gemidos.

El lince esquivó la lanza de *Kuragen* y se agazapó cuando llegó a la otra orilla del riachuelo.

—¡Espera!

Brune le puso una mano en el hombro a Rosa antes de que también lanzara *Espina*. La mercenaria alzó la vista para mirarlo, con los ojos llenos de rabia y el rostro tan blanco como el hielo que cubría el arroyo.

«Está aterrorizada —pensó Tam, que casi no se creía lo que veían sus ojos—. ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que luchó sobria sin el falso coraje de la Hoja del León corriéndole por las venas?».

Y aun así, Rosa se había lanzado al combate para defender a Cura. Terminó por bajar el brazo, y Tam se percató de que la mano de la guerrera no dejaba de temblar y de que el sudor le había pegado el pelo a la cara.

Cuando volvió a mirar hacia el lugar donde se encontraba el lince, este había desaparecido. En su lugar había una mujer. Tenía una complexión fuerte y estaba completamente desnuda. Su piel blanca

estaba adornada de cicatrices y embadurnada de pintura, con dibujos que pretendían imitar el aspecto de su fain.

«Creo que se decía así», pensó Tam.

—¡Brune, hijo de Fenra! —gritó la mujer—. Me llamo Sorcha y hablo en nombre de Shadrach, Señor de las Garras de este bosque.

—Pues habla —contestó Brune con impaciencia.

La mujer miró al tintoso de Cura y fue incapaz de reprimir un atisbo de… ¿miedo? ¿Incertidumbre? ¿Curiosidad morbosa? Era difícil distinguirlo a tanta distancia, pero Tam supuso que probablemente se tratase de todo al mismo tiempo.

—Te exiliaron. Se te ordenó no regresar jamás. Y has regresado.

—Algo me dice que a los tuyos les gustan las obviedades —dijo Cirrolibre.

—Por dicha infracción se te cita en la Gruta de los Fains.

La lince tenía una manera de hablar muy curiosa, como si ladrase órdenes a alguien que solo era capaz de comprender las palabras si se pronunciaban poco a poco.

Rosa guardó *Cardo* con fuerza en la funda. Con la otra mano se agarraba el cuello de la armadura, como si la agobiase.

—¿La Gruta de los Fains? —preguntó al chamán—. ¿Eso qué es?

La expresión de Brune se torció en un gesto a caballo entre la aflicción y la determinación.

—Es una arena de combate.

—No irás solo —dijo Rosa por séptima vez.

—Sí. Iré solo —insistió Brune por octava.

—Esto no es una negociación —le dijo la líder—. No te lo estoy pidiendo.

—¡Yo no dicto las reglas! Nuestras leyes prohíben…

La lince blanca se giró para aullarles, lo que Tam dio por hecho que era su manera de decirles que cerrasen la puta boca. Le habría dado las gracias, pero tenía miedo de que también la mandase a callar a ella.

Un gimoteo a su derecha le llamó la atención. La mofeta que Rosa había herido cojeaba junto a ellos. Era la única de la comitiva (sin contar a Sorcha) que no seguía transformada en su fain. Era una mujer de mediana edad, esquelética y con dos mechones grises en su descuidado pelo negro. Los pechos le colgaban debajo de unos hombros encorvados mientras renqueaba con una mano llena de sangre aferrada al muslo. Iba descalza por la nieve, pero esa parecía la menor de sus preocupaciones.

Cuando vio que Tam la miraba, la mujer escupió al suelo.

—*Fabhik du ik arhsen klak.*

—¿Qué ha dicho? —preguntó la barda.

—Que le gusta tu gabán —tradujo Brune, mintiendo sin duda.

El chamán se detuvo cuando llegaron al asentamiento de los vargyr. La aldea de Brune estaba llena de los árboles más altos que Tam había visto jamás. Y todos conservaban unas frondosas hojas de un rojo escarlata a pesar de lo avanzado del invierno. También había cúmulos de nieve por aquí y por allá entre el dosel de hojas. Junto a los senderos se alzaban unos grandes montículos de turba verde y marrón y muros de piedra lisa, como las ruinas que habían visto en el bosque esa misma tarde. Delante de cada umbral había un tótem de madera tallado con la forma del fain del residente.

Más de la mitad de las casas estaban destrozadas, con los techos derrumbados, las piedras desperdigadas o ennegrecidas por las llamas. Los tótems que había delante de los habitáculos también estaban estropeados, quemados o hechos pedazos.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? —preguntó Brune.

Sorcha no parecía ser muy habladora, por lo que había decidido preguntárselo a la mujer mofeta, quien respondió con un gesto de desdén. Pero el chamán dio un paso amenazante hacia ella y la mujer recuperó la voz al momento.

—Tu padre. Sus enemigos. Todos. Rotos. Rotos en la Gruta de los Fains.

A Tam se le puso la carne de gallina al oír la voz de la mujer mofeta. Era más bien un gimoteo estridente e insoportable que casi ni sonaba humano. La barda aceleró el paso hasta quedarse a la altura del chamán de Fábula a medida que avanzaban por el serpenteante camino de casas destrozadas.

—¿Es… normal? —preguntó Tam—. Normal para ser una vargyr, quiero decir.

Brune negó con su desgreñada cabeza.

—No. Esto no es normal. No entiendo qué ha podido pasar.

Los obligaron a rodear los restos chamuscados de un tótem con forma de araña, y Tam agradeció a la Santísima Tetranidad que el «espíritu afín» de Brune no fuese un insecto espantoso.

—Los vargyr usan los fains para cazar o para defenderse. Esta gente… —Señaló a los tejones gemelos que habían atacado a Cura en el arroyuelo y que ahora no dejaban de gruñir ni de abrir y cerrar la boca uno junto al otro—. Deberían tener forma humana. Si se quedan en forma chamánica demasiado tiempo… Terminarán como ella.

La mujer mofeta se había puesto a cuatro patas y estaba olfateando un arbusto.

Brune se detuvo frente a uno de los montículos. Tenía las piedras

lisas a causa de la erosión y cubiertas de líquenes verdes. Al tótem de delante le faltaba un trozo de cabeza. La parte inferior estaba marcada con cuatro garras enormes y profundas, pero aún se podía deducir a qué animal pertenecían.

—¿Un lobo?

Rosa entrecerró los ojos en la oscuridad, que cada vez era más sombría.

—Mi madre vivía aquí —explicó Brune—. Se marchó cuando yo era muy joven.

—¿Adónde fue? —preguntó Tam.

El chamán extendió el brazo para pasar los dedos por el rostro desfigurado del tótem.

—No era de aquí. Ella y su manada eran errantes. Los llamamos los Corazones de la Tierra Salvaje.

Tam dio un respingo. Fue como si oyese la voz de su madre susurrando entre la brisa de la noche que soplaba sobre las hojas de los árboles que tenía encima.

—Se quedó lo bastante como para verme crecer, pero después… — Brune suspiró, muy afectado—. Supongo que no todos los padres quieren a sus hijos.

Tam sintió una punzada en el corazón al imaginarse a un niño que había crecido creyendo algo así. Incluso cuando su padre y ella estaban enfadados, cuando se decían cosas más dolorosas de lo que pretendían, sabía que en el fondo su padre seguía queriéndola.

Cirrolibre se agitó incómodo y agachó las orejas como flores marchitas. Tam recordó en ese momento que Rosa y él habían abandonado a su hija.

Sorcha volvió a aullar y reanudaron la marcha. Tam vio una caverna enorme frente a ellos, con las paredes y el techo cubiertos de vegetación.

La Gruta de los Fains, supuso.

Empezaron a sumarse a ellos cada vez más vargyr. La mayoría andaban a grandes zancadas o correteaban sobre garras, patas y pezuñas, pero unos pocos conservaban la forma humana, o algo parecido. Tam vio a un hombre con una cresta de pelo grasiento y de punta y risa parecida a la de una hiena que se subía a un montículo de turba que había junto a ellos. Otra mujer caminaba sobre los nudillos y se dio unos golpes en el pecho cuando Cura se atrevió a mirarla a la cara.

Brune lucía una expresión funesta.

—¿Cómo ha permitido mi padre que ocurra algo así?

—Los animales tienden a fiarse más del instinto que del intelecto

—explicó Cirrolibre—. Es algo que los hace muy proclives a la servidumbre.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rosa.

—Si pasan mucho tiempo en forma animal, serán más susceptibles de acatar las órdenes de alguien superior —sugirió el druin—. La mayoría de los perros se pueden domesticar en cuestión de horas, pero uno puede tardar meses en anular la voluntad de un humano. O eso he oído por ahí —añadió cuando Rosa empezó a mirarlo mal—. Nunca he entrenado a un humano. Que quede claro.

—¿Y entonces qué hacemos aquí? —dijo Cura—. Vinimos para que el padre de Brune le enseñase a controlar su instinto, ¿verdad? Para que ese viejo oso le mostrase la manera de encontrar su…

—Fain —terminó Tam.

—Como se llame. Pero ahora el padre de Brune quiere matarlo. Venir aquí ha sido una locura. Mejor nos marchamos, ¿no? Podemos salir de aquí a puñetazos. —Señaló a la mujer mofeta, que avanzaba con los ojos cerrados y sin preocuparse ya por taponarse la herida que había estado a punto de matarla—. Dudo que estos enclenques puedan detenernos.

—Pero es de noche —comentó Cirrolibre—. Iremos a ciegas y seguro que nos perdemos. Ellos no.

Rosa alzó la vista para mirar a su chamán.

—Tú decides —le dijo a Brune—. No tienes por qué pasar por nada de esto si no quieres. Pero si te quedas, nosotros también.

Brune miró la Gruta de los Fains, situada frente a ellos. Del interior manaba un calor húmedo, pero Tam no vio fuego alguno.

—Me quedo —terminó por decir Brune—. Ya he huido bastante, creo. Es hora de zanjar este asunto.

—Pues vamos a zanjarlo juntos —dijo Rosa. No se molestó siquiera en preguntar si los demás estaban de acuerdo. No necesitaba hacerlo. Cirrolibre le hizo a Brune un gesto tranquilizador. Cura frunció el ceño mientras miraba la oscuridad, como si fuesen sus demonios los que la esperaban allí dentro. Si el Señor de las Garras pretendía desafiar a su hijo, tendría que enfrentarse con Fábula al completo.

Sorcha renunció a su fain y dirigió a Brune una sonrisa burlona.

—Prohibidos los colmillos en la Gruta—dijo al tiempo que señalaba la guja doble que llevaba Brune a la espalda—. También los forasteros.

—Intenta detenernos —dijo Rosa, que había empezado a quitarse los guanteletes.

La vargyr le enseñó los dientes.

—¿Crees que no puedo?

—Sé que no puedes.

Las dos mujeres se fulminaron con la mirada, y el chamán carraspeó.

—Quizá deberíais esperar fuera… —empezó a decir en voz baja.

—Ni de broma. —Rosa se giró hacia Brune—. Ahora, por favor, dile a esta gatita que salga de mi puta vista antes de que la arrastre hacia ese arroyo y la ahogue.

Sorcha gruñó. Cerró un poco más manos para sacar las garras y, antes de que volviese a abrazar su fain, una voz muy potente surgió del interior de la caverna.

—DÉJALOS ENTRAR.

Los vargyr que los rodeaban se alejaron, asustados. Agacharon las orejas y los que tenían rabo se lo metieron entre las piernas.

Cura olisqueó.

—Déjame adivinar. ¿El gran y poderoso Shadrach?

Brune, que se había puesto en tensión, se limitó a asentir.

—Bien —convino Sorcha—. Pero sin colmillos. Ni conchas.

—Sin colmillos, ¿eh?

Cirrolibre parecía muy alegre. Dejó la funda de *Madrigal* sobre una roca y empezó a quitarse la armadura.

Cura solo tenía seis dagas, y Brune dejó la guja doble. Tam apoyó a *Duquesa* contra la pared de roca y se quitó el carcaj.

Rosa tardó varios minutos en desprenderse de todas las piezas de metal negro y desgastado que llevaba encima. Cuando terminó, Sorcha examinó el montón de equipo que acababa de quitarse.

—El Señor de las Garras exige un tributo —dijo.

Rosa titubeó.

—Vale —dijo al cabo—. De todas maneras, casi todo es basura. Puede coger lo que quiera excepto mis…

—Esos. —Sorcha señaló los guanteletes con runas grabadas.

—Claro —aceptó Rosa sin discutir, pero Tam vio que una tenue sonrisa se perfilaba en sus labios.

La mujer lince olisqueó los guanteletes antes de pasárselos a un hombre con aspecto de comadreja cuyo fain, supuso Tam, era probablemente una comadreja.

—De verdad que no hace falta que entréis —insistió Brune a sus compañeros de banda—. Un desafío es algo sagrado para los vargyr. No puede evitarse ni tampoco se puede interferir en él. Shadrach y yo lucharemos uno contra uno. Lo mataré o él me matará a mí, pero no podéis ayudarme cuando esté ahí dentro. —Taladró con la mirada a Rosa—. Ninguno de vosotros.

—Da igual —dijo ella—. No vas a pasar por esto tú solo, Brune.

Eso no sería digno de una banda. Te acompañaremos a donde haga falta.

Sorcha señaló el sayal de lana de Rosa.

—Sin conchas —repitió, como si le hablase a una niña—. Solo piel.

Rosa frunció el ceño.

—¿Solo piel?

—¿Quieres que nos desnudemos? —preguntó Cirrolibre.

La mujer lince asintió.

—Desnudos. Sí.

Rosa le dio un golpecillo amistoso a Brune en el hombro.

—Buena suerte ahí dentro —dijo—. Estaremos por aquí si nos necesitas.

Se desnudaron.

Fue muy incómodo.

Tam (quien agradeció muchísimo el calor que emanaba de la Gruta de los Fains) hizo todo lo que estaba en su mano para mirarlos a todos a los ojos, y ellos hicieron lo propio. No obstante, fue incapaz de no mirar las cicatrices que cubrían el cuerpo enjuto de Rosa, los extraños horrores tatuados en la piel pálida de Cura o el tatuaje de un hacha de doble filo que tenía Brune en la parte baja de la espalda.

—Una chica me obligó a hacérmelo —explicó el chamán cuando pilló a Tam mirándolo.

De todos, el cuerpo de Cirrolibre era el que parecía no haber sufrido los estragos de las desventuras de la banda. Tam sabía que el druin sanaba muy rápido y tampoco lo había visto recibir un golpe sin colocarse en la trayectoria del impacto deliberadamente, como había hecho en la Quebrada y en la pelea de taberna de Alto Remanso.

Un grupo de vargyr rodeó a Brune. Todos llevaban un cuenco de madera con un líquido de color que empezó a irradiar luz a medida que el atardecer daba paso a la noche.

—Está hecho de champilumbres —dijo el chamán mientras una anciana con unos ojos blancos como la leche lo embadurnaba con aquella pasta reluciente por los brazos, el pecho y las piernas—. No podemos entrar hasta que estemos cubiertos del todo. Representa nuestro fain, por eso las garras.

Levantó una mano para mostrar las franjas rojas que le habían pintado en el dorso de la mano. La mujer también le cubrió la cara y dibujó unos colmillos alrededor de la boca y un hocico blanco entre los ojos.

No se podía decir que pareciese un oso, pero Tam llegó a la conclusión que no tenía mucho sentido comentarle algo así a la mujer ciega que hacía lo que podía para representar el fain de Brune.

Sorcha emitió un sonido y los vargyr de los cuencos pasaron a rodear al resto de la banda.

Cirrolibre arqueó una ceja.

—¿También nos van a pintar a nosotros?

—¿Qué nos van a pintar?

Brune se encogió de hombros.

—Ahora lo descubriremos —dijo.

21

La cueva del Señor de las Garras

Penetraron los unos junto a los otros en la oscuridad que los aguardaba. El enorme cuerpo de Brune estaba pintado con remolinos blancos y por su amplia espalda se alzaba el penacho de un rabo. Rosa llevaba las rayas rojas y aserradas de una tigresa de Lumbre Recóndita, mientras que Cura iba con unas plumas violeta y unas alas de cuervo de un azul reluciente en sus hombros desnudos.

Tam era un mapache o algo parecido. Le habían pintado las piernas de rayas verdes y doradas, con una franja negra en las muñecas y una máscara de caco sobre los ojos.

La nariz de Cirrolibre era una mancha roja entre colmillos de un azul muy vivo. Tenía los mismos colores en la entrepierna y en la espalda (lo que al druin le resultaba muy divertido), mientras que el pecho lo llevaba de un blanco lustroso.

—¿Qué se supone que eres tú? —le preguntó Tam antes de entrar.

—Creo que un mandril.

—¿Eso es un monstruo?

—Es una especie de mono —explicó el druin—. Uno muy enfadado y muy peligroso.

No había hoguera en la Gruta de los Fains. La única luz provenía de las personas que había en su interior (pintadas todos a imagen y semejanza de sus fains) y también de un grupo de esqueletos brillantes atados y bien colocados por toda la caverna. Los huesos pertenecían a animales que tenían un tamaño mucho más grande de lo que deberían. Tam vio al menos tres osos, una serpiente, un lobo, un simio del sur y varios gatos muy grandes.

«Los trofeos de Shadrach —pensó—. ¿Cuántos desafíos, voluntarios o no, habrán tenido lugar aquí? ¿Cuántos de ellos se habrán preguntado si iban a terminar formando parte de la decoración de ese déspota?».

Allí dentro hacía un calor abrasador. Brune le había explicado que en la Gruta de los Fains había una fuente termal, y Tam sintió cómo

flotaba un vapor alrededor de ella a medida que iba entrando. Les dijeron que se quedasen junto a uno de los estanques mientras Brune continuaba hacia el espacio abierto que había en el centro de la gruta.

El poderoso Shadrach, el Señor de las Garras de los vargyr del bosque Argénteo, se encontraba sentado en un trono formado por huesos que resplandecían en la oscuridad. Los cráneos de los enemigos vencidos relucían detrás del asiento como morbosos faroles, y las alas de un adversario volador derrotado se alzaban sobre él en la penumbra.

El padre de Brune estaba pintado de rojo casi por completo, por lo que resultaba difícil no advertir lo enorme que era. Tenía alguna que otra franja blanca en los antebrazos y las canillas, partes de su cuerpo que eran del tamaño de la cintura de Tam, y una melena dorada le caía por los hombros.

Sorcha se arrodilló a sus pies. Le dio los guanteletes de Rosa, pero el Señor de las Garras supuso que no eran más que baratijas, porque los tiró a un lado mientras se ponía en pie para saludar a su hijo.

—No deberías haber vuelto —dijo Shadrach con una voz que parecía venir de todas direcciones al mismo tiempo. Los envolvió como el calor de las fuentes termales, opresivo y abrasador.

—Y tú no deberías ser el Señor de las Garras —respondió Brune.

Sus palabras levantaron un coro discordante de quejidos, gruñidos, ladridos y rugidos. Tam estimó que habría presentes más de cien vargyr. Todos en forma humana, pero hacía tiempo que sus fains eran los que dictaban su naturaleza.

—¡Me gané este título en ritual sagrado! —aulló Shadrach. Señaló con sus enormes brazos los esqueletos colgados a su alrededor—. Esos fueron mis indignos contendientes.

—Tus víctimas, querrás decir. Estás loco, padre. No hay nada sagrado en esto. —A continuación gritó a los que se apiñaban en los salientes y los balcones de la caverna—: ¡Mirad en qué os habéis convertido! Escuchaos, gruñendo y moviéndoos como bestias. Antes cantábamos en este lugar. ¿Recordáis? Bailábamos, festejábamos y celebrábamos nuestra segunda naturaleza. ¿Y ahora? —Se giró con brusquedad—. Ahora solo es un matadero. Una capilla retorcida en honor a un dios que ni siquiera pedisteis y que seguro no os merecéis.

—¡Silencio! —gritó Shadrach desde el montículo situado frente a él —. ¡No toleraré tales insolencias de un desterrado!

—Tú fuiste quien me desterró, padre. Me expulsaste. ¡A tu propio hijo!

—¿Mi hijo? —El Señor de las Garras estaba de verdad incrédulo—. No. Nunca fuiste mío. No de verdad. Y el día que me di cuenta fue el

día que te desterré.

Brune se tambaleó ante las duras palabras de su padre.

—¿Nunca fui tuyo? ¿Ahora también me desheredas?

—He visto tu fain, chico. Lo vi entonces y lo he visto ahora, con la claridad de unas huellas recién marcadas. ¿Has traído a tu sucia manada a este lugar y encima afirmas que eres mi hijo?

—¡Es que soy tu hijo!

El chamán se había puesto pálido.

—Pues venga —lo provocó su padre—. ¡Demuéstramelo!

Brune ya había empezado a correr rugiendo a todo pulmón.

Shadrach aulló, triunfante, y cargó también contra él.

Tam sabía qué era lo que quería. Había avivado la rabia de Brune hasta que empezó a arder descontrolada. La rabia era algo que el Señor de las Garras podía llegar a predecir, algo que era capaz de canalizar y, por lo tanto, controlar.

Los remolinos de la espalda de Brune empezaron a agitarse a medida que el cuerpo del chamán comenzaba a crecer. Se le hincharon las extremidades y el pelaje atravesó la pintura de sus brazos, manchado del mismo color.

El cuerpo del Señor de las Garras explotó como una bomba dentro de una vasija de barro. Se hizo el doble de grande, más que Brune, mientras bajaba la rampa a la carrera.

La rabia estalló entre ellos como el retumbar de un trueno, un sonido tan primigenio que Tam estuvo a punto de orinarse los pantalones que no llevaba. Pero aun así fue incapaz de apartar la vista: los dos osos chocaron entre sí con la fuerza de dos avalanchas descendiendo por pendientes opuestas.

El impacto sacudió la caverna y arrancó aullidos de júbilo salvaje entre los espectadores. Los dos monstruos empezaron a forcejear, enormes sobre sus patas traseras, daban zarpazos con las garras y mordían con las fauces. Y Shadrach terminó agarrando a Brune por el cuello para luego tirarlo al suelo.

El chamán de Fábula empequeñeció hasta la mitad de su tamaño al caer. Apenas se había incorporado cuando el oso, rojo como la sangre, se lanzó sobre él y le desgarró los costados con unas zarpas que parecían hojas de cimitarras. Brune, débilmente, intentó herir a su padre en la garganta, pero Shadrach se apartó a tiempo. Después clavó los dientes en el hombro de Brune, se retorció y lo lanzó por los aires al otro extremo de la arena de combate.

Brune golpeó el suelo con fuerza y rebotó entre piedras y arenilla, y después se perdió de vista.

—¿Qué? —se oyó gritar Tam.

—Está en el agua —murmuró Cura.

El chamán de Fábula había caído en uno de los estanques de la caverna. Tam vio unas ondículas de fosforescencia blanca que seguro eran la pintura del chamán. Salió convertido de nuevo en humano, entre toses y jadeos, casi invisible ahora que su color había desaparecido. Se dejó caer en el suelo de piedra y se quedó allí intentando recuperar el aliento.

El rugido exultante del Señor de las Garras se convirtió en una risa bronca al tiempo que se deshacía de su forma animal.

—Eres más imbécil de lo que creía, chico. ¿De verdad eres tan ingenuo? ¿O estás tan ansioso por usurpar mi poder que niegas tu verdadera naturaleza?

A pesar de la rabia que manaba de sus palabras, la manera de hablar de Shadrach era algo más elegante que la de sus compañeros vargyr. Tam recordó lo que había dicho Cirrolibre sobre que era sencillo manipular a los animales, y se preguntó si la suposición del druin sería cierta. ¿Exigía el Señor de las Garras a sus subordinados pasar más tiempo transformados en bestias que en hombres y mujeres? ¿Lo hacía para abotargar sus mentes de manera deliberada y convertirlos en criaturas más obedientes?

Algo así era digno de una mente perversa, de una crueldad imperdonable. Pero por lo que Tam había oído de él, se podría decir que el padre de Brune era el típico gilipollas capaz de hacer algo así.

—¿Quieres saber quién eres de verdad? —le preguntó a su hijo el Señor de las Garras—. Pues no eres mío. Eres de ella.

Señaló uno de los esqueletos que estaban colgados del techo de la caverna. A Tam le pareció un perro más grande de lo normal. Algo más esbelto, con un hocico más estrecho y colmillos más afilados…

—Oh, Brune, no —oyó susurrar a Rosa—. No alces la vista. Por favor.

Pero Brune lo hizo y, después de un silencio fruto de la estupefacción, preguntó:

—¿Esa es…?

—Regresó en tu busca —explicó el Señor de las Garras. Había empezado a hablar más tranquilo, con tono coloquial, como si no estuviese rajando las entrañas de su hijo con cada una de sus palabras —. Fue hace unos tres o cuatro años. Se puso muy furiosa cuando le dije que te había desterrado. Tu madre siempre se tomó muy en serio la lealtad. La «manada» lo era todo para ella. Esa fue la razón por la que nos abandonó a ambos —dijo—. Para estar con su familia verdadera.

Brune había caído de rodillas dentro de un círculo de luz aceitosa.

—Tú…

—Me llamó tirano —continuó Shadrach riendo entre dientes con tono funesto—. Y también cosas peores. Se atrevió a desafiarme. —Extendió su enorme cuello—. Como comprobarás, no le fue muy bien.

Esa fanfarronería le valió una ovación de aullidos y gruñidos, pero el de Brune se oyó por encima del resto. Tam apenas distinguía su silueta entre el vapor que surgía del estanque lleno de pintura que tenía a su espalda, pero aun así vio cómo agitaba los hombros y cómo le temblaban las manos, que tenía cerradas en sendos puños. Soltó un sonido a caballo entre un quejido y un aullido de angustia.

Tam sintió que se le erizaban los pelillos de la nuca.

La luz del estanque desapareció detrás de la sombra de algo enorme que acababa de aparecer de repente, y el rugido de aflicción de Brune se convirtió en un lamento capaz de helar la sangre. Reverberó por toda la Gruta de los Fains; rebotó por el agua y por la piedra hasta quedaron rodeados por el aullido de un centenar de lobos.

—¿Ves? —dijo su padre—. Esto es lo que eres en realidad. Debería…

Brune se abalanzó sobre él, una sombra rugiente entre el tumulto de colores llamativos. El Señor de las Garras salió despedido hacia atrás y chocó contra el esqueleto de un jabalí cuyos relucientes colmillos dorados eran tan largos como el arco de Tam. Furibundo, se puso en pie y se transformó al instante en la bestia enorme y roja que era antes. La próxima vez que el lobo saltara sobre él, estaría preparado.

O al menos eso creía.

Las garras de Shadrach hendieron el aire y sus dientes se cerraron sobre la nada. Brune hizo una finta, se dejó caer y aferró un talón del oso con las fauces para luego tirar con fuerza. Tam oyó el chasquido de los tendones al rasgarse y cómo el oso empezaba a gruñir de dolor.

—Preparaos —dijo Rosa.

Tam se puso en tensión.

«¿Preparaos para qué?».

Shadrach se derrumbó a cuatro patas, se retorció y después asestó un golpe con una de ellas, que tenía el tamaño del tronco de un árbol y habría tirado al suelo a Brune de no encontrarse él en el aire, saltando con una gracilidad y una velocidad de las que carecía en forma de oso. El chamán de Fábula aterrizó de lleno sobre su enemigo. Sus colmillos se clavaron en los músculos del cuello de Shadrach, momento en el que volvió a saltar sobre la cabeza de su padre para luego girar en medio del aire y caer con las cuatro patas.

El Señor de las Garras no lograba incorporarse. Brune no lo había soltado del cuello, tiraba de él de lado a lado y lo derribaba cada vez que intentaba levantarse. Intentó asestarle un zarpazo, pero el lobo era demasiado rápido y se agachó antes de que la enorme pata del oso lo alcanzara.

Shadrach volvió a rugir, un grito estremecedor que, de haberlo emitido cualquier otro, habría sonado a una rendición inminente. Pero el señor de los vargyr era demasiado orgulloso para algo así, era insoportablemente arrogante. Y había preparado a sus secuaces para aquel momento.

El Señor de las Garras volvió a su forma humana y consiguió zafarse de las fauces de Brune. Después rodó a un lado sujetándose la garganta con la mano.

—Ahora —murmuró Rosa.

—¡Matadlo! —aulló Shadrach—. ¡Matad al traidor! ¡Ahora mismo! ¡Os lo ordena vuestro amo!

Y fue entonces cuando llegó el caos.

22

La sombra del lobo

Sorcha saltó por los aires y, antes de caer al suelo, ya se había convertido en un lince. Luego empezó a bajar la rampa a toda velocidad y terminó por abalanzarse contra la sombra negra que era Brune. Fueron varios los que se unieron a ella. Saltaron de los salientes y cayeron en los estanques para atender a la llamada del Señor de las Garras. Pero no todos.

Al menos por el momento.

—*¡ABRAXAS!*

Cura llamó al tintoso que había invocado en Alto Remanso: un caballo de metal que salió de su brazo dando coces. Los montantes de sus alas se abrieron de repente y chisporrotearon con una luz violeta mientras se lanzaba para interceptar a los atacantes de Brune.

Cirrolibre corrió hacia los huesos desperdigados del jabalí, mientras que Rosa se volvió y…

—Lo siento —dijo, y a continuación empujó a Tam muy fuerte con ambas manos.

La barda cayó en el estanque que tenía detrás y, como había estado a punto de preguntar: «¿Por qué lo sientes?», tragó mucha agua caliente. Oyó gritos ahogados y vio nubes verdes y doradas que se agitaban sobre ella. Después, Rosa la sacó a rastras del estanque y la ayudó a expulsar el agua de los pulmones.

Durante un instante absurdo, Tam solo fue capaz de pensar en el hecho de que ella estaba mojada y Rosa estaba caliente, y en que ninguna de las dos llevaba nada de ropa, solo pintura.

«Bueno, Rosa sí que va pintada —pensó—. Yo estoy desnuda».

—¿Por qué? —preguntó Tam entre farfulleos.

—Porque necesito que seas invisible —le dijo Rosa—. Y que te quedes cerca de mí.

—No te entiendo.

—Mis guanteletes. Necesito que te acerques y los cojas. —Rosa señaló el trono del Señor de las Garras. Tam se dio cuenta de que

temblaba, como si todo su cuerpo ansiase una dosis de Hoja del León.

Un mujer pelirroja y esquelética se acercó a ellas. Cuando Tam la miró a la cara, les enseñó los dientes y empezó a transformarse en un zorro sarnoso.

—Ve —ordenó Rosa. Empujó a Tam y se giró para encarar a la vargyr.

Entretanto, Cirrolibre se acercó a ella con un colmillo dorado en cada mano. Le tiró uno a Rosa mientras el zorro se abalanzaba hacia ella, y la mercenaria lo cogió con las dos manos y atacó a la bestia desde arriba.

Tam empezó a correr. A su derecha había unas gradas de piedra que parecían escalones gigantescos, y se quedó pegada a la pared para eludir la batalla que se había desencadenado en mitad de la caverna.

El corcel eléctrico de Cura había empezado a correr en círculos para disuadir a los que aún no se habían unido a la refriega. Trotó, coceó y recorrió la gruta de un lado a otro al tiempo que ensartaba a sus enemigos en los pinchos que le sobresalían de la cabeza.

Era difícil ver cómo le iban las cosas al chamán de Fábula. Brune se encontraba rodeado de bestias menores: un carcayú, una comadreja y Sorcha, cuyas patas moteadas se movían tan rápido que eran poco más que un borrón. Había dos felinos más: un puma anaranjado y una esbelta pantera de color violeta, que se dirigían hacia él. Pero Brune era más grande. Mucho más grande que cualquiera de ellos, y una rabia salvaje se había apoderado de él. No obstante, sus enemigos también eran feroces: el carcayú y la comadreja se le habían colgado del cuerpo con las garras y no dejaban de arañarlo y escupirle mientras el lince lo atacaba de frente. Tam vio cómo la sombra de la cabeza de Brune se agachaba justo a tiempo para evitar las garras de Sorcha, y cómo después el lobo le daba un zarpazo en el vientre y se lo abría de lado a lado. Las vísceras tiñeron de rojo el suelo de piedra que tenía debajo, pero Sorcha siguió luchando ajena a la gravedad de la herida.

Tam, que ahora era poco más que una delgada sombra en una caverna llena de colores, corrió lo más rápido que pudo y procurando mantenerse bien lejos del despiadado enfrentamiento de Brune, y sin quitarle el ojo de encima al caballo de Cura. Cruzó cerca de otra fuente termal y se subió al primero de los enormes escalones que rodeaban la caverna.

Un vargyr cayó justo frente a ella. Tam vio un par de rayas verdes y relucientes, pero lo que le permitió reconocerlo fue el olor. La mujer mofeta no la vio hasta que se chocó contra ella. Aulló de sorpresa, y Tam vio que le empezaba a salir un pelo blanco y negro por toda la

cara.

«¿Cómo se evita que alguien se transforme?», se preguntó. Probó a darle un golpe directo en la garganta y se alegró mucho al comprobar que funcionaba. La vargyr farfulló algo antes de caerse del escalón al estanque que había debajo. Tam continuó a toda prisa.

Rosa y Cirrolibre se encontraban espalda contra espalda, blandiendo los colmillos de jabalí como si fuesen espadas melladas con las que golpear a cualquiera que se atreviese a acercarse. Solo tuvieron unos segundos de alivio antes de que los tejones gemelos saltaran hacia ellos. Rosa se agachó para esquivar a uno y, al mismo tiempo, le dio un golpetazo en la mandíbula. El otro atacó al druin e intentó empujarlo con la cabeza para tirarlo bocabajo. Cirrolibre lo esquivó, pero su preocupación por Rosa hizo que no aprovechase la ventaja.

Algo con el vientre dorado y el rostro blanco pasó junto a Tam y se golpeó contra la pared de roca que tenía a la derecha. Brune acababa de lanzar por los aires a la comadreja, y la criatura intentaba recuperar la compostura, aturdida en el suelo. Tam le dio una patada en la cabeza y siguió avanzando.

Buscó frenéticamente a Shadrach y lo encontró en el piso inferior, tumbado de lado y agarrándose el cuello destrozado con ambas manos.

«¿Se estará muriendo?», se preguntó. Se quedó tan preocupada por el Señor de las Garras que estuvo a punto de chocarse de cabeza contra una pared de pinchos rosados, afilados y relucientes. Pero en lugar de eso se dejó caer para eludirla y derrapó sobre su trasero desnudo con una mueca de dolor.

«¿Qué narices es esto?». —El arbusto de espinas rosadas empezó a seguirla, y la barda tardó unos segundos en darse cuenta de la razón —. «¡Es un puto puercoespín!».

Tam se puso en pie a duras penas e intentó rodearlo, pero la nauseabunda criatura chilló y lanzó contra ella su cola llena de púas.

—Joder —gritó, frustrada.

Y volvió a soltar un taco, de dolor en este caso, cuando una de las púas rosadas se le clavó en el brazo.

La criatura no dejaba de seguirla y ya le había hecho perder un tiempo muy valioso. A su izquierda, el piso de abajo estaba demasiado lejos para que la caída fuese segura; y el escalón de su derecha, demasiado alto para escalarlo. Podría saltar, pero el estanque más cercano tenía dentro una mofeta que no dejaba de patalear y detrás de ella había una comadreja inconsciente que empezaba a agitarse.

Sintió un hormigueo que le indicó que el tintoso de Cura se

acercaba a ella. Shadrach se apartó por los pelos del galope de la criatura, y Tam pensó en pedir ayuda, pero *Abraxas* ya había empezado a alzarse sobre sus patas traseras. Abrió las alas (unos filamentos eléctricos trazaron un arco entre los montantes de metal con púas) y a continuación se lanzó hacia delante y se convirtió en unas lanzas eléctricas afiladas como las patas de una araña. Empalaron al puercoespín y lo envolvieron en una red de energía blanco azulada que lo lanzó por los aires.

Tam pasó por debajo y decidió no mirar cómo había quedado el vargyr, pero sí que olió a quemado y oyó el repiqueteo de unas púas disparadas contra la piedra.

Miró a la izquierda y vio el cuerpo del carcayú volando por los aires, atrapado entre las sombras que eran las fauces de Brune. El lince no había dejado de atacarlo, pero el chamán de Fábula bailaba en círculos para esquivarlo, y Sorcha iba perdiendo energías rápidamente a causa de su herida.

Cirrolibre había despachado a uno de los tejones gemelos, cuyo cuerpo flotaba en el estanque que el druin tenía detrás. Y mientras Tam lo miraba, levantó el colmillo y se lo clavó en la espalda al que atacaba a Rosa.

Tam saltó a la rampa y empezó a subirla notando la piedra húmeda en sus pies descalzos. Encontró los guanteletes de Rosa en el suelo, junto al trono de Shadrach. Los cogió, se volvió y…

Una manaza la agarró por el cuello. La barda sintió que el estómago le daba un vuelco y empezó a patalear a medida que la levantaban del suelo.

«Me asfixio».

El rostro de Shadrach apareció frente a ella: piel roja, barba negra, la misma sonrisa de dientes separados que su hijo, aunque esta con un gesto de malignidad. De odio. De crueldad.

«Me. Asfixio».

¿No debería decirle algo? ¿Amenazarla? Decirle que era muy débil. Y patética. ¿Qué tenía de divertido romperle a alguien el cuello en silencio?

«Me».

¿Debería ella darle una patada en la entrepierna? Eso siempre funcionaba en las historias.

«Asfixio».

Oyó que uno de los guanteletes caía con estrépito al suelo y sintió que el otro empezaba a escapársele de la mano, así que se lo puso. No podía perder ambos. Rosa la mataría.

Igual que Shadrach estaba a punto de matarla.

Sintió que algo le golpeaba la palma de la mano, y los dedos se le cerraron instintivamente a su alrededor. Era metálico. Frío. Como atrapar con las manos desnudas un pez que uno no ve. La vista empezaba a nublársele, pero levantó la mano para ver qué era lo que estaba tocando. Las runas del guantelete brillaban verdes.

Y entonces vio la espada que tenía en la mano.

Se preguntó por unos instantes quién se había sorprendido más al verla, si ella o Shadrach; y luego, con todas las fuerzas que le quedaban, la clavó en la herida que el vargyr tenía en el cuello.

No lo mató (porque «todas las fuerzas que le quedaban» no eran muchas cuando una era una flacucha de diecisiete años), pero sin duda le hizo daño. El Señor de las Garras aulló y la soltó. Tam aterrizó agachada, agarró el otro guantelete y empezó a correr a toda velocidad por la rampa descendente.

Uno de los felinos enormes, el puma, se volvió hacia ella. La luz relució en sus ojos mientras la seguía por la oscuridad. Se preparó para atacarla, pero el tintoso de Cura lo arrolló y lo pisoteó con sus cascos chisporroteantes.

—¡Tam! —Rosa venía corriendo en su dirección—. ¡Detrás de ti!

No miró. No le hizo falta mirar. Oyó las fuertes pisadas de Shadrach acercándose a ella.

Iba demasiado rápido para poder quitarse el guantelete de *Cardo*, por lo que le lanzó el de *Espina* a Rosa y luego rezó a la barba llena de pulgas del Señor del Estío para que Shadrach se resbalase, tropezase o decidiese enfrentarse a alguien de su tamaño.

Rosa atrapó el guantelete, como era de esperar, y se lo puso al momento. *Espina* acudió a la llamada, una flecha azul reluciente que acabó en la mano abierta de la mercenaria.

—¡Al suelo! —grito Rosa.

Tam se lanzó al suelo y rodó por la roca y la gravilla mientras Rosa arrojaba de lado la cimitarra. Contempló sin aliento cómo pasaba silbando por encima de su cabeza, rotando como una luna a la deriva por el cielo, para terminar clavándose en el costado del Señor de las Garras. Este se tambaleó e intentó mantener el equilibrio con una pierna para no caerse, momento que Rosa aprovechó para abalanzarse contra él y embestirlo con el hombro en toda la rodilla.

Se oyó un chasquido, y Shadrach casi no tuvo tiempo ni de gritar antes de que su cabeza chocase contra el suelo con un sonoro crujido.

Aparte de la voz de su madre, Tam no había oído algo tan maravilloso en toda tu vida.

El padre de Brune se quedó inmóvil donde acababa de caer. El tintoso de Cura chisporroteó hasta desaparecer, y la invocadora tuvo

que apoyarse en Cirrolibre, que se había acercado para ayudarla a mantenerse en pie.

Rosa le ofreció una mano a Tam para levantarla.

—Buen lanzamiento —dijo la mercenaria.

—Lo mismo digo —respondió la barda.

El enfrentamiento había terminado. O casi. Aún había docenas de vargyr que contemplaban la escena desde los extremos de la caverna, pero si no habían atacado después de que el Señor de las Garras se lo ordenase, Tam dudaba que fuesen a hacerlo ahora.

Shadrach los controlaba empleando el miedo, y sabía que el miedo servía para someter a los demás pero no para granjearte su lealtad. Ahora no recordaba quién le había dicho esa frase. Su padre, lo más seguro. Era demasiado sabia para haber salido de los labios de su tío Bran.

La pantera estaba muerta. El carcayú, partido a la mitad. Uno de los tejones gemía patéticamente, a punto de morir. Sorcha seguía en pie, de alguna manera, pero cedía terreno entre bufidos desafiantes mientras el lobo avanzaba hacia ella. Finalmente abandonó su fain, cayó de rodillas y levantó la cabeza para dejar el cuello al descubierto, en gesto de sumisión.

Un gruñido de Shadrach llamó la atención de Brune. El chamán se giró hacia su padre y enseñó unos colmillos del tamaño de sables. El gruñido resonó por la caverna, y Tam estuvo a punto de no poder contener las ganas de salir corriendo.

Pero vio los ojos de Brune a la luz del aura roja que emanaba de la pintura de Shadrach. Había mucho dolor en ellos, y también tristeza e indignación. Pero nada de rabia. No vio esa furia sin motivo. No eran los ojos de una bestia, sino los de un hijo con el corazón roto que estaba a punto de matar a su padre.

Cirrolibre bajó el colmillo.

—Brune —dijo—, vuelve con nosotros.

La cabeza del chamán se giró hacia el druin. Los dos se miraron durante unos momentos antes de que el lobo accediese a hacerle caso, y la sombra de Brune se encogió hasta convertirse en la silueta de un hombre. El pelo manchado de sangre le desapareció de alrededor de los ojos mientras miraba a Shadrach.

El rostro del Señor de las Garras estaba hecho un desastre. Le faltaban varios de los dientes frontales y tenía la nariz hecha papilla. Sangraba tanto por la herida del hombro como la del costado. Tam supuso que no iba a tardar mucho en morir. Eso si Brune no lo mataba antes.

—Acaba conmigo —dijo a duras penas—. Ocupa… mi lugar.

—¿Crees que eso es lo que quiero? —Brune negó con la cabeza—. Pues no. No soy como tú. Al fin lo sé.

Shadrach sonrió e intentó hablar, pero sus palabras se confundieron en un acceso de tos. Cuando terminó, su semblante se distendió. Las nubes negras que eran sus ojos se disiparon como el humo, y una de sus manos se extendió débilmente hacía el pie descalzo de Brune.

—Hijo —farfulló.

—No soy tu hijo. —La voz del chamán sonó fría e insensible, pero con cierto atisbo de orgullo. Alzó la vista hacia los huesos de su madre, que colgaban en la oscuridad como una constelación distante —. Soy el hijo de ella.

Encontraron un estanque en el que no había ningún tejón muerto ni una mofeta llena de sangre y se lavaron en él. Brune, a quien los vargyr supervivientes insistieron en llamar Señor de las Garras a pesar de su negativa, ordenó que quitasen los huesos que colgaban del techo y que los enterrasen.

Ya en el exterior, se vistieron sin prisa, recuperaron las armaduras, las armas, los instrumentos musicales y su pobre y asustado caballo, que había cagado una montañita de heces en su ausencia.

Tam no podía quitarse a Sorcha de la cabeza: lo avergonzada que la habían visto antes de marcharse y cómo el resto de vargyr, los que se habían quedado al margen mientras ellos luchaban contra Shadrach y los suyos, habían empezado a bajar desde las alturas de la caverna hacia ella mientras la banda salía al exterior. Se preguntó qué crímenes habría cometido la mujer lince en nombre del Señor de las Garras. Y ahora que había muerto, ¿seguiría teniendo un lugar entre los suyos?

La respuesta le llegó en forma de un aullido atormentado que se oyó de repente, seguido del chasquido húmedo de la carne al desgarrarse.

La banda, y sobre todo Brune, tenía mucha prisa por dejar atrás la aldea, pero como estaban agotados y ya era noche cerrada, Rosa decidió que era mejor pernoctar allí. Cada uno se adjudicó una de las casas de los secuaces de Shadrach y, aunque Tam no se había fijado en el tótem que estaba tallado en el exterior, tan pronto como se acostó se dio cuenta de que aquella vivienda había pertenecido a la mofeta. Al menos era cálida, por lo que hizo todo lo posible para ignorar el hedor e intentó dormir.

Partieron a la mañana siguiente, hacia el norte y el oeste, por senderos que no habrían encontrado de no ser por Brune, que se mostraba menos taciturno a medida que pasaban los días. Por la noche

se transformaba en lobo y empezaba a deambular por el bosque en soledad. A veces lo oían aullar, aunque no a la luna.

Cuando amanecía siempre encontraban una pieza: una liebre, un urogallo o una trucha asfixiada, esperando junto a las ascuas del fuego de la noche anterior.

—Ten cuidado —advirtió Cura al chamán una mañana mientras desayunaban huevos de codorniz con gachas calientes—. Como sigas así, me vas a terminar gustando.

Al día siguiente se despertaron a causa del grito de terror de la invocadora, que se había encontrado con los ojos vidriosos y la mandíbula destrozada de la cabeza de un ciervo en el camastro, junto a ella.

—¿Mejor así? —preguntó Brune ofreciéndole su antigua sonrisa.

—Que te den —dijo Cura, y todo volvió a la normalidad.

Esa tarde, mientras ascendían por las laderas boscosas que no tardarían en dar paso a las montañas Broquelescarcha, Tam se situó al lado del chamán.

—Brune. —¿Hum?

—¿Crees que…? —Se quedó en silencio y lo volvió a intentar—. ¿Te parecería bien si escribo una canción sobre ti? ¿Sobre lo que ocurrió con tu padre?

Brune rumió la idea unos instantes.

—Claro —terminó por decir—. Para eso estás aquí, ¿no? —Y un instante después añadió—: ¿Cómo la vas a titular?

—Pues no sé. —Lo cierto es que no lo había pensado—. ¿*El aullido de los cielos*?

El chamán torció el gesto.

—No, así no.

—¿*Brune y el Gran Oso Rojo*?

—Ja. Ese es peor.

Tam lo pensó un momento.

—¿Qué te parece *La sombra del lobo*?

El chamán sonrió.

—Ese me gusta —dijo.

23

Hawkshaw

Puentepotro tenía de ciudad lo que Tam de espadachina, pero a los habitantes les daba igual y la llamaban así.

Enclavada en la zona más occidental del bosque Argénteo, la autoproclamada metrópolis estaba casi enterrada en la nieve. La rodeaba un muro de piedra tan chapucero que hasta los niños del lugar lo escalaban para divertirse, trepaban por las piedras irregulares usándolas como peligrosos asideros. Aparte del cementerio (que tenía un muro más alto que la ciudad y estaba patrullado por guardias encargados de mantener dentro a los muertos), la característica más distintiva de la ciudad era el carro de guerra blindado que se hallaba aparcado frente a la posada.

Rosa intentó abrir la puerta del Reducto, pero estaba cerrada, por lo que tocó con el guantelete. Al comprobar que no respondía nadie, lo volvió a intentar con más fuerza y gritó:

—¡Abrid!

—¡Que te den! —dijo una voz familiar desde el interior—. Por las tetas de la Madre Escarcha, os lo he repetido miles de veces, malditos pueblerinos limpiabotas. ¡La banda no está aquí!

—¡Sí que está! —grito Rosa.

—¡Que no está, joder!

Cura empujó a Tam para pasar y se acercó al carro.

—Rod, como no abras la puerta en los próximos diez segundos, invocaré a *Kuragen* para que te meta un tentáculo por el culo con tanta fuerza que te salten los dientes de la boca.

La Bruja de Tinta esperó con las manos en las caderas y contó en voz baja. Cuando iba por ocho, la puerta se abrió de repente y Roderick, que solo iba ataviado con su sombrero de colas de zorro y una sábana a modo de falda improvisada, bajó pisando fuerte los escalones.

—¡Habéis vuelto! —El agente estaba muy borracho y olía como el orinal de un tunante—. Un día después de lo esperado —intentó

pronunciar lo mejor que pudo—. El hojaldre de la Viuda… digo, el alcaide. El alcaide de la burra me advirtió de que… Dadme un momento. —El sátiro se pasó la mano por la cara y parpadeó para intentar volver a estar sobrio. Luego probó suerte otra vez—: El alcáicer de la Viuda… ¿Alcáicer? Dioses, pero si esa palabra ni existe…

—El alcaide de la Viuda —ayudó Cirrolibre—. ¿Qué pasa con él?

Roderick fijó sus ojos vidriosos en el druin.

—Está muy enfadado, por Glif. Dice que el tiempo es orco. —Hipó —. Que el tiempo es oro.

Rosa dio un paso hacia la puerta, pero el agente cruzó el brazo para que no entrase.

—Un momento, por favor. Tengo invitadas. ¡Señoritas! —gritó hacia el oscuro interior del carro—. ¡Mi madre ha llegado a casa! ¡Se acabó la fiesta! ¡Coged vuestras cosas y salid cagando leches!

Poco después, tres mujeres ligeras de ropa salieron a trompicones del interior. La última le dio un beso a Roderick en la boca antes de escabullirse. Rosa dio otro paso al frente, pero Rod volvió a alzar el brazo para impedirle entrar. Dos mujeres más bajaron los escalones, luego otra y al final cuatro a las que también les faltaban prendas.

—¿Eran todas? —preguntó Rosa.

—Espera.

Roderick esbozó una sonrisilla avergonzada, y otras cinco salieron del interior con la ropa y el pelo alborotados.

El agente le quitó un blusón color crema a una de ellas.

—Eso es mío, guapa.

—La verdad es que es impresionante —dijo Cura.

Cirrolibre se había llevado la pipa a la boca y había empezado a morderla.

—Tanto que ni me puedo enfadar.

Poco después, el agente les dirigió una exagerada reverencia mientras gesticulaba señalando las escaleras que tenía detrás de él.

—Bienvenidos a casa —dijo.

El alcaide de la Viuda había alquilado una habitación en Tiffany, la posada local. El lugar estaba sorprendentemente abarrotado, seguro que porque era el único sitio en el que se podía comer, beber y oír música, aunque la música en ese momento era un borracho que cantaba y se había olvidado de que tenía un instrumento entre las manos. Aulló una canción de amor no correspondido mientras unas enormes lágrimas de ogro resbalaban por sus mejillas sonrosadas. Tam se preguntó si la mujer que le había roto el corazón se encontraría presente.

«Más le vale no estar por aquí».

Encontraron al alcaide de pie frente a una mesa de pingball. Un bloque de madera inclinado sobre el que se apoyaba un pequeño laberinto construido entre tarros de cristal de colores que estaban llenos con diferentes cantidades de agua. Las manos del alcaide, cubiertas por unos guantes de cuero negro que le dejaban las puntas de los dedos al descubierto, controlaban dos varillas de latón que usaba para lanzar una canica a rebotar por el laberinto mientras emitía un coro de notas agudas que quedaban ahogadas por los gritos del bardo cantarín.

—Un momento —dijo Rod a Rosa—. Odia que lo interrumpan.

Cuando las varillas no fueron capaces de golpear de nuevo la canica y esta cayó por un agujero que había a la altura de su cadera, el alcaide se quedó mirando la mesa con gesto irritado durante unos instantes mientras Roderick reunía las agallas para alzar la voz.

—Perdón. ¿Alcaide? Permitid que os presente a Rosa la Sanguinaria, Cirrolibre, Cura y Brune, la banda conocida como Fábula, la mejor de todo Grandual. Fábula, este es Hawkshaw, el alcaide de Lindefunesta y campeón imbatido de pingball en el Tiffany.

Hawkshaw se giró sin mediar palabra y se sentó en una mesa redonda que se encontraba en un rincón, detrás de él.

—Que os divirtáis —dijo Roderick mientras el resto de la banda se sentaba también a la mesa—. Estaré en la barra.

El alcaide llevaba una máscara negra de cuero para la nieve, la misma que llevaban los cazadores de Kaskar para protegerse la piel del frío gélido. Le ocultaba la mayor parte de la cara y solo le dejaba al descubierto el ojo izquierdo, la amplia boca y los pelillos canosos de la barbilla. Tenía la cabeza cubierta por una capucha de cota de malla.

—Llegáis tarde —anunció con voz rasposa y un tono más afirmativo que acusatorio.

—Teníamos un asunto que atender —dijo Rosa.

—¿Y lo habéis hecho? ¿Lo habéis atendido?

—Sí.

Asintió.

—Pues partiremos esta noche. Mi señora…

—Mañana —interrumpió Rosa al momento—. Tenemos hambre y estamos sedientos y cansados. No es que el Comedragones vaya a ir a ninguna parte, ¿verdad? Lleva ahí esperando desde hace miles de años a que vengamos a matarlo —dijo ella con ironía—. No le importará esperar una noche más. Doy por hecho que la Viuda no le ha ofrecido el trabajo a ninguna otra banda, ¿verdad?

—Desde que aceptasteis su invitación, no —dijo Hawkshaw—.

Pero hubo otras antes. La que era la primera elección de mi señora rechazó la oferta. Y la segunda aceptó.

Cirrolibre levantó las orejas.

—¿Quiénes fueron los que aceptaron?

El alcaide giró mínimamente la cabeza.

—Los Cuervos de la Tempestad intentaron matar al Simurg el año pasado.

—¿Intentaron? —Brune parecía igual de sorprendido de lo que se sentía Tam—. ¿Y qué paso? ¿Fracasaron?

El silencio de Hawkshaw fue respuesta más que suficiente.

Tam se sintió agradecida por la luz tenue de la taberna, ya que la ayudó a ocultar el gesto apenado de su rostro.

«Los Cuervos de la Tempestad han muerto…».

Los había visto en varias ocasiones en La Piedra Angular. Su hachero se llamaba Farager y solía aderezar las bebidas de los demás con una poción capaz de convertir la voz ronca de un mercenario en el chillido agudo de un ratoncillo para luego pelearse con ellos. Ese Farager tenía un sentido del humor muy extraño.

Los Cuervos de la Tempestad eran una buena banda, pero ¿tenían la experiencia necesaria para acabar con el Simurg?

«Fuisteis unos imbéciles —los maldijo Tam—. Igual que lo estamos siendo nosotros».

—¿Quién fue su primera opción? —preguntó Rosa—. ¿Quién rechazó la oferta?

—Perdón —dijo Cirrolibre al tiempo que llamaba la atención de una camarera—. Otra ronda por aquí, por favor.

La luz de los faroles no iluminaba los ojos entrecerrados de Hawkshaw, que eran oscuros como un pozo.

—Tu padre —respondió.

El druin miró de reojo el rostro de Rosa e hizo una mueca al ver su expresión.

—Que sean dos, mejor.

El Reducto era demasiado voluminoso para llevarlo al lugar al que se dirigía Fábula, por lo que todos menos Rosa (cuya yegua había sobrevivido al bosque Argénteo) y Roderick (que odiaba a los caballos un poco menos de lo que ellos lo odiaban a él) tuvieron que hacerse con nuevas monturas, cortesía de Hawkshaw.

Brune eligió un caballo bajo y ancho que parecía ser capaz de soportar el peso de un hombre como él. Cura, para sorpresa de nadie, eligió una potra esbelta con un temperamento muy similar al de la invocadora. Cirrolibre parecía tener un tipo favorito, por lo que volvió a escoger otro caballo gris pálido.

Tam nunca había sido muy buena jinete, así que eligió uno castrado, manso y de color marrón, a pesar de que el comerciante intentó disuadirla.

—¡Pero si es un caballo para niños! —gritó mientras intentaba venderle uno más grande y más caro.

—Pues perfecto —dijo ella—. Vendido.

—No te molestes en ponerle nombre —dijo Cura mientras Tam subía a la silla—. No compartiréis el tiempo suficiente como para encariñarte con él.

Tam asintió, esperó a que la Bruja de Tinta no pudiese oírla y luego rascó al caballo detrás de la oreja.

—No le hagas ni caso, Perejil. Seremos amigos para siempre.

Hawkshaw iba a lomos de un semental roano que llamaba Trapisondo, cuyo pelaje blanco tenía manchas rojas en las patas y el hocico, como si hubiese pisado cadáveres y parado a beberse la sangre. El alcaide llevaba una capa de paja manchada de tierra sobre una armadura de cuero negro bien ceñido a su esbelta figura, y también una espada larga de empuñadura de hueso y sin funda que le colgaba de una cadera. La máscara parecía formar parte de su gesto, y Tam se preguntó si ocultaba su rostro desfigurado o si le faltaba un ojo. Teniendo en cuenta la manera con la que los miraba con el único ojo que tenía a la vista, decidió que era mejor no preguntar.

Empezaron a trotar en dirección norte mientras Roderick, que llevaba las botas debajo del brazo, galopaba junto a ellos a pie. El sátiro dijo que no le costaba nada seguirles el ritmo, pero cada vez que Hawkshaw ordenaba parar (que no era a menudo), se quedaba hecho un ovillo y boqueando como un pez fuera del agua.

—También podrías dejar de fumar mientras corres —sugirió Tam cuando acamparon esa noche en las ruinas chamuscadas de una granja.

El agente, que intentaba quitarse una piedra de una de sus pezuñas, no se molestó en alzar la vista siquiera.

—Y tú podrías intentar mantener la boca cerrada a menos que tengas algo útil que decir.

Al día siguiente viraron en dirección este, por la linde del bosque, mientras ascendían por las laderas verdes de las montañas Broquelescarcha. Aquella zona estaba llena de barrancos escarpados y riscos abruptos. Los árboles eran oscuros, frondosos y altos. Tam no vio pájaro alguno, a excepción de algún que otro cuervo.

Esa noche acamparon en las ruinas de una fortaleza desierta. Brune se ofreció para ir a cazar, pero Cirrolibre insistió en hacerlo acompañado por Tam, para que la barda practicase el tiro con arco.

—Dos piezas para la cazuela —anunció Tam cuando regresaron al campamento con un par de conejos blancos en la mano.

Hawkshaw casi ni les dirigió la palabra. Ató a Trapisondo apartado de los demás caballos («Muerde», explicó al alcaide) y luego se sentó alejado del resto de la banda, acurrucado como una bruja debajo de su capa de paja negra. Rechazó fumar cuando Roderick se lo ofreció. Y también beber cuando Cura intentó pasarle un odre de vino.

—¿Quieres sopa? —preguntó Brune. El chamán había conseguido convertir de alguna manera dos conejos raquíticos, cuatro zanahorias congeladas, un tallo de apio marrón y un puñado de sal en una comida sorprendentemente deliciosa.

—No —dijo el alcaide.

Cura se tomó el rechazo como algo personal a pesar de que no había participado en la preparación de la comida.

—Pero ¿a ti qué te pasa? Yo soy la primera a la que le gusta el rollito siniestro, y se me da mejor que a la mayoría, pero hay una diferencia entre eso y ser un gilipollas de campeonato.

El hombre enmascarado no respondió.

—Y ahora estás siendo un gilipollas de campeonato —dijo Cura, por si acaso no lo había entendido.

Hawkshaw la miró con gesto impertérrito.

Después de la cena, Rosa sacó a *Cardo* de la funda y se la pasó a Tam.

—Sígueme —dijo.

—¿Cómo? ¿Vamos a entrenar por la noche?

—¿Crees que los monstruos solo atacan a plena luz del día? —preguntó, como si el comentario le hubiese hecho gracia.

—Yo…

La barda cerró la bocaza y siguió a Rosa pasados los muros derrumbados de la fortaleza, donde durante la hora siguiente le dio una buena paliza en el frío nocturno. Hawkshaw ya estaba en la silla de montar cuando Tam despertó al amanecer. La banda desayunó a toda prisa té frío y bollitos correosos antes de continuar el viaje. Ascendieron aún más por las colinas que rodeaban la linde septentrional del bosque Argénteo. Los árboles empezaron a ralear, y el suelo bajo los cascos de Perejil cada vez era menos tierra y más piedra. Cirrolibre empezó a preocuparse de que los animales salvajes fuesen cada vez más escasos, por lo que volvió a ir de caza con Tam mientras el resto daba un paseo con los caballos.

Tam vio una ballesta doble sobre los fardos del alcaide, y también el carcaj de virotes coronados de plumas blancas que llevaba colgado en la cadera al lado contrario de la espada, pero el alcaide nunca se

había ofrecido a cazar. A ella le recordaba a un perro viejo que sacaban a dar un paseo: no se molestaba siquiera en olisquear los tocones ni las plantas, sino a caminar con determinación hacia casa para derrumbarse en la alfombra y descansar sus doloridos huesos.

—De todas maneras, las ballestas no se usan para cazar —le dijo Cirrolibre, que dejó a la imaginación de la barda el descubrir por qué había dicho algo así.

—Esto me encanta —comentó Brune en algún momento de la tarde. Sonreía con satisfacción mientras se balanceaba sobre la corpulenta montura—. Es genial, ¿verdad? Dejar atrás la gira y estar lejos de tantos hedores y del ruido, cabalgar bajo el cielo despejado.

Rosa, que se había ido poniendo más seria a medida que avanzaban hacia el norte, sonrió y todo al oír las palabras del chamán.

—Antes siempre era así —continuó Brune—. Las antiguas bandas sí que se ganaban bien la vida. Sin arenas, ¿os lo imagináis? Sin un calendario, ni arrieros zarrapastrosos. Sin una multitud sedienta de sangre que grita para disfrutar de una matanza… Solo una aventura de las de verdad, con bestias grandes y malvadas que esperan al final del camino.

—El Comedragones —murmuró Tam.

—¡Sí! —dijo Brune al tiempo que se daba un golpe en la rodilla y asustaba a su montura—. ¡El puto Comedragones! ¿Quién iba a decirnos que nos enfrentaríamos cara a cara con el mismísimo Simurg y viviríamos para contarlo?

—Los Cuervos de la Tempestad seguro que no.

Había gente que era experta en cortar una conversación, pero lo que se le daba bien a Cura era hacer que los demás deseasen que ni siquiera hubiese tenido lugar.

Esa noche se refugiaron en una aldea abandonada. Había cuatro edificios más o menos intactos, y el grupo se dividió entre ellos. Hawkshaw se quedó en una torre de guardia que había en las afueras, mientras que Rosa y Cirrolibre sacaron a un lagarto del tamaño de un perro cubierto de pieles que había en una vieja forja y se asentaron allí.

Brune y Roderick (a los que llamaban «los roncadores» y estaban destinados a soportarse entre ellos por las noches) se instalaron en lo que parecía haber sido la taberna local. El sátiro hasta desenterró una caja de vino blanco barato que a Tam le supo a la peor combinación posible de azúcar y agua. Roderick dijo que tenía un sabor «¡muy fresco!», y por la mañana Brune y él ya se habían pulido las seis botellas.

Tam y Cura quedaron relegadas a una pequeña cabaña que había

al borde de un estanque helado. Era un espacio bastante pequeño, pero después de que quitaran la nieve y las zarzas de la chimenea y encendiesen el fuego, terminó por ser un lugar muy acogedor. Tam llegó a la conclusión de que tenía que haber pertenecido a un herborista, porque las estanterías estaban llenas de tarros con albahaca, aladierna y nébeda, así como de los restos fosilizados de varias flores que colgaban como ladrones de las vigas del techo.

Desde que salieron del bosque Argénteo, la barda había empezado a componer (de cabeza, al menos) una canción sobre la peripecia de Brune en la Gruta de los Fains. Rasgueó los primeros acordes con *Hiraeth* y luego cantó la primera estrofa. Cura tenía la cabeza enterrada en la autobiografía de un torturador de trasgos llamada *Mugre y castigo*, por lo que no le hizo ni caso.

—No está mal —dijo la Bruja de Tinta cuando Tam ya la hubo tocado unas cuentas veces—. Podrías intentar cantar un poquito más grave, ¿no crees? Puede que suene más ominoso y menos frívolo. A lo mejor es lo que pretendes. —Se encogió de hombros—. Pero bueno, tú verás.

Tam volvió a rasguear las cuerdas.

—A ver. Prueba tú.

Cura cerró el libro.

—Venga, cantemos juntas —propuso—. Mantente debajo de mí.

—¿Cómo dices?

—Qué cantes más grave, tonta.

Tam tragó saliva, se puso colorada y se preguntó por qué el corazón acababa de darle un vuelco. Dos veces, para ser más exactos.

—Venga. Vale. Sí.

Repitió la introducción dos veces antes de que Cura empezase a cantar. Ella siguió la voz de la invocadora, con cuidado de mantener el tono más grave. No cantaba nada mal, la verdad. Su voz sonaba inexperta, rasposa e inmadura, pero de vez en cuando conseguía clavar las notas y la melodía las envolvía como una agradable brisa.

Al principio les costó un poco coger el ritmo, pero no tardaron en volar, en planear la una junto a la otra a lomos de la corriente de la música hasta que, inevitablemente, se quedaron sin cielo que recorrer.

—Pues eso es lo único que tengo por ahora —dijo Tam.

—Es buena. —Cura continuó leyendo el libro a la luz de las llamas —. Para tratarse de una canción sobre Brune, quiero decir.

Tam lo consideró un cumplido. Guardó el laúd en la funda de piel de foca y se echó a dormir.

24

Los infortunios de Lindefunesta

A la mañana siguiente cayó una nevada, pero por suerte no duró mucho tiempo. Ahora avanzaban en dirección noroeste, directos hacia Ruangoth. Las montañas se alzaban, monolíticas, a ambos lados del camino, moteadas por aquí y por allá de torres vacías y puestos de avanzada saqueados. Atravesaron las ruinas de otra aldea, y Tam fue incapaz de reprimir la curiosidad.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó al alcaide.

Hawkshaw no respondió, pero su gesto impertérrito recorrió las casas vacías que los rodeaban.

—¿Una guerra o algo así?

—No fue una guerra —respondió el hombre.

—¿Qué fue, entonces? —preguntó Brune poniendo su caballo junto a Perejil—. He conocido a gente de Lindefunesta y eran personas orgullosas, resistentes como el cuero curtido. Y se dice que es el lugar más duro de todo el norte. Apuesto a que la mitad de los guardaespaldas del rey son de por aquí.

Hawkshaw lo miró.

—¿Y?

—Pues que nos digas qué ocurrió aquí. ¿Dónde están todos? Se supone que los de Lindefunesta son los que protegen el reino frente a los horrores de los Yermos de la Bruma, pero parece que la mismísima Horda pasó por aquí.

—Sí que pasó por aquí —confirmó el alcaide.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rosa, que cabalgaba por detrás de ellos.

El alcaide miró hacia atrás.

—Se reunieron más al norte, detrás de las montañas, pero muchos de ellos no estaban allí al principio. Sino aquí. —Tam supuso que con ese «aquí» se refería a Grandual—. Viajaron al norte para escapar de los cazadores y no terminar convertidos en carne de las arenas de combate. Bronturo les ofreció cobijo y les prometió venganza por lo

que había ocurrido en Castia. Morir luchando en lugar de… morir a secas.

Era la primera vez que Hawkshaw decía tantas palabras seguidas. Como si sintiese dolor cada vez que hablaba en voz alta.

«O eso o no le gustaba nada compartir los infortunios de su tierra con unos forasteros».

—Siempre creímos que los de los Yermos terminarían por atacarnos. —Hizo un gesto negativo con la cabeza y la luz del sol arrancó destellos a su cofia—. Pero vigilábamos en la dirección que no era.

«Esta gente —pensó Tam mientras contemplaba la devastación que la rodeaba— debería haber podido contratar a mercenarios para defenderse. ¿Acaso las bandas no se crearon para eso? Pero Lindefunesta es un lugar remoto y muy frío. ¿Para qué iba a querer alguien viajar hasta tan lejos para rescatar a unas pocas y tristes aldeas cuando podía disfrutar de la gloria de la arena y luego visitar una taberna para beber, jugar e irse de putas hasta que se le cayese la polla a cachos?».

¿Por eso Hawkshaw tenía un gesto tan hostil? ¿Estaba resentido por la fama de Rosa o la odiaba porque ella y los suyos estaban por ahí de gira mientras su hogar caía presa de los monstruos contra los que supuestamente tenían que luchar los mercenarios? Intentó encontrar la mejor manera de hacerle esas preguntas, pero el alcaide detuvo a Trapisondo y cogió la ballesta.

—¿Qué pasa?

Rosa entrecerró los ojos y miró hacia la pendiente que tenían delante. Había una capilla junto al camino que parecía intacta. Y, frente a ella, un grupo de lo que Tam confundió con personas.

Pero no eran personas.

—Sinu —dijo Cirrolibre.

Hawkshaw metió un virote en el hueco superior de la ballesta y otro en el inferior.

—Yo me encargo —gruñó.

Rosa salió al galope seguida de Cirrolibre, por lo que Brune y Cura hicieron lo propio. Tam no quería quedarse atrás con Rod y Hawkshaw, por lo que azuzó a su caballo.

—Por los helados infiernos —oyó que murmuraba el alcaide detrás de ella.

Mientras Fábula se acercaba a ellos, todos los sinu, con aspecto de zorro, regresaron al interior de la capilla, todos menos dos de los ocho que Tam creía haber contado. Cuatro de los que habían entrado eran más pequeños, hembras o cachorros, y uno de los dos que se quedaron

en el exterior también era una hembra. Era esbelta, delgada y de pelo blanco, con unos ojos verdes de los que emanaba desconfianza. Llevaba una túnica ceñida con un cinturón del que colgaba una espada y una capa de lana con capucha. Su compañero era macho y mucho más anciano, con el pelaje más gris que blanco. Tenía el pelo del cuello áspero y desgreñado. Llevaba una espada corta en una mano y una pequeña rodela en la otra.

Empezó a hablar, pero fueron una serie de ladridos estridentes y sílabas entrecortadas que Tam fue incapaz de comprender. Sonaba como si la criatura hablase un idioma extranjero y encima al revés.

—No tienen nada de valor —empezó a traducir Cirrolibre, porque, como era de esperar, él si entendía el idioma de los sinu—. No quieren hacernos daño, solo pasar la noche en este lugar.

La pareja de criaturas con aspecto de zorro se miró, impresionados ante el hecho de que el druin fuese capaz de entenderlos. El macho dijo algo más antes de bajar la espada.

Cirrolibre también tradujo esas últimas palabras:

—Se marcharán sin problema si decidimos quedarnos aquí.

La banda al completo miró a Rosa, quien se llevó la mano a la nuca y se mordió el labio inferior. Los sinu parecían inofensivos, pero ¿qué habría pasado si en lugar de toparse con un grupo de curtidos mercenarios hubiesen sido unos viajeros indefensos? ¿Habrían sido tan amables?

La mujer soltó una serie de ladridos guturales.

—Los echaron de su clan por no querer unirse a la Horda de Bronturo —explicó Cirrolibre—. Antes eran… —se esforzó por traducir la palabra— más, pero ahora son menos. Se toparon hace poco con varios cuatrobrazos, que supongo que serán yethiks, y hace dos días sufrieron el ataque de un huargo.

Hizo una pausa mientras la hembra sinu terminaba de hablar y sacaba un talismán de debajo de la túnica.

«¿Los monstruos tienen dioses?», pensó Tam de repente.

Cirrolibre tradujo las últimas palabras de la criatura.

—El huargo mató a tres de su camada, pero los que murieron no han… descansado aún. Dice que ahora los muertos les dan caza.

Rosa exhaló un suspiró helado.

—Pregúntale si…

Algo zumbó junto a ella, y en el cuello de la criatura apareció un virote de pluma blanca. La sangre le salpicó la mano y el talismán que sostenía en ella. El macho aulló algo con rabia, o con tristeza, y se abalanzó hacia ellos.

La ballesta de Hawkshaw disparó un segundo virote, que voló

sobre la nieve, se enterró en el hombro del sinu y lo hizo girar sobre sí mismo. El alcaide soltó la ballesta y sacó la espada de hueso al tiempo que echaba a andar hacia el zorro.

—¡Alcaide! —gritó Rosa.

El sinu se recuperó del golpe, gruñó y se lanzó a atacar.

—¡Hawkshaw, detente!

El alcaide agarró la espada de la criatura con una mano enguantada, la desequilibró y luego le clavó su espada en el vientre. El viejo zorro gimoteó y la sangre le manchó los bigotes sarnosos, y acabó por morir cuando Hawkshaw le arrancó el arma del cuerpo. El alcaide dejó caer la espada del sinu en la nieve.

Antes de que ninguno de los integrantes de Fábula pudiese detenerlo, se dirigió hacia el oscuro interior de la capilla. Se oyó un coro de gemidos y aullidos de dolor, seguido de un silencio amenazante. Tam no sabría decir cuál de los dos sonidos fue más estruendoso. El alcaide salió con la espada llena de sangre y vísceras. Arrastraba el cadáver de un sinu detrás de él y lo tiró sobre el de la hembra.

—¡Por los putos dioses, joder! —Rosa estaba muy enfadada—. ¡Eran inofensivos!

Hawkshaw se miraba la mano enguantada con la que había detenido el arma del sinu. Había rasgado el cuero, pero no lo bastante como para hacerle daño, ya que no sangraba.

—Eran monstruos —dijo al fin—. Su presencia está estrictamente prohibida.

Las orejas de Cirrolibre se alzaron a causa de la rabia reprimida.

—Podrías haberles pedido que se marcharan. No había necesidad de usar la violencia.

—Dijo la mercenaria que mata monstruos para ganarse la vida —replicó Hawkshaw con sorna—. ¿Cuál es el problema? ¿No te parece bien hacerlo sin una multitud que te aclame? —Clavó la espada en la nieve y luego se agachó para limpiarla con la túnica de la sinu—. ¿O quizá solo matas cuando alguien te paga? Si quieres, te puedo dar algunas marcoronas para que me ayudes a sacar los cadáveres de la capilla. Pasaremos la noche ahí dentro.

Los dedos del druin aferraron la empuñadura de *Madrigal* y, por un momento, Tam temió que fuese a desenvainarla y a partir en dos al alcaide, pero después relajó la mano.

Hawkshaw gruñó y volvió a entrar en la capilla.

Rosa fue la primera en desmontar. Se acercó al lugar donde los sinu yacían muertos entre la nieve y examinó los cadáveres. Contempló durante más tiempo a la hembra que tenía el virote de

acero clavado en la garganta. Cuando Hawkshaw salió del interior, arrastrando en esta ocasión dos cuerpos más pequeños, Rosa cargó hacia él, le dio un puñetazo con la mano izquierda y después lo empujó contra la pared de piedra. Él intentó zafarse, pero se detuvo cuando notó el filo de una cimitarra en la garganta.

—La próxima vez que te diga que te detengas, lo harás. ¿Entendido?

El alcaide le enseñó los dientes.

—No tienes…

—¿Es que no me has oído o qué? —preguntó Rosa. Al parecer le había clavado un poco la espada, porque Hawkshaw se agitó con violencia y soltó un gruñido ahogado.

—Sí —dijo después.

—¿Has entendido lo que te acabo de decir?

—Sí.

—Bien. —Rosa lo empujó con fuerza y se apartó—. Porque como me vuelvas a hacer enfadar, y me enfado con facilidad, te mataré. Gratis. Y no necesitaré que haya ninguna multitud viendo cómo lo hago.

Esa noche, Tam soñó con que la perseguía una manada de sinu salvajes cuyos ojos ardían con unas llamas fantasmagóricas. Al despertar, inhaló con desesperación una bocanada de aire helado y vio que Cirrolibre estaba arrodillado junto a ella. El druin le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro.

Brune y Roderick roncaban, uno lento y de forma regular, mientras que el otro lo hacía de manera esporádica y con brusquedad. Cura tenía la cabeza enterrada en las alforjas para no oírlos. Rosa estaba dormida, pero se agitaba inquieta. Hawkshaw estaba de pie junto a la entrada de la capilla, y su figura proyectaba una sombra en la pálida nieve del exterior. No tenían manera alguna de quemar los cadáveres de los sinu, por lo que el alcaide se había ofrecido a montar guardia por si regresaban de entre los muertos.

—¿Estabas soñando? —preguntó Cirrolibre.

Tam asintió.

—Yo también —dijo él.

El interior de la capilla estaba iluminado por relucientes haces de luz de luna que penetraban a través de unas ventanas muy altas. Comparado con el estado en el que se encontraban el resto de estructuras de Lindefunesta, esa construcción estaba en unas condiciones sorprendentemente buenas. No había bancos a su alrededor, igual que en la capilla del Señor del Estío de Ardburgo, aunque sí un altar con forma de cuenco. Cirrolibre se puso en pie, se

acercó a él y agitó las orejas para indicarle a Tam que lo siguiese.

—Algo huele a podrido en Lindefunesta —dijo cuando Tam se colocó a su lado, lo más lejos posible del alcaide.

—¿A qué te refieres? —preguntó—. Además de que solo hemos visto ruinas y cadáveres.

El druin olisqueó el ambiente.

—A eso mismo. Hawkshaw dijo que los monstruos habían pasado por aquí en su camino hacia el norte. Afirma que han atacado pueblos y dejado sin hogar a muchos habitantes de Lindefunesta. Pero los monstruos ya no están. La Horda se encuentra en el otro extremo del país. ¿Dónde está esa gente ahora? ¿Por qué no han empezado a reconstruir lo perdido? Sé que los humanos son lo bastante cabezotas como para hacerlo.

—Creo que la palabra que buscabas era resilientes —dijo Tam con tono jocoso.

El druin se encogió de hombros.

—Mantícora. Montícora.

—Se dice mantícora.

—¿Lo dejamos en tablas?

—O podrías estar de acuerdo en que se dice mantícora.

Las orejas de Cirrolibre se agitaron con desdén.

—Creo que por aquí han pasado más cosas de las que nos cuenta el alcaide, y me temo que tiene algo que ver con la Horda de Bronturo y ese problema de Kaskar con los no muertos. —Se giró hacia ella—. ¿Eres creyente, Tam?

La barda estuvo a punto de reír. Si tenía en cuenta el comportamiento que había dispensado y consentido desde que se unió a Fábula (lenguaje vulgar, alcoholismo, un abuso descontrolado de las drogas y sexo indiscriminado con todo tipo de desconocidos, eso sin mencionar frecuentes actos de violencia extrema e injustificada), era muy probable que el druin ya conociese la respuesta a esa pregunta.

Recordó que de pequeña rezaba. Le pedía a la Madre Escarcha (que los sureños llamaban Reina del Invierno) mucha nieve con la que jugar, y rogaba a Vail, el Vástago del Otoño, que hiciese que las calabazas crecieran lo máximo posible. También acudía a festivales en honor a Glif en primavera y veía fuegos artificiales estallar sobre el cielo de Ardburgo, y no se perdía ninguno de los desfiles del Señor del Estío desde hacía años.

En una ocasión, cuando era mucho más joven, le preguntó a su padre si los dioses eran reales.

«Lo suficientemente reales», le respondió él.

Insatisfecha por la respuesta, decidió preguntarle a Lily. Su madre

le contó la misma historia que los sacerdotes, pero ella la contaba mejor, por lo que Tam estuvo a punto de llorar cuando la Madre Escarcha murió al dar a luz a la Doncella de la Primavera y también cuando el Vástago del Otoño, aborrecido por su padre, se sacrificó para que renaciese su madre.

«Y por eso tiene lugar el ciclo de las estaciones —terminó su madre —. Y siempre será así».

«¿Esa historia es cierta?», preguntó Tam.

Aún recordaba la aflicción que vio en el gesto de su madre.

«Espero que no», le respondió.

Tam se dio cuenta de que Cirrolibre aún esperaba su respuesta.

—No —dijo al fin—. No soy nada creyente.

El druin le puso una mano en el hombro.

—Bien, porque los dioses son una mentira.

25

Algo blanco

Mientras Cirrolibre le explicaba a Tam por qué la Santísima Tetranidad, que se adoraba en todos los reinos de Grandual, era mentira, ella contemplaba los puntitos de luz de luna que se movían por el altar que tenían delante, lentos como estrellas que giran en el cielo nocturno.

—¿Entonces los druins son dioses? —preguntó Tam cuando él terminó de hablar.

—Los dioses son los druins —corrigió él—. No es lo mismo.

—Pero entonces, ¿el Señor del Estío es el arconte del Antiguo Dominio?

—Vespian. Eso es.

—Y la Reina del Invierno es su esposa…

—Astra.

—Astra —repitió Tam. Vio que la sombra del alcaide se agitaba en la puerta.

—La mujer del arconte murió dando a luz a su hija —continuó Cirrolibre—. Y Vespian, atormentado por la pesadumbre, forjó una espada llamada *Tamarat*, que tenía el poder de resucitarla de entre los muertos.

—¿Como si fuese nigromancia? —preguntó ella.

—Los druins somos inmunes a la nigromancia —le dijo—. Ya sea porque somos inmortales o porque no pertenecemos a este mundo. No tengo ni idea. Pero el arconte encontró la manera a pesar de todo. Era un poderoso hechicero, y muchas de las armas que forjó no eran meras armas. Eran herramientas, creadas para servir un propósito específico. *Vellichor* es una de ellas. *Tamarat*, otra.

—*Tamarat* —susurró Tam. La bóveda de estrellas repitió el nombre en voz baja—. ¿Puede resucitar a los muertos?

—No a todo el mundo. Solo a Astra. Pero, para hacerlo, se requiere el sacrificio de una vida inmortal.

Si se tenía en cuenta los pocos druin que había en este mundo (ya

que cada hembra solo podía dar a luz a un único hijo), que el arconte forjase una espada que segaba las vidas de los suyos era algo muy tonto.

—¿Entonces Vespian mató a uno de los suyos?

—A su hija —susurró Cirrolibre—. Mató a su hija. Glif.

—¿Qué? ¿Por qué?

Tam estaba horrorizada.

—Sospecho que porque intentaba que la muerte de Astra y su resurrección quedasen en secreto. O se avergonzaba de lo que había hecho y quería ocultarlo. Es posible que culpase a la niña de la muerte de Astra. Pero creo que… —Cirrolibre hizo una pausa y bajó la vista al altar—. Creo que Vespian perdió una parte de sí mismo cuando forjó esa espada. En el pasado había sido un héroe. —El druin soltó un gran suspiro—. Pero hizo lo que hizo y concedió una segunda vida a su mujer.

Tam, que se consideraba lo que podía llamarse una experta en lo relativo a las historias, tenía una sospecha bien fundada de que aquella no terminaba con un «y comieron perdices».

—Baste decir que Astra ya no era la misma mujer. Era diferente, más oscura. Se quitó la vida varias veces en los años venideros, y cada una de esas veces el arconte la resucitó. Pero con cada reencarnación se volvía más y más… diferente. Terminó por darle otro hijo a Vespian. Lo sé —dijo antes de que Tam lo interrumpiese—. No debería haber sido posible. Pero, no obstante, Astra tuvo otro hijo. Un varón.

Tam apartó la vista de la constelación de luz de luna.

—¡Joder! —dijo, con voz amplificada por el cuenco que tenía delante—. ¡Eres tú!

Oyó cómo el druin cogía aire entre los dientes y luego soltaba una risotada.

—No —dijo—. Pero buen intento.

Ambos se giraron al oír unos rasguños junto a la puerta. La sombra del alcaide seguía en el mismo lugar en el que llevaba toda la noche, pero su silueta había cambiado. Tenía la cabeza de lado, y las líneas irregulares de su máscara se recortaban contra la luz del exterior.

Los estaba escuchando.

—¿Quién era el hijo de Astra? —preguntó Tam en un susurro.

El druin le dio la espalda al altar.

—Mañana te digo.

Al día siguiente, Tam miró la capilla por última vez antes de proseguir el camino hacia el norte. Se preguntó a cuál de los falsos dioses de Grandual se adoraba allí y por qué se seguía creyendo en ellos si había otros que sabían que la Tetranidad era mentira. Supuso

que la mayoría de las personas se enfrentaron con la cruda realidad, llegaron a la conclusión de que no les gustaba nada y la ignoraron por completo. Y lo cierto es que era comprensible. Era mejor adorar a un Señor del Estío ficticio (que tenía una barba de la hostia y hacía unos desfiles brutales todos los años) que a su contrapartida real, un druin que había matado a su hija para resucitar a su mujer muerta.

Un banco de nubes de tormenta se alzó sobre ellos y, a media mañana, empezó a nevar de nuevo. Tam no era granjera, pero habría jurado por su laúd que el tiempo iba a empeorar aún más.

La barda esperó pacientemente mientras Rosa y pasaban gran parte de la mañana cabalgando juntos y conversando uno con otro, pero cuando Rosa se desvió para hablar con el alcaide, Tam azuzó a Perejil para colocarlo junto al rucio del druin.

—Ya es mañana —le recordó—. ¿Quién era el hijo de Astra?

Cirrolibre le dirigió una sonrisa. Después se colocó la capucha sobre las orejas y, sin ellas para atenuar la rudeza de su expresión, adquirió un aspecto salvaje. Tam se dio cuenta de que sus ojos al parecer habían cambiado para adaptarse a su humor actual. Eran de un azul pálido.

—Brozaparda.

—Lo sabía —dijo ella.

—¿Porque es el único druin que conoces aparte de mí?

—Sí, en realidad sí.

—Brozaparda o Vail, como se le llamaba en esa época, nació enfermo y se convirtió en un niño rencoroso. Su padre Vespian lo despreciaba, probablemente porque el chico le recordaba el horrible pecado que había cometido. Pero Astra lo tenía consentido. Para ella, Brozaparda era un milagro, un bálsamo que aliviaba el dolor de su corazón roto. Nunca volvió a intentar arrebatarse la vida, pero aun así… sus resurrecciones anteriores le habían pasado factura. Empezó a interesarse por la nigromancia, y no tardó en obsesionarse. Se rumorea que mataba a los sirvientes que la disgustaban y luego los resucitaba para convertirlos en leales marionetas. Si la nigromancia es un arte, que no digo que lo sea, entonces Astra es la mayor artista de dicha especialidad.

La tormenta amainó mientras al alcaide los guiaba por un amplio desfiladero. A ambos lados se alzaban paredes escarpadas, y la neblina invernal impedía ver la parte superior. Brune y Cura se habían adelantado y jugaban al Cíclope frente a ellos. El chamán se cubrió la parte izquierda de la cara con una mano.

—Veo, veo, con mi ojo de cíclope, algo blanco.

—Nieve —dijo la Bruja de Tinta.

Brune se quitó la mano de la cara y parpadeó mientras sonreía con sus dientes separados.

—Ha sido suerte.

Cirrolibre alzó la vista mientras hablaba.

—Los exarcas terminaron por descubrir el secreto de Vespian y se rebelaron al hacerlo, por lo que dio comienzo la guerra que sería la condenación de la especie. El Dominio se vino abajo, asediaron la capital y, mientras Vespian se apresuraba a defender las murallas de Kaladar, sus esclavos humanos y monstruos también se rebelaron. Superaron a Astra, que también era una formidable guerrera, y la asesinaron.

Perejil empezó a quedarse atrás, por lo que Tam le dio un suave toque en los flancos.

—Y luego Vespian la resucitó, ¿verdad?

—Es lo que habría hecho, sí. Pero Brozaparda robó *Tamarat* y se marchó de la ciudad.

—¿Qué? —Tam pronunció la palabra poco a poco debido a la incredulidad—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Por rencor a su padre. O quizá porque sabía lo que era su madre, en qué se convertiría si Vespian conseguía resucitarla.

Le tocaba a Cura cubrirse un ojo.

—Veo, veo, con mi ojo de cíclope, algo… blanco.

—Es lo que acabo de decir yo.

—¿Y?

—¿La nieve? —dijo Brune.

—No, idiota.

—¿Este copo de nieve?

—Tampoco.

—¿Ese copo de nieve?

—El arconte estaba furioso —dijo Cirrolibre—. Se marchó de Kaladar y la dejó a su suerte. Después enterró el cuerpo de su esposa hasta que fuese capaz de recuperar *Tamarat* y se fue en busca de su hijo. Mientras, Brozaparda se había ocultado en el Corazón de la Tierra Salvaje. Pasó siglos allí dentro, evitando a los enviados de su padre, haciéndose amigo de los habitantes del lugar y plantando los cimientos de lo que llegaría a ser la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje. Cuando Vespian lo encontró, Brozaparda se había vuelto demasiado poderoso. El arconte consiguió escapar, pero recibió una herida mortal. Y así es como Saga dio con él.

—¿Eso fue cuando entregó *Vellichor* al padre de Rosa?

Tam se sabía esa parte. Todo el mundo se sabía esa parte. El arconte moribundo le había ofrecido el arma a Gabriel con una

condición: que la usase para matarlo antes de que muriese a causa de las heridas. Ella nunca se había preguntado la razón, hasta hoy.

—Dijiste que las armas de Vespian eran como herramientas. ¿*Vellichor* hace algo? —preguntó—. Además de… Ya sabes.

—¿Además de abrir puertas entre mundos? —El druin parecía entretenido por la conversación, pero se rascó la barbilla como si intentase recordar algo—. Gabriel dijo en una ocasión que si un druin muere por la hoja de *Vellichor*, regresará a nuestro mundo o a cierta parte de él, al menos. A un recuerdo imperecedero de lo que tuvimos… y perdimos.

—¿Tú lo crees? —preguntó Tam.

Sus orejas se alzaron con esperanza.

—Me gustaría creerlo.

—¡Mis dientes! —gritó Brune, que aún intentaba averiguar qué era lo blanco a lo que se refería Cura.

—No.

—¿Tus dientes?

—¿Cómo narices iba a verme mis propios dientes? —dijo Cura.

—¡El pelo de Tam!

—Joder.

—Entonces, ¿qué tiene que ver todo esto con la Horda de la Bruma? —preguntó Tam—. ¿O con los muertos que han empezado a volver a la vida por todo Kaskar? Si me estás diciendo que los dioses son un chiste, más te vale contarme el final.

El druin parpadeó.

—Eso ha sido muy locuaz. ¿Se te acaba de ocurrir?

Lo cierto era que no. Se le había ocurrido la noche anterior antes de quedarse dormida.

—Ajá.

La expresión de Cirrolibre estaba a caballo entre la duda y la impresión.

—Cuando Saga se enfrentó a Brozaparda en Castia, llevaba tres espadas. Una de ellas era *Desprecio*, uno de los escasos regalos que le había hecho su padre. Otra de esas espadas era *Madrigal*, la que le arrebató al exarca de Askatar y que ahora está en mi poder. La última era *Tamarat*. Cuando Brozaparda tuvo claro que su rebelión había fracasado, se suicidó.

Eso sí que no lo sabía Tam. Según todos los bardos desde los Confines hasta las Vastas Profundidades Verdes, el padre de Rosa había derrotado al autoproclamado duque de los Confines en combate singular, con sesenta mil mercenarios como testigos.

«¿Y cuánta gente juraría que vio cómo matabas tú a un cíclope?»,

se preguntó Tam.

—No entien…

—Brozaparda usó *Tamarat* —dijo Cirrolibre.

La barda tardó un momento en procesar la información. Y otro en pronunciar su respuesta.

—Oh.

Frente a ellos, Brune acababa de taparse media cara con la mano.

—Veo, veo, con mi ojo de cíclope…

Los ojos de Cirrolibre se habían vuelto cada vez más oscuros a medida que hablaba. Ahora eran de una tonalidad plomiza como una nube de tormenta.

—Creo que la Reina del Invierno ha regresado de entre los muertos —dijo—. Y que es ella, y no Bronturo, quien lidera la Horda de la Bruma.

—Ruangoth —anunció Brune. Tenía el cuello extendido y contemplaba con el ojo que no se había cubierto la enorme ciudadela que se entreveía entre la niebla, frente a ellos.

—Veo Ruangoth.

26

Rencor

En el pasado, Grandual estuvo plagada de monstruos errantes, por lo que Tam había visto más torreones, castillos y fortalezas defensivas de los que era capaz de recordar. Y todos palidecían en comparación con la majestuosidad de Ruangoth.

Era un lugar ajeno e imponente, una torre que parecía fabricada con obsidiana sin pulir. Todos los cristales relucían de negro, violeta, verde o azul, recordatorio de la aurora que a veces brillaba durante las noches invernales en los confines helados de las montañas Broquelescarcha. La torre central estaba rodeada por unas almenas concéntricas de menor altura a medida que se alejaban de ella. La estructura al completo parecía una flor enorme, de una elegancia monumental que se alzaba entre un oleaje de pétalos negros.

Ya casi había anochecido cuando la banda empezó a atravesar el anillo de fortificaciones y llegó hasta el patio que había en la base de la Aguja. Ningún sirviente se arriesgó a salir a la tormenta que empezaba a arreciar para ayudarlos, por lo que tuvieron que meter sus monturas en los establos ellos mismos antes de seguir a Hawkshaw por el jardín y entrar en el castillo por una puerta de servicio que estaba abierta.

Empezaron a quitarse la nieve de las botas en una cocina dominada por una chimenea abierta por los cuatro lados y montada en una columna. Alguien había avivado el fuego, pero Tam no vio a ningún sirviente a su alrededor.

Sí que había una enorme tortuga que se acercaba a ellos con un gigantesco cuchillo de carnicero en la mano.

Tam gritó, preparó una flecha en el arco con una velocidad fruto del más puro terror y le disparó en el pecho. La flecha rebotó en el plastrón moteado de la criatura, repicó contra una cazuela que estaba colgada, rechinó en una columna de piedra y luego se hizo astillas en el suelo, entre las piernas de Roderick.

—¡Un momento! —dijo Hawkshaw al tiempo que se colocaba entre

Tam y la tortuga, cuya reacción al disparo había sido similar a la de alguien que se derrama salsa por accidente en una camisa ya manchada: un leve fruncimiento de ceño ante otra muesca más en su caparazón—. Este es Rencor —dijo el alcaide—. Es el mayordomo del castillo.

Brune se echó a reír, ya fuese por la reacción de Tam o por Roderick, que había cruzado las rodillas y se había llevado las manos a la entrepierna.

Cirrolibre dio un paso al frente para examinar a la criatura con cuidado de mantenerse lejos del cuchillo. Tenía más o menos el tamaño de Brune, patas encorvadas y brazos rechonchos. La cabeza era similar a un bulto de piedra al final de un cuello largo y arrugado, y Tam vio que dentro de su rugoso pico había uno o dos dientes, prueba de que antes tenía la boca llena de ellos. Sus fosas nasales eran dos agujeros cavernosos entre unos ojos enormes y de grandes párpados que batió con parsimonia mientras contemplaba a los recién llegados.

—Un aspiano —dijo Cirrolibre, sin aliento a causa de la sorpresa —. Pensé que no quedaba ninguno en el mundo.

La cabeza del aspiano se giró hacia el druin.

—¿Eh? —dijo.

—He dicho que pensaba que las crías de la Gran Madre habían…

—Estaba cortando zanahorias —dijo la tortuga con una voz que parecía el graznido de un anciano.

Las orejas del druin se plegaron sin disimulo.

—Ya veo…

Hawkshaw se rascó el bigote canoso debajo de la máscara.

—Rencor —dijo—. Muéstrales sus aposentos a los invitados. Yo tengo que hacer un informe. Y baja ese cuchillo antes de que te cortes el cuello.

—Son para… la sopa.

Cura se sobresaltó.

—¿A quién vas a meter en la sopa?

—Creo que se refería a las zanahorias —explicó Rosa.

El alcaide suspiró con impaciencia.

—¡RENCOR! —gritó a la oreja de la tortuga (o por un lado de su cabeza, al menos, ya que no tenía orejas)—. ¡LLÉVALOS A SUS APOSENTOS! El desayuno se sirve una campanada después del amanecer —le dijo al resto—. Iré a buscaros.

Hawkshaw dio media vuelta y se marchó. Sus botas fueron dejando relucientes charcos en el suelo de piedra al pasar.

El mayordomo vio cómo se marchaba y parpadeó varias veces más

antes de recordar que le habían encomendado una tarea. Soltó el cuchillo entre un montón de zanahorias cortadas en dados y cogió un farol de latón de la mesa que tenía junto a él.

—Por aquí —dijo.

La banda empezó a seguirlo cuando se volvió, pero luego se detuvieron cuando la criatura se giró otra vez hacia ellos.

—¿Eh? —preguntó.

Nadie se movió. Los ojos llorosos de la criatura parpadearon una vez, dos, antes de volverse de nuevo y empezar a caminar despacio en la dirección por la que se había marchado Hawkshaw.

Siguieron al mayordomo senil a través de los gigantescos interiores de Ruangoth, pero se movía con una lentitud tan terrible que más que seguirlo podía decirse que merodeaban a su alrededor. Rencor alzaba el farol en cada intersección y contemplaba las sombras de cada uno de los posibles caminos hasta que, al fin (y al parecer arbitrariamente), elegía uno y continuaba avanzando.

La ciudadela de la Viuda era tan majestuosa por dentro como por fuera. Aunque los lores de Lindefunesta habían vivido en aquel lugar durante generaciones, no lo habían redecorado demasiado. Las habitaciones eran cavernosas, los techos estaban cubiertos de murales en los que se distinguían antiguos druin haciendo antiguas cosas druin, que solían ser beber, fornicar y sostener objetos aleatorios (cimitarras, gavillas de trigo, relámpagos) sobre las espaldas encorvadas de sus esclavos postrados. Los pasillos eran lo bastante amplios como para que cupiese la banda al completo, y Rencor también los guio a través de varias escaleras amplias e insoportablemente largas.

Todo estaba tan tranquilo que resultaba inquietante. Llevaban casi una hora y media caminando, y Tam aún no había visto sirvientes ni soldados. Los candeleros que adornaban las paredes estaban llenos de polvo y lo único que mantenía a raya a la oscuridad era el farol del mayordomo. Los pasos reverberaban en el vacío, se precipitaban frente a ellos y los acechaban por detrás.

Brune silbó, y las sombras le devolvieron el silbido.

—Había oído decir que la Viuda se había despreocupado un poco tras la muerte del Señor de la Linde, pero esto es… —Se echó el pelo a un lado para contemplar mejor la penumbra de una espaciosa galería —. Es un castillo magnífico que parece que han abandonado.

—Cuidado, no podemos perderlo de vista —dijo Rosa señalando hacia el aspiano—. Nos perderíamos en la oscuridad.

—¿Perderlo de vista? —rio Roderick—. ¿Perderlo de vista? Por los dioses, ¡he visto ladrones yendo a la horca con más brío que este tipo!

—¿Eh?

Rencor se detuvo, se volvió y los cubrió a todos con la luz titilante del farol.

—Que el Hereje nos ampare —dijo el agente al tiempo que se quitaba el sombrero y se colocaba un mechón de pelo grasiento entre los cuernos.

—¿HAY BAÑO POR AQUÍ? —gritó Cura.

El aspiano ladeó su cabeza cuadrada.

—¿Eh?

—EL SERVICIO —repitió la invocadora—. UNA LETRINA.

—¿EL CAGADERO? —sugirió Brune, lo que le granjeó una mirada de desesperación de Rosa—. ¿Qué pasa? Hay gente que lo llama así.

La vieja tortuga asintió.

—Está justo… aquí delante —prometió.

Llegaron a «justo… aquí delante» un cuarto de hora después. El aspiano se detuvo de repente en una intersección y columbró a la tenue luz del farol la penumbra que se extendía por cada uno de los pasillos. Parpadeó despacio (como todo lo que hacía) y luego murmuró:

—Eh… —Más para sí que para que lo oyese alguien—. Creo… Al parecer me he equivocado… de camino.

La banda gruñó al unísono. La Bruja de Tinta, que ya había empezado a encoger las rodillas para aguantar las ganas, tenía cara de estar a punto de acuclillarse y orinar allí mismo. Hasta Cirrolibre bajó una oreja y suspiró como un niño enfurruñado.

Empezaron a oír un resuello grave y entrecortado. La boca ancha del aspiano estaba fruncida por las comisuras.

—Era broma —gorjeó, y empezó a guiñarles el ojo muy… despacio —. A las crías de Bentar se nos conoce por… nuestro dinámico… ingenio.

Roderick murmuró algo para sí. Tam distinguió las palabras «tienes» y «rápido» y «lo que yo» y «humano», por lo que se hizo más o menos una idea de lo que acababa de decir el sátiro.

Rencor levantó el farol para señalar un pasillo a la izquierda.

—Esa ala de ahí es… para vosotros.

—¿Cómo? ¿El ala entera? —preguntó Rosa.

El aspiano agitó su arrugado cuello de arriba abajo.

—Sí —confirmó—. Usad los aposentos que… queráis. Os veré… en el desayuno.

Después de haber cumplido con su cometido, se volvió muy despacio y empezó a arrastrase por el camino por el que acababan de llegar. Tam se preguntó si los aspianos vivían tanto tiempo como su

contrapartida reptiliana. Esperaba que sí, si no desperdiciarían media vida solo para moverse de un lado a otro.

Cura, desesperada por ir al baño, ya había desaparecido por el pasillo.

—¡Os veo en el desayuno! —gritó en la lejanía mientras su voz reverberaba por las paredes.

* * *

El ala que les habían asignado contenía más de una docena de habitaciones espaciosas, entre las que se incluían dos comedores, una cocina, cuatro dormitorios, una biblioteca y tres zonas con decoración lujosa que parecían ser tan solo para quedarse allí sentado entre muebles caros pero polvorientos. Había varias ventanas abiertas, por lo que la nieve había llegado a apilarse en algunas de las habitaciones y la brisa fría recorría los pasillos como si fuese un fantasma. Rencor parecía ser el único sirviente del castillo, por lo que no había fuegos encendidos, pero sí muchas cosas listas para quemar: leña amontonada, sábanas agujereadas por las polillas, cuadros de paisajes rurales. Encontraron una reserva de vino frío y queso curado en una despensa. El abandono del lugar había mejorado mucho la calidad de ambas viandas, por lo que Roderick dijo al respecto:

—¡Menuda suerte hemos tenido!

Rosa y Cirrolibre ocuparon el dormitorio más grande, mientras que el sátiro se acomodó en otro dando un portazo y gruñendo por la escasez de sirvientas a las que seducir. Brune también se adjudicó una cama, y Tam supuso que Cura ocuparía la última, por lo que ella abrió el saco de dormir en el suelo de la biblioteca.

Se sentó junto a la ventana y vio cómo los copos de nieve se agitaban detrás del cristal helado. Bebió un poco de vino y masticó un poco de cecina muy salada que le había dado Brune, lo que la hizo desear tener agua en lugar de vino.

Pensó en Ardburgo, más lejos de ella de lo que había estado nunca, y anheló estar en su antigua cama, oír la voz de su padre detrás de la puerta mientras Lamento le daba coletazos en la cara. Lloró un rato, porque era joven, estaba sola y el futuro le daba mucho miedo.

Después empezó a echar un vistazo por las estanterías. Hojeó un libro que trataba de la Caída de Kaladar y luego encontró otro que especulaba sobre la desaparición del exarca Contha y la posterior destrucción de su legión de gólems. Lo apartó por si Cirrolibre quería leerlo y luego volvió a colocarlo en su sitio porque llegó a la conclusión de que lo más seguro era que no.

Tam gruñó al coger un enorme volumen titulado *Historia de las crías*. Sus quebradizas páginas contaban la historia de Bentar, la Gran Madre de los aspianos, la misma que Cirrolibre había mencionado antes en la cocina. La Gran Madre había acompañado a los druins (como bestia de carga, claro) cuando llegaron por primera vez a Grandual. Era el único miembro de su especie que había sobrevivido al cataclismo. Bentar había dado a luz a setenta y siete crías, y el libro explicaba (con escabrosos detalles) la vida de cada una de ellas. Estaban enumeradas en orden alfabético, por lo que Tam lo abrió por la sección dedicada a Rencor.

«Rencor, Hermonious —decía—. Nacido el septuagésimo primero de sesenta y siete. Hermano de caparazón de Shrack, Timanee. Fallecido (sin confirmar) durante la batalla de Ter…».

Un siseo llamó la atención de Tam y la obligó a mirar la estantería que tenía encima. En el espacio del que había sacado el tomo vio una rata esquelética con ojos como llamas blancas. Gritó (aunque dudó de que nadie fuese a oírla), le dio un golpe a la criatura con el libro y la tiró al suelo. Después empezó a golpearla una y otra vez con la voluminosa historia de las crías hasta que se le apagaron los ojos y se le astillaron todos los huesos. Al terminar, le dio seis golpes más para asegurarse de que había muerto.

Entonces decidió que no iba a dormir sola en la biblioteca.

27

Monstruos debajo de la cama

Tam llevó el saco al pasillo mientras buscaba más de esas ratas demoniacas en la oscuridad, pero la única luz que vio fue una llama rojo anaranjada que iluminaba la penumbra frente a ella. Se acercó y llegó a una sala lujosamente amueblada en la que Cura se había sentado con las piernas cruzadas frente el chisporroteo de la chimenea. La invocadora estaba inclinada hacia el fuego y era poco más que una sombra recortada a la luz de las llamas, por lo que Tam fue incapaz de ver qué hacía hasta que se colocó justo detrás de ella.

Cura alzó la vista.

—Si tienes pensado decirme que has tenido pesadillas para convencerme de que compartamos lecho… Bueno, lo cierto es que ha funcionado antes. Varias veces, de hecho. Pero ahora mismo estoy un poco ocupada.

Llevaba una bata corta ceñida a la cintura con un cinturón azul oscuro y uno de los hombros se le había quedado al descubierto. Tam hizo todo lo posible para no mirar la copa llameante de *Agani* que cruzaba los hombros de Cura. Había dispuesto varias dagas y agujas frente a sí, en una tela. Junto a una de sus rodillas tenía un grupo de viales de tinta de colores y, al lado de la otra, una botella de vino.

«Se está haciendo un tatuaje nuevo», pensó Tam observando las líneas de tinta negra que cruzaban la cara interna del antebrazo de la invocadora. La carne de alrededor estaba irritada y roja, por lo que no veía bien qué era el dibujo. ¿Una mujer, quizá? ¿Una llama retorcida?

La invocadora volvió a alzar la vista, con expresión afligida, y Tam llegó a la repentina conclusión de que se había entrometido en algo muy íntimo.

—Lo siento —dijo—. Me marcho.

—Quédate. Si quieres —añadió Cura antes de volver a centrar su atención en lo que tenía entre manos—. Te he oído gritar —dijo luego —. No será que Roderick ha vuelto a caminar sonámbulo desnudo, ¿verdad? A veces lo hace, y nunca he estado del todo segura si duerme

o no.

—Fue una rata —explicó Tam—. Estaba muerta, pero… no.

Cura soltó una de las agujas y eligió otra, una más pequeña.

—¿Una rata zombi?

—Justo eso.

—¿La mataste?

Asintió.

—Sí, con un libro.

La sonrisa de Cura se convirtió en una mueca de dolor mientras apartaba la vista de la aguja.

—Eres toda una heroína, Tam. Ahora siéntate. O duerme. Haz lo que quieras, pero en silencio. Necesito estar concentrada.

La barda se sentó junto a ella en la alfombra. El calor del fuego la envolvió por completo como si se hubiese dado un baño, atravesó su piel y le calentó los huesos. No se dio cuenta del frío que tenía hasta que dejó de tenerlo.

Se quedó un rato apoyada sobre los codos, escuchando el restallar del fuego y el ris, ris, ris de la aguja de la invocadora al atravesarle la piel del brazo. Cura tenía los ojos entrecerrados mientras trabajaba, y enseñaba los dientes en una mueca de dolor. De vez en cuando se detenía y resoplaba a causa de la angustia. Se enjugó una lágrima de la mejilla con discreción, y Tam fingió que no la había visto.

—Mi tío Yomi era invocador —dijo Cura al rato, lo que hizo que Tam dejase de mirar el fuego—. Era un hombre de las llanuras del oeste. Mi padre y él eran de la Guardia Córvida, pero mi padre era un imbécil y lo pillaron robando caballos, por lo que lo condenaron a muerte.

Tam se quedó muy sorprendida.

—¿Por robar un caballo?

—Los carteanos se toman los caballos muy en serio —dijo—. Si matas al marido de una mujer, te condenan a pagarle con diez ovejas, o seis cabras, o dos camellos. Pero si matas a su caballo… Será mejor que la mates a ella antes de que te encuentre.

—¿Entonces ejecutaron a tu padre?

—No. Huyó. Y mi tío con él.

—A Fantra —aventuró Tam.

Cura asintió y metió la aguja en tinta escarlata.

—Se reencontraron con mi madre en Aldea. Ella era marinera. Una contrabandista. Fiera como una tormenta y bella como un amanecer en mar abierto, o eso era lo que solía decir mi tío. Los dos estaban enamorados de ella, pero como Yomi era amable y cariñoso y mi padre era un pedazo de mierda egocéntrico, lo eligió a él. —Resopló

—. Cómo no.

Limpió la sangre de la punta de la aguja en el trapo que tenía al lado, volvió a embadurnarla de tinta y continuó. Tam aún no había conseguido ver qué era lo que dibujaba. Tampoco lo intentó.

—¿Recuerdas cuando te hablé de los invocadores? ¿De que usaban la madera o el cristal para dar forma a sus criaturas? —No se molestó en esperar a que Tam asintiese—. Bueno, pues mi tío hacía las cosas de manera un tanto diferente. Él fabricaba unas pequeñas figuritas de arcilla y después las horneaba, como se hace con la vajilla. Luego pintaba cada una de ellas con meticuloso detalle. Aves, serpientes, delfines…

Tam se moría por saber qué era un delfín, pero no se atrevió a interrumpir, ya que el monólogo inconexo de Cura había respondido todas las preguntas que quería hacerle desde que se habían conocido.

Además, prefería no molestar a la Bruja de Tinta cuando tenía algo afilado en las manos.

—Las hacíamos juntos —continuó Cura—. Las suyas eran frágiles, hermosas y perfectas. Las mías eran feas y deformes. —Una risilla grave—. Monstruos, más bien. Conseguí invocar a una o dos… Yomi me enseñó a aplastarlas para así darles vida.

—¿Duele? —preguntó Tam.

Cura hizo una pausa mientras contemplaba las emborronadas líneas de sangre que le surcaban el brazo.

—Sí —dijo al fin—. Pero no de la manera que crees. Es agotador, claro, pero también pasa factura a nivel mental. Para darle vida a alguien, esté hecho de piedra, cristal o de lo que sea, tienes que imaginarte que es real. Tienes que verlo, olerlo y sentirlo. Y requiere… chispa o algo así. La verdad es que no sé cómo describirlo. Tienes que dedicarte en cuerpo y alma. Cuanto más de ti aportes, más poderoso será lo que intentas invocar. ¿Entiendes?

—Claro —dijo Tam—. Más o menos. No, en realidad no.

Cura resopló.

—Y esa es la razón por la que no me molesto en explicarlo —dijo —. Sea como fuere, fui incapaz de romper todos los monstruos que habíamos hecho mi tío y yo, por lo que los escondí en mi habitación, debajo de la cama. —Ris, ris, ris—. Nos las arreglamos durante un tiempo, mis padres, Yomi y yo, bajo el mismo techo. Antes de que todo se pusiese patas arriba irremediablemente. Mi tío se peleó con una de las pandillas más despreciables de los muelles. Traficaban con jóvenes por la Costa de la Seda, y Yomi liberó un barco lleno de chavales y luego le prendió fuego. Un día apareció tambaleándose en la puerta de casa, vivo, pero con tantas espadas clavadas que era un

milagro que aún pudiese caminar. ¿Y sabes cuáles fueron las últimas palabras de mi padre a su hermano moribundo? Dijo: «Eres demasiado bueno, Yomi. Te lo merecías».

Cura volvió a limpiar la aguja, y en esta ocasión la embadurnó de un color similar al dorado.

—Mi madre pasaba mucho tiempo fuera de casa, traficando con espadas por toda la Bahía, y ahora que Yomi había muerto, mi padre empeoró cada vez más. Se peleaba más, bebía más, robaba más y empezó a… —Ris… Ris—. Tomarse ciertas libertades conmigo, cosas que no se habría atrevido a hacer cerca de su hermano. O de mi madre, claro.

Se quedó en silencio unos momentos. Las llamas murmuraron, y la aguja de Cura convirtió su sangre en tinta.

—No duró mucho. Nunca se me ha dado muy bien hacerme la víctima. Una noche me encaré con él, por lo que me respondió. Estuvo a punto de matarme, pero cogí todos los monstruos que había escondido debajo de la cama y los rompí uno a uno.

Tam se estremeció. Se le puso la piel de gallina e intentó no imaginarse al padre de Cura siendo descuartizado por las pesadillas deformes de una niña. Lo intentó, pero no lo consiguió.

—Lo curioso es que mi madre nunca llegó a conocer de verdad al saco de mierda con el que se había casado. Fue interceptada por un par de corbetas de la Reina Salobre. La persiguieron hasta mar abierto y la llevaron directa a una tormenta. Su barco quedó destruido. Todas las mujeres menos una desaparecieron en el mar, y la joven que sobrevivió empezó a delirar como una loca. Cuando la encontré en la enfermería, me dijo que la mismísima diosa Kuragen había matado a mi madre. Dijo que aquella diosa de las Vastas Profundidades Verdes se había alzado de los mares y partido en dos el barco.

Cura se enderezó en el asiento y examinó lo que había hecho hasta el momento.

—Tenía doce años. Acababa de perder a mi tío, había asesinado a mi padre y esa loca salitrosa me acababa de decir que un monstruo había matado a mi madre. —La Bruja de Tinta soltó una risilla y negó con la cabeza—. Tuve pesadillas durante varios meses.

Volvió a meter la aguja en la tinta dorada. Ris. Ris. Ris.

—Me volví un poco loca —continuó—. Había probado las mieles de la invocación, pero quería zambullirme en ella. El problema es que me había quedado en la calle y ni siquiera tenía arcilla que moldear ni horno en el que hacerlo. Pero sí que tenía cuchillos y agujas y muchas ganas de hacerme daño. —Dejó a un lado la herramienta y se pasó unos dedos manchados de tinta sobre el tatuaje del muslo—. Por eso

usé mi cuerpo. Mi carne y mi sangre. *Kuragen* fue la primera. Mi tío *Yomina*, el siguiente.

«¿*Yomina*?». —Tam tardó un momento en darse cuenta de dónde había oído antes ese nombre. La criatura con cuello de buitre invocada por Cura para enfrentarse a los huargos en Caramillero. —Eso es lo que son, entonces —dijo Tam. Extendió la mano y pasó los dedos por el tatuaje de la pierna de Cura: dos mujeres con escamas en lugar de piel, unidas por unos pesados grilletes de acero—. Tus miedos…

Cura apartó las agujas y volvió a meter los viales de tinta en su morral. Después se pasó una venda encerada por el tatuaje que acababa de hacerse y miró a Tam con expresión desconcertada.

—¿Qué?

Los ojos de Cura se centraron en la mano de la barda, que seguía posada sobre su pierna desnuda.

—Lo siento —dijo Tam, pero antes de que le diese tiempo de apartar la mano, Cura la agarró de la muñeca.

—¿Acabas de…?

Se había puesto de rodillas, y aprovechó esa posición para tirar de la barda hacia ella. Puso la mano de Tam donde estaba antes, sobre la imagen de dos mujeres enroscadas entre sí y atadas la una a la otra, y luego la guio hacia arriba, por su rodilla, hacia el azul, el dorado y el verde de las escamas de la diosa Kuragen.

Tam sintió cómo a Cura se le ponía la piel de gallina. Los muslos de la invocadora empezaron a temblar, y le clavó las uñas en la muñeca. Puede que incluso le hubiese hecho sangre. A Tam no le importó. Alzó la vista y vio que los ojos de Cura se clavaban en los suyos y los mantenían cautivos mientras sus dedos recorrían la espiral serpenteante que eran las extremidades de Kuragen.

Tam ya no estaba segura de si era la invocadora quien guiaba su mano en realidad mientras seguía aquel sendero de tinta, que ascendió cada vez más hasta meterse por debajo de la túnica. Los latidos de su corazón eran lentos y comedidos, como las pisadas de un ladrón. El aliento le goteaba como miel entre los labios. Un leve movimiento de sus dedos hizo que la mujer que se encontraba sobre ella emitiese un intenso jadeo, y luego Cura se abrió como una flor.

Una rama chasqueó en el fuego y escupió un puñado de ascuas en la alfombra que había junto a ellas.

Cura siseó y las apagó con el puño. Luego se puso en pie tambaleándose, como si estuviese a punto de perder el equilibrio. Cogió el morral de tintas con una mano y con la otra se quitó al cinturón que le ceñía la túnica para dejar al descubierto su piel pálida y la media luna que formaba la curva de sus pechos.

—Apaga el fuego —dijo a Tam—. Voy a ir calentando la cama.

Nunca en la larga historia de los fuegos había sido uno tan bien apagado como el cúmulo de cenizas pisoteadas que Tam dejó en esa estancia.

Al principio intentó soplar, pero no tardó en darse cuenta de que sabía menos sobre el fuego de lo que debería una chica de su edad. Las llamas se avivaron, y Tam se llenó la cara de hollín. Guiada por la determinación, usó un atizador de metal para reducir la madera a carbonilla y luego pisó las ascuas hasta reducirlas a cenizas. Al terminar tenía los pantalones manchados de negro, y arrastró las botas llenas de polvo por la alfombra hasta que decidió quitárselas.

Golpeó algo con la mano y lo tiró al suelo.

«La botella de vino», pensó al tiempo que la cogía antes de que se vaciase en la alfombra. Volvió a enderezarla con cuidado, pero luego se lo pensó mejor y le dio un trago. Luego otro. Y al final decidió bebérsela entera.

—Llevo mucho tiempo con esta gente —murmuró al tiempo que se ponía en pie.

Recorrió el pasillo frío y oscuro con las botas en las manos. Mientras pasaba junto a la biblioteca vio, iluminados por la luna, los huesos de la rata que había matado a golpes un rato antes.

«Deséame suerte, compañera».

Luego abrió la puerta de la habitación de Cura. La luz parpadeante de una vela la recibió al entrar, así como el aroma familiar de la invocadora: una mezcla embriagadora de limón, regaliz y ron. Tam cerró la puerta y avanzó despacio, con la esperanza de que la vista se le habituase a la oscuridad antes de tropezarse con un taburete o de romperse la rodilla contra la esquina de la cama. Estaba a punto de decir algo, de excusarse por todo el tiempo que había tardado en apagar un simple fuego, pero justo en ese momento oyó el suave e inconfundible sonido de los ronquidos de Cura.

Joder. Vale.

Se planteó despertarla, pero al final decidió no hacerlo. Sabía que Cura estaba agotada, tanto física como mentalmente, tras haberse hecho el tatuaje. Dejó las botas en el suelo, se quitó la ropa llena de hollín y se tumbó en la cama con toda la suavidad de la que fue capaz. Justo después de que su cabeza hubiese rozado la almohada, Cura se agitó, murmuró algo ininteligible y le puso una pierna a Tam por encima de la cadera, con la que la clavó en el sitio.

No era la bienvenida que esperaba, pero tampoco es que fuese desagradable. Se quedó tumbada un rato. No dejaba de darle vueltas a mil cosas, y su corazón latía como un silencioso clamor en su pecho.

Aquella noche había visto un atisbo nada habitual de la verdadera personalidad de Cura, un vistazo detrás de la cortina de seda negra que cubría el resquebrado espejo que era su alma.

«¿Estaremos todos rotos por dentro? —se preguntó—. ¿Con cicatrices hechas por nuestros padres, por nuestras madres, por nuestros crueles y difíciles pasados?».

Un rato después, sintió que empezaba a tranquilizarse y a dejarse arrastrar por el sueño con el ritmo profundo de la respiración de Cura, lento y regular como olas que baten y rompen y rompen y rompen contra una costa lejana.

28

Un desayuno frío

Resultó que Rencor no era solo el único sirviente que quedaba en Ruangoth, sino también el único cocinero. Lo que significaba que cuando la anciana tortuga terminó de preparar el desayuno para seis y lo empujó en un carrito traqueteante de un extremo al otro del castillo, todo llegó frío. Había huevos fríos y salchichas tibias. Gachas frías coronadas con pedazos de azúcar moreno y rebanadas de pan correoso que no mejoraban demasiado cuando las untabas con mantequilla dura y sosa.

Cura también actuaba con frialdad. Se había levantado y marchado antes que Tam, y había respondido al alegre saludo de la barda con un brusco cabeceo.

Había sido incómodo.

Los demás, sobre todo Rosa, estaban demasiado preocupados para notar la tensión que flotaba entre Tam y la invocadora, aunque Brune les dirigió una mirada suspicaz al ver que ninguna de las dos se rio cuando jugueteó con una salchicha e hizo como si fuera una erección que le salía de la frente.

—¿Qué te pasa? —preguntó a Cura.

—Nada.

—Y una mierda. Te encanta cuando hago el chiste del carapolla.

La Bruja de Tinta se encogió de hombros y se metió una cucharada de huevos fríos en la boca.

—Ya no hace tanta gracia.

El chamán resopló al oírlo.

—Los chistes de pollas siempre…

Se quedó en silencio cuando vio que la Viuda de Ruangoth entraba en la estancia. La anfitriona llevaba un traje negro de cuello alto debajo de un chal adornado con espirales de un verde resplandeciente, y también un pañuelo de seda color añil ajustado debajo de la barbilla con un broche que contenía una esmeralda. Tenía los dedos cubiertos con unas garras de plata afiladas, y Tam se hizo una nota mental para

conseguir unas de esas si sobrevivía y regresaba a la ciudad en algún momento.

El pelo de la Viuda era negro y lo llevaba recogido en una redecilla de plata tachonada con versiones más pequeñas de la esmeralda que le adornaba el cuello. Llevaba el rostro cubierto por un velo de luto del que colgaban unas campanillas de plata.

Hawkshaw entró después de ella y se apostó junto a la puerta. El alcaide ya no llevaba la capa de paja, pero sí la misma armadura de cuero llena de marcas. No se había quitado la máscara, lo que confirmó a Tam que la usaba para ocultar algún defecto desagradable.

—Gracias por venir —dijo la mujer. Las campanillas de su velo tintinearon con suavidad mientras tomaba asiento en un extremo de la mesa. Roderick, Brune y Tam estaban sentados a su izquierda; Rosa, Cirrolibre y Cura a la derecha. Tam intentó mirar a la invocadora a los ojos, pero la Bruja de Tinta parecía evitarla a conciencia.

Rosa carraspeó y apartó el plato.

—Sí, es difícil no aceptar una oportunidad de acabar con el Comedragones.

—¿Segura? —La voz de la Viuda sonó muy ingenua—. Diría que muchos de tus compañeros mercenarios han rechazado el contrato. A pesar de su arrogancia, muchos de los de tu calaña tienen miedo de enfrentarse a un monstruo fuera de una arena.

Tam esperaba que Rosa se enfadara por aquel comentario, pero se limitó a encoger los hombros.

—Tienes razón. Pero nosotros no somos así. Y los Cuervos de la Tempestad tampoco lo eran, al parecer.

—Si lo fueran, al menos seguirían vivos —dijo la Viuda con tono impertérrito—. Espero que vosotros seáis más eficientes.

Tam tenía muy claro que la voz de la mujer no dejaba entrever que «esperase» nada.

La silla de Rosa chirrió cuando la mercenaria se reclinó y se cruzó de brazos.

—¿Qué ha hecho el Simurg para que estés dispuesta a pagar por acabar con él?

—No es necesario que haga nada. Su sola presencia es motivo más que suficiente para acabar con él. Es un monstruo en el peor de los sentidos. Una amenaza para este mundo y todo lo que habita en él.

Una sonrisa de picardía se perfiló en la comisura de los labios de Rosa.

—Actúas por pura filantropía, entonces. Cuánta nobleza. Tu marido fallecido estaría muy orgulloso.

—Mi marido fallecido fue asesinado por el Simurg —replicó la

Viuda—. Te aseguro que no lo hago por compasión.

Roderick dio unos golpes en la mesa.

—Por venganza, entonces.

—Sí. Por venganza —repitió la Viuda, y algo en su voz hizo que a Tam se le helase la sangre.

El silencio se apoderó de la estancia, y fue Cirrolibre quien terminó por romperlo.

—Nuestro más sentido pésame. El Señor de la Linde…

—Era un lelo insoportable cuando estaba sobrio —dijo la Viuda—, y un patán insufrible cuando estaba borracho. Era solitario, amargado y seguía muy enamorado de su anterior esposa. Sara. —Escupió el nombre como si fuese una mosca que se le hubiera metido en la boca —. No tenía intención de volver a casarse, pero los hombres como él están obligados a legar sus títulos a sus hijos. Y por eso se casó conmigo, y dio por hecho que yo le daría hijos suficientes como para perpetuar su legado. Pero yo prefería tragarme una espada a traer otro hijo a este mundo.

—Brindo por eso —dijo Rosa bebiéndose su vaso de un trago, como si en vez de té fuese whisky.

Cirrolibre la fulminó con la mirada antes de volver a sonreír a la anfitriona.

—¿Ya eres madre, entonces?

—Lo soy —dijo la Viuda sin dar más detalles.

El sonido de unos pies rozando contra el suelo anunció la llegada de Rencor. El viejo aspiano empezó a recoger los platos y a amontonarlos en el carrito que había usado para traerlos. Tam se agachó mientras la tortuga extendía uno de sus fofos brazos por encima de su hombro. El mayordomo olía a rábano y a cuero mojado.

Brune cogió un último pedazo de salchicha antes de que Rencor se los llevase.

—Si tan poco te gustaba el Señor de la Linde, ¿por qué te casaste con él? —preguntó en voz alta el chamán.

Tam vio el resplandor de los dientes de la viuda detrás del velo.

—Porque era rico. Y tenía un castillo muy grande. Por si no os habéis dado cuenta, fuera hace mucho frío.

Cura sonrió desde el otro extremo de la mesa.

—Yo me casaría hasta con esta tortuga vieja y apestosa si a cambio consiguiese un castillo así de grande.

Rencor giró la cabeza de inmediato al oírla. Se la quedó mirando mientras abría la boca poco a poco, como un puente levadizo que baja durante una rendición.

—Ja —graznó antes de seguir recogiendo.

—El Comedragones lleva unos años muy inquieto —dijo la Viuda —. Seguro que por culpa de ese imbécil de Bronturo y de su lamentable Horda.

—Ese imbécil ya ha vencido en dos batallas —señaló Roderick—. Y esa lamentable Horda se vuelve menos lamentable a cada día que pasa. Tienes suerte de que Bronturo no haya pasado por aquí de camino al sur.

La Viuda repiqueteó con una garra en la superficie barnizada de la mesa.

—Cierto —dijo con tono irónico—. Damos las gracias a los dioses cada día. ¿Verdad, Hawkshaw?

El alcaide inclinó la cabeza.

—Así es, mi señora.

—La Horda no me importa la más mínimo —dijo la Viuda—. Lo que más me preocupa es el Simurg. Ya me ha arrebatado demasiado. Y si decide marchar al sur, dejará hecho un erial todo Kaskar, como mínimo. Se me responsabilizaría a mí, y Maladan Pike nombraría un nuevo Señor de la Linde en mi lugar. O peor aún: me obligaría a casarme con uno de sus salvajes primos.

A juzgar por el asco que emanaba de su voz, la anfitriona seguro que prefería beber el agua de la bañera de un orco antes que meter a otro hombre en su lecho.

«No me extraña», pensó Tam.

La Viuda posó una mano sobre el brazo de Cirrolibre.

—¿Te gustaría ser un lord? —le preguntó—. Soy rica. Tengo un castillo muy grande y puedo ser muy cariñosa cuando quiero.

Cirrolibre se apartó con cuidado, pero levantó las orejas tan de repente que dio la impresión de que iban a salir volando.

—Prefiero enfrentarme al Simurg —dijo.

—Hablando de dinero —interrumpió Rosa con brusquedad—. Nos prometiste mucho por el contrato.

Roderick, que había empezado a morder la esquina de la servilleta de tela, tragó saliva.

—Cincuenta mil marcoronas, creo.

«¡Cincuenta mil marcoronas!», pensó Tam. Intentó hacerse a la idea de cómo sería tener una fortuna así. Uno podía vivir una vida entera con mil monedas de oro mientras no se dedicase a espolvorear polvo de oro en la comida y a comprarles un caballo a todos sus amigos por su cumpleaños. Bueno, quizá sí que se podía hacer lo de los caballos si uno se apretaba el cinturón por aquí y por allá.

Pero ¿cincuenta mil? Los integrantes de Fábula podrían retirarse por todo lo alto con una fortuna así, siempre que siguiesen vivos para

disfrutar de ella.

—Y recibiréis todas y cada una de esas monedas cuando acabéis con el Simurg —prometió la Viuda.

Extendió los brazos mientras lo decía, y la barda se percató de las cicatrices que le cruzaban la cara interna de los antebrazos. Eran de pequeños cortes, rectos como si estuviesen hechos con cuchillas. Había visto cicatrices similares.

«Es adicta a la rasca —dedujo—. No me extraña que se le dé tan mal gobernar este lugar».

Rosa se inclinó sobre la mesa.

—¿Dónde se ha escondido la criatura todos estos años? ¿En Lindeverde? ¿En Bosquehelado?

—En Laguna Espejo.

Rosa parpadeó una vez. Después otra. Le empezaron a temblar los labios, incapaz de decidirse por una sonrisa o un gruñido. Tam no sabía nada de Laguna Espejo, a excepción de que se trataba de un lago que siempre estaba helado y que se encontraba en algún lugar del noroeste. Algún lugar muy lejano en dirección noroeste, a juzgar por la expresión que se había apoderado del rostro de Rosa.

—Laguna Espejo está a doscientas millas de aquí —dijo Rosa—. ¿Por qué hacernos venir hasta aquí para ahora enviarnos hacia el oeste otra vez?

«Ha llegado el momento —pensó Tam—. Ahora es cuando salta la trampa, cuando se corre el velo y descubrimos que la Viuda de Ruangoth es una archienemiga de Rosa muy bien disfrazada o una de las vengativas amantes abandonadas de Cirrolibre o la mismísima Madre Escarcha, que ha regresado para vengarse del mundo».

La cabeza no dejaba de darle vueltas: ¿Qué podía usar como arma? Más importante aún: ¿qué arma iba a darle ella a Rosa cuando fuese necesario? Rencor se había marchado con la vajilla hacía solo un minuto, pero, conociendo lo rápido que avanzaba el aspiano, seguro que aún se encontraba al otro lado de la puerta. Si pudiese llegar hasta él y quitarle los cuchillos…

La Viuda disipó todos los miedos de Tam con un suspiro exasperado.

—Qué divertido —murmuró—. Veo que tenéis muchas ganas de llegar, ¿no? Aunque vuestro destino sea la guarida del Comedragones. —Agitó una mano con gesto de desdén—. No os preocupéis. Iréis volando.

29

El *Espuma de mar*

—¿Alguien se ha fijado en sus brazos? —preguntó Brune mientras Fábula regresaba a toda velocidad a sus aposentos. Estaban a punto de partir hacia Laguna Espejo, dentro de menos de una hora y a bordo del barco volador de la Viuda.

—Es adicta a la rasca —dijo Roderick—. Una costumbre repugnante.

—No es rasca —murmuró Cura—. Ha intentado suicidarse.

Rosa la miró.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Esas cicatrices… —Se quedó en silencio, y Tam vio que la invocadora cerraba y abría los puños—. Estoy segura —repitió.

Brune se rascó la barba incipiente del mentón.

—Supongo que se sentirá muy sola en este castillo tan grande, con la única compañía de Hawkshaw y ese aspiano.

—¿Sientes pena por ella? —preguntó Rosa.

—Yo sí —dijo Tam poniéndose de parte del chamán—. Sí, sabemos que es horrible, pero nadie nace con esa maldad dentro, ¿no? Y no siempre podemos elegir en quién vamos a convertirnos. No sé si me entendéis.

—Yo no —le aseguró Roderick.

—Yo sí —dijo Cirrolibre.

Cuando llegaron al ala del castillo donde estaban sus aposentos, la barda tiró de la manga de Cura para que se colocase a su altura.

—¿A ti qué te pasa? —le preguntó cuando las dos se quedaron solas.

Cura se encogió de hombros.

—A mí nada. ¿Por qué?

—Bueno, porque creía que… anoche…

—¿Qué pasó anoche?

Tam tenía la boca abierta, y la cerró con fuerza antes de que se le cayese al suelo de la impresión.

—Que dormimos juntas —respondió.

La carcajada de Cura sonó afilada como una daga.

—Dormimos la una junto a la otra.

—Pero… desnudas —dijo Tam. Por la Benévola Doncella, la conversación iba de mal en peor.

—Mira, olvídalo, ¿vale? Lo que pasó pasó. Y lo que no pasó… Bueno, pues seguro que es mejor así.

Tam se quedó aturdida. Sentía como si le hubiesen dado un puñetazo en las entrañas y se hubiese llevado la mano al vientre para intentar reprimir el dolor.

—Creía que…

—Lamento que mis ronquidos no te dejaran dormir —dijo Cura, y la dejó atrás—. Nos vemos en el barco.

A Tam le dio la impresión de que Daon Doshi, el capitán del barco volador *Espuma de mar*, era un hombre que intentaba ser muchas cosas y no conseguía ser ninguna. Tenía la mirada de ojos entrecerrados propia de un pirata fantrano, el bigote trenzado de un lord kaskariano y el contoneo patizambo de un caballo carteano, y estaba vestido como un bandido de Agria que hubiera robado el pijama a un príncipe narmeerí. Llevaba un gorrito a rayas y unas gafas de piloto de cristales azules, una túnica amarilla y ajada ceñida con un fajín rojo y una cota de malla de mala calidad que se había puesto sobre un jubón acolchado y hecho con retales.

Doshi saludó uno a uno a los integrantes de Fábula mientras subían a bordo. Les estrechaba la mano y les sonreía como el propietario de un burdel que hace de anfitrión en la fiesta de cumpleaños de un principito.

—¿Qué tenemos aquí? —Recibió a Tam con un traqueteante apretón de manos, sin dejar de mirar con sus ojos oscuros la funda de piel de foca de *Hiraeth* ni a *Duquesa*, que llevaba sin cuerda en la mano—. ¿Una arquera o una guerrera poeta?

Ella le dirigió una sonrisa forzada en respuesta, con el estómago aún en un puño a causa del encuentro con Cura.

—Soy la barda —le dijo.

Doshi hizo una leve reverencia mientras Cirrolibre llegaba a la parte superior de la rampa.

—¡Itholusta soluthala! —dijo en lo que Tam supuso que era druínico.

—*Isuluthi tola* —respondió Cirrolibre.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tam al druin.

—Me ha preguntado que cuánto hay que pagar para ir al baño —dijo Cirrolibre, a quien sin duda le había hecho gracia el comentario.

Tam no tenía mucha idea de barcos, y mucho menos de barcos voladores, pero supo a simple vista que el *Espuma de mar* era un montón de chatarra. El casco, que se encontraba encajado en una cuna de metal que había sobre una de las torres de piedra negra de Ruangoth, era del tamaño de una barca mediana. Estaba arañado y astillado, remendado con más parches que una vieja manta con mucho valor sentimental. Tenía el nombre pintado en rojo en un costado, y sus velas, dos grandes y una pequeña, se encontraban claramente raídas. Las cuadernas de metal estaban retorcidas y oxidadas, y la madera aparecía desgastada e incluso chamuscada en algunas partes. La cubierta estaba llena de serrín y, aunque la barda no sabía muy bien para qué servía, el olor a virutas de madera de cedro era la característica más atractiva del *Espuma de mar* hasta el momento.

Tenía un motor de marea a cada lado de la cubierta trasera, algo que Cura dijo que resultaba muy curioso, aunque no explicó la razón. Tam se acercó para mirarlos más de cerca.

—Duramantio —dijo el capitán, que apareció detrás de ella. Se dio cuenta de que la suela de las botas de Doshi eran un calzo de madera y, aun así, era algo más bajo que Tam. Posó una mano enguantada en uno de los anillos exteriores de un motor—. Ya no los fabrican así.

—¿El qué ya no fabrican así? —preguntó ella—. ¿Los motores?

—¡Nada! —Doshi se retorció los bigotes—. Las espadas, las armaduras, los motores… ¡Esos conejos desenterraron todo el duramantio que fueron capaces de encontrar y no nos dejaron nada al resto! Y aun así… —Contempló aquel barco ruinoso con una mirada cargada de devoción—. Aun así, nos dejaron maravillosos juguetes con los que entretenernos.

Tam pasó los dedos por uno de los anillos de duramantio. El metal era de un negro azulado, granulado con unas motas que relucían como plata. Había oído a los herreros de Ardburgo hablar de aquel escaso metal en tono apenado, como viejos mercenarios afligidos por el recuerdo de los camaradas caídos en batalla o calvos que lloran por los brillantes rizos que tenían antes.

Los pasos de Hawkshaw atronaron por la pasarela. Venía ataviado de nuevo con su capa negra de paja y con la espada de hueso sin funda. En los hombros llevaba colgados un carcaj de virotes de plumas blancas y la ballesta doble.

—¿Vienes para asegurarte de que se cumplen las órdenes de la Viuda? —preguntó Rosa.

—Así es —dijo él, y luego se dirigió a la parte delantera del barco. Había un mascarón montado en la proa: una mujer alada a la que le faltaba la cabeza. Tam sospechó que iba a llevarse bien con el alcaide.

Doshi les mostró el interior del barco, que le recordó al sombrío interior del Reducto de los Rebeldes. Las escaleras descendían hasta llegar a un pasillo alargado y de techo bajo con camarotes a cada lado. Había una cocina abarrotada de cosas en la popa y una puerta cerrada en la proa, detrás del camarote privado de Daon Doshi.

Los catres de cada habitación eran tan pequeños que Rosa y Cirrolibre se vieron obligados a dormir separados. Cura desapareció en un dormitorio y cerró la puerta. Brune, cuyo tamaño le impedía maniobrar con comodidad allí dentro, deshizo el equipaje en el camarote que se encontraba frente al de Tam. Después de afanarse durante varios minutos para encontrar un lugar en el que guardar a *Ktulu*, terminó por separar en dos la guja doble y esconderla debajo del catre.

Tam guardó sus cosas, ansiosa por volver a cubierta antes de que levaran anclas. Dejó *Duquesa* en la cama y colocó *Hiraeth* debajo. Cuando se giró para marcharse, vio que Rosa bloqueaba la salida, apoyada sin naturalidad alguna contra el marco de la puerta.

—¿Pasó algo anoche que deba saber?

Tam titubeó. Notó que se le formaba una capa de sudor en la parte baja de la espalda y empezó a preguntarse si no habría una regla tácita entre los integrantes de Fábula que ella desconociese: «No follarse a la barda», por ejemplo. Cura había empezado a actuar de forma extraña, y lo último que quería Tam era que tuviese problemas con Rosa por su culpa.

—Qué va —respondió. Y luego añadió, por si no había sonado lo bastante enfática—: No. Nada. Claro que no.

A posteriori se dio cuenta de que tal vez se había pasado un poco de enfática.

Rosa se quedó un rato mirándose las uñas, o más bien los nudillos, mientras Tam empezaba a pergeñar un plan que consistía en escabullirse por la pequeña ventana circular que tenía detrás.

—Me he enterado de que anoche dormiste en la habitación de Cura.

—Me invitó ella —dijo Tam, y se dio cuenta de que la que acababa de saltar por la ventana era su integridad moral.

Cirrolibre apareció detrás del hombro derecho de Rosa.

—¿Te invitó ella?

—No pasó nada —insistió Tam—. Dormimos y ya.

—¿Dormisteis? —El druin puso gesto escéptico—. ¿De verdad?

—¡Es cierto! —les dijo—. Estábamos en otra de las habitaciones hablando y luego… bueno, pues… ella y yo…

—¿Qué? —Por el borde de la puerta apareció La cabeza de

Roderick—. La verdad es que, para ser una barda, lo de contar historias se te da fatal.

Brune salió de su camarote en ese momento. Vio a sus compañeros amontonados en la puerta de Tam y sonrió.

—¿Le habéis preguntado? —dijo con emoción—. ¿Pasó algo?

El sátiro le mandó callar.

—¡Silencio, imbécil! Estaba a punto de contar la parte interesante.

Tam agitó los brazos, desesperada.

—¡No hay parte interesante! —gritó—. Os he dicho que solo…

Tam se dio cuenta de que el mundo… No, el barco viró con brusquedad. Roderick cayó sobre Brune, quien se tropezó con Rosa, que cayó a un lado sobre Cirrolibre. Tam vio el hueco que habían dejado y aprovechó la oportunidad para pasar junto a ellos a toda prisa y subir las escaleras que conducían a la cubierta.

En el exterior nevaba con fuerza, y el viento amenazaba con hacerla perder el equilibrio. En lo alto, las velas del barco volador se agitaban como los dedos de una mano palmeada. Unos relámpagos revoloteaban entre los mástiles para luego caer hacia la barandilla. Tam sintió una tenue sacudida eléctrica en los pies y por la espalda.

«Para eso es el serrín, entonces», pensó.

Los motores de marea empezaron a rotar: uno, un borrón de anillos concéntricos, y el otro girando tan despacio que veía el laborioso movimiento de los aros girando uno dentro de otro. Daon Doshi se encontraba en el timón, cerca de la parte trasera del barco. Golpeaba con nerviosismo un par de bolas de dirección esféricas y le indicó a la barda que se acercase nada más verla.

El motor había empezado a emitir un terrible repiqueteo, y fuera lo que fuese lo que gritó el capitán mientras Tam subía las escaleras en dirección a la cubierta trasera, se perdió entre el ruido y las sacudidas del viento.

—¿Qué? —gritó.

—¡Agárrate! —respondió Doshi también entre gritos mientras el *Espuma de mar* salía de la estructura de metal.

Alrededor solo tenía la consola de dirección, por lo que Tam tuvo que agarrarse a Doshi, y justo a tiempo, porque iniciaron una caída en picado hacia el lecho del cañón. El gabán batió detrás de ella y el pañuelo se agitó como loco. Una ráfaga de serrín sopló a su alrededor y se disipó como brasas recortadas en el cielo detrás de ellos.

Doshi escupió virutas de madera y gritó a todo pulmón:

—¡El agua de dentro se congela! —Los bigotes le golpeaban contra las mejillas mientras miraba hacia el motor de marea que no había terminado de arrancar—. Solo tiene que calentarse un poco. Y lo hará

—prometió—. En cualquier momento. Lo más seguro.

Tiró de una palanca con la que cerró las velas, y empezaron a caer a más velocidad.

Tam entrecerró los ojos para evitar la nieve que traía el viento y vio que Hawkshaw estaba agachado en la popa. El alcaide se agarraba a la barandilla con ambas manos mientras el vendaval le destrozaba la capa de paja.

Doshi murmuró algo junto a ella. Tam oyó que nombraba al Señor del Estío.

—¡¿Estás rezando?!

—¡Claro que estoy rezando!

—¿Para qué? —aulló la barda, mientras el suelo se acercaba cada vez más.

—¡Para que funcione!

Doshi volvió a tirar de la palanca. Las velas se abrieron y chasquearon al cobrar energía, y la barda apretó los dientes mientras que la descontrolada electricidad del barco, mayor ahora que ya no había alfombra de serrín, zumbaba a través de sus huesos.

El motor que giraba despacio aulló como una tetera hirviendo y liberó una nube de humo blanco antes de convertirse en un borrón plateado. Las manos del capitán bailotearon sobre las esferas de dirección y el *Espuma de mar* se alzó del suelo de nieve y piedra como un halcón que se da cuenta en el último segundo de que tampoco tenía tanta hambre.

Tam soltó poco a poco el brazo del capitán. Habría jurado sentir el chasquido de la estática en los dientes al separarlos.

—Eso ha sido…

—Emocionante —dijo Doshi—. Lo sé. Pero si te ha parecido divertido, espera a que lleguemos al Muro de las Tormentas.

30

Y una botella de ron

—Hay tres cosas que nunca querrás oír decir a una mujer —le había dicho su tío Bran en una ocasión. Tam no había terminado de poner los ojos en blanco y su tío ya tenía levantado el dedo para decirle cuál era la primera—: «Estoy embarazada».

—Eso es una tontería —le había asegurado ella—. ¿Y si quieres tener un hijo?

—Entonces necesitas un yelmo mejor, porque eso es que te han dado un golpe muy fuerte en la cabeza. El mundo tiene la misma necesidad de más humanos que los orcos de un segundo ojete.

—Bueno, de todas maneras yo no tengo que preocuparme por esa.

Bran la miró con ojos entrecerrados por encima de la jarra levantada.

—Supongo que no. Sea como fuere, la segunda es: «¿Te acordaste?».

—¿Te acordaste de qué?

—Eso da igual —aseguro Bran—. De comprarle un regalo de cumpleaños, de sacar la basura, de comprar esa cosa de camino a casa cuando saliste del bar. Sea lo que sea, lo más seguro es que no te acuerdes. En ese momento, lo mejor que puedes hacer es salir corriendo y comprarle flores. O dejar las flores y hacerte con un caballo muy rápido.

Pero, para Bran, la última cosa era la peor.

—¿«Tenemos que hablar»? —Tam frunció el ceño—. ¿Eso qué tiene de malo?

—Solo puede significar dos cosas. O estás bien jodido y en el mismísimo borde del frío abismo del infierno o…

—¿O qué? —preguntó ella con impaciencia mientras él hacia una pausa para darle un sorbo a la cerveza.

—O está a punto de romperte el corazón.

—Tenemos que hablar —dijo Cura desde el umbral de la puerta.

Tam se encontraba sentada en la cama con *Hiraeth* sobre el regazo.

Había terminado de escribir la letra de la canción de Brune e intentaba componer la música de la última estrofa. Para ello tenía que tocar la misma melodía una y otra vez, experimentar con varias notas, probar algunas opciones y seguirlas para comprobar si terminaban en un lugar que mereciese la pena. En muchas ocasiones, ese no era el caso, por lo que se veía obligada a volver al principio y empezar de nuevo.

—Claro.

Cura miró a ambos lados del pasillo antes de entrar. Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

—Lo que pasó anoche fue un error.

—No pasó nada —dijo Tam con toda la naturalidad y la indiferencia que fue capaz de expresar—. Te quedaste dormida, ¿recuerdas?

—Me refiero a antes de eso. Frente al fuego… —Se quedó sin palabras, y en el largo silencio que siguió ambas supieron muy bien en qué estaba pensando la otra—. Estaba afligida —explicó—. Me sentía vulnerable. Y también estaba un poco borracha. No debería haber hecho lo que hice.

—Me alegro de que lo hicieses —dijo Tam, demasiado rápido—. Yo…

—No —la interrumpió Cura—. No… sigas. —Se separó de la puerta y se sentó en el borde de la cama. No dijo nada durante un rato, y se limitó a rascar la tela que le cubría el brazo izquierdo—. Estoy rota por dentro —dijo al fin—. Me falta algo, y no sé qué era lo que antes llenaba ese hueco. Mi madre. Mi tío. Una puta infancia normal… —Soltó una risotada irónica—. No lo sé. Pero es como… un agujero que siempre intento llenar. Y da igual lo que beba, cuánto me drogue o la gente de la que me aproveche… porque sigue ahí. Un espacio vacío que no puede llenarse y donde no cabe nadie.

—Puede que yo sí.

—No…

—Por favor —dijo Tam deseando con todas sus fuerzas no parecer demasiado desesperada—. ¿No quieres algo real? ¿Algo que dure más de una noche? Dijiste que usas a las personas, pero esas personas también te usan a ti. Y mereces algo mucho mejor, Cura, te lo creas o no. —La invocadora se quedó en silencio, por lo que Tam continuó—. Deja que lo intente, al menos. Y quizá también deberías permitirte a ti misma preocuparte por los demás en lugar de entregarte de esa a manera a cualquier persona que…

Cura desenvainó la daga.

—Joder. Lo siento. No me apuñales, por favor.

—No voy a apuñalarte, Tam. —Se desamarró la vaina de cuero negro y volvió a meter el arma en el interior—. Esta es *Beso* —dijo al tiempo que se la ofrecía a la barda—. Yo no le puse el nombre. Fue un regalo de mi tío Yomi. Quiero que te la quedes.

Tam se quedó mirando la daga sin hacer nada, por lo que Cura la soltó en la cama, entre ellas. Se hizo otro silencio incómodo, se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Nos vemos, Tam —dijo antes de marcharse.

Tam se quedó mirando durante un buen rato el arma que le había dejado la invocadora. Tenía la hoja recta y la empuñadura con forma de cuervo. El laúd de su regazo estaba en silencio. La canción podía esperar. Ahora mismo no tenía ganas de componer nada.

«Le he entregado mi corazón —pensó Tam, muy triste—, y ella me ha dado una daga».

El capitán se dio una vuelta por la cocina esa misma noche, mientras la banda se enfrentaba a medio barril de ron tarindiano. Una búsqueda rápida en la despensa del *Espuma de mar* les había servido para encontrar muchas copas rotas y una de madera, que era la que compartían en esos momentos.

—¿Doshi? —llamó Cirrolibre alzando la vista de la pipa.

—¿Sí?

—¿Quién pilota el barco?

—Nadie —respondió el capitán—. Pero no os preocupéis. He revisado la altitud, corregido el rumbo, cerrado las trampillas…

—¿Qué trampillas? —preguntó Cura—. ¿Dónde están las trampillas?

—Lo que quería decir es que no vamos a chocar —continuó Doshi —. El alcaide está ahí arriba, y sabéis que Hawkshaw es una persona muy vigilante. Si algo va mal, seguro que nos lo hará saber. Hemos atravesado las montañas y estamos a punto de llegar a los Yermos de la Bruma. Lo único con lo que podemos chocarnos es contra las nubes.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Laguna Espejo? —preguntó Rosa.

—Dos días si el tiempo lo permite —dijo Doshi.

Se sentó en una silla que había en uno de los extremos de la mesa de caballete de la cocina, y se acercó poco a poco a Cura, quien a su vez se acurrucó contra Tam, quien intentó disimular que no acababa de sentir la repentina proximidad de la invocadora.

—¿Podría atacarnos algo por el camino? —preguntó Cirrolibre.

—Podría —aseguró Doshi—, pero no lo creo. Si es feo y con alas, lo más seguro es que se encuentre en el oeste con la Horda de Bronturo. Además, puede que el *Espuma de mar* no sea el ave más

rápida de los cielos, pero esconde varios trucos en la manga.

—¿Trucos? —dijo Brune con tono escéptico—. ¿Como cuáles? ¿Quedar hecho astillas durante una tormenta?

—En la bodega hay dos docenas de barriles bomba—dijo Doshi con parsimonia, como si eso no significase que volaban en un barco cargado de explosivos—. Y en mi camarote tengo un cofre con granadas alquímicas suficientes como para prender fuego a la mitad del Corazón de la Tierra Salvaje. También tengo algunas ballestas por aquí y por allá.

—En las trampillas, ¿no? —preguntó Cura.

Doshi le dirigió una sonrisa repulsiva.

—Parece que estabas preparado por si había problemas —dijo Roderick, que estaba comiendo un puñado de nieve que había sacado de la hielera—. ¿Qué eres? ¿Un pirata o algo así?

Tam esperaba que alguno de sus compañeros de banda reprendiese al sátiro por haber sido tan maleducado, pero todos parecían ansiosos por oír la respuesta del capitán.

—Lo era —dijo al tiempo que se ajustaba las gafas de piloto—. Esa es la razón por la que conseguí este fantástico navío.

—¿Cómo fue? —preguntó Brune pasando a Doshi la copa de madera. El chamán era quien se encontraba sentado más cerca del tonel, por lo que se dedicaba a rellenarla cada vez que alguien la terminaba.

—Mi tripulación y yo lo encontramos varado en la costa Barbantine —dijo el capitán—. Navegábamos cerca de tierra y nos dedicábamos a cobrar el peaje de la Reina Salobre a quienquiera que se cruzase con nosotros…

—Que les robabais, vamos —clarificó Cirrolibre.

—Todos los peajes son un robo. El monedero se te aligera igualmente, ya sea para pagar el diezmo de un rey o porque un ladronzuelo te amenaza con una daga al cuello para robarte. Pero sí, les robábamos. Y una mañana vimos el *Espuma de mar* sobre unas rocas. Tenía el casco roto y las velas raídas, por lo que al principio lo confundimos con un naufragio más. Hasta que vimos los anillos.

—¿Te refieres a los motores de marea? —preguntó Tam.

Doshi le dio el último trago al ron y le devolvió la copa a Brune.

—Eso es. La tripulación decidió cogerlos y venderlos en Aldea. Están hechos de duramantio puro, por si no lo recuerdas. Nos habríamos hecho ricos como príncipes sureños. Todos. Era tanto dinero que habríamos podido hacer lo que nos viniese en gana. Cualquier cosa, menos lo que yo más ansiaba.

Brune le pasó la copa a Cura.

—¿Y qué es lo que más ansiabas?

—Volar —respondió el capitán mirando al exterior a través de uno de los cristales resquebrajados del portillo—. Era una noche de tormenta. Estaba de guardia y vi un rayo caer en el agua, cerca del barco destrozado, y cómo se encendía uno de esos motores y empezaba a girar. Lo siguiente que recuerdo es robar un bote de remos y poner rumbo a la costa. Llené el otro motor con agua salada y manipulé las esferas para que pudiese levantar el vuelo. Por la mañana ya había arreglado la dirección, si es que se le puede llamar así. Me dirigí a Askatar. El navío solo podía volar en marcha atrás y girar a la derecha. No tenía dinero para repararlo y sabía que mi antigua tripulación seguro que me había seguido la pista, por lo que lo vendí a un mercader narmeerí gordo por tanto oro que hasta tuve que comprarme dos kolaks para llevarlo.

Tam levantó una mano.

—¿Qué es un kolak?

—Es como un camello con escamas, pero sin jorobas —dijo Cura pasándole la copa.

—¿Qué es un camello? —preguntó Tam.

—Es como un kolak peludo, pero con jorobas —respondió Rosa sin dejar de mirar a Doshi—. ¿Y conseguiste llevarte el dinero?

El capitán negó con la cabeza.

—Era mi intención. De verdad. Pero me fue imposible quitarme de la cabeza la sensación de que lo que acababa de conseguir era menos de lo que había ganado. Tenía más monedas de las que un dragón sería capaz de contar, pero… —Sus dedos juguetearon ociosos con el fajín que llevaba a la cintura—. Cuando uno crece en el ambiente en el que crecí yo, sin dinero para nada, ser rico es sinónimo de ser libre. Libre para ir adonde uno quiera, para comer lo que quiera, para ser la persona que quiera ser. Pero el lugar al que quería ir yo, la persona que quería ser… —Hizo un ademán con el que abarcó los alrededores —. Está justo aquí. Esta es la verdadera libertad que ansiaba.

Le tocaba a Tam beber de la copa. El ron tarindiano era un lujo que nunca había experimentado hasta esa misma noche. Pensó que sabría como esa bazofia demasiado dulce que Roderick y Cura no dejaban de trasegar, pero no fue el caso. Era una bebida muy suave, con toques de vainilla y miel, y tenía un regusto a madera que seguro se debía al lugar donde la almacenaban.

«Vale —pensó por segunda vez en demasiados días—. Que me guste esto es la prueba de que llevo mucho tiempo conviviendo con mercenarios».

—El mercader arregló el barco, lo suficiente como para que volase,

al menos, y luego convirtió el *Espuma de mar* en una barcaza del placer, en su harén volador. Le puso un nombre diferente… *El palacio dorado* o alguna tontería así. Después lo llenó de alcohol, de mujeres, unos pocos guardias y a volar.

Tam se terminó la copa. La cuarta, de hecho. ¿O era la quinta? Y se la devolvió a Brune.

—Deja que adivine —dijo Cirrolibre con tono amistoso—. ¿Lo robaste?

El capitán se retorció uno de los bigotes.

—En realidad, no. Me vestí de mujer para engañar a los guardias y luego me subí a bordo con el resto de las chicas. Cuando estábamos en los cielos, organicé un motín. Lo atamos y lo dejamos abandonado en una aldea cochambrosa río abajo. Luego nos pasamos los meses posteriores navegando por todo Grandual. Nos dividimos la fortuna del mercader entre todos y dejé a cada una de las chicas donde me indicaron.

Brune se bebió la copa de un solo trago. Luego la volvió a llenar y se la pasó a Rosa.

—Suena maravilloso —dijo el chamán.

—Lo fue. —La sonrisa de Doshi reflejó nostalgia—. Una de las chicas y yo nos enamoramos. Anny, la dulce Anny. Habría saltado por la borda si ella me lo hubiese pedido. Bueno, a lo mejor. Sus ojos parecían dos perlas negras y su cabello, seda satriana. Y también insultaba como un marinero que acabara de darse un golpe en el dedo meñique del pie. La tercera vez que tuve que robar este barco fue a ella, pero esa historia la dejaremos para otro viaje.

Cirrolibre hizo girar el líquido de la copa que acababa de pasarle Brune y lo miró en lugar de beber.

—¿Y ahora vuelas para la Viuda?

—Por ahora sí —explicó el capitán—. Les he tocado las narices a personas muy poderosas del sur. La Viuda paga bien y no hace preguntas, por lo que yo tampoco se las hago. Es como un matrimonio de conveniencia…, pero lo cierto es que hay que ser un duendecillo lobotomizado para querer casarse con esa arpía de corazón de hielo.

Cura sonrió.

—¿Eso lo dices porque te rechazó?

—Muchas veces. —Ahora le tocó sonreír a Doshi—. Esa mujer tiene una fortuna, ¿sabes? Sea como fuere, tengo suerte de haberme topado con Hawkshaw en su momento. Estaba en Reino Norte y lo confundí con un cazarrecompensas porque… Bueno, ya habéis visto sus pintas. Ese tío es lúgubre como un cielo plomizo. Pues resultó que andaba por allí con la intención de reclutar a una banda para un

trabajo ultrasecreto.

—El Simurg —dijo Rosa.

—Los Cuervos de la Tempestad —puntualizó Cirrolibre después de terminarse al fin la copa.

—¡Sí y sí! —Doshi se subió aún más las gafas y se frotó las marcas rojas que le habían dejado en la frente—. El alcaide me ofreció trabajo y hoy en día no hay mejor lugar que Lindefunesta cuando uno quiere pasar desapercibido. Además, la Viuda me ha convertido en un hombre muy rico. Cuando el Comedragones esté muerto, seré libre para ir adonde me plazca.

—¿Y adónde irás? —preguntó Roderick, que se terminó la copa de ron de un trago, como Brune.

—Pues pensaba ir a Castia.

Cirrolibre alzó las orejas.

—¿Te arriesgarás a sobrevolar el Corazón de la Tierra Salvaje?

Doshi se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Sí, he oído que allí hay tormentas de pesadilla y que el cielo de ese bosque es hogar de todo tipo de criaturas, pero los Yermos de la Bruma tampoco es que sean un paseo. ¿Qué sentido tiene viajar sin que haya un poco de peligro?

—Brindo por eso —dijo Cura. La copa le tocaba a Doshi, pero la Bruja de Tinta se la quitó de delante de las narices. El capitán y ella compartieron una sonrisa, y Tam sintió algo que casi ni reconocía, algo muy parecido a una espada con empuñadura en forma de cuervo clavada en las entrañas.

«¿Celos?». —La voz de su cabeza chasqueó la lengua con desaprobación—. «Chica, tienes que tranquilizarte, por la Benévola Doncella».

—Además —continuó Doshi—, he oído decir que el nuevo emperador de Castia es todo un modelo a seguir. Eliminó la arena de combate y abolió la esclavitud. Hasta ha empezado a otorgar la ciudadanía a los monstruos, siempre que juren comportarse como es debido.

—Perros y gatos cohabitando. ¡La histeria de las masas! —Roderick alzó las manos—. Adónde iremos a parar…

El capitán sonrió, se puso en pie y se alisó las arrugas del regazo de la túnica amarilla.

—Sea como fuere, si Castia no termina de llenarme… supongo que seguiré volando hacia el oeste.

—No hay nada al oeste de Castia —señaló Cura.

—Hay algo al oeste de todas las cosas, querida —dijo Doshi.

Rosa se inclinó sobre la mesa.

—¿Has visto al Comedragones, entonces? —preguntó—. ¿Estabas presente cuando los Cuervos de la Tempestad se enfrentaron a él?

El capitán se mordió el labio inferior.

—Estaba presente, sí. Vi cómo los Cuervos de la Tempestad intentaban acabar con él. El Simurg no es como los demás monstruos… y he visto muchos, créeme. Esa cosa es… —Se encogió de miedo al recordarlo—. ¿Os gustaría saber cuánto duró el enfrentamiento entre los Cuervos de la Tempestad y el Comedragones?

Rosa tensó los músculos de la mandíbula.

—¿Cuánto?

—Diecisiete segundos.

31

La última estrofa

Navegaron toda la noche. Tam se fue a dormir borracha y se despertó con resaca a causa de una luz grisácea que se proyectaba a través del portillo de su camarote como si fuese una lanza. Nada más abrir los ojos, recordó las palabras de Daon Doshi.

«Diecisiete segundos».

Se quedó en cama hasta que se le alivió el dolor de cabeza, con una mano en la daga que había ocultado debajo de la almohada. Decidió levantarse al fin y, cuando rozó los tablones del suelo con los pies, sintió una suave corriente que empezaba a subirle por las piernas.

«Me cago en esta puta barcaza voladora, joder».

Volvió a poner los pies en el suelo y esperó a que remitiese el cosquilleo. Después se levantó y se vistió.

Roderick seguía dormido, Tam oía sus ronquidos a través de las paredes. Cura y Brune estaban en la cocina del *Espuma de mar* y compartían la única taza de té que había quedado intacta. La Bruja de Tinta había empezado un nuevo libro: *Un gul en secreto*, y aún llevaba la venda sobre el tatuaje que se había hecho hacía dos noches. Le dirigió a Tam una sonrisa breve, pero no dijo nada.

Fuera hacía mucho viento, pero la altura de la proa del navío bloqueaba gran parte. No había dejado de nevar, y los copos se agitaban y se perdían como sueños a medio recordar, chisporroteaban al chocar contra las velas.

Rosa y Cirrolibre se encontraban sentados entre las piezas de la armadura roja y negra de la mercenaria, que estaban desperdigadas por el suelo. El druin hablaba y gesticulaba con grandes ademanes, mientras que Rosa examinaba las partes de la armadura una a una y se dedicaba a corregir las abolladuras con un mazo de acero. No la había reparado desde el enfrentamiento de la banda contra la tribu de orcos en Alto Remanso y Tam dio por hecho que iba a tardar horas. De vez en cuando, Rosa cogía una hombrera o una greba abollada y soltaba

un grito, como si le hubiese dado una descarga eléctrica. Después fulminaba con la mirada a Doshi o a las velas chisporroteantes.

Era la típica mañana de Fábula, para su sorpresa, y la única diferencia era que se encontraban volando a gran altura. Resultaba imposible deducir que al día siguiente iban a enfrentarse al Comedragones.

Hawkshaw estaba sentado justo donde lo había visto la última vez, acurrucado con su capa de paja contra la base del mascarón de mujer sin cabeza.

Tam se acercó a Doshi, apostado en la popa, y el capitán le señaló varios puntos de interés a medida que los sobrevolaban.

—¿Ves ese glaciar? El dragón Neulkolln duerme en su interior… Los dioses se apiaden del norte si llega a derretirse en algún momento. ¡Mira! —dijo un poco después—. ¡Las Agujas de Balmanak! La llaman la Ciudad Argéntea. Todas las torres tienen ventanas de cristales espejados, y durante el amanecer la ciudad se ilumina como si fuera de cristal.

—También se construyó sobre una mina de plata —añadió Cirrolibre, que había dejado a Rosa soltando tacos a la armadura.

—¿Y qué le pasó? —preguntó Tam. Las supuestas Agujas de Balmanak estaban envueltas en hielo y sobresalían como témpanos de gigantescos montículos de color blanco.

Doshi hizo una mueca.

—El Simurg fue lo que les pasó.

Al rato, Brune y Roderick también subieron, y los cuatro se quedaron maravillados cuando sobrevolaron las tumbas nevadas de un enorme cementerio. Doshi empezó a volar más bajo para que pudieran leer las lápidas desgastadas mientras el barco volador se deslizaba por encima de ellas.

—Kathos Piedeacero —recitó Brune—. Nunca mató a ningún mercenario que no lo mereciese.

—Aquí descansa Bert —dijo Tam—. Lo metimos aquí porque estaba muerto.

Cirrolibre sonrió mientras señalaba su favorita:

—Prefiero estar muerto que pasar frío.

Roderick se agarró el sombrero para que el viento no se lo llevase y leyó otra:

—Una cucharada de levadura en polvo. Dos cucharaditas y media de harina de trigo integral. Dos tazas de… Joder… ¡Es una receta de pan de nueces!

A mediodía, el humor de Doshi empezó a agriarse. Tam le siguió la mirada y vio unas nubes de tormenta que se alzaban en el horizonte.

—El Muro de las Tormentas —anunció al tiempo que se bajaba las gafas de piloto y se apretaba el fajín que llevaba a la cintura—. Será mejor que bajéis. Las cosas van a ponerse interesantes.

La definición de «interesante» según Daon Doshi se correspondía con bolas de granizo del tamaño de teteras que golpeaban contra el casco del *Espuma de mar*. También con vientos que aullaban como almas en pena desafinando mientras el navío se agitaba, se balanceaba y se estremecía descontrolado. «Interesante» significaba caer en picado una colina entera en cuestión de segundos y que la banda se quedase pegada al techo de la cocina sin dejar de gritar o, en el caso de Roderick, riendo de forma histérica.

Todo regresó a la calma cuando atravesaron la tormenta. Los miembros de Fábula subieron uno a uno a la cubierta y se reunieron junto a la barandilla. Según Doshi, la tierra que sobrevolaban ahora había sido un mar interior. Vieron barcos antiguos y huesos de leviatanes encerrados en el hielo, y el capitán señaló las cúpulas heladas de Carthia.

—En el pasado fue una próspera isla y ciudad-estado —indicó con tono triste—. Ahora ha desaparecido. Dicen que nada dura para siempre.

—Las cosas malas seguro que no —dijo Cirrolibre, y ese comentario arrancó a Daon Doshi una sonrisa irónica.

Cuando se puso el sol, la banda cenó en silencio, y Cura rozó el pie contra el de Tam por debajo de la mesa.

La Bruja de Tinta murmuró:

—Lo siento.

Tam sonrió con cortesía.

—No te preocupes.

Poco después, cuando Cura empezó a tener problemas para quitarle la grasa a una pata de cerdo que había cocinado Brune, Tam carraspeó.

—Tengo una daga en mi habitación, por si necesitas algo más afilado.

—No, gracias —dijo Cura.

El resto de los integrantes de la banda se miraron, desconcertados.

Después de la cena, Rosa intentó usar el orbe de adivinación para hablar con su padre, pero la esfera se limitó a chisporrotear con estática gris.

Se retiraron pronto a sus camarotes. Los catres estaban atornillados al suelo, por lo que Tam se sintió muy aliviada al comprobar que *Hiraeth* seguía debajo a buen recaudo. Encendió la vela más corta que fue capaz de encontrar y se sentó en la cama con el laúd en el regazo.

La melodía de la última estrofa de la canción de Brune, que llevaba varios días sin ser capaz de sacar, apareció de improviso en su mente. Se sintió como un pescador que llega al río y encuentra a la presa sacudiéndose en la orilla.

Tocó la canción entera por primera vez. Dejó que una nota resonase al final, como un lamento largo y apenado, e imaginó que a su madre le habría gustado oírla.

Cuando se apagó la vela, metió *Hiraeth* en la funda de piel de foca y volvió a guardarlo debajo del catre. Se quedó en pie un rato, meciéndose con el balanceo del barco y escuchando los gruñidos del casco. Sin saber muy bien cómo, se encontró de repente en la puerta de su camarote. El corazón le latía desbocado en la oscuridad. Cuando extendió el brazo para quitar el pestillo, una chispa le rozó la mano. Soltó un improperio en voz baja (dedicado al pestillo y a sí misma) y luego volvió a la cama.

Soñó que oía pasos al otro lado de la puerta. Vio el resplandor de una vela, la sombra de unos pies. Pero luego la luz se apagó y las pisadas se alejaron por un suelo que trinaba como un ruiseñor.

—¡Laguna Espejo! —anunció Doshi pronunciando con un tono más amenazante del que probablemente merecía un lago helado.

—Es enorme —comentó Tam.

—Es el mayor lago de agua dulce de todo Grandual —presumió el capitán.

—Qué interesante —dijo Cura en un tono que dejaba claro que no estaba nada interesada.

El *Espuma de mar* flotaba a gran altura sobre la parte septentrional del lago. Tenía las velas cerradas y los motores zumbaban despacio. Mientras Fábula se preparaba para enfrentarse al Comedragones, Doshi recorría la cubierta con un par de cubos de latón que iba llenando de nieve para luego llevarlos escaleras abajo.

—Cuando la nieve se derrite, el agua me sirve para llenar los motores —explicó a Tam—. El agua hace que el mundo siga girando, como les gusta decir a los de Narmeer. ¿Has estado alguna vez en Satria?

—No había salido de Ardburgo hasta hace muy poco —confesó.

Doshi se levantó las gafas por encima de las cejas alzadas.

—¿En serio? Es una pena. Hay todo un mundo ahí fuera. Es complicado, horrible y extraño… pero también hermoso. Sobre todo si lo ves desde las alturas. Menos Conthas —añadió con desdén—. Conthas es una pocilga, la mires por donde la mires.

Tam rio brevemente, al no encontrar respuesta mejor.

El capitán se la quedó mirando un momento.

—Así que esta es tu gran aventura, ¿no? Irte de gira con una banda, viajar en un barco volador, matar unos monstruos y lo que surja.

—Supongo que sí —dijo ella.

Doshi se frotó las marcas rojas que tenía alrededor de los ojos.

—Bueno, pues que sepas que espero que no acabe aquí, por si te sirve de algo.

El capitán siguió recogiendo nieve y dejó a Tam dudando sobre si el escalofrío que acababa de sentir se debía a las palabras de Doshi o al aire gélido.

Sus compañeros de banda ya se encontraban deambulando por la cubierta, nerviosos a simple vista. Brune llevaba unas botas ligeras de cuero, unos pantalones holgados de lana y la bufanda calentadora. Cura iba ataviada con una falda hecha jirones, pieles que se podían quitar con facilidad y un par de mocasines de cuero negro atados a los tobillos para impedir que entrase la nieve. Al final había accedido a ponerse la bufanda roja, pero enrollada alrededor del brazo izquierdo.

Tam decidió ponérsela también, por solidaridad pero también porque el viento que soplaba en el lago era helador. Bajó las escaleras y evitó con cuidado los cubos de nieve derretida que Doshi había dejado por el pasillo.

Pasó frente a la habitación de Rosa, pero justo en ese momento un movimiento repentino captó su atención. Miró al interior y vio a la líder de Fábula sentada en la cama. Sobre el regazo tenía una bolsa que le resultaba familiar, y sostenía en la mano un par de hojas negras y relucientes.

Tam se quedó clavada en el sitio hasta que Rosa alzó la vista, momento en el que la barda fue incapaz de moverse mientras buscaba a la desesperada una excusa para marcharse.

—Son las últimas —terminó por decir la mercenaria—. Las reservaba para hoy. Lo hago a espaldas de Cirro porque sé que no estaría de acuerdo.

—¿Por qué?

Las hombreras de Rosa repiquetearon cuando se encogió de hombros.

—Él dice que me vuelven imprudente, pero yo creo que me hacen más audaz. Cree que no las necesito… pero yo sé que sí.

Se llevó las hojas a la lengua y las presionó contra ella. Después cerró los ojos mientras se disolvían.

Tam pensó en marcharse, pero no quería que Rosa creyese que iba a ir a contarle su secreto a Cirrolibre. No tenía intención de hacerlo. Lo que hiciese Rosa era asunto suyo, y si Rosa creía que necesitaba

unas Hojas del León para enfrentarse al Comedragones, ¿quién era ella para contradecirla?

—¿Qué es lo que hace? —preguntó.

—Me ayuda a concentrarme —respondió la mercenaria. Tam ya empezaba a notar el cambio en su voz, que ahora resonaba como una canción sin melodía—. Después de lo que ocurrió en Castia, fui incapaz de luchar sin preocuparme por todos los que me rodeaban. Tenía mucho miedo de perderlos… y el miedo no me dejaba pensar. —Sus ojos, que normalmente eran de un marrón muy oscuro, se habían vuelto del negro insondable de las aguas profundas—. Fábula era una banda diferente en el pasado. ¿Lo sabías?

Tam asintió, y Rosa le dirigió la más tenue de las sonrisas.

—Claro que lo sabías. Éramos cinco. Amigos que había hecho en Cincorreinos. Buenos amigos. También buenos luchadores, pero… no eran los mejores. Cuando la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje invadió los Confines, los convencí de ir a por ella. Les dije que nos convertiríamos en héroes, pero lo único en lo que yo pensaba era en forjarme un nombre por mí misma y dejar de ser la hija de Gabe el Gualdo. Y ellos me creyeron. Me siguieron a través del Corazón de la Tierra Salvaje, hasta Castia. Y murieron.

Las pisadas de alguien, Brune o Roderick, retumbaron en la cubierta sobre ellas.

—Después de que naciese Wren, Cirrolibre y yo empezamos de cero. Creamos una nueva banda y empezamos a ir de gira, pero las cosas no eran iguales. Yo era muy cautelosa y tenía miedo de hacer algo que pusiese en peligro a los demás. Empecé a rechazar los que me parecían demasiado peligrosos, nos habría condenado a la indiferencia del público. Sentía que mis compañeros empezaban a inquietarse.

—Todos menos Cirrolibre —dijo Tam. Era una suposición.

—Todos menos Cirrolibre —convino Rosa—. Él solo está aquí por mí. Preferiría ser padre en vez de mercenario. —Miró con gesto ausente la bolsa vacía que tenía sobre el regazo—. Merece alguien mejor que yo. Todos lo merecen.

Las junturas de su armadura rechinaron cuando se puso en pie.

—No pienso ser una esclava del miedo —dijo—. No me lo puedo permitir. Hoy no. ¿Lo entiendes?

La pregunta en realidad era: «¿Puedes guardarme el secreto?».

—Lo entiendo.

Los efectos de la droga convirtieron la sonrisa de Rosa en un gruñido.

—Bien —dijo, y después se marchó.

Tam se quedó allí durante un rato. Tan solo unos meses atrás no

era más que una joven locamente enamorada de la líder de Fábula. De toda la banda, en realidad. Los consideraba héroes, los dioses infalibles de su panteón personal. Pero ahora que estaba de gira y después de las semanas duras y complicadas que había pasado con ellos, se dio cuenta de que esos héroes en realidad eran seres humanos, tan falibles como cualquiera que hubiese conocido. Más, incluso.

Cirrolibre se había visto esclavizado por su devoción a Rosa, quien a su vez estaba esclavizada por su obcecación de alcanzar la gloria por la gloria en sí. Cura estaba destrozada por dentro de muchas maneras, debido a un pasado horrible que se veía obligada a recordar cada vez que se miraba al espejo. Brune había pasado la mayor parte de su vida intentando ser algo que no era y había arriesgado su cordura para permanecer en la banda.

Pero ahí estaban todos. En los confines más fríos del mundo, intentado ser dignos de la compañía del resto, protegerse y demostrarse a sí mismos que formaban parte de algo a lo que ya pertenecían irrevocablemente.

«¿Y yo? —pensó Tam—. Yo solo soy la idiota que los ha seguido hasta aquí».

Se dirigió a su camarote y encontró su bufanda en el suelo, junto a los pies de la cama. La cogió y regresó corriendo a las escaleras.

Cuando salió al pasillo, oyó un chasquido detrás de ella. Se volvió y vio que la puerta del camarote del capitán, que este se aseguraba siempre de mantener bien cerrada cada vez que salía de él, estaba entreabierta. Tam no vio nada en la oscuridad del interior, pero juraría haber columbrado a alguien que la miraba. La puerta se cerró de repente mientras ella intentaba reunir el coraje suficiente para decir algo.

«Ha sido el viento. El viento la ha abierto, el viento la ha cerrado y el viento acaba de echar el pestillo —intentó convencerse a sí misma después de oír el tenue chasquido del cerrojo—. Sea como fuere, no es asunto tuyo, Tam».

Cuando volvió a la cubierta, Fábula se preparaba para salir del navío. Tam le colocó la cuerda al arco y se lo echó al hombro antes de acercarse para mirar por la barandilla. La ladera se encontraba a escasa distancia por debajo de ellos, y supuso que habría mucha nieve acumulada. Era un salto viable, pero agradeció ver cómo el capitán empezaba a descolgar una escala de cuerda.

Hawkshaw señaló una hendidura que había en la pared del acantilado que se elevaba al otro lado del lago.

—Esa es la guarida del Simurg —dijo a Rosa—. Salió de allí la

última vez que vinimos, mientras los Cuervos de la Tempestad rodeaban el lago.

«Y murieron diecisiete segundos después», pensó Tam.

—¿Cómo de resistente es el hielo? —preguntó Cirrolibre.

—Muy resistente —dijo Hawkshaw—. Laguna Espejo está congelada todo el año.

—Vamos allá —dijo Rosa.

Tam se dio cuenta de que las orejas del druin acababan de retorcerse al reconocer el plúmbeo gruñido propio de la Hoja del León en la voz de su pareja.

Brune fue el primero. Lanzó la guja doble a la nieve y empezó a bajar. Después, Cura y luego Cirrolibre. Cuando Tam hizo un amago de agarrar la escala, Rosa la fulminó con la mirada.

—¿Adónde vas?

—Pues… ¿con vosotros?

Rosa negó con la cabeza.

—Esta vez no. Desde aquí lo verás bien.

—Pero…

—Pero ¿qué? Eres la barda, ¿recuerdas? ¿O acaso tienes pensado matar al Comedragones con una única flecha?

—Creía que…

—Mira. —Rosa se acercó, lo suficiente para que Tam oliese el aroma a café quemado de la Hoja del León que despedía su aliento—. Quiero matar a esta cosa y regresar a casa. Es lo que más he querido en toda mi vida. Pero las cosas pueden salir mal. —Desvió su mirada perdida hacia la guarida del Simurg—. Pueden salir muy mal. Y si ocurre eso, necesito que me escribas una canción.

Tam sintió un nudo en la garganta.

—¿Una canción?

—Una que haga que mi hija se sienta orgullosa —dijo Rosa.

La barda asintió. No se atrevía a hablar.

Rosa compartió una sonrisa forzada con Roderick, una mirada rápida con Doshi y un ceño fruncido con Hawkshaw. Después, pasó una pierna sobre la barandilla.

—La canción —consiguió decir Tam al fin después de tragar aquel nudo—. ¿Cómo quieres que la titule?

Rosa hizo una pausa. El viento le agitó el cabello, que le cubrió las facciones afiladas del rostro como si fuese una llama.

—Siempre he pensado que *La balada de Rosa la Sanguinaria* suena bastante bien —dijo. Y se marchó.

32

Lo que acecha en las profundidades

Tam se apoyó en la barandilla del *Espuma de mar* y vio cómo los demás bajaban por la ladera en dirección al hielo. Roderick se colocó junto a ella, acurrucado en una voluminosa capa de piel para protegerse del frío y con su ridículo sombrero de colas de zorro.

—¿Preocupada? —preguntó el agente.

—Claro que estoy preocupada.

—Pues no lo estés —le dijo Roderick—. No me gustan mucho las apuestas, pero creo que…

—Esta mañana apostaste con Cirrolibre a que cabías dentro de la hielera —dijo ella.

—Sí, es verdad, pero…

—Y ayer apostaste con Cura a que podías llegar de un lado al otro del barco con un escupitajo.

—Impresionante, ¿verdad?

—Y anoche apostaste con Brune a que eras capaz de comerte un puñado de cristales…

—¡Si apuestas sobre comida con un sátiro, tienes las de perder!

—¡Los cristales no son comida!

—Vale, sí. Lo pillo. Puede que tenga algún que otro problemilla con el juego, pero lo que quiero decir es que siempre gano. Y te digo que Rosa la Sanguinaria es una apuesta segura, siempre.

—¿Incluso contra el Simurg?

—Contra todo el puto mundo —dijo—. Mira y verás.

Tam esperaba que el agente tuviese razón. Recordó de repente la puerta entreabierta del capitán y esa presencia invisible con la que se había encontrado abajo. Estuvo a punto de decírselo a Roderick, pero justo en ese momento aparecieron Doshi y Hawkshaw para reunirse con ellos en la barandilla.

—Mirad —dijo el capitán—, si esto sale mal, quiero que bajéis cagando leches y os agarréis a algo. Ese bicho nos dejó marchar la última vez, pero no creo que vea con buenos ojos que de nuevo

traigamos mercenarios a la puerta de su casa.

Roderick se atusó la barba.

—¿Crees que el Comedragones es macho?

El capitán se encogió de hombros.

—Pues supongo.

—Te apuesto diez marcoronas a que es hembra —dijo el sátiro.

Tam le dio un golpe en el brazo.

—¡Roderick!

—¿Qué? Ah, sí… Está claro que tengo un problema con el juego.

Los cuatro se quedaron en silencio durante un rato mientras miraban la entrada a la guarida del monstruo y a la banda de mercenarios cruzando el lago helado. Doshi terminó por gruñir y empezó a morderse una uña.

—¿Qué pasa? —preguntó Tam.

—¿Hum? Oh, nada. —Se hizo un largo silencio—. Es solo que…

—En serio. ¿Qué pasa?

—Bueno, pues que apostaría las velas del navío a que el Simurg ya sabe que están ahí. —Se rascó debajo de las gafas de piloto—. ¿Por qué no ha salido de ahí ese bicho?

—Esa bicho —murmuró Roderick debajo de la bufanda.

—Quizá no esté ahí dentro —sugirió Tam. Una parte de ella esperaba que fuese cierto. Una gran parte de ella.

Doshi frunció el ceño.

—Yo diría que…

—Allí. —La voz de Hawkshaw hendió la del capitán como una espada que atravesase un hueso. El alcaide señalaba hacia la banda—. Está allí.

—¿Dónde?

Tam entrecerró los ojos para evitar las ráfagas de aire. Unas nubes de tormenta flotaban en las alturas, sobre la superficie helada de Laguna Espejo, y formaban corrientes a su paso. El hielo brillaba como la plata pulida en las partes despejadas, aunque en aquel momento una nube ocultó el sol y surcó los cielos a toda prisa.

«No». —Tam se quedó sin aliento—. «No está encima».

«Está debajo».

—Está debajo del hielo.

Roderick la miró.

—¿Cómo dices?

—¡En el lago! —gritó Tam—. ¡El Simurg está debajo de ellos!

—Ay, madre —dijo Doshi—. Esto no va nada bien.

—¡Tenemos que avisarlos! —Tam se giró hacia el capitán—. ¡Ya! ¡Deprisa!

Doshi se giró hacia la popa.

—No —gruñó Hawkshaw—. No podemos acercarnos más.

—¿Por qué no? —preguntó Tam, pero el alcaide la ignoró—. Por favor, capitán —dijo a Doshi—. Este barco es tuyo, ¿no es así? Tú decides.

Doshi languideció ante la mirada amenazadora del alcaide.

—Lo siento, chiquilla. Puede que sea el capitán, pero no soy el jefe.

Roderick hizo bocina con las manos.

—¡Oye! ¡Rosa! —gritó, pero estaban demasiado lejos para oírlo.

El sátiro empezó a caminar en círculos y soltó una sarta de tacos que habría ruborizado hasta a una piedra.

En un acceso de desesperación, a Tam se le ocurrió lanzar el arco a la nieve y saltar detrás de él, pero luego se ocurrió otra idea (que no tenía por qué ser mejor). Dio tres pasos bien medidos hacia atrás, seguidamente arremetió contra Hawkshaw y lo empujó con todas sus fuerzas. El alcaide cayó de cabeza por la barandilla.

No hizo ruido alguno al caer, pero Doshi pegó un grito y corrió a colocarse junto a Tam. Ambos miraron hacia abajo y vieron que el alcaide había aterrizado patas arriba y agitaba las piernas para escapar de la nieve.

—Te va a matar por lo que acabas de hacer —le advirtió el capitán.

—Me da igual —dijo Tam—. Nos quedamos sin tiempo. Necesito que…

Doshi gritó al caer también por encima de la barandilla. Roderick, que acababa de empujarlo, levantó el puño y gritó:

—¡Ja! —Luego miró a Tam—. Bueno, y ahora, ¿qué?

Tam lo miró, desconcertada.

—¡Iba a pedirle a Doshi que nos acercase con el barco!

El agente frunció el ceño.

—¡Pero acabo de tirarlo por la borda!

—¿Para qué ibas a tirar al piloto por la borda?

—¡Pensé que esto iba de tirar a gente por la borda! —gritó Roderick a la defensiva.

Tam señaló el timón.

—Sube ahí —ordenó, y luego señaló al lago—. Y bájanos ahí.

El sátiro abrió la boca para protestar, pero Tam se dirigió a toda prisa hacia las escaleras que llevaban al piso inferior. Las bajó a la carrera y al llegar abajo se apoyó en la pared y miró hacia la puerta que había al otro extremo del pasillo. La había oído cerrar con pestillo, pero si estaba en las mismas condiciones que el resto del barco, era muy probable que no fuese muy gruesa y que ya estuviese

medio rota.

Corrió por el pasillo lo más rápido que pudo, bajó el hombro y embistió la puerta.

Que se abrió justo antes de que se chocase contra ella. Tam impactó contra alguien y cayó al suelo sobre el desconocido.

—¡Apártate de mí! —dijo la voz de una mujer. Arrogante, enfadada y extrañamente familiar.

—Perd… —Tam empezó a pronunciar una disculpa, pero se quedó en silencio cuando sus ojos enviaron a su cerebro la información de lo que tenía delante.

«Piel pálida, ojos oscuros de color ciruela y con forma de luna menguante, orejas alargadas envueltas en pelo blanco y fino…».

«Un druin».

Tam emitió un grito ahogado de incredulidad.

Se puso en pie al momento, como si la mujer que tenía enfrente fuese un lecho de brasas encendidas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó a la Viuda de Ruangoth.

—Podría preguntarte lo mismo a ti —dijo la druin.

La Viuda. La maldita Viuda druin. Se levantó y se apartó para colocarse junto a las dos camas que había en el camarote, con los brazos cruzados y agarrándose los codos. Tam se dio cuenta de que estaba descalza y solo llevaba un vestido de seda negro que bien podría haber sido pintura corporal, dada la manera en que se le ceñía al cuerpo. Las orejas le caían casi hasta los hombros.

—¿Y bien? —insistió.

—Granadas —consiguió decir Tam, que tenía la cabeza a mil por hora—. Granadas alquímicas. El capitán dijo que las guardaba aquí.

—¿Y por qué no ha venido a cogerlas él mismo? —preguntó la druin.

—Porque está… ocupado —mintió Tam.

La Viuda la miró con escepticismo, pero luego señaló hacia el catre sin hacer donde supuestamente dormía Doshi y que estaba detrás de la barda.

—Ahí debajo.

Tam sacó un cofre de debajo de la cama y abrió la tapa. En el interior y envueltas en fundas de lana acolchada había varias decenas de esferas de cerámica vidriada del tamaño de una manzana grande, todas pintadas con una X roja. Empezó a colocárselas debajo del brazo.

El barco volador viró, y Tam oyó a lo lejos el gritó de júbilo de Roderick.

«Bien —pensó—, ha descubierto cómo se pilota el barco».

Pero después la nave se sacudió con brusquedad hacia el otro lado y la barda estuvo a punto de perder el equilibrio. La Viuda siseó como una serpiente a la que sacaran por la fuerza de su madriguera.

—¿Quién pilota el barco? —preguntó.

Tam se enderezó y colocó los pies bien separados.

—Roderick.

—¿El monstruo?

Había veneno en su voz, una crueldad que hizo que a Tam se le pusiese la carne de gallina.

—El sátiro —puntualizó.

«No es un monstruo», pensó decir a continuación, pero no tenía tiempo de explicarle la diferencia. Los prejuicios de la Viuda no eran sentimientos poco habituales, razón por la que Rod había tenía que disfrazarse en público, pero a Tam le llamó la atención que viniesen de alguien que tenía dientes afilados, pupilas con forma de luna y orejas de conejo.

—¿Para qué las necesitas? —preguntó la Viuda mientras Tam cerraba la tapa del cofre con el pie y volvía a empujarlo debajo de la cama.

—Aún no estoy segura —respondió.

Y lo cierto era que no tenía ni idea de para qué usar el alijo de explosivos del capitán, pero sospechaba que sería mucho más eficaz contra el Simurg que el arco y las flechas. Se volvió y salió del camarote con los brazos llenos.

Debido a la escasa habilidad de Roderick al timón, el pasillo se agitó con brusquedad mientras Tam avanzaba por él. Estuvo a punto de caerse hacia el camarote de Rosa, pero se agarró como pudo al marco de la puerta y consiguió mantenerse en pie. Otra sacudida estuvo a punto de tirarla al suelo mientras subía por las escaleras hacia la cubierta. Una de las bombas se le cayó del brazo y chocó estrepitosamente contra el escalón inferior. Tam, jadeando, contempló cómo rodaba y rebotaba, rodaba y rebotaba, rodaba y rebotaba por cada uno de los escalones, hasta que aterrizó (sin explotar, por suerte) abajo del todo y se detuvo contra el pie descalzo de la Viuda.

La mujer se inclinó para recogerla y empezó a darle vueltas en las manos. Tam vio que abría los labios y que movía la lengua como una serpiente que paladea el ambiente en busca de una presa. Un ávido resplandor le iluminó los ojos mientras la barda se fijaba en la maraña de cicatrices pálidas que tenía en las muñecas. Recordó que Cura había dicho que eran intentos de suicidio, y se preguntó si la Viuda sería capaz de tirar la bomba a sus pies para que las llamas las devorasen a ambas. Finalmente, terminó por ofrecérsela, mucho

después de lo que le hubiese gustado a ella.

—Creo que se te ha caído esto —dijo con frialdad.

—Gracias —dijo la barda al tiempo que se la colocaba bien debajo del brazo.

Sopesó ordenarle a la Viuda que se quedase allí abajo, pero ella solo era una barda y la druin era propietaria de un castillo y seguro que tenía cientos de años más que ella, por lo que tuvo claro que la Viuda seguro que iba a hacer lo que le viniese en gana.

En la cubierta, vio que Roderick se agarraba al timón. El sombrero del sátiro había salido volando, y la melena de pelo grasiento latigueaba contra sus cuernos retorcidos. Sonreía y golpeaba con torpeza las esferas de dirección, como un adolescente que mete las manos debajo de la túnica de una chica por primera vez. El *Espuma de mar* se agitó de un lado a otro a la vez que se precipitaba sobre el hielo, y Tam, que ya se encontraba en la barandilla, examinó la superficie helada del lago en busca de señales del Comedragones.

Lo encontró justo delante, debajo de donde se encontraba la banda, una sombra que se extendía como vino derramado por el lustre vidriado de Laguna Espejo.

Sabía que era el Simurg, alzándose desde las profundidades.

—¡Roderick! —gritó.

—¡Estoy en ello! —aulló el agente, que agarró las dos palancas de la consola del barco volador y tiró de ellas en direcciones opuestas. En ese momento ocurrieron dos cosas. Y ambas fueron malas.

33

Diecisiete segundos

Primero, los motores dejaron de girar.

Después, las velas se cerraron de repente.

Cayeron del cielo, y Tam estuvo a punto de perder el equilibrio cuando el casco chocó contra el hielo. Recordó a Doshi fanfarroneando sobre los barriles bomba que tenía en la bodega y se alegró por unos instantes de que el barco no se hubiese desintegrado en una bola de fuego. La gratitud se evaporó cuando el *Espuma de mar* volcó y empezó a deslizarse de lado por la superficie congelada. Tam se agarró desesperada a la barandilla y vio cómo sus compañeros de banda se apartaban de la trayectoria del barco volador: Brune y Cura hacia un lado, Rosa y Cirrolibre hacia otro, agachados mientras las velas pasaban sobre sus cabezas.

Tam vio que la Viuda se había abrazado a uno de los mástiles, mientras que Roderick colgaba del panel de control como un escalador al borde de un acandilado.

El barco siguió girando descontrolado, y Tam miraba hacia la proa cuando el mayor de sus temores surgió de una explosión en el hielo.

Desde que Rosa nombró al Simurg por primera vez, Tam había empezado a imaginarse en serio qué aspecto tendría. Esperaba que fuese grande, pero «grande» se le quedaba corto.

Los ragas eran grandes. Los ogros eran grandes. El cíclope que Rosa había matado en Ardburgo era enorme, pero al lado del Simurg habría parecido un niño junto a un caballo de guerra. Se preguntó qué clase de monstruo podría aterrorizar a toda una ciudad o destruir civilizaciones enteras. Incluso los dragones evitaban las ciudades, ya que hasta los bardos con un arco tenían suerte de vez en cuando.

Pero verlo en persona era harina de otro costal.

No se podía luchar contra algo tan grande. Y mucho menos soñar con matarlo. Lo mejor que podrías hacer era coger las maletas, a tu familia y esperar que no hubiese mucho atasco para salir de la ciudad.

Tam daba por hecho que se quedaría paralizada por el miedo al

ver al Simurg, incapaz de hacer otra cosa que no fuese ponerse a cubierto, presa del pavor. Pero en lugar de eso, sintió una especie de desesperada resignación, como si se encontrase frente a una avalancha o a la deriva en el mar mientras una enorme ola empezaba a enroscarse sobre ella. El peligro que representaba aquella criatura era tan extremo, tan profundo e ineludible, que su mente casi ni era capaz de comprenderlo.

El *Espuma de mar* siguió rotando, por lo que Tam se vio obligada a volverse para no dejar de mirar al Comedragones. La cabeza era el doble de grande que la caravana de Fábula, con un morro blanco y enorme y unos ojos de un amarillo intenso que a Tam le recordaba a los de los leones de Palapti que veía de vez en cuando en el mercado. La parte inferior de su mandíbula tenía aspecto repitiliano, un trío de flecos espinosos, rojo, naranja y amarillo, con los que quedaban protegidas las branquias. Un penacho de plumas, de un rojo reluciente y que se volvían del color del oro fundido de camino a la punta, destacaba en la parte de atrás de la cabeza.

El vientre estaba blindado de escamas de oro unidas por franjas blancas, mientras que las patas, un híbrido de zarpa y uña, terminaban en unas garras capaces de reducir una casa a astillas. Cuatro alas de plumas blancas relucieron abiertas cuando el Simurg emergió del agua, y cada una era tan grande que podía dejar en la sombra a una aldea completa.

Rosa y los demás se escabulleron para ponerse a salvo mientras el hielo crujía bajo el peso del monstruo. El Simurg se abalanzó hacia Brune, pero el chamán se colocó la guja doble entre los dientes y abrazó su fain con la gracilidad natural con la que un ave alza el vuelo. Las botas y los pantalones de lana se hicieron jirones mientras el lobo blanco se apartaba de un salto del ataque de las fauces del Simurg.

Aún llevaba puesta la bufanda, lo que le daba un aspecto adorable.

Antes de que la criatura volviese a atacar, Rosa se volvió y le lanzó *Espina* contra la nuca. La hoja rasgó una zona coriácea, y el Comedragones aulló de dolor.

«Sea legendario o no, parece que se le puede hacer daño», pensó Tam.

Ahora que había salido del todo de las aguas heladas, Tam vio una cola, o algo parecido a una. Tenía una abundancia de plumas del mismo color del ocaso que las de la cabeza y era tan larga como el resto del cuerpo de la criatura. El Simurg agitó las alas y desperdigó esquirlas de hielo por todo el lago, y a continuación giró sus ojos dorados hacia Rosa.

Y en ese momento, Tam no pudo evitar empezar a contar hasta diecisiete.

«Uno…».

Rosa giró sobre un talón y echó a correr hacia el Simurg mientras este se preparaba para enfrentarse a ella. Sus alas agitaron el aire y crearon remolinos de nieve. Sus garras hicieron varios surcos en el hielo. Las plumas de detrás de su cabeza se alzaron amenazadoras.

Cirrolibre empezó a correr detrás de Rosa, insultándola seguro por lo bajo (o más bien insultando a la droga que la había librado del miedo racional). Agarró la vaina de *Madrigal* con una mano y la empuñadura con la otra. Sus capa azul celeste se agitó al viento provocado por las alas del Simurg.

—¡*KURAGEN*!

Cura cayó sobre una rodilla, la falda negra se extendió a su alrededor y la diosa marina surgió de una nube de tinta. Aquel espanto de criatura empezó a moverse flotando sobre sus extremidades tentaculares. Extendió uno de los brazos y su lanza de hoja ancha trazó un arco reluciente que quedó recortado contra las nubes plomizas.

Brune volvió sobre sus pasos. Plantó *Ktulu* en el suelo detrás de él y corrió a cuatro patas hacia el flanco del Comedragones.

«… dos…».

El *Espuma de mar* dio otra vuelta entera. La nieve entraba por encima de la barandilla, junto a Tam, y las velas plegadas siseaban al entrar en contacto con ella. Roderick consiguió poner una mano sobre una de las esferas de dirección y el barco se enderezó al momento, aunque sin dejar de rotar, y empezó a elevarse. El sátiro tiró de una de las palancas de antes y las velas se abrieron con un estruendo. Un trueno ensordecedor sobresaltó a Tam, y se le soltó un poco una de las granadas que llevaba bajo el brazo. La tiró con fuerza por la borda sin pensárselo demasiado.

«… tres…».

La lanza de *Kuragen* rebotó sin causar daño alguno en las plumas blancas del Simurg, que al parecer estaban cubiertas de un hielo protector. La diosa marina se metió en las aguas heladas de las que había salido el Comedragones mientras Brune, que corría a cuatro patas, se veía obligado a rodear el borde aserrado del agujero.

El Simurg se inclinó hacia Rosa, que acababa de atraer *Espina* de vuelta hacia su mano abierta. Estuvo a punto de volver a lanzarla, pero en ese momento el monstruo abrió la boca y escupió un torrente de escarcha blanca.

«… cuatro…».

Tam entrecerró los ojos con incredulidad.

Rosa había desaparecido. También Cirrolibre. El lugar en el que se encontraban hacía un segundo había quedado cubierto por un montículo de escarcha cristalina. El Comedragones empezó a girarse para centrar su atención en los demás.

«… cinco…».

Roderick recuperó el control del *Espuma de mar*. El barco volador viró con brusquedad y permitió a Tam ver a la perfección la batalla que se libraba bajo ellos. Miró a su alrededor en busca de alguna señal de Rosa y Cirrolibre.

«No pueden haber muerto ya —pensó—. Hasta los Cuervos de la Tempestad duraron diecisiete segundos».

Tenía razón. No habían muerto.

«… seis…».

Un reflejo azulado llamó la atención de Tam. Vio a Cirrolibre en un montículo de nieve que había junto a la franja de escarcha. Al parecer, el druin había conseguido apartar a Rosa antes de que la llama helada del Simurg la alcanzara. A pesar de la distancia a la que se encontraba, la barda vio que se estaban gritando.

«… siete…».

Kuragen surgió de las aguas oscuras del lago, enorme y horrenda. El Simurg le dio un zarpazo y la diosa marina cayó al hielo y lo resquebrajó. Antes de que pudiese levantarse, la cabeza del Comedragones cayó en picado hacia ella.

«… ocho…».

Cerró las fauces alrededor del torso y los brazos de *Kuragen* y le rompió el caparazón blindado. Un grito que parecía una tormenta retumbó dentro de la cabeza del molusco. Las extremidades tentaculares de la diosa marina se extendieron con desesperación hacia la garganta del Comedragones e intentaron enroscarse y retorcerse a su alrededor para asfixiarla.

«… nueve…».

Pero fue en vano. El Simurg tiró de la cabeza de la criatura de un lado a otro, como un perro que intenta quitarle un hueso a su amo, y el cuerpo de *Kuragen* quedó inmóvil. Tam miró rápidamente a Cura y la vio tendida bocabajo en la nieve. Brune había desaparecido entre las plumas de la cola, pero luego Tam distinguió una figura solitaria que caminaba por el hielo.

«Hawkshaw», supuso, ya que dudaba de que Doshi fuese lo bastante valiente como para acercarse al Simurg.

«… diez…».

El *Espuma de mar* se dirigía en línea recta hacia el Comedragones.

La criatura lanzó a un lado el cuerpo de *Kuragen* y centró su amenazadora mirada en el barco volador que se acercaba a ella.

Tam se tragó el pavor que ascendía por su garganta en forma de bilis y gritó por encima del hombro a Roderick.

—¡Arriba! ¡Alza el vuelo!

—¡Subiendo! —aulló el sátiro.

Y bajaron.

—Pero ¿qué coño…? —consiguió decir Tam mientras medio se balanceaba y medio se deslizaba hacia la parte delantera del barco. Habría caído por la borda de no ser por el mascarón sin cabeza. La mitad de las flechas que llevaba en el carcaj se perdieron en el vacío. Rodeó con ambas piernas la cintura de la figura de mujer, con la esperanza de que fuese más resistente que el cuello. Antes de poder alegrarse de no haber muerto ni soltado todas las bombas, vio que el cuello del Comedragones se erguía de nuevo, listo para el ataque.

«… doce…».

Un momento. ¿Se había saltado el once? Seguro, pero tenía la excusa de haberlo hecho para mantenerse con vida.

Ahora empezaron a ascender. El *Espuma de mar* gruñó. Los motores de marea rugieron como una tormenta y soltaron nubes de vapor. Bajo la proa, Tam vio que los ojos dorados del Simurg relucían con avidez viendo aquel barco volador que ascendía. Antes de que los alcanzase, la barda lanzó la brazada de granadas alquímicas a la boca abierta de la criatura.

«… trece…».

Las bombas cayeron durante lo que le pareció una eternidad, pero lo cierto es que solo fue un segundo. Tam contuvo el aliento y no dejó de contar.

«… catorce…».

En el último momento el Comedragones giró la cabeza, y la arcilla quebradiza de las bombas se rompió contra un costado de su hocico y se lo abrasaron con fuego líquido. Una de ellas chocó contra el ojo y detonó a causa del impacto.

El monstruo aulló de dolor.

Tam gritó de felicidad.

Roderick empezó a reír a carcajadas y, mientras se alejaban cada vez más del Simurg, echó la vista atrás, razón por la que no vio cómo el ala rasgaba las velas del barco como si fuese una guadaña.

«… quince…».

Los mástiles del *Espuma de mar* cayeron y arrastraron consigo un amasijo de madera y velas raídas que no dejaban de chisporrotear con una electricidad mortal. Tam buscó a la Viuda, pero no la vio en la

cubierta. Roderick se había alejado del timón y estaba apoyado en la barandilla de popa. El barco volador volvió a inclinarse a un lado, y fue ganando velocidad a medida que caía en picado hacia la superficie helada de Laguna Espejo.

«… dieciséis…».

Tam había decidido saltar antes de que el barco chocase contra el suelo. Se apartó un mechón de pelo plateado de los ojos, luego los entrecerró a causa de la nieve que no dejaba de azotarle la cara e intentó determinar dónde iba a caer el navío. Daba la impresión de que sería en algún lugar entre la extensión de agua helada y el lugar donde Cura yacía tumbada bocabajo en la nieve, lo que sin duda era mejor que aterrizar en el agua o encima de la invocadora.

Echó un vistazo y vio que Rosa, seguida por Cirrolibre, volvía a abalanzarse sobre el Simurg. Brune se encontraba a medio camino escalando por su pata delantera. Había conseguido clavar los dientes en algo y se mantenía allí agarrado con todas sus fuerzas.

Por si alguno no tenía del todo claro lo definitiva y completamente jodidos que estaban, del abismo lleno de agua que era el lago empezaron a salir varias versiones más pequeñas del Simurg y se dirigieron hacia el barco volador.

Al final Roderick tenía razón: el Comedragones era hembra.

Y también madre.

«Diecisiete», contó Tam, aunque estaba segura de que ese segundo ya había pasado hacía rato. Saltó por la proa del barco volador mientras el hielo se precipitaba hacia ella, flotó por unos instantes y luego empezó a caer.

34

Alma en llamas

Tam aterrizó sobre el hombro en un montículo de nieve nada compacta que no era lo bastante profunda para amortiguar su caída, por lo que le dolió lo que no estaba escrito. No oyó que nada se partiese (ni un brazo ni una pierna ni su arco), por lo que había tenido suerte. Consiguió ponerse de rodillas justo a tiempo para ver cómo el *Espuma de mar* descendía y, con una buena suerte digna de alguien que encuentra una moneda entre los restos chamuscados de su casa, aterrizaba sobre uno de los pequeños Comedragones.

El casco rechinó al golpear contra el hielo y, un instante después, la parte delantera del navío (junto con otro de aquellos jóvenes Simurg) quedó vaporizada en una sucesión de estruendosas explosiones.

«Pobre Doshi —pensó Tam mientras el calor de los estallidos le abrasaba el rostro—. Ahora sí que no vas a poder robarle el barco a nadie para recuperarlo…».

El Simurg, que acababa de perder un ojo y dos crías en cuestión de segundos, aulló de rabia. Batió las alas y pisoteó el hielo con tanta fuerza que Tam temió que este empezara a resquebrajarse y los hiciera caer a todos a las aguas heladas de Laguna Espejo.

Roderick sacó la cabeza de un montículo de nieve cercano.

—¿Has visto mi sombrero? —preguntó al tiempo que, por inercia, se tocaba un cuerno.

Tam se descolgó a *Duquesa* del hombro y señaló sin decir nada a las criaturas que batían las alas para secarse el agua en el borde del hielo. Tres de ellas habían sobrevivido al accidente del barco volador. Las aves rapaces parecían versiones más pequeñas y blancas como la nieve del Comedragones, pero no tenían cresta ni cola llena de plumas. La más pequeña era más o menos del tamaño de un caballo, mientras que la mayor tenía el tamaño suficiente como para tirar de un carro de guerra ella sola.

—¡Simurgcitos! —La voz del agente sonó muy estridente, a causa

de la incredulidad—. Que me metan por el culo la punta afilada de un hacha de combate. ¿De dónde han salido?

«¿Simurgcitos?». A Tam la molestó un poco que el nombre no se le hubiese ocurrido antes a ella.

Sacó una flecha del carcaj que llevaba en la cadera y la colocó en el arco. Disparó al ver que una de las criaturas avanzaba hacia Cura (que empezaba a tambalearse un poco para ponerse en pie). La flecha atravesó el músculo por debajo del ala de la criatura y la retrasó, momento que Tam aprovechó para correr e interponerse.

Cura ya estaba de pie cuando Tam se detuvo junto a ella. La mirada de la invocadora, llena de agotamiento, se dirigió hacia el trío de simurgcitos, el estropicio del *Espuma de mar* y luego el Comedragones, que se alzaba junto a ellas, enorme como una montaña. La invocadora no dijo nada, pero la delgada línea de sus labios era respuesta más que suficiente. Empezó a quitarse el pañuelo que le cubría el brazo.

—Ponte detrás de mí, Tam.

La barda hizo ademán de coger otra flecha.

—Creo que deberíamos…

—He dicho que te pongas detrás de mí —gruñó Cura, y Tam obedeció al momento.

Dos de las aves rapaces se dirigieron hacia ellas a toda velocidad. La otra decidió ir a por Roderick, que saltó detrás del montículo de nieve como si fuese la pared de una fortaleza. Los jóvenes Comedragones avanzaron con gracilidad felina, deslizándose por el hielo como gatos con plumas. Tam apuntó al más cercano, pero tomó la decisión de dejar que Cura hiciese lo que tenía planeado. Apuntó al que se acercaba a Rod. Tensó, disparó y maldijo por lo bajo cuando la flecha rebotó contra el hielo entre las patas de la criatura.

El eco metálico que produjo *Madrigal* al salir de la vaina hizo que Tam volviese a centrar su atención en el Simurg. A primera vista no vio a Rosa ni a Cirrolibre, pero Brune estaba en apuros. El Comedragones lo había atrapado para quitárselo de la pierna y lo tenía aprisionado entre las garras. La barda contempló horrorizada cómo el monstruo sumergía el puño, con Brune en su interior, en las aguas del lago. Se imaginó al chamán agitando las extremidades, desesperado por liberarse mientras el agua fría le llenaba los pulmones.

Después volvió a mirar a los simurgcitos que avanzaban hacia Cura y ella. Parecían pelearse por quién iba a darle el primer bocado a la barda. El más pequeño de los dos mordisqueó al otro, pero el mayor lo apartó, intimidante, y siguieron acercándose.

Cura no había dejado de afanarse con el pañuelo, por lo que Tam decidió preparar otra flecha. La colocó, tensó la cuerda, cogió aire para que dejase de temblarle el brazo y, justo en ese momento, la invocadora consiguió quitarse la tela del todo. La barda vio fascinada cómo se alzaba por los cielos como una bandera sin asta, después miró furtivamente el último tatuaje que se había hecho Cura.

Y dio un respingo.

—¿Esa no es…?

—*¡ROSA LA SANGUINARIA!* —gritó Cura. Se apoyó en Tam mientras la cosa que tenía grabada en el brazo surgía entre una nube de tinta y llamas.

Sin duda era una figura femenina, de caderas redondeadas y hombros anchos, pero también inhumana. No se parecía en nada a Rosa, porque Rosa no era alta como un árbol ni estaba envuelta en llamas, pero sí que tenía algo de ella, brotaba de su silueta una amenaza constante que dejó a Tam sin aliento.

El más pequeño de los dos simurgcitos se detuvo, pero el mayor, impertérrito, decidió atacar.

Rosa la Sanguinaria saltó hacia él, y en sus manos aparecieron unas espadas llameantes. Una golpeó al monstruo en la cara y le destrozó el aterciopelado hocico, mientras que la otra se le enterró por completo en el cuello. La herida se le cauterizó al instante, pero el simurgcito cayó al suelo y se deslizó hasta quedar junto a los pies de Tam y Cura. Se estremeció, graznó dolorido y murió.

El tintoso de Cura se giró hacia ellas. Los copos de nieve que flotaban a su alrededor se disolvían antes de tocarlo. Debajo de sus pies, el hielo había empezado a derretirse. Tam consiguió distinguir una figura dentro del fuego, aunque era poco más que una silueta detrás de aquel velo de llamas. No podía verle la cara, pero estaba segura de que se había quedado mirando a Cura.

La Bruja de Tinta no dio ni un paso atrás y apretó los puños a los costados. Abrió los ojos como platos, se le dilataron las fosas nasales y rechinó con fuerza los dientes.

«Está aterrorizada —pensó Tam—. Admira a Rosa. Tiene que ser eso, porque si no, no la habría seguido hasta aquí. Pero también le tiene miedo. Y eso de ahí representa la manera en la que la ve».

La barda reprimió un estremecimiento.

«Un alma en llamas. Una mujer aprisionada por su naturaleza, un peligro para los que se encuentran junto a ella…».

Fuera cual fuese la pelea interior que tenía lugar entre la invocadora y la invocación, terminó de repente cuando el simurgcito más pequeño pegó un brinco para saltar sobre ella y la tiró al hielo. El

tintoso se retorció en el aire y le dio un golpe en las fauces con un brazo antes de que la mordiese. Después ambos se convirtieron en un revoltijo de garras y espadas llameantes.

Cura cayó al suelo y apartó la mano de Tam cuando la barda extendió el brazo para tocarla.

—Ve a ayudar a Rod —murmuró.

«¿Rod? ¡Roderick! ¡Joder!».

Tam se había olvidado de él.

Se volvió y vio que el agente seguía vivo y había llevado a cabo una táctica sorprendentemente eficaz: tumbarse bocarriba y hacer el molinete con las piernas levantadas. El simurgcito consiguió morderle un pie, pero no tardó en darse cuenta de que lo que tenía en la boca era una bota vacía. Al momento, recibió el impacto de una pezuña en el rostro y retrocedió tambaleándose…

… y la flecha de Tam le atravesó las escamas blanduzcas del vientre. El simurgcito aulló y pegó un brinco mientras se cubría con las alas y usaba los dientes para arrancarse la flecha. Roderick ya se había levantado.

Después de la retirada del sátiro, Tam vio que Hawkshaw se acercaba a ella. El alcaide alzó la ballesta doble.

—Oye, yo…

Clic.

Tam oyó un silbido junto a la oreja cuando el virote que bien podría haberla matado falló por muy poco. Una ráfaga de viento le había salvado la vida, pero no tuvo tiempo de dar las gracias.

—Hawkshaw, escucha…

Clic.

Tam saltó a la derecha y oyó un segundo virote que pasaba zumbando como una abeja junto a su nariz.

El alcaide tiró al suelo la ballesta descargada y, sin perder ni un segundo, agarró la espada de hueso sin vaina.

Tam se echó hacia atrás y alejó a Hawkshaw de Cura, aunque estaba muy segura de que la rabia del alcaide no iba dirigida a la Bruja de Tinta.

—Por los putos dioses, ¿quieres hacerme caso? ¡Lo siento! No sabía que la Viuda era…

Tam tenía dos opciones: terminar la frase o esquivar la estocada a la cabeza que le acababa de asestar el alcaide, por lo que se decidió por esta última. Saltó a un lado y, cuando estaba a punto de volverse para salir corriendo, la espada del alcaide le alcanzó el hombro. El golpe la hizo caer de rodillas. Al principio pensó que el gabán de cuero se había llevado la peor parte, pero sintió una punzada de dolor

abrasador que le indicó que no había sido el caso. Un puntapié la tiró bocabajo contra el hielo. El arco cayó frente a ella, lejos de su alcance.

Rodó hasta quedar bocarriba y vio cómo Hawkshaw se alzaba ante ella. El alcaide cambió el agarre de la empuñadura de la espada y se preparó para atravesarla.

Tam rebuscó debajo del gabán y encontró la empuñadura con forma de cuervo que buscaba. Lanzó la daga de Cura contra el rostro del alcaide, pero no se le daba nada bien lo de lanzar armas, y el pomo de la daga rebotó contra la mejilla de su agresor y luego cayó al suelo.

«Al menos le saldrá un moretón», pensó la parte cínica que se ocultaba en un rincón de su mente.

Hawkshaw vio la daga caer al suelo y luego gruñó cuando un par de espadas envueltas en llamas le sobresalieron del pecho. Se vio levantado en vilo, y la espada de hueso se resbaló de sus temblorosos dedos. El espectro llameante de Rosa la Sanguinaria sacó las armas del cuerpo del alcaide, y este cayó al suelo como un saco de provisiones, muerto debajo de su capa de paja, que había empezado a arder.

Tam y el tintoso se quedaron el uno mirando al otro durante unos instantes. A tan poca distancia, la barda notó las oleadas de calor que brotaban de la mujer cubierta de llamas y… también algo más: un aura radiante que bullía con ira y desasosiego y orgullo. Tam se sintió abrumada, como si acabasen de partirla por la mitad. Sintió cómo batallaban en su interior el amor y la necesidad de ser amada. La reconciliación entre ambas sensaciones parecía imposible, pero si fuese capaz de centrarse solo en…

La aparición ladeó la cabeza, como si fuese consciente de la profunda comprensión de Tam. Las llamas que la envolvían pasaron del naranja al azul. El hielo que tenía debajo se fundió y se derritió. Tam sabía que tenía que largarse de allí o al menos apartar la mirada, pero la presencia de aquella mujer la obligaba a mirar…

De repente las llamas desaparecieron, y la figura del interior se disipó entre cenizas que se llevó el viento.

Tam respiró una bocanada de aire frío. Recuperó la daga y luego se acercó a su arco. El hielo se sacudió de repente, y cayó de espaldas.

Entre los simurgcitos y el hecho de que Hawkshaw intentase matarla, había estado demasiado preocupada por su supervivencia para recordar la mole del tamaño de una ciudadela a la que tenían que enfrentarse.

Pero Rosa, no. Ni tampoco Cirrolibre.

Desde ese extremo del abismo de agua helada, su enfrentamiento con el Comedragones parecía irracional, como si fuesen un par de

ratones demasiado optimistas que se enfrentan a un león. Tam distinguió a Rosa, con el pelo rojo y la armadura negra, atacando desde abajo. Lanzaba las espadas una y otra vez, y estas no tardaban nada en regresar a sus manos, pero era difícil distinguir si afectaban de alguna manera a su enemigo.

Cirrolibre era quien estaba al alcance del Comedragones, un claro objetivo. Por el hielo resonó La música de *Madrigal*, el trinar cantarín de un pájaro borracho de aguardiente. El druin usaba la presciencia para anticiparse a los ataques de la criatura, corría y saltaba para evitar las garras y, de vez en cuando, encontraba algún instante en el que contraatacar.

Una figura chapoteante llamó la atención de Tam: era Brune, totalmente desnudo a excepción de la empapada bufanda roja, saliendo a duras penas del lago. Cuando llegó junto a él, el chamán se había tirado sobre el hielo, jadeaba para recuperar el aliento y temblaba como si hubiese visto a su propio fantasma nadando en las profundidades.

—¡Brune! ¿Estás bien?

—¿T-T-Tam? ¿Q-qué coño ha-haces aquí?

La barda abrió la boca para decirle a Brune que había visto al Comedragones acechándolos por debajo del hielo y que luego había empujado a Hawkshaw por la borda, descubierto que la Viuda se ocultaba en el camarote de Doshi, destrozado el ojo del Simurg con una bomba, estrellado el barco, ayudado a Cura a luchar contra los simurgcitos y visto al tintoso de la invocadora (que era Rosa, pero en realidad no era Rosa) matar a Hawkshaw con un par de espadas llameantes.

—¿T-Tam? —llamó el chamán.

La barda parpadeó.

—Perdona. ¿Qué?

—¿Dónde está C-Cura?

—Aquí.

La Bruja de Tinta fue hasta ellos cojeando. Tam no pudo evitar mirar el tatuaje del brazo de Cura, y recordó la virulencia de aquellas llamas cuando le rozaron la piel. La tinta estaba atenuada y emborronada, y se quedaría así al menos durante varias horas más. Nunca le había dado por preguntar, pero sospechaba que la invocadora no podía invocar al mismo tintoso dos veces el mismo día.

—¿Y R-Roderick? —preguntó Brune.

«¡Roderick! ¡Joder!».

Tam se había olvidado por completo del agente.

—Está… —La barda echó un vistazo alrededor y vio que Roderick

corría a toda velocidad mientras el simurgcito herido lo perseguía—. Allí.

El chamán intentó ponerse en pie.

—Voy a ayudarlo.

—Yo me encargo —dijo Cura al tiempo que sacaba el brazo derecho de debajo del mantón.

Tam se interpuso entre ambos y dijo:

—No, dejádmelo a mí. —Luego gritó—: ¡Rod!

El agente viró hacia ella. El simurgcito derrapó en el hielo detrás de él y batió las alas para no perder el equilibrio.

En el carcaj de Tam quedaban tres flechas. Eligió una, la sacó y apuntó por encima de la cabeza del sátiro. Después respiró hondo y flexionó todo el cuerpo mientras apuntaba.

Roderick era un borrón que no dejaba de agitar los brazos. Su objetivo, claro como el agua.

Soltó el aire y la flecha al mismo tiempo, y estaba segura de que le habría dado al simurgcito si el hielo debajo de sus pies no se hubiese agitado con violencia.

Pero se agitó con violencia, por lo que falló por mucho.

Sacó la penúltima flecha del carcaj y soltó un taco cuando se le partió en la mano. La tiró al suelo con rabia.

Cura le preguntó algo, y Roderick no dejaba de gritar cosas que no entendía. El simurgcito le rozó los talones, le hizo tropezar, y el agente cayó al suelo.

Tam sacó la última flecha. No había tiempo para colocarla tal y como le había enseñado Tera ni de respirar como le había dicho Cirrolibre.

Soltó la cuerda justo en el momento en el que las plumas le rozaron la mejilla. La flecha silbó sobre la cabeza de Roderick y abrió un agujero sanguinolento en el cuello de la criatura.

Ya solo quedaba un Simurg por matar.

35

Lo más alucinante

—Pero ¿qué está haciendo Rosa, por el infierno helado de la Madre Escarcha? —preguntó Roderick entornando los ojos para mirar el otro extremo del círculo de hielo resquebrajado.

—¿Está c-corriendo? —preguntó Brune. Aún seguía en el suelo, y desnudo, y tiritando a causa del aire helado. Tam sospechó que convertido en lobo no pasaría tanto frío, pero tampoco podría hablar.

—No, no corre —dijo Cura—. Rosa nunca corre.

Roderick olisqueó.

—¿Tú crees? Porque hoy he corrido mucho y tengo muy claro que eso —señaló— sí que es correr.

El agente tenía razón: Rosa estaba corriendo, sin arma y para alejarse del monstruo, mientras Cirrolibre no dejaba de atacar. *Madrigal* era un borrón reluciente como un sol en sus manos, y zumbaba cada vez que se enterraba en las patas delanteras del Simurg.

Corriese o no, Tam se maravilló al comprobar que Rosa era capaz de moverse. Ella estaba agotada, casi no podía mover las extremidades y tenía la respiración entrecortada por culpa del frío. Rosa llevaba una armadura de placas y se había pasado varios minutos bailando con el Comedragones.

Brune alzó la vista. Tenía el pelo y la barba tan congelados que casi ni se le agitaron. Hasta las cejas estaban cubiertas de escarcha.

—¿Y entonces qué hace?

—Va a matarlo —dijo Cura—. O a morir intentándolo.

—¿Deberíamos ayudarla? —preguntó Tam.

La Bruja de Tinta negó con la cabeza.

—Creo que ya es demasiado tarde.

Miran, incapaces de hacer nada, mientras Rosa corre a toda prisa sobre el hielo. Salta por encima de unos pequeños montículos, pero tiene uno mucho mayor frente a ella. El Simurg, cuyo ojo izquierdo es un estropicio humeante, tiene que girar la cabeza hacia un lado para ver bien hacia dónde vuela. Después apunta hacia Rosa con el hocico,

y Tam ve cómo se despliegan unas plumas rojas y doradas por detrás de su cabeza, como si fuese el esplendoroso abanico de una cortesana.

—Va a…

—Ya lo vemos —dice Cura.

—Pero ella…

—Lo sabemos.

«Va a morir —dice Tam para sí—. A menos que… esté corriendo hacia ese montículo de nieve. ¿Llegará a tiempo?».

El Simurg extiende las alas y se prepara. Mientras, Rosa intenta subir a la desesperada la inclinación del montículo y levanta una escarcha tan resplandeciente que duele solo de mirarla.

—¿L-Lo ha conseguido? —pregunta Brune—. ¿L-La veis?

—No —dice Cura con voz grave.

—¡¿No qué?! —aúlla Roderick—. ¿No la ves? ¿O no lo ha…?

—¡Ahí está! —grita Tam señalándola.

Rosa sigue escalando por el montículo, que debido al aliento del Simurg ha quedado convertido en una almena adornada con púas de hielo cristalizado. Se queda allí en pie mientras su cabello pelirrojo ondea al viento. Y grita. No son palabras, o al menos Tam no distingue palabra alguna.

No obstante, al parecer el Simurg la entiende. La criatura está herida, de gravedad. Sus crías han muerto. Ha destruido ciudades, enterrado civilizaciones bajo siglos de hielo, ¿y esa mujer, esa cosa pequeña e insignificante, tiene las agallas de desafiarla?

Tam supone que eso es más o menos lo que acaba de pensar la criatura, porque cuando Rosa se desliza hacia abajo por el montículo helado y empieza a correr hacia el Simurg, este carga hacia su contrincante.

Cirrolibre no hace el más mínimo amago de retenerla. En lugar de eso, vuelve a guardar *Madrigal* en la funda y se planta. Sea cual sea su cometido en todo esto, Tam sospecha que lo ha cumplido.

Rosa extiende los brazos para llamar a *Cardo* y *Espina*, aunque no deberían servirle para mucho. La piel del Simurg es demasiado gruesa. Y sus plumas, cubiertas de escarcha, son más duras que las escamas.

El monstruo se lanza contra ella, con la cabeza inclinada a un lado. Mientras abre las fauces, Rosa lanza una espada por encima de la cabeza y la otra con un revés, ambas directas hacia su boca; y luego se resbala (no, se deja caer) bocarriba, y se desliza por el hielo mientras los dientes del Comedragones se cierran justo encima de ella.

—Oh —dice Brune, en voz muy baja.

Rosa vuelve a ponerse en pie (Tam no tiene ni idea de cómo lo ha hecho), y empieza a correr. El Simurg alza la cabeza y suelta un

chillido ensordecedor que al principio parece de triunfo, pero que termina por convertirse en un grito ahogado cuando Rosa, con los guanteletes iluminados, se mete rápidamente debajo de la criatura y le hunde cada vez más las espadas en el vientre con cada una de sus zancadas.

El Simurg intenta golpearla, pero la mercenaria se escabulle entre dos de sus garras y sigue corriendo. Después la criatura alza la pata de atrás para intentar detenerla, pero Cirrolibre ya ha saltado para atacar su otra pata. *Madrigal* rasga hueso y tendones, y el Comedragones aúlla y se vuelve mientras chorrea sangre y barre la superficie del lago con las relucientes plumas de su cola.

Rosa frena hasta detenerse y se vuelve. El druin corre a colocarse a su lado, y Tam ve que le dice a la mercenaria algo que no se oye desde la distancia.

El Simurg se agita con violencia y se retuerce por instinto a causa de una angustia invisible para ellos. Se derrumba, para luego volver a levantarse y centrar el ojo que le queda en Rosa, quien tiene ambas manos extendidas frente a sí como un suplicante que mendiga favores a su dios.

Pero Rosa no necesita pedir nada a los dioses.

Solo lo ha hecho para recuperar sus espadas.

Las runas de sus muñecas refulgen, y las cimitarras a las que están conectadas empiezan a rotar, a cortar y a rajar pulmones, corazón y todo lo blando que hay dentro de la garganta del monstruo, y luego salen al exterior entre arcadas y un chorro de sangre y bilis. Llegan al fin, cubiertas de sangre, a las manos de la mujer a la que todo el mundo llama Rosa la Sanguinaria.

El Simurg empieza a convulsionar. Sus alas se estremecen como velas en una tormenta. Las plumas de su cola se agitan y las garras abren zanjas en el hielo. Intenta rugir, aullar de indignación a la mujer que ha cercenado el hilo dorado de su inmortalidad, pero solo consigue vomitar más de sus trituradas entrañas en el lago helado.

El Comedragones se desploma al fin y se hunde en el agua helada de la que había surgido. Se agarra, débil, al hielo resquebrajado y a continuación se resbala y se hunde en las frías profundidades de Laguna Espejo.

Nadie dice nada durante un rato, y luego Roderick se ríe.

—¡Joder! ¿Habéis visto eso?

El sombrero de colas de zorro del sátiro, que había perdido mientras pilotaba el *Espuma de mar*, rueda por el hielo y se queda quieto en un montículo de nieve que hay cerca de su pezuña. El agente se agacha para cogerlo y se lo coloca con firmeza.

—¡Esto es lo más alucinante que he visto en todo el día!

Cura suelta un bufido.

—¿En serio? ¿Eso ha sido lo más alucinante que has visto en todo el día?

Roderick parece un poco ofendido. La respuesta que estaba a punto de pronunciar, fuese cual fuese, se pierde entre sus labios. Y en lugar de eso dice:

—En realidad, no. —Luego señala los restos humeantes de lo que antes era su barco volador—. Eso sí que lo es.

* * *

La Viuda estaba viva, pero en llamas.

Lo más extraño es que parecía del todo indiferente al fuego que le consumía el traje mientras este se agitaba con el viento detrás de ella. Iba descalza y avanzaba con paso determinado hacia el agua.

Cura la miró, boquiabierta.

—Es la Viuda —dijo Tam—. Estaba escondida en el camarote de Doshi.

Brune temblaba mucho más.

—E-Es una d-dru…

—Druin —terminó Tam—. Ya me he dado cuenta.

Roderick frunció el ceño en dirección al chamán.

—Toma, ponte esto.

Se quitó la enorme capa de pieles y se la ofreció a Brune, que estaba ocupado mirando la capa idéntica que el sátiro llevaba debajo.

—¿L-Levabas d-dos iguales t-todo el r-rato?

Rod resopló.

—A ver, pues claro. Estamos en los Yermos de la Bruma, ¿recuerdas?

Brune parecía estar a punto de atacar al agente, pero se impusieron las ganas de sobrevivir y en su lugar extendió la mano para coger la capa.

—Chicos —llamó Cura—, mirad.

La Viuda estaba de pie junto a Hawkshaw. Unos mechones de cabello negro le ocultaban el rostro mientras contemplaba el cadáver desde arriba, por lo que no les quedó claro si se encontraba apenada. No parecía el tipo de persona que lamentase la muerte de un sirviente, pero se quedó allí el tiempo suficiente para que se le apagasen las llamas del vestido.

—Levanta, patán miserable.

Tam estaba a punto de comentarle que el alcaide sin duda estaba

muy muerto, pero como Hawkshaw había empezado a ponerse en pie, decidió que quedarse con la boca abierta era una idea mucho más adecuada.

—¡Duendecillos a la brasa! —Roderick se giró hacia Cura—. ¡Pensaba que lo habías matado!

La invocadora frunció el ceño.

—Y eso fue lo que hice.

—Vale, ¿y entonces cómo es que…? —El agente dio un respingo—. Es una puta nigromante.

Hawkshaw se tocó las heridas del pecho. Su plúmbea e impertérrita mirada recayó primero en Tam, luego la dirigió por encima del agua, al lugar en el que el Comedragones había vomitado un enorme charco de sangre.

«¿Por qué tiene los ojos iguales?», se preguntó Tam. ¿Por qué no arden como los del resto de muertos vivientes con los que se han topado durante los últimos meses?

El alcaide se giró hacia la Viuda.

—¿El Simurg está muerto?

—Así es —respondió ella.

—Entonces, ¿por qué sigo yo aquí? Dijiste que se había acabado, que cuando muriese el Comedragones podría regresar con Sara. Me juraste que…

—Mentí —dijo ella con total despreocupación, como si hablase con un hombre que había encontrado un poco de apio en su sándwich de ensalada de huevo en lugar de con uno cuya alma había esclavizado con una magia nauseabunda—. No te enfades, Hawkshaw. Te hace parecer muy siniestro, y todos sabemos que en realidad eres un cachorrito. —La druin rozó con una mano pálida la mejilla del alcaide cubierta por la máscara—. Aún te necesito. Eres mi campeón. Al menos hasta que encuentre uno mejor.

El alcaide asintió con reticencia.

Los dedos de la Viuda agarraron la rasposa barbilla de Hawkshaw.

—Y como vuelvas a pronunciar el nombre de tu primera esposa en mi presencia, la haré volver de la tumba para que contemples la belleza en la que se ha convertido. ¿Ha quedado claro?

Algo brilló en los ojos del alcaide como un cuchillo en la oscuridad, un remanente de su libre albedrío.

—Sí, mi reina.

—Bien. —La mujer besó la línea apretada que formaban los labios del alcaide—. Puede que seas un esclavo, querido, pero también eres mi esposo.

—¿Acaba de decir esposo? —preguntó Brune.

—¿Acaba de decir reina? —dijo Cura.

—¿Reina? —repitió Roderick, en voz lo bastante alta como para llamar la atención de la Viuda—. ¿Reina de qué? ¿Y él de quién es el esposo? ¿Alguien podría hacer el favor de explicarme qué narices está pasando aquí, por los helados infiernos?

—Él es el Señor de la Linde —dijo Tam, que había unido las piezas del rompecabezas y deseaba poder olvidar de inmediato lo que acababa de descubrir.

Brune frunció el ceño.

—¿El que murió?

—El que murió, sí.

Cura puso cara de perplejidad.

—Entonces ella es…

—Es la Reina del Invierno.

Los compañeros de banda miraron a Tam como si acabase de sugerir que se tirasen en cueros a las aguas heladas del lago.

—O eso creo —añadió Tam a toda prisa. Hawkshaw estaba ocupado intentando recuperar su espada y su ballesta, pero la Viuda los miró a todos con una sonrisa maliciosa—. Cirrolibre me contó que la Reina del Invierno en realidad era una druin. La mujer del arconte. Ella… esto… murió. —Tam optó por obviar la parte de la historia en la que Vespian mataba a su hija pequeña—. Pero el arconte usó una espada llamada *Tamarat* para traerla de vuelta. Aunque no estaba…

—¿No estaba qué? —insistió Cura.

—No estaba cuerda —susurró Tam—. Sea como fuere, llevaba muerta desde la caída del Dominio, pero Brozaparda usó *Tamarat* para quitarse la vida en Castia, por lo que…

Tam se quedó en silencio, ya que por la expresión de los demás era obvio que habían comprendido cómo acababa la historia.

—¿Me estás diciendo que esa brujita apocada es en realidad la Madre Escarcha? —preguntó Brune.

—Ese no es un nombre que me agrade en demasía —dijo la Viuda confirmando la estrafalaria conjetura de Tam—. Hace que me sienta muy vieja.

—No me lo creo —dijo Cura.

La druin levantó la barbilla, lo que le dio un aspecto arrogante.

—¿No?

Sus ojos relucieron cerúleos. Susurró algo indescifrable, y un humo negro brotó de entre sus labios. El cadáver del simurgcito que Tam había matado con la flecha empezó a volver a la vida. Sus ojos ardieron con lenguas de fuego blanco. La criatura no parecía hacer gala de la magia sutil que la Viuda había usado para permitir que

Hawkshaw conservara su aspecto vivo. Se tambaleó hasta situarse junto a la mujer y colocó la cabeza junto a sus pies.

El júbilo se retorció como un gusano entre los labios de la Viuda.

—¿Y ahora? —preguntó.

Cura hizo un gesto de desdén y Tam esperó, por lo más sagrado, que la invocadora no estuviese a punto de decir algo que provocase a la hechicera y los matara allí mismo.

—Y ahora, ¿qué? ¿Crees que eres una diosa, acaso? —Fingió una risotada, demasiado brusca para ser creíble—. Pues yo no. Yo creo que eres una zorra apestosa como un ejército de orcos que ha pasado demasiado tiempo en su castillo acompañada por un tipo muerto y una tortuga vieja. —Hizo un gesto indicando a Hawkshaw—. Eres tan asquerosa que hasta tu marido prefiere morir en lugar de quedarse a tu lado. —Cura miró durante unos instantes a Brune—. Estoy segura de que te odian hasta los perros —añadió.

Tam hizo una mueca de disgusto.

«Se acabaron los buenos modales».

El júbilo de la Viuda desapareció como una moneda de plata que se pierde en las profundidades del mar.

—Quizás esto sí que os convenza —dijo, y empezó a caminar hacia el hueco circular que había en el hielo.

Lo que ocurrió a continuación fue, sin ninguna duda, lo más alucinante que Tam había visto en todo el día.

36

Perdido y encontrado

La Viuda soltó otra retahíla de palabras sibilantes. Un vapor oscuro brotó de sus labios en el aire helado.

Esperaron. Pasó un rato. Cura abrió la boca para decir algo sarcástico, pero justo en ese momento una enorme garra surgió del lago y se aferró al hielo resquebrajado. Detrás de ella se alzó el cadáver viviente del Simurg mientras el agua se derramaba entre pelo, plumas y escamas. Unas llamas parecidas a piras funerarias iluminaron las cavernosas cuencas de sus ojos. Se irguió frente a ellos, glacial y silencioso. Las plumas de su cresta habían pasado del brillante rojo del amanecer al amoratado violeta del ocaso.

Los integrantes de la banda cayeron de rodillas al ver a la criatura. Cura soltó un taco. Brune murmuró una oración entre dientes.

—Me cago en los dioses —dijo Roderick, que consiguió la impresionante hazaña de soltar tacos y rezar al mismo tiempo.

Tam no dijo nada. Fue incapaz. La lengua se le quedó de piedra en la garganta y amenazó con ahogarla. Una lágrima de desesperanza le resbaló por la mejilla y se le congeló a medio camino.

La Viuda, con una expresión de éxtasis en sus duros rasgos, alzó la vista hacia el Comedragones. Se había quedado ensimismada al ver a su nueva mascota, y a Tam se le ocurrió que quizás aquel fuese el momento ideal para matarla, pero…

«Pero se te han acabado las flechas. Solo tienes una daga, y te será imposible acercarte a ella sin que Hawkshaw acabe contigo o sin que ese simurgcito te arranque las extremidades una a una».

Sus compañeros de banda habían llegado a la misma conclusión, a juzgar por el gesto serio de sus rostros. Tam no veía a Rosa debido a la mole del Comedragones, pero la última vez que los había visto a ella y a Cirrolibre, estaban arrodillados a causa del cansancio. Si la Viuda decidía matarlos en ese momento, no había mucho que pudiesen hacer al respecto.

Roderick se sujetó el sombrero y estiró el cuello para mirar al

Simurg.

—Nos ha timado —dijo con desesperación—. El objeto del contrato no era matar al Comedragones, sino controlarlo.

Antes de que Tam pudiese hacerse a la idea de los motivos por los que alguien iba a querer controlar un monstruo capaz de destruir el mundo, el Simurg bajó la cabeza y la apoyó contra el borde aserrado del hielo.

Los simurgcitos muertos vivientes se subieron al cuello de su madre y Hawkshaw se colocó al amparo de la cresta de plumas antes de ofrecerle una mano a su señora. Las orejas caídas de la Viuda se reavivaron un poco cuando subió al lomo del monstruo. Se mostraba emocionada pero precavida, como una mujer de las llanuras en la proa de un navío que surca los mares.

—Exquisito —dijo sin aliento. Después les habló desde las alturas —. Dadle las gracias a Rosa de mi parte, ¿vale? Sin duda era la persona perfecta para el trabajo. Muy capaz, muy valiente e irremediablemente insegura. Habría preferido que lo hiciese su padre, pero… —La Viuda enseñó los dientes e hizo un ademán con el que abarcó el paisaje desolado que los rodeaba—. Hay cierta poesía en todo esto. La querida hija de Gabriel, desesperada por demostrar su valía, abandonada a la muerte en este lugar.

—Que te den —le espetó Cura, lo que a Tam le resultó algo muy inapropiado que decirle a alguien que acababa de domar a uno de los monstruos más temibles del mundo. La druin los miró con el ceño fruncido, como si Cura y sus compañeros de banda no fuesen más que unos mocosos enfermos de podredumbre que suplicaran una limosna en su puerta.

—¿Por qué odias tanto a Gabriel? —le preguntó Tam con la esperanza de templar la rabia de la Viuda y que no terminase por matarlos.

—Porque mató a mi hijo —dijo la druin con una mirada capaz de extinguir un fuego.

El Simurg batió las alas y creó una tormenta de aguanieve y remolinos de plumas que volvió a arrancarle el sombrero de la cabeza a Roderick. El monstruo se elevó despacio hacia los cielos, hasta que hendió el velo plomizo que cubría los Yermos de la Bruma y desapareció.

—Seguimos vivos —dijo Roderick.

—Pero ahora, ¿qué? —preguntó Brune. Echó un vistazo alrededor y parpadeó con unas pestañas cargadas de escarcha..

Cura no había dejado de mirar hacia el cielo, con gesto lúgubre. Terminó por bajar la vista hacia las montañas cubiertas de nieve y la

tundra interminable que se perdía en el horizonte septentrional.

—Ahora, moriremos aquí.

Algo malo le ocurría a Rosa.

Tam y los demás habían rodeado el círculo irregular de agua, conscientes de las grietas que podían llegar a romperse y dejarlos a la deriva en el lago sobre un pedazo de hielo, algo que Roderick descubrió por las malas. Por suerte, el sátiro era un gran saltador y después de eso se aseguraron de alejarse lo suficiente del agua.

Rosa se encontraba tumbada bocarriba con la cabeza apoyada en el regazo de Cirrolibre. Las orejas del druin estaban caídas y lacias, como el gesto de un niño que se niega a comer un plato de col hervida.

—¿Está herida? —preguntó Roderick—. ¿Qué ha ocurrido?

Pero Tam se dio cuenta de lo que le pasaba cuando la miró a la cara. Los iris le cubrían todo el globo ocular y tenía los labios y la lengua negros; esta última parecía una piedra de carbón que se hubiese metido en la boca. Además, le rezumaba una sangre negruzca por las fosas nasales.

A Tam le dio un vuelco el estómago. Podría haber impedido que Rosa se tomase la Hoja del León o haberle dicho a Cirrolibre lo que había visto en los camarotes, pero decidió confiar en que Rosa sabía lo que hacía. Creyó, como una imbécil, que la líder de Fábula valoraba más su vida que el hecho de derrotar al Simurg.

—Va a morir —dijo Cirrolibre.

—Estoy muy seguro de que eso es algo que nos va a ocurrir a todos —apuntó Roderick al momento.

El viento estaba arreciando, la nieve empezaba a acumularse en los tobillos de todos y el cielo oriental echaba chispas, como un sacerdote cada vez que una prostituta va a la iglesia.

«Se acerca una tormenta —conjeturó Tam—; cuando llegué aquí, será nuestro fin».

Brune se quitó la capa que el sátiro le había dado antes y la colocó sobre Rosa.

—Te vas a congelar —le dijo Cirrolibre, pero el chamán se limitó a encogerse de hombros.

Cura hizo lo propio con las pieles que llevaba puestas. Le castañetearon los dientes al tiempo que dirigía al druin una mirada tranquilizadora.

Tam se quitó el gabán de cuero rojo y luego se arrodilló y lo colocó con cuidado también encima de Rosa.

—No tenéis por qué sufrir por ella —dijo Cirrolibre—. Rosa no lo querría.

Su voz se quebró mientras hablaba, una aflicción que no quería

compartir ni con sus camaradas más cercanos.

—Pero se lo merece —dijo Roderick. Se quitó el sombrero de colas de zorro, se acercó a ella y lo ciñó a la cabeza de la mercenaria.

Se quedaron allí temblando, serios como dolientes en su propio funeral. Tam estaba a punto de sugerir que sería mejor que llevasen a Rosa a la guarida del Simurg, pero los yethiks los atacaron justo en ese momento.

Los monstruos avanzaban a duras penas a través de la nieve. Eran enormes, unas moles desgreñadas que tenían cuatro brazos y rostros que parecían máscaras de cuero hervido. Cada uno de ellos era tan grande como Brune, menos el líder, que resultó ser, curiosamente, el más pequeño y en aquellos momentos aullaba algo ininteligible mientras se acercaban a ellos.

O quizá no tan ininteligible, porque más bien sonó a…

—¡Esperad! —gritó Tam antes de que Brune se transformase o de que Cura invocase a una de sus atrocidades de tinta—. ¡Escuchad!

—¡Roooooosa! ¡Roooooosa!

Roderick sacó la cabeza por detrás del chamán.

—¿Rosa? —Miró a Cirrolibre—. ¿Rosa conoce a algún yethik?

—Eso no es un yethik —dijo Tam. Se colocó frente a los demás y esperó tener razón.

La figura que se detuvo frente a ella tenía una barba muy poblada y estaba cubierta de pieles apelmazadas, pero sin duda era humana. Sus dos extremidades inferiores eran poco más que sacos de arpillera rellenos que colgaban de dos cordeles amarrados a las muñecas de verdad. Tenía el rostro quemado y rubicundo debido a la sobreexposición al frío, y su barba desaliñada estaba cubierta de escarcha. A pesar de todo, Tam reconoció al hachero de los Cuervos de la Tempestad casi de inmediato.

—¿Farager?

El hombre la examinó desde debajo de sus pestañas heladas.

—¿Tam? ¿La mismísima Tam Hashford?

—¿Qué haces aquí? —preguntó la joven, que no había dejado de mirar con cautela a los simiescos acompañantes de su interlocutor. A diferencia de él, el resto eran yethiks de verdad, con grandes cejas, mandíbulas inferiores llenas de colmillos y cuatro brazos cada uno.

—¡Hemos venido a matarte! —dijo Farager, pero al ver que la barda acercaba la mano a la daga, alzó los brazos de mentira hacia los cielos en gesto de rendición—. ¡Ja! Era broma, claro. Dioses, ¡deberías haber visto la cara que acabas de poner! —Se giró e hizo una serie de gestos a los yethiks que tenía detrás. Rieron a carcajadas y se empujaron los unos a los otros con fuertes codazos—. En realidad, os

hemos visto luchar contra el Comedragones y hemos pensado que quizás os vendría bien un poco de ayuda.

—Pues llegáis un poco tarde —dijo Cura—. Ya ha muerto.

—Sí, eso hemos visto —dijo Farager.

—Bueno, no se puede decir que haya muerto, exactamente —gruñó Brune.

—Eso también lo hemos visto. —El hachero entrecerró los ojos y examinó el hielo enrojecido por la sangre antes de mirar a los cielos—. ¿Qué narices ha ocurrido aquí?

—Rosa está enferma —dijo Tam con impaciencia—. Puede que se esté muriendo. ¿Hay algún lugar al que podamos llevarla? ¿Un sitio donde haga calor?

—Sí que lo hay —dijo Farager. Hizo un gesto llamativo con las manos, después otro, y luego se las llevó al pecho—. Seguidme.

Los yethiks vivían en un laberinto de cuevas al que se accedía por la grieta que Hawkshaw había identificado como la guarida del Simurg. Tam no recordaba muy bien cómo llegaron allí. Tenía el ligero recuerdo de haberse desmayado en la nieve y de que la habían metido, junto a Brune, Cura y Rosa, en unos trineos tirados por el séquito de yethiks de Farager. También recordó haber oído a Roderick quejarse por no ir en trineo, hasta que los rescatadores tuvieron que transigir y ofrecerle un hueco entre los demás.

El resto del viaje pasó en una serie de destellos de conciencia y agotamiento: una grieta de puro hielo en la penumbra; copos de nieve que brillaban contra la estrecha franja que se veía del cielo; huesos amontonados en montículos de hielo contra paredes de piedra; rostros bestiales que la contemplaban, y finalmente el cálido abrazo de una hoguera.

El calor la cubrió por completo, la envolvió como una marea que la arrastrase a las profundidades, más y más y más, hasta que se quedó dormida.

Tam se despertó con unos golpecitos en la espalda. Intentó volverse, pero un par de recias manos la mantuvieron en el sitio. Se dio cuenta de que no llevaba camisa, se asustó y empezó a agitarse con violencia para intentar desenfundar la daga que llevaba en la cintura.

—Tranquila, Tam —dijo Cirrolibre desde algún lugar cercano—. Solo intenta ayudarte. Te han herido. El tajo de una espada, al parecer.

«¿Una espada? Ah, sí. Hawkshaw me dio un tajo. Y también una patada. E intentó dispararme. Dos veces».

Sintió que le untaban algo caliente y pegajoso por el omóplato. Un ungüento, supuso mientras su cuidador lo aplicaba con mucho cuidado en la herida. Después, le colocaron en la espalda una tira de algo arrugado como un pergamino. El ungüento se volvió adhesivo al enfriarse, y el pergamino se endureció sobre el corte.

Se giró de costado y se incorporó cuando se lo permitieron. Encontró su gruesa túnica de lana y se la puso con cuidado por la cabeza. El fuego venía de una humilde fogata de leña, pero la pequeña cueva en la que se encontraba estaba caldeada y resultaba un lugar muy confortable.

Cura estaba dormida junto a ella, sobre unas pieles. Rosa estaba tumbada a poca distancia. Junto a su cabeza había un cuenco de arcilla. Tam vio la bazofia negra que brillaba en el interior. El rostro de la líder lucía ceroso a la luz tenue, y también húmedo a causa del sudor. Respiraba entrecortadamente, y sus dedos se retorcían sobre la empuñadura de una espada imaginaria.

Cirrolibre estaba sentado a su lado y jugaba con esa moneda de piedra lunar suya. Tam se preguntó si el druin había dormido algo desde el rescate.

Brune y Roderick no se encontraban por ninguna parte.

Junto a ella había un yethik con pelaje marrón claro y topos blancos, como el de un cervatillo. Cirrolibre lo había tratado como si fuese hembra, pero Tam era incapaz de ver nada femenino en ellos. Usaba dos de sus manos para enrollar una lámina de corteza de árbol, con una tercera hacía un gesto a mano abierta muy particular por debajo de la barbilla, que repitió (o algo parecido) mientras se metía la cuarta mano en la cara posterior del codo.

«No son gestos —se dio cuenta al momento—. Es un idioma».

—Pues… gracias —dijo.

La yethik repitió el primer gesto y luego se marchó apoyándose sobre los nudillos de sus manos inferiores. La cueva tenía una entrada y se accedía a ella por una rampa poco inclinada. El espacio que se veía al otro lado estaba iluminado por unos haces de luz difusa que se proyectaban a través de fracturas en el techo de la caverna. Unas estalagmitas y estalactitas más grandes que la mayoría de las torres de Ardburgo hacían las veces de columnas en la oscuridad, todas moteadas por nichos oscuros y recovecos iluminados. En algunas de ellas vio siluetas peludas, sentadas o conversando con elaborados gestos de manos.

—¿Saben hablar? —se preguntó Tam en voz alta.

—Con gestos —respondió Cirrolibre—. Y algún que otro gruñido ocasional. Además, por alguna razón siempre se ríen de casi todo lo

que hace Farager. Aparte de eso, no emiten más sonidos.

—Desconocía eso de los yethiks —dijo ella.

Era complicado ver su expresión a la débil luz de las ascuas, pero la voz del druin sonó particularmente sombría.

—Yo también.

—¿Dónde están los demás?

—Se han ido con Farager para ver si pueden rescatar algo del barco volador. Volverán pronto. Creo que ya los oigo.

Tam se había preguntado más de una vez si las orejas alargadas de Cirrolibre eran sinónimo de un mejor sistema auditivo que el de los humanos y, como en ese momento solo oyó el siseo de la leña y la respiración regular de Cura, dio por hecho que sí que era el caso.

—¿Rosa estará bien? —preguntó, con un titubeo.

—Se recuperará, sí. —Cirrolibre hizo un gesto señalando el cuenco que había junto a la cabeza de la mercenaria—. Pero no se va a quedar aquí. En cuanto pueda andar, insistirá en partir hacia el sur. Si tenemos suerte, los yethiks nos indicarán un camino a través de las montañas, pero si no… —Apartó un mechón de pelo sudoroso de la frente de Rosa—. Intentará escalarlas. Yo la seguiré, claro. Y supongo que Cura y Brune también.

—Y yo.

—Y tú —dijo con una sonrisa triste—. Tú y yo somos como polillas. Y Rosa es la llama.

Tam parpadeó al recordar el nuevo tintoso de Cura. *Rosa la Sanguinaria*, envuelta en llamas. Dudaba que el druin lo hubiese visto combatir contra el Simurg, pero era Cirrolibre y había pocas cosas que escaparan a su percepción.

—No creo que tengamos muchas posibilidades de sobrevivir a un viaje por las Broquelescarcha en invierno. Puede que Brune sea el único que sobreviva.

—¿Y por qué no esperamos a que llegue la primavera? —sugirió Tam.

—¿Crees que Rosa esperará a que se derrita la nieve mientras la Horda de la Bruma amenaza la vida de nuestra hija?

Tam se encogió de hombros.

—¿Por qué se preocupa ahora por la seguridad de Wren? Sabemos desde hace semanas que la Horda iba camino de Agria. Podría haber ido a casa entonces, ¿no? Podría haber cruzado el paso de la Llama Helada en lugar de…

—Lo sé —cortó Cirrolibre.

Las orejas del druin se pusieron rígidas y sus ojos tan negros que lo único que reflejaron fue el brillo rojo del fuego. Su voz tenía un tono

resentido que Tam nunca había oído antes.

—Lo siento —dijo, y a continuación tragó saliva—. Solo soy la barda. No me corresponde…

—No —volvió a interrumpir él—. Tienes razón. No deberíamos haber ido a Lindefunesta. Deberíamos haber rechazado el contrato de la Viuda y haber cruzado el paso de la Llama Helada con todos los demás. Deberíamos habernos enfrentado a la Horda en lugar de ir a por el Simurg, pero…

—Pero… —insistió Tam, al comprobar que el silencio del druin no tenía visos de terminar.

Los labios de Cirrolibre se torcieron en un gesto irónico.

—Soy una polilla, ¿recuerdas? Voy adondequiera que vaya Rosa. Las giras, los contratos… Todo lo hago por ella. Para estar a su lado. Para protegerla, si puedo. Me gustaría más ser padre que mercenario, pero Rosa… —Las orejas se le inclinaron hacia los lados—. Bueno, supongo que lo de ser madre no va con ella.

«No, ya», pensó Tam. Intentó imaginarse a la líder de Fábula cuidando de un recién nacido o dándole de comer guisantes, pero fracasó tristemente.

Cirrolibre bajó la vista hacia Rosa y examinó su rostro como si intentase grabarlo a fuego en su memoria.

—No se lo reprocho, claro. Somos lo que somos. Me enamoré de una tigresa. ¿Cómo iba a pedirle que fuese otra cosa?

Por fin, Tam oyó un tumulto en la cueva inferior. Golpes, gruñidos y refunfuños que anunciaban el regreso de Farager y sus compañeros cazadores. Cura se agitó en las pieles y se llevó un brazo a los ojos, pero volvió a quedarse dormida.

—¿Cómo conociste a Rosa? —preguntó Tam.

—Rodeados de violencia —dijo el druin, aunque tenía una expresión irónica—. Me enviaron a Corazón de la Tierra Salvaje para hablar con Brozaparda, quien se preparaba para atacar Castia y quería que mi padre lo ayudase. Por desgracia para el supuesto duque de los Confines, mi padre es un imbécil cabezota que rechazó enviarle un gólem siquiera. Por desgracia para mí, Brozaparda era un lunático vengativo al que no le había sentado bien el rechazo. Me encarceló, y habría ordenado matarme de no ser por un joven y valiente sátiro que me liberó.

Tam tardó un momento en darse cuenta.

—¿Roderick?

—Roderick —confirmó el druin con una sonrisa nostálgica—. Nos marchamos de allí, y Brozaparda envió a sus selfos detrás de nosotros, pero se toparon con Rosa.

—Un momento. ¿Selfos? —preguntó Tam—. ¿Como Wren?

Las orejas del druin se movieron en un gesto afirmativo.

—Los selfos suelen ser marginados, pero Brozaparda siempre abogó por la inclusión. Los contrataba como exploradores o asesinos. Emboscaron a Rosa y a su banda y, como puedes imaginar, no les fue nada bien.

—¿Rosa los mató?

—A la mayoría, sí. Pero uno de sus compañeros de banda quedó gravemente herido y, como yo me sentía responsable por haber llevado a los selfos hasta ellos, me ofrecí a escoltarlos hasta la linde del bosque. Rosa estaba perdida sin remedio, y demasiado cerca de la Comarca Infernal.

Tam nunca había oído hablar de la Comarca Infernal, pero no parecía un buen lugar en el que acabar por accidente.

La leña de la fogata chisporroteó y soltó una nube de chispas rojas. Cirrolibre miró hacia la entrada de la cueva, y Tam oyó la voz del sátiro retumbar por los pasadizos.

—Llegamos a la linde del bosque —continuó Cirrolibre—. Después cruzamos las montañas y encontramos al ejército de la República preparado para repeler el ataque de la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje. Todos los días le prometía a Roderick que nos marcharíamos y nos iríamos a casa, pero por la noche… cambiaba de opinión.

«¿Dónde está Brune para guiñar el ojo con picardía cuando se lo necesita?», se preguntó Tam.

—Y fue entonces cuando Brozaparda salió del bosque por todo lo alto con cientos de miles de criaturas salvajes a sus espaldas. Destruyó el ejército de Castia y asedió la ciudad. Yo podría haber escapado y abandonado a Rosa a su destino, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—Estabais enamorados —apuntó Tam.

—Y siempre lo estaremos —terminó el druin, un momento antes de que Roderick entrase en la cueva.

—Hemos vuelto —anunció el agente. Venía envuelto de la cabeza a los pies en pieles desparejadas y cogido del brazo (o de los brazos) de uno de los yethiks, uno de pelo negro que agarraba una lanza con sus dos manos derechas. Los acompañaba Brune, riendo y hablando animadamente con Farager. Todos estaban cubiertos de nieve. Tam sintió el frío que emanaba de ellos, como el aroma de un amante al que dan calabazas.

Cura se despertó y rodó sobre la manta.

—¿Habéis encontrado algo útil?

—Nada —dijo Roderick.

—Hemos encontrado a Doshi —dijo Brune. Llevaba en los brazos al piloto inconsciente del *Espuma de mar,* y lo dejó sobre un lecho de pieles vacío—. Este cabroncete pirado se había agarrado a uno de esos motores giratorios. Nos suplicó que lo dejásemos morir allí en paz, y justo cuando conseguimos separarlo del artefacto, se hundió en el lago.

—Deberíamos haber dejado que se ahogara, el muy perro —murmuró Roderick mientras se sacudía la nieve del sombrero.

—También hemos rescatado esto —dijo Farager. Se agachó y ofreció algo a Tam.

—Vaya —dijo ella reconociendo la funda de piel de foca de *Hiraeth*. Sintió un nudo en el estómago, como si se preparase para recibir un puñetazo—. ¿Está…?

Se quedó en silencio. Le daba miedo preguntar.

—Sí. Me temo que ha quedado destrozado.

Tam cerró los ojos.

—¡Era broma! —Farager rio y le dejó la funda sobre las rodillas. Después abrió los cierres para que ella confirmase que la caja de madera blanca y el estrecho mástil del instrumento no tenían desperfectos—. ¿Ves? Ni un rasguño. La mitad trasera del barco estaba casi intacta. Lo encontramos debajo de tu cama, sano y salvo. Por un segundo te he engañado, ¿verdad?

—Pedazo de… —«capullo e imbécil de mierda», estuvo a punto de decir Tam, pero en vez de eso se limitó a sonreír—. Sí que me has engañado.

37

Compartir el humo

Los yethiks habían conseguido rescatar muchas cosas del *Espuma de mar* antes de que rompiese el hielo y se perdiese en las profundidades del lago. Lo habían dispuesto todo en la caverna inferior. La mayoría de los objetos pertenecían a Daon Doshi, ya que su camarote se encontraba en la popa, pero a él no parecía importarle que sus anfitriones hubiesen empezado a repartirse el botín entre ellos.

El capitán estuvo despierto el tiempo suficiente para empezar a llorar la pérdida de su querido barco volador y hasta para lanzar un endeble ataque a Roderick, el cual, en un reflejo de pánico, le dio un puñetazo y lo dejó inconsciente de nuevo.

—Creo que no le gustas mucho —dijo Brune.

El agente se agarró el puño con el que le había pegado y se encogió de hombros.

—Tampoco es que él me caiga muy bien, ¿eh?

Tam no pudo evitar ponerse de parte del capitán. Doshi ansiaba su libertad por encima de cualquier cosa, y podría haber disfrutado de ella si Roderick no lo hubiese lanzado por la borda. Allí, tirado en el suelo después del vengativo puñetazo del agente, se veía triste e insignificante. Sus coloridos atuendos, que en el pasado le daban un aire excéntrico y mundano, ahora lo hacían parecer un cómico que hubiese conseguido la ropa rebuscando en el cuarto de lavar de un burdel.

«Tomó una decisión al obedecer a Hawkshaw y no dejar que avisásemos a los demás», recordó Tam.

¿Sospechaba Doshi el verdadero motivo por el que su cliente quería matar al Simurg? Tam creía que no. El capitán había hablado con tono optimista del futuro que le esperaba después de trabajar con la Viuda, lo que no tenía sentido si sabía que ella planeaba declarar la guerra a toda su especie. Doshi ansiaba la libertad y nada más, concluyó.

—Venid —dijo Farager—. Dejad que os presente a la banda.

Cura puso un gesto esperanzado.

—¿La banda?

—¿Te refieres a los Cuervos de la Tempestad? —Brune se quitó la bufanda—. Pensaba que habían…

—¿Muerto? —El hachero negó con la cabeza—. ¡Qué va! Terrik, Robin, Annie… están todos aquí. Sanos y salvos.

—¿En serio? —preguntó Tam. Allí abajo había muchas decenas de yethiks deambulando entre el botín. Intentó fijarse por si veía los mechones pelirrojos de Terrik entre ellos.

—¡No, lo cierto es que no! —rio Farager dándose un golpe en la rodilla con una de sus manos falsas de arpillera—. ¡Están muertos! ¡El Simurg los convirtió en putos carámbanos! Menos a Annie, que estoy seguro de que se la zampó. —Frunció el ceño—. Se la comió. Lo que sea. Está muerta como los demás.

Brune se acercó a Tam mientras Farager se alejaba rampa abajo.

—¿Siempre ha sido así de retorcido? —preguntó el chamán.

Tam frunció los labios y recordó una noche en La Piedra Angular en la que Farager insistió en prender fuego a las bebidas antes de consumirlas. Para cuando Tera lo echó a patadas de la taberna, se había quedado sin barba, sin cejas y sin la mayor parte del pelo.

—Sí, yo diría que sí.

Todos siguieron a Farager al nivel inferior menos Doshi, Rosa y Cirrolibre (que no quiso separarse de la mercenaria). Tam no pudo evitar fijarse en las agujas de piedra que hacían las veces de hogar de los yethiks. Se podía entrar a pie en las salas más bajas, pero para alcanzar las superiores había que escalar usando unos asideros pintados que habían fijado en la roca. Cada color servía para designar adónde llevaban, y Tam empezó a subir por unos de un amarillo reluciente que rodeaban la gigantesca columna.

—La palabra «banda» es la que usan los yethiks para referirse a la familia. —Hizo un gesto mientras lo decía: se tocó el pulgar de cada una de sus manos con el dedo índice y luego puso un dedo encima del otro—. Y con «familia» se refieren a toda la tribu.

Brune se apartó un mechón de pelo húmedo de los ojos y luego se lo recogió en un moño.

—¿Entonces tienen nombres?

—Claro que tienen nombres —dijo Farager—. Los eligen a partir de sus cosas favoritas. —Señaló a una pareja de yethiks que rebuscaban dentro de un cofre ennegrecido por las llamas—. Ese de pelo negro es Olor a Piedra Húmeda, y el otro es Primera Nevada.

Cura sonrió.

—Primera Nevada, ¿eh? Eso me gusta. ¿Qué…? ¡Oye! ¡Eso son mis

cosas! —gritó a los yethiks, y le quitó de las manos a Olor a Piedra Húmeda un libro llamado *Esqueletos en el armario: guía nigromántica para salir de él*.

Dejaron a la Bruja de Tinta ordenando su ropa: una pila con las prendas que habían sobrevivido y otra con las que estaban inservibles. La mayoría de la ropa de Cura podía describirse como «harapos negros y raídos», por lo que era difícil averiguar qué montón era cual.

Farager les presentó a otros yethiks que tenían nombres como Bayas Congeladas en la Rama o Estrellas Reflejadas en el Hielo.

—Ah, ¿veis a esos dos? —Las criaturas que señaló eran enormes, de pelo blanco y con unas cicatrices entrecruzadas por el pecho y los brazos—. Son hermanos. El grande es Aplastar el Cráneo de un Ciervo con una Roca y el pequeño Clavar los Pulgares en los Ojos de mis Enemigos. Son unos tipos geniales —añadió—. Puede que los mejores cazadores de toda la banda. Aparte de mí, obviamente.

Otro grupo de yethiks se había puesto a rebuscar entre la ropa de Roderick, que estaba destrozada en su mayor parte. El agente se acercó a ellos y se lamentó por la pérdida de su vestuario con la misma desesperanza teatrera con la que Doshi se había lamentado por el barco. El sátiro aulló mientras contemplaba pañuelos chamuscados, lloró sobre blusas de seda quemadas y casi se arranca la barba al ver los restos de algo que dijo que era una corbata, aunque lo que Tam vio en sus manos se parecía más bien a una ardilla carbonizada.

La llegada de tanto botín nuevo hizo que la «banda» se acercase en manada. Salieron de sus recovecos con posesiones de las que ya se habían cansado o curiosidades que habían encontrado mientras exploraban. Negociaban con los dos brazos superiores, que agitaban para comunicarse en aquel idioma silencioso, mientras que con las inferiores enseñaban la mercancía que habían traído para comerciar. Entre otros objetos, había brazaletes de cuero pintado y todo un surtido de figuras esculpidas en piedra o hueso. Unos pocos valientes llevaron armaduras o armas que habían saqueado de la guarida del Comedragones, que se encontraba en una grieta contigua.

La barda vio a dos yethiks sumidos en lo que parecía ser una discusión acalorada. Uno ofrecía un cesto de patatas blancas y duras, mientras que el otro sostenía una espada de tres filos. Tam sospechaba que se trataba de *Tetrarrelámpago*, la legendaria espada larga de Fillia Finn. Contempló, desconcertada, cómo el agricultor de patatas tomaba posesión de su nueva arma y empezaba a moverla sin control.

—¿Cómo terminaste aquí? —preguntó Brune mientras Farager los paseaba por aquel extraño bazar—. Doshi nos contó que habíais… que no durasteis mucho contra el Simurg.

—Diecisiete segundos —dijo Tam, a la que todos miraron de reojo al momento—. O algo así.

Farager hizo una mueca.

—Sí, bueno. A mí me dio la impresión de que en realidad fueron siete. Por la Doncella, fue demasiado rápido. No teníamos nada que hacer contra esa cosa. No deberíamos haber aceptado ese contrato salido de las profundidades de la Tierra Salvaje.

—¿Y por qué lo aceptasteis? —preguntó Roderick—. Sin ofender, pero diría que los Cuervos de la Tempestad no son conocidos por ser los mejores entre los mejores.

Los brazos inferiores de Farager se agitaron cuando se encogió de hombros.

—Lo hicimos justo por esa razón. Bueno, por eso y por el oro, claro. Cinco mil marcoronas es mucho dinero.

Tam cruzó la mirada con el agente y con Brune, quienes no parecían estar dispuestos a decirle al guía que a Fábula le habían ofrecido diez veces más.

—Empezábamos a quedarnos atrás en el circuito de las arenas de combate —dijo el exmercenario—, pero una noche perdimos contra un ogro en Bastien y nuestra reputación se fue al garete.

El sátiro se atusó la barba.

—Algo había oído. La criatura resultó ser un mago, ¿verdad?

Farager hizo un gesto para saludar a una yethik anciana y senil que usaba cuatro bastones al mismo tiempo. Pasó junto a ellos con el clac, clac, clac, clac de la madera y les dirigió una sonrisa llena de dientes.

—El arriero, que ojalá se congele en el infierno, dijo que no tenía ni idea, pero sospecho que quería ofrecer un buen espectáculo al público. El ogro lanzó un puto rayo a Robin nada más empezar el enfrentamiento. Lo dejó frito con las botas puestas. El pobre cabrón se quedó con un tartamudeo muy incómodo desde aquel día, y se meaba encima cada vez que algo lo asustaba. Y creedme cuando os digo que lo asustaba cualquier cosa. Sea como fuere, después de eso todo fue de mal en peor. Nos apuntamos para la gran inauguración del Megatón, pero no conseguimos clasificarnos. Después nos desesperamos. Sabíamos que necesitábamos hacer algo impresionante para que nos volviesen a tener en cuenta.

—Y entonces aceptasteis el contrato del Comedragones —dijo Brune.

—Eso es. Y nos dieron una buena tunda. Lanzó un soplido que dejó a tres de nosotros en el sitio. Creo que Annie consiguió lanzarle una flecha, pero fue como darle un mazazo a una montaña. —Farager suspiró y negó con la cabeza—. La soberbia, compañeros. Ha matado a

más héroes que cualquier monstruo.

«Esa frase es muy buena», pensó Tam. Intentaría recordarla para otro momento, y quizás hasta la metiera en una canción.

Pasaron junto a una yethik que intentaba vender más de las pertenencias de Daon Doshi, entre las que había un cofre de granadas alquímicas que habría pulverizado la mitad del barco volador si lo hubiese tocado el fuego. La criatura cambió una de aquellas pelotas explosivas de arcilla por un pez congelado y otras por la estatuilla de un minotauro cuya anatomía había sido mejorada a conciencia. O eso supuso Tam, porque si no era el caso, dudaba que las mujeres minotauro sobreviviesen a la cópula.

—Creo que deberíamos confiscarlas —dijo—. Son muy peligrosas.

Farager intercambió varias señas con el que traficaba con las bombas.

—Me temo que dice que tendréis que comerciar. Quiere tu bufanda —dijo a Tam—. Y el sombrero de Roderick.

El sátiro se cruzó de brazos.

—Ni de broma.

Brune gruñó.

—Rod…

—¡Podrían matarse con esas bombas! —insistió Tam.

Roderick soltó un bufido.

—Por mí, como si acaban hechos pedacitos, me da igual. No pienso darle mi… —Se quedó de piedra. Abrió tanto la boca que bien podría haberse tragado un melón entero. Después se quitó el sombrero de la cabeza—. Toma. —Se lo dio e indicó a Tam con señales desesperadas que hiciese lo mismo—. Dale la bufanda. ¡Rápido!

La barda hizo lo que le ordenaba. Después de terminar la transacción, la yethik se marchó para lucir sus nuevos atuendos, mientras que Tam y Roderick acabaron siendo los orgullosos propietarios de un cofre lleno de explosivos.

Pero la barda vio cómo Rod sacaba algo del interior y se dio cuenta de que no solo había explosivos. Era algo esférico, pero envuelto en un terciopelo negro, no como las granadas, que estaban envueltas en retales de lana.

Farager miró a Rod, a Brune y a Tam, que no dejaban de sonreír de oreja a oreja.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Rod, con una floritura ostentosa, extrajo el negro y vidrioso orbe de adivinación de debajo de la tela.

—Lo que nos va a sacar de aquí —anunció.

Los integrantes de la banda evitaron a todo el mundo durante los

días siguientes. No rememoraron la batalla contra el Simurg ni hablaron sobre las consecuencias del engaño de la Viuda. Tam no lo sabía con seguridad, pero sospechaba que todos y cada uno de ellos (excepto Rosa, que aún luchaba contra los efectos de la sobredosis) se debatían contra el miedo y la incertidumbre de la mejor manera que eran capaces.

Cura leía, dormía o deambulaba sola durante horas, mientras que Brune abrazaba su recién encontrado fain y acompañaba a los cazadores yethik en sus incursiones por los Yermos de la Bruma. Todas resultaron ser relativamente tranquilas, con la excepción del día en el que Brune olisqueó a un clan de rask que los esperaba para tenderles una emboscada. Mataron o espantaron a los trols de hielo, y elevaron al chamán a la categoría de héroe. Los cazadores insistieron para que se pusiese un nombre de yethik, por lo que a partir de ese momento se hizo llamar Una Pinta de Cerveza y un Sándwich de Beicon Caliente.

Rosa se recuperaba por momentos. Después de pasar dos días vomitando un cieno negro, pareció estar recuperada del todo. No obstante, esa noche volvió a sucumbir a los húmedos y pegajosos brazos de la fiebre. Suplicó a Cirrolibre para que buscase más Hoja del León, o una bebida, al menos, para sobrellevarlo mejor. Él no le ofreció ninguna de esas cosas, y la mercenaria le partió el labio cuando el druin le dijo que no podía salir del nicho en el que se hospedaba. La líder de Fábula vomitó por última vez esa bilis negra antes de que se le fuese la fiebre.

Tam pasó el tiempo libre explorando la caverna. Escaló a la mayor altura que se atrevió por una de aquellas agujas de piedra. Se planteó subir un poco más al día siguiente, pero justo llegaron esos días del mes y la idea de escalar una pared de roca se volvió tan atractiva como tragarse un puñado de clavos.

En lugar de ello, pidió a Farager que le enseñase algunas de las señas que los yethiks usaban para comunicarse. Empezó con lo básico: «hola, adiós, gracias», antes de pasar a los aspectos más cruciales de aprender un idioma nuevo: los insultos. Unas horas después ya era capaz de llamar «gilipollas corto de mente» a Roderick a la cara mientras el sátiro aplaudía con admiración.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó después.

—He dicho que te queda bien el pelo así.

—¿De verdad?

—Claro.

Se pasó una mano con gesto cohibido por la melena de color pajizo. Tam se preguntó cuánto tiempo hacía que el sátiro había empezado a pasar varios días sin disfrazarse, sin necesitar el sombrero

para ocultar los cuernos.

—Gracias —dijo después.

Al tercer día, por la mañana, Tam se aventuró a entrar en la guarida del Comedragones. No era muy impresionante. No había montañas de oro reluciente ni cofres hasta arriba de piedras preciosas. Sí que estaba llena de huesos, mucha nieve y alguna que otra arma o resto de armadura oxidado por aquí y por allá. Tam se topó con el casco de un barco antiguo, pero fue incapaz de averiguar si había surcado los cielos o los mares antes de terminar en aquel lugar.

Con el arco al hombro y acariciando las plumas de las flechas que llevaba en el carcaj a la cadera, Tam salió del desfiladero y acabó en una cornisa de roca que se alzaba sobre Laguna Espejo.

Nevaba un poco. La brisa del lago se le filtraba entre las ropas como si la palpasen unas manos heladas. El agujero que había dejado el Simurg ya tenía una capa de hielo fino sobre la que habían empezado a acumularse montículos de nieve.

Vio que Rosa estaba sola en el risco, con su capa y cabello carmesí agitándose al viento sobre el blanco infinito de los Yermos. Rosa oyó el crujido de unos pasos y se volvió, y puso cara de alivio al ver que era Tam y no Cirrolibre, que seguro le habría ordenado volver a la cueva antes de que cogiese un resfriado. Tenía la pipa entre los dientes y una cerilla usada entre los dedos.

Rosa le indicó a la barda que se acercase con un gesto de la cabeza.

—Acércate, ¿quieres?

Tam se acercó arrastrando los pies y dando la espalda al viento mientras Rosa encendía una segunda cerilla. Ahora que estaba tan cerca, se dio cuenta por primera vez de que era más alta que la mercenaria, unos tres dedos como mínimo.

—Gracias.

Rosa expulsó una nube de humo por un lado de la boca y luego le ofreció la pipa a Tam.

—No me apetece, gracias.

—Si me la fumo toda yo, me va a doler la cabeza —dijo Rosa, aunque su sonrisa sugería que puede que fuese mentira—. Venga —insistió—. Todos los jóvenes enrollados lo hacen.

Tam cedió, le dio una gran calada y tosió la mayor parte del humo antes de devolverle la pipa a Rosa.

—No está mal, ¿verdad?

—No está mal —mintió Tam. Notó en la boca un sabor a las cenizas de un fuego que hubieran apagado con una meada.

Rosa le guiñó un ojo, le dio otra calada a la pipa y después entrecerró los ojos y miró hacia el horizonte.

—Llegarán pronto —dijo con un tono mucho menos entusiasta que el que debería corresponder a alguien que espera que lo rescaten de un yermo helado. Se habían puesto en contacto con el padre de Rosa justo después de encontrar el orbe de adivinación. Aunque viniesen en barco volador, el viaje al norte desde Coverdale les llevaría varios días, ya que volar por las noches sobre montañas era un peligro en potencia. Si sus rescatadores llegaban ese día, era porque habían volado día y noche para llegar antes.

—¿Sabes a quién han enviado a buscarnos? —preguntó Tam.

—¿Enviado? —Rosa tosió una nube de humo antes de volver a pasarle la pipa a Tam—. Mi padre no «envía» a nadie. Viene él mismo. Con el tío Moog.

—¿El tío Moog?

—Arcandius Moog. El hombre que…

—El que curó la podredumbre —la interrumpió Tam—. Sé quién es.

—Y entonces, ¿por qué preguntas?

—Es que… Da igual. —Tam decidió darle una gran calada a la pipa en lugar de confesarle que la había pillado desprevenida. Ya estaba muy emocionada por la posibilidad de conocer en persona a Gabe el Gualdo, y ahora le acababan de decir que en realidad eran dos miembros de Saga los que venían de camino—. Los Reyes de la Tierra Salvaje —murmuró.

Rosa puso los ojos en blanco.

—Dioses, qué cansada estoy de que la gente los llamé así. Los Reyes de la Pura Chiripa, más bien. No te creerías ni la mitad de las historias que he oído contar sobre ellos. Fue un milagro que no acabaran muertos durante su primera gira por el Corazón de la Tierra Salvaje, y también un milagro que saliesen vivos la última vez. —Le quitó la pipa de las manos a la barda—. Sea como fuere, mi padre nunca llegó a matar a un Simurg.

«Puede que aún tenga oportunidad de hacerlo —pensó Tam—. Gracias a nosotros».

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó, aunque la respuesta fuese tan obvia.

Rosa dio unos golpecitos a la pipa para quitarle la ceniza.

—Nada —respondió—. Se acabó.

—¿Qué? ¿Cómo que se acabó?

—Hemos matado al Comedragones. Esto —dijo Rosa al tiempo que hacía un gesto para abarcar el lago que se extendía bajo ellas— es la cima. No hay más. El Simurg era el monstruo más grande y despiadado del mundo, y lo hemos matado. No lo han hecho ni los

Cuervos de la Tempestad ni los llamados Reyes de la Tierra Salvaje. Sino Fábula. —Le dio una calada a la pipa y soltó una nube de humo blanco por encima del hombro—. Es nuestra historia. Y este es su final.

—¿Y la Horda de la Bruma? —preguntó Tam—. ¿La Reina del Invierno?

—¿La Reina del Invierno? ¿Astra, la mujer del arconte? —Rosa resopló con tono burlón—. ¿Qué pasa con ella?

—¡Que nos ha engañado! Te usó a ti para matar al Simurg y así poder controlarlo. Cirrolibre cree que es ella quien controla a la Horda.

—Puede que lo sea, sí —admitió Rosa—. Pero la Horda de la Bruma no es problema nuestro.

La brisa arreció, agitó sus cabellos y también los faldones del gabán de Tam.

—¿Y si Cirrolibre tiene razón? —insistió—. ¿Y si Astra y Bronturo están trabajando juntos? ¿Esperas que la gente nos dé las gracias por lo que acabamos de hacer? ¿Crees que seremos héroes, o más bien los imbéciles que les ofrecieron el mundo en bandeja de plata?

Rosa dio otra calada y pasó unos instantes contemplando la punta de la pipa iluminada por la brasa.

—Me da igual —dijo al fin, aunque Tam sabía que era mentira—. Hice una promesa, y estoy decidida a cumplirla.

—¿Una promesa a Cirrolibre?

—A mí misma —dijo Rosa. Le pasó la pipa y se cubrió con la capucha para protegerse del frío—. Debería haberlo dejado después de Castia. Arrastré a mis amigos por el Corazón de la Tierra Salvaje y acabaron perdiendo la vida. Yo misma habría muerto allí de no ser por Cirro, y habríamos muerto los dos si mi padre no hubiese llevado consigo a todos los mercenarios de Grandual. Pero no fui capaz de dejarlo. No quería. Me crie con las historias de mi padre, me alimentaron con la gloria e hicieron que la ansiara, tanto que creí que llegaría a morirme de hambre sin ella.

Tam asintió. Ella también era hija de un mercenario. Era de las pocas cosas que tenían en común.

—De pequeña, lo que más deseaba era ser mejor que mi padre —continuó Rosa—, que no solo me recordasen como «la hija de Gabriel». Pero incluso después de lo del cíclope y hasta después de lo de Castia, las cosas siguieron sin cambiar. En lugar de ello, me había convertido en el catalizador de la mayor aventura de mi padre. Él era el héroe, y yo su final feliz. Otra damisela en apuros —dijo con tono apenado—. Sabía que si no conseguía hacer algo extraordinario de

verdad, el mundo terminaría recordándome así. Si es que se me recordaba. Y luego llegó Wren.

Tam consiguió por primera vez exhalar el humo en lugar de toserlo. No dijo nada, por miedo a que Rosa dejase de hablar de su hija.

—No quería ser madre —confesó Rosa—. No estaba lista. Y si no llega a ser por Cirro… En fin, hay un té… pociones que podría haberme tomado y… puf, problema resuelto. —Se quedó en silencio unos segundos mientras analizaba en su mente un sendero que podría haber escogido en el pasado—. Pero sabía que para él era importante. Para los de su especie, los hijos son una bendición. Los selfos son la prueba de que nuestras especies no tienen por qué ser enemigas, que somos capaces de algo mejor, de coexistir.

Tam arqueó una ceja.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

—Puede —admitió Rosa—, pero sea como fuere, una parte de mí esperaba que, al convertirme en madre, cambiase de idea. Que tener una hija me ayudaría a asentarme. Que sería… suficiente. —Negó con la cabeza, pero solo la movió ligeramente—. Pero no lo fue. De hecho, fue peor. Dioses, esto va a sonar horrible, pero estaba resentida con mi hija. Y con Cirrolibre, porque ellos necesitaban que yo fuese una persona que no era. Porque lo merecían y no podía dárselo.

Tam soltó otra bocanada de humo. Al fin empezaba a pillarle el truco.

—¿Y ahora puedes? —preguntó.

—Ahora el Simurg está muerto —respondió Rosa—. Ahora he hecho algo que mi padre nunca podrá hacer y estoy lista para volver a intentarlo. —Una sonrisa se perfiló en sus labios, estrecha y reluciente como las primeras luces del amanecer—. Era una mercenaria de la hostia, ¿no? Pues a lo mejor también puedo ser una madre decente, si no es demasiado tarde. Al menos, tengo claro que no se me puede dar peor que a mi viejo.

Tam rio con suavidad.

—¿Tan mal se le da?

Antes de que Rosa respondiese, se oyó en las alturas un ruido parecido al batir de las olas. Un instante después apareció un barco volador flotando entre las nubes. Era del tamaño de un *dhow* pesquero, estaba envuelto en vapor y, aunque aún volaba demasiado lejos para leer el nombre grabado en el casco, Tam reconoció al *Vieja Gloria* nada más verlo.

Rosa extendió la mano y le quitó la pipa de la boca a la barda.

—No demasiado bien —dijo al tiempo que le daba una última

calada antes de volver a tirar el contenido en la nieve—. Pero tiene sus momentos.

38

El *Vieja Gloria*

Se despidieron de sus anfitriones yethiks, y el grupo de exploradores de Farager los escoltó hasta la plataforma de hielo que daba a la Laguna Espejo.

—¿Estás seguro de que te quieres quedar? —preguntó Cirrolibre al exmercenario antes de partir.

—Estoy seguro —dijo Farager, al tiempo que repetía las mismas palabras en lengua de signos—. No queda nada para mí al sur de las Broquelescarcha. No tengo familia. Mis compañeros de banda han muerto. Pero ellos… —Hizo un ademán hacia los guerreros que tenía detrás—. Ellos me dan la vida, ¿sabéis? Además, ¡voy a ser padre!

—¡¿Qué?! —Las orejas de Cirrolibre se enderezaron de repente.

—Estarás de broma, ¿no? —preguntó Roderick—. ¿Verdad? Dime que ha sido una broma.

—¡Claro que estoy de broma, pedazo de imbéciles! —dijo Farager entre risotadas, y los yethiks que estaban a su espalda rieron a carcajadas—. ¿Veis a qué me refiero? Este es mi sitio. —Se despidió y sus brazos falsos de arpillera se agitaron como los de una marioneta que se ahogase—. ¡Adiós y buena suerte! —gritó mientras la banda se dirigía hacia el hielo—. ¡Divertíos con la Horda!

Un hombre de túnica resplandeciente que bien podría haber sido un mago o un bibliotecario peligrosamente excéntrico se levantó de la silla del piloto mientras Tam y los demás subían a bordo del antiguo barco volador de Vanguardia. La coronilla calva de su cabeza chocó contra uno de los frascos de vidrio opaco que colgaban de las jarcias.

—Por los putos leones y serpientes, ¿quién narices ha puesto eso ahí? —Dirigió una mirada ofendida al frasco. La melena del anciano era del mismo blanco prístino que su barba, y ambos relucieron como la seda a la luz irregular de las candelas cuando se acercó a saludar a Tam—. ¡Bienvenida a bordo! —dijo. Le estrechó la mano como un hombre que intenta sacar su anillo de bodas de las fauces de una serpiente—. Me llamo…

—Arcandius Moog —terminó ella—. Estabas en Saga.

—¡Así es! —dijo sonriendo con orgullo.

—Curaste la podredumbre.

—Cierto. Aunque un trol hizo la mayor parte del trabajo.

—Quemaste hasta los cimientos la Morada de las Broncas…

—Eso se podría decir que fue un accidente —insistió el mago.

—Y también mataste a Akatung el Temible.

—En realidad, lo envié al fondo del mar a través de un portal, por lo que se podría decir que murió ahogado. Un momento. —Frunció el ceño—. ¿Quién eres y cómo es que sabes todo lo que he hecho?

Gabriel, a quien ya le habían presentado nada más llegar, puso una mano sobre el hombro de Tam. El padre de Rosa era tal y como se lo había imaginado: encantador y carismático, atractivo a pesar de las hebras grises que recorrían su legendario cabello rubio.

—Moog, es la hija de Tuck y Lily Hashford.

—¡Ah! —El rostro del mago se iluminó ahora que sabía quién era, y después se retorció al recordar el aciago destino de la madre de Tam —. Ah. —La tristeza pasó rápido y desapareció entre las arrugas que le cubrían el rostro. El mago no parecía el tipo de persona que se regodea en ella—. Encantado de conocerte.

—Tam.

—¡Tam! —La miró de arriba abajo y volvió a fruncir el ceño al fijarse en el gabán, como si intentase recordar a qué druin déspota y señor de la guerra pertenecía cuando lo vio por última vez—. Por los dioses de los trasgos, ¡los mercenarios cada vez sois más jóvenes!

—Solo soy la barda —explicó ella.

—¿La barda? ¿Y sigues viva? ¡Qué bien!

Tam estuvo a punto de preguntarle por qué estaba tan sorprendido, pero en ese momento vio que el mago miraba detrás de ella.

—¡Roderick, bribón incorregible! ¡Mueve ese culo lleno de pulgas que tienes y dame un abrazo!

Moog recibió a cada uno de los recién llegados con el mismo e incansable entusiasmo. Saludó a Cura con un beso en cada mejilla y arqueó una ceja al ver el nuevo tatuaje que se había hecho en el brazo izquierdo. Cuando Brune saltó por encima de la barandilla, abrió los brazos de par en par.

—¡El mismísimo Gran Oso!

El chamán le dirigió una sonrisa triste.

—Ahora soy un lobo.

—¿Un lobo? —El mago lo examinó unos instantes—. Ya veo, sí. Te queda bien, chico.

Brune se enderezó y volvió a sonreír.

—Sí, sí que me queda bien.

—¡Tío Moog!

Rosa parecía más contenta de ver al viejo mago que a su padre, a quien le había dedicado un somero cabeceo, un abrazo brusco y un «gracias» en voz baja, hacía un rato, cuando el hombre atravesó el hielo para ir a su encuentro.

—¡Rosita! —Moog la abrazó con sus larguiruchos brazos—. ¡Y Cirrolibre! Por las tetas de una ent, tío, ¿en serio estás más guapo? No te ofendas, Brune.

El chamán se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado.

—¿Y quién es ese tipo tan serio? —preguntó Moog a Daon Doshi—. ¡Alegra esa cara, que parece que un baragón te ha robado el almuerzo! —Doshi le explicó con farfulleos quién era y lo que «el imbécil del sátiro» le había hecho a su querido barco volador—. Doshi, ¿no? Tienes alguna relación con…

—Sí —dijo él sin dejar terminar al mago.

Moog aplaudió varias veces.

—¡Excelente! ¿Te gustaría pilotar el barco hasta casa?

El rostro del capitán se iluminó como unas cortinas que acabaran de prenderse fuego.

—¿En serio?

—¡Claro! ¡Lo cierto es que me sorprende que hayamos llegado aquí de una pieza! Cruzar las montañas ha resultado ser un poco peligroso, ¿verdad, Gabe?

El gesto que hizo Gabe dejó claro que «poco peligroso» no le hacía justicia alguna.

—Es posible que se te haya helado el motor —explicó Doshi—. Deberíais haber aterrizado y quitado el hielo para después ir marcha atrás durante un rato.

—¿Ves? ¿Gabe? ¿No te dije que el motor se estaba congelando?

—Dijiste que quien se estaba congelando eras tú.

—¡Y era verdad! ¡Pero ahora estamos en mejores manos! —Moog le dio una palmada al cuero ajado del reposacabezas del asiento del piloto—. Llévanos a Coverdale, buen hombre. Y esperemos que dicho lugar siga existiendo.

—¿Por qué no iba a seguir? —preguntó Tam.

La alegría de Moog se agrió durante unos instantes.

—Porque, cuando nos marchamos, la Horda se encontraba a unas treinta millas al norte.

Un tiempo después, cuando Rosa ya hubo terminado de dedicarle a su padre todos los insultos que Tam había oído y muchos otros que no,

partieron hacia Coverdale a través del cielo nocturno.

La vela oblicua del *dhow*, que sobresalía como una tienda de campaña del casco de fondo plano del navío, resplandecía de vez en cuando a causa de la estática causada por las nubes que cruzaban. Un único motor de marea chirriaba en la popa, envuelto en una aureola de niebla helada.

La cubierta del *Vieja Gloria* estaba amueblada con varios sofás desgastados por el uso. Tam se encontraba sentada sola en uno de ellos, y otro estaba ocupado por Rosa y Cirrolibre. Arcandius Moog yacía acostado en un tercero después de haberse dormido al momento. Tam supuso que el viaje hacia el norte habría puesto a prueba la resistencia del anciano. En la popa había una modesta barra de bar, detrás de la cual Brune servía una y otra vez bebidas para Rod y para Cura, que estaban sentados en los taburetes.

Gabriel estaba de pie junto a la barandilla de estribor, y contemplaba las escarpaduras ensombrecidas de las montañas que iban pasando. Moog y él habían volado sobre esos picos cubiertos de nieve, pero Doshi pasó entre ellos.

—En los cañones no hace tanto frío —explicó el capitán—, y también podemos aprovechar el viento para ir más rápido. ¿Tardasteis tres días en llegar? —Sonrió, y Tam vio que había recuperado una parte de su antiguo encanto—. Pues yo os haré llegar en dos.

Gabriel llevaba su espada, la legendaria *Vellichor*, cruzada a la espalda. A pesar de estar envainada, Tam sintió que de la antigua hoja del arconte emanaba una tranquilidad sobrenatural. De vez en cuando, con el soplar de la fría brisa nocturna sobre la cubierta, hasta llegaba a olerla; y no olía a metal ni a aceite ni a lo que se suponía que olían las espadas, sino a lilas y a prados verdes y frondosos, a los tenues aromas de una primavera que jamás iba a regresar. Al final, la rabia de Rosa había conseguido extinguirse gracias a dos simples palabras: el nombre del hombre con el que Gabe había dejado a su hija mientras él y el mago zarpaban hacia el norte.

—¿Clay Cooper? —preguntó, con cautela.

—Está en su casa, al sur de la ciudad —dijo Gabe—. Y la Horda llevaba semanas acampada en Valle Gris.

—¿Acampada? —Las orejas de Cirrolibre se agitaron.

—Parece que están esperando algo —explicó con voz aguda Moog, que al parecer no estaba dormido—. Aunque nadie sabe la razón. Bronturo ya podría haber destrozado Cartea, pero ahora los carteanos se han asentado en Coverdale. Hay unos miles que llegaron la mañana en la que nos marchamos nosotros, y el día antes habían llegado el doble de agrianos.

—¿Tantos? —preguntó Brune cogiendo una botella de aguardiente anaranjado del armario que tenía detrás.

—Y no solo ellos —dijo Moog, al tiempo que se incorporaba—. La mitad de los mercenarios desde Conthas hasta las Vastas Profundidades Verdes también están en Coverdale. Cada día que Bronturo pasa en Valle Gris, pierde algo de ventaja numérica.

Como nadie más se atrevió a preguntar, fue Tam la que lo hizo:

—¿Cómo de grande es la Horda?

Gabriel se apartó de la barandilla. Se desamarró *Vellichor* de la espalda y colocó la hoja a sus pies mientras se sentaba junto a Tam.

—La multitud que asoló Cragmoor contenía algo menos de sesenta mil, pero cuando llegaron al paso de la Llama Helada había varios miles más.

—Y cuantas más victorias obtengan, más se les unirán —dijo Brune usando los dientes para quitarle el tapón a la botella de aguardiente.

Gabe puso un gesto funesto.

—Después de cruzar el paso, la Horda creció aún más. Supongo que ahora Bronturo tendrá a más de cien mil efectivos de su parte.

—¿Cómo consiguieron cruzar el paso? —preguntó Tam en voz alta —. ¿No fue Saga quien logró bloquearlo durante tres días contra mil muertos vivientes?

Aquel recuerdo arrancó una sonrisa a Gabe.

—No te creas todas las historias que oyes por ahí, Tam.

—Fueron mil y uno —dijo Moog con un guiño exagerado.

Cura esperó a que Brune vertiese el aguardiente en una copa de cobre antes de cogerlo.

—Tengo una teoría —dijo al tiempo que agitaba la bebida—. La mayoría de esas nuevas bandas no tienen ni la más remota idea de combatir. No distinguirían un combate justo ni aunque se lo pusieran delante de las narices. Van por ahí con la cara pintada y armaduras bonitas, y luchan contra monstruos criados en sótanos que se mueren de hambre o están drogados hasta las cejas. Nosotros también hemos ido de gira, claro, pero la mayoría de esos chavales nunca han aceptado un contrato de verdad ni pisado el Corazón de la Tierra Salvaje ni luchado contra algo que tuviese la más mínima posibilidad de matarlos.

Doshi hizo virar el barco para evitar un afloramiento rocoso. Las candelas se agitaron y las sombras empezaron a bailotear por la cubierta.

—Me temo que tienes razón —convino Gabe—. Aunque la mitad de las bandas que lucharon en Castia estaban igual de verdes.

—Verdes como el dios de los orcos —dijo Moog.

—Puede que no sea culpa de los mercenarios —sugirió Cirrolibre, que llamó la atención de todos los que se encontraban en el barco.

Rosa, que estaba recostada en él, giró la cabeza para mirarlo.

—¿A qué te refieres?

—La Horda del Corazón de la Tierra Salvaje era un ejército movido por el odio —explicó—. El Hereje les prometió la oportunidad de vengarse del sufrimiento que habían padecido a manos de la República. Puede que Brozaparda pretendiese establecer un imperio, pero la Horda actuaba movida por la venganza.

Tam no sabía que la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje tenía algo de lo que vengarse ni que los monstruos habían estado oprimidos por la República de Castia. No había canciones al respecto. Canciones que ella conociese, al menos.

—Pero la Horda de la Bruma es diferente —dijo Cirrolibre—. Están enfadados, sí, pero también desesperados. Algunos de ellos serán supervivientes de Castia, pero otros se han incorporado desde Grandual, donde estaban obligados a vivir en los márgenes de un mundo que antes les pertenecía. Bronturo no les ofrece venganza, sino que les ha dicho que tienen que luchar por sus vidas. Si se consigue destruir a esta Horda, es posible que nunca haya otra igual. Los humanos los cazarán hasta hacerlos desaparecer, o los capturarán para venderlos, criarlos y usarlos en las arenas de combate. —El druin miró directamente a Gabriel—. Creo que la Horda lucha por su supervivencia. Y van ganando porque la derrota es algo que no se pueden permitir.

Tam miró a Moog, que se encontraba sentado en el sofá con las piernas cruzadas. La expresión del mago era atribulada, esperanzada pero triste, como un mercader que acabase de descubrir que su mayor rival está en la ruina y se entristeciese al oírlo.

Rosa encendió una cerrilla, que se agitó en la brisa nocturna.

—¿Y crees que Astra tiene algo que ver con todo esto? —preguntó a Cirrolibre.

Las pobladas cejas de Moog se arquearon.

—¿Astra? ¿De qué me suena ese nombre? ¡Ah! —Se tocó la reluciente coronilla—. ¡Cierto! Tuve una gata llamada Astra. ¡Una criatura rencorosa! ¡Y violenta! —Silbó—. Lo juro. Una vez mató a un pájaro y me lo dejó en la puerta de casa por la mañana.

Brune se encogió de hombros.

—¿Y qué? Hay muchos gatos que…

—Pues que era un águila —dijo Moog.

El chamán asintió con admiración y luego se sirvió una bebida.

Mientras, Gabriel se había puesto pálido como un abedul.

—¿Te refieres a la esposa de Vespian? ¿La Reina del Invierno?

—La Reina del Invierno es un mito —dijo Rosa—. Fuiste tú quien me lo dijo.

Su padre negó con la cabeza.

—No es un mito. Es un apodo. Un nombre inventado que pertenece a una mujer muy real y muy peligrosa que… —Se quedó en silencio. El mago y él intercambiaron miradas—. ¿La has visto, entonces? ¿Está viva?

—Lo de viva es relativo —dijo Cura.

Las rodillas de Moog chasquearon cuando se inclinó hacia delante en el asiento.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo era? ¿Aún tiene esas…? Ya sabéis… Agitó dos dedos sobre la cabeza para imitar unas orejas de conejo.

—La hemos visto —confirmó Rosa—. Y… Bueno, es una larga historia.

Gabe se acomodó en el asiento.

—También tenemos un largo camino por delante.

Nadie dijo nada durante un rato. El único sonido fue el húmedo ronroneo del motor, el chirrido de los tablones viejos y el zumbido de la corriente que recorría la estructura metálica de las velas. Cirrolibre carraspeó con suavidad, y en ese momento Tam se dio cuenta de que estaban esperando a que alguien en concreto contase la historia.

—Ah, sí —dijo la barda de Fábula.

39

Nubes frías

Cuando la barda terminó de contar la historia del viaje con Hawkshaw, la breve estancia en Ruangoth, el vuelo hacia Laguna Espejo y, finalmente, la batalla contra el Simurg en el lago helado, Gabe no tenía muy buena cara.

—Pero… —dijo mientras se frotaba el rostro con desesperación—. ¿Para qué me molesto siquiera en rescatarte? ¿En serio? ¿Te has enfrentado al puto Comedragones? ¿A propósito? —La miró entre los dedos sin quitarse la mano de la cara—. Sabes que rechacé ese bolo, ¿verdad?

Rosa se encogió de hombros, y le chirriaron las hombreras.

—No solo lo rechacé porque creía que el alcaide estaba mintiendo o que su señora estaba más loca que un ejército de orcos, sino porque si él no mentía y ella no estaba más loca que un ejército de orcos… ¡tendría que enfrentarme al puto Simurg! ¡Era una misión suicida!

—Pues al parecer no lo era —dijo su hija con indiferencia.

La mandíbula de Gabe se torció en el mismo gesto que la de Rosa cuando se enfadaba.

—Me he enterado del espectáculo que diste en Alto Remanso por cierto. Matar a una tribu entera de orcos… Luchar contra una marilith tú sola… Tu tío Moog y yo cruzamos el Corazón de la Tierra Salvaje para rescatarte, ¿recuerdas? Lo menos que podrías hacer para agradecérnoslo es intentar que no te maten, joder.

—¿Cómo iba a olvidarme de algo así? —La rabia de Rosa se alzó como ascuas agitadas por el viento—. ¡La mitad de las canciones del mundo me dejan como una imbécil y una inútil que espera en Castia a que su caballeroso padre venga a rescatarla!

—Así que es por eso, ¿no? —preguntó Gabe, que se había colocado al borde del asiento—. ¿Por eso arrastraste a tus amigos hasta los Yermos de la Bruma? ¿Por eso pusiste sus vidas en peligro? ¿Para que tu nombre apareciese en una canción?

—No nos arrastró a ningún lado —gruñó Cura.

—Eso es cierto —dijo Brune con voz ronca.

—Sabíamos el riesgo que corríamos al venir —explicó Cirrolibre—. No vinimos con ella porque nos lo ordenara.

—¿Y tú por qué formaste una banda, papá? —La sonrisa de Rosa era fría como los pies de un cadáver—. ¿Tenías en mente algún propósito noble? ¿O solo pretendías follarte a las hijas de todos los granjeros de Grandual?

Moog resopló al oírlo, pero no tardó en ocultar su sonrisa bajo un ceño fruncido y un gesto pensativo.

Gabe no parpadeó siquiera.

—Formé una banda porque los clanes de centauros habían empezado a secuestrar niños que se acercaban demasiado al bosque. Porque las arañas gul empezaron a chuparle la sangre a nuestros caballos y dejaban los cadáveres colgados de los árboles. Porque, cuando tenía dieciséis años, un guiverno apareció en el cielo nocturno y se llevó a la hija de un granjero de la que estaba locamente enamorado mientras yo me quedaba oculto en la hierba como un ratoncillo. —Gabriel se enderezó en el asiento—. Clay y yo tardamos dos semanas en seguirle la pista a ese cabrón, y cuando lo conseguimos y acabamos con él… No sé con seguridad si los huesos que enterramos eran los de la joven que buscaba, pero lloré junto a su tumba igualmente.

El barco volador chirrió mientras ascendía entre volutas de nubes frías. Un relámpago restalló en la vela superior y puntualizó la ira de Gabe con un chasquido siseante.

—En aquella época las cosas eran diferentes—continuó—. El mundo era un lugar peligroso. Los caminos no eran seguros. Había monstruos por todas partes, y si oías algún ruido durante la noche, lo más seguro es que fuese algo acechándote y decidido a matarte. ¿Cuándo fue la última vez que un gigante destrozó una ciudad? ¿O que un draco de escoria convirtió en cenizas un bosque entero? ¿O que los propios árboles empezaron a salir del Corazón de la Tierra Salvaje? Incluso la podredumbre no es más que una molestia hoy en día, gracias a Moog.

El mago les dirigió una sonrisa avergonzada.

—Yo solo… —empezó a decir, pero Gabriel no lo dejó continuar.

—Sí, nos hicimos famosos por el camino. Y sí, claro que lo hemos disfrutado. Pero no es algo que ansiásemos. También nos hicimos ricos, pero no por vender entradas para un espectáculo ni por dividirnos las ganancias con un arriero tacaño. ¿Y sabes qué? Que tienes razón, que me follé a muchas hijas de granjeros.

—Y de herreros también —añadió Moog al momento—. Y de

posaderos, plateros, molineros y mamposteros. Y esposas de mamposteros, de posaderos y de tenderos…

—Moog…

—Incluso a la madre de un zapatero, aquella vez que…

—Ya lo ha entendido, Moog —dijo Gabe.

—Ya lo he entendido —convino Rosa.

—Pero hubo un momento —continuó su padre—, en el que las cosas cambiaron. No teníamos miedo de entrar en los bosques ni de nadar en un lago ni de refugiarnos en una cueva que luego descubríamos que se trataba de la guarida de un dragón. Abatimos gigantes, vencimos ogros y también quemamos a los trols para después esparcir sus cenizas. ¿Y ahora? —Una risa, amarga como el chocolate negro—. Ahora, al parecer, nos enfrentamos a cuentos de hadas.

—Ahora somos nosotros los que acechamos en la noche —murmuró Cirrolibre.

La nube por la que acababan de pasar humedeció la piel de Tam y le provocó escalofríos. Se había pasado casi toda la vida atormentada por lo que los monstruos le habían hecho a su familia. ¿Cuántas noches se había despertado entre gritos, sudores o sollozos por miedo a que una criatura espeluznante apareciese en la puerta de su casa? Nunca se le había ocurrido que era posible que las «criaturas espeluznantes» del mundo se sintiesen igual que ella.

Pensó en los sinu que había asesinado Hawkshaw en el templo de Lindefunesta, y en los orcos que Fábula había matado en Alto Remanso Los recordó intentando huir de la ira de Rosa y sus compañeros de banda, clavando las garras en los muros de piedra, desesperados mientras intentaban proteger a los más débiles. Recordó el aullido de angustia del cíclope suelto en la Quebrada. Tenía cicatrices fruto de años de maltrato, y su espíritu torturado por la cautividad se había convertido en algo del todo retorcido.

Tam echó un vistazo por la cubierta del barco volador y vio que aquel mismo discernimiento aparecía en la mirada de todos sus compañeros. Estaba segura de que era algo en lo que todos habían pensado antes, pero oírlo en boca de Gabe el Gualdo, el mercenario más venerado de todos los cinco reinos, hacía que la verdad adquiriese la forma de una daga clavada en sus corazones. Roderick, sin sombrero y con los cuernos al descubierto, se miraba el regazo, taciturno.

—Ojalá no hubiese ido al oeste —le dijo Gabriel a su hija—. A veces pienso que ojalá no hubiésemos salvado Castia de la Horda del Corazón de la Tierra Salvaje. Podríamos haber evitado la guerra.

Rosa no dijo nada. Su expresión era una máscara de frío control, pero en sus ojos se entreveía un dolor que Tam sospechaba que solo su padre era capaz de infligir. Gabriel la estaba acusando de manera indirecta de ser la responsable del regreso de la Reina del Invierno y de la aparición de la Horda de la Bruma, acababa de soltar sobre los hombros de Rosa todos los cadáveres de Castia, Cragmoor y el paso de la Llama Helada.

—Podríamos haber llegado a un acuerdo con Brozaparda —dijo Gabriel acusándose de tener parte de la culpa—. Pero en lugar de eso decidimos acabar con su ejército y destrozar su sueño de crear un nuevo Dominio. No le dejamos más opción que la venganza, y ahora…

No dijo nada más, pero todo el mundo tenía muy claras las palabras que no había pronunciado.

«Ahora tenemos que enfrentarnos a su venganza», pensó Tam.

Gabriel se agitó y se humedeció los labios.

—Lo que nos vuelve a llevar a Astra. —Miró a Cirrolibre—. ¿Crees que se ha aliado con la Horda de la Bruma?

—Esa es mi sospecha, sí —dijo el druin.

—¿Por qué? —preguntó Gabe—. Brozaparda quería destruir la República y restaurar el Antiguo Dominio. ¿Qué es lo que quiere su madre?

—A ti —dijo Tam, y se ruborizó al comprobar que todos los que estaban a bordo giraban la cabeza hacia ella—. En el lago… dijo que tú habías matado a su hijo.

El viejo héroe negó con la cabeza.

—Yo no… Aunque, bueno… Lo cierto es que tuve parte de la culpa, claro, pero igual que todos los que se opusieron a él en Castia y todos los mercenarios que lucharon en nuestro bando.

—A Brozaparda su propio ejército lo abandonó al final —puntualizó Moog—. Se quitó la vida por desesperación y los que había jurado liberar lo pisotearon después de muerto.

—Esa mujer tiene una razón para odiar prácticamente a todo el mundo —gruñó Cura—. Y ahora, gracias a nosotros, tiene una mascota con forma de Comedragones a su disposición.

—Y puede que toda una Horda —dijo Brune.

Tam se agitó, incómoda, con miedo de volver a hablar. Pero Gabe se giró para mirarla.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó.

—¿Y si no nos enfrentamos a la Horda? —propuso—. ¿Y si intentamos llegar a un acuerdo con Bronturo? Puede que encontremos un lugar en el que su ejército pueda asentarse, y quizás hasta nos ayude a luchar contra la Reina del Invierno.

La idea le sonó estúpida nada más pronunciarla, pero todos, incluso Gabe el Gualdo, parecieron estudiarla.

—Me temo que es demasiado tarde para algo así —dijo Moog con tristeza—. Es un buen plan, Tam. De verdad. Pero hemos derramado mucha sangre, tanto nosotros como esos… como ellos —zanjó, a punto de usar la palabra «monstruo»—. Y además, si Bronturo y Astra son aliados, es posible que ya hayan llegado a un acuerdo.

—Bueno, pues volvemos a la casilla de salida —dijo Brune. El chamán se sirvió otro aguardiente, pero luego apartó el vaso y bebió directo de la botella. Al terminar, se limpió la boca con el dorso de la mano—. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a una Horda violenta, a un gigante vengativo, a una despiadada hechicera druin y a su Simurg muerto viviente?

Rosa miró a Brune, luego a Cura, después a Roderick y terminó en Cirrolibre, que se encontraba acurrucado detrás de ella. El druin asintió con los labios apretados y luego le cogió la mano.

—No lo haremos —dijo al tiempo que miraba a Gabriel y lo desafiaba a llevarle la contraria—. Se acabó.

Por la mañana ya habían salido de las montañas y sobrevolaban un pinar frondoso que se extendía a su alrededor hasta donde alcanzaba la vista. Brune y Tam estaban apoyados en la barandilla de babor y contemplaban el mar de árboles coronados de nieve. El sol relucía y el aire invernal estaba muy frío, por lo que el viento… Bueno, el viento les helaba la sangre, aunque por suerte la mole del chamán cubría gran parte y a Tam no le llegaba tanto.

—El Bosque de las Hechiceras —anunció Brune señalando hacia el este. Ardburgo está a unos cuantos cientos de millas en esa dirección. Qué pena que tengamos tanta prisa, porque podríamos pedir que nos dejaran ahí.

Tam se apartó de los ojos un mechón de pelo agitado por el viento.

—¿Piensas irte a casa después de esto?

—La verdad es que no lo sé —admitió el hombre—. Mi aldea ha cambiado mucho desde que me marché. Yo también, supongo. Ya no estoy seguro de que sea mi sitio. No creo que llegue a considerarlo un hogar.

—¿Y cuál es tu hogar, entonces? —preguntó Tam.

El chamán miró a sus compañeros de banda: Rosa y Cirrolibre dormidos en un sofá; Cura dormida en otro, con un libro abierto sobre el pecho.

—Pues este —respondió el chamán—. Con ellos.

Tam sonrió.

—Son tu manada.

—Eso es. —Brune también sonrió, un gesto de dientes separados y mejillas rubicundas detrás de cortinas de pelo enmarañado—. Manada. Familia. Banda. Para mí significan lo mismo. No sé dónde estaría sin Fábula —murmuró—. Ni lo que sería de mí. No dejo de pensar en eso que dijo Roderick.

—¿Que era capaz de comerse cincuenta calcetines sin vomitar?

—No, sí que vomitó. Lo intentó una vez, ¿sabes? Creo que ni llegó a cuarenta, y lo dejó todo hecho un desastre. Pero no. Lo que dijo en Vadoleño, ¿recuerdas? Le preguntaste si todos los ragas eran monstruos.

Sí que lo recordaba.

—Solo si deciden serlo —dijo Tam.

El chamán asintió mientras se rascaba con gesto ausente una cicatriz que tenía debajo del ojo.

—Solo si deciden serlo —repitió—. Pero algunos de nosotros, supongo que la mayoría, no podemos elegir. La verdad es que no. Rosa no tuvo ni voz ni voto respecto del apodo que le puso el resto del mundo. Tampoco eligió a su padre. Ninguno de nosotros. Rosa nació al amparo de la espada, destinada a ser una mercenaria, de igual manera que el hijo de un granjero está destinado a arar la tierra.

Tam pensó en la hija del granjero que habían conocido al este de Alto Remanso la que se había enfrentado a Rosa con una espada oxidada, y se preguntó si la chica conseguiría cambiar su destino.

«¿Y yo? —se preguntó—, ¿escapé de Ardburgo o estaba destinada a ser una barda como lo fue mi madre?».

—Hay una razón para que los míos se afanen tanto en encontrar su fain —continuó Brune—. Cuando un chamán se transforma, se arriesga a dejarse llevar por el instinto del animal en el que se convierte, a menos que aquello en lo que se transforma sea algo tan cercano a su naturaleza que le resulte inherente. E incluso así… Bueno, ya viste lo que ocurrió en mi aldea. —Suspiró y parpadeó como si intentase olvidar el recuerdo de una pesadilla—. He pasado la mayor parte de mi vida intentando ser algo que no era, creyendo que estaba en el camino adecuado sin saber lo perdido que me encontraba en realidad… si es que algo así tiene sentido. De no ser por Rosa, Cirro y Cura, probablemente estaría muerto. O peor: habría terminado por convertirme en un monstruo.

El chamán apoyó la espalda en la barandilla. Miró cómo dormían sus compañeros de banda con la manifiesta adoración de un padre que contempla a sus hijos.

—Los quiero —dijo, para luego reír en voz baja—. Hasta a Cura. Los seguiría a cualquier parte. Lucharía hasta mi último aliento para

mantenerlos a salvo. Y a ti también, Tam. Ahora eres de la familia, te guste o no.

Tam abrió la boca, pero llegó a la conclusión de que no confiaba en sí misma tanto como para hablar y la cerró. Miró hacia la extensión infinita de bosque, y Brune hizo lo propio.

—¿Te enfrentarás a la Horda? —preguntó al fin—. ¿Aunque el resto no lo haga?

Brune se encogió de hombros.

—No creo que importe, la verdad. Dudo que un único hombre pueda llegar a marcar la diferencia.

«Pero una banda sí que podría marcarla», pensó Tam.

Cuando Rosa y Cirrolibre se despertaron, Tam se echó a dormir en el sofá que habían ocupado ellos. Soñó con Astra y la Horda de la Bruma, pero en su sueño los rostros de la Reina del Invierno y de las criaturas eran los de unos yethiks. Después se encontró perdida en un bosque invernal donde los árboles se disipaban como la ceniza. En el sueño corrían en dirección al este, siempre al este, mientras Hawkshaw les pisaba los talones. De repente, el alcaide apareció frente a ella, con la ballesta levantada a la altura del pecho…

La mañana siguiente viraron al oeste para rodear la cordillera montañosa menos amenazadora que Tam había visto en toda su vida. Moog, que no se había separado de la barandilla desde el amanecer, gritó de repente:

—¡Ahí está! ¡Es Hozford! ¡El hogar de las grandes mentes de Grandual y la que podría ser la ciudad más bonita de los cinco reinos!

Tam se lo creyó, porque ver aquel lugar la había dejado sin aliento. Desde el aire, la ciudad conocida por su magnífica universidad parecía un laberinto de edificios de ladrillos rojos y exuberantes parques verdes, de cuyos árboles colgaban faroles que brillaban azules y dorados en la niebla que se perdía en las laderas de alrededor. Una torre tan alta que rivalizaba con las montañas se erigía sobre la ciudad. Los gorriones volaban alrededor de la cima. Unas torrecillas retorcidas surgían de ella como si fuesen brazos atrofiados, y Tam habría jurado que la estructura al completo estaba peligrosamente desequilibrada.

—La Aguja de los Sueños —dijo Moog—. Está llena de arriba abajo de ancianos y libros viejos y polvorientos. —Hizo bocina con las manos y le gritó a una mujer que regaba unas plantas en uno de los muchos balcones de la torre—. ¡Ey, Helen! ¡Estás hecha una pasa!

A Helen, dando por hecho que aquella mujer fuese quien Moog pensaba que era, casi no le dio tiempo ni a levantar la cabeza antes de que el *Vieja Gloria* pasase junto a ella dejando tras de sí unas volutas

de vapor y una nube de gorriones desconcertados.

Por la tarde se acercaron a Valle Gris, un bosque de árboles de hojas caducas enclavado en unas cordilleras montañosas. Según Gabriel, la Horda de la Bruma llevaba acampada en ese lugar desde hacía varias semanas. El cielo se encapotó, cubierto por unas nubes tan oscuras que parecía que la mismísima noche se había asentado sobre el valle.

Apareció frente a ellos un puntito que terminó por convertirse en un ave que era mucho mayor de lo que se esperaban, de plumas negras y suaves y garras que bien podrían haber partido un toro por la mitad. Al ver el miasma verde grisáceo que manaba de ella, Tam supuso que se trataba de un halcón de la plaga. Se apartó del camino del *Vieja Gloria* y batió sus ponzoñosas alas en dirección norte.

—¿Eso es una tormenta? —preguntó Rosa mirando hacia el oeste.

Daon Doshi podría haberse pasado dormido todo el viaje desde que les dijo que iba a pilotar el barco de camino a casa, que Tam no se habría dado cuenta, pero ahora se puso en pie y se bajó las gafas de piloto hasta los ojos.

—No es una tormenta —dijo—. Es humo. El bosque está en llamas.

40

Mercenarios en la oscuridad

Bronturo había muerto.

Su cuerpo se alzaba como un altozano en la parte llana y meridional de Valle Gris. También habían muerto los trols, los huargos, los firbolgs y los orcos salvajes. Así como los murlogs de la parte occidental de la Tierra Salvaje, los dracos de Altosierpe y las arañas colmillo del Valle de la Viuda. Se habían topado con el mismo destino los gnolls moteados, los basiliscos víbora, las mantícoras melena de león y el resto de criaturas nauseabundas que se habían unido a la Horda del gigante. Los príncipes chupasangre yacían destripados entre pilas de sirvientes de piel pálida. Había esqueletos de hechiceras despatarrados bajo capas pestilentes mientras sus dedos huesudos aún se aferraban a talismanes ineficaces. Clanes de ogros completos se encontraban desperdigados y hechos pedazos entre sus jefes vencidos.

Muertos. Todos muertos.

La Horda de la Bruma había sido derrotada, aniquilada, destruida por completo. Los cadáveres, tanto de monstruos como de mercenarios, cubrían el suelo hasta donde alcanzaba la vista de Tam. El humo del bosque en llamas oscurecía la mayor parte del campo de batalla, y se volvió tan denso que los integrantes de la banda se vieron obligados a cerrar los ojos y cubrirse la boca para evitar ahogarse con los gases.

Tam oyó que Gabriel soltaba un taco en voz baja.

—Doshi —gruñó después—. Bájanos aquí. No podemos volar así, y me gustaría saber qué narices ha pasado.

Nada más aterrizar, Gabe y Moog marcharon en busca de respuestas.

—No os alejéis mucho —les advirtió Gabe antes de marcharse—. Cuando se disipe el humo, iremos a casa de Mano Lenta. —Le dirigió una sonrisa lánguida a su hija—. No quiero que Wren espere más de lo que ha esperado ya.

Doshi y Roderick se quedaron en el navío, mientras Tam se echaba el arco al hombro y se alejaba con sus compañeros de banda, que lentamente se abrían paso entre la matanza.

El campo de batalla estaba cubierto por el humo del incendio. Le ardía en los ojos y se le metía por las fosas nasales, pero aun así lo prefería al aroma metálico de la sangre que lo permeaba todo. Oían ruidos a su alrededor: risas estridentes, retazos de canciones, gruñidos de moribundos y llantos de los que habían sido heridos de muerte. En algún lugar cercano (o lejano, ya que era imposible de determinar), un hombre gritaba intentando reencontrarse con sus compañeros perdidos.

Había mercenarios deambulando por la oscuridad. Algunos estaban solos y balbuceaban en voz baja para sí o para sus dioses, pero la mayoría celebraba la victoria. Se tambaleaban entre los cadáveres amontonados, señalaban los trasgos a los que habían descuartizado, los urskins a los que habían matado o los kobolds a los que les habían roto los cráneos con un golpe de escudo.

Un grupo de soldados de Agria con lanzas largas y escudos cuadrados pasó a toda prisa junto a ellos, seguido poco después por una hilera de carteanos gritones que iban a lomos de fornidos ponis de la estepa. Su líder, un hombre que llevaba unas alas de cuervo tatuadas en el pecho, arrastraba tras de sí a un saurio encadenado.

El campo de batalla había empezado a llenarse de los que se aprovechan de los cadáveres. Alquimistas con intención de extraer órganos y sacerdotes que pretendían hacer lo propio con las almas. Ladrones que iban de cadáver en cadáver mientras rebuscaban en los bolsillos y cogían armas, capas, cinturones, botas y cualquier cosa que pudiesen empeñar al volver a la ciudad. Los buhoneros de monstruos, por otra parte, buscaban cosas diferentes. Aserraban cuernos, arrancaban garras, cogían escamas y se apoderaban de todas las pieles exóticas que fuesen capaces de encontrar.

También habían llegado Los mercaderes de pellejos. Tam vio carretas con monstruos encerrados dentro que avanzaban a través del humo. Cualquier criatura lo bastante afortunada como para haber sobrevivido terminaría en el sur, en Conthas, vendida a los arrieros que buscaban monstruos para las arenas de combate.

Y también había cuervos, claro. Tam vio ojos vidriosos y picos ensangrentados por todas partes, plumas negras embadurnadas en la sangre encharcada. En una ocasión, su tío comparó a los carroñeros del campo de batalla con parientes distantes que aparecían en un funeral:

«Habrá más de los que seas capaz de contar —le dijo—. La comida

gratis atrae a mucha gente».

«Y menudo festín», pensó Tam ahora mientras aceleraba el paso para no separarse de sus compañeros en la oscuridad. Estuvo a punto de tropezar con el cuello cercenado de un hidraco. La bestia estaba rodeada por una gran cantidad de soldados caídos, con la piel destrozada a causa de la bilis corrosiva. Le habían cortado tres de las siete cabezas, mientras que una cuarta siseaba de manera irregular, como si no creyese el destino que la esperaba.

Rosa los guio a través de un bosque de ents caídos cuyas extremidades estaban desperdigadas por el lugar como maleza tras una tormenta otoñal, después a través de los escombros desparramados de gárgolas convertidas en gravilla. Las arpías y los lobos murciélago se encontraban en el mismo lugar en el que habían caído del cielo. Un selfo de la podredumbre gemía en el barro, con el saco de veneno de su abdomen reventado y rezumando gases nocivos.

—Por aquí —dijo Rosa mientras se alejaba.

La banda empezó a vagabundear a través de una manada de centauros muertos. Y en el centro había una montaña de cuerpos de mercenarios pisoteados. Tam dio un respingo al reconocer entre los muertos a las gemelas Medioyelmo: Milly y Lilly.

«¿Y si Bran también estuviese aquí, por alguna parte?».

La idea la aterrorizó tanto que decidió dejar de mirar a los cadáveres de caras pálidas, por si el rostro exánime de su querido tío le devolvía la mirada.

Lo que parecía una ladera frente a ellos resultó ser el cuerpo montañoso del gigante, Bronturo. La carne rubicunda y broncínea de sus brazos y piernas estaba marcada con cientos de puñaladas, tajos y cortes sangrientos. Aun así, el campeón de la Horda de la Bruma no había muerto del todo. Gruñía lastimero y arañaba con su manaza en la tierra ensangrentada que lo rodeaba. El arma, un mazo con cabeza de carnero del tamaño de una torre derrumbada, había caído a demasiada distancia.

Tam llegó a la conclusión de que la batalla había sido todo un espectáculo, tan épica como la que había tenido lugar en los Confines seis años atrás, pero no fue tan imbécil como para desear haber formado parte de ella para verla. Barda o no, era difícil encontrar la grandeza en lo que le rodeaba, rescatar las escasas pepitas de gloria que pudiera haber en aquel lodazal sanguinolento en el que lo único que predominaba era un derroche de devastación.

—La mismísima Rosa la Sanguinaria. ¿Eres tú?

Un hombre se apartó de un grupo de mercenarios que rodeaban el cadáver de un mamut brumal. Mientras se acercaba, Tam vio que se

trataba de Sam Roth el «Asesino», con quien se habían topado en los caminos de Alto Remanso Su armadura de placas estaba arañada y abollada, manchada en el pecho con algo verdoso. Tenía chamuscada la parte inferior de la barba y cojeaba apoyándose en su legendaria espada.

—Sam Roth. —Rosa se detuvo y se pasó los dedos por la melena escarlata—. Veo que aún respiras.

—¡Ja! ¡Por poco! —El enorme mercenario se dio unos golpes en la coraza con un puño cubierto de acero—. ¡Un bulbo de la plaga me vomitó encima! Me habría convertido en papilla si no llevase esto puesto. Por desgracia, a mi caballo no le fue tan bien, pobre desdichado.

«Pobre desdichado es un nombre que le va como anillo al dedo» —pensó Tam al recordar cómo el animal se afanaba por sostener la mole considerable que era Roth—. «No me imagino lo que debió de ser cargar con este gordo cabrón hasta aquí para que te vomitase encima lo que narices sea uno de esos bulbos de la plaga…».

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Cirrolibre.

Roth frunció el ceño.

—¿No lo sabéis?

—Acabamos de llegar —dijo Rosa.

—¿Que acabáis de llegar? —Las pobladas cejas de Roth estuvieron a punto de saltarle de la cara, de la impresión—. Por los dioses de Grandual, mujer. ¡Te has perdido la mayor batalla que ha habido desde la Guerra de la Recuperación! ¡Una puta masacre, eso es lo que ha pasado aquí! —El Asesino extendió los brazos para abarcar la desolación que los rodeaba—. ¡Ha sido maravilloso!

—¿Viste al Simurg? —preguntó Cirrolibre.

—¿El Simurg? Por los putos infiernos helados. ¿Aún seguís con eso?

—Lo matamos —dijo Rosa. Lo dijo con naturalidad, sin el menor atisbo de arrogancia—. Y la Viuda de Ruangoth lo resucitó de entre los muertos.

Roth puso gesto escéptico, como un hombre al que le acabaran de decir que beberse un cáliz de orines era el secreto de la vida eterna.

—Yo… esto… no vi al Simurg, no —murmuró al fin—. Supongo que estaba demasiado ocupado matando a monstruos de verdad.

—Y parece que no se os dio nada mal —dijo Brune.

—¿A que no? —dijo el Asesino—. El bosque se prendió fuego. ¡No estoy seguro de cómo empezó ni de quién lo hizo, pero si llego a descubrirlo voy a comprarle un barril del mejor licor de Kaskar! Todo Valle Gris estaba en llamas antes del amanecer. Los carteanos tenían

exploradores en las colinas circundantes, pero el Han asegura que no fueron sus chicos. Al amanecer, la mitad de la Horda había empezado a desperdigarse por la llanura, mientras que la otra mitad estaba ocupada intentando salir de entre los árboles. ¡Y cuando lo hicieron, los cabrones ya estaban ardiendo y medio muertos! Algunos dicen que también hubo luchas internas en la Horda. Monstruos que mataban monstruos… —El mercenario se atusó el borde de la barba chamuscada a causa del ácido—. Como he dicho: ha sido maravilloso.

Detrás de él, uno de los mercenarios se afanaba por cortar uno de los colmillos del mamut con un hacha.

—¿Y una druin? —preguntó Rosa—. ¿Viste a una druin?

Los ojos del Asesino se giraron hacia las orejas de Cirrolibre.

—No. ¡Pero sí que había un infernal!

—¿En serio? —preguntó Cura—. ¿Y cómo era?

Roth abrió los brazos como si pretendiese hacerse pasar por el demonio.

—Era un cabronazo enorme, envuelto en llamas y con púas por todas partes, y tenía una cola que parecía un lucero del alba atado a una cadena. Como armas usaba una red ardiente y un martillo hecho de roca fundida. Supongo que ese hijo de puta mató a medio centenar de mercenarios antes de que los Acorazados llegasen a derrotarlo.

—¿Los Acorazados? —El alivio y la incredulidad se apoderaron de las mitades partidas del corazón de Tam. ¡Su tío estaba vivo! O lo había estado, al menos—. ¿Sabes si Bran Hashford ha sobrevivido?

La armadura de Roth tintineó cuando se encogió de hombros.

—Pues me temo que no lo he visto, pero ese Branigan es un canalla muy duro de pelar. Doy por hecho que estará por ahí. Mira. —Le puso una mano sobre el hombro a Rosa—. Podría contar batallitas hasta quedarme sin aliento, pero vamos a dejarle eso a los bardos, ¿vale? Tenemos pensado ir a Coverdale para tomarnos una pinta bien fría y luego partir hacia Conthas por la mañana. ¿Nos vemos por allí?

—Nos vemos por allí —dijo Rosa, aunque su respuesta quedó ahogada por un repentino y estruendoso gimoteo de Bronturo.

—¡Por la Benévola Doncella! —gritó Roth mientras cojeaba hacia sus hombres—. Que alguien libre a ese llorica de su sufrimiento.

Siguieron su camino. Tam vio los restos de un gólem enorme. El constructo de piedra había quedado reducido a gravilla. Cirrolibre hizo una pausa para arrodillarse junto a la cabeza y extendió la mano para rozar con los dedos la piedra erosionada. Los sellos grabados en las cuencas de los ojos estaban apagados y sin vida.

—¿Es de los de Contha? —preguntó Cura.

—Era, sí —dijo el druin—. Pero quedó desrrunado. Sin dueño. Ya

no estaba bajo el control de mi padre.

No dijo nada más. Se puso en pie y apretó el paso para colocarse junto a Rosa.

La banda continuó su camino a través de los restos de un barco volador estrellado. La raída vela no había dejado de chasquear y chisporrotear, mientras que los anillos de duramantio del motor de marea giraban en lánguidos círculos, entre zumbidos y traqueteos. Otra cosa rota más que interpretaba su canción doliente.

Poco después llegaron hasta una mujer arrodillada en el barro. Sollozaba sobre un cadáver que llevaba una capucha púrpura con velo. Tam reconoció de inmediato que se trataba del Príncipe de Ut, el que había rechazado enfrentarse a la marilith después del espectáculo de Fábula en Alto Remanso

Rosa se detuvo y agachó la cabeza en gesto de luto. La corona dorada del guerrero estaba doblada, y su famoso bracamante de acero verde se encontraba tirado en el suelo, cerca de su mano. La pechera de la armadura estaba abollada, manchada con una huella carmesí sobre el oro esmaltado.

Una docena de mercenarios más yacían muertos alrededor. Tam reconoció entre ellos a Estrella de la Suerte, y también el cuerpo de una criatura que se parecía a un búho pero con cuerpo de oso, tumbada entre ellos y respirando a duras penas a través de su pico partido.

Tam volvió a mirar hacia el príncipe caído. Era uno de los mercenarios más famosos de todo Grandual, y ahora estaba muerto y frío a la luz del anochecer. Un poco más al sur estarían sus compañeros brindando por la victoria en tabernas, rodeados por el chisporroteo de un buen fogón. ¿Lo recordarían esa noche? ¿Cantarían los bardos su noble gesta? ¿Habría muerto de manera grandiosa? ¿O quizá su muerte solo quedaría como una nota funesta entre miles de canciones gloriosas?

«Al menos tiene a alguien que llore por él», pensó Tam mientras le dedicaba otro vistazo a la mujer que derramaba sus lágrimas sobre el guerrero.

Los otros habían empezado a alejarse, pero algo llamó la atención de la barda justo en ese momento.

—No está llorando —murmuró.

Brune miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—Se está riendo.

Tam señaló a la mujer arrodillada en el barro, que ahora había empezado a levantarse, a volverse y a sonreír con el humor malicioso

de una calavera sonriente.

—Hola, Rosa —dijo la Reina del Invierno.

41

Mujer de magia negra

Tam ni siquiera había parpadeado, y Rosa ya había desenvainado a *Cardo* para luego lanzarla en dirección a la cabeza de la mujer. Astra se movió antes incluso de que Rosa soltase la espada, y dio un paso a un lado con naturalidad.

—No te molestes —dijo Cirrolibre antes de que Rosa lo volviese a intentar con *Espina*—. Es una druin. O lo era. No conseguirás herirla si sabe lo que le vas a hacer.

Rosa lo fulminó con la mirada. Bajó el arma, pero Tam estaba segura de que lo intentaría otra vez si su adversaria fuese lo bastante imbécil como para bajar la guardia.

Astra lucía un atuendo más majestuoso que el que llevaba en el lago, lo que hizo que Tam se preguntase dónde se había parado una hechicera no muerta para cambiarse de ropa. Al parecer había sido en una cripta narmeerí, ya que ahora tenía el cuerpo cubierto de telas negras con puntadas de un hilo rojo que representaba una escritura arcana. Unas tiras de seda también negra le caían como una cortina desde las hombreras festoneadas y se agitaban lánguidas en la fétida brisa. Tenía el cabello azabache entrelazado en una corona de hierro forjado cuyas púas se retorcían como llamas sobre su frente, y las pálidas orejas le colgaban lacias sobre los hombros. En la cadera de la druin había una espada metida en una vaina negra y lacada que parecía la gemela malvada de la *Madrigal* de Cirrolibre.

Los ojos eran de ese violeta amoratado propio de las uvas pasas, y los tenía fijos en Rosa.

—Deberías estar muerta —comentó.

—Y lo dice la mujer que ha pasado los últimos mil años dentro de una tumba —dijo Rosa arrastrando las palabras. Echó un vistazo cauteloso a la oscuridad que las rodeaba—. ¿Dónde está tu mascota?

—¿Te refieres a Hawkshaw? Le he encargado una misión. Oh —dijo luego, con tono despreocupado al ver que la expresión de Rosa se agriaba—. Te referías a esta mascota.

Con un movimiento de muñeca invocó un vendaval que surcó la cortina de humo y de ceniza. La luz dorada del ocaso relució en la llanura, reflejada en las placas de armadura embadurnadas de sangre y en los filos de las armas destrozadas del campo de batalla. Luego una sombra encapotó el cielo, y el Comedragones descendió como un ciclón mientras varias plumas exánimes caían de sus alas.

Tam se quedó de piedra al ver la mirada de llamas blancas, incapaz de hacer otra cosa que no fuese esperar a que la devorase. Pero, en ese momento, el gemido de Bronturo llamó la atención del Simurg. La criatura se acercó para mirarlo más de cerca mientras arrastraba su negruzco plumaje tras de sí como si fuese una cadena. Cada uno de sus pasos hacía temblar el suelo bajo las botas de Tam.

El gigante se quedó muy quieto al ver al Simurg. Sus manos, tan grandes que habrían sido capaces de derrumbar castillos enteros, empezaron a temblar, y emitió un quejido rasposo.

—Por favor —consiguió decir antes de que las fauces híbrido de león y reptil del Simurg se cerrasen alrededor de su cuello. Tam oyó el crujido húmedo de los cartílagos al romperse, vio espuma sanguinolenta entre los dientes del monstruo y luego apartó la vista cuando la criatura arrancó con fuerza el cuello de Bronturo, del que quedaron colgando unos hilillos espeluznantes.

Se oyó el grito de alguien, en algún lugar. De varias personas, en realidad. A través de la lluvia de ceniza Tam vio mercenarios que corrían para salvar la vida hacia Coverdale.

«Como si Coverdale estuviese lo bastante lejos —pensó, taciturna —. Como si hubiese algún lugar en el que esconderse».

La voz de Astra la devolvió al campo de batalla.

—Aún tienen hambre, ¿sabéis? Ellos. Los muertos, quiero decir. No sé por qué.

—¿Ellos? —preguntó Cura—. Tú estabas tan muerta como un huevo cocido hasta hace seis años, ¿recuerdas?

La cabeza de la druin se ladeó mínimamente.

—No, no recuerdo estar muerta. Me asesinaron los esclavos mientras el Dominio ardía a mi alrededor, y al despertarme descubrí a los descendientes de esos esclavos debatiéndose entre las ruinas del imperio. Mi esposo… —pronunció la palabra con asco—, que me había prometido que ambos viviríamos como dioses por toda la eternidad, estaba muerto.

—Se lo merecía —dijo Rosa con la manifiesta intención de provocarla. Según Tiamax, Gabe el Gualdo era famoso por hacer lo mismo a sus enemigos, razón más que probable de que tuviese fama de ser un gilipollas arrogante.

—Estoy de acuerdo —dijo Astra—. Aunque Vespian servía para algo, no como mi esposo más reciente. Llegué a amarlo, incluso.

—¿Antes de que sacrificase a tu hija? —preguntó Rosa sin compasión—. ¿Antes de que te librase de la muerte que obviamente ansiabas? ¿Antes de que cometiese un genocidio contra su especie para que esa terrible espada no dejase de ser un secreto?

Astra se estremeció y, al hacerlo, el hechizo de encanto que la rodeaba se disipó durante unos instantes. En ese intervalo Tam consiguió ver un atisbo del verdadero rostro de la Reina del Invierno: ojos marchitos y carne enfermiza que colgaban como madera de abedul de un cráneo amarillento.

—El arconte era un imbécil —siseó la druin—. Invocó un poder que escapaba a su comprensión. *Tamarat* no es solo una espada, es una astilla. Un fragmento viviente de la mismísima diosa. Y lo ligó a mí. La alimentó conmigo como si fuese leña que se tira a un fuego. No le pedí que…

Rosa lanzó la otra espada.

En esta ocasión, Astra tardó un instante más en moverse, pero lo hizo, por lo que el arma solo le rozó un lado de la cabeza en lugar de partirla por la mitad. Aulló de dolor, y una de sus orejas de pelo blanco cayó en el barro, a sus pies.

Tam no fue capaz de reprimir una risilla nerviosa y discordante. Cura la fulminó con la mirada, mientras que Cirrolibre hizo un gesto (fruto de la empatía, quizá) y miró a Rosa.

—Buen intento —dijo el druin.

Ella hizo una mueca.

—No lo suficiente.

Astra no parecía haberse dado cuenta de que le faltaba una oreja, pero estaba furiosa a pesar de todo. Abrió las manos como garras a los costados. Las levantó despacio, como si estuviesen sumergidas en el agua, y los cadáveres que la rodeaban empezaron a volver a la vida.

Resucitó al Príncipe de Ut, con su capucha oscura como el vino tinto. También a Estrella de la Suerte, que portaba media lanza en una mano y medio escudo en la otra. Un norteño descamisado con una franja azul que le recorría los ojos se tambaleó hasta ponerse en pie, y una pelirroja que llevaba un mangual pero a la que le faltaba la mitad de la mandíbula hizo lo propio a su lado.

Cura desenfundó un par de dagas retorcidas, y Brune agarró la guja doble con ambas manos.

—¿Cómo lo hace? —preguntó el chamán.

—Es nigromancia —dijo Cirrolibre.

—¡No me digas! —replicó Brune. Hizo un ademán hacia los nuevos

guardaespaldas de la druin—. Me refiero a que cómo los mantiene así. La mayoría de los nigro casi ni son capaces de conseguir que un esqueleto se ponga a bailar, y lo más que pueden hacer es convertir a un puñado de cadáveres en zombis descerebrados. ¡No usan a las personas como marionetas ni pueden resucitar de entre los muertos a algo del tamaño de una puta aldea!

—Tiene que ser algo relacionado con la diosa —aventuró Cirrolibre.

—¿Te refieres a la Reina del Invierno? —preguntó Cura.

Las orejas del druin gesticularon un «no», pero no dijo nada más.

—¿Entonces eras tú quien lideraba la Horda? —preguntó Rosa a la bruja—. Porque, de ser así, lo has hecho fatal.

Astra negó con la cabeza, un gesto que resultó ridículo a causa del muñón bamboleante de su oreja ausente.

—En realidad era más bien una mecenas. Le ofrecí a Bronturo un refugio seguro en el que reunir todas las fuerzas posibles. Cuando lo hizo, le insistí para que atacase Cragmoor. Le aseguré que vencería y prometí la vida eterna a los que cayesen en batalla.

—No se puede considerar vida si no tienen libre albedrío —dijo Cirrolibre.

Por alguna razón, Tam recordó el gólem que habían visto hacía poco. «Desrrunado», había dicho Cirrolibre. «Sin dueño». ¿Significaba eso que el resto de gólems eran esclavos sin voluntad, igual que los sirvientes no muertos de Astra?

—No lo entiendo —dijo Rosa a la Reina del Invierno—. Si querías que la Horda consiguiese sus objetivos, ¿por qué la abandonaste aquí? Tenías que saber que los reinos terminarían por venir. ¿Tan importante era ese Simurg? Sacrificaste decenas de miles de vidas solo por una. Los condenaste.

Astra sonrió con malicia.

—¿Qué más me da? Solo son bestias. Monstruos. Nacidos para ser esclavos y criados para convertirse en armas. Se rebelaron contra el Dominio y traicionaron a mi hijo cuando…

—Oh, no me jodas —dijo Rosa.

—… cuando lo abandonaron en el campo de batalla de Castia. —La mano derecha de Astra se acercó a la empuñadura de la espada. Su voz era densa como el hielo que flota sobre la superficie del agua. Una lágrima negra y emponzoñada le cayó como una mosca por su mejilla de porcelana—. Mi pobre hijo —susurró—. Mi dulce vástago del otoño. Solo intentaba ayudarlos, ¿sabéis? Quería ofrecerles un refugio, un lugar en el que las criaturas malditas de este mundo pudiesen vivir lejos de la opresión de la humanidad. Y lo habría conseguido de no ser

por un hombre.

Rosa se enderezó.

—No te atrevas a pronunciarlo.

—Gabriel.

—¿Qué narices te acabo de decir? —gruñó.

—Pero Gabriel no habría ido a Castia de no ser por ti —continuó la druin—. Razón por que me alegraré tanto de matarte, de obligar a tu padre a compartir mi dolor… hasta que lo mate también a él.

—Necesitarás algo más que al Comedragones para conseguir algo así —dijo Rosa, aunque Tam notó la poca seguridad que emanaba de sus palabras. Puede que Gabe hubiese sido un gran guerrero en el pasado, pero ahora estaba mayor y ya no era el de antes. Ni siquiera era lo que fue en Castia, que (según Rosa) tampoco es que fuese demasiado—. Tenías todo un ejército a tu disposición —dijo Rosa indicando con un ademán la llanura repleta de cadáveres que los rodeaba—. ¿Por qué lo has dejado morir?

Astra soltó una carcajada estruendosa y espeluznante, un sonido parecido al pico de un cuervo al arañar el cráneo de un niño—.

—¿Dejado morir? Querida, acabé con ellos yo misma.

Brune parpadeó y se llevó una mano a la boca.

—Es una…

—Locura. —Cura terminó la frase por él.

—Una locura, sí —convino el chamán.

—Me habrían fallado igual que fallaron al Dominio —explicó Astra —. Me habrían traicionado igual que traicionaron a mi hijo. En lugar de eso, me he asegurado de que me obedezcan en la muerte. Como haréis vosotros. Y como harán todas las criaturas de este mundo cuando llegue el momento.

—Ya. Eso es… muy típico —dijo Rosa. No parecía estar nada impresionada, o se le daba muy bien fingir que no lo estaba—. ¿Y luego qué? ¿Con qué fin? Supongamos que ganas, que no lo harás. Digamos que, de alguna manera, consigues matarnos a todos, lo que te aseguro que nunca ocurrirá. ¿Estás tan desesperada por dominar el mundo que te da igual que todos sus habitantes estén muertos?

—Te confundes conmigo —dijo Astra—. No tengo intención alguna de dominar el mundo. Voy a destruirlo.

A Tam le dio la impresión de que la ceniza del ambiente pasaba a convertirse en un enjambre de insectos que no dejaban de zumbar, chocaban contra su piel e intentaban metérsele dentro de la carne. Se le heló la sangre. Un miedo animal y convulso le atenazó el corazón con las garras y apretó con fuerza.

Cirrolibre fue el siguiente en hablar, claramente turbado:

—Vas a atar todas las vidas a la tuya…

—Y luego me libraré de las vicisitudes de esta existencia inmortal —suspiró Astra.

Tam no podía creer lo que acababa de oír. No era tan poderosa. Era imposible. La barda sabía muy bien, gracias a las invocaciones de Cura y a las transformaciones de Brune, que toda magia tenía un precio. El poder siempre lo tenía, por lo que suponía que ese también era el caso de la nigromancia.

Pero ¿y si Astra ya había pagado ese precio? ¿O si el monedero con el que lo pagaba pertenecía a otra persona o cosa completamente diferente?

Una palabra se retorció en su mente, como si fuese un gusano: «Tamarat».

A pesar del pánico cada vez mayor que sentía, Tam estuvo a punto de coger una flecha y matar a esa mujer triste y loca antes de que cumpliese su terrible promesa, por muy infructuoso que terminase siendo dicho intento.

Pero entonces Rosa señaló hacia los pies de Astra.

—Se te ha caído una oreja —dijo.

Y Astra, que había sido emperatriz y luego diosa, y cuya hechicería oscura amenazaba con acabar con todas las vidas de Grandual, miró hacia abajo.

Como una imbécil.

42

El virote de plumas blancas

Rosa se abalanzó contra la Reina del Invierno con los brazos abiertos al tiempo que llamaba a sus espadas. Estas se alzaron del barro formando espirales en el aire, pero Estrella de la Suerte golpeó una con su escudo y el mercenario de la pintura azul se interpuso sin miedo alguno delante de la otra. Inesperadamente desarmada, Rosa consiguió detenerse justo antes de que la mujer sin mandíbula trazase un arco con el mangual en sus narices. El Príncipe de Ut corrió hacia ella, bracamante en mano. Rosa se tambaleó hacia atrás y se retorció para esquivarlo.

Madrigal canturreó al salir de la vaina y atravesó la ceniza que flotaba en el aire para desviar la espada del narmeerí. Cirrolibre le dio una patada al príncipe en el pecho y lo empujó hacia atrás.

Brune se apresuró para cubrir la retirada de Rosa. Dividió *Ktulu* en dos mitades y usó una de ellas para contrarrestar el siguiente ataque del mangual y la otra para darle un tajo en el cuello a la mujer sin mandíbula y cortarle la cabeza.

Tam se movió sin pensar. Sacó *Duquesa*, cogió una flecha del carcaj y…

Astra desenvainó la espada, y el sonido que emitió fue similar al aullido de una demente que se enfrenta al cuchillo de un torturador. A Tam se le cayó la flecha de las manos. La druin clavó la punta de la espada en el suelo y la barda vio… algo en la superficie verde chillón de la hoja: unas manos que se revolvían y un rostro deformado por la angustia. Y luego la voz de Astra surgió de la tierra que los rodeaba.

—Levantaos —ordenó a todos los cadáveres que se encontraban a su alrededor.

Y lo hicieron.

Todos.

Seres que antes habían sido hombres y mujeres, que habían sido orcos, urskins y farfulladores con máscaras de acero; seres que tenían la carne gris de los ogros, las melenas largas de los ixil y el pelaje

desaliñado de los gnolls salvajes… Mirara donde mirase, Tam veía mercenarios y monstruos que se afanaban por ponerse en pie, con extremidades retorcidas, heridas supurantes y ojos picados por los cuervos ahora cubiertos por llamas blancas.

El aire se agitó con un batir de alas cuando las aves que se alimentaban de los cadáveres alzaron el vuelo, una nube negra como el mismísimo humo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Cura.

—Yo tengo que matarla —gruñó Rosa mientras le brillaban los guanteletes. *Cardo* voló hasta su palma abierta, pero *Espina* estaba demasiado clavada en el norteño pintado de azul. El muerto agarraba el arma con ambas manos para contener la magia druin antigua imbuida en la hoja. Lo que resultó ser un craso error, ya que la magia druin antigua levantó del suelo su culo muerto, llevó la empuñadura del arma a la mano de Rosa y dejó al norteño a merced de la mercenaria.

Y, haciendo honor a esa merced, Rosa le cortó la cabeza de un tajo.

Después levantó las cimitarras.

—Si la matamos…

—¡No podemos! —gritó Cura—. Es imposible llegar hasta ella.

La Reina del Invierno ya se había ocultado tras muchos esclavos tambaleantes. El Simurg alzó sus fauces cubiertas de sangre mientras el gigante que estaba debajo de él empezaba a agitarse.

—Odio admitirlo, pero creo que Cura tiene razón —aulló Brune.

Rosa dirigió una mirada suplicante a Cirrolibre, que con su espada acababa de reducir a pedacitos sanguinolentos a Estrella de la Suerte, que ya no podía llamarse así. El druin miró a Rosa y luego a Astra, oculta detrás de un muro de muertos vivientes.

—Deberíamos marcharnos. Ya.

Rosa miró desesperanzada hacia atrás y luego cerró filas con sus compañeros de banda.

—Brune y Cirrolibre, cubrid los flancos —gritó al tiempo que se alejaba al trote—. Yo iré delante. Tam, dispara una flecha a cualquier cosa que nos ataque desde las alturas.

—Entendido —dijo Tam sin molestarse siquiera en señalar que ella solo era la barda.

—¿Cura?

—Presente.

—¿Crees que podrías evitar que se nos acerquen?

—Encantada. —Cura se volvió. El Príncipe de Ut se había recuperado y encabezaba un pequeño grupo de mercenarios y monstruos que iban a por la banda. La Bruja de Tinta se arremangó,

cerró los puños y gritó:

—¡*YOMINA*!

La figura encapuchada salió retorciéndose de su brazo, con su largo cuello oculto debajo de un sombrero de ala ancha. Después desenvainó dos espadas de su pecho y se volvió para enfrentarse a los perseguidores.

Cura se incorporó y se dio prisa para correr detrás de Tam, quien mantenía el arco en posición y la vista alzada mientras avanzaban. Los graznidos de las aves y las columnas de humo negro inundaban los cielos, pero consiguió ver por aquí y por allá algún destello del azul del crepúsculo. A su alrededor pasaban flotando chispas procedentes del bosque incendiado, y le picaban como ácaros allá donde le tocaban la piel. Oyó el apasionado lamento de la espada fantasma de Astra en algún lugar, en todas partes.

Algo salió del barro justo delante de ellos, enorme y desgarbado, con seis brazos, dos cuernos y una boca llena de tentáculos que no dejaban de retorcerse. Las espadas de Rosa giraron en sus manos. Las agarró al revés, saltó por los aires sin detenerse y las clavó hasta la empuñadura en el pecho de la criatura para luego al caer dando una voltereta sobre el cadáver. Una de las lenguas tentaculares agarró el tobillo de Tam al pasar, pero la barda la pisó con fuerza y reventó como un gusano.

Siguieron corriendo. Brune, que blandía una mitad de *Ktulu* en cada mano, se abrió pasó a través de una pareja de esqueletos que intentaron agarrarlo. *Madrigal* resonó como la cuerda de un arpa mientras Cirrolibre le cortaba las patas a un huargo que tenía un hacha clavada en la cabeza. Rosa luchaba como una guerrera salvaje en la vanguardia, sus espadas convertidas en un borrón azul y verde mientras cercenaba las extremidades de un par de hombres lagarto armados con lanzas.

A su alrededor todo era caos. Mercenarios vivos enzarzados con mercenarios muertos, buhoneros de monstruos que corrían para ponerse a salvo, ladrones de cadáveres que ahora también eran cadáveres y cuyas presas habían empezado a resucitar a su alrededor.

Tam sintió un temblor en el suelo y echó la vista por encima del hombro para confirmar el peor de sus miedos: el Simurg estaba al acecho. Avanzaba por el campo de batalla borroso a causa del humo como un gato que va de caza, y devoraba a todos los enemigos de la Reina del Invierno con los que se topaba.

También veía de vez en cuando entre el humo a *Yomina*, que iba cortando y cercenando entre los grupos de esclavos de Astra.

Cura le tiró de la manga.

—¡Tam! ¡Arriba!

La barda apuntó con el arco hacia los cielos y vio que una arpía se abalanzaba sobre ellos. El cuerpo de la mujer pájaro estaba cubierto de flechas, por lo que Tam intentó clavarle una en el rostro. Funcionó. Cayó como un peso muerto y aterrizó inmóvil detrás de ellos.

—Buena chica —dijo Cura, y al oír el elogio de la invocadora algo se agitó en el vientre de Tam, como ascuas que se elevan con el viento.

No tardaron mucho en dejar atrás a los muertos vivientes. Tam no sabía si el poder de Astra tenía limitaciones, pero al parecer la druin no era capaz de resucitar a toda la Horda al mismo tiempo.

«De ser así, estaríamos muertos —pensó—; bueno, puede que no muertos del todo, pero sin duda ya no estaríamos vivos».

Rosa se detuvo tan de repente que el resto casi chocó contra ella.

—Joder —dijo.

Brune se apartó el pelo de los ojos.

—¿Joder, qué?

Gabe y Moog estaban delante. El mago ayudaba a Roderick, que usaba una bufanda de seda blanca para restañarse una herida en la cabeza. Uno de sus cuernos retorcidos se le había partido.

Y el *Vieja Gloria* había desaparecido.

—Doshi nos ha robado el barco —dijo Gabriel.

—¡Ese comemierda salitroso me tiró por la borda de una patada! —exclamó Rod—. ¡Voy a matarlo! ¡Voy a agarrarlo por ese cuello de ladrón que tiene y…!

Brune señaló la cabeza del agente.

—Te falta un cuerno, hermano.

—¿Qué? —Roderick alzó las manos hacia el cuerno que le faltaba y abrió tanto la boca que daba la impresión de que le iba a llegar a los pies—. ¡Por la polla sangrienta de Vail que voy a matarlo!

Cirrolibre se arrodilló junto a Roderick mientras Gabriel corría a colocarse junto a su hija y la examinaba para ver si estaba herida.

—Rosa, ¿estás…?

—Estoy bien —dijo ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gabriel—. ¿Habéis encontrado a Astra?

—Sí —respondió Rosa—. Te lo explicaré luego. Tenemos que irnos ahora mismo.

Gabriel se mordió el labio. Miró preocupado a Moog, que jadeaba profusamente, agotado.

—La casa de Clay está a mitad de camino de Conthas. Deberíamos intentar…

Se quedó en silencio de repente cuando algo hendió el aire entre Rosa y él.

Tam se volvió, horrorizada, y vio a Hawkshaw corriendo hacia ellos. El humo se dispersaba a su paso, como sombras que se alejan de una llama. El alcaide volvió a preparar la ballesta y la levantó hacia Rosa.

El sonido del virote al ser disparado fue el más estruendoso que Tam había oído jamás. Todos los compañeros de banda de Rosa se movieron para recibir el impacto en lugar de la líder, pero ninguno de ellos, ni siquiera Cirrolibre, estaba lo bastante cerca como para conseguirlo.

Solo Gabriel, quien un segundo después cayó al barro como un saco con un virote de plumas blancas enterrado en el pecho hasta el fondo. Su hija se arrodilló junto a él, y las espadas se le cayeron de las manos flácidas.

Cirrolibre corrió a toda velocidad en dirección a Hawkshaw mientras la melodía de *Madrigal* resonaba a su alrededor.

El alcaide se quitó la capa de paja negra, desenfundó la espada de hueso de su cinturón y la agarró con ambas manos mientras el druin se acercaba a él.

—Lo… lo siento —graznó—. No… no puedo…

—Calla y muérete —gruñó Cirrolibre.

Fue un momento tan intenso y tan cargado de pavor y extrema malicia que nadie (ni siquiera Cirrolibre y sin duda tampoco Hawkshaw) vio el carro de buhonero de monstruos que se dirigía hacia ellos y terminó por atropellar al alcaide. El cuerpo del alcaide se revolcó como un espantapájaros debajo de los cascos descontrolados de los caballos y de las pesadas ruedas de madera.

El carro derrapó hasta detenerse y su conductor se puso en pie para contemplar el estropicio que acababa de montar. El cuerpo de Hawkshaw había quedado reducido a una pila húmeda de huesos rotos, carne sanguinolenta y paja oscura. La espada de hueso se había partido por la mitad. La máscara de cuero negro que llevaba para ocultar su rostro se le había caído para dejar al descubierto un cráneo lleno de sangre.

El conductor se quedó horrorizado.

—Dioses. ¡Lo siento mucho! Hay algo… No sé… Algo muy grande ahí detrás. No tenía la vista puesta en la carretera.

Tam parpadeó.

—¿Bran?

El conductor la miró con gesto inexpresivo.

«¿Será él?», se preguntó la barda. Tenía el pelo más largo, la barba

descuidada y el rostro tan sucio que estaba casi irreconocible, pero ahora Tam estaba muy segura. Era su tío Branigan. Estaba vivo.

—Mira —dijo él—. Si te debo dinero, creo que sería mejor que lo hablásemos en otro momento. No podemos…

—Tío Bran, soy yo.

—¿Tam? —Su tío saltó del asiento, vadeó el barro y le dio tal abrazo a su sobrina que la dejó sin aliento. Después la agarró por los hombros y examinó su rostro como si fuese un mapa de todos los lugares en los que había estado y lo que había hecho desde la última vez que se habían visto. Una sonrisa empezó a perfilarse despacio en los labios del mercenario—. Por la Benévola Doncella, chica. ¿Qué haces aquí? —Alzó la vista hacia los despojos de Hawkshaw—. ¿Era un…?

—Enemigo —le aseguró Tam—. Te lo contaré luego. Gabe está…

—¡Vivo! —gritó Moog. El mago sostenía la cabeza de Gabe entre las rodillas—. Bueno, al menos respira.

Branigan gruñó al reconocer al hombre que se encontraba en el regazo de Moog.

—¿De verdad es…?

—Sí, lo es.

Rosa extendió unos dedos temblorosos para apartar el cabello empapado de sudor del rostro de su padre. Se le movieron un poco los párpados al notar el roce de su hija.

—¿Puedes hacer algo por él? —preguntó a Moog.

Las lágrimas empezaron a derramarse por las mejillas del anciano.

—No soy sanador, querida. Y me temo que necesita uno. —El mago miró el virote enterrado en el pecho de Gabe como si fuese una serpiente que asomase por el borde de una olla—. Es posible que le haya perforado el corazón.

—El corazón está en el otro lado —señaló Rosa.

—Ah, ¿sí? —El mago frunció el ceño y se llevó una mano al pecho —. Dioses. Puede que tengas razón.

—Rosa… —empezó a decir Cirrolibre.

—Ayudadme a subirlo al carro —ordenó.

—Rosa. —El druin le puso una mano en el hombro y señaló con gesto grave hacia el virote de plumas blancas—. Mira la herida. Ha empezado a pudrirse. Creo que…

—¿Qué? —preguntó ella.

—Que el proyectil estaba envenenado —dijo con tono tranquilo—. Lo siento.

La rabia hizo desaparecer la esperanza de la mirada de la mercenaria, para después torcerse a causa de una pena que

amenazaba con arrugarle el gesto como un pergamino entre las llamas.

—Lo llevaremos a Coverdale —murmuró.

Cirrolibre se colocó el pelo entre las orejas.

—Coverdale no es un lugar seguro —dijo al tiempo que miraba hacia el norte a través de la llanura.

Valle Gris seguía en llamas. El bosque era una mancha anaranjada en el horizonte, una franja reluciente contra la que se recortaba la silueta de innumerables horrores que se tambaleaban por la llanura oscura.

—Conthas está demasiado lejos… —gruñó Bran.

Gabriel se agitó en los brazos de Moog y murmuró unas palabras que Tam no llegó a entender. El mago se inclinó hacia él para oírlo mejor, pero fue Rosa la que descifró las palabras de su padre.

—Vamos a llevarlo con Clay Cooper —dijo.

43

Mano Lenta

Rodearon Coverdale, cuyos habitantes abandonaban en manada el lugar, como abejas que escapan de una colmena en un incendio, y después siguieron el sendero lleno de baches que hacía las veces de carretera a través de un bosque de abedules de troncos blancos. No había estrellas ni luna que iluminasen el camino, por lo que Branigan solo podía confiar en los caballos para no perderse. Nadie durmió, y tampoco es que hubiese espacio para hacerlo. Rosa no se había separado de su padre, le limpiaba el sudor de la frente mientras Moog le decía palabras de consuelo, estrofas de una canción apacible y un chiste de una hora de duración que terminó por no tener remate final.

Gabriel murió la mañana del día siguiente.

No se estremeció, ni gritó, ni pronunció unas conmovedoras últimas palabras, como se suponía que hacían los héroes. Se limitó a cerrar los ojos y a apretar la mano de su hija con todo el vigor que le permitieron sus mermadas fuerzas, hasta que, finalmente, su mano quedó inerte y soltó el aliento para no volver a coger aire nunca más.

—Para…

La palabra cayó como una roca desde los labios de Rosa. Bran detuvo el carro, y la mercenaria se bajó por un lado y desapareció entre los árboles que rodeaban el camino.

Nevaba un poco. Tam extendió el cuello y entrecerró los ojos para protegerse de los copos. Uno de ellos le cayó en una pestaña y, cuando parpadeó, pasó a la mejilla, donde se derritió poco a poco hasta gotearle por el mentón.

Brune miró el cuerpo con desconcierto, como si hubiese cerrado el puño con una moneda de oro en el interior y al abrirlo hubiese aparecido una piedra de carbón. Cura se llevó una mano a la boca y miró impertérrita al hombre acostado junto a sus rodillas. Cirrolibre miraba el bosque que se abría junto a la carretera con las orejas caídas y los ojos grises como el acero.

Moog se derrumbó junto al cuerpo de Gabriel. Cogió la cabeza de

su amigo entre sus marchitas manos y le dio un suave beso en la frente.

—Cabrón —consiguió decir entre sollozos—. Cabrón guapo, imbécil y valiente. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido marcharte sin nosotros? —Apoyó la mejilla en el pecho de Gabriel y lloró hasta que se le secaron las lágrimas. Después se enderezó, se sorbió los mocos y se ahogó con las flemas—. Clay va a matarte cuando se entere. No te…

Se oyó el grito de una mujer en el bosque. No era de terror, sino de rabia, una rabia tan intensa y dolorosamente violenta que Tam se preguntó si los árboles mismos no se astillarían al oírla. Cirrolibre hizo un amago de acudir a su encuentro, como un sabueso al que su dueño acaba de llamar, pero Branigan lo agarró por el hombro y le hizo un gesto negativo con la cabeza.

El druin volvió a sentarse y, minutos después, Rosa salió del bosque, subió al carro y ordenó a Bran que continuase.

Y continuaron.

Clay Cooper tenía una modesta posada de dos pisos en la carretera que iba desde Vegabrupta a la Ciudad Libre de Conthas. Había un establo en la parte trasera, un arce de ramas desnudas en la delantera y un cartel en la puerta con forma de escudo en el que alguien había tallado las palabras «Posada de Mano Lenta» con mayúsculas.

Llegaron al lugar sobre el mediodía. La carretera estaba llena de refugiados que huían de Coverdale y el patio se encontraba a rebosar de mercenarios que intercambiaban historias y discutían sobre qué hacer a continuación. Roderick se ofreció a encargarse de los caballos. El sátiro no había dejado de mirar al cielo durante toda la mañana, como si esperase que Doshi regresase en cualquier momento con el barco volador robado.

«O eso o tiene miedo de que el Simurg se abalance desde las alturas sobre nosotros».

Por desgracia, eso último era mucho más probable.

Branigan se bajó del carro y ofreció una mano a Tam. Cura, Brune y Cirrolibre bajaron después. Ninguno dijo palabra alguna, ni siquiera cuando los mercenarios que los miraban desde el patio gritaron sus nombres.

Rosa no se movió. Llevaba arrodillada junto a su padre desde que regresó del bosque. No derramó ninguna lágrima y, por la expresión impertérrita de su rostro, bien podría haber estado mirando cómo se secaba la pintura de algo recién pintado. Pero su grito aún resonaba en los recuerdos de Tam.

El ambiente empezó a cambiar de forma muy perceptible, de un

caos general a una genuina curiosidad. El tráfico del camino se congestionó aún más a medida que los que pasaban por allí se detenían a mirar. En aquel silencio repentino, Tam oyó cientos de voces que susurraban el nombre de Rosa.

Y también oyó otro nombre.

Se abrió la puerta de la posada y salió un hombre del interior. Era grande, más alto que Cirrolibre y más ancho que Brune, pero aparte de su tamaño (y de una cicatriz de aspecto espeluznante que le cruzaba la nariz machacada) no había nada que en él que llamara la atención. Tenía el pelo castaño, los ojos marrones y una barba también castaña en la que empezaban verse mechones de un blanco plomizo.

«Clay Cooper», supuso Tam, ese al que las canciones llamaban Mano Lenta (cuando les daba por nombrarlo). El fiel amigo de Gabe era el miembro menos conocido de Saga, poco más que una nota al pie de todas las historias que Tam había oído sobre la mejor banda de todo Grandual. Pero lo cierto era que ahora tenía un aspecto imponente y los fulminaba con la mirada debajo de aquel ceño que parecía de granito.

Moog soltó un suspiro entrecortado.

—Ya voy yo —dijo—. Yo se lo diré.

El mago bajó del carro y se pasó una mano temblorosa por la coronilla calva. Después echó a andar tambaleándose por el frecuentado camino hacia el escalón en el que se encontraba Mano Lenta.

Una mujer de mirada adusta, que Tam supuso que se trataba de la esposa de Clay, salió del interior seguida muy de cerca por dos niñas. Una de ellas sin duda era su hija. Parecía tener unos cuantos años menos que Tam, pero era igual de alta y con la misma complexión fornida. Tenía el rostro ancho y bronceado por el sol, y llevaba el pelo recogido en una coleta grande de la que tiraba con gesto distraído mientras contemplaba el patio. La otra niña era mucho más joven, con el pelo parecido a un rollo de seda de tono verde pálido y unos ojos relucientes que se abrieron de par en par cuando vio a sus padres.

—¡Mami!

Se zafó de la mano de la otra chica, evitó que la mujer de Mano Lenta la agarrase y se acercó a la carrera y descalza por el patio nevado. Cirrolibre la interceptó. Levantó a su hija en brazos y le susurró algo al oído antes de llevársela lejos del carro y de la mujer afligida que había en el interior.

Moog llegó al fin a la escalera de la posada. Le dijo algo que a Mano Lenta le sentó como un puñetazo en las entrañas y dejó al

grandullón tambaleándose como un buey con un hacha clavada en el cráneo.

La barda oyó susurros que venían del lugar donde se encontraban, un murmullo grave cargado de pavor e incredulidad. El mago lloraba sin control, y la mujer de Clay Cooper se acercó para rozarle el brazo a su marido mientras él no apartaba la vista del carro. A Tam le dio la impresión de que el contacto de ella le hacía poner los pies en la tierra. Dijo algo que Tam fue incapaz de oír a tanta distancia, después puso una mano en el hombro de Moog y pasó junto a él para luego empezar a recorrer el camino que llevaba a la carretera.

El patio se había sumido en un silencio sepulcral. Varios cientos de mercenarios lo miraban cautivados y, a excepción de algún que otro viajero desesperado, el resto también se había quedado muy quieto.

Aquella calma sobresaltó a Rosa. Parpadeó, echó un vistazo por encima del hombro y vio que Mano Lenta se acercaba a ellos. Tam estaba lo bastante cerca como ver un nuevo dolor que surgía en los pozos oscuros que eran sus ojos. Con un esfuerzo que pareció titánico, Rosa se bajó del carro y se quedó a la espera de que llegase Clay.

—Mi padre quería…

Fue lo poco que consiguió decir antes de que el gigante la abrazara, apretase contra él el frío metal de la armadura de la mercenaria y le agarrase la cabeza con una manaza. Ninguno dijo nada durante un rato ni tampoco lloró, por muy sorprendente que pareciese. Tam sospechó que Rosa había cerrado su corazón con una válvula y que quizá Mano Lenta había sufrido mucho o visto morir a demasiados amigos para que uno más marcase una diferencia.

«Lo más seguro es que lo haga por Rosa —pensó Tam—. Sabe que si se deja llevar por las emociones, ella también lo hará, sin que importe la fuerza con la que haya cerrado esa válvula».

Mano Lenta la soltó al fin. Y luego, como un hombre que se ha resignado a mirar al sol a sabiendas de que le destrozará la vista, el canoso mercenario giró la cabeza hacia su querido y fallecido amigo. Tam vio que su pecho, ancho como un barril, se alzaba y caía, una y otra vez, y cuando reunió la voluntad suficiente para hablar, le dijo a Rosa:

—¿Puedo?

Ella asintió brevemente.

—Claro.

Mano Lenta se inclinó hacia el carro y levantó el cuerpo de Gabriel en vilo. Lo hizo con mucha delicadeza y deliberada lentitud, como si su compañero de banda caído fuese un niño que se había quedado dormido junto al fuego y ahora lo llevasen a la cama. El padre de

Rosa, que a Tam le había resultado imponente cuando lo había conocido hacía tan solo unos días, ahora parecía diminuto en los brazos del otro hombre. Su carisma, su encanto y la gracilidad con la que se movía, escuchaba y hablaba… todo había desaparecido. El gualdo de sus cabellos se convirtió en gris ante la mirada de la barda.

Clay Cooper llevó a Gabriel a través del patio por la ruta más directa. Rosa fue detrás y les indicó a sus compañeros de banda que la siguieran sin mediar palabra. Tam y Branigan lo hicieron a cierta distancia, como un par de primos lejanos que cierran la procesión de un entierro.

Los mercenarios que se encontraban en el patio se apartaron para abrir paso. Se quitaron los yelmos y las cofias de malla al tiempo que agachaban la cabeza. Algunos de los guerreros se llevaron una mano al corazón, otros ofrecieron plegarias a la Doncella de la Primavera. Algunos de los mayores se enjugaron las lágrimas de los ojos, y hasta los más jóvenes mantuvieron la mirada fija en un gesto de manifiesta veneración.

No había mercenario en todo el mundo que no conociese a Gabe el Gualdo, aunque lo cierto era que no caía bien a todos. Tam había oído decir a algunos guerreros novatos que el mercenario estaba sobrevalorado, que había vivido en una época más simple y que no tenía las agallas necesarias para pelear en una arena de combate. Muchos de los que lo habían conocido durante los años en los que Saga iba de gira lo consideraban arrogante e insolente, y aseguraban que estaba más preocupado por aprovecharse de su fama que de ganársela. Tam supuso que eran sentimientos que en su mayor parte nacían de la envidia, pero, como la muerte no era algo envidiable, lo que pasó a continuación no fue ninguna sorpresa.

Al menos no lo fue para Tam.

Moog se puso de rodillas, aunque la barda desconocía si fue a causa de la admiración o de la angustia. Un par de hombres de barba gris hicieron lo propio, clavaron una rodilla en el suelo y agacharon la cabeza. Junto a ellos también se agachó una mujer que Tam identificó como Clare Cassiber, a la que llamaban Flecha de Plata. Un joven de pelo rubio platino y ataviado con cuero negro, que Tam creía que se trataba del líder de los Águilas Estridentes, se arrodilló en la nieve y luego murmuró a sus compañeros de banda para que lo imitaran. Y, de repente, en medio de un estruendo de mallas rechinantes y crujidos de cuero, todos los mercenarios del lugar se arrodillaron al unísono.

Clay Cooper les prestó la misma atención que les habría prestado a unas briznas de hierba, pero Rosa se detuvo y echo un vistazo a su alrededor, claramente sorprendida. La barda vio que unos pocos

hombres y mujeres saludaban solemnemente con un gesto de cabeza a la hija de Gabe, y fijó la vista en la puerta de la posada que tenía delante para intentar no quedarse boquiabierta como una imbécil al ver la enorme cantidad de rostros famosos que la rodeaban.

Tardaron lo que le pareció una eternidad, pero Mano Lenta y su triste carga terminaron por desaparecer en el interior. Rosa lo siguió, flanqueada por Cura y Brune. Moog y la hija de Clay fueron detrás de ellos. La esposa de Mano Lenta mantuvo la puerta abierta para que entrase Tam, pero la barda hizo una pausa al poner un pie en las escaleras, ya que no tenía muy claro si le correspondía pasar o no.

—Entra —insistió Bran—. Yo te espero aquí. —Al ver que no se movía, su tío le dio un codazo—. Eres su barda, Tam. Pase lo que pase ahí dentro, deberías estar presente.

Tenía razón, claro. El cometido de un bardo era estar presente, ser testigo. Tam sabía que habría sido una traición a su oficio apartar la vista cuando la gloria se esfumaba, cuando los héroes se veían obligados a enfrentarse al sufrimiento y a adversidades que no podían vencerse con el clamor de las armas.

Tam atravesó la puerta.

Nunca compuso canción alguna sobre lo que ocurrió en el interior de la posada ni habló al respecto con nadie que no hubiese estado presente en ese momento. Pero lo que sin duda resultó obvio para los que la habían conocido antes y después de esa mañana, era que la mujer que salió de aquel lugar era muy diferente de la joven que había entrado.

Sus sonrisas eran más breves. Sus risas, más estridentes. A veces se quedaba con la mirada perdida y un gesto triste que pasaban de largo como una nube cuando pronunciaban su nombre.

Tardaba más en amar a alguien, pero lo hacía con más vehemencia, y también se aseguraba de que aquellos que le importaban lo supiesen.

En ocasiones, también lloraba durante las nevadas.

44

Cenizas a las cenizas

Le pidieron a Tam que cuidase de Wren mientras el resto preparaba una pira funeraria para Gabe. La joven selfa, que hablaba tanto que era un milagro que encontrase tiempo para respirar, guio a la barda hasta el establo que había en la parte trasera.

—Ayer estaban llenas. —Wren señaló las decenas de caballerizas vacías que había junto a la entrada—. Pero la tía Ginny comercia con caballos y los cambia por dinero. Claro que… algunas personas no tenían dinero, y les dio caballos igualmente y luego les dijo que no se lo comentasen al tío Clay. —Se giró hacia la barda—. No se lo digas tú tampoco al tío Clay, ¿vale?

—¿El tío Clay? —Tam fingió que reflexionaba al respecto—. ¿Es ese grandullón que tiene una cicatriz muy larga en la cara?

—Ese mismo. Se hizo la cicatriz al caerse por unas escaleras.

«Seguro que sí», pensó Tam con una sonrisa irónica.

La niña se acercó a un semental negro que tenía las crines y la cola teñidas de un rojo intenso.

—Este es el caballo de mami. Se llama Rompecorazones y solo deja que lo acaricien las mujeres. ¿Ves? —Le acarició el hocico al caballo para demostrárselo y después señaló una yegua de un blanco níveo que había en la caballeriza contigua—. Se llama Verdemar. Es el caballo de papá, pero Ginny me deja montarlo a veces porque es muy tranquilo.

La sonrisa de Tam se ensanchó a la tenue luz del farol.

—Aquí está el caballo de Tally. —Wren le dio unas palmaditas en el hocico a un palafrén pardo moteado de blanco—. Se llama Bert. Y esa yegua grande y marrón es del abuelo. Pero es muy mala y muerde a todo el mundo. Y tampoco le gusta el abuelo. Nada de nada.

La tristeza se deslizó entre las costillas de Tam como una daga, pero mantuvo la sonrisa intacta por deferencia a la niña.

—¿Cómo se llama?

—Valery. ¡Ah! ¡Y mira eso!

Moog había salido de la posada un rato antes (para distenderse, significara lo que significase eso), y Tam vio su pelo y barba blancos en la penumbra de la parte trasera del establo. El mago rascaba con ímpetu la cabeza de una criatura que había en las caballerizas del fondo.

—¡Son los osos lechuza del tío Moog! —explicó Wren.

Tam vio por sí misma lo que era un oso lechuza antes de que le diese tiempo a preguntar. Y en ese momento recordó haber visto uno moribundo en el campo de batalla, al norte de Coverdale. Tal y como indicaba su nombre, eran osos de plumaje marrón con picos negros y puntiagudos y ojos redondos y amarillos. Uno de ellos graznó mientras Tam se acercaba. El otro ronroneó como un gato mientras el mago no dejaba de rascarlo.

—El grande se llama Gregor —le dijo Wren—. Y el pequeño es Dane.

Para Tam, ninguna de esas criaturas era «pequeña», ya que la sobrepasaban en altura. Eso sí, una no era tan enorme como la otra.

—¿Son tus… mascotas? —preguntó a Moog.

—Mis queridos compañeros —respondió el mago, cuya pena había pasado a ser poco más que un resoplido—. Normalmente no los encerraría, pero cada palmo de aquí a Conthas está lleno de mercenarios que podrían confundirlos con enemigos. —Sacó un racimo de plátanos espachurrados de a saber dónde y los dejó colgando delante de Wren—. ¿Quieres darles de comer?

Ella asintió con entusiasmo.

—¡Claro!

Tam frunció el ceño.

—¿Comen plátanos?

Moog encogió los huesudos hombros.

—Todo el mundo come plátanos.

Mientras Wren y el mago metían los plátanos sin pelar en los picos abiertos de los osos lechuza, Tam se dirigió a la luz grisácea que entraba por la puerta del establo. El día había enfriado, y su aliento se condensaba en una nube blanca al respirar. Vio que ya habían terminado de preparar la pira funeraria de Gabe, un montón de sillas astilladas debajo de una pesada mesa de roble, y los mercenarios empezaban a reunirse en grupos.

Vio a lady Jain al frente de la multitud y recordó que en una ocasión la oyó reconocer que le había robado a Gabe. Tam supuso que se habían hecho amigos desde ese momento, ya que rara vez había visto una expresión tan desolada en la cara de alguien tan hostil. Las Flechas de Seda, con sus estridentes atuendos de todos los colores del

arcoíris, estaban agrupadas a su alrededor, pero eran menos que la última vez que Tam las había visto.

Oyó el ruido de unas pisadas en el suelo del establo. Se volvió y vio que la hija de Clay se encontraba a su lado y miraba hacia el norte. El cielo estaba partido en dos: el pálido dorado de la mañana y el lavanda desteñido del amanecer. Unas nubes plomizas, que seguro traían nieve, se acumulaban en el horizonte septentrional. El viento arrastraba unas volutas de humo negro en dirección sur, como si fuesen los dedos de una mano espectral.

Tally se agarraba la coleta y tiraba de ella con la mirada perdida. La joven tenía los nudillos cubiertos de costras y, de perfil, quedaba claro que se le había roto la nariz al menos una vez. A pesar de su tamaño y de su complexión fuerte, a Tam no le dio la impresión de ser una persona agresiva; y sus padres, por lo poco que la barda sabía de ellos, parecían incapaces de criar a una abusona. Por lo que dio por hecho que Tally se había hecho esas heridas siendo justa, puede que defendiendo a alguien incapaz de protegerse a sí mismo.

«Todos llevamos dentro un poco de nuestros padres», pensó Tam mientras contemplaba a la joven en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Tally al ver que la barda no le quitaba ojo de encima.

—Nada. —Tam volvió a mirar al cielo septentrional temiendo ver llegar a los primeros heraldos de la Horda de muertos vivientes de Astra—. ¿A qué distancia está Conthas?

Tally se encogió de hombros.

—A unos pocos días. Menos, si nos damos prisa.

«Claro que vamos a darnos prisa».

—¿Crees que saben lo que les espera? —preguntó Tam.

La chica frunció el ceño. Los nudillos se le pusieron blancos sin soltar la coleta.

—¿Qué les espera?

La barda sopesó la pregunta mientras miraba la tormenta en la distancia. No quería asustar a la chica, pero tampoco contarle una mentira piadosa.

—El infierno —dijo al fin.

A pesar de la amenaza de la Horda de muertos vivientes que avanzaban renqueantes hacia el sur para matarlos a todos, había que reconocer que Gabe consiguió reunir a mucha gente. Casi mil mercenarios, bardos, agentes y admiradores de ojos llorosos acudieron para verlo arder. La cremación era una precaución necesaria, claro, ya que enterrar héroes muertos no parecía muy recomendable cuando una reina nigromante andaba suelta por ahí.

Tam estaba hombro con hombro junto a Cura, cuya inclinación por vestir todo de negro al fin resultaba apropiada para la ocasión. Roderick se unió a ellos, sin sombrero y sin botas entre sus colegas, por primera vez que Tam supiese. El sátiro atrajo todo tipo de miradas curiosas mientras se abría paso con sus pezuñas por el patio nevado, algunas de asombro y otras de puro desprecio. Un mercenario de rostro adusto amasó con estruendo flemas dentro de su boca y, antes de escupir, una mirada mortífera de Rosa fue suficiente para que se las tragase, con tanta fuerza que hasta se oyó.

Mano Lenta le quitó el tapón a una botella de vidrio verde de whisky de Largolamento. La destilería había quedado destruida por la Horda al dirigirse hacia el sur, lo que significaba que había que aprovechar al máximo lo que les quedaba.

—Matty me lo envió cuando abrí al fin la posada el pasado otoño —oyó Tam que decía a Moog, como si su antiguo compañero de banda, que ahora era el emperador de Castia, fuese un vecino amable con el que echaba un trago de vez en cuando—. Envejecido durante cuarenta años en barriles de ent, al parecer. Planeaba abrirlo la próxima vez que nos viésemos todos.

Se encogió de hombros, le dio un trago, se lamió los dientes y luego le pasó la botella a Moog.

—¿Barriles de ent? —Moog parecía intrigado de verdad—. ¿A qué saben los ents?

Otro encogimiento de hombros.

—A vainilla.

El mago bebió un sorbo con inseguridad. Uno de sus párpados empezó a agitarse de repente y luego empezó a tener arcadas, como un gato que intenta expulsar una bola de pelo. Después le pasó la botella a Rosa.

—¿Vainilla? —murmuró Moog—. ¡Sabe a taparrabos de ogro! ¡Y no me preguntes por qué lo sé!

Rosa bebió más que cualquiera de ellos, después dio un paso al frente y derramó el resto de la botella sobre la improvisada pira funeraria. Luego, se colocó junto a su padre y habló como si estuviesen solos.

—Fuiste un padre de mierda —le dijo—. Egoísta y arrogante. No estabas preparado para tener hijos. —Miró hacia el establo, lugar en el que Wren le contaba a la hija de Mano Lenta cuántos colores tenían los caballos de todo el mundo—. De tal palo, tal astilla. Supongo. —Esperó a que cesaran algunas risitas y luego siguió—: Pero me contaste buenas historias. Solías narrar durante horas tus interminables aventuras, tus grandiosas giras por el Corazón de la

Tierra Salvaje. Conseguiste hacerme creer que tu vida había sido mucho más emocionante cuando yo aún no había nacido. Y nunca dejabas de repetir que querías reunir a la banda. Hasta que al fin lo hiciste.

Se oyó un cuchicheo entusiasmado cada vez mayor. Tam vio cómo una sonrisa se perfilaba y desaparecía en el rostro de Mano Lenta, como un haz de luz que atraviesa nubes de primavera.

—Antes me preguntaba por qué te preocupabas tanto por esos compañeros de banda. Los querías como nunca llegarías a quererme a mí. Guerreros acabados, ancianos desaliñados con varitas flácidas y espadas oxidadas.

—¡Oye! —dijo Moog fingiendo enfado—. ¡Esa descripción casa conmigo!

—Pero ahora lo sé —continuó Rosa. Sus ojos oscuros recorrieron a los mercenarios que la rodeaban, y alzó la voz para que todos la oyesen—. Todos tenemos nuestras razones para hacer lo que hacemos. Puede que sea el dinero, la fama o, como en mi caso, que solo sea para tocarles los huevos a nuestros padres. —Hizo una pausa hasta que cesó otro coro de risitas—. Pero lo hacemos, nos unimos a una banda. Abandonamos nuestras casas y nuestras familias y nos vamos de gira. Pasamos todo el día y toda la noche con nuestros compañeros. Comemos con ellos, bebemos con ellos, discutimos sobre si un hidraco cuenta como una muerte o como siete.

—Una —dijo Brune.

—Siete —dijo Cura.

—Dormimos juntos. Luchamos juntos. Sangramos juntos. Confiamos en que nos protegerán y nos salvarán el culo, y lo hacen, una y otra vez. Y llega un momento, entre un bolo y otro, en el que algo cambia. Nos despertamos un día y nos damos cuenta de que nuestro hogar no es lo que hemos dejado atrás y de que nuestra familia es la que nos acompaña en ese momento. Miramos a esos bribones, a ese grupo variopinto, y sabemos con certeza que no vamos a estar mejor en ningún lugar que no sea junto a ellos.

Rosa volvió a centrar su atención en la pira funeraria de Gabe, y extendió una mano para apartarle el pelo de la cara.

—La gloria se desvanece. El oro se derrama entre nuestros dedos como si fuese agua o arena. El amor es lo único por lo que merece la pena luchar. Mi padre lo sabía. Él quería a sus compañeros de banda. Vivía para ellos. Habría muerto por ellos si se lo hubiesen pedido, sin rechistar. Pero en lugar de eso, murió para salvarme a mí. —Un suspiro—. Por lo que supongo que se podría decir que, al fin y al cabo, también me quería.

Tam nunca había oído un silencio tan sepulcral. Oyó el rumor de los copos de nieve al caer mientras Rosa se apartaba de la pira y le hacía un gesto con la cabeza a Moog.

El mago se sacó una estatuilla de la manga: un pájaro tallado en una piedra negra y mate. Un soplido hizo que cobrara vida: una llama que relució en la palma abierta de Moog. Una exhalación lo envió flotando hacia la madera apilada debajo de la mesa de roble. El fuego se expandió con premura y devoró la madera empapada de whisky. Los tablones que había debajo de Gabriel se ennegrecieron al instante, se retorcieron como garras alrededor de los extremos de la mesa.

Mano Lenta le dio un codazo al mago.

—Cómo te gusta pavonearte.

Moog abrió la boca para responder, pero un aullido ahogó sus palabras. Eran un sonido y un estruendo inconfundibles que llegaron antes de que algo oscureciese el sol y sumiera el mundo en la oscuridad.

Los mercenarios alzaron la cabeza, desconcertados. Tam entrecerró los ojos para evitar una ráfaga de nieve y vio unas alas emplumadas que rasgaban las nubes. Oyó la palabra «dragón» en medio centenar de labios y supuso que era mejor que no conociesen el peligro al que se enfrentaban, para que la situación no terminara en caos.

Y en ese momento fue Roderick quien gritó:

—¡Joder! ¡Es el Comedragones! —al tiempo que ponía pies en polvorosa.

Y de repente estalló el caos. La multitud se desperdigó como un nido de ratones bajo la sombra de la criatura. Unos cuantos valientes desenvainaron las espadas. Y unos cuantos idiotas se descolgaron los arcos y dispararon flechas hacia los cielos. Tam oyó un siseo y vio cómo la bola de fuego de un mago se elevaba como si de un segundo sol se tratase. Explotó en las nubes como fuegos artificiales en primavera, vanamente bella.

«¡Esperad a que baje, imbéciles! Y mientras, rezad para que no lo haga», pensó Tam.

Rosa había empezado a correr a toda velocidad hacia el establo.

—¡Las cenizas de tu padre! —gritó Moog.

—Que se las lleve el viento —gritó ella por encima del hombro.

Cirrolibre corrió tras ella, y Brune y Cura les pisaban los talones. Tam fue detrás, y Branigan la encontró junto al establo. Su tío, con el pelo pegado a la frente, alzó la vista hacia el cielo.

—¿Existe de verdad? —preguntó—. ¿Eso de ahí arriba es el Simurg?

El miedo que vio en los ojos de la barda pareció ser respuesta

suficiente.

—Por los huevos del Señor del Estío.

Moog pasó a toda velocidad junto a ellos mientras se arremangaba la túnica hasta dejar al descubierto unas rodillas nudosas.

—¡Gregor! ¡Dane! —gritó a sus osos lechuza—. ¡Papá ha venido a buscaros!

Ginny entró al establo a toda prisa detrás de él, lo que dejó a su marido solo junto a la pira funeraria de Gabriel. Tam vio la silueta de Mano Lenta agitándose entre las llamas un instante más, antes de marcharse y desaparecer por la puerta trasera de su posada. Lo vio salir unos momentos después con un pedazo de madera retorcida que la barda tardó en darse cuenta de que se trataba de un escudo.

—*Corazón Tiznado* —susurró.

Bran, que estaba junto a ella, se sobresaltó.

—¿Qué?

Antes de que pudiese señalar, el carro que los había traído hasta allí desde el campo de batalla irrumpió de repente en el patio. Roderick se aferraba a las riendas mientras el vehículo rodeaba la posada. Consiguió que derrapase hasta detenerse en la nieve medio derretida que tenían delante.

—¡Subid!

—¿Adónde vamos? —preguntó Tam al tiempo que ayudaba a Bran a subirse atrás.

La yegua de Cirrolibre salió a toda velocidad del establo. Wren, con gesto sorprendentemente calmado, iba sentada delante del druin y agarraba con fuerza la crin blanca de Verdemar. Rosa salió detrás de ellos, con Rompecorazones al galope entre sus piernas como si lo hubiesen marcado como a una mula. La mercenaria tiró con fuerza de las riendas del semental y lo hizo virar hacia el sur.

—¡A Conthas! —gritó al tiempo que se perdía en la distancia.

45

La Ciudad Libre

La Ciudad Libre de Conthas era muchas cosas para mucha gente. Era un centro comercial para los buhoneros de monstruos y los mercaderes de pellejos, una base de operaciones para los cazadores que suministraban víctimas a las arenas de Grandual. Su proximidad a el Corazón de la Tierra Salvaje convertía dicha ciudad en una parada obligatoria para las bandas que eran lo bastante valientes como para aventurarse en el bosque, y un refugio para los que regresaban con vida de ese horrible lugar.

Como bien claro dejaba su nombre, la Ciudad Libre se mantenía al margen de todos los reinos. Pero una ciudad sin regente era una ciudad sin normas. Estaba gobernada por la anarquía en vez de por un rey. El caos mandaba en vez de los ministros. La rebeldía y el desconcierto acechaban en las calles como si de lobos se tratasen, dando caza al inocente y devorando a los débiles. Los criminales de los cinco reinos peregrinaban hasta Conthas como si fuese tierra santa, un refugio para la escoria malvada de todo el mundo.

La ciudad tenía un pasado glorioso a pesar de lo sórdido de su situación actual. Fue en ella donde, quinientos años atrás, la Comitiva de Reyes eliminó los restos de las Hordas que habían invadido el Dominio. A lo largo de los siglos, Conthas, (antes conocida como Contha y antes de eso como el Campamento de Contha) había resistido numerosos intentos de los reyes del este y de los han del sur de tomar la ciudad por la fuerza. Hasta las agresivas tribus de los centauros la evitaban. Habían decidido hacer incursiones en aldeas y pueblos que no estuvieran, dicho con sus propias palabras, «*Ict ish offendal putzr*», que podría traducirse más o menos como: «llenos de gilipollas de mierda».

La Ciudad Libre estaba rodeada por dos murallas (ambas en mal estado) y un foso que la circundaba (y que también hacía las veces de letrina comunitaria y lugar conveniente para tirar cadáveres), y en ella se alzaba una fortaleza tan inexpugnable que nadie tenía ni la más

remota idea de cómo entrar.

Rosa y Cirrolibre encabezaron la marcha hacia la ciudad. Roderick y Bran se turnaron para llevar las riendas del carro del buhonero de monstruos, mientras que Brune, Cura y Tam iban sentados, encorvados y mojados, en la rechinante parte de atrás. Clay Cooper y su familia cabalgaban detrás de ellos, seguidos por una caterva de refugiados agotados y unos pocos cientos de mercenarios que habían escapado con ellos después del funeral de Gabriel.

Entre ellos se encontraban lady Jain y las Flechas de Seda, y la barda también vio a Sam Roth el «Asesino», que usaba a *Colmillo* como muleta mientras cojeaba con su pesada armadura de placas. El guerrero había salido de la posada de Mano Lenta montado en uno de los caballos de Ginny hacía dos noches, pero o su pobre montura había muerto de agotamiento o había sido lo bastante inteligente para escapar mientras el gordo cabrón descabalgaba para orinar.

«Sea como fuere, ahora está en un lugar mejor», pensó Tam.

—Allí. —Cirrolibre señaló la ciudadela a su hija mientras se acercaban—. Ese es el lugar en el que vive tu abuelo.

La selfa miró con gesto confuso.

—Pero mami me dijo que ya estaba con el Señor del Estío. Dijo que ahora bebía vino todo el día sin meterse en problemas y que su pelo volvía a ser amarillo en lugar de gris.

—Tu otro abuelo —explicó Cirrolibre—. Te hablé de él ayer, ¿recuerdas? Es un druin. Como yo.

—¿También tiene orejas de conejito?

—Sí, las tiene. —El druin aceptó sin problemas la pregunta—. Pero están caídas porque es muy viejo.

Cura sonrió y fue incapaz de no soltar el comentario: —¿Sabes lo que también se cae cuando uno se hace viejo?

—¿El qué? —preguntó Wren.

—Sí, por favor —comentó Cirrolibre con tono sarcástico—. Dile a mi hija de cinco años qué es eso que también se cae cuando uno se hace viejo.

—Oh… pues… —Cura se arrugó ante la mirada del druin—. ¿Las flores?

—Pensaba que Contha estaba recluido —reflexionó Tam en voz alta—. ¿Por qué vive en medio de la ciudad?

—Vive debajo —le dijo Cirrolibre—. Lamneth está sellado. Soy el único que ha entrado y salido de allí en casi un milenio.

Tam miró la antigua ciudadela del druin, la sombra inhóspita que proyectaba a la luz del amanecer.

—Tu padre te envió a negociar con Brozaparda, ¿verdad? Seguro

que piensa que has muerto.

El druin le dirigió una sonrisa que le cruzó la cara como la hoja de una hoz.

—Me sorprendería que pensase eso. O que recordase haberme enviado siquiera. Mi padre nunca ha sido muy considerado con los demás, y nueve siglos de aislamiento no lo han ayudado nada en ese sentido. —Cirrolibre volvió a mirar la fortaleza que se alzaba en la colina. No parecía muy contento de volver a casa—. La soledad puede llegar a perturbar la mente.

Había dos ejércitos acampados en las afueras de Conthas. Al este destacaban las tiendas verdes y doradas del ejército agriano, dispuestas en hileras ordenadas que a Tam le recordaban a los viñedos que había visto en las colinas del oeste de Alto Remanso Al oeste y desperdigadas como las cenizas de un fuego extinguido a pisotones, se encontraban las yurtas de los clanes carteanos. Brune señaló el banderín agitado por el viento del Alto Han.

—¿El Han lucha con su ejército? —preguntó Tam.

—Los carteanos tienen más de muchedumbre a caballo que de ejército —respondió el chamán—, pero sí. Los hombres de las llanuras valoran la fuerza y la bravura por encima de todas las cosas. Si un han no se enfrenta a sus enemigos, terminará enfrentándose a sus amigos.

Tam se agitó en el asiento. Le dolían las nalgas después de haber pasado la noche rebotando con los baches que cogían a causa de la conducción negligente de Roderick. Había llegado a darle la impresión de que el sátiro los cogía adrede.

—¿Los han pueden ser mujeres? —preguntó.

Brune se sopló en las manos para calentárselas.

—Claro que sí. ¿Has oído hablar de Augera? —Tam negó con la cabeza—. La llamaban la Han Aullante. Fue una de las señoras de la guerra más temidas de todos los tiempos. Antes de morir, conquistó la parte meridional de Agria y la septentrional de Narmeer.

—¿Y cómo murió?

El chamán frunció el ceño.

—A causa de la imprudencia. De la avaricia. Lo de siempre. Se obsesionó con la capital narmeerí y tuvo la brillante idea de marchar directamente a través de las Llanuras de Cristal. Se llevó a treinta mil jinetes y… desapareció sin más. Hoy en día, los carteanos siguen llamando Augera al viento del este, y dicen que trae consigo los gritos de los treinta mil guerreros de la Han Aullante, que se volvieron locos por la sed.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Tam.

Brune se encogió de hombros.

—Los carteanos borrachos cuentan muchas historias —respondió.

Llegaron a la puerta exterior oriental de la ciudad, que se llamaba la Puerta de la Corte y estaba a rebosar de refugiados que ansiaban la seguridad de las murallas y de mercenarios ansiosos por saciar la sed en las tabernas de mala muerte de la ciudad. Rosa usó a Rompecorazones como si de una porra se tratase, se sirvió de la cabeza del semental para abrir paso a través de la multitud hacinada entre carromatos aparcados y carretas sobrecargadas. Unos hombres de aspecto hosco, con tabardos de un rojo terroso sobre una cota de malla oxidada, estaban apostados a ambos lados de la entrada y cobraban un peaje en nombre de alguien llamado Tabano.

—Seguro que es algún jefe de la Zanja que se las da de listo —gruñó Cura—. Malditas ratas comemierda —añadió por si no había quedado claro lo que pensaba de los que extorsionaban a las personas desesperadas que no tenían alternativas.

Uno de los matones de Tabano sonrió al ver a Cirrolibre mientras se acercaban.

—Los conejos pagan más, amigo. Una corona en tu caso. Y dos cobres por… —Hizo una pausa para contemplar el rostro de Wren bajo de la capucha—. ¿Qué tenemos aquí?

—¡Una pequeña mestiza! —dijo uno de sus compañeros acercándose con paso tranquilo—. Y una niña, nada menos. —Sacó una marcorona del monedero que llevaba a la cintura y se la ofreció al druin—. ¿Sabes qué? Te cambio a la pequeña por esto. Nos aseguraremos de que tenga un buen techo bajo el que cobijarse.

Rosa se bajó del lomo del semental y extendió una mano.

—Tu yelmo.

El matón la miró con gesto cauteloso.

—¿Eh?

—Dame tu yelmo —exigió—. Ahora mismo.

Al parecer estaba demasiado asustado o era demasiado imbécil para negarse, por lo que se quitó sin prisa alguna la batea abollada que hacía las veces de yelmo y se la dio. Al hacerlo, su rostro lleno de marcas se iluminó al reconocer a la mercenaria.

—Oye, ¿tú no eres Rosa la…?

El yelmo se estrelló contra la mandíbula del matón. Los ojos se le dieron la vuelta en las cuencas y luego se balanceó como un árbol que no sabía muy bien hacia qué lado caer. Rosa lo empujó para luego dirigirse hacia el amigo de la puerta, a quien agarró por el tabardo con un puño y empujó contra la muralla de piedra.

—Vas a coger el monedero de ese tipo, y también el tuyo, y le vas a dar una corona a todo hombre, mujer y niño desarmado que cruce

esta puerta hasta que te quedes sin dinero. Después vas a ir hasta donde esté el mierda de tu jefe… ¿Se llamaba Tabo?

—T-Tabano —tartamudeó el hombre—. El barón de Ollasalobre.

—Pues dile que ha llegado a la ciudad Rosa la Sanguinaria, y que la Reina del Invierno viene de camino. Dile que la Horda de la Bruma también se acerca, y que todos los que estén a sus órdenes, todo ladrón, matón y asesino de tres al cuarto, venga a ayudar a esta muralla cuando lleguen, porque como se hagan con esta ciudad se quedará sin nadie al que robar, maltratar o asesinar, ya que todo el mundo acabará muerto. ¿Lo pillas? —La papada del hombre se agitó mientras asentía—. Márchate.

Se alejó a la carrera. Rosa continuó a pie y guio a Rompecorazones con las riendas a través de la parte exterior de la ciudad. Siguieron un camino embarrado en el que había muchos ladrillos de piedra, y a Tam le dio la impresión de que alguien había tenido la intención de adoquinarlo pero se había arrepentido a mitad del proceso. A su alrededor había establos, herrerías, curtidurías apestosas y molinos rechinantes. Conthas le recordaba a un moretón, un anillo de tierra inservible que se oscurecía más a medida que se acercaban al centro.

Pasaron junto al Mercado de Monstruos de la ciudad, una colección de animales tan vasta y variada que la de Ardburgo parecía una tienda de mascotas en comparación. Unas hileras de jaulas apiladas formaban un laberinto en mitad de la plaza abarrotada, con ocupantes iracundos, otros que caminaban de un lado a otro por el interior y otros sentados en los oscuros rincones de sus prisiones.

Tam vio garras y picos, alas y cuernos, escamas relucientes y pelajes manchados de sangre. Unos tentáculos verdes y húmedos se enroscaban alrededor de los barrotes de una jaula, y los que pasaban junto a ella se apartaban con cautela. Un círculo de enormes carros circundaba la plaza, con ventanas de barrotes de metal a través de las que se atisbaban horrores del Corazón de la Tierra Salvaje que estaban destinados a las arenas de Grandual. Tam supuso que muchos de ellos habrían sido capturados después de la batalla del norte. Y seguro que las criaturas pensaban que estar en cautividad era un destino mucho peor que la muerte.

Pero la barda sabía que había destinos incluso peores que esos.

Pasaron junto a un cubil de centauros delgaduchos, tan hacinados que casi ni podían moverse, con las manos y las pezuñas atrapadas en pesados grilletes. Tam miró hacia un pozo acordonado lleno de trasgos que aullaban como miles de gatos salvajes que se pelean por las sobras de un bocadillo de sardinas. Una jauría de perros que no dejaban de ladrar y varios cazadores que portaban lanzas con púas empujaban

hacia una empalizada a un fomoriano patizambo, con el rostro tan asquerosamente deformado que hasta su madre se habría echado atrás al verlo. A poca distancia, alguien había obligado a una pareja de goriliats a pegarse entre ellos para entretener a una multitud que no dejaba de abuchear. La plaza al completo olía a heno sucio, orina estancada y negligencias crueles. El ruido, que era una continua cacofonía de graznidos, rugidos, siseos y gruñidos, hizo que Tam se removiese inquieta en el asiento.

El mercado de Ardburgo era un lugar que la fascinaba. En aquella época los monstruos le resultaban exóticos, intrínsecamente peligrosos, y le daba la impresión de que las celdas estrechas y los rediles sucios en los que se encontraban eran el lugar en el que debían estar. Pero ahora Tam los veía como víctimas, criaturas que habían tenido la mala suerte de nacer con escamas en lugar de piel, con garras en lugar de dedos o (en el caso de una araña gigante amarrada con cuerdas) con ocho ojos saltones y mandíbulas venenosas en lugar de un rostro socialmente aceptado.

La barda vio una gnoll de melena roja encadenada por el cuello a un poste. La criatura, que tenía cabeza de hiena, acariciaba a una camada de cachorros moteados y contemplaba el horizonte con la mirada perdida. Tam supuso que eran sus hijos, y que se los arrebatarían cuando estuviesen destetados para luego volver a emparejarla con uno de su especie, un espécimen elegido por su tamaño y su ferocidad. La progenie sería criada en cautividad debajo de alguna arena de combate lejana, donde unos arrieros despiadados los golpearían y les darían latigazos hasta que se convirtiesen en los monstruos salvajes que la humanidad necesitaba que fuesen.

Tam se dio cuenta de que había empezado a fruncir el ceño al pensar en los miles de criaturas desesperadas que se habían unido a la causa de Bronturo. El objetivo que tenían no era destruir a la humanidad, sino sobrevivir a ella.

Unos matones de otro tipo se agolpaban como cuervos alrededor de la siguiente puerta: sacerdotes de piel pálida con las cabezas rapadas y vestidos con túnicas blancas y sucias. Tam estuvo a punto de caerse del asiento cuando el líder se volvió hacia ella. Tenía la boca cosida y entreabierta, surcada por una rejilla de *piercings* de hueso que le estiraban los labios para conformar una sonrisa lunática y espantosa.

—¡La Madre Escarcha ha regresado! —dijo—. Que se apaguen los fuegos y se consuman las velas. ¡Que no quede nada más que humo y ceniza a su paso!

—Humo y ceniza —gruñó una mujer a su lado.

—¡Que le den a tu humo y a tu ceniza! —gritó Cura, y los ojos vacíos del hombre se giraron en su dirección.

—¡Regocijaos! —aulló entre aquellos labios tensos a causa de la cárcel de hueso—. Nuestra reina se acerca.

—Llegará pronto —graznó la mujer. Alzó la vista y extendió los brazos para rozar los copos de nieve con unas manos esqueléticas—. Siento su roce. Lo notó en mis labios.

Tam se alegró cuando los sacerdotes quedaron demasiado lejos para oírlos.

—Contemplad —anunció Roderick desde el asiento del conductor —. Conthas en todo su esplendor. La única ciudad libre que hay a este lado de la Tierra Salvaje.

—¿Y Puertolibre? —preguntó Tam.

El agente frunció el ceño.

—Tú cierra la boca y contempla, ¿vale? Eso de ahí es la franja, aunque la mayoría de la gente lo llama la Zanja. —Señaló una avenida amplia que se abría frente a ellos—. Un poco de carretera, un poco de río…, en realidad depende del tiempo que haga. No pises los charcos —advirtió—. De hecho, aléjate del agua en general mientras estemos en la ciudad. La cerveza está bien. El vino es bueno. El ron es lo mejor.

—El café es una mierda —murmuró Cura.

Tam olió el hedor que manaba del supuesto camino y se preguntó si el comentario de la Bruja de Tinta no habría sido literal.

Después oyó que alguien gritaba detrás de ellos. Miró atrás a tiempo para ver cómo Clay Cooper hundía al sacerdote de labios cosidos en un charco de aguas marrones y amarillas.

Moog rio. Ginny frunció el ceño. Mano Lenta se encogió de hombros y espoleó su montura.

Rosa se detuvo y se giró hacia ellos.

—No hemos venido a beber —dijo. Rompecorazones hundió una pezuña en el barro y agitó su reluciente cola roja—. Brune, quiero que peines las arenas de combate. Intenta convencer a los más útiles de que más les vale que se unan a nosotros. —Tiró un saco tintineante al chamán—. Sobórnalos si es necesario.

—Será necesario —le aseguró—. Un momento. ¿Unirse a nosotros? ¿Eso significa que vamos a hacerlo de verdad? ¿Vamos a enfrentarnos a la Madre Escarcha? Yo me apunto, claro. Pero… pensaba que habías dicho que el Comedragones era nuestro último bolo.

—Eso fue antes de que Astra nos usase para hacer el trabajo sucio —le dijo Rosa—. Antes de que… lo convirtiese en algo personal.

Brune asintió, miró a Cirrolibre y luego otra vez a la mercenaria.

—Me parece bien.

Rosa le dijo a Cura:

—¿Recuerdas dónde está Pozo Hundido?

La Bruja de Tinta sonrió.

—¿Recuerda una borracha el camino al bar?

—Búscame alquimistas, argaviesos, invocadores… A todos los que puedas. Promételes reactivos suficientes para toda una vida, pero si no lo consigues así…

—¿Les doy una buena tunda hasta que acepten? —preguntó Cura.

—Eso mismo. Tío Moog…

—¡No digas más! —El mago se situó al lado de Cura—. Yo acompañaré a la joven a Pozo Hundido Tengo algunos viejos amigos que se esconden allí. Y supongo que también algún que otro enemigo. Pero iremos con los chicos para desalentar la violencia. —Hizo un gesto hacia los enormes osos lechuza que se revolvían detrás de él. Los transeúntes se cuidaban de evitar a Gregor y Dane mientras los contemplaban con los ojos abiertos como platos.

Rosa miró a Clay mientras el anciano mercenario desmontaba y estiraba la espalda.

—¿Puedes convencer a los agrianos y a los carteanos de que se queden?

Mano Lenta dirigió una mirada suplicante a su esposa.

—¿Puedo?

La expresión de Ginny se tornó adusta. Movió la mandíbula como si masticase piedras, pero terminó por asentir.

Clay se encogió de hombros.

—Lo intentaré. Pero Gabe era quien solía hablar.

—Lo sé —dijo Rosa—. Gracias.

Tam no estuvo segura de si los agradecimientos iban dirigidos a Mano Lenta por intentarlo o a su mujer por permitírselo.

Branigan charlaba amigablemente con lady Jain, y ahora los dos se habían quedado mirando a Rosa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó su tío.

Rosa miró a las Flechas de Seda y sus llamativos ropajes y reflexionó al respecto.

—No sé cuánto tiempo tardará Astra en resucitar a toda la Horda y llegar hasta aquí, pero creo que es seguro afirmar que serán unos pocos días. No podemos permitir que ponga a nuestros muertos de su parte. Los cementerios, los mausoleos familiares, las fosas comunes… hay que excavarlos todos y quemar los cuerpos.

—Genial —dijo Bran con un tono poco entusiasmado—. Va a ser divertido.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras nosotros excavamos tumbas? —preguntó Jain.

—Cirrolibre y yo vamos a llevar a Wren a un lugar seguro.

—¿A la casa del abuelo? —preguntó la niña. Rosa asintió y la selfa tiró de la capa de su padre—. ¿Puede venir Tam con nosotros? Por favor, papi.

—Claro —dijo el druin—. Si ella quiere.

El rostro de Wren se iluminó.

—¡Claro que quiere! ¿Verdad, Tam?

La barda miró con ojos entrecerrados las ruinas de la fortaleza de Contha, que se recortaban oscuras contra el resplandor del sol poniente.

—Me encantaría.

46

El bosque de las cosas rotas

Esperaron hasta el anochecer para acercarse a la fortaleza. La nieve empezó a escasear a medida que ascendían por ella y dio paso a piedra desnuda y a una hierba amarilla y dispersa. Tam tuvo que apoyar la mano en el suelo para no caerse en una ocasión, cuando resbaló en una zona de esquisto.

—Está caliente —dijo sorprendida al tocar la piedra con los dedos.

—Pronto se enfriará —comentó Cirrolibre. Llevaba a Wren en brazos. La selfa se había dormido y babeaba en el hombro de su padre —. La Aguja atrapa la luz del sol durante el día, la refracta a través de una serie de lentes y la concentra en un haz lo bastante caliente como para fundir el duramantio.

—¿En serio? —preguntó Tam—. Así es como…

—Menos hablar y más caminar —dijo Rosa, que avanzaba detrás de ellos y los azuzaba como el látigo de un arriero.

—Ya verás a qué me refiero —murmuró Cirrolibre.

Continuaron el resto del camino en silencio, a excepción del roce de las botas contra la piedra y los jadeos de Tam cuando estaban cerca de la cima. La barda usaba *Duquesa* como muleta y apoyaba todo su peso en el arco sin cuerda de madera cenicienta. Ni Cirrolibre ni Rosa (que iban cargados con una niña durmiendo y una armadura de placas respectivamente) dieron señal alguna de estar cansados por la escalada.

—Por aquí.

El druin los guio a través de un círculo de arcos derruidos que rodeaba la base de la ciudadela, y luego por una escalera destrozada que descendía a una oscuridad tan densa que Tam ni se veía la mano cuando la agitaba frente a sus ojos.

La barda oyó que alguien rebuscaba en los bolsillos y luego un suave soplido, momento en el que una luz tenue iluminó los rasgos firmes del rostro de Rosa. Tenía en las manos una caracola rosada y espinosa de la que surgía la luz, y que brilló con más intensidad

cuando la sopló por segunda vez.

La barda rio.

—No te hacía coleccionista de caracolas.

Rosa examinó el artefacto que tenía en las manos.

—Antes lo era. El tío Moog me regaló esta cuando yo tenía más o menos la edad de Wren. Me dijo que la había encontrado en una playa cerca de Askatar, y me aseguró que dentro de ella vivía un espíritu del fuego.

La barda olisqueó.

—¿Y cómo funciona en realidad?

—Cuando se trata de la magia de Moog, te aseguro que es mejor no preguntar —replicó Rosa.

Continuaron descendiendo mientras sus pasos levantaban eco y seguían al druin por un pasadizo algo inclinado. En el interior de la ciudadela no había muebles estropeados por el paso del tiempo ni tapices desteñidos que decoraran las paredes. Ni siquiera había habitaciones, solo un pasillo largo y curvado que parecía interminable. La luz de la caracola de Rosa iluminaba la piedra negra, tanto sobre ellos como debajo. El aire se calentó un poco, y a Tam no tardó en empezar a pegársele la camisa a la parte baja de la espalda.

—Hemos llegado —dijo Cirrolibre al fin—. Cuidado por dónde pisáis.

El pasillo desembocó en un vacío oscuro y profundo. Un haz de luz flotaba como un hilillo de plata en la oscuridad. Tam vio una nube de murciélagos recortados contra ese haz, bailando como motas de polvo en su estrechez.

La barda miró al druin.

—¿No los quema?

—Es luz de las estrellas —respondió él—. Durante el día los reduciría a cenizas en un instante. Este lugar se calienta como un horno.

Rosa se acercó y se atrevió a llegar hasta el borde del vacío.

—¿Y cómo bajamos?

El druin sacó la moneda de piedra lunar con la que siempre jugueteaba. Se acercó a la pared y la metió en una pequeña ranura, después la presionó con un dedo y la giró en sentido antihorario. El espacio a la izquierda de Tam relució como aceite de farol derramado. Cuando se giró para mirar, el vacío y el hilillo plateado habían desaparecido, reemplazados por un enorme salón.

Lo que al principio creía que eran columnas resultaron ser enormes gólems de metal que parecían figuras ataviadas con una armadura de placas que sostenían entre las manos el pomo de un martillo de guerra

cuya cabeza apuntaba hacia el suelo. Los ojos de las estatuas eran espirales verdes y opacas que destacaban entre las sombras de los yelmos esculpidos. Al fondo de la estancia había un trono que más bien parecía un cuenco para las propinas, iluminado desde atrás por el haz de luz de las estrellas.

—Hum.

Cirrolibre volvió a girar la moneda, esta vez en sentido horario. La sala del trono se onduló como una superficie de agua golpeada por una piedra y se convirtió en una especie de fundición. En esta ocasión, el haz de luz caía justo frente a ellos, sobre un cuenco gigante de piedra negra y facetada que estaba rodeado por seis puestos de moldeado, cada uno atendido por constructos que se movían con la lenta eficiencia de un molino o una rueda hidráulica, máquinas diseñadas para un propósito simple pero singular.

—¿En serio? —dijo Rosa con tono incrédulo—. ¿Tu padre tiene un Umbral para él solo?

El druin hizo un gesto que no se podía definir como una sonrisa ni como lo contrario.

—¿Quién te crees que los inventó? —dijo antes de retirar la moneda y dar un paso al frente para atravesar el portal.

Rosa lo siguió, y Tam cerró la comitiva. Intentó no pensar en el hecho de que, de no ser por algún truco de hechicería druin, ahora mismo estaría dando un paso hacia un vacío oscuro en el que tendría todo el tiempo del mundo para gritar de pánico antes de caer al suelo. Estaba tan centrada en no pensar en nada que no vio el centinela que había a su lado hasta que Cirrolibre habló con él.

—¡Orbison! ¿Qué tal?

El gólem era alto y nervudo, y parecía estar hecho de cobre o algo parecido. Unas cañerías se retorcían alrededor de sus extremidades y desembocaban en un único tubo que le recorría el pecho hasta llegarle a la barbilla, lo que le daba un aspecto rígido, como de persona culta. A Tam la cabeza de la criatura le recordó a una tetera, ya que por la parte frontal sobresalía un pequeño tubo que podía llegar a confundirse con un cuerno. La celosía de cuadrados que hacía las veces de ojos latió de un verde reluciente al ver a Cirrolibre, pero en lugar de boca tenía una mancha de acero oxidado tachonada de tornillos. En vez de hablar, se limitó a saludar con la mano.

—Orbison, ¿qué te ha pasado? Tu boca… —Las orejas del druin se plegaron—. ¿Te lo ha hecho mi padre?

Como era de esperar, el constructo no dijo nada, pero del tubo que tenía en la frente salieron volutas de vapor y también un ligero silbido. Los ojos volvieron a iluminársele y señaló con una mano de

dedos alargados a la selfa que dormía en los brazos de Cirrolibre.

—Esta es mi hija. Nuestra hija —dijo, después de que la presciencia sin duda le advirtiese de que Rosa estaba a punto de corregir sus palabras—. Se llama Wren.

La niña se agitó al oír su nombre. Parpadeó hasta abrir los ojos del todo.

—¿Estoy soñando? —murmuró.

Volvió a salir humo del tubo de Orbison mientras la miraba, así como un silbido mucho más suave que el primero.

—Wren, este es Orbison. Era amigo mío cuando yo era pequeño. Ahora también será amigo tuyo.

—Hola, Orbison —dijo la niña, algo aturdida aún. Cerró los ojos, se humedeció los labios varias veces y luego volvió a quedarse dormida en el hombro de su padre.

Cirrolibre presentó en voz baja a Rosa y a Tam. El gólem soltó un silbido animoso a Tam, mientras que el que reservó para Rosa sonó sin duda libidinoso.

—Vale, vale —rio el druin—. Tranquilo, compañero. —Volvió a mirar la boca mutilada del gólem y la sonrisa desapareció de su rostro —. ¿Mi padre está en su taller?

Orbison asintió y señaló hacia un pasillo que tenía detrás.

—Llévanos con él, por favor.

—Mi padre se quedó muy abatido durante años después de la caída del Dominio —dijo Cirrolibre mientras seguían al constructo hacia el interior de Lamneth. Orbison se había abierto una escotilla en el pecho para iluminar el camino frente a ellos con una luz verde y fantasmagórica—. Lo habían obligado a participar en una guerra en la que no creía, había sido traicionado por sus aliados y obligado a mirar cómo convertían en gravilla a su valioso ejército.

—¿Quién lo traicionó? —preguntó Tam.

—¿Según él? Todo el mundo. Los exarcas se atacaron entre ellos e intentaron reclamar para sí la mayor tajada. Mi padre solo deseaba el orden. Quería restaurar el Dominio y que Vespian recuperase el poder.

—¿No le importaba que el arconte estuviese matando a los suyos para resucitar a su esposa? —preguntó Rosa.

—Lo único que le importa son sus máquinas. —La barda detectó un atisbo de resentimiento en la voz de Cirrolibre—. Los constructos, los Umbrales, los motores de marea…

—¿Contha también fabricó los motores de marea?

—Así es —confirmó el druin—. Sea como fuere, cuando estalló la guerra, mi padre intentó hacer las veces de mediador y que los exarcas se diesen cuenta de lo absurdo que era luchar entre ellos, pero la

diplomacia no funcionó y se vio obligado a llevar sus gólems al campo de batalla.

—¿Y qué tal les fue? —preguntó Tam.

—Pues muy bien al principio. Consiguió derrotar a la Horda de Arioch y guio a las legiones de Coramant al Corazón de la Tierra Salvaje. Los exarcas del sur terminaron por pedir audiencia con él para firmar la paz sobre lo que quedaba de Kaladar.

—Y fue una trampa, claro —dijo Rosa.

—Obvio —convino Cirrolibre—. Pero mi padre quedó preso de la soberbia a pesar de ser inteligente. Creía que su ejército era indestructible y es posible que, aunque nunca llegue a admitirlo, tuviese en mente llegar a convertirse en arconte. Sea como fuere, lo emboscaron y destruyeron su ejército. Regresó a Lamneth y se encerró en el interior, para luego languidecer en la oscuridad durante casi dos siglos mientras el Dominio ardía y las Hordas se abrían paso por todo Grandual. No construyó nada. No hizo nada excepto maldecir a los que habían conducido al imperio a la ruina. Yo crecí solo, acompañado únicamente por sus constructos.

Se oyó un silbido sobre sus cabezas.

—Y por Orbison, claro está —puntualizó—. Un día, un ave, que creo que era un pinzón, consiguió entrar en la ciudadela. Mi padre, por la razón que fuese, se quedó fascinado con ella y empezó a trabajar para crear un simulacro.

Tam se sopló un mechón de pelo de los ojos.

—¿Un simuqué?

—Una réplica —explicó Cirrolibre—. Un pequeño pájaro de metal. Pero no podía volar, por lo que mi padre mató al pinzón. Lo diseccionó para ver cómo funcionaba y luego construyó uno que sí volaba.

La barda hizo una mueca.

—Qué sádico.

—Sí que lo fue. —El druin suspiró—. Empezó a solicitar que le trajesen especímenes. Zorros, serpientes, insectos…, cualquier cosa que pudiera diseccionar y replicar. Hasta me hizo cazar monstruos. Y luego, un día…

Cirrolibre se quedó en silencio.

Rosa frunció el ceño a la luz de su caracola mágica y miró al druin.

—¿Un día…?

—Me pidió que le llevase a un humano.

Rosa dejó de caminar. Su ceño se frunció todavía más.

—Dime que te negaste.

—Me negué —le aseguró. La hija de ambos se frotó un ojo y

murmuró algo en sueños—. Claro que me negué.

—¿Y quieres dejar a nuestra hija con él? Creía que…

—Aquí estará a salvo. Más segura que con nosotros. También podríamos quedarnos con ella en este lugar. —Tam sabía que Cirrolibre estaba tanteando la situación, que esperaba encontrar una debilidad en la recién descubierta determinación de Rosa por defender la ciudad contra la Horda de Astra. Al ver que la mercenaria no se dignaba a responder, continuó—: Wren no tiene nada que temer de mi padre, te lo prometo. No es un monstruo.

Rosa sopesó las palabras como un perro rabioso al que le hubiesen tirado una chuleta de cerdo para hacer las paces.

—En el mundo hay cosas peores que los monstruos —dijo al tiempo que se volvía y seguía caminando detrás del guía.

Doblaron una esquina, descendieron por una escalera de caracol y atravesaron un puente que estaba rodeado por ambos lados de unas cataratas tan perfectas que parecían hechas de cristal. Orbison trazó un arco con un dedo mientras cruzaban, silbando en voz baja para sí. No tardaron mucho en llegar a un par de puertas entreabiertas. El constructo tocó en una de ellas dos veces y luego esperó.

Esperaron tanto tiempo que Tam estaba a punto de sugerir al gólem que volviese a tocar, pero en ese momento una voz atiplada gritó desde el interior:

—Entrad.

La estancia que había al otro lado era enorme, para sorpresa de nadie. Al igual que el resto de Lamneth, parecía estar diseñada para acomodar la estatura de los enormes constructos de Contha. Estaba oscura, a excepción de los miles de runas relucientes que brillaban en la oscuridad como si fuesen caracteres en un libro invisible. Gracias a esa luz, Tam distinguió que el techo que tenían encima estaba lleno de enredaderas retorcidas. Las raíces se clavaban como dedos a través de las fisuras de la pared, que eran de roca moteada de gris en lugar del negro vidriado de la piedra en la que se había excavado el resto de la ciudadela. El suelo que pisaban sus botas estaba cubierto por una maraña de ramas ensortijadas, apiladas por aquí y por allá en salientes rocosos cubiertos de plantas. Unas columnas blancas y torcidas sobresalían de la espesura de debajo, como extremidades serpenteantes que se estrangulaban las unas a las otras y formaban arcos de los que colgaban plantas trepadoras de tonos rojo escarlata.

—Caddabra. —La voz de Cirrolibre sonó ahogada a causa de la reverencia, del miedo o de algo a caballo entre ambos sentimientos—. El Bosque al Revés.

Tam parpadeó en la penumbra.

—¿Caddabra?

—Su centro se encuentra en algún lugar al oeste, pero cada año crece y extiende sus raíces a través de los lugares más oscuros del mundo.

—Pensé que Caddabra era…

—¿Un cuento de hadas? —La voz del druin sonó irónica—. Como el Comedragones, ¿no?

—Pues… sí.

Las orejas de Cirrolibre se giraron hacia un lado.

—Son pocos los que han conseguido entrar al bosque y menos lo que han encontrado la manera de salir.

—¿Has venido a contar historias infantiles o qué? —resonó una voz de algún lugar frente a ellos—. ¿O quizá para confesar por qué llevas desaparecido casi una década para hacer un viaje para el que solo necesitabas unos meses? Orbison, acércalos… O te arrancaré los brazos y la próxima vez tendrás que tocar a la puerta con la cabeza.

El gólem emitió un silbido taciturno y se abrió pasó a través de unos árboles derrumbados. Mientras avanzaban detrás de él, las runas que se distinguían en la oscuridad empezaron a moverse, a apartarse del camino o a flotar en la penumbra como si fuesen luciérnagas. Tam soltó un grito ahogado, pero Rosa le dio voz a su sorpresa antes de que la barda fuese capaz de articular palabra.

—Ojos —dijo—. Cirro, ¿qué son esas cosas?

—Constructos —susurró el druin—. Las réplicas de los especímenes que solía traerle.

Los ojos de Tam empezaban a adaptarse a la oscuridad. Vio lo que parecía un mapache de metal que correteaba por una rama, cerca de sus pies. Tenía el cuello torcido, y se apreciaba una costura de luz verde allí donde la cabeza no llegaba a encajar bien en el cuerpo. Un par de ardillas se apartaron de un brinco. Se dio cuenta de que una de ellas tenía una cola en espiral y flotaba un poco a cada salto. A lo lejos vio un oso con placas de metal tumbado en el suelo, incapaz de levantarse. Sus patas eran muñones retorcidos que parecían haber quedado aplastados por su cuerpo. Una luz de tonalidad esmeralda surgía de su boca abierta, pero no emitía sonido alguno ya que su creador no le había proporcionado los medios para hacerlo.

Vio muchos animales más que acechaban en el bosque invertido de Caddabra: un ciervo con colmillos, una serpiente que culebreaba en círculos. Todas las criaturas tenían algo raro, algunas más que otras. Muchas eran híbridos, partes de un animal unidas a partes de otro. Ninguna era tal y como debía ser.

«Son sus experimentos —comprendió Tam—. Réplicas chapuceras

de lo primero que su creador tenía a mano».

Se preguntó dónde estaban los que había conseguido perfeccionar, o si había llegado a perfeccionar alguno siquiera.

Luego vio una tortuga cuyo cuello era tan largo como su pierna, y un gato montés de cola corta con dos cabezas. También aves que revoloteaban entre las hojas. Tam reparó en un tordo de vientre rosado con alas transparentes parecidas a las de una libélula, y también en un trío de cuervos que colgaban de una rama y que tenían colas plateadas y segmentadas.

Sobre un arco se encontraba un búho de rostro redondo con ojos en forma de espiral que los siguió al pasar. Tam lo reconoció de inmediato. Lo había visto antes en dos ocasiones: una en el bosque Argénteo y otra la noche que había ido a tirar piedras a la ventana de la hija del granjero.

¿Los había espiado Contha? ¿Había vigilado a su hijo en secreto todo este tiempo?

No pudo llegar a comentarle esas preocupaciones a Cirrolibre, ya que en ese momento llegaron a un círculo de rocas formado por losas monolíticas que emitían una luz tenue y perlada. Había pedazos de metal por todas partes, así como guijarros de un mineral violeta que Tam fue incapaz de reconocer.

Arrodillado en el interior del círculo de piedras se encontraba lo que en el pasado había sido un druin pero ahora era algo diferente, algo tan alejado de lo normativo como las criaturas deformadas que acechaban en el bosque que los rodeaba. Tenía el rostro demacrado y estrecho, y los ojos negros, como agujeros con forma de luna recortados en el tejido de la noche. Un pelaje de un rosado pálido cubría unas orejas marchitas como margaritas arrancadas, y tenía el cabello casi translúcido y tan largo que le cubría las rodillas. Llevaba una ceñida armadura hecha de escamas superpuestas, y en cada una de ellas brillaba con suavidad una runa. Sus extremidades eran largas y huesudas, casi invisibles debajo de los innumerables brazaletes de duramantio grabados que llevaba en cada una de ellas. Los que llevaba en el cuello rechinaron con suavidad cuando alzó la cabeza.

—Hijo —dijo Contha, el último exarca del Antiguo Dominio que quedaba con vida—. Bienvenido a casa.

47

Cuatro palabras

—Orbison, té.

El anciano druin hizo un gesto distraído, y una de las enrevesadas runas de sus brazaletes latió en un verde reluciente. El constructo se movió para obedecer, y sus pasos retumbaron por el camino que tenían detrás.

«Controla a los gólems con esos brazaletes» —pensó Tam, y supuso que el resto de runas de su armadura servían para lo mismo—. «¿Cuántos podrá controlar al mismo tiempo? ¿Cientos, quizá? O miles, si legiones enteras pudieran ligarse a una sola de esas runas…».

—Esos guanteletes —dijo Contha admirando la armadura de Rosa —. Están enlazados con las espadas, ¿verdad? ¿Dónde los consiguió?

—Los robé —explicó la mercenaria, a pesar de que el druin había dirigido la pregunta a Cirrolibre.

—¿Los reconoces, padre?

Contha negó con la cabeza un poco, ya que sus orejas estaban demasiado caídas para expresarse con ellas.

—No. Son armas muy simples. Poco inspiradas y nada merecedoras de mi tiempo. Yo prefiero matar de maneras… —señaló al constructo con el que trabajaba en ese momento— más creativas cuando puedo hacerlo.

El proyecto actual del exarca se encontraba tumbado bocarriba frente a él. Tenía el caparazón cóncavo de un galápago, pero contaba con seis patas largas articuladas como las de una araña. Se agitaban de manera espasmódica mientras el druin revolvía sus entrañas. Contha llevaba un par de guanteletes, ceñidos a la altura de la muñeca por un anillo giratorio que guardaba cierto parecido con un motor de marea. Rotaban mientras él seguía a lo suyo y unas lanzas de fuego azul relucían en las puntas de sus dedos. El cuerpo de metal de la criatura arácnida se retorcía cada vez que lo tocaba.

«Le está dando forma —pensó Tam, maravillada—. Trabaja el metal como si fuese arcilla, con las manos desnudas».

Si el exarca legase sus conocimientos, si regresara al mundo de la superficie y compartiera el secreto de una innovación así con toda la humanidad, ¿quién sabe las maravillas que podrían llegar a crearse?

«O los horrores», pensó Tam al instante cuando un chacal metálico de tres patas pasó cojeando junto a ella. Sus ojillos maliciosos tenían forma de punta de flecha y estaban fijos en la niña que llevaba Cirrolibre en brazos. La criatura emitió un gruñido estentóreo que distrajo a Contha de lo que estaba haciendo. Una runa con la misma forma que sus ojos relució en uno de sus brazaletes, y el chacal se escabulló.

—Aquí lo tenemos.

El exarca le dio la vuelta a su creación. Un sello destacaba en cada una de las facetas de su caparazón: un círculo cruzado por una única línea. El druin activó una parte de su armadura que se encontraba sobre el enjuto bíceps y que tenía un símbolo idéntico, y el constructo con forma de escarabajo se puso de pie sobre las patas. Se giró en un lento semicírculo y luego repitió el movimiento hacia el otro lado. Contha gruñó. Entrecerró los ojos y la runa de su brazo volvió a titilar. La araña con forma de tortuga dio cuatro pasos vivarachos hacia un lado y luego se derrumbó.

—¡Por las Frondas Oscuras de Nibenay! —gritó Contha—. Me he equivocado con algo. He calculado mal. Debería correr como una araña y saltar como una araña. No lo entiendo.

Sus muñequeras empezaron a girar y volvieron a iluminársele los dedos.

—Necesita más patas —indicó Tam.

—¡Tiene suficientes! —aulló Contha.

—Puede ser, pero no lo son si se supone que tiene que moverse como una araña. Las arañas tienen ocho patas.

—¿Qué? —El exarca apartó la mirada del constructo volcado—. ¿Eso es cierto?

Tam abrió la boca para responder, pero de repente ya no estaba tan segura.

—Pues…

—Es cierto —aseguró Cirrolibre.

—¡*Kaksara*! —Contha maldijo en druínico en esta ocasión—. ¿Ves, chico? ¡Por eso te necesito aquí! ¡Para recoger especímenes! Para que me traigas arañas de verdad, y así no desperdiciaría el tiempo con este… —Le cortó una pata a la criatura con un gesto de la mano—. ¡Este desafortunado fracaso!

—No me puedo quedar, padre. —Cirrolibre extendió el brazo para coger la mano de Rosa—. Ahora estoy en una banda. Tengo una

familia.

Contha miró las manos de la pareja con la curiosidad mórbida de alguien que espía el interior de un baño.

—¿Una familia? Hijo, no puedes…

Un alegre silbido anunció el regreso de Orbison. El gólem llevaba una bandeja con cuatro tazas de cristal inmaculado, todas con unas hojas rojas en el fondo, así como una tetera totalmente esférica que, de alguna manera, no había rodado hasta caer al suelo.

El constructo también traía comida: champiñones rellenos de una mermelada de color morado que sabía a todo menos a uvas.

Despertaron a Wren, que sonrió al ver a Orbison y rio cuando Cirrolibre le presentó a Contha.

—Eres raro —le dijo al anciano druin sin malicia alguna. Su abuelo la ignoró—. ¿Por qué tienes el pelo tan largo? —preguntó la niña, pero el exarca siguió comiendo y usó los dedos para sacar la mermelada del interior de las setas.

«Ni siquiera la ha mirado», pensó Tam. ¿Tanto odia Contha a los humanos? Puede que en realidad estuviese enfadado porque una mujer mortal le hubiese arrebatado a su hijo, que estuviese consternado porque Cirrolibre arriesgase la eternidad para permanecer junto a Rosa.

—¿Qué le ha pasado a Orbison? —dijo Cirrolibre entre sorbos de aquel té escarlata y humeante.

—Nada. —Contha hizo un gesto en dirección al constructo—. Ahí está.

—Me refiero a su boca.

—Ah. Se la cerré.

La barda vio que a Cirrolibre la taza empezaba a temblarle en la mano.

—¿Por qué?

—Como castigo —respondió su padre, y como la presciencia sin duda le había indicado que su hijo iba a insistir, se vio obligado a desarrollar la respuesta—: Intentó seguirte. Al ver que no volvías, Orbison temió que algún monstruo hubiese acabado contigo o que Brozaparda se hubiese tomado mal mi rechazo a unirme a él y te hubiese matado como venganza.

—¿Orbison salió a buscarme?

Contha se lamió la mermelada de los dedos y luego le dio un sorbo a la taza de té.

—Lo hizo. Y, cuando me di cuenta, ese imbécil cerebro de chatarra ya había llegado al Corazón de la Tierra Salvaje y estaba demasiado lejos para ordenarle que volviese a casa. Envié a un ave para

seguirlo… No se me dan nada mal, como bien sabrás.

—Lo sé —murmuró su hijo.

Tam se estremeció. Intentó imaginar que un día regresaba a casa y veía a Lamento clavada y desollada en la mesa de la cocina mientras su padre le examinaba las entrañas.

—Tuvo una discusión con un ogro —dijo Contha—. Lo derrotó, a Orbison no se le dan nada mal los combates, pero por desgracia es muy amable. Le perdonó la vida, y el ogro alertó a su tribu. Cuando llegaron mis refuerzos, el gólem quedó muy dañado.

Tam alzó la vista hacia Orbison. ¿Muy amable? ¿Un constructo podía mostrarse valiente? ¿Era capaz de sentir preocupación, miedo, o de saber lo que era la amistad? Al parecer sí, ya que la preocupación por Cirrolibre era lo que había llevado al gigante de cobre a arriesgar su bienestar en el interior del Corazón de la Tierra Salvaje.

El exarca continuó.

—Mis caballeros lo trajeron de vuelta a Lamneth, donde llevé a cabo la reparación. Confieso que me vi tentado a desguazarlo y estuve a punto, pero sé que es el que prepara el mejor té, así que lo reparé. ¿Y qué hizo él para agradecérmelo? ¡Suplicar! ¡No dejarme en paz! Me imploró que lo dejase libre para ir a buscarte y traerte a casa. —El exarca miró al gólem con una mueca de desdén—. Pero en realidad no querías traerlo a casa, ¿verdad, Orbison? Querías escaparte con él. Librarte de mí, tu maestro. Quedar desrrunado.

Contha escupió la última palabra como si fuese bilis.

Cirrolibre hizo una mueca de asco.

—¿Y por eso lo desfiguraste?

—Diría que «descararlo» es un término más adecuado. ¿No crees?

—Padre…

—Ahora está en silencio y es obediente. Y el té… —El exarca cerró los ojos y levantó la taza—. El té está como tiene que estar.

Rosa se puso en pie y tiró de Wren para ponerla en pie.

—Nos marchamos.

—No nos marchamos —dijo Cirrolibre—. Wren no va a volver ahí fuera. Es demasiado peligroso estar en la ciudad y demasiado tarde para escapar.

—Tienes razón —dijo el exarca—. Astra llegará muy pronto. Ya no hay lugar al que huir.

Las orejas de Cirrolibre se retorcieron con suspicacia.

—¿Sabías lo de Astra? ¿Por qué?

—Porque te ha estado espiando —explicó Tam.

Los ojos del exarca se giraron con brusquedad hacia ella, con labios entreabiertos entre los que se atisbaban unos dientes afilados.

—¿Es eso cierto, padre?

—Claro que es cierto —dijo Contha—. Eres mi hijo, ¿no es así? Al ver que no volvías, me temí lo peor.

Desvió la mirada hacia Rosa mientras lo decía, y frunció más el ceño para dejarle claro que con «lo peor» se refería a ella.

—Astra se ha vuelto loca —dijo Cirrolibre.

—Se volvió loca hace mucho tiempo. Ahora busca venganza por la muerte de su hijo. —El exarca suspiró y tocó el borde de la taza con un dedo retorcido—. Ese chico nunca debería haber nacido. Y su madre… Bueno, Vespian cometió el terrible error de devolverla a la vida. Si es que lo que ha regresado a la vida es ella, en realidad.

—Lidera un ejército de muertos vivientes —dijo Cirrolibre—. E intenta matar a todo hombre, mujer y niño de Grandual.

Contha parecía divertirse.

—Ah, ¿sí? Qué… ambiciosa. Supongo que estará harta del breve e ignominioso reinado de la humanidad, ¿no? Lo cierto es que dan pena, la misma pena que dan los insectos o la hierba que se marchita a causa de la nieve del invierno. —Sus ojos de luna llena se giraron hacia Cirrolibre—. Qué bien que hayas vuelto a casa, hijo. Aquí estás a salvo. Esperaremos juntos a que amaine la tormenta.

El exarca no mencionó a Rosa ni a la niña que estaba junto a ella.

—Orbison. —El gólem silbó al oír que Cirrolibre pronunciaba su nombre—. ¿Quieres llevarte a Wren a dar un paseo?

La niña se aferró al brazo de su madre con ambas manos y dirigió una mirada cautelosa al bosque que los rodeaba.

—Pero ahí hay cosas que dan mucho miedo —dijo con timidez.

Cirrolibre se arrodilló.

—No te harán daño, Wren. Aunque sé que algunos tienen aspecto aterrador. Sobre todo, ese. —Señaló a un zorro metálico con cola de escorpión que acechaba justo en el exterior del círculo de piedra—. Pero ¿qué fue lo que te dije la primera vez que viste a Brune?

La selfa se frotó los ojos mientras intentaba recordar.

—Que algo sea feo no quiere decir que sea malo.

—Eso es. Y además, Orbison estará a tu lado para protegerte. ¿Sabías que —se inclinó para hablarle al oído a su hija— tiene una luz en vez de corazón?

—¿En serio?

Wren alzó la vista hacia el gólem desgarbado. Cirrolibre le dirigió una sonrisa anhelante.

—Muéstrasela, Orbison. Por favor.

El constructo emitió un murmullo y se abrió la escotilla del pecho. Una luz de tonalidad esmeralda se proyectó por todo el círculo, y el

rostro de Wren se iluminó al verla. El gólem bajó el brazo, y la niña se agarró con mucho cuidado. Al ver que se sentía segura, Orbison la levantó y se la colocó sobre su desgastado hombro verde.

—Desde aquí lo veo todo —dijo Wren mientras se alejaba de las piedras y se perdían por el sendero.

—Venga —dijo Contha cuando se quedaron los cuatro solos—. Pregunta. ¿Crees que no sé para qué has venido? Tengo claro que no ha sido por devoción paternofilial.

—Necesitamos… —empezó a decir Rosa, pero el exarca la interrumpió.

—Mi hijo sabe pedir las cosas.

Cirrolibre no pudo evitar que sus orejas se agitaran a causa de la irritación después de oír el desdén de la voz de su padre. Si cualquier otra persona del mundo le hubiese hablado en ese tono a Rosa, ahora mismo estaría recogiendo los dientes del suelo uno a uno. El joven druin hizo un esfuerzo manifiesto por calmarse antes de hablar.

—Nos gustaría dejar a Wren aquí contigo mientras nos enfrentamos a Astra.

La respuesta del exarca fue inmediata.

—No.

—Padre, por favor. No nos queda alternativa. Es demasiado tarde para escapar, como bien has dicho.

—Pues quedaos aquí. No os obligaré a marcharos. —Las bandas de metal rechinaron cuando el exarca agitó una mano cubierta por piezas de armadura—. Los humanos también pueden quedarse si quieres. Y la niña, al menos hasta que sea razonablemente seguro regresar a la superficie.

—No podemos quedarnos —dijo Cirrolibre.

El exarca no lo entendía.

—¿Que no podéis? ¿Por qué no? ¿Tanto te importa el destino de…? —Frunció el ceño—. ¿Cómo se llamaba la nauseabunda fosa séptica que tenemos sobre nosotros?

Tam vio que Cirrolibre titubeaba, por lo que decidió responder a la ira del druin ella misma.

—Conthas —dijo—. Esa nauseabunda fosa séptica se llama Conthas.

El exarca miró a su hijo en busca de confirmación.

—¿Le pusieron mi nombre?

Al ver que Cirrolibre asentía, el anciano druin se puso en pie. Tenía la espalda encorvada y el cuello estirado como un buitre que analiza un cadáver, pero lo que más sorprendió a Tam fue comprobar que, incluso así, el pelo le llegaba hasta los pies.

—Pues que mueran —gruñó—. Que Astra limpie ese forúnculo para que al fin el mundo pueda sanar. ¿Por qué desperdiciar tu vida? Habrá más guerreros que intenten defenderla. Solo tienen que matar a una hechicera druin y la Horda huirá en desbandada. Recordad que ya lo hicieron una vez.

«Claro —pensó Tam—. Si se mata a la reina, se mata a la Horda. Qué fácil, ¿no?».

Pero primero había que llegar hasta ella.

La barda intentó imaginarse a los típicos mercenarios enfrentándose a una legión de muertos vivientes y monstruos (eso sin mencionar al Simurg o al mismísimo Bronturo) para acercarse lo suficiente a Astra como para atravesarle el corazón. Fracasarían, sin duda, y la muerte los convertiría en otro soldado sin alma controlado por la Reina del Invierno.

De hecho, y siendo sinceros, Tam tampoco era capaz de imaginarse a Rosa consiguiéndolo.

—Yo me quedaré —dijo Cirrolibre.

—¿Qué? —Rosa se giró hacia él—. No. No te vas a quedar. Estás de broma, ¿verdad? Dime que eso ha sido una broma.

Cirrolibre mantuvo la mirada fija en su padre.

—Yo me quedaré —repitió—, pero con una condición: Wren se quedará aquí conmigo. Cuando esa hechicera se marche, si es que se marcha, quedarme o no será decisión mía, no tuya.

—Muy bien —dijo Contha a regañadientes.

—No, nada de bien. —Rosa estaba a punto de gritar. Tiró con fuerza del brazo de Cirrolibre y lo obligó a mirarla—. ¿En qué estás pensando? No podemos quedarnos aquí, Cirro. Sabes que no podemos.

—Rosa…

—Ni Rosa ni nada —aulló la mercenaria—. ¡No podemos quedarnos aquí!

De la sonrisa de Cirrolibre emanaba una tristeza irremediable.

—Sí que podemos. Yo puedo.

—¿Y Fábula? ¿Qué va a ocurrir con Brune, Cura y Rod?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Vas a dejarlos morir?

—¡Voy a dejarlos marchar! —Las orejas del druin se agitaron a causa de la irritación—. Podrán escapar. Esta no es su guerra, Rosa. Y tengo muy claro que tampoco es la mía y que tampoco tiene por qué ser la tuya.

—Esas personas de ahí necesitan nuestra ayuda —dijo Rosa, y Tam casi oyó la voz de Gabriel repitiendo cada una de sus palabras—. Si no la detenemos, Astra matará a todos los habitantes de Conthas.

—En Conthas hay cincuenta mil mercenarios —dijo Cirrolibre—. La mitad del ejército agriano está acampado fuera de las murallas y también hay al menos la mitad de cartianos. Ya derrotaron a la Horda en una ocasión. Podrán volver a hacerlo. Sin nosotros.

Rosa no estaba convencida.

—La Horda perdió la batalla porque Astra quería que la perdiesen —dijo la mercenaria—. Lo sabes. Y en esta ocasión recibirá el apoyo de la Reina del Invierno. Y del Comedragones, gracias a nosotros.

—Gracias a ti —dijo Cirrolibre. Las palabras le sentaron a Rosa como un bofetón—. Tú nos arrastraste hasta Lindefunesta, ¿recuerdas? Tú aceptaste el contrato de la Viuda. Tú preferiste tu carrera de mercenaria antes que a tu familia, como siempre has hecho. Y no pasa nada —dijo cuando Rosa parecía estar a punto de interrumpirlo—. Es lo que ambos queríamos. Nos pusimos de acuerdo. Pero lo prometiste, Rosa. Prometiste que el Simurg… sería el último.

—Pero…

—Pero ¿qué? —gritó el druin. Tenía los puños cerrados y las orejas levantadas como un par de navajas afiladas—. ¿La ciudad nos necesita? ¿La gente? ¿Todo el puto mundo? —Una risa triste—. Siempre hay alguien que necesita que lo salven, Rosa.

—Cirro…

—Pero no hace falta que seas tú. No tiene por qué ser Fábula. —Tam vio que decir algo así lo estaba matando por dentro, pero también era obvio que quería soltarlo todo antes de que se acabase la conversación. Vio que el druin tenía el cuerpo muy tenso, como si se preparase para un golpe—. Por favor —le suplicó a Rosa—. Por una vez… elígenos a nosotros en lugar de a ellos. Elígeme a mí.

Silencio.

Algo arañó en la oscuridad. Algo se agitó. Tam sintió que el corazón le latía en las orejas. ¿O era el de Rosa, como un prisionero atrapado dentro del caparazón negro y metálico que era su armadura?

Cirrolibre, como buen druin, supo lo que iba a responder antes de que ella pronunciase las palabras. Tam vio la pena en sus ojos.

—Mató a mi padre —dijo Rosa.

Esas cuatro palabras fueron las que destrozaron cualquier esperanza que pudiese albergar Cirrolibre de que Rosa fuese a quedarse con ellos.

El druin apretó los labios en una delgada línea; los ojos le brillaron de un verde esmeralda.

—Lo sé —dijo, y su expresión se suavizó. Después lo repitió, como respuesta a otra revelación que acabase de tener en ese momento—. Lo sé.

Contha (esa pequeña rata vil) sonrió con un gesto que rayaba la perversidad, como un hombre que hubiera apostado por los dos perros que se enfrentaban en un combate y se divirtiese al ver cómo se destrozaban el uno al otro.

—Has elegido sabiamente, hijo. Tu hija y tú estaréis a salvo aquí. Orbison le mostrará la salida a esa mujer.

Las orejas de Cirrolibre se torcieron con brusquedad y al mismo tiempo que él se volvía hacia el anciano.

—Por los dioses, papá, se llama Rosa.

La sonrisa del exarca se desdibujó un poco. Parpadeó varias veces.

—Rosa —dijo al fin, sin dignarse siquiera a mirarla—. No lo olvidaré.

48

La exhumación de Conthas

Tam esperó con Cirrolibre mientras Rosa se despedía de Wren. Madre e hija caminaron cogidas de la mano hacia el bosque que había fuera del círculo de piedras. La selfa le contaba con alegría las cosas que le había mostrado Orbison, flores hechas de plata vidriada y aves capaces de volar hacia atrás, mientras Rosa la escuchaba y reía como si no cupiese la posibilidad de que esa fuese a ser la última vez que hablaban o incluso que se veían.

Sin duda era el acto más heroico que Tam había visto llevar a cabo a Rosa.

El gólem permaneció en el borde del círculo y miró a Cirrolibre con aquellos ojos entrecruzados. Contha siguió trabajando con la tortuga arácnida de seis patas mientras murmuraba para sí y cortaba y soldaba las entrañas de la criatura con los dedos. Tam vio que las patas del constructo se agitaban y tuvo que convencerse de que no sentía, de que no era real, de que se trataba de un autómata.

—Debes de pensar que soy un gilipollas —dijo Cirrolibre en voz baja.

Tam alzó la vista para mirarlo.

—No creo que seas un gilipollas.

Él suspiró sin dejar de mirar hacia el lugar por el que se habían marchado Rosa y Wren.

—Pues me siento como un gilipollas. —Se quedaron en silencio un buen rato, hasta que el druin volvió a hablar—. Vas a tener que elegir, Tam.

—Me marcho con Rosa —dijo ella.

—Claro que sí —dijo Cirrolibre—. Me refería a cuando estés allí arriba. Mañana o cuando sea que dé comienzo.

—¿Que dé comienzo el qué? —preguntó ella sorprendida por tener las luces suficientes como para ponerse irónica en esa situación—. ¿Te refieres a la batalla que decidirá el destino de todos los seres vivos del mundo? ¿A eso?

—Sí. A eso. Pero lo que tienes que decidir es qué papel tendrás en ella.

Ella lo miró y se colocó un mechón de pelo plateado detrás de la oreja.

—Yo solo soy…

—No —la interrumpió el druin—. No eres solo la barda, Tam. A menos que sea lo único que quieres ser.

Cirrolibre cruzó los brazos y se apoyó en una de las piedras verticales. Tam sopesó las palabras del druin, y frotó con gesto ausente un pulgar contra la empuñadura desgastada de su arco largo. Esperaron el uno junto al otro hasta que la bocina atiplada de Orbison anunció el regreso de Rosa y de Wren. La selfa había estado llorando y aún tenía las mejillas rojas después de enjugarse las lágrimas.

Cirrolibre se enderezó.

—Os llevaré a la superficie —dijo—. Hay otra salida, un Umbral que se abre justo por fuera de las murallas de Lamneth.

—El gólem puede hacerlo —dijo Rosa con voz fría e impasible.

Soltó a su hija y miró a Tam, que asintió en respuesta a su mirada inquisitiva.

La barda esperaba que Contha se regodease con la situación, pero el exarca ni siquiera se molestó en alzar la vista de lo que estaba haciendo mientras Rosa se giraba para marcharse.

Antes de que Rosa se fuera, Cirrolibre la cogió de la mano. Rosa hizo un amago de apartarse, pero no fue capaz. El momento se alargó en el tiempo, y Tam vio que ella temblaba, como si el roce del druin fuese una llama abrasadora y aun así ella fuese incapaz de apartarse por mucho daño que estuviese a punto de hacerle.

Se separó al fin, y Tam se imaginó el corazón de Rosa partido en dos mientras se alejaban con Orbison por el camino serpenteante. Cruzaron el puente y ascendieron por la escalera de caracol, pero, en lugar de regresar a la fundición, el gólem las llevó por una ruta distinta. Llegaron hasta otro puente y, a medio camino, Orbison hizo una pausa para mirar por la barandilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosa, con tono irritado.

El constructo silbó y señaló hacia abajo. Tam y Rosa se acercaron al borde junto a él y entrecerraron los ojos en la penumbra. Al hacerlo, la luz fantasmagórica y verdosa de Orbison brilló tanto que consiguieron ver parte de lo que tenían debajo.

—Dioses —susurró Tam, y oyó que Rosa soltaba un taco junto a ella—. Tiene que haber cientos.

—Miles —dijo la mercenaria.

—¿Crees que Cirrolibre lo sabe?

—Será mejor que no —gruñó Rosa, y luego escupió hacia la nada —. Vamos.

Salieron del Umbral y llegaron a la cima de una colina oscura. Tam miró por encima del hombro y vio que Orbison se despedía de ellas con la mano antes de que el arco de piedra emitiese un resplandor y la dejase mirando la ráfaga de copos de nieve. La ciudad se encontraba bajo ellas, moteada por aquí y por allá de luces de antorchas, ventanas relucientes y varios incendios descontrolados.

Recordó que Bran le había dicho en una ocasión que Conthas era una ciudad de mercenarios:

«¡Ni los bomberos mueven un dedo hasta que les pagas!».

En la colina que había al sur de Lamneth había una capilla alta rodeada por una muralla. Había luminosidad al otro lado de las vidrieras, y unos faroles espejados proyectaban anchos haces de luz sobre el arco de una gran cúpula dorada.

—Me preguntó quién vivirá ahí —murmuró Tam mientras miraba el complejo amurallado.

—Mi madre hace unos años —respondió Rosa—. Pero se mudó a Cincorreinos y vendió la casa al tío Moog. Lo llama el Santuario.

Se sobresaltó al oír que se acercaba alguien, pero se relajó al comprobar que se trataba de un lobo desgreñado con bufanda que se materializó entre las sombras.

Brune llevaba la ropa en la boca y, cuando se transformó, empezó a vestirse a toda prisa.

—Me envía Jain —jadeó—. Dice que…

—¿Has hablado con los líderes de los pozos?

—Sí, pero…

—¿Ayudarán?

—A regañadientes, pero sí.

—¿Y los agrianos?

—Se marchan por la mañana, al parecer. —El chamán se afanaba por mantener secos los calcetines mientras se ponía las botas—. Su comandante es un gilipollas de cuidado, por cierto.

—Por los infiernos helados —dijo Rosa—. ¿Y los carteanos?

Brune se encogió de hombros.

—No lo sé. Mano Lenta tiene una reunión en Bosquestela. Los barones locales están allí, y también algunos de los mercenarios más veteranos y unos raritos que Moog y Cura trajeron de Pozo Hundido —Rosa empezó a bajar la colina, pero el chamán se interpuso en su camino—. Jain quiere verte.

—¿Por qué?

—Porque… quieren hablar contigo.

—Pues dile que nos vemos en Bosquestela.

—No es Jain la que quiere hablar contigo —explicó Brune, antes de que Rosa intentase volver a pasar—. Sino Astra.

Conthas se había descontrolado. A Tam le recordó a la Acampada de Luchadores a escala de ciudad. Mirara donde mirase había gente borracha, gente que bailaba o gente desnuda. Los bardos cantaban, los mercenarios luchaban y los sacerdotes gritaban «¡Ha llegado el fin del mundo!» a coro y lanzando vítores.

Tam vio carromatos que pertenecían a los Águilas Estridentes, los Magos del Tiempo y una infinidad de bandas de las que nunca había oído hablar. También había un trío de barcos voladores atracados sobre una taberna llamada Adiós al Mundo. Los tres estaban hasta arriba de juerguistas.

Brune las guio a través de la llovizna y evitó una fuente en la que una fila de laboriosos mercenarios estaba vaciando barriles de cerveza espumosa.

—¿Qué hacen estos tipos? —aulló Tam para que la oyesen a pesar del ruido—. Saben lo que viene de camino, ¿no? ¿Por qué siguen de fiesta?

—¿Por qué no? —preguntó Rosa—. Si supieses que vas a morir mañana, ¿desperdiciarías la noche entre lágrimas?

Tam ni se molestó en responder, en parte porque no le apetecía gritar, pero también porque, sí, era probable que hiciera justo eso. Aceleró el ritmo para mantenerse a la altura de Brune, que cada vez caminaba más rápido.

Rosa les había ordenado a Jain y a Branigan que organizasen la exhumación de Conthas. Había que registrar cada tumba y cada cripta y destrozar todo lo que hubiera en el interior. Excavaron en el foso y descubrieron varios cientos de cadáveres en diversos estados de descomposición, montañas de monedas mohosas de marcoronas y un tritón cascarrabias que dijo que se llamaba Óscar y que gritó a sus captores hasta que lo dejaron libre.

Los cementerios se saquearon de igual manera: se destrozaron los esqueletos y se llevaron los cadáveres en carros hasta la plaza que había en la Puerta de la Zanja Occidental. Cuando Rosa comentó la eficiencia de Jain a la hora de convencer a los ciudadanos de Conthas de que ayudasen, el chamán resopló.

—Eso es porque les prometió que podrían quedarse toda la fortuna que encontrasen mientras se encargaban de los cuerpos. Esa gente no está ayudando —explicó Brune—, está saqueando.

Cuando se acercaban a su destino vieron que había más gente quieta que caminando. Pasaron junto a alguien que llamó a Rosa, pero

cuando Tam se volvió para ver de quién se trataba, solo vio a un hombre harapiento y cubierto de joyas que arrastraba una carreta con un cadáver.

Jain los esperaba en la puerta. Tam nunca la había visto tan inquieta, lo que tomó como muy mala señal.

—Espero que tengas buenas razones para habernos hecho venir —dijo Rosa.

—Son buenas, pero no es nada bueno —dijo Jain indicando que la siguieran.

—Rosa.

Tam oyó que repetían el nombre, pero en esta ocasión delante de ellos.

—Rosa.

Otra vez, pero ahora sonaba como si decenas de personas lo pronunciasen al mismo tiempo.

Cuando entraron en la plaza, los olores espantosos de la cocina de un caníbal asaltaron el olfato de Tam: el hedor a flores marchitas de las tripas, la pestilencia a manzanas rancias propia de la carne putrefacta y el olor subyacente de una letrina llena de huevos podridos. El origen del olor era obvio: había un pozo como el que habían visto al otro lado de la ciudad, en el Mercado de los Monstruos, pero, en esta ocasión, en lugar de trasgos chillones había cadáveres que lo llenaba casi hasta arriba. Alrededor se encontraban una docena de integrantes de las Flechas de Seda de Jain con cubos llenos de aceite de candil y antorchas encendidas, cuyas luces iluminaban las extremidades enmarañadas y los rostros lívidos de los cadáveres amontonados.

El origen de los susurros no era tan fácil de discernir, al menos hasta que Tam se obligó a mirar directamente al pozo.

—Rosa.

De bocas y mandíbulas abiertas, que deberían haber estado demasiado rotas para articular las palabras.

—Rosa.

De labios llenos de ampollas y lenguas que serpenteaban como gusanos saliendo de gargantas abiertas.

—Rosa.

De los miles de cadáveres apilados, todos mirando hacia arriba con ojos que eran llamas blancas.

—Rosa. Rosa. Rosa —dijo la Reina del Invierno con un coro de voces dispares, y cuando la mercenaria por fin se acercó al borde del pozo, los muertos hablaron al unísono.

—Rosa.

—¿Qué coño queréis? —preguntó.

Cientos de gargantas rajadas respondieron a su pregunta.

—Dinos cómo murió —preguntaron.

—¿Cómo murió quién?

La voz de Rosa sonaba con tono neutro, pero el dolor y la rabia relucían en su mirada.

Una risa áspera surgió del fondo del pozo.

—Gabriel —dijeron, y un murmullo de pavor se extendió por la plaza. Si alguien de Conthas desconocía que Grandual había perdido al mayor de sus héroes, seguro que ahora no tardaría en enterarse.

Un sacerdote con los ojos picados por un cuervo se enderezó dentro de una carreta cercana.

—¿Le dolió? ¿Lloró?

—¿Gritó? —preguntó una mujer debajo de él, hinchada y mordida por los peces—. ¿Pronunció mi nombre con su último aliento?

—DIME —ordenaron los muertos.

Tam nunca había estado tan asustada en toda su vida, ni siquiera cuando se enfrentó al Simurg. En esa ocasión había pasado mucho miedo, uno que le ardió por las extremidades y que sirvió para alimentar una valentía que no sabía que tenía en su interior. Pero lo que sentía ahora era un pavor frío, insidioso e insondable. Uno que no alimentaba nada y solo servía para drenarle las entrañas.

Tuvo que esforzarse para no salir huyendo del pozo, de la plaza y de la puta ciudad. Se dio cuenta de que Rosa también estaba inquieta a pesar de la valentía que se percibía en su rostro. Jain era a la que menos afectaban los horrores que había allí abajo. La mercenaria tenía los brazos en jarras y miraba hacia el agujero como una granjera que acaba de descubrir que un zorro ha pasado la noche en su gallinero. Tenía algo metido en la nariz, algo parecido a hojas de menta.

—Da igual cómo ocurriese —respondió Rosa—. Mi padre ha muerto. Y está fuera de vuestro alcance —añadió con un siseo de rabia que surgió de su interior—. Ya no tenéis que preocuparos por él. Preocupaos por mí.

El cadáver de una joven ataviada con un vestido azul lleno de tierra giró la cabeza hasta dejarla en un ángulo imposible.

—Debería haberte matado en el lago —dijo con voz agradable—, pero quería que sufrieses. Y sufrirás, Rosa. Me aseguraré de ello.

—Y cuando mueras —dijo la voz de un hombre que venía de alguna parte de la pila de cadáveres. Debía de ser rico, porque alguien le había robado la ropa—, serás mía. Usaré tu alma como si fuese un guante.

—Serás mi herramienta —continuó el sacerdote sin ojos—. La

generala de mis marionetas. Mis ejércitos devastarán todos los rincones del mundo bajo tu liderazgo.

Una mujer con media cabeza deformada por un golpe alzó el rostro para silbarle:

—Tu intromisión le costó la vida a mi hijo. Y ahora te usaré, Rosa. Te usaré para vengarme.

—¿Tú hijo? —Jain frunció el ceño, confusa.

—Brozaparda —dijeron Tam y Rosa al mismo tiempo.

—Ah. —La sureña rumió la respuesta unos segundos antes de decidir que no le importaba mucho. Después escupió flemas hacia la pila de cadáveres—. Toma. Para tu hijo también.

El pozo se agitó con rabia. Tam oyó los murmullos de los que se habían reunido alrededor de ellas para mirar, y también alguna que otra risilla.

La barda recordó la angustia de Astra en el campo de batalla al sur de Valle Gris. Intentó sentir empatía por la mujer que había vuelto a la vida con la sangre de su descendencia, primero la de su hija y ahora la de su hijo. Pero Tam volvió a mirar hacia el cadáver de la joven con el traje azul y la cabeza retorcida, y la empatía se subió a una ventana abierta, se despidió con la mano desde el alféizar y saltó hacia una muerte segura.

«Que le den —pensó Tam—. Todo el mundo sufre. Todos hemos perdido a nuestros seres queridos y no siempre, o nunca, es justo. Pero solo un monstruo cree que todos son de su condición. Y solo una demente querría que el mundo sufriera lo mismo que ha sufrido ella».

—No deberías haber venido —dijo Rosa—. Deberías haber ido primero a Ardburgo. O a Cincorreinos. A cualquier parte menos aquí.

La pila de cadáveres agitados gruñó.

—¿Por qué? —preguntaron.

—Porque esto es Conthas —respondió Rosa, con el mismo tono con el que explicaría que el agua moja—. La Ciudad Libre. Las reinas no son bienvenidas. Ni tampoco los ejércitos de los conquistadores.

—Eso mismo —dijo Jain con una sonrisa en el gesto.

Rosa se pasó una mano por el pelo.

—Mira, Astra. Lo que le ocurrió a tu hijo… no estuvo bien. Mi padre me contó que la República lo había tratado mal.

—Como a una bestia —dijo el noble desnudo.

—Como a un animal —dijo la mujer mordida por los peces.

—Como a un monstruo —dijo la joven del vestido azul.

—Sí —admitió Rosa—. Como a un monstruo. Pero Brozaparda no era malvado. No lo era en realidad. Solo quería cambiar las cosas, no destruirlas por completo. Luchaba para que el mundo fuese mejor para

los que son como él. Pero tú…

—DESCONOCES —aulló el pozo al unísono—. DESCONOCES EL DOLOR, LA ANGUSTIA, EL VACÍO QUE DEJA UN HIJO CUANDO YA NO ESTÁ.

—Pero lo sabrás —dijo el sacerdote en la carreta.

—Lo sabrás muy pronto —dijo la joven.

Rosa ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que no la he visto? —preguntó la Reina del Invierno a través de los labios lívidos del noble barrigón—. ¿Crees que no sé lo que ocultas?

El corazón de Tam dejó de latir. Su próximo aliento fue un grito ahogado involuntario. Miró a Rosa y vio que se había puesto pálida y estaba inmóvil como una roca.

La mujer con media cabeza le dirigió una sonrisa sin dientes.

—Contha se cree muy listo. Cree que está a salvo. Pero también tengo ojos en la oscuridad y lo he visto. He visto también a su hijo. Y también he visto…

—Por favor, no —susurró Tam.

—También he visto a tu hija —dijo la joven del traje con una voz que sonó discordante, como algo desagradable en un día soleado—. Voy a matarla, Rosa.

—Quémalos —dijo Rosa a Jain—. Quémalos. Ya.

—Y usaré tus manos para hacerlo.

—¡Quémalos! —gritó Rosa.

Jain hizo un gesto brusco, y las Flechas de Seda que estaban alrededor del pozo tiraron cubos de aceite sobre los cadáveres amontonados. Otras lanzaron las antorchas a la pila, y el fuego se extendió al momento. Consumió carne, ennegreció hueso y convirtió mechones de pelo estropeado en filamentos de llamas.

Todo mientras los cadáveres reían, un sonido parecido al de un millar de estertores finales que se elevaban transportados por un humo untuoso. Rieron en los carros que iban de camino a la plaza, también en los que se habían retrasado debido al tráfico que entraba en la ciudad. El sacerdote de la carreta se carcajeó mientras señalaba con un dedo a Rosa, que se encontraba al borde del pozo, como si estuviese a punto de lanzarse adentro y matar a todos y cada uno de los esclavos de Astra antes de que el fuego los consumiese.

—¡Acabaré contigo! —aulló Rosa—. ¿Me has oído, pedazo de zorra de labios cadavéricos? ¡Como vengas a esta ciudad, como te acerques a mi hija, te encontraré en el campo de batalla y te hare pedacitos!

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta mientras empujaba a

los que eran demasiado lentos para apartarse a tiempo. Brune y Jain la siguieron, pero cuando Tam estaba a punto de hacer lo propio, el resuello del sacerdote le hizo cosquillas en la oreja como una mosca fastidiosa.

La barda se volvió y se acercó a la carreta. La mirada titilante de la criatura estaba fija en ella. La sonrisa desapareció del rostro de esa cosa, y Tam sintió que algo, algo como Astra, la miraba a través de sus ojos. Fue una sensación siniestra e inquietante, como ver la silueta de alguien que te mira desde el otro lado de una ventana sumida en la oscuridad.

—Tú —dijo la criatura.

—Yo —respondió ella, y a continuación le atravesó el cráneo con su daga.

49

Aquí y ahora

Encontraron a Mano Lenta y a Moog compartiendo una larga mesa de roble con un puñado de delegados de la ciudad en una taberna llamada Bosquestela, mientras los observaba un público formado por mercenarios, soldados, pícaros y matones inquietos. Cura y Roderick estaban dentro y habían arrinconado a alguien a quien la barda no fue capaz de ver hasta que Rod reparó en Rosa.

—¡Mira a quién he encontrado! —anunció.

—No me has encontrado —replicó Daon Doshi—. He vuelto por mi cuenta. Me arrepentí de… —Se quedó en silencio, ya que, como era de esperar, le costaba mucho hablar con los nudillos de Rosa clavados en el cuello—. Sí, eso también me lo merezco. ¡Un momento! —El piloto levantó una mano antes de que Rosa intentase darle otro puñetazo—. ¡Escucha, por favor! Me asusté mucho, ¿vale? ¡Ya viste lo que pasó en el campo de batalla! Por el Hereje, ¡los muertos estaban regresando a la vida! ¿Qué esperabas que hiciese?

—Yo esperaba poder tirar tu cadáver por la borda de ese barco y escapar volando —gruñó Rosa—. Mi padre… —Se quedó en silencio, cerró los ojos y esperó hasta que se le pasó la rabia—. ¿Cuál es el verdadero motivo de tu regreso?

—Ya te lo he dicho. Mi gran sentido del honor me prohibía…

—No me lo creo —le dijo Rosa—. Una mentira más y te lanzo al pozo de los trasgos.

El capitán tragó saliva con nerviosismo.

—Vale —susurró—. ¡Estamos rodeados! El cielo que rodea este lugar está hasta arriba de criaturas. No podía escapar, por mucho que quisiese. Y créeme que quería.

Lady Jain se situó junto a Rosa.

—¿Y por qué no nos han atacado?

Doshi miró a Jain dos veces, y después se colocó bien las gafas en la frente.

—Yo… esto… ¿Quién eres tú?

—Responde a la pregunta —dijo Rosa antes de que Jain tuviese tiempo de presentarse.

El capitán carraspeó.

—Bueno, mi suposición es que la Viuda, o la Reina de lo que coño la llamen ahora, nos quiere tender una trampa.

Rosa frunció el ceño.

—¿Una trampa para quién?

—Para ti —dijo Tam—. Está claro.

La líder de Fábula la fulminó con la mirada, pero Brune acudió en defensa de Tam.

—Cree que tienes parte de la culpa por la muerte de Brozaparda —le recordó el chamán.

—Y ya mataste al Comedragones en una ocasión —puntualizó Cura —. Te tiene miedo, Rosa.

—Más le vale. —Rosa se volvió a girar hacia Doshi—. ¿Dónde has dejado el *Vieja Gloria*?

El capitán señaló hacia las alturas.

—En la azotea. Es posible, o no, que haya aterrizado dentro de la piscina que hay ahí arriba. —Los otros se lo quedaron mirando—. Vale, sí que he aterrizado en la piscina. Por cierto… —Doshi volvió a carraspear—. Roderick me contó lo que le ocurrió a tu padre. Lo siento, Rosa. De verdad. Si yo no me hubiese marchado…

—Da igual —dijo Rosa—. Si no te hubieses marchado, puede que estuvieses muerto. Hawkshaw habría estado esperándonos y mi padre habría caído de igual manera.

—¿Dónde está Cirrolibre? —preguntó Cura en voz alta, más para cambiar de tema que por curiosidad.

—Se va a quedar con Wren.

La Bruja de Tinta y Brune intercambiaron una mirada atribulada, pero tuvieron el tacto suficiente como para no hacer más preguntas por el momento.

Sin embargo, Roderick tenía el tacto de un golpe de ariete en la entrepierna.

—¿Qué? ¿Para siempre? ¿Por qué? Acaso no…

—¡Olvidad a esa puta reina! —aulló Mano Lenta desde el otro extremo de la estancia. Golpeó la mesa que tenía frente a él con ambas manos. Las copas se volcaron como borrachos y derramaron whisky, vino y cerveza sobre el roble desgastado—. Lilith no está aquí, Lokan. Tú sí. Tú eres quien tiene que tomar la decisión.

—Y ya la he tomado —dijo un norteño guapo y de nariz ganchuda que, a juzgar por su lujosa armadura y por su altivez, tenía que ser un comandante agriano—. Razón por la que voy a volver a Brycliffe con

mi ejército. Si mi reina nos ordena regresar y ayudar con el asedio, así lo haremos, pero no pienso arriesgar a diez mil soldados…

—¡No habrá asedio! —rugió Mano Lenta—. ¡Esto no es Castia! No tenemos murallas protegidas ni torretas. A menos que la detengamos, la Horda entrará en la ciudad como un… —Hizo una pausa para pensar en una metáfora adecuada—. Moog, ayúdame.

—¡Púrpura! —gritó el mago—. No, espera. ¡Croquetas de pescado!

Clay frunció el ceño.

—No estabas atento a la conversación.

—No estaba atento a la conversación —admitió Moog—. Lo siento.

—A la mierda Agria —dijo un carteano que tenía unas alas de cuervo tatuadas en su amplio pecho—. Y a la mierda su reina. ¡Mi Han tampoco quería luchar junto a estos cobardes habitantes de las praderas!

El comandante agriano desenvainó la espada.

—¡Como vuelvas a insultar a mi reina, follacaballos…!

—Pues sí, me follé a un caballo —dijo el carteano—. ¿Cómo lo sabías? ¿Te lo dijo Nazreth?

Se giró con mirada acusadora hacia un compañero de su clan, que negó vehementemente con la cabeza.

Se hizo un silencio sepulcral e incómodo, que quedó roto por un leve raspar en el suelo cuando Rosa arrastró una silla hasta la mesa y se sentó en ella.

El norteño volvió a meter la espada en la vaina y le dirigió una mirada arrogante.

—¿Y tú eres?

—Ya sabes quién soy —dijo Rosa hablando en tono tranquilo, imponente y fría como una espada enterrada en un montículo de nieve. Recorrió con la mirada todos los que se encontraban en la mesa —. ¿Quiénes sois vosotros?

Los aspirantes a defensores de Conthas empezaron a presentarse uno a uno, empezando por Lokan, el norteño que estaba al mando del ejército de Agria, y Kurin, Primera Pluma de los guardaespaldas personales del Alto Han.

En la estancia había una docena de bandas, y en la mesa se había sentado un representante de la mayoría de ellas. No se molestaron en presentarse a Rosa, pero la barda los reconoció a casi todos. Mackie la Loca lideraba una banda llamada Resplandor, que era famosa por cazar fantasmas, espectros, tumularios y cualquier otra criatura incorpórea con mala leche. Jeramyn Cain, a quien había visto en el patio que había frente a la taberna de Mano Lenta, era el líder de los Águilas Estridentes.

También estaban presentes algunos de los hijos predilectos de Kaskar, como Garland (de Garland y los Murciélagos) o Alkain Tor. El líder de Castigo de Gigantes, que había matado a cientos de monstruos a lo largo de su larga e ilustre carrera, llevaba un parche de cuero sobre el ojo que había perdido contra el pollo en la arena de Ardburgo.

Los siguientes en presentarse fueron los supuestos Barones Atracadores de Conthas. Tain Leñocruel, el barón de Fondo de Roca, tenía la complexión de Brune… aunque el chamán tenía cuello mientras que lo de Tain era un cúmulo de músculos que daban la impresión de impedir que la sangre le llegase a la cabeza. Le faltaba la mayoría de los dientes y medio dedo de todos los de la mano izquierda.

El barón de Desembarco del Caballero era un arácnido llamado K'tuo que solo hablaba narmeerí y que le ofreció a Rosa (gracias a un traductor) matrimonio al presentarse.

—No, gracias —dijo ella secamente mientras se fijaba en el hombre que se encontraba junto a la criatura, un fantrano obeso que llevaba seda suficiente como para montar tiendas para todo un ejército de nobles vanidosos.

—Tabano, el barón de Ollasalobre —se presentó, con un acento aún más marcado que el de Doshi, pero con la mitad de su encanto. Hizo una reverencia con la que expulsó una oleada de perfume dulzón que se extendió por la mesa—. Creo que mis socios tuvieron el placer de conoceros en la puerta de la ciudad.

Tam recordó con una sonrisa cómo Rosa le destrozaba la cara a un hombre con su propio yelmo.

Las siguientes en presentarse fueron las baronesas gemelas, Íos y Alektra. La primera llevaba una armadura de cuero negro y gobernaba una zona de la ciudad llamada el Soplón, mientras que la otra vestía como una dama de alta alcurnia y gobernaba un distrito llamado la Corte de Papel. Era evidente que se odiaban, y mientras que Alektra juró que acudirían quinientos efectivos en ayuda de Rosa, Íos prometió cincuenta asesinos, que según ella contaban por el doble de los que aportaría su hermana.

Moog presentó a dos personas muy curiosas que Cura y él habían encontrado en Pozo Hundido La primera era un invocador de ropajes chillones llamado Roga que llevaba una estatuilla de algo redondo y rosado debajo del brazo.

—¿Eso es… un cerdo? —preguntó Tam en voz baja.

—Un elefante —respondió Cura—. A mí no me mires, son amigos de Moog. Pozo Hundido está lleno de colgados como estos dos.

La otra «amiga» de Moog era Kaliax Kur, una mujer de aspecto adusto con la cabeza afeitada y una maraña de cicatrices brutales que le cubrían un rostro que tampoco es que fuese muy atractivo de por sí. Llevaba una armadura de madera chamuscada con incrustaciones de metal. En la espalda portaba lo que parecía ser el anillo de un motor de marea, unido por un cable de cobre a la lanza en la que se apoyaba como si fuese un báculo.

—¿Esa de qué va? —preguntó Tam.

—Me parece que está más loca que un ejército de orcos —murmuró Cura.

El último miembro del concilio de Mano Lenta sin duda era la mujer más guapa que Tam había visto jamás, y también la única que no necesitaba presentación alguna.

Consuelda, la famosa cazarrecompensas, de melena lisa y negra, unos ojos que parecían el reflejo estrellado de los cielos y unos labios gruesos que daban la impresión de estar fijados en una sonrisilla permanente. Llevaba una cota de placas de acero negro y unos guanteletes con garras, uno de los cuales rodeaba la empuñadura de una cimitarra de aspecto siniestro. No obstante, su rasgo más distintivo era el par de alas de plumas negras que le cubrían los hombros.

Junto a ella había un joven. Era alto para su edad, y Tam supuso que tendría uno o dos años más que Wren. En su rostro destacaban unos ojos almendrados, una nariz ganchuda y un fiero fruncimiento de ceño que sin duda evidenciaba que era el hijo de la mujer que se encontraba junto a él. Pero su piel era varios tonos más oscura, lo que daba a entender que su padre era un sureño.

«Y uno grande de cojones», pensó Tam al contemplar los anchos hombros del chico.

Ahora que sabía que Consuelda estaba presente, la barda tenía mucha más confianza en las posibilidades de supervivencia de la ciudad ante la batalla que estaba a punto de tener lugar, al menos hasta que la cazarrecompensas abrió la boca.

—Yo también me marcho —dijo.

Mano Lenta se desmoralizó a simple vista.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sabes por qué. Si no detienes a Astra en Conthas…

—Detendremos a Astra en Conthas. Tenemos que hacerlo. Además, no conseguirás volver a tiempo.

—Lo sé —dijo ella—, pero si Conthas cae… Bueno, entonces el resto del mundo le necesitará, Clay. Más que nunca.

—¿De quién hablan? —susurró Tam, pero Cura se limitó a negar

con la cabeza.

Mano Lenta y Consuelda se miraron unos instantes.

—Buena suerte —dijo él, al fin.

El comandante agriano esbozó una sonrisilla.

—Quizá también tú deberías plantearte abandonar la ciudad —le dijo a Clay.

—No vamos a abandonar la ciudad —dijo Rosa—. Todas las personas a las que mata Astra se convierten en infantería para su ejército. Teniendo en cuenta que ha resucitado a la mayor parte de la Horda de la Bruma, puede que controle a unos ochenta mil monstruos, además de a todos los mercenarios que consiguiese matar en Valle Gris.

—Ya hemos logrado vencer a la Horda en una ocasión —alardeó Kurin al tiempo que cruzaba los brazos sobre el tatuaje de las alas que destacaba en su pecho—. Lo volveremos a hacer.

«¿Cirrolibre no había dicho algo parecido?», pensó Tam. La diferencia era que ese imbécil follacaballos se lo creía de verdad.

—Estaban muy asustados —explicó Rosa—. Confusos. Desesperados por escapar de un bosque en llamas, y con casi toda seguridad estaban siendo atacados por sus propios muertos. En esta ocasión serán implacables y estarán obligados a cumplir las órdenes de Astra, que no los dejará huir. Ni siquiera los dejará morir. En Castia derrotamos a la Horda porque quebramos su voluntad, pero el ejército de la Reina del Invierno no tiene voluntad alguna.

—No puede controlarlos a todos a la vez —dijo el invocador que tenía el elefante debajo del brazo. Miró a Moog—. ¿Verdad que no?

El viejo mago se atusó la barba blanca contra la parte delantera de la túnica.

—Pues… a lo mejor sí —dijo—. Los nigromantes utilizan su energía vital para resucitar a los muertos. Así es como lo hacen la mayoría. Pero la Reina del Invierno… bueno, ella ya está muerta o algo parecido. No tengo ni idea de cómo lo hace, pero parece ser que Astra se cree capaz de esclavizar a todas las criaturas de Grandual. —Moog se retorció los dedos huesudos—. Nuestras alternativas son tomárnosla en serio o arriesgarnos a sufrir las consecuencias.

—Y esas consecuencias… —murmuró el barón de Ollasalobre.

—Bueno, la consecuencia es la muerte —dijo el mago, aunque la respuesta era evidente—. La completa aniquilación de toda vida en nuestro mundo.

Tam vio que el pecho del tamaño de un barril de Clay Cooper se alzaba y caía a causa de un largo suspiro.

—Otra vez —gruñó.

Rosa se puso en pie y se dirigió a todos los presentes.

—Tenemos que detenerla. Es necesario que lo hagamos aquí y ahora, antes de que sea demasiado tarde. Y solo lo conseguiremos si trabajamos juntos. —Miró a todos los presentes sentados a la mesa—. Carteanos. Agrianos. Mercenarios. Soldados. Hechiceros. Matones. Da igual lo que seáis mientras estéis dispuestos a luchar. Puede que el resto de Grandual no lo sepa, y es más que probable que ni nos crean si sobrevivimos para contarlo, pero es posible que seamos la última línea de defensa que los separa de una muerte segura. —Alzó un dedo hacia el comandante agriano—. Si luchamos separados, moriremos, por lo que quedaos a luchar u os enfrentaréis a nosotros en el campo de batalla cuando nos convirtamos en muertos vivientes.

Se hizo un silencio ominoso en la estancia, y luego el barón de Ollasalobre carraspeó.

—¿Entonces no tienes un plan? ¿Una argucia milagrosa para matar a la Reina del Invierno y disipar la magia de esa Horda de un plumazo?

Los dientes de Rosa relucieron como una hoja desenvainada a la luz de los faroles.

—Pues sí. Lo cierto es que sí que lo tengo.

50

La víspera de la aniquilación

Los agrianos se marcharon por la noche. Tam y los demás los vieron alejarse desde la azotea de Bosquestela. La banda holgazaneaba junto a un brasero de aceite encendido, solos a excepción de una docena de mesas heladas, unos cuantos arbustos congelados y Moog, que estaba recogiendo algún que otro objeto del *Vieja Gloria* antes de cedérselo a Doshi por la mañana. El barco volador estaba medio sumergido en la piscina poco profunda que había detrás de ellos, pero el capitán le había asegurado a Rosa que lo tendría listo para la batalla cuando Astra y su Horda llegasen a la ciudad.

—Putos cobardes —murmuró Rosa. Le dio un par de caladas largas a la pipa mientras veía partir a los agrianos.

—Es mejor que los cobardes se marchen antes de la batalla que durante ella —dijo Brune.

Cura le pasó la botella de vino tinto barato que compartían.

—Eso ha sido muy profundo. Me sorprendes.

—Gracias —dijo el chamán—. Lo leí en un posavasos del Escudo Quebrado.

—¿Sabes leer? —La invocadora sonrió—. Ahora sí que estoy impresionada de verdad.

—Pero tiene razón —dijo Roderick. El sátiro se encontraba sentado con las pezuñas colgando por el borde del edificio—. Ver a los soldados huir en mitad de una batalla es terrible para la moral de las tropas.

Tam había sacado *Hiraeth* del barco volador y tenía la funda de piel de foca apoyada contra ella mientras contemplaba el horizonte.

—No creo que la moral vaya a ser un problema.

Las calles eran un caos, un río desenfrenado que rebosaba de dos tipos de personas: los que estaban demasiado borrachos para preocuparse por la Reina del Invierno y los que estaban decididos a acabar como los anteriores. Los gritos y las carcajadas llenaban el ambiente; cien bardos tocaban cien canciones con todo tipo de

instrumentos: mandolinas, tambores, quenas o campanillas de latón. Era complicado distinguir entre los grupos de gente que bailaba y la que peleaba, y también difícil diferenciarlos de las orgías que habían ido empezando a pesar del frío.

Tam había perdido la cuenta de las Rosas falsas que había visto deambular entre la multitud. Había pelirrojas teñidas por todas partes, y algunas se parecían más a Rosa que la propia Rosa, ya que la líder de Fábula llevaba sin teñirse el pelo desde el final de la gira y habían empezado a salirle las raíces doradas (las castañas de Tam también empezaban a asomar en su cabeza).

La barda también se sorprendió al ver a Óscar el tritón, a quien habían sacado del foso de la ciudad para luego auparlo entre un mar de manos. Su mal humor había dado paso a una alegría azuzada por el vino, tal y como dejaba claro la botella que sostenía entre sus extremidades palmeadas.

Unos de los barcos voladores que Tam había visto antes, una carraca barrigona que se llamaba *Barracuda*, flotaba sobre la calle. Los juerguistas que estaban a bordo vertían chorros de priva en las bocas abiertas y en las copas levantadas de las masas sedientas. El capitán del barco no estaba a la vista, pero en su lugar había una fila de mujeres ligeras de ropa que aguardaban su turno para controlar las esferas de dirección.

«Hablando de capitanes…».

Tam vio la túnica amarilla y el gorrito a rayas de Daon Doshi al otro lado de la calle, frente a una taberna. Estaba dándose el lote con una mujer que la barda no fue capaz de identificar hasta que los dos llegaron a la conclusión de que respirar era más importante que intercambiar saliva.

Cura también se había fijado en la pareja.

—Un momento. ¿Esa es…?

—Jain —terminó Tam—. Esos dos… En realidad, tiene mucho sentido.

La invocadora rio.

—Pues sí, la verdad es que sí.

—Podrán intercambiarse la ropa y todo —sugirió Tam.

—Y robar a la gente hasta cansarse.

—Dioses —dijo la barda con una sonrisa en el gesto—. Están hechos el uno para el otro.

—Así es. —La alegría de Cura desapareció al momento—. Por desgracia…

No terminó la frase, pero no costaba mucho imaginarse qué iba a decir a continuación.

—Vosotros también deberíais iros —dijo Rosa un poco después.

Todos se miraron entre ellos.

—¿Nosotros quiénes? —preguntó Roderick

Rosa dejó la pipa en la cornisa cubierta de nieve.

—Todos vosotros. Puede que Astra ya nos haya rodeado, pero estoy segura de que un grupo pequeño podría escabullirse y huir. Podríais ir hacia el este. O adonde fuera.

—¿Huir? —preguntó Brune con incredulidad.

—Huir. Vivir. Un poco más, aunque sea.

Cura dijo:

—Estás de broma, ¿verdad? Acabas de llamar cobarde a ese comosellame por huir.

—Lokan —dijo Rosa.

—Ese. ¿Y ahora quieres que nosotros hagamos lo mismo? ¿Que te abandonemos aquí para morir unas semanas después que tú?

—Podrían ser años… —empezó a decir Rosa.

—Y una mierda —la interrumpió Cura—. Y una mierda también para tu sugerencia.

Rosa rio, un sonido que Tam no esperaba volver a oír si tenía en cuenta lo que había perdido y lo que perdería durante los próximos días.

—Tenía que intentarlo —dijo.

La Bruja de Tinta la miró con cautela, como un gato asustado al que su dueño ofrece volver a su regazo.

—No, no tenías por qué hacerlo. Tienes una familia que defender, ¿no? Gente a la que amas y que necesita que la protejas. Pues yo también la tengo.

—Yo también la tengo —repitió Brune.

—Y yo —dijo Tam.

Rosa estaba a punto de responder, pero justo en ese momento alguien gritó desde la escalera que se encontraba detrás de ellos.

—¡Rosita! ¡Cariño! ¡Te he estado buscando por todas partes!

La voz pertenecía a un hombre escuálido de barba irregular y sonrisa negra. Llevaba un gabán que le quedaba varias tallas demasiado grande y que arrastraba por la nieve a medida que avanzaba.

Tam no lo conocía, pero Cura y Brune no se mostraron muy entusiasmados al verlo, por lo que llegó a la rápida conclusión de que no les caía muy bien.

Rosa lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Qué es lo que quieres, Pryne?

El hombre extendió los brazos. Tam se dio cuenta de que estaban

manchados del mismo color oscuro que sus dientes.

—He oído decir que ibas a jugar a hacerte la heroína, así que he venido a ayudar.

—Márchate.

—Tranquila, tranquila —dijo Pryne—. ¿Qué forma es esa de hablarle a un viejo amigo? Y menos aún a uno que trae regalos…

Sacó una tela del bolsillo del gabán y la desdobló, con cuidado de que no le cayese nieve a lo que había dentro.

Tam no vio lo que era, pero lo supuso debido a la conducta lisonjera del tipo y a la manera en que Rosa se apartaba de él. Pryne era un traficante.

—¡Mira qué maravilla! —aulló—. ¡Hay suficiente Hoja del León para acabar con una docena de Hordas!

—No me interesa —le dijo Rosa.

—Claro que sí te interesa —dijo él con voz obsequiosa y sibilante.

Tam comprobó que se trataba de un hombre muy ducho en convencer a los adictos de que querían algo que no necesitaban.

Luego vio que Cura acercaba la mano a una de las dagas que tenía envainadas alrededor del cuerpo. Brune estaba sopesando la botella de vino que tenía en la mano, como si se debatiese entre bebérsela o romperla en la cabeza del traficante.

—Venga, que te hago un descuento y todo —dijo Pryne—. Ya sabes, para que salves el mundo y todo eso.

Rosa miró lo que le ofrecía el traficante. Por sus ojos cruzó una silente aflicción, como si tuviese que enfrentarse al fantasma de un enemigo mortal derrotado hace mucho tiempo. Pero luego relajó la expresión.

—Dámela —dijo con un suspiro.

Roderick dejó escapar una especie de quejido, pero no dijo nada. Tampoco Brune ni Cura ni Tam, para su propia sorpresa; fue lo bastante inteligente como para darse cuenta de que algunas batallas hay que librarlas a solas, aunque eso suponga que las vas a perder.

—¡Esa es mi chica! —dijo Pryne al tiempo que le ofrecía la mercancía—. Te he traído la mejor, claro. Recién preparada esta mañana, por lo que será un poco menos amarga de lo que estás acostumbrada. Tienes una docena, así que… —Se quedó en silencio al ver que Rosa las cogía de la tela. Después soltó una risilla que sin duda era falsa—. Ahora ten cuidado, Rosita, o…

Rosa aplastó las quebradizas hojas dentro del puño. Cuando abrió la mano, solo quedaba un polvillo que el viento se llevó hacia la fría noche de Conthas.

Los ojos del traficante se abrieron como platos.

—¿Qué narices? ¿Estás loca o qué? ¡Acabas de desperdiciar sesenta putas marcoronas! ¡Y espero que me las pagues!

—Claro que sí. —Rosa sonrió—. ¿Qué te parece al final de esta semana?

La mano de Pryne se acercó a la daga que llevaba al cinturón, pero ser imbécil no estaba entre sus múltiples taras. Se relajó y su obsequiosa sonrisa regresó poco a poco a su rostro.

—Algo me dice que nos veremos antes. Ambos sabemos lo que nos espera, Rosita. Cuando llegue la Horda, vendrás arrastrándote a mí, y será mejor que tengas preparadas una buena bolsa de monedas y una disculpa convincente.

—¿Puedo tirarlo al suelo desde aquí? —suplicó Brune.

—¿Puedo yo cortarle los cojones antes de que Brune lo tire? —preguntó Cura.

Pryne se dirigió a toda prisa hacia la puerta que daba al piso inferior.

—¡Que la podredumbre os lleve! —gritó por encima del hombro.

Nadie dijo nada durante un rato después de que se marchase. Roderick estiró las piernas y se dedicó a contemplar a la multitud de la calle. Rosa se miró la mancha negra que le había quedado en las manos mientras se preguntaba, quizá, si tenía de verdad la valentía necesaria para enfrentarse a la Horda por su cuenta. Brune bebió mientras intentaba cazar copos de nieve con la lengua. Cura tarareó en voz baja. La canción le resultaba familiar a Tam, y poco después se dio cuenta de que se trataba de la que había compuesto ella para el chamán.

Abrió los cierres de la funda de piel de foca y sacó del interior el laúd con forma de corazón. Después se sentó junto a Roderick y se colocó *Hiraeth* sobre el regazo. El resto la miró mientras tocaba un par de notas exploratorias.

Cura sonrió, lo que hizo que tocar mereciese la pena incluso antes de empezar.

—¿Cantas conmigo? —preguntó Tam.

La invocadora arqueó la ceja y sus labios se torcieron en una sonrisa asimétrica.

—¿Por qué no?

Tam tocó. Y cantaron. El sátiro se balanceaba junto a ella mientras seguía el ritmo dándose golpecillos en los muslos. Rosa y Brune se dedicaron a escuchar. El chamán empezó a asentir justo al comienzo de la canción, y cuando esta terminó llevaba un rato meciéndose de un lado a otro y parpadeando para contener la amenaza de las lágrimas.

Moog salió del interior del *Vieja Gloria* y se colocó junto a Rosa, que pasó un brazo por encima de los hombros enjutos del anciano.

Tam cantó sola la última estrofa, ya que todavía no había escrito la letra antes de interpretarla con Cura en la casucha de Lindefunesta.

El crimen de un padre; de una madre, el lamento.
Incapaces somos de olvidar el pasado.
Y encontramos, cuando casi no nos queda aliento,
la pieza que falta, el tiempo arrebatado.

Soportamos el peso de tronos robados
con corazones rotos y huesos destrozados.
La canción más triste que jamás he conocido
pertenece al lobo y es su aullido.

—Por la sangre de los putos dioses —dijo Brune al terminar—. Me encanta. Me encanta, Tam. Gracias.

La barda bajó el laúd justo antes de que la rodeasen los enormes brazos del chamán. Este le dio un apretón y luego, antes de soltarla, la besó en la coronilla.

—¡Pues resulta que sí que es barda! —bromeó Roderick. El comentario sonó jocoso, pero había un resentimiento en esas palabras que Tam fue incapaz de descifrar.

—¿Podría pedirte una? —preguntó Rosa.

Tam se sopló en los dedos para calentárselos.

—La que quieras menos *Castia*.

Cura rio entre dientes. Brune no había dejado de sonreír, y miró a Rosa como un niño que espera que su madre le dé un tortazo a su hermano.

—Creo que sabes a cuál me refiero —dijo Rosa. Y luego añadió, aunque no hacía falta—: Por favor.

Resultó que Tam sí sabía la canción que Rosa tenía en mente.

«Todo acaba como empezó», pensó Tam.

Moog la interrumpió cuando la barda llevaba tocados unos pocos acordes de *Juntos*.

—¡Ah, espera! ¡Perdón, solo es un momento!

El mago empezó a rebuscar entre los muchos bolsillos de su túnica y terminó por encontrar una pequeña bolsita de cuero. Metió la mano y sacó un pellizco de polvo azul que luego espolvoreó sobre las llamas del brasero. El fuego chisporroteó y dejó cierto aroma a canela en el ambiente. No dijo nada más, sino que se limitó a dedicarle un guiño exagerado y a levantar dos pulgares.

Tam se llevó un buen susto cuando volvió a rasguear el primer

acorde de la canción. La música resonó a su alrededor por todas partes, y no se dio cuenta de dónde venía hasta que rasgueó otras notas. No sabía qué encantamiento había lanzado Moog en el brasero, pero todos los acordes que tocaba resonaban ahora en las antorchas y las hogueras de la ciudad.

El ruido de la Zanja empezó a entrecortarse porque los celebrantes echaban vistazos a su alrededor, sorprendidos. Los instrumentos quedaron en silencio y las conversaciones remitieron. Las ventanas se abrieron de repente y unos rostros llenos de curiosidad se asomaron para mirar, sin duda preguntándose por qué había empezado a sonar una canción en sus chimeneas y sus velas.

Cura le dirigió a Tam un gesto tranquilizador.

—Continúa —susurró.

«Continúa», repitió la noche que las rodeaba.

La barda respiró hondo, consciente de que era posible que la estuviese oyendo toda la ciudad, y luego empezó a cantar.

Los bardos cuentan que fue la propia Reina del Invierno la que encabezó la Horda en el ataque a Conthas. Afirman que los defensores de la ciudad estaban superados en número en una proporción de tres a uno, y que monstruos, hombres y mujeres lucharon juntos para acabar con aquel implacable ejército de muertos vivientes. También comentan que Clay Cooper acabó con el gigante Bronturo en combate singular, o que en realidad lo hizo Rosa la Sanguinaria, o que, de hecho, fue una joven de pelo plateado la que lo mató de un único flechazo… Pero lo cierto es que ninguna de estas afirmaciones es cierta.

Los bardos mienten más que hablan, como bien sabéis. Dicen lo que sea para conseguir una bebida gratis o para que les metan otra moneda de cobre en el sombrero.

Pero de todas las historias que se contaron sobre los días previos y posteriores a la destrucción de Conthas, ninguna es más absurda, más categóricamente inverosímil, que la historia de Tam Hashford y la Ciudad Cantarina.

Según los bardos, tocó en una azotea y su voz, amplificada gracias a la magia, se oyó en todos los rincones de Conthas. Se dice que interpretó la canción de su madre, que ha adquirido ahora una fama legendaria, con el también legendario laúd de su madre, y que cantó la primera estrofa con voz apocada y trémula hasta que una segunda voz, grave pero también de una mujer, se unió a ella. Se afirma que, durante el estribillo, la acompañaron todos sus otros compañeros de banda, incluida la mismísima Rosa la Sanguinaria.

Esas historias nos han llevado a creer que numerosos mercenarios

curtidos en mil batallas lloraron al oír la voz de Rosa. Algunos incluso dijeron que habría sido una barda magnífica si el mundo no la hubiese convertido en asesina.

Cientos más se unieron para la siguiente estrofa. La mayoría de la gente se sabía la canción de memoria, y no había un borracho en todo el mundo que no se considerase un cantante excepcional. Se dice que, cuando volvieron a llegar al estribillo, hasta el habitante más sobrio de Conthas dejó a un lado la vergüenza y cantó con ellos.

Cantaron en todas las calles, en toda plaza; en burdeles, tabernas y guaridas de traficantes de rasca, en casas de apuestas y templos iluminados por las velas; en todos los lugares donde brillase un fuego. Los ladrones canturrearon mientras rebuscaban en bolsillos ajenos, las prostitutas tararearon en los oídos de sus amantes, los arrieros les dieron una serenata a los monstruos en sus rediles, pozos o jaulas.

Los mercenarios, a pesar de su pompa y su boato, eran unos sentimentales, por lo que los miles que abarrotaban las calles de Conthas se abrazaron unos a otros y aullaron a pleno pulmón, porque era una posibilidad que muriesen al día siguiente y se convirtieran en muertos vivientes poco después, pero esa noche estaban vivos. Se unieron hasta los músicos: con tambores, rasgueos y punteos de instrumentos de cuerda, todos echando sus especias en la olla donde se cocía a fuego lento esa melodía.

Entre los sucesos más rocambolescos de la noche se encontraba el de un druin que, de pie en una ladera oscura, contemplaba con la melancolía propia de un inmortal el espectáculo que se abría ante él. Otros afirmaban que hasta la Horda que se acercaba poco a poco a la ciudad cantarina llegó a oír la melodía. Se imaginaban a un grupo de cadáveres arrastrándose y ladeando la cabeza para escuchar aquella canción distante y desafiante, con las llamas de sus ojos parpadeando como si se agitara la chispa de humanidad que aún quedaba en su interior.

Como bien sabéis, la obra maestra de Lily Hashford acaba sin acompañamiento musical. Durante esa estrofa final, el coro formado por toda la ciudad también se quedó en silencio; las voces se apagaron igual que un roble pierde una a una sus hojas durante el invierno. Hasta que solo se oyó la voz de la joven que lo había empezado todo.

Una voz alentada por el coraje de sesenta mil almas, que ya no sonaba apocada como unos minutos antes. Ahora era potente, firme y nítida como una estrellada noche de verano. De hecho, hay algunos que juran que fue la mismísima Lily Hashford quien cantó esa última estrofa.

Y cuando ella también se quedó en silencio, pasaron varios

segundos antes de que empezase a sonar el aplauso.

Y todos los bardos coinciden en que en ese momento ocurrió algo muy extraño.

Tam Hashford se puso en pie. Pasó los dedos por la tapa de madera blanca del laúd de su madre y susurró un mensaje secreto a la caja con forma de corazón del instrumento. Después, agarró el estrecho mástil con ambas manos y lo hizo astillas contra la cornisa que tenía frente a ella.

51

Amigos y enemigos

Tam se quedó mirando los restos del laúd de su madre.

Esperó a que los remordimientos se apoderasen de ella, a que alzasen los brazos y le gritasen: «¡Imbécil! Pero ¿qué has hecho?».

Se las había arreglado para destruir aquel precioso instrumento en cuestión de segundos, acababa de destruir su sustento como barda y roto el último lazo que la unía a su madre. Sabía que eso era algo que debería hacerla sentirse miserable, que unos meses atrás se habría sentido así.

Pero unos meses atrás era una persona muy diferente.

Mientras destrozaba *Hiraeth*, Tam sintió que hacía lo correcto. Acababa de librarse de una angustia que llevaba acumulando en su interior desde que era pequeña. Ahora, el recuerdo de su madre se había afianzado en su interior como un fuego imposible de olvidar. Antes se quemaba con tocarlo siquiera, pero ahora le procuraba consuelo. Era un calor que le envolvía el alma y que, si lo alimentaba, podía llegar a sanarla en lugar de hacerle daño.

Y mejor aún: al fin había tomado la decisión que Cirrolibre le había dicho que tendría que tomar. Como barda, su cometido era mirar, distanciarse de los hombres y de las mujeres cuyas historias se suponía que tenía que contar, pero sabía que era algo que no podía hacer, era incapaz de quedarse quieta mientras los demás ponían su vida en peligro.

«¿Distanciarse? —se burló para sí—. Lo de distanciarse se acabó cuando te metiste en la cama con una compañera de banda…».

Tam se dio cuenta poco a poco de que los demás no habían dejado de mirarla: Roderick tenía la boca abierta a causa de la conmoción, mientras que Brune y Cura ponían un gesto a caballo entre una sorpresa causada por el susto y genuina preocupación. Moog estaba demasiado preocupado frotándose los ojos enrojecidos para mirar algo que no fuesen las mangas de su túnica.

Rosa, en cambio, sonreía.

—Eras una barda terrible —dijo.

—Lo sé.

—Estás despedida.

—Me parece bien.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora?

Tam sopló un mechón de pelo plateado que le cubría los ojos.

—Estaba pensando en unirme a una banda.

—Hum. —Rosa fingió que se lo pensaba—. ¿Tienes experiencia?

—Algo —confesó Tam—. Una vez maté a un cíclope con una flecha.

—¿En serio?

Tam asintió.

—Claro. Pregunta por ahí y verás.

La sonrisa de Rosa se ensanchó.

—En ese caso… —Extendió los brazos—. Bienvenida a Fábula.

A pesar de la doble muralla, del foso circundante y de la gran ventaja de contar con dos colinas, Conthas no estaba nada preparada para soportar un asedio. De las cuatro puertas de la ciudad, la única que aún funcionaba bien era la reja levadiza de la Tierra Salvaje, que se encontraba en la muralla exterior. De hecho, la ciudad nunca había repelido un ejército invasor y siempre prefería dar la bienvenida a sus aspirantes a conquistador con los brazos abiertos.

Roderick comparaba esa táctica con una propia de un sórdido burdel.

—Primero los atraes para que entren —explicó—. Luego los emborrachas, follan un rato, les robas cuando no se dan cuenta y terminas por tirarlos en un callejón.

—No creo que eso vaya a funcionar esta vez —señaló Tam.

La respuesta del sátiro fue compartir una sonrisa taimada con Rosa.

—Ya veremos —dijo.

Por suerte para Conthas, tanto Rosa como Mano Lenta eran veteranos en lo que a asedios se refería. Rosa se había quedado atrapada en Castia durante meses mientras la Horda de la Tierra Salvaje aguardaba al otro lado de sus murallas. Después de que la peste diese buena cuenta de la mayoría de los oficiales al mando de la República, ella tomó el control de las defensas de la ciudad y lideró personalmente a los soldados restantes hacia el exterior durante la batalla de las Bandas.

Y Mano Lenta… Bueno, todo el mundo sabía lo que Saga había soportado en Colina Hueca. *Corazón Tiznado,* el escudo de Clay, era un buen testimonio de lo que les ocurría a los que intentaban acabar con

él. Tam dudaba que la piel de la Reina del Invierno les sirviese para fabricar un escudo lo bastante robusto, pero era muy probable que se pudiesen hacer unos buenos guantes de cuero.

Esos dos eran de los pocos que tenían posibilidades de salvar Conthas (algo que, francamente, Tam no estaba muy segura de que nadie pudiese hacer).

Llegó la mañana, y Mano Lenta convirtió Bosquestela en una especie de centro de mando improvisado. Desde allí planeó las defensas de la ciudad y recibió a una docena de mercenarios, matones y alquimistas a los que esperaba poder integrar en el plan de Rosa, un plan que hasta el mismísimo Moog consideraba «más loco que un ejército de orcos».

—No te confundas —aclaró—. El plan me encanta, pero ¡es una locura tan grande como poner calcetines a un ciempiés!

Rosa empezó a recorrer las calles para supervisar los trabajos que iban a convertir a Conthas en la tumba de la Horda. Se despejaron las avenidas, o se bloquearon, o se construyeron barricadas para crear calles sin salida y cuellos de botella mucho más defendibles. Los edificios ardieron o se derrumbaron a voluntad de la mercenaria. Los carromatos se renovaron, se desmontaron o se convirtieron en bombas para luego remolcarlos hasta lo alto de las colinas.

El Santuario, ubicado en la elevación que había la zona meridional (que los lugareños llamaban Colina de la Capilla), pasó a ser un hospital de campaña y el lugar donde tendría lugar el último esfuerzo defensivo si las cosas terminaban por torcerse.

—Las colinas son lugares excelentes para morir —comentó su tío Bran en tono más animado del que debería.

Branigan se unió a Mackie la Loca y Alkain Tor (líderes de Resplandor y Castigo de Gigantes, respectivamente) y los tres fueron los encargados de organizar las bandas de mercenarios en tres compañías que avanzarían y operarían de manera independiente. Una de ellas se prepararía para una emboscada, mientras que las otras dos tenían que resistir el embate de los muertos vivientes y fingir que las cosas no les iban bien.

La compañía de Bran estaba formada casi completamente por defensores ancianos, veteranos de la Tierra Salvaje que se pusieron con sorna el nombre de Espadas Oxidadas.

A Brune se le confió la tarea de asegurarse de que los matones y los luchadores de los pozos estuvieran bien protegidos y equipados para la batalla, mientras que Cura se instaló en un bar de techo bajo llamado la Caverna y comenzó el largo y tedioso proceso de ejecutar la parte más crítica del plan de Rosa. La cola de mujeres que esperaba

fuera del local llegó a extenderse por varias manzanas.

Óscar el tritón (que de resaca estaba incluso más cascarrabias que el día anterior) fue nombrado «lord comandante del foso» y se presentó con un tridente ceremonial de plata. Le dirigió un saludo a Rosa antes de marcharse a «matar a todos los fiambres cabrones que se atrevan a nadar en mi territorio», dicho con sus propias palabras.

Tam y Roderick acompañaron a Rosa a dar una vuelta por los distritos de la ciudad, desde el sórdido y miserable Fondo de Roca, pasando por las calles llenas de esmog de Ollasalobre hasta las lujosas viviendas de la Corte de Papel, donde la baronesa Alektra les ofreció tarta helada y té blanco de la costa fantrana, que Rosa se tragó como si fuese un chupito de whisky.

—¿Dónde están los quinientos efectivos que me prometiste? —preguntó la mercenaria a Alektra.

La baronesa sonrió.

—Están haciendo un recado —respondió en tono críptico antes de indicarle a un sirviente que se acercase—. ¿Más té?

El «recado» de Alektra resultó ser un asalto a gran escala al territorio vecino de su hermana gemela. Poco antes del mediodía, los hombres de la baronesa irrumpieron en los túneles del Soplón con la esperanza de pillar desprevenida a Íos. Pero no encontraron resistencia alguna, ya que Íos se había anticipado a la traición de su hermana y tenía un plan. Mientras los hombres de Alektra se dedicaban a saquear el Soplón, Íos y sus asesinos irrumpieron en la Corte de Papel. La última vez que Tam las vio, la baronesa del Soplón llevaba a su hermana atada con una correa de plata.

Rosa también tuvo una breve reunión con Kurin, guardaespaldas del Alto Han, cuyos exploradores habían confirmado que la Horda avanzaba más despacio de lo esperado y que no llegaría hasta el día siguiente. Antes de marcharse, Rosa le dijo a Kurin que visitara a Cura en la Caverna.

—Sáltate la cola —aseguró—. Y dile que vas de mi parte.

El integrante de la Guardia Córvida se quedó confundido, pero asintió antes de marcharse.

La próxima parada fue el Mercado de los Monstruos, donde Rosa reunió a cazadores y arrieros y les explicó la parte que les correspondía en el plan. Uno de ellos, un arriero moreno que llevaba un sombrero decorado con plumas de grifo, rechazó aceptar las exigencias de la mercenaria y algunos de sus socios hicieron lo propio. Rosa no tenía tiempo para negociar (y tampoco es que se le diese muy bien), por lo que colgó al tipo por encima del pozo de trasgos hasta que este llegó a la conclusión de que el plan de Rosa era muy

inteligente.

Mientras, Roderick (que sí que era un negociador brillante) recorrió la plaza. El agente de Fábula habló con trols, negoció con osgos y discutió con jefes kobold. A todos y cada uno de los prisioneros les ofreció una disyuntiva muy simple: libertad o muerte.

Los que eligieron libertad fueron informados de cuál era su cometido en la batalla que estaba a punto de tener lugar, mientras que los pocos que rechazaron la oferta obtuvieron algo que los arrieros envidiaron enormemente: una muerte rápida y compasiva. Decapitaron y quemaron los cuerpos poco después.

Cuando Tam le preguntó a Roderick por qué algunos preferían morir en lugar de luchar, el sátiro raspó una cerilla en el cuerno que le quedaba y la usó para encenderse la pipa.

—Por muchas razones —dijo—. Puede que odien a los humanos. Puede que les tengan mucho miedo a los muertos o que no quieran convertirse en sirvientes de Astra si las cosas salen mal mañana. Y algunos… Bueno, son monstruos, Tam, monstruos de verdad. El Corazón de la Tierra Salvaje es un lugar malvado, retorcido y perverso. Cuando pasas mucho tiempo ahí dentro, te termina calando. Te infecta. Es algo de lo que he sido testigo.

—¿Y si ganamos? —preguntó Tam—. ¿Qué ocurrirá a los que luchen en nuestro bando?

El agente le dio una larga calada a la pipa.

—Pues tendrán que intentar llevarse bien con los humanos, igual que he hecho yo—. Exhaló el humo a través de una sonrisa sarcástica —. No todos sois unos gilipollas, ¿sabes?

—La mayoría sí, ¿no?

—La mayoría sí —dijo con tono amigable. Después señaló el cadáver de un fírbolg que tenían delante—. Ahora, vamos a quemar a este capullo y volvamos a la taberna.

El ambiente de esa noche fue sombrío. El tiempo empeoró, y Rosa ordenó que los mercenarios trabajasen por turnos para quitar la nieve y mantener las calles despejadas. Mientras Mano Lenta y ella examinaban con atención un mapa enorme de la ciudad, Tam y sus compañeros de banda regresaron al Mercado de los Monstruos para repartir cuencos de guiso caliente entre las criaturas que estaban allí cautivas.

Fue un gesto que agradecieron la mayoría de las criaturas, menos un minotauro que se quedó mirando la comida con repugnancia manifiesta.

—¿Esto qué es? ¿Ternera? ¡No me lo puedo comer! ¿No tenéis una ensalada o algo así?

—No, no tengo una puta ensalada —dijo Roderick.

El minotauro los miró impertérrito entre los barrotes de la celda.

—Pues me vendría mucho mejor.

Cuando regresaron a Bosquestela, Rosa les ordenó regresar a sus habitaciones.

—Tenéis que descansar. O intentarlo. —Antes de que Cura se fuese, Rosa la detuvo y señaló con la barbilla en dirección al último tatuaje de la invocadora—. ¿Quieres que hablemos de eso?

La Bruja de Tinta le sostuvo la mirada a la mercenaria.

—¿Tú necesitas hablar de ello?

—No.

—Pues yo tampoco —dijo Cura.

—Bien.

En el piso de arriba, la Bruja de Tinta y Tam volvieron a quedar asignadas a la misma habitación. Había una cama pegada en cada pared, por lo que Tam se quedó junto a la puerta y esperó a que Cura eligiese la suya.

Cura se dirigió de inmediato hacia la de la derecha. Cogió las mantas y las sábanas, las enrolló y luego se dirigió hacia la única ventana de la habitación. Abrió el cristal y lanzó la ropa de cama hacia el callejón.

Se volvió y encaró a Tam, con el pelo negro agitándose a causa de la brisa fría. La miró como si la desafiara a hablar.

—Supongo que tendremos que compartirla —dijo la barda.

Cura respondió con una sonrisa pícara.

—Eso parece.

Tam se despertó antes del amanecer y se encontró a Cura sentada al borde de la cama. La luz de las antorchas que se proyectaba a través de los cristales de la ventana iluminaba el ent que tenía tatuado en la espada, la copa en llamas de *Agani* quedaba delineada entre piel llena de cicatrices y tinta oscurecida. Tam extendió la mano y la invocadora hizo ademán de apartarse, pero no se movió.

—¿Te he despertado? —preguntó Cura.

—No. ¿Has dormido?

—Un poco. No mucho. —Miró por encima del hombro—. Mira, Tam. Esto ha sido…

—Dioses —gruñó la barda—. No irás a regalarme otra daga, ¿verdad?

Cura rio en voz baja.

—Esta vez no, lo siento. —Se volvió y rozó la mejilla de Tam con los dedos—. Esto ha sido perfecto. Gracias. No podría haber tenido una última noche mejor.

La palabra «última» se coló en la mente de Tam antes de que lo de «perfecto» tuviera siquiera la oportunidad de asentarse.

—¿No crees que vayamos a sobrevivir? —preguntó.

—Puede que tú sí.

—Puede que sobrevivamos todos.

Cura apartó la mano.

—Las batallas no funcionan así, Tam. Y menos con las oportunidades que tenemos de salir vivos de esta. Algunos… la mayoría, lo más seguro, tendremos que sacrificarlo todo para que el resto tenga la oportunidad de sobrevivir.

—Lo sé —dijo Tam—, pero eso no quiere decir que tengas que ser tú.

La voz de Cura sonaba afligida.

—Y si no soy yo, ¿quién?

Se oyeron voces en la calle. Unos gritos frenéticos por la ventana. El sonido de las puertas al abrirse de improviso, pasos que retumbaban por el pasillo. Luz, al fin, que se coló por la ventana y cubrió el techo de tonalidades de llamas tenues.

Había llegado el amanecer y, con él, la Horda.

52

El principio del fin

Tam estaba con Cura, Brune y Roderick frente al Santuario de la colina meridional. Desde allí veía la extensión que rodeaba Conthas mucho mejor de lo que le hubiese gustado. La Horda de Astra se extendía por el noreste de la ciudad.

Fue incapaz de no fijarse en algunos de los monstruos más reconocibles que se encontraban entre la multitud. Bronturo era muy fácil de ver, ya que abría la comitiva y llevaba ese mazo con cabeza de carnero que había oído que algunos mercenarios llamaban *ZAS*. La carne del gigante se había tornado de un azul pálido, mientras que su pelo largo y su barba se asemejaban al amarillo blancuzco de la leche cortada. La cabeza se le agitaba demasiado de un lado a otro porque el Simurg le había destrozado el cuello.

Según Moog, para matar a los muertos vivientes hacía falta quemarlos, decapitarlos o destruir el órgano podrido que hacía las veces de cerebro.

«Si el Comedragones lo hubiese mordido un poco más fuerte —pensó Tam—, no tendríamos que enfrentarnos a ese gigante enfurecido».

—¿Y los esqueletos? —insistió Cura al mago—. No tienen cerebro.

—Devolver la vida a esqueletos no es un acto nigromántico —respondió el mago—. Es poco más que lo que hace un titiritero. Y te recomiendo evitar a ese tipo de gente.

La Horda también tenía muchas criaturas que parecían gigantes pero que no lo eran, como ettins de dos cabezas, fomorianos jorobados y moles de piedra cuyos brazos largos y pedregosos abrían surcos en el barro. Tam incluso llegó a ver a algún que otro cíclope por aquí y por allá, aunque ninguno tan monstruoso como ese al que Fábula se había enfrentado en la Quebrada.

Entre otros horrores evidentes había arañas gigantes, dracos culebreantes, lobos de fuego sin pelaje o mamuts peludos cuyos colmillos estaban negros a causa de la sangre. También vio limos

gelatinosos cubiertos de ojos inyectados en sangre, un galápago de tamaño imposiblemente grande con lo que parecía un pequeño castillo sobre el caparazón y el hidraco de cuatro cabezas con el que se había topado en el campo de batalla hacía unos días.

Alrededor de esas criaturas y en cantidades imposibles de contar se encontraba lo que Roderick había definido como «la carne y las patatas de la Horda»: orcos, duendecillos, trols, ogros, ixil y kobolds con cara de rata. Había manadas de huargos galopantes, una horda de centauros cojos, grupos de hombres serpiente encapuchados y un enjambre de insectos del tamaño de caballos, así como cientos de otras criaturas que ella no conocía y a las que era incapaz de poner nombre.

Pero lo que convertía a la Horda de Astra en algo aterrador de verdad (aparte de los ojos en llamas, la carne pútrida y la ecléctica variedad de las heridas de los monstruos) era su silencio. En vida, esas criaturas habrían rugido, chillado, bramado y siseado mientras se acercaban a la ciudad. Pero muertos no tenían voz alguna, eran poco más que cascarones vacíos, un recordatorio espantoso de lo que esperaba a todas las almas de Conthas si no conseguían detener a la Horda.

—Vaya, me pregunto dónde se esconderá Astra —dijo Cura con ironía.

Cuando examinaron mejor a las criaturas que se acercaban, se dieron cuenta de que Astra no se escondía, a menos que el palanquín que llevaban a la espalda media docena de firbolgs gargantuescos (que parecían cada uno un Bronturo en miniatura con un cuerno en lugar de nariz) no perteneciese a la Reina del Invierno. Tam comprobó que sí que pertenecía a la druin.

—Mierda —dijo Roderick.

La barda siguió la mirada grave del agente y vio otro ejército que se acercaba desde el oeste. Aquel estaba formado del todo por humanos, o eso fue lo poco que alcanzó a ver a través de la nieve que no había dejado de caer. Eran los mercenarios que habían muerto durante la batalla de Valle Gris o aquellos a los que habían pillado por sorpresa cuando Astra resucitó después a los muertos. Y al frente, ataviados con el verde y el dorado de la reina Lilith de Brycliffe, se encontraban…

—Los putos agrianos —gruñó Brune.

El corazón de Tam, que ya latía desbocado a causa del pavor, se fue a un rincón a llorar.

«Ese Lokan no solo nos ha robado diez mil soldados —pensó, angustiada—, sino que encima se los acaba de ofrecer a la Reina del

Invierno en bandeja de plata».

Las criaturas voladoras de Astra no habían llegado aún, pero Tam dio por hecho que no iban a tardar en rodear los cielos de la ciudad como el nudo corredizo de un verdugo. Por suerte, el Simurg no había aparecido.

Rosa atravesó la puerta del recinto junto a Branigan, Jain, Mano Lenta y Moog. La líder de Fábula se había cambiado la armadura abollada por una coraza de cuero negro y unos relucientes escarpes de acero. Llevaba una capa de un rojo vivo sobre un hombro, con la capucha puesta para ocultarse el rostro.

Jain se acercó a Tam y le ofreció un par de guantes hechos de una lana muy gruesa con almohadillas de cuero cosidas en las palmas. Había dos agujeros en los dedos de la mano derecha: los que se usaban para disparar un arco.

—Toma —dijo—. Los he hecho para ti.

Tam alzó la vista, sorprendida.

—¿Los has hecho tú?

La arquera se echó sobre el hombro una trenza medio deshecha.

—Sí, más o menos.

—Claro, los has robado…

—Si el dueño está muerto, no es robar —dijo Jain con tono neutro —. Además, yo le corté los dedos.

Tam decidió pensar que Jain bromeaba y que en realidad no le había robado aquellos guantes a un cadáver. Reprimió las ganas de olfatearlos y terminó por ponérselos. Después agitó los dedos que le quedaban al descubierto.

—Gracias.

Junto a ellas, Roderick flotaba dentro de una cota de malla demasiado grande y sostenía una lanza al revés. Usó la parte roma del extremo inferior para señalar a Rosa la pared de escudos verdes y dorados que avanzaba hacia ellos por el este.

—Astra nos tiene bien cogidos por nuestras partes —comentó—. ¿Cómo se supone que vamos a llevar a cabo el plan si el enemigo ataca por dos frentes?

—No podemos —dijo Rosa—. Tenemos que acabar rápido con esos. O al menos aguantar hasta que podamos atraer a Astra hasta la ciudad.

El tío de Tam carraspeó.

—Odio ser la voz de la razón… Joder, creo que nunca me ha tocado serlo, pero… hay unos veinte mil efectivos.

—Treinta —dijo Jain—. A ver si te revisas la vista, anciano.

—Pues treinta. Sea como fuere, lo de acabar rápido con ellos no

creo que sea una opción.

—Pero sí podríamos retenerlos —dijo Mano Lenta—. ¿Cuántos mercenarios hay en tu compañía?

—¿En los Espadas Oxidadas? —Bran se encogió de hombros—. Unos quince mil, más o menos.

Clay se giró hacia Rosa.

—¿Puedes luchar sin ellos?

—Habrá que hacerlo —dijo la mercenaria—. Pero ¿podremos retenerlos con tan pocos?

Los ojos de Mano Lenta se dirigieron hacia su hija, Tally, que acababa de entrar con Rompecorazones por la puerta de la capilla.

—Los retendré —prometió.

—Los retendremos —dijo Moog.

Rosa se lo creyó y se giró hacia Jain.

—Necesito que lleves un mensaje al Han: cuando sus jinetes terminen de hostigar a la Horda, que rodeen la ciudad y ayuden a los Espadas Oxidadas en la Puerta de la Tierra Salvaje.

—El Han es cabezota como él solo —dijo la arquera—. ¿Y si se niega?

Rosa cogió las riendas de su semental y le dio las gracias con un gesto a la hija de Mano Lenta.

—¿Crees que un han carteano desaprovechará la oportunidad de matar a diez mil agrianos sin que haya repercusiones diplomáticas?

La arquera rio.

—Tienes razón. Le diré a Daon que me acerque.

Roderick escupió en el suelo.

—¿Doshi? Pues a ver si tienes suerte y no ha escapado a estas alturas.

—¿Escapado? —Jain sonrió—. Con suerte podrá caminar después de lo que le hice anoche.

—Tú asegúrate de entregar el mensaje —interrumpió Rosa.

—Lo haré.

Jain se despidió con un gesto de la mano y empezó a correr colina abajo. Rosa se giró al fin hacia sus compañeros de banda.

—¿Todo listo?

—Nací listo —dijo Brune.

Cura se chasqueó los nudillos.

—Vamos allá.

Tam se limitó a asentir mientras deseaba que se le hubiese ocurrido algo guay que decir, como a los demás.

—Mirad —dijo Roderick—, si las cosas no… O sea, si vosotros… —Cerró los dientes e hizo una mueca que parecía amagar un sollozo—.

Ha sido un honor, de verdad. Gracias por dejar que esta cabra vieja os acompañe. Y también por… —Extendió el brazo hasta tocarse con el pulgar el cuerno roto—. Por dejarme ser yo mismo.

Rosa le dio un abrazo fuerte al sátiro. Alguien rio entre dientes. Tam cerró los ojos, abrumada por la sensación de haberse despertado justo antes del amanecer y deseando que aquellos últimos segundos durasen toda una eternidad. Pero no fue el caso. Eso no era realista, claro. El sol siempre termina por salir.

La batalla que iba a decidir el destino de todos los habitantes de Grandual comenzó por todo lo alto cuando se encontraban a medio camino del descenso de la colina.

Los carteanos dividieron a sus jinetes en pelotones de quinientos llamados Alas, y el primero de esos pelotones impactó contra la Horda en cuña, como si de una maraña de lanzas en ristre y cascos aplastantes se tratara. La segunda Ala llegó cuando la primera se retiraba, seguida luego por una tercera y una cuarta, hasta que Astra se vio obligada a ordenar a sus sirvientes más rápidos que persiguiesen a los jinetes.

Los carteanos se marcharon seguidos por un grupo de centauros, huargos, sabuesos trol y una infinidad de atrocidades. Mientras tanto, Tam vio que uno de los jinetes se quitaba el yelmo y dejaba al descubierto una mata de cabello pelirrojo. Por la armadura y el poni moteado de la figura, supuso que se trataba de Kurin, pero la Reina del Invierno no podría haberlo adivinado, a menos que tuviese a uno de sus secuaces estuviese lo bastante cerca como para verlo a través de sus ojos.

Astra conocía la reputación de Rosa antes de contratarla para matar al Comedragones, y era una reputación que había comprobado de primera mano en Laguna Espejo, cuando la mercenaria derrotó al Simurg casi sin ayuda. Seguro que sabía que la hija de Gabriel era la encargada de defender Conthas, y seguro que aprovecharía cualquier oportunidad para dar un golpe mortal a la endeble moral de la ciudad.

El plan de Rosa confiaba en que Astra estuviese tan empeñada en matarla como empeñada estaba ella en matar a Astra. Si conseguía que la mitad de la Horda persiguiese aquel señuelo, la Reina del Invierno no tendría más remedio que dedicarse ella misma a llevar a cabo el ataque directo a la ciudad.

Y parecía haber funcionado por el momento. Decenas de miles partieron detrás de los jinetes del Han, quienes bañaban a sus perseguidores con una lluvia de flechas mientras avanzaban hacia la mitad septentrional del muro de cerramiento.

Rosa, que iba al trote a lomos de Rompecorazones, guio a su banda

en dirección este, por la Zanja. La gigantesca avenida de la ciudad estaba vacía a excepción de unos pocos vigilantes traviesos (agentes de los barones locales), y Tam no pudo evitar pensar lo maravillosa que lucía la ciudad sin ese exceso de gente vendiendo cosas, robando cosas o pisando cosas en el camino de una taberna a la siguiente.

A pesar de su nombre, la Puerta Oriental de la Zanja no era una puerta propiamente dicha, sino solo un enorme agujero practicado en el muro interior de la ciudad. Unas bisagras rotas daban a entender que antes había un par de puertas enormes que terminaron por pudrirse hacía mucho tiempo.

Llegaron al Mercado de los Monstruos, donde se mantenía vigiladas a las criaturas que se habían prestado voluntarias para luchar. Las jaulas estaban colocadas en un semicírculo que daba hacia el este y se abrirían poco después de que la Horda cruzase la muralla exterior, para que así los mercenarios ganasen tiempo para retirarse y reagruparse detrás de la muralla interior. No era una situación ideal para los monstruos cautivos, pero Tam sabía que tener una oportunidad de luchar era mejor que morir en una jaula cuando Astra se hiciese con el control de la ciudad.

—¡Ahí va Mackie! —gritó Cura mientras otra Rosa aparecía en la torreta de una de las puertas secundarias que había más al sur. La líder de Resplandor se quitó la capucha y dejó ver un cabello recién cortado y teñido. Solía luchar con un látigo llamado *La hora más oscura* que era capaz (según las canciones) de congelar el corazón de un espectro o reducir a polvillo un esqueleto de un solo chasquido, pero ahora levantó dos cimitarras en gesto desafiante mientras los enemigos se acercaban a ella.

¿Engañaría a Astra? Ya había enviado a sus secuaces más rápidos detrás de Kurin y sus jinetes. ¿Atacaría con la misma vehemencia a esta segunda Rosa falsa?

Al parecer, sí, ya que Bronturo rompió la puerta de una patada como si estuviese hecha de arena. Tam vio a través del polvo y de la nieve que Mackie iba corriendo hacia el sur siguiendo la muralla. Su compañía de quince mil estaba apostada entre los molinos y los almacenes de la parte exterior de la ciudad. Su cometido era atraer a una parte del ejército de Astra para que no llegase al centro y retrasarlo lo máximo posible.

Rosa tenía la vista fija en el este. Rompecorazones bufaba incansable debajo de ella, una prueba de lo ansiosa que estaba su montura.

—Podríamos acabar con esto ahora mismo —murmuró.

Brune y Cura intercambiaron miradas nerviosas.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el chamán.

—Podríamos intentar matar a Astra antes de que la Horda destruya la ciudad, antes de que lleguen las criaturas voladoras o el Simurg… —Rosa parpadeó para no ver la devastación que había empezado a imaginarse—. Podríamos salvar muchas vidas.

Cura se rio.

—Y sacrificar la tuya, ¿no? La atraemos hasta aquí y le tendemos una emboscada, Rosa. Ese es el plan. Salir ahí fuera es un suicidio.

—Lo sé —dijo la mercenaria—, pero Astra también lo sabe. Espera que nos escondamos detrás de nuestras murallas.

—¡Para eso son las murallas! —exclamó Cura—. ¡Para esconderse detrás de ellas!

Brune se tiró de la bufanda.

—A ver si me he enterado bien: ¿pretendes que tiremos a la basura nuestra meticulosamente estudiada estrategia?

—Eso mismo.

—¿Y sugieres que, en vez de eso, lancemos una carga del todo imprudente y claramente ridícula hacia el centro del ejército de la Reina del Invierno?

—Así es.

—Como si intentásemos cortarle la cabeza a la serpiente antes de que nos trague enteros o algo así, ¿no?

—Exacto.

Brune se encogió de hombros.

—Me gusta.

Cura reprimió lo que sin duda era una mordaz reprimenda al ridículo cambio de planes de Rosa, pero el plan original ya era ridículo de por sí, por lo que terminó por levantar las manos y dijo:

—A la mierda. Me apunto.

Los tres miraron a Tam, que estaba esperando aquel momento desde la metedura de pata de antes en la cima de la colina.

—Claro. ¿Quién quiere vivir para siempre?

Rosa contestó con una sonrisa hermosa, tan hermosa como la daga de un asesino.

—¿Nos llevaremos con nosotros a alguna de las compañías, al menos? —preguntó Cura—. O sea, sé que somos buenos, pero no tan buenos.

Rosa negó con la cabeza.

—Si la cagamos, los demás tendrán una oportunidad de salir vivos de esta.

El bufido burlón de la invocadora dejó claro que no tenía mucha confianza en que la ciudad fuese a ganar la batalla si los integrantes

de Fábula terminaban en el bando de los muertos vivientes.

Rosa espoleó a su montura en las costillas y se acercó al guardia encargado de liberar a los monstruos.

—¡Suéltalos! —ordenó.

El guardia, que Tam supuso que se trataba de un cazador del Corazón de la Tierra Salvaje, le dio una larga calada a su pipa antes de responder.

—No voy a abrir las jaulas hasta que Rosa la Sanguinaria me ordene hacerlo.

Rosa no se quitó la capucha, pero sí que apartó un poco su capa para dejar al descubierto las cimitarras que llevaba enganchadas en la cadera.

—Soy Rosa la Sanguinaria. Y te lo acabo de ordenar.

El cazador entrecerró los ojos intentando ver algo en la sombra de su capucha, como si no la creyese del todo sin verle el cabello pelirrojo que hacía honor a su nombre, pero la mirada implacable de la mercenaria terminó por convencerlo.

—S-sí, claro.

Soltó la pipa y se acercó para dar las órdenes a sus compañeros guardias.

Rosa acercó la montura al semicírculo de jaulas. Allí había unos tres mil prisioneros en total, incluidos los moradores de las cuevas, que, del tamaño de una pinta de cerveza, gritaban con emoción desde los pozos circundantes.

—¡He luchado contra monstruos durante toda mi vida! —les gritó Rosa—. De habernos encontrado en una arena de combate, tened por seguro que os habría asesinado. ¿Y si os hubieseis topado conmigo sola en la Tierra Salvaje? También os habría matado.

Un par de gnolls con cara de hiena rieron histéricos al oírla, pero ninguno de los demás encontró particularmente divertidas las palabras de Rosa.

—Nunca he odiado a los que son como vosotros —continuó Rosa mientras los guardias empezaban a sacarse las llaves del cinturón y se dirigían hacia las jaulas—, pero me enseñaron a creer que éramos enemigos, igual que a vosotros os enseñaron a creer que nosotros también lo somos. Creía que matar monstruos hacía que el mundo fuese un lugar mejor. Estaba equivocada.

Su semental se agitó con nerviosismo mientras Bronturo destrozaba otra parte de la muralla.

—No puedo borrar el pasado. Y no puedo prometeros un futuro. Es demasiado tarde y estamos amenazados por un enemigo común: uno cuyo objetivo es exterminar a todos y cada uno de nosotros—.

Desenvainó *Espina* y apuntó hacia la Puerta de la Corte—. Y está justo allí.

Se oyó un coro de gruñidos iracundos que venían de las jaulas. Los trasgos y los kobolds y los farfulladores aullaron en los pozos. Tam vio a una goriliat jorobada que se aferraba a los barrotes de su jaula y gritaba de rabia mientras un grupo de ents encadenados se agitaban con tanta rabia que empezaban a caérseles las hojas.

—¡La Reina del Invierno os ha mentido! —dijo Rosa a su público cautivo—. Os dio esperanza para luego dejaros morir de hambre. ¡Os utilizó! Y cuando ya no le servíais para nada, ¡os traicionó! Y está justo ahí.

Los hombres que se acercaban a las jaulas retrocedieron al ver que las criaturas gruñían y siseaban.

—¡Por su culpa, Bronturo se ha convertido en un esclavo sin consciencia! ¡Por su culpa, vuestro ejército ha quedado destruido y vuestros amigos y familia se han alzado de entre los muertos para ser usados como carne de cañón! ¡Y la culpable está justo ahí!

Los monstruos aullaron y gritaron mientras los guardias metían a duras penas las llaves en las cerraduras.

—¡Os prometí la libertad! —gritó Rosa—. ¡Y ahora sois libres!

Las jaulas y las celdas repiquetearon al abrirse. Se colocaron pasarelas en los pozos y se rompieron grilletes, que acabaron tirados en la nieve.

—¡Os prometí venganza! —aulló Rosa al tiempo que levantaba *Espina* por encima de la cabeza—. ¡Venid conmigo y reclamadla!

Rompecorazones se volvió y salió al galope como si el mundo estuviese desmoronándose justo detrás.

Los monstruos fueron en pos de él lanzando rugidos.

Cura le dio un codazo a Brune.

—Vamos —dijo—. Y no intentes matar a Astra antes de que lleguemos Tam y yo.

El chamán resopló.

—Pues será mejor que os deis prisa.

La armadura de cuero se le hizo trizas mientras se alejaba.

Cuando llegaron a la Puerta de la Corte, Tam y Cura ya se encontraban en medio de una muchedumbre. A su alrededor corrían orcos aullantes, gnolls que no dejaban de ladrar o ixil con cabeza de caballo que agitaban sus crines trenzadas. Tam estuvo a punto de tropezar con la cola de un saurio que chillaba como un murciélago al amanecer.

Detrás de ellos y corriendo con sus patas rechonchas había cientos de duendecillos, trasgos, kobolds y unos farfulladores esqueléticos con

sus cascos de acero. Delante de ellos se encontraban las criaturas más rápidas: los centauros galopantes, los torpes ogros y los ents, que daban zancadas que valían por cinco de las de Tam. La multitud a la carrera iba encabezada por la mismísima Rosa, que cargaba hacia el centro de la Horda mientras alzaba una espada y su túnica roja se agitaba al viento.

«Es una pena que no haya un bardo aquí para contemplar esto —pensó Tam—, porque se podría componer una canción de la hostia».

53

Canto de aves en el campo de batalla

Lo que más asqueaba a Tam de las huestes de Astra no era su apariencia macabra. Tampoco su palidez ni las bocas abiertas ni las llamas mágicas que ardían en las cuencas de esos ojos que les habían arrancado los cuervos. No eran las hachas clavadas en los cráneos hendidos ni las flechas que cubrían los sanguinolentos torsos ni las astas de lanza que sobresalían de los rezumantes abdómenes. Tampoco era el silencio propio de la ausencia de respiración, aunque aquello le resultó mucho más inquietante allí cerca que desde la distancia en Colina de la Capilla.

Lo que la asqueó de verdad, más que cualquiera de esas desagradables virtudes, fue el hedor.

Había experimentado algo parecido en la llanura que había al sur de Valle Gris, pero quedaba disimulado por el humo y el olor intenso a sangre fresca. Sin embargo, la Horda se había podrido considerablemente desde aquel momento. La miríada de heridas mortales se había infectado sin remedio. La carne estaba putrefacta y se desprendía como la nata espesa con cada golpe, y sus extremidades llenas de coágulos se les habían hinchado como botas de vino llenas de un pus séptico.

A medida que se acercaban, la pestilencia de las infectas filas de la Horda de la Reina del Invierno revolvió el estómago de Tam y amenazó con tirarla al suelo. Agradeció el frío, ya que en parte ayudaba a contener el hedor, y se alegró de haber desayunado tan solo un trozo de pan duro con un trago de agua.

No tardaron en descubrir que los monstruos de Astra no estaban a la altura de sus homólogos vivos. Luchaban sin astucia alguna, guiados tan solo por el deseo inconsciente de matar, mientras que los miles de criaturas violentas de Rosa atacaban con una ferocidad que rivalizaba con la de la mismísima mercenaria. Rasgaron, arrancaron y acuchillaron para abrirse paso a través de las filas de cadáveres de ojos blancos, avanzaron hacia el centro como una lanza, directos hacia

el palanquín que tenían delante.

Tam peleaba mano a mano con Cura, que aún no había invocado a ninguno de sus tintosos. La Bruja de Tinta luchaba con un par de dagas con filo de sierra que a veces se ponía en la boca para lanzarlas al ojo de una de aquellas criaturas.

Tam había conseguido hacerse con unas pocas flechas antes de que la batalla se complicase del todo, pero no tardó en parecerle una mala idea atacar solo con aquel pedazo de madera cenicienta. Debajo de su gabán de cuero rojo llevaba una armadura, una de escamas de gorgona, y Moog le había confiado una espada llamada *Ave Nocturna* que sacó de la armería de la capilla, que según el mago era un lugar donde había todo tipo de reliquias antiguas.

Sin dejar de avanzar, la joven desenvainó la espada y luego pensó con rabia:

«¿Cristal? ¿Ese viejo y estúpido cabrón me ha dado una puta espada de cristal?».

La hoja parecía afilada, sin duda, y era tan ligera que daba la impresión de que no blandía arma alguna, pero Tam era capaz de ver lo que había detrás de su hoja añil y turbia. Dudaba que aguantase un golpe contra el suelo y mucho menos uno contra la armadura de un enemigo. ¿Se había molestado Moog en echarle un vistazo antes de dársela o se había limitado a coger la primera vaina de la armería?

—¡Tam! —gritó Cura, y alzar la vista se topó contra un boggart que avanzaba en su dirección. Tenía el aspecto de un hombre gordo, desnudo, con matas de hongos y escamas fúngicas por todo el cuerpo. Alguien le había abierto una herida en el vientre, de donde le colgaban las entrañas como si fuesen cuerdas podridas.

«En fin, vamos allá…», pensó al tiempo que se agachaba para evitar la rechoncha manaza del boggart y lanzaba un tajo a la cabeza con aquella estúpida espada de cristal.

La estúpida espada de cristal atravesó el cráneo.

El golpe apenas hizo vibrar su mano, y Tam se preguntó si eso era lo que se sentía al blandir *Madrigal*. Huelga decir que cuando cortó a un rask por la mitad y atravesó el cuello de un sinu zombificado, Tam llegó a la conclusión de que tenía que perdonar a Moog por haberle dado para combatir lo que a simple vista parecía poco más que un adorno para la chimenea.

Más tarde, mientras Cura y ella luchaban mano a mano contra una multitud de grasientos hombres rana, la Bruja de Tinta le dirigió una sonrisa burlona pero agotada.

—Parece que te han servido para algo las lecciones con Rosa, ¿no?

Tam se agachó para evitar el golpe de una lengua y clavó *Ave*

Nocturna en la boca abierta del urskin.

—He aprendido alguna que otra cosa —admitió, lo que arrancó una risa entrecortada a la invocadora.

Vieron la capucha roja de Rosa justo delante de ellas. La líder de Fábula aún estaba sentaba a lomos de su semental, al que espoleaba como si cargase contra un océano. *Cardo* y *Espina* resplandecieron en azul y verde mientras ella se abría paso. Cuando algo parecido a una cigüeña pero cubierto de espinas se interpuso en su camino, Rosa lanzó *Cardo* con un revés para cortarle a la criatura una de sus larguiruchas patas. El enorme pajarraco cayó con torpeza, y Rompecorazones lo destrozó entre sus cascos.

Cura recibió el golpe de un orco empalado con el asta de una lanza. La invocadora chocó contra Tam, y ambas cayeron entre la nieve a medio derretir. A su espalda, Tam se descolgó el arco con la mano izquierda, y *Duquesa* destrozó la mandíbula del orco y le partió uno de los colmillos amarillentos que le sobresalían del labio inferior.

—Invoca algo —murmuró a Cura.

Pero en lugar de eso, la Bruja de Tinta lanzó una daga que abrió una herida en la garganta de la criatura, lo que no la mató. El enemigo llevaba una porra tachonada en la única mano que le quedaba, y la levantó para atacar.

—Joder —dijo Cura. Se tocó la manga y respiró hondo para gritar el nombre de un tintoso.

Pero Brune saltó sobre ellas y golpeó a su adversario al mismo tiempo. Orco y lobo empezaron a revolverse por el fango. El chamán fue el primero en recuperarse, pero uno de los ents que Rosa había liberado hacía poco le ahorró el problema de matarlo cuando aplastó el cráneo de la criatura con una pata retorcida.

Tam le dirigió al árbol un gesto de agradecimiento.

El ent se lo devolvió, pero luego aulló de pánico cuando un guiverno lo cogió por las ramas y lo levantó por los aires.

Tam alzó la vista y se encontró el cielo a rebosar de criaturas voladoras, como arpías de pechos desnudos, ojos alados, una manada de lobos murciélago y monos voladores (que ella ni se imaginaba que existiesen hasta que los vio en ese momento). Gárgolas destrozadas golpearon cráneos y yelmos, reventaron cabezas como si fuesen melones debajo de un martillo. Una bandada de halcones de la plaga dejó nubes tóxicas a su paso, nubes que a Tam le recordaron a las rociadas de los motores de marea, aunque la neblina que dejaban los motores no oxidaba tu armadura ni era capaz de derretirte la puta cara.

Cura y Tam se agacharon al máximo sin dejar de correr mientras

Brune abría camino delante de ellas. Ahora que tenía a sus compañeros de banda para protegerla, la joven envainó la espada y continuó disparando flechas a cualquiera que se le pusiese a tiro, como el protuberante saco de veneno de un selfo de la podredumbre. El saco estalló y se derramó sobre un grupo de muertos vivientes, un cieno verde y chisporroteante que los desintegró casi al instante.

Cuando llegaron hasta donde se encontraba Rosa, la mercenaria estaba a punto de llegar a la litera de la Reina del Invierno. Las moles con cuerno en lugar de nariz que cargaban con el palanquín lo dejaron en el suelo y empezaron a avanzar hacia ellos. Tam hizo un esfuerzo para mirar más allá, hacia la figura sentada tras los velos diáfanos de seda negra agitados por el viento.

«¿Nos ves, Astra? ¿Has visto quiénes van a por ti?».

Sopesó lanzar una flecha a la Reina del Invierno justo en ese momento, pero decidió no hacerlo. Aunque la tuviese a tiro, el viento no la desviase o un fírbolg no se interpusiera en su camino, Astra aún era druin y la presciencia la advertiría sobre lo que estaba a punto de ocurrir.

Rosa cargó hacia los porteadores del palanquín sin reducir la velocidad, flanqueada por Tam, Cura, Brune y un puñado de robustos monstruos. Entre ellos se encontraba un raga con melena de león, así como el minotauro que la noche anterior había rechazado comerse el guiso de ternera. Tenía los cuernos llenos de sangre y aulló una letanía extravagante de insultos mientras avanzaba a zancadas a su lado. Los dos gnolls que habían encontrado tan divertidos los comentarios de Rosa en la plaza también estaban presentes. Las rayas idénticas de su pelaje hicieron que Tam supusiese que eran hermanos. Uno de ellos llevaba un hacha de combate, mientras que el otro se había apropiado de algo parecido a un fémur y lo blandía como si fuese una porra.

Cayeron tres de los firbolgs de Astra. Luego, cuatro. Tam intentó clavar una flecha entre los ojos de uno, pero el asta chocó contra ese cuerno que hacía las veces de nariz. Cura clavó una de sus dagas en la parte de atrás de las rodillas de otro. Cuando cayó el suelo, el raga le atravesó un ojo con el puño y arrancó lo que resultó ser una parte necesaria de su cerebro, ya que la criatura murió casi al instante.

La Reina del Invierno se puso en pie mientras caía el último de sus guardaespaldas. Se acercó a la parte delantera de la reluciente plataforma y levantó un cachivache aparatoso con una mano.

«No es ella», pensó Tam mientras la criatura, de hombros encorvados debajo de una raída capa de paja, apartaba la cortina y levantaba su ballesta doble hacia el pecho de Rosa.

Hawkshaw no llevaba la máscara. Astra lo había resucitado, pero

estaba claro que no había hecho nada para arreglarle el rostro, que después de haber quedado aplastado bajo las ruedas del buhonero de monstruos era poco más que un caos obsceno de carne desgarrada y huesos fracturados. Sus ojos eran pozos opacos y negros, diferentes al resto de los muertos vivientes, y sus dientes mellados se cerraron en un rictus de aflicción al apretar el gatillo.

El virote rebotó contra el guantelete con el que Rosa se cubrió el rostro.

Tam lanzó una flecha hacia la cabeza del alcaide, pero la cortina terminó por desviarla. Una de las dagas de Cura le rozó el hombro, pero no evitó que Hawkshaw recargara la ballesta y volviese a apuntar hacia ellos. Rosa tiró con fuerza de las riendas de Rompecorazones e intentó que girase, pero el semental levantó las patas delanteras y el virote de plumas blancas rompió la barda que cubría el pecho del animal. Se cayó hacia un lado, y Rosa cayó con él.

Cura y Brune se abalanzaron hacia la plataforma, pero el grito de Rosa hizo que se detuviesen al instante.

—¡Es mío!

La Bruja de Tinta murmuró un taco, y el lobo gruñó, pero ninguno la desobedeció. Hawkshaw (ya fuese un títere o no) era el responsable de la muerte de Gabriel, e interponerse entre Rosa y la venganza era igual de inteligente que bucear en busca de perlas ataviado con una armadura de placas.

Hawkshaw dejó que la ballesta cayese y cogió la espada de hueso que llevaba a la cadera. Estaba partida por delante, pero la punta aserrada que se le había quedado la hacía igual de amenazante.

—La Reina me dejará libre si acabo contigo —dijo—. Al fin podré estar con Sara.

La sangre chorreó por las espadas de Rosa cuando las hizo volar hasta sus manos.

—No sé quién es Sara —explicó—, pero si está muerta, te prometo que no tardarás en estar con ella.

Tam miró hacia atrás. Cada vez eran más los monstruos de Astra que renunciaban a perseguir a los jinetes del Han.

—Deberíamos volver a la ciudad —advirtió.

—No tardaré mucho —prometió Rosa.

—Da igual —insistió Tam—. ¡La Reina no está aquí! ¡Matar a Hawkshaw no servirá de nada!

—Asesinó a mi padre.

—¡No es más que un títere! Fue Astra quien asesinó a tu padre. Y si no la detenemos, les hará lo mismo a Wren y a todos los demás. Tenemos que irnos, Rosa. Ya, antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde —indicó Cura—. Mirad.

La Bruja de Tinta tenía razón. Estaban rodeadas. Los muertos vivientes de Astra habían regresado como la marea de la tarde para rodear al reducido grupo de Rosa. Peor aún: todos los compañeros que habían muerto entre Conthas y el lugar en el que se encontraban ellas se habían convertido ahora en enemigos. Tam casi no distinguía la ciudad a lo lejos por culpa de la nieve que caía, aunque sí que fue capaz de ver a Bronturo merodeando por los distritos exteriores, como un niño malo que pisotea ranas en una charca.

Habían arriesgado sus vidas para acercarse a la Reina del Invierno y matarla lo más pronto posible.

Una apuesta que habían perdido.

«Astra nos ha engañado —pensó Tam, desolada—. Nos ha tendido una trampa para atraparnos aquí, y ahora estamos muertos».

Algo le llamó la atención en la Puerta de la Corte. Muchos algos, en realidad. Iban liderados por dos figuras imponentes que agitaban unos martillos enormes con los que trazaban arcos devastadores. Tam se quedó muy confundida. ¿Eran monstruos? ¿Sería posible que una de las magas de Pozo Hundido hubiese invocado a un grupo de elementales de tierra para ayudarlos?

Oyó algo que destacaba entre el alboroto: un zumbido rítmico y lírico, discordante, como un canto de aves en un campo de batalla o una risa estridente que rebota por las paredes de una cripta.

Al corazón atribulado de Tam le sonó esperanzador.

54

La vaina y la espada

Cirrolibre no se había olvidado de las gentes de Conthas. No había abandonado a sus compañeros de banda y sucumbido a la voluntad intratable de su padre. Y, más importante aún: no había perdido la fe en Rosa.

«Solo había fingido hacerlo», se dio cuenta Tam. Había representado un papel, esperado el momento y dejado que su padre pensara que estaba de acuerdo con quedarse allí abajo mientras sus amigos morían y la ciudad de Conthas ardía.

Pero no fue así. Ahora estaba allí y traía consigo una legión de centinelas de piedra como refuerzo. Cada uno de aquellos gólems era el doble de grande que un hombre, con relucientes ojos verdes y unos puños temibles que usaban para aporrear y golpear a los desafortunados muertos. A la vanguardia iban un par de caballeros gigantes de duramantio, unos tipos enormes que vadeaban el ejército de muertos vivientes que les llegaba a la altura de las rodillas. Tam casi ni era capaz de distinguir al druin que caminaba entre ellos, una mota de color azul en medio de aquel caos gris y granuloso.

—Mi héroe —murmuró Rosa.

Tam la miró.

—¿Lo sabías?

—Claro que lo sabía —dijo—. Ese pobre imbécil está enamorado de mí.

—¡Vamos! —aulló Hawkshaw al tiempo que indicaba a Rosa que se acercase al palanquín—. ¡Lucha contra mí! ¡Mátame si puedes!

Rosa lo ignoró y se dirigió a sus compañeros de banda:

—¡Retirada!

Rompecorazones consiguió erguirse de nuevo sobre sus patas. Tam temió por un momento que pudiera estar muerto y que Rosa se viese obligada a luchar contra su caballo, pero el semental no tenía ni idea de que el veneno de Hawkshaw acabaría por matarlo y no parecía estar de acuerdo con que lo detuviese una única flecha.

Rosa saltó a lomos del animal y empezó a atacar a los monstruos que la rodeaban, gritando y señalando la ciudad que se encontraba detrás de ellos.

Astra no se lo iba a poner tan fácil. Todos los monstruos de la Horda se giraron hacia Rosa, y su nombre brotó de miles de labios exánimes. Los enfrentamientos se volvieron más encarnizados por todas partes ahora que las huestes de la Reina del Invierno se lanzaron contra Fábula y sus aliados.

También oyeron los gritos de Hawkshaw.

—¡Mátame! —gritó detrás de Rosa—. ¡MÁTAME!

Tam intentó hacerle el favor y le disparó mientras corrían en dirección oeste. Pero la flecha se clavó en el hombro del alcaide, él rompió el asta con el puño y la tiró a un lado para luego saltar del palanquín y empezar a correr tras ellos.

Ahora que los ejércitos de Astra estaban centrados en Rosa, los gólems de Cirrolibre hendieron las filas enemigas como hachas de combate que cortan madera mojada. Los caballeros sobre todo sembraban la devastación entre las filas de la Reina del Invierno. Los martillos golpeaban a docenas de criaturas a la vez o las reducían a una masa amorfa y sanguinolenta. De haber estado con vida, era probable que a esas alturas hubiesen huido, pero los muertos vivientes de Astra atacaban a sabiendas de que no tenían nada que hacer, hacían cola para quedar destrozados, como vacas a la puerta del matadero.

Por otra parte, Fábula se vio obligada a luchar por cada palmo de terreno que avanzaban. La Horda bullía a su alrededor. La diezmada compañía de Rosa recibía ataques por todos los flancos, como si fuese una isla de almas vivas rodeada por un mar tempestuoso de muertos. Mirara donde mirase, Tam veía zarpas que intentaban agarrarla, garras que pretendían rajarla, dientes con intención de morderla, fauces que querían comerla, tentáculos a punto de envolverla y ojos de llamas fantasmales y espantosas.

Brune había mordido la cola de una mujer serpiente, mientras que Cura, que por alguna razón aún no había invocado a un puto tintoso, sacaba el hacha de la cabeza de un saurio para luego volver a clavarla. Una goriliat de rayas rojas y doradas luchaba contra un guiverno esquelético. El gigantesco simio le rompió el cuello a la criatura y luego usó su espina dorsal para golpear hasta la muerte a uno de los duendes de Astra.

A otros integrantes de la compañía de Rosa no les iba tan bien. Un orco cayó cuando una arpía le destrozó la garganta, pero volvió a levantarse un instante después y atacó al raga de puños

ensangrentados que defendía su flanco. Uno de los hermanos gnolls había muerto antes y ahora atacaba a su hermano, quien lo mantenía a raya con un hacha. El minotauro cargó contra un grupo de los kobolds de Astra. Consiguió tumbar a algunas de las criaturas, pero el resto no tardó en abatirlo.

Una de las dagas de Cura se quedó atascada debajo del yelmo de un esquelético farfullador. La criatura no tuvo la cortesía de morir, y en lugar de ello agarró el cuello de la invocadora con sus dedos alargados. Tam le cercenó un brazo de un tajo con *Ave Nocturna* y consiguió liberar a Cura.

—¡Mi daga!

—Te la debo —gritó Tam, y siguió arrastrándola.

Rompecorazones volvió a caer, atravesado por el cuello con una jabalina con filo de sierra. El semental intentó incorporarse, pero sangraba y no consiguió hacer acopio de las fuerzas suficientes. Brune defendió a Rosa mientras la mercenaria se colocaba a horcajadas sobre el animal moribundo y le clavaba ambas espadas en el cuello. Después de haber puesto fin a su sufrimiento, le cortó el cuello para asegurarse, sin atisbo de duda, de que Astra no iba a poder levantarlo de entre los muertos.

Ese retraso permitió a Hawkshaw acercarse a ellos. No había dejado de gritar a Rosa para exigirle que se volviera y se enfrentara a él. El alcaide estaba tan decidido a ir a por ella que incluso ignoraba los monstruos que tenía alrededor. La goriliat lo agarró con ambas manos y lo lanzó contra un grupo de criaturas muertas.

Tam ya veía con claridad a Cirrolibre. La espada del druin se deslizaba como un espectro por el campo de batalla, eludiendo porras y espadas y flechas con tanta facilidad que hasta parecía incorpórea. Esquivaba golpes antes de que sus oponentes los asestaran y contraatacaba con una eficiencia implacable. *Madrigal* cantaba en sus manos, y el torque grabado con runas en su brazo brillaba con esa luz verde esmeralda de los ojos de un gólem.

Si Cirrolibre luchaba con una precisión impasible, Rosa atacaba con una destemplanza salvaje. Acometía cada nuevo enemigo con si fuese una venganza personal. Lo que no era capaz de machacar, cortar o apuñalar, recibía un codazo, una patada o un golpe de hombro por su parte. Tam había visto luchar a guerreros de Kaskar con más consideración que Rosa la Sanguinaria en el fragor de la batalla.

Poco a poco y con esa brutalidad, Cirrolibre y ella se abrieron paso entre los enemigos mientras se acercaban el uno al otro. En un momento de asombrosa claridad mental, mientras evitaba el golpe de la rama de un monstruo planta y lanzaba un tajo hacia su vibrante

tallo, Tam se preguntó por qué Astra se molestaba siguiera en intentar mantenerlos separados.

¿Es que no lo sabía? ¿Es que no se daba cuenta? ¡Eran Rosa y el puto Cirrolibre! La Reina del Invierno podía colocar una montaña entre ellos, o un mar, o la extensión del negro océano que era el cielo nocturno, y daría igual. La escalarían o se reunirían a nado o rastrearían todas las estrellas hasta encontrarse.

Cirrolibre había comparado una vez a Rosa con una llama que lo atraía sin remedio, pero en realidad eran ambos los que ardían: él con la luz suave y regular de una vela, y ella como la llama de una cerilla encendida. El druin atraía a Rosa igual que ella lo atraía a él, y es posible que se hubiese extinguido miles de veces de no ser por esa luz que la guiaba.

«Él es la vaina —murmuró la parte de Tam que aún creía ser una barda—, y ella la espada. Son inseparables, y ahora están tan cerca que…».

Cirrolibre atravesó de un tajo a un ogro medio podrido.

Rosa apuñaló a un hombre lobo de ojos blancos.

Cirrolibre partió un centauro al galope por la mitad.

Rosa cortó en dos la cabeza de un trol.

Él clavó la espada en un escurridizo comeóxido y la dejó allí.

Ella enterró la suya en un halcón de la plaga que intentaba remontar el vuelo y ni se molestó en verlo caer.

Después se abalanzaron el uno sobre el otro y chocaron en un abrazo que terminó por convertirse en un beso épicamente peligroso si tenían en cuenta que se encontraban en mitad de un campo de batalla embravecido. Las manos de Rosa se agarraron del pelo de Cirrolibre, y el druin la acercó al suelo con un movimiento circular, que Tam consideró un poco ostentoso hasta que vio al minotauro muerto que cargaba hacia ella. La mole con cabeza de toro se tropezó contra las botas de Rosa y cambió de dirección hacia Hawkshaw. Los cuernos atravesaron el pecho del alcaide y el impulso de la bestia los arrastró hacia un grupo de criaturas enfurecidas.

—¿Nuestra hija? —preguntó Rosa.

—A salvo —respondió Cirrolibre—. Está con Orbison. A estas alturas, en las profundidades de Caddabra.

—¿Con Orbison? ¿Tu padre no podría ordenarle que volviese?

Las largas orejas del druin se agitaron para indicarle que no.

—Lo he arreglado. O roto, más bien. Se reunirá con nosotros en Tornarroca cuando esto haya terminado. Sea como fuere, creo que mi padre estará demasiado preocupado por los gólems desaparecidos para centrarse en ellos dos. Y hablando de Contha… —La mano de

Cirrolibre señaló una vara con inscripciones rúnicas que llevaba colgada del fajín, a la cintura—. Deberíamos volver a la ciudad antes de que consiga sobreponerse a mi control.

Los centinelas de piedra habían formado un cordón alrededor de ellos. Los enormes caballeros se encontraban en lados opuestos del anillo protector y usaban sus martillos para rechazar a la Horda de Astra.

Rosa frunció el ceño.

—¿Tu padre podría hacer algo así?

—Sí que puede.

—Pero ¿lo haría? —dijo Cura—. ¿Tan desalmado es?

Cirrolibre hizo una pausa antes de responder, pero Tam y Rosa dijeron:

—Sí.

Al mismo tiempo.

La Bruja de Tinta arqueó una ceja en dirección al druin.

—Pues menudo capullo.

—Sí que lo es —dijo el druin, y después se giró hacia Rosa—. Doy por hecho que teníais un plan antes de ignorarlo por completo y cargar a las bravas hacia una muerte segura, ¿no es así?

Rosa y Brune compartieron miradas. El lobo emitió un tenue quejido, y Rosa se encogió de hombros.

—Así es —dijo ella.

—¿Me habría negado a llevarlo a cabo de haber estado con vosotros cuando lo decidisteis?

—Seguramente —admitió la mercenaria.

—¿Por casualidad tiene algo que ver con hacer caer en una trampa a Astra usándote a ti como cebo?

—Más o menos eso, sí.

—Bueno, pues entonces… —Cirrolibre sacó a *Madrigal* del caparazón oxidado del comeóxido—. Hagámosla picar el anzuelo.

Se abrieron paso a golpes hasta la Puerta de la Corte.

Los sirvientes de Astra atacaron con renovada ferocidad, desesperados por evitar que su presa consiguiese huir. De no ser por los gólems de Contha, Fábula y sus monstruosos aliados habrían sido sobrepasados mucho antes de llegar a su destino. Había varios cientos de esos centinelas enormes (que eran una pequeña parte del ejército que Rosa y ella habían descubierto mientras salían de la ciudadela del exarca), todos con un sello grabado en las cuencas de los ojos. Los caballeros de duramantio no estaban vinculados al torque que el druin llevaba en el brazo, sino a la vara que le colgaba de la cintura.

Los gólems eran muy resistentes, pero no invencibles. De vez en

cuando, uno de los secuaces de la Reina del Invierno, normalmente los más grandes, arrancaba la cabeza o los brazos de uno de ellos y lo tiraba al suelo para luego dejarlo hecho gravilla. Cada uno de los centinelas tenía un conducto iluminado y cerrado por una rejilla que hacía las veces de boca, y Tam vio que un grupo de kobolds muertos vivientes escalaban uno de los constructos, abrían esa rejilla y metían por ella una lanza aserrada, hasta que los ojos del gólem titilaron y la criatura se derrumbó.

Un guiverno se abalanzó hacia ellos con las alas extendidas y las garras por delante. Tam levantó el arco, pero uno de los caballeros golpeó a la criatura con un martillazo y la envió lejos de allí. Tam se imaginó durante unos instantes a un gimoteante granjero de Brycliffe a cientos de millas de distancia desafiando a la nieve para dar de comer a sus vacas y encontrándose con un guiverno muerto y destrozado en su patio.

Astra, dondequiera que se ocultase, lanzó contra ellos todo lo que tenía y sobrepasó a los centinelas con gran cantidad de efectivos. Mientras Fábula pasaba por debajo de la Puerta de la Corte, cada uno de los defensores que habían sido asesinados por los muertos vivientes de la Reina del Invierno o por los ataques de Bronturo regresaba a la vida y se dirigía hacia ellos.

Brune aulló cuando una flecha perdida se le clavó en el flanco. Cirrolibre estuvo a punto de ser aplastado por una gárgola. El gnoll superviviente, que había conseguido despachar a su hermano no muerto, vio cómo su pierna quedaba envuelta por un tentáculo enroscado. Tam saltó a defenderlo, desenfundó *Ave Nocturna* y atravesó la extremidad que lo tenía atrapado antes de que se llevase a la criatura.

El gnoll le dio unos golpecitos en el hombro a Tam y dijo: K'yish.

Que supuso que era «gracias» en el idioma de las hienas.

Tam, horrorizada, vio que el propio Bronturo se acercaba a ellos entre zancadas. Su mazo iba arrasando la ciudad exterior, derrumbaba bloques de viviendas destrozados y hacía papilla a los infortunados luchadores.

Pero Conthas también había enviado refuerzos: el trío de barcos voladores preparados para la batalla iba en su ayuda, aunque uno casi ni había alzado el vuelo cuando una bandada de murciélagos lobo asaltó la cubierta como si de una tempestad se tratase. El navío viró hacia un lado y la tripulación cayó por la borda a la Zanja. Después los murciélagos se dirigieron hacia el *Barracuda*, pero quedaron ensartados por una andanada de virotes de ballesta del tamaño de una lanza.

Cirrolibre tocó la vara que llevaba en la cintura para dirigir a los caballeros de duramantio hacia Bronturo. Tam sintió el temblor de los pasos del gigante en la planta de los pies, y también una repentina punzada de pavor que amenazó con asfixiarla. De cerca, el coloso parecía irreal, tan indomable como el propio Comedragones. De haber estado sola o incluso entre desconocidos, habría huido o caído de rodillas, indefensa a causa del puro miedo.

Fue el coraje de Rosa, y el de Cura y Cirro, y el de Brune, lo que hizo que siguiera avanzando. Y comprendió, ahora más que nunca, la fuerza que le proporcionaba pertenecer a una banda.

Cuando uno luchaba solo, tenía que cuidarse a sí mismo. Cuando tu vida estaba en peligro, hacías lo que fuese para conservarla. Si luchabas por la gloria de un noble, tenías permiso para abandonar el campo de batalla detrás de él si la suerte no os era propicia. Y cuando la situación se volvía un caso perdido de verdad, incluso la mayor de las enterezas se veía abocada a salir por patas mientras dabas media vuelta para largarte.

Pero un vínculo entre compañeros de banda era algo diferente. Era, como lo había descrito Rosa sobre la pira de su padre, una relación familiar. Cuando luchabas junto a aquellos cuyas vidas significaban más para ti que la tuya propia, sucumbir al miedo no era una opción, porque nada, ni siquiera una Horda de muertos vivientes o una reina vengativa o un gigante zombificado y abrumador, daba tanto miedo como la posibilidad de perderlos.

El miedo de Tam se evaporó gracias al orgullo cada vez mayor que sintió mientras consideraba, consideraba de verdad desde que destrozó el laúd de su madre, lo que significaba para ella formar parte de Fábula. Un nuevo hogar. Una segunda familia. Amigos a los que quería, y que la querían.

No se lo habían dicho. Pero tampoco hacía falta. Estaban allí a su lado, y provocaban en ella la misma valentía que ella provocaba en ellos. Y eso era más que suficiente.

Fue suficiente incluso cuando una sombra colosal se abalanzó desde el cielo.

55

Sacrificio

La neblina de humo y nubes que flotaba sobre Conthas se agitó cuando algo de un tamaño incomprensible surgió a través de ella, como si se burlase de la creciente determinación de Tam. El Simurg rasgó aquel velo como si fuese el casco de un barco gigantesco. Unas plumas del color del ocaso cayeron de sus alas mientras descendía hacia ellos.

Sus garras se cerraron alrededor de uno de los caballeros y lo levantaron del suelo para luego destrozarlo como si no fuese más que un muñeco relleno de paja. El monstruo lanzó por los aires las extremidades de duramantio y, con torpeza, se giró ciento ochenta grados sobre las inquietas multitudes de la Horda de la Bruma.

Unos vientos huracanados soplaron sobre los integrantes de la banda cuando la criatura aterrizó en la puerta que había detrás de ellos, la destrozó y derrumbó una sección entera de la muralla.

Ahora que estaba muerto, el Comedragones se deterioraba rápidamente. Las plumas de la cola habían desaparecido, y también su cresta en forma de abanico. Cuando agachó la cabeza, Tam vio una figura solitaria apostada entre dos de sus plumas rojizas.

«Se podría decir muchas cosas de la Reina del Invierno, pero está claro que sabe llamar la atención cuando llega a un lugar», pensó Tam con sarcasmo.

El ataque incansable de los esclavos de Astra fue remitiendo poco a poco. Se dispersaron como peces que se alejan de una mano que intenta agarrarlos, hacia las ruinas que había al norte y al sur. Su señora había dejado de necesitarlos ahora que acababa de conseguir rodear a Rosa y sus compañeros de banda con dos de sus armas más poderosas. Tam miró desolada en ambas direcciones y no pudo evitar preguntarse si habría un término específico para designar el momento en el que un herrero reemplazaba el yunque por un segundo martillo y empezaba a golpear con ambos la pobre herramienta que estuviese forjando en ese momento.

Cirrolibre hizo una mueca mientras probablemente pensaba en lo mismo.

—Supongo que no tenemos un plan para matar por segunda vez al Comedragones, ¿verdad?

Rosa negó con la cabeza.

—Yo no lo tengo.

—Yo sí —dijo Cura.

Se apartó el mantón de plumas negras de los hombros, aflojó el fajín que le ceñía la túnica a la cintura y, a pesar del frío, se la quitó.

—¿Qué haces? —preguntó Tam.

—Lo que tengo que hacer —dijo la Bruja de Tinta.

Sonó distante, aislada, como una sonámbula que camina en dirección a un ruido que solo oye ella.

Rosa puso la mano sobre el hombro desnudo de la invocadora.

—Cura…

—Puedo hacerlo —insistió ella.

—No puedes hacerlo sola.

Ella miró hacia atrás con los labios fruncidos en un gesto parecido al de una sonrisa.

—No estoy sola.

Rosa tragó saliva. Asintió. Apartó la mano.

—¡*KURAGEN*!

Brune gruñó de preocupación, y las orejas de Cirrolibre expresaron su inquietud cuando dio un paso en dirección a la Bruja de Tinta.

—Cura, no puedes…

—¡*YOMINA*!

—Atrás —gritó Rosa mientras el espadachín con cuello de buitre y la diosa marina se abalanzaban hacia el Simurg.

—*¡MANGU! ¡HARRADIL! ¡NANSHA!* —aulló Cura, con voz constreñida como si estuviese en manos de un torturador.

Sus pesadillas cobraron forma una tras otra: la serpiente pálida con alas emplumadas, el gigante que blandía un martillo y tenía los ojos cubiertos por una venda ensangrentada, la anciana sucia y construida con cachivaches que sostenía un par de cabras blancas que no dejaban de retorcerse…

—*¡ABRAXAS!*

Cura se tambaleó mientras el caballo alado salía de su brazo dando coces. Su voz era poco menos que un gruñido y empezó a brotarle sangre de la nariz y a gotearle por las orejas.

Rosa cruzó un brazo delante de Tam cuando la joven hizo un amago de acercarse.

—No lo hagas.

—¡Se va a morir!

—No, ellos van a morir —explicó Rosa.

«¿Ellos?». Antes de que Tam tuviese tiempo de responder, vio cómo los tatuajes de Cura no solo se desteñían a medida que pronunciaba sus nombres, sino que desaparecían, se desprendían de su piel y no quedaban de ellos ni cicatrices que indicasen que habían estado ahí.

Cura no solo usaba su poder, sino que renunciaba a él por completo.

—*¡MELEAGANT!*

Una araña hecha por completo de huesos se escabulló desde su abdomen.

—*¡RAN!*

Una figura encapuchada se arremolinó hasta formarse del todo. Tres pares de manos de uñas largas surgieron de las mangas, y seis más cubrían el torso de la criatura.

—*¡KINKALI!*

Una mujer con escamas de plata unidas por cadenas se deslizó por su pantorrilla.

«¿Qué clase de horrores había presenciado esa mujer?», se preguntó Tam a medida que los tintosos iban cobrando forma. ¿Qué traumas había soportado e interiorizado para luego recordarlos una y otra vez y usarlos para ayudar a la banda?

Cura ya se encontraba de rodillas.

—*¡AGANI!* —sollozó.

El árbol monstruoso surgió de su espalda y aulló mientras la copa de hojas se le prendía fuego. La invocadora cayó a cuatro patas y vomitó en la nieve embarrada. Brune gruñó al verlo, y Cirrolibre estuvo a punto de acudir en su ayuda a pesar de que Rosa les había indicado que no lo hiciesen.

Los tintosos se unieron para atacar al Simurg, que consiguió agarrar la serpiente alada con las fauces y darle un golpe tan fuerte a la anciana que la lanzó por los aires y se vio obligada a soltar las cabras. Pero la criatura fue incapaz de defenderse de tantos enemigos al mismo tiempo. *Abraxas* la hirió con un rayo azulado. El gigante *Harradil* le dio un golpe con el martillo en el cráneo. Tam vio que la Reina del Invierno abandonaba su posición y se perdía de vista.

Maleagant, la araña de huesos, empezó a escupir afiladas telarañas a las patas traseras del Simurg. *Kuragen* lo agarró por la cabeza e introdujo sus tentáculos húmedos por las fosas nasales y a través de las cuencas de los ojos, donde ardían las llamas blancas. *Yomina* se dedicó a atacar las patas delanteras asestando tajos a la carne y a los

huesos como si fuese un leñador colocado con Hoja del León.

Las escamas del vientre del Simurg habían empezado a desprenderse. Las plumas que le quedaban estaban mustias y grises, y habían dejado de estar cubiertas por esa capa de hielo que hacía las veces de armadura. El complejo mecanismo que permitía al Simurg lanzar su aliento helado había quedado inservible gracias a las espadas de Rosa.

Pero, a pesar de no estar en su mejor momento, era un adversario temible.

Sus poderosas fauces desgarraron la serpiente alada. Después cazó y aplastó esa capa de manos que se llamaba *Ran*, luego aplastó a *Nansha*, la anciana bruja, y la dejó convertida en una pila de basura desperdigada. Sus cabras gritaron y desaparecieron en una nube de humo negro.

«No es suficiente —pensó Tam—. Va a matarlos uno a uno. Y luego a nosotros, a menos que Bronturo lo haga primero».

Pero Cura no había terminado. Levantó un brazo tembloroso, como un sacrificado que se abre las venas ante un altar maligno. Tenía sangre en los labios y le salían regueros rojos de la nariz. Unas gotas carmesíes manchaban su piel blanca, que se le había quedado prístina, sin tatuaje alguno. Era libre por primera vez desde hacía mucho tiempo, desde que la aflicción de una joven la obligó a apretar una afilada hoja contra su carne para ahogar el dolor con más dolor.

O casi libre.

—*¡ROSA LA SANGUINARIA!* —aulló.

La aparición de la líder de Fábula surgió entre llamas, con unas botas ardientes que derretían la nieve al pisar. Tam esperaba que la criatura mirase a Rosa, como si fuesen dos gemelas separadas al nacer que se ven después de mucho tiempo, pero en lugar de eso salió despedida hacia los cielos sin echar la vista atrás.

Cura se derrumbó entre la nieve embarrada. Rosa corrió para colocarse a su lado, mientras Cirrolibre contemplaba con ojos entrecerrados el enfrentamiento contra el Comedragones, sin duda intentando averiguar dónde se encontraba la Reina del Invierno.

Al oeste, los barcos voladores empezaron a rodear a Bronturo. El *Barracuda* daba vueltas alrededor de él pero fuera de su alcance, lanzando una andanada tras otra de misiles por la barandilla de babor. Los proyectiles golpeaban la cabeza del gigante y la hacían temblar, pero eran incapaces de atravesar su resistente cráneo. El otro barco, una elegante fragata llamada *Corazón Atómico,* fue directo a por él y viró con brusquedad hacia un lado justo cuando Bronturo levantó el mazo y trazó un arco muy lento. Alguien que iba a bordo, ya fuese un

mago o un loco con una varita, lanzó varios proyectiles mágicos al rostro del titán. Fallaron y obligaron al *Barracuda* a cambiar de dirección para esquivarlos.

Una bandada de criaturas infectas empezó a seguir a ambos navíos, por lo que Tam casi ni se dio cuenta del pequeño barco volador que iba detrás. El *Vieja Gloria* había sido drásticamente modernizado desde la última vez que lo había visto. El casco tenía planchas de acero como refuerzo y también una hilera de púas que recorría la proa. Iba más rápido que la carraca o que la fragata, y cruzó a toda velocidad junto a la nariz del gigante. Bronturo intentó apartarlo con una manaza, pero Doshi la evitó cómo si nada. El barco cayó en picado y estuvo a punto de golpearse contra el suelo antes de que se abrieran las velas con el estallido propio de un trueno distante.

El gigante levantó su mazo con cabeza de carnero y estuvo a punto de reducir el *Vieja Gloria* a astillas, pero el caballero restante le dio un fuerte golpe a Bronturo con su martillo en la rótula. La mole se desmoronó como un borracho y derrumbó a su paso una docena de vecindarios mientras caía al suelo.

Tam miró atrás, hacia el Simurg, y vio que la querida mascota de Astra también estaba en apuros. Cerró sus fauces alrededor de *Agani,* quien le ofreció por voluntad propia sus ardientes ramas. De igual manera que Tam había visto en Ardburgo en una ocasión, el atormentado ent soltó todas las hojas a la vez. Empezaron a bajar rotando en espiral por la garganta del monstruo (Tam vio el torrente resplandeciente a través del plumaje) y terminaron por destruir los órganos marchitos que quedaban en el interior de su cuerpo.

Los húmedos tentáculos de *Kuragen* tiraron con gran fuerza de la mandíbula inferior de la criatura y terminaron por arrancarle la mayor parte de ella. *Harradil* le destrozó una cuenca ocular con un potente martillazo. Las gemelas de escamas plateadas llamadas *Kinkali* rodearon con sus cadenas el cuello del Simurg y empezaron un animoso tira y afloja que amenazó con arrancarle la cabeza. *Yomina* desenfundó su séptima espada, la que tenía envainada en el corazón, y la clavó hasta la empuñadura en el pecho del monstruo.

El Comedragones se estremeció y cayó ante los embates de los tintosos. Intentó levantarse, pero la telaraña del arácnido de hueso le había enredado las patas. La Reina del Invierno, que no estaba a la vista pero sin duda seguía viva, dio rienda suelta a su frustración y aulló a través de las fauces destrozadas de la criatura. Mientras tanto, la figura envuelta en llamas de *Rosa la Sanguinaria* descendió sobre el Simurg como un cometa venido desde las alturas, tan ardiente que todos los copos de nieve de la ciudad se convirtieron en una gota

sibilante.

Cayó directa en la boca abierta del Comedragones, le atravesó la garganta y llegó hasta la caverna chamuscada que era su estómago.

Y explotó.

El antaño poderoso Simurg quedó esparcido en una milla a la redonda, entre carne ardiendo, huesos ennegrecidos y plumas en llamas, consumido dentro de una nube de fuego color añil con forma de hongo.

Tam se encontraba a media manzana de distancia y salió despedida por los aires para luego caer rodando por el suelo. Se puso en pie a duras penas, cogió el arco y se afanó por recuperar las flechas que le quedaban. Cuando volvió a centrar su atención en los restos humeantes del Simurg, los tintosos de Cura empezaban a disolverse uno a uno en volutas de humo negro.

La aparición de su tío, *Yomina,* fue la última en marcharse. El espadachín de cuello de buitre se giró para encarar a su sobrina. Su sombrero de paja se agitó un poco, un gesto de despedida quizá, o de gratitud, para luego desaparecer.

Para entonces, ya se oía por todas partes el agudo chillido de la Reina del Invierno. El sonido se acercaba cada vez más, acuciante, y los rodeaba como un ciclón que estuviera a punto de golpear una endeble granja.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Rosa mirando el rostro ceniciento de Cura.

—Eso puede que sea un problema —dijo Cirrolibre.

Miró el torque de su brazo. Las runas habían dejado de brillar, y la vara de su cintura ya no emitía luz alguna.

«Parece que a Contha no le gusta que otros usen sus juguetitos».

Una somera mirada confirmó los temores de Tam: los gólems que los habían protegido estaban allí, en pie, pero con las extremidades flácidas. Los sellos de sus ojos se habían apagado. Detrás de la extensión de casas destrozadas, vio que el caballero de duramantio había sido víctima de un destino similar. Se había quedado inmóvil en mitad de un golpe de martillo que podría haber acabado con la no vida de Bronturo de una vez por todas. En lugar de eso, el gigante lo agarró con ambas manos y arrancó la cabeza del constructo. A pesar de que su armadura era impenetrable, hubiera lo que hubiese en el núcleo del gólem, era obvio que no estaba preparado para soportar la rabieta de un gigante.

—Tendremos que correr —afirmó Cirrolibre. Y, en respuesta, varias docenas de monstruos del grupo que los acompañaba se dirigieron ahora a toda velocidad hacia la puerta del casco antiguo de

la ciudad.

—Creo que…

Tam miró hacia el oeste a través de la nevada y el polvo que había levantado la caída del caballero. Buscaba el *Vieja Gloria*, pero no lo veía por ninguna parte.

—¿Crees qué? —preguntó el druin.

—Creo que Doshi está…

Sus palabras quedaron ahogadas por el estruendo del barco volador, que apareció sobre ellos perseguido por una bandada de arpías que chillaban con la voz de Astra. Tam acercó la mano al carcaj, pero las mujeres aladas morían más rápido que un puñado de polillas junto a una forja, ensartadas en las flechas que salían disparadas desde el interior del navío. Doshi viró a la derecha, dio un giro brusco sobre los restos humeantes del Simurg e hizo que el *Vieja Gloria* se detuviese suspendido en el aire sobre ellos.

Tenía una arpía que no dejaba de gruñir empalada en las púas de la proa. Un rostro mucho más amistoso les sonreía desde la barandilla.

—¿Queréis que os lleve a algún lado? —voceó lady Jain.

A pesar de haber tirado el plan por la borda hacía menos de una hora, el malhadado ataque de Rosa al palanquín había funcionado a la perfección con la estrategia que tenían pensada. Irritada porque su némesis había conseguido escapar y porque el Simurg había muerto, a partir de ese momento la Reina del Invierno lideró por su cuenta el ataque a Conthas.

Pero eso no significaba que lo hiciese de manera precipitada, ya que estaba rodeada por una vorágine infranqueable de muertos monstruosos. Se había hecho con el control absoluto de los cielos. El *Barracuda* se había acercado demasiado al suelo y quedó destrozado por el gigante tullido, mientras que el *Corazón Atómico* estaba en llamas, sin munición e intentando escapar de una bandada de guivernos.

Doshi los dejó en la cara interior de la Puerta de la Zanja Oriental. Cura seguía inconsciente, respiraba a duras penas y su piel estaba húmeda a causa de un sudor frío. Antes de abandonar el barco, Brune se agachó junto a la invocadora con una mueca de dolor debido a las heridas que había sufrido en forma de lobo, heridas que le habían dejado las musculosas espaldas ensangrentadas. Apartó un mechón de pelo y le besó la frente. La invocadora se agitó y agarró débilmente la muñeca del chamán.

—Yo… —murmuró—. Luchar…

Brune rio con suavidad. Tam lo vio sollozar y pasarse una mano manchada de tierra por la mejilla.

—Ya has hecho suficiente —dijo—. Descansa, hermanita. Es nuestro turno.

Cura rozó el brazo del chamán con los dedos, demasiado agotada para articular palabra.

Brune no se molestó en enjugarse la siguiente lágrima, que se le derramó por la mejilla y dejó un surco limpio en su rostro lleno de tierra.

—Si no nos volvemos a ver… —susurró—. Ya nos veremos.

—Asegúrate de que la dejas en el Santuario —gritó Rosa a Doshi.

—Lo haré —dijo el capitán con tono grave—. Lo juro.

El *Vieja Gloria,* rugiendo, puso rumbo hacia Colina de la Capilla, y lady Jain apareció entre Rosa y Tam.

—Por los cojones de Vail —dijo—. Tengo que reconocer que ese tipo me tiene enamorada.

—¿Enamorada? —preguntó Tam—. ¿Doshi? Pero si lo conociste… ¿ayer?

—Anteayer, ¿eh? —Jain se encogió de hombros—. Pero, como se suele decir, una no puede controlar las mariposillas de su entrepierna.

—Nadie dice eso —le aseguró Tam.

—Preparadas —interrumpió Rosa, que se había puesto la capucha carmesí. Los guanteletes relucieron cuando encaró la puerta oriental —. Ahí viene.

56

Pelea sucia

Se enfrentaron a Astra entre los bloques cubiertos de barro de Desembarco del Caballero, y el barón del lugar, un arácnido llamado K'tuo, acudió a la batalla flanqueado por una pareja de arácnidos con seis patas que hacían las veces de brazos. El trío blandía ocho espadas, siete hachas y tres lanzas en total, y luchaba como si se tratara de una única entidad. Era una mente colmena cazadora con tres cuerpos diferentes.

Brune protegió a Tam mientras ella vaciaba el carcaj que acababa de rellenar y clavaba proyectil tras proyectil en todas las abominaciones que había a la vista. Cuando el chamán tuvo que hacer frente a un escorpión del tamaño de un caballo de guerra, Tam desenvainó *Ave Nocturna* y mantuvo a raya a los esbirros de Astra hasta que el lobo venció en combate.

Rosa se vio las caras con un ogro cubierto de la cabeza a los pies por una armadura de placas garabateada con palabras malsonantes en pintura amarilla. La mole se parecía a uno de los gólems de Contha, pero, aunque su armadura lo convertía en una criatura casi invulnerable, la torpeza de sus ataques dejaba claro que no veía ni tres montados en un huargo. No se enteró de que Rosa había escalado por su cuerpo hasta que la mercenaria le metió las cimitarras por las ranuras del visor del yelmo.

Consiguieron aguantar el embate de los enemigos hasta que un enorme galápago de guerra destrozó la muralla junto a la puerta y enterró al barón insectoide y a sus compañeros arácnidos bajo una avalancha de ladrillos de piedra. El castillo que se alzaba sobre el desgastado caparazón de la tortuga, una estructura precaria llena de empalizadas de madera, estaba habitada por saguajines reptilianos armados con boleadoras, con las que esos hombres lagarto lanzaban caracolas llenas de púas envenenadas con una puntería mortífera.

Rosa llamó a la retirada, y los defensores de Desembarco del Caballero se dirigieron hacia el oeste.

Mientras se retiraban, Tam vio que Astra cruzaba el arco de la Puerta de la Zanja. Su corona de metal negro relucía a la luz cenicienta, y las hebras de seda ajada que le colgaban de los hombros se agitaban con el viento. Se enderezó y los miró con gesto imperioso, como si fuese una emperatriz que bendice con su presencia un salón lleno de cortesanos aduladores y no una nigromante obsesionada con la muerte y con la erradicación de todas las almas vivas de la ciudad.

—Voy a por ti, Rosa —dijo a través de sus criaturas con voz inquietante.

—¡Que te den por culo! —gritó Rosa por encima del hombro.

Una risa áspera se deslizó por los oídos de Tam, y la joven se estremeció.

Lucharon contra Astra en las destartaladas calles de Fondo de Roca, donde el barón Leñocruel encabezaba un pelotón de feos y musculosos matones de los que él era el más feo y musculoso. Cuando llegaron a los establos de la ciudad, sus filas engrosaron gracias a los luchadores de los pozos, que iban desde norteños barbudos llenos de cicatrices hasta enjutos luchadores de serpientes narmeeríes, que no se llamaban así porque luchasen contra serpientes, sino porque lo hacían como serpientes: aturdiendo a sus enemigos con golpes rápidos y luego sometiéndolos con tenazas de las que no podían zafarse.

Ambos ejércitos se lanzaron contra sus enemigos y estuvieron a punto de volver a rechazarlos hacia Desembarco del Caballero, antes de que cambiasen las tornas, algo que las tornas suelen hacer muy a menudo en los campos de batalla.

Ni todos los músculos del mundo fueron capaces de proteger a Tain Leñocruel cuando un draco de escoria vomitó una ráfaga de magma hirviendo sobre su cuerpo. El barón se desintegró como un muñeco de nieve ante la mirada del Señor del Estío y no quedó rastro alguno de él a excepción de un cinturón de duramantio con una inscripción que rezaba «Invencible» y que quedó flotando en un charco de lava burbujeante.

La resistencia terminó por ceder cuando Bronturo, que se arrastraba sobre los codos ya que tenía las rodillas destrozadas, empezó a aporrear a los defensores con los puños.

—¡Atrás! —aulló Rosa, y la risa susurrante de la Reina del Invierno volvió a pisarles los talones.

—Rendíos —dijeron cientos de bocas—. Abrazad el olvido.

—¿Que abracemos el olvido? —bufó Tam en voz baja—. Gracias, pero no.

Lucharon contra Astra entre las casuchas desvencijadas de Ríocrecido, atraparon a los muertos en callejones sin salida para luego

lanzarles bombas hechas con botellas de whisky desde las azoteas.

Lucharon en las pendientes nevadas de Túmulo Negro, cuyos residentes convirtieron varios carros de víveres y varias mulas delgaduchas en dos docenas de cuadrigas improvisadas. La estampida resultante fue desastrosa, pero eficaz a pesar de todo.

Lucharon entre las criptas saqueadas de Wightcliffe. Guiaron a los muertos hacia las tumbas abiertas llenas de toda clase de cosas: desde lanzas afiladas hasta una bazofia muy ácida que habían fabricado a medias los curtidores de la ciudad y el gremio de alquimistas.

Hasta el séquito de la Reina del Invierno cayó presa de la emboscada. Mientras avanzaban por el amplio bulevar de la Zanja en dirección a Ollasalobre, un par de carromatos explosivos rodaron hacia ellos a lo largo de las dos calles en las que se dividía.

El rugido de frustración de Astra se extendió por toda la ciudad. Lanzó cientos de criaturas directamente hacia uno de los carromatos y consiguieron volcarlo a un lado y que detonase mucho antes de llegar a la Zanja y prender fuego a varios edificios. El otro continuó rodando sin problema y, por un breve instante, Tam se permitió creer que lo habían conseguido, que la hechicera y su ejército de marionetas no tardarían en quedar consumidos entre las llamas. Pero fue entonces cuando Bronturo, obligado por los gritos de desesperación de Astra, se interpuso en el camino del carromato explosivo, que le estalló en la cara. La explosión resultante le arrancó la piel de los huesos. El pelo y la barba le ardieron como una escoba seca que se lanzase a un horno.

La criatura intentó levantarse y flexionó los brazos mientras una carbonizada sonrisa se dibujaba en su cráneo ardiente.

—No puede ser —oyó Tam que gruñía Cirrolibre.

Pero el frágil cuello de Bronturo se rompió debido al peso de su cabeza, que cayó al suelo y aplastó a docenas de muertos vivientes para luego rodar como una roca hacia la Zanja. El cuerpo se estremeció con violencia y luego quedó inmóvil.

Unos vítores esporádicos se alzaron entre los defensores de la ciudad, pero el estruendo de la tormenta los ahogó por completo y la Horda apareció frente a ellos como si fuese un océano que intentara dejar sumergido por completo el mundo entero.

Abandonaron Ollasalobre sin presentar batalla y se retiraron hacia la falda de Colina de la Capilla lo más rápido que pudieron. Unos matones de Fondo de Roca que no estaban nada acostumbrados al territorio de un barón rival terminaron en un callejón sin salida, donde quedaron arrinconados por el hidraco de cuatro cabezas.

Tam siguió corriendo, aunque los músculos de sus piernas empezaban a necesitar un descanso. El tiempo empeoraba a cada

minuto. La nieve acumulada ya le llegaba a la altura de los tobillos, y no paraba de nevar. El viento le agitaba el pelo y también el deshilachado borde del gabán mientras se afanaba por mantener el ritmo de Rosa y Cirrolibre. Brune se había adelantado para echar un vistazo a los que les esperaban delante.

—Alimañas —dijo la voz de Astra mientras se retiraban—. Os escondéis como ratas en vuestra madriguera. Pero os erradicaré —prometió—. Exterminaré a todos y cada uno de vosotros.

Una docena de centauros muertos cargaron desde una calle lateral en cuesta. Rosa le cortó las patas a uno de ellos con las cimitarras, lo que hizo que los que venían detrás perdiesen impulso. Luego, Cirrolibre se deslizó entre el resto y empezó a asestar tajos y cercenar cabezas con su espada.

Tam, que no tenía la destreza marcial de Rosa la Sanguinaria ni la elegancia natural de un maestro de la espada druin, vio que uno de los hombres caballo se dirigía hacia ella e hizo lo más racional que se le ocurrió: tiró el arco a un montículo de nieve y luego saltó por la ventana abierta de una de las casas que tenía al lado.

Pasó unos instantes agitando los brazos sin control para deshacerse de los finos visillos de lino, que parecían tener la intención de estrangularla. Después se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, pero se tropezó con un taburete que no había visto a causa de la penumbra y cayó despatarrada entre las mugrientas alfombras que cubrían el suelo.

Algo se le subió encima de repente. Le siseó en la cara, arañó las escamas de su armadura y le hundió los colmillos en la mano mientras ella intentaba quitárselo de encima.

«Será un kobold —aventuró—. ¿O un diablillo, quizá? Varios diablillos, en ese caso».

Lo pensó mientras la atacaban más criaturas en la oscuridad. Le dio un codazo a una, consiguió zafarse de otra que tenía en el pie y se levantó del suelo a duras penas. Vio un pelaje hirsuto y una cola que no dejaba de agitarse recortados a la tenue luz de la ventana, y justo en ese momento otra de las criaturas le saltó a la cara y le hundió las garras en una mejilla. La sangre empezó a brotar.

Tam salió corriendo hacia la salida y soltó algunos tacos cuando se golpeó la cadera contra la esquina de una mesa de madera. Uno de los diablillos (o kobolds o lo que coño fuesen esos monstruos) le saltó a la espalda. Le agarró el pelo con las zarpas mientras hacía todo lo posible por aferrarse a ella.

Al fin consiguió llegar a la puerta. La abrió de par en par e iluminó a las criaturas que la atacaban. Se volvió rápido y vio que intentaban

ponerse a cubierto…

… no sin antes distinguir que en realidad eran gatos.

Se había quedado con la boca abierta, pero no tardó en cerrarla mientras soltaba un taco. Decidió que no le contaría aquello a nadie, cerró de un portazo y se largó. Cuando encontró a sus compañeros, estos ya habían hecho trizas a los centauros. Era como si todo un regimiento de caballería cadavérica hubiese sido mutilado en mitad de la calle.

—Estás sangrando —comentó Rosa.

Tam se llevó la mano a la cara e hizo una mueca de dolor cuando se rozó la marca de las garras que tenía debajo del ojo derecho.

—No es nada —aseguró.

Madrigal zumbó cuando Cirrolibre volvió a envainarla.

—¿Te has topado con algo peligroso?

Tam dio unos golpecitos en el pomo de *Ave Nocturna*.

—Nada de lo que no pudiera encargarme —dijo mientras ignoraba el bufido ahogado que surgió de la casa que tenía detrás.

Rosa siguió avanzando mientras Cirrolibre cogía el arco de Tam y se lo ofrecía con una sonrisilla.

—Esos gatos son unas criaturas muy salvajes —dijo, luego le hizo un guiño y se fue detrás de Rosa.

Tam se enjugó la sangre del rostro con la manga del gabán antes de continuar.

Se vieron obligados a librar otras dos escaramuzas antes de abandonar el distrito: la primera contra una manada de sabuesos trol en descomposición y la segunda contra una banda de zombis que Tam confundió con aliados hasta que se acercaron lo bastante como para verles las llamas en los ojos. En esta ocasión, se mantuvo en el sitio y usó el filo de *Ave Nocturna* para cortarle el cuello a un chico pálido que tendría casi la misma edad que ella.

La cabeza medio cercenada del chico intentó mirar hacia las profundidades de la capucha de Rosa.

—¿Te escondes? —preguntó con la voz de Astra—. No vas a escapar de mí, Rosa. Te encontraré. Te haré sufrir. Vengaré la muerte de mi…

Tam terminó de cortarle la cabeza al chico y luego le dio una patada para que rodara por la pendiente que habían dejado atrás.

—Gracias —le dijo Rosa.

—Para eso estamos —respondió Tam.

Brune se reunió con ellos en la frontera entre Ollasalobre y la Corte de Papel, que estaba muy bien indicada por la calidad de los edificios en un distrito y otro. Los destrozados bloques de viviendas de Tabano

daban paso a edificios de piedra enfoscada con dos o tres pisos.

El chamán jadeaba profusamente. Tenía las fauces llenas de sangre y el pelo, antes blanco, muy manchado. Tres flechas de penachos negros le sobresalían por el pelaje, y nada más llegar rompió una de ella con los dientes.

—¿Estás bien? —preguntó Rosa.

El lobo inclinó la cabeza para asentir. Tam hizo una mueca al ver la sangre que se le derramaba por el hocico.

Mientras Cirrolibre rompía las otras dos flechas, Rosa agarró el rostro del chamán con ambas manos y le dijo unas palabras que Tam fue incapaz de oír. Fuera lo que fuese lo que le dijo, Brune se limitó a gruñir en silencio como respuesta.

—Muy bien —dijo Rosa—. Ve tú delante.

Apretaron el paso y avanzaron por el flanco oriental de Colina de la Capilla hacia el norte y el oeste a través de la calle principal, donde vieron que el grueso de las tropas de Astra estaba plantando cara a los defensores. Tam echó un vistazo por la ciudad y vio que casi la totalidad de Túmulo Negro estaba en llamas. El fuego se extendía rápido y ya rozaba los edificios de los distritos circundantes.

La Horda de la Reina del Invierno marchaba en dirección oeste a través de Conthas, pisando el suelo del valle como si fuese un río pestilente y desbordado. La vanguardia, un grupo heterogéneo tras el que se cobijaba Astra, tuvo que enfrentarse al embate de dos frentes. Los mercenarios de la Corte de Papel (quienes habían sido contratados por Íos después de la caída de Alektra) cargaron por las amplias avenidas de su distrito mientras los asesinos del Soplón aparecían entre los oscuros callejones del suyo.

Fábula llegó a la Zanja a tiempo de ver cómo la propia Íos intentaba llegar hasta la Reina del Invierno. La asesina se abrió paso a través del vórtice de defensores no muertos de la hechicera y la obligó a desenfundar su aullante espada. En ese momento quedó muy claro que la baronesa del Soplón no tenía mucha experiencia a la hora de matar druins.

«No tiene ni idea de la presciencia —se dio cuenta Tam al ver que Íos no dejaba de apuñalar el aire después de que la druin la esquivase —. No sabe que Astra puede prever todos sus movimientos».

Lo que, obviamente, significaba que la asesina había firmado su sentencia de muerte.

Íos lanzó una daga que fue esquivada con facilidad y después intentó atacar, pero su oponente se escabulló como una voluta de humo.

La espada de la Reina del Invierno entró y salió del corazón de la

asesina antes de que esta supiese siquiera que estaba muerta. Abrió la boca, se tambaleó y estuvo a punto de caer, pero la druin pronunció una palabra y vertió su alma negra en la carcasa sin vida que era el cadáver de la baronesa.

«Y ya está —pensó Tam mientras veía cómo se levantaba para luego colocarse entre las filas de los sirvientes de la Reina del Invierno —. Otro soldado leal que se suma a la legión de los condenados».

A pesar de la sucesión de pequeñas victorias, como matar al Simurg, detener a Bronturo y provocar a Astra para que persiguiese a Rosa, Tam no conseguía librarse de la sensación de estar atrapada en un ataúd cuya tapa iban cerrando clavo a clavo.

Poco después, Rosa volvió a dar la orden para que todos volviesen a retirarse. Se aseguró de hacerlo a lo grande, mientras su capucha escarlata quedaba tentadoramente a la vista al avanzar en dirección oeste a través de la falda de Colina de la Capilla. Tam sintió alivio al comprobar que lady Jain se encontraba en la multitud en retirada. Sus chicas y ella lanzaron una andanada de flechas hacia los perseguidores que se encontraban más cerca.

Soltaron otra pareja de carromatos llenos de bombas para cubrir la retirada, y los vehículos rodaron colina abajo y diezmaron las hordas de fétidos soldados de a pie. A lo lejos se oyó la explosión de varias manzanas de edificios que los sirvientes de Astra activaron al tropezar contra cuerdas trampa. Cuerpos y madera quemada saltaron por los aires entre llamaradas.

Siguieron el camino en dirección a Pozo Hundido y Tam vio un grupo de muertos tambaleantes que avanzaba por la calle frente a ellos. Puso una flecha en la cuerda, pero justo en ese momento reconoció entre ellos a Clay Cooper y a su tío, vivos pero agotados.

Al parecer, Mano Lenta era un hombre de palabra. Contra todo pronóstico, los Espadas Oxidadas y él habían conseguido contener las huestes enemigas y defender la Puerta de la Tierra Salvaje. Los demacrados veteranos se unieron a los cansados defensores, y Tam oyó que Clay informaba a Rosa de que habían dejado que los jinetes del Han arrasaran con lo que quedaba de los agrianos y se asegurasen de que los muertos permanecían bien muertos.

Los supervivientes de la compañía de Mackie la Loca también iban llegando poco a poco. Muchos de ellos estaban heridos, y a los que no podían luchar se los llevaban en carros a la parte trasera de Colina de la Capilla. Rosa ordenó a Jain y las Flechas de Seda que los escoltasen.

Después, la mercenaria asignó a Tam al balcón del tercer piso de una posada que daba al sur y que se llamaba el León Blanco, lugar en el que vería a la perfección la calle que tenía debajo.

—Clay. Bran. —Rosa llamó a la pareja de viejos mercenarios como si fuesen poco más que soldados de a pie y no los héroes de cientos de historias (aunque, para ser justos, el tío Bran era el autor de la mayoría de las suyas)—. Id con ella. Defendedla.

Su tío pareció aliviado ante dichas órdenes, pero Clay Cooper puso un gesto mucho menos entusiasta.

—Debería quedarme contigo —insistió.

—Deberías seguir vivo —le dijo Rosa—. Astra me preocupa mucho menos que lo que podría hacerme Ginny si te matan por mi culpa.

Mano Lenta frunció el ceño y se tocó la cicatriz que le cruzaba la nariz.

—Tienes razón.

—Bien —Rosa asintió—. Y lo de que protejáis a Tam va en serio. Tiene un cometido muy importante que cumplir.

—Ah, ¿sí? —dijo Tam—. Porque algo me dice que se me está relegando al papel de «espectadora distante».

—Ya verás que no —le aseguró Rosa—. Vas a matar a la Reina del Invierno.

La Horda de Astra se extendió por Conthas como la podredumbre: infectó sus calles, contaminó sus plazas y ensució la Ciudad Libre como nunca la habían ensuciado, lo que era toda una hazaña si se tenía en cuenta el antro lleno de barro y orín que ya era la ciudad cuando llegaron ellos. Los miles de muertos se reunieron frente a la mujer que esperaba a que la Reina del Invierno rodeara la falda de Colina de la Capilla, como un insidioso veneno arterial que se abriese paso hacia el corazón.

Rosa había dejado la legendaria espada de su padre bajo la custodia de Alkain Tor, pero ahora tenía ambas manos en la empuñadura y la punta de la vaina descansaba en el suelo, delante de sus botas. Aún llevaba puesta la capucha, y contemplaba el pomo de *Vellichor* como una mujer sentenciada a muerte que ve amanecer el último día de su vida.

Cirrolibre se encontraba a su derecha; Brune, a su izquierda. El aliento del chamán formaba nubecillas entre sus fauces. Rosa extendió la mano para acariciarle el pescuezo, aunque Tam no tenía claro si lo había hecho para consolar al lobo o a sí misma.

A su alrededor, los últimos defensores de Conthas abarrotaban los barrios de Pozo Hundido y la falda occidental de Colina de la Capilla: los Espadas Oxidadas y el resto de la compañía de Mackie la Loca, los hechiceros de Pozo Hundido y los supervivientes agotados de todos los distritos que ya habían cedido a sus implacables enemigos. Los mercenarios de Alkain eran los únicos que estaban ilesos, ya que sus

órdenes habían sido esperar a la emboscada en aquel lugar. Ahora salían de las casas y las chozas a las calles, con los rostros y las cabezas cubiertas para protegerse del viento helado.

Mientras, la Horda se había detenido. Lo que en el pasado eran hombres y mujeres ahora estaban inmóviles, con las bocas abiertas y las cabezas algo ladeadas, como si esperasen a que alguien les diese una orden silenciosa. Monstruos grandes y pequeños dejaron de escabullirse, de correr, de culebrear y de pisotear para esperar con gesto inexpresivo las órdenes de su señora. Los halcones de la plaga y los guivernos volaban en lánguidos círculos contra el cielo gris, mientras los selfos de la podredumbre y los ojos alados colgaban como baratijas repugnantes de aquel dosel formado por el humo de los incendios.

—¿Tenéis miedo? —preguntó la Reina del Invierno. Su voz era como el murmullo de las hojas secas al rozar contra la lápida de una tumba.

Rosa sopesó la pregunta.

—De ti no —dijo al fin.

Una risilla irónica.

—Pues deberías. ¿Es que no sabes quién soy?

—Si prometo no preguntar, ¿prometes no decírmelo? —comentó Rosa.

La Reina del Invierno la ignoró.

—Soy un canal. Un recipiente impío. En mi interior, hay una esencia mayor de lo que jamás serías capaz de imaginar.

—No te creas. Tengo buena imaginación —dijo Rosa arrastrando las palabras. Y Tam oyó que Clay Cooper reía entre dientes en voz baja.

—Se alimenta de mi dolor —confesó Astra, como si Rosa y ella fuesen las dos únicas almas de toda la ciudad—. Habita el vacío que dejaron atrás mis hijos, y haré lo mismo contigo, Rosa, cuando tu hija también desaparezca.

—¿Tiene nombre esa «esencia mayor de lo que jamás sería capaz de imaginar»? —preguntó Rosa.

—Es Tamarat —aulló un viento afilado—. La oscuridad encarnada. La Devoradora de Mundos.

Tam vio que los mercenarios intercambiaban lo que supuso eran miradas nerviosas, aunque sus expresiones quedaban ocultas por las capuchas y los yelmos. Hasta Cirrolibre parecía nervioso. Tenía las orejas caídas a ambos lados de la cabeza, traicionadas por un pavor que el druin apenas era capaz de contener.

Solo Rosa parecía indiferente a la confesión de la otra mujer.

—¿La Devoradora de Mundos? —Negó con la cabeza—. Pues lo siento, pero no. Mi mundo no lo va a devorar. Te has vuelto loca, Astra. Eres prisionera de tu aflicción. —Los dedos de Rosa se cerraron en torno a la empuñadura de *Vellichor*—. Pero te liberaré. Y, por si te sirve de algo, que sepas que lo siento por lo de tu hijo. De verdad. Brozaparda no merecía lo que le ocurrió. Los suyos no merecían lo que les ocurrió.

—¿Los suyos? —El desdén de la Reina del Invierno llegó acompañado por una ráfaga de nieve—. Esas criaturas no eran los suyos. Esos monstruos, y también vosotros, son poco más que posesiones para nosotros. Vuestra existencia es inútil, efímera y tan fugaz que parece irreal. Y tú, Rosa, solo eres el humo que asciende a los cielos desde la pira funeraria de tu padre.

Rosa se volvió y le dijo algo a Alkain Tor, que se encontraba detrás de ella.

—Eres las cenizas de un…

—¿Cenizas? —Rosa interrumpió a la hechicera con tono incrédulo —. ¿Humo? No lo creo.

Por todo Pozo Hundido los mercenarios empezaron a quitarse las capuchas, los yelmos y las bufandas que les cubrían las cabezas.

—Yo soy el fuego.

57

La guerra de las Rosas

Rojo, rojo por todas partes. El rojo refulgente de las flores de primavera, el llamativo de la sangre fresca, el cegador y deslumbrante del sol del ocaso. Tam emitió un grito ahogado de asombro. Vio innumerables cortes de pelo a la altura de las orejas teñidos de rojo, todo un ejército de Rosas falsas que llenaban las calles de debajo y se extendían por las pendientes de Colina de la Capilla. Y no solo las mujeres, los hombres también se habían cortado el pelo y afeitado las barbas, o las habían teñido de rojo en gesto solidario.

Había miles de ellos.

Decenas de miles.

Y ahora cargaban entre gritos desafiantes hacia aquellos rostros inexpresivos, rugiendo como un fuego purificador que se dirigía hacia la mancha séptica que era la Horda de la Reina del Invierno.

«Y así termina la retirada de Conthas y da comienzo la guerra de las Rosas», pensó Tam.

Rosa se quedó inmóvil mientras su ejército se abalanzaba hacia el frente, y esperó hasta que su capucha carmesí se perdió entre la avalancha de rojo deslumbrante. Fue en ese momento cuando se desabrochó por primera vez la capa, se la quitó y la dejó caer al suelo.

Tam parpadeó, y se habría tropezado contra su propia boca abierta si hubiese estado corriendo como todos los demás.

El pelo de Rosa había desaparecido.

O la mayor parte de él. Había eliminado el rojo que le era tan característico y ahora su cabeza brillaba dorada, como una moneda iluminada por la luz del sol.

—Se parece a Gabriel —murmuró Mano Lenta, que estaba apoyado en la pared, detrás de ella.

Branigan le dio un trago a una botella que había encontrado en el bar del edificio.

—Es sorprendente.

Tam le quitó la botella a su tío y le dio un trago, para luego hacer

un gesto parecido al de un gato bostezando. Whisky. No le gustaba mucho.

—Menos mal que no puede oírte —le dijo a Clay—. Se enfadaría mucho.

Clay se encogió de hombros.

—¿Estás segura de eso?

Lo cierto era que no lo estaba. Ya no.

Debajo, Rosa aulló una orden a Brune. El lobo gigante agachó la cabeza y avanzó hacia la batalla que había empezado a librarse en la calle. Solos, o tan solos como podían estar dos personas en mitad de una avalancha de miles de pelirrojos, Rosa y Cirrolibre se apoyaron el uno en el otro. El druin le puso la mano en el cuello, y ella se la puso en el pecho. Las palabras que compartieron en aquel momento se perdieron en el rugido y el clamor de las armas.

Terminaron por unirse a la riada de guerreros que corría junto a ellos, y Tam contuvo el aliento cuando vio que Rosa sacaba *Vellichor* de la vaina. Había oído a los bardos asegurar que la espada del arconte era una puerta a otra dimensión, pero nunca habría esperado que dicha puerta estuviera abierta. En la hoja plana de la espada vio un atisbo de cielo azul y hierba verde que se mecía en una colina.

Y justo en ese momento, los habitantes de Pozo Hundido las brujas, magos y raritos a los que Moog había convencido de que se sumaran a la contienda, le dieron a la Reina del Invierno una buena fiesta de bienvenida.

Roga, el invocador al que habían conocido en Bosquestela dos noches antes, lanzó al suelo su elefante de piedra rosa para darle vida. Era una cosa enorme, tres veces más grande que un mamut brumal. Estaba cubierto de espirales blancas y amarillas, y a Tam le parecía algo que bien podría usarse para sorprender a unos niños en una fiesta de cumpleaños, pero la criatura provocó el caos cuando se lanzó entre las congestionadas filas de la Horda de Astra.

Kaliax Kur, la psicópata con el rostro lleno de cicatrices y un motor de marea atado a la espada, lo encendió y apuntó hacia los enemigos con la lanza que estaba unida a él. Un rayo surgió de la punta del arma como si de un chorro de agua se tratase. Saltó de enemigo en enemigo y dejó tras de sí cadáveres ennegrecidos como un bosque quemado hasta los tocones. Su armadura de madera empezó a humear y, a pesar de la distancia, a Tam le llegó un olor parecido al del cerdo asado sobre una hoguera.

Cientos de héroes empezaron a unirse a la contienda. Jeramyn Cain condujo a los Águilas Estridentes hacia el hidraco de cuatro cabezas, mientras que Clare Cassiber se enfrentó cara a cara contra un

incursor saguajín. El reptil de ojos de llamas blancas luchaba con una red y una mandíbula con forma de garfio. Consiguió a atrapar a Claire con la red y clavarle el arma en la pierna, pero ella le cortó la cabeza, se deshizo de la red y se abalanzó hacia el siguiente enemigo.

En otra parte, los componentes de Castigo de Gigantes escalaron el caparazón del galápago de guerra y empezaron a asaltar la fortaleza que tenía encima. Alkain Tor lanzó una antorcha por encima de la empalizada y la estructura empezó a arder por completo.

Tam examinó el campo de batalla y le pareció sentir la mirada del cráneo cubierto de sangre de Hawkshaw, pero cuando parpadeó vio que el alcaide había desaparecido de su vista, seguro que tras haber recibido otra de esas dolorosas muertes que su señora no le dejaría disfrutar.

La Horda había empezado a desorganizarse. La Reina del Invierno tenía tantas ganas de acabar con Rosa que, ahora que se enfrentaba literalmente a miles de ellas, se había quedado desconcertada, vacilante a la hora de atacar con todas sus fuerzas. No había visto cómo Rosa se quitaba la capucha, por lo que no sabía que la mujer que buscaba era la única a la que no estaba mirando. Sus monstruos voladores quedaron paralizados por la indecisión, agitaban las alas y volaban en círculos histéricos mientras la hechicera intentaba localizar a su némesis.

Y entonces apareció el *Vieja Gloria*, se lanzó en picado desde lo alto de la colina como un gorrión forrado de acero en un cielo lleno de halcones. La proa cubierta de púas atravesó enjambres de monstruos más pequeños, mientras que los que eran demasiado grandes quedaban destrozados gracias a los flechazos de lady Jain y las Flechas de Seda.

Doshi condujo el barco hacia la avenida llena de cadáveres para que las chicas lanzasen bombas incendiarias a las filas enemigas. Una serie de estruendosas explosiones surgieron a lo largo de la calle. Cuerpos, y partes de cuerpos, salieron disparados por encima de los tejados.

A Tam le dio la impresión de que la parte oriental de Conthas al completo estaba ardiendo. Miles de los esclavos de Astra se convertirían en pasto de las llamas, mientras que el resto se vería obligado a escapar de ese infierno que devoraba la ciudad.

Hasta el tiempo se había puesto a su favor. No estaba segura de si la tormenta era obra de Astra o no, pero el viento amainó y la nieve dejó de caer de lado.

Tam empezó a disparar proyectiles contra los cuerpos pálidos de sus enemigos. Mano Lenta le había acercado una caja entera de

munición, y el viejo mercenario se encargaba de pasarle una flecha nueva tan pronto como ella disparaba la anterior. No tardó en tener los brazos ardiendo y los dedos helados debido al esfuerzo. Los enemigos estaban tan hacinados que podría haberlos matado incluso con los ojos cerrados; y por cada uno que eliminaba, llegaba otra Rosa a ocupar su lugar.

No era la única que disparaba desde las alturas. Los mercenarios se habían reunido en las azoteas y las ventanas de la Zanja y, aunque la mayoría elegía el objetivo al azar, había otros que no podían evitar disparar a la Reina del Invierno, algo fútil sin duda, ya que Astra evitaba sin problemas los proyectiles que no acababan clavados en alguna de sus criaturas.

Tam aulló cuando un ser que tenía unos tentáculos fibrosos en lugar de brazos se agarró a la barandilla del balcón y subió. La cabeza de la criatura parecía el capullo de una flor y, al abrirse, dejó al descubierto cinco pétalos llenos de colmillos y una lengua húmeda y prensil. Tenía una lanza clavada en la garganta, que Tam dio por hecho que era el arma que la había matado antes de convertirse en muerto viviente. La criatura no tenía ojos, que ella viese, y su lengua tanteaba el aire como una serpiente que busca una presa fuera de su madriguera.

—Yo me encargo —dijo Bran. Lanzó la botella a la criatura para llamar su atención, después alzó una rodela de acero y cogió el martillo, *Diana*, que le colgaba del cinto.

La lengua de la criatura agarró el arma cuando Bran la levantó para atacar, por lo que este la apoyó contra la pared y luego usó el escudo para cortar aquel músculo enrollado. El escudo se clavó en la pared después de atravesar la lengua, que volvió a toda velocidad hacia la boca de la criatura al tiempo que chorreaba sangre hacia el rostro de Branigan. Escupiendo y medio ciego, dejó el escudo clavado en la madera y agarró el martillo con ambas manos. En lugar de apuntar hacia la cabeza del monstruo, le dio un buen golpe al extremo de la lanza que ya tenía clavada en la garganta y se la enterró aún más en el gaznate. La criatura estuvo a punto de partirse por la mitad, y Bran la lanzó por encima de la barandilla de una patada.

Luego, recuperó el escudo y escupió un chorro de sangre de monstruo.

—¿Alguien sabe qué coño era esa cosa? —preguntó.

Mano Lenta se limitó a encogerse de hombros.

—Algo feo —dijo.

En la calle, el elefante rosa de Roga se hizo añicos y desapareció. Tam miró hacia el lugar en el que había visto al invocador por última

vez y lo encontró empalado en la cola de un guiverno, lacio como una bandera de rendición en un día sin viento.

Kaliax Kur cayó unos segundos después. El relámpago que salió de su lanza rebotó en las escamas reflectantes de un basilisco, lo que prendió fuego a su armadura y dejó frita a la mujer que iba dentro. A su favor habría que decir que sobrevivió el tiempo suficiente para clavar la lanza en la boca del basilisco. La serpiente convulsionó mientras la corriente le recorría el cuerpo. Sus escamas se resquebrajaron para luego explotar en esquirlas que se clavaron en todo lo que tenía alrededor.

—Oye. —La voz de Mano Lenta hizo que Tam volviera a centrar la atención en el balcón—. ¿Hemos ganado? ¿Se ha terminado la batalla?

Ella lo miró con escepticismo.

—¿Qué? No.

El mercenario le colocó una flecha en la mano.

—Pues venga. Sigue disparando, joder.

Tam puso los ojos en blanco, pero aceptó la flecha y la clavó en la cabeza de un osgo.

—¿Has visto a Moog? —preguntó.

Clay señaló.

—Allí.

Ella siguió el gesto justo a tiempo para ver cómo una nube de humo amarillo hacía que varios cientos de los esclavos de Astra quedasen convertidos de repente en pollos zombi.

Tam vio al viejo mago de pie sobre una caja volcada, en la entrada de un callejón. Blandía una varita retorcida y parecía muy seguro de sí mismo, hasta que los pollos lo tiraron de la caja y empezaron a perseguirlo por la calle.

El *Vieja Gloria* intentó acercarse a Astra, pero un guiverno se lanzó contra el casco blindado del barco volador y lo hizo escorar fuera de control. Tam lo perdió de vista mientras giraba por encima de su cabeza, pero sí que oyó a Jain y a sus mercenarias gritando como una tripulación que está a punto de caer por el borde de una catarata.

Tam examinó el caos de la calle e intentó determinar si iban ganando o perdiendo, pero la escena era demasiado liosa para encontrarle sentido. Mirara donde mirase, guerreros de pelo rojo asesinaban, gritaban, morían, daban hachazos y espadazos o se levantaban de entre los muertos.

Vio cómo uno de los dobles de Rosa ensartaba a un centauro con la punta de su lanza, cómo la cabeza de otro quedaba destrozada por la porra de un ogro, cómo otro desgarraba a hachazos el cuello de un saurio y a otro que moría despedazado por un ent larguirucho con

corteza de abedul.

Unos cuantos de sus dobles consiguieron enfrentarse a la mismísima Astra, pero cayeron ante la espada fantasmal de la druin sin plantarle cara siquiera. Poco después, la hechicera quedó rodeada de Rosas no muertas, una imagen que hizo que a Tam se le pusiese la piel de gallina y que seguro que había afectado a la moral de los defensores.

La Rosa de verdad casi había llegado hasta el círculo de criaturas que rodeaban a la Reina del Invierno. Cirrolibre y ella ni siquiera habían manchado sus armas de sangre, apiñados en mitad de la multitud y escoltados por las mejores bandas de mercenarios de Grandual: Los Ratas de Ciudadbum, los Excesos, los Vándalos y los Matraca, que habían matado a un guiverno en una capilla cerca de Ardburgo la primavera anterior.

Tam vio que los hermanos Durán luchaban junto a Tash Bakkus, conocida en todos los cinco reinos como la Dama de Hierro. También vio las espadas de Fuego de Guerra abriéndose paso a tajos llameantes a través de los muertos de ojos blancos. Courtney y las Chispas también formaban parte del séquito de Rosa. Se encontraban entre las bandas que habían derrotado a la Horda al Corazón de la Tierra Salvaje de Castia y sin duda se preguntaban qué habían hecho para volver a formar parte de otra batalla desesperada y con escasas posibilidades de victoria.

Brune lideraba al grupo entre mordiscos y gruñidos mientras usaba su cuerpo para abrir paso a los que venían detrás. Le habían arañado con garras, acuchillado con dagas o golpeado con mazas y porras y puños, pero él resistía, ajeno a la cantidad cada vez mayor de heridas.

Tam recordó que Cura le había advertido que algunos de ellos tendrían que sacrificarlo todo para que otros sobreviviesen, y las palabras de la invocadora sonaron de repente como una premonición.

A Brune no le preocupaba la supervivencia, por lo menos la suya. Luchaba por sus compañeros de banda. Por su manada. Se había dejado controlar por su bestia interior, un sacrificio que había hecho por Rosa, y Tam se dio cuenta de que hasta envidiaba que el chamán hubiese tenido la oportunidad de hacerlo.

Pero ni Brune ni ella vieron la caída del mamut hasta que fue demasiado tarde. La bestia avanzaba a su lado, abriéndose paso a través de los enemigos, y de repente uno de los dobles de Rosa se subió a su cabeza y le clavó el pomo con púas de su hacha en la base del cráneo. La criatura se desmoronó de lado, aplastó las patas traseras de Brune y lo aprisionó bajo su peso.

Tam gritó y reprimió las ganas de saltar por el balcón y acudir en

su ayuda. Hasta Rosa estuvo a punto de hacer un alto, pero Cirrolibre le gritó algo que la hizo seguir avanzando. Estaban muy cerca, a tiro de piedra de la mujer cuya muerte pondría fin a todo.

La luz del sol se reflejó en la hoja de *Vellichor* cuando Rosa la levantó sobre la cabeza.

Madrigal repicó como la campana de un templo cuando el druin la desenfundó.

Mano Lenta estaba tan centrado en la batalla que tenía lugar en la calle que hasta se había olvidado de pasarle otra flecha a Tam, y Bran…

Bran contemplaba, boquiabierto, la punta afilada de la espada de hueso que le sobresalía del vientre.

Tam se giró despacio, como si le acabasen de echar un jarro de agua fría por encima, y vio el rictus pesadillesco de Hawkshaw, que la miraba con una sonrisa.

—Deberías haberme matado cuando tuviste ocasión —graznó el alcaide.

Ella estuvo a punto de responder, pero algo parecido a un puño pero con la fuerza de un martillo la golpeó en la barbilla, y la oscuridad se apoderó de todo.

58

La chispa y el copo de nieve

—Tam.

La voz de su madre la llamaba desde el otro lado de la puerta. Agitó los párpados y recuperó un poco la consciencia, perezosa como un gato al sol.

—Tam, levanta.

Ahora era la voz de su padre. Insistente. ¿Qué hora era? ¿Por qué hacía tanto frío? ¿Había dejado la ventana abierta?

«Y hablando de gatos, ¿dónde está Lamento?» —se preguntó. Giró la cabeza con la esperanza de que el pelaje de su mascota le hiciese cosquillas en el cuello, pero en lugar de eso sintió una horrible punzada de dolor—. «¿Dolor? Eso no tiene…».

—¡Tam!

La voz sonó más insistente esta vez, pero no era la de su padre. Era la del tío Bran.

—¡Tam! ¡Levanta!

Abrió los ojos entre parpadeos. Una luz gris. Un techo, pero no el de su casa. Un estruendo como de diez mil personas que gritaban al fondo de un pozo directamente a sus oídos, más y más alto cada vez, hasta que le cayó encima como un cubo de agua helada.

Tam se incorporó al instante e hizo una mueca a causa del dolor en el cuello, los latidos que sentía en la cabeza y las punzadas que notaba en la mandíbula por el puñetazo de Hawkshaw…

«¡Hawkshaw!».

Miró a través de las puertas abiertas del balcón, donde dos figuras peleaban mano a mano a la luz tenue del salón del León Blanco. La más grande de las dos lanzó a la otra encima de una mesa antes de girarse hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó Mano Lenta.

—Lo estoy —respondió Tam sin saber muy bien si lo estaba o no —. Bran…

—¡Estoy aquí! —gruñó su tío. Se encontraba tumbado de lado,

empalado aún por la espada del alcaide.

—¡Estás vivo!

Bran hizo una mueca de dolor.

—Por ahora. Pero te juro por la barba del Señor del Estío que como ese cabrón me haya tocado el hígado…

—¡Tam! —gritó Mano Lenta por encima de los devaneos de su tío —. Estás aquí para matar a la Reina, ¿verdad?

Ella asintió.

—Pues hazlo. Yo me encargo de este… —Hizo un gesto de dolor cuando se le rompió en la espalda una silla que Hawkshaw acababa de tirarle encima—. Yo me encargo… —Hizo otro cuando una botella le golpeó en el hombro y se rompió con el golpe—. Yo me… —Una segunda botella se le rompió en la nuca—. Me cago en la puta ya, ¿eh? Tú salva el mundo, ¿vale?

—Vale —dijo ella—. Mano Lenta…

—¿Hum?

Tam señaló en dirección a Hawkshaw.

—Ese es el tipo que disparó a Gabe.

Algo se destempló en el enorme rostro del viejo mercenario, y sus gigantescas manos se cerraron en sendos puños. Después dijo, con una voz cargada de amenaza contenida:

—Ah, ¿sí?

Tam ni se molestó en ver qué ocurría después, pero estaba segura de que si había una manera de volver a matar al alcaide, Clay Cooper sería capaz de encontrarla. Se hizo con el arco y corrió junto a Branigan.

—Tío, ¿estás bien?

Los ojos del anciano se perdieron un momento en la distancia antes de centrarse en ella.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque tienes una espada dentro.

—Bueno… ¿acaso no hay una espada dentro de todos nosotros? —dijo guiñándole un ojo, como si acabara de decir algo muy profundo. Y, bueno, en realidad sí que había dicho algo profundo, para ser justos.

Tam hizo todo lo posible para ignorar los gruñidos y los golpes que oía a su espalda y se centró en el caos de la calle. Era muy complicado distinguir a los vivos de los muertos, ya que Astra iba resucitando mercenarios tan rápido como caían. Era como ver diez mil batallas librándose al mismo tiempo, por lo que Tam tardó unos pocos segundos en encontrar la que buscaba.

Rosa y Cirrolibre se habían quedado solos. La compañía que los

escoltaba se había separado por bandas y todas hacían lo que podían para mantener a raya a la Horda. Llegados a ese punto, todos los sirvientes que rodeaban a Astra eran mercenarios caídos, lo que obligaba a Rosa a asestar tajos a varios de sus clones mientras se acercaba a la hechicera.

Madrigal canturreaba como un coro en manos de Cirrolibre. *Vellichor* parecía ligera como una pluma en manos de Rosa. El druin y ella luchaban con una compenetración perfecta, cortando y girando como bailarines en mitad de una pelea.

Eran intocables, imparables, hacían gala de una gracilidad salvaje que Tam, que los veía desde las alturas, habría definido como «primordial». Como un maremoto o un desprendimiento, o un incendio que se propaga descontrolado. Así era como Rosa y Cirrolibre se abrían paso a través de los muertos vivientes de Astra y ganaban impulso a cada paso.

Un fuerte golpe sacó a Tam de su ensoñación. Miró a su espalda y vio que Hawkshaw se levantaba con torpeza por detrás de la barra. El alcaide tenía unas esquirlas de cristal clavadas en el cráneo, que relucían como un mosaico espeluznante mientras él intentaba saltar por encima de la barra.

—¿Por qué siempre me tocan los más testarudos? —oyó que gruñía Mano Lenta.

Junto a ella, Bran estaba sentado con los ojos cerrados y la barbilla caída sobre el pecho.

—¡Tío!

—Solo estaba descansando la vista.

—No estabas descansando la vista, Bran… ¡Te estás muriendo!

Él parpadeó, alerta de repente.

—¿Muriendo? ¡No me estoy muriendo! ¿Por qué dices eso?

—Pues habla conmigo —insistió Tam. Después se sopló en los dedos que quedaban al aire libre para calentárselos—. Cántame una canción.

—¿Que te cante? —Su inquietud se transformó en un acceso repentino de tos—. Por la sangre de los dioses, niña. ¿Es que no te das cuenta de que me estoy muriendo?

Ella cogió una flecha de la caja y se aseguró de que estaba entera y recta.

—Pues tararea o algo, me da igual. —Preparó el proyectil y miró a lo largo de él—. Cualquier cosa que me sirva para confirmar que estás vivo.

Tam contempló con admiración cómo Rosa acababa con dos de sus dobles no muertos al mismo tiempo. Después giró sobre los talones y

atravesó el pecho de otro con *Vellichor*. Soltó la empuñadura del arma y activó los guanteletes, momento en el que sus cimitarras salieron despedidas de las vainas para que luego ella las lanzase por los aires. *Cardo* se clavó en el pecho de un mercenario pelirrojo y lo arrastró unos pasos. *Espina* le cortó el ala a una arpía que descendía en picado, y la mujer pájaro viró con brusquedad en el aire y se chocó contra el tejado que había más arriba.

Unos segundos después de clavar *Vellichor* en aquel esbirro, la recuperó, giró en redondo y le cortó la cabeza con un tajo de revés. Se lanzó hacia su próximo oponente, con ese brillo cegador y silvano reluciendo en la hoja del arma.

Dicho brillo se reflejó en el rostro de la Reina del Invierno y le llamó la atención. Tam vio cómo la hechicera se estremecía al reconocer la primera espada del arconte y, un instante después, a la mujer que la empuñaba y su pelo dorado, que relucía como una corona recién forjada.

La Horda al completo se estremeció también y, por un momento, la concentración laberíntica de Astra flaqueó. Las criaturas voladoras y los miles de cadáveres lánguidos se quedaron inmóviles, un reflejo de la estupefacción de su ama.

El crujido de la madera rota amenazó con hacer perder la concentración a Tam. Los músculos de sus brazos empezaban a protestar a causa de todo el tiempo que llevaba disparando, pero ella mantuvo la vista fija en Rosa, a la espera de la señal que sabía que le iba a hacer. Bran le siguió la corriente y tarareó una versión suave y titubeante de la canción que se había convertido en el perdurable legado de su hermana.

Cirrolibre ignoró de manera inexplicable el tajo que uno de los muertos dirigió torpemente hacia sus costillas, empeñado en acortar la distancia que lo separaba de Rosa. La espada le rajó un costado, pero él pasó de largo sin intención alguna de devolver el golpe.

«¿Qué?». —Tam frunció el ceño—. «¿Qué hace?».

El druin le dio un espadazo a un enemigo mientras bloqueaba el martillo de otro solo con la ayuda de su brazo. El golpe le partió la extremidad como si fuese una ramita, pero Cirrolibre cargó contra su oponente y continuó avanzando. Atravesó el rostro de otra de aquellas criaturas con *Madrigal* y luego saltó por encima del cadáver mientras caía sin molestarse siquiera en recuperar la espada.

Tam miró a Rosa, que estaba demasiado ocupada enfrentándose a los fantasmas de su yo del pasado. Íos, la baronesa no muerta del Soplón, se lanzó hacia ella por detrás.

Vaya. La comprensión golpeó a Tam como si le hubiesen dado un

puñetazo, aunque en aquel caso dolió muchísimo más que si la hubiesen golpeado. Una parte de ella se dio cuenta de que en realidad siempre había sabido que todo terminaría así.

Rosa despachó al último de sus adversarios y se giró para defenderse, demasiado tarde.

Cirrolibre se interpuso entre ella y el ataque, y la puñalada de la asesina le atravesó la espalda.

El tarareo de Bran se oyó con más intensidad a causa del súbito silencio que siguió, una manera terriblemente apropiada de hacer que destacase la tragedia que tenía lugar bajo ellos.

«Todas las batallas tienen un precio —le había dicho Cirrolibre en una ocasión—, hasta las que ganamos».

Todo había terminado cuando Tam consiguió enjugarse las lágrimas de los ojos. Durante un instante, Rosa y Cirrolibre se quedaron inmóviles, cara a cara, tan cerca que bien podrían haber compartido un aliento. Y después el druin empezó a caer, moribundo, a sus pies, mientras la asesina, ahora sin cabeza, se tambaleaba hacia atrás convertida en una fuente de sangre que chorreaba del muñón en el que se había convertido su cuello.

Rosa no se detuvo a lamentarse por la muerte, aunque seguro que se le había roto el corazón.

No gritó, aunque seguro que su alma no dejaba de aullar.

Dejó que la aflicción y la furia y el amor se convirtiesen en sus motores, y alzó la hoja azul cielo como una bandera mientras corría hacia la Reina del Invierno.

Astra se preparó para el enfrentamiento, con una sonrisa en los labios.

—Tú —dijo con rabia.

Rosa llamó a *Espina* con el guantelete.

—¡Ahora…

Lanzó la cimitarra hacia la cabeza de Astra.

—… eres…

Falló, claro. Porque era imposible matar a un druin con un golpe directo.

—… mía!

Sus espadas chocaron. Las chispas y los copos de nieve se disolvieron entre ellas. El impulso de Rosa hizo que avanzase hasta el lugar en el que se encontraba Astra hacía tan solo un momento. Derrapó al tiempo que asestaba otro tajo.

La Reina del Invierno se tambaleó ante el embate de Rosa, y Tam, cuyo mundo se reducía a la punta de una flecha, vio un humo negro que surgía de los labios de la hechicera mientras los muertos

empezaban a volver a la vida a su alrededor.

Rosa atacó y atacó y atacó… incapaz de hacer nada contra la presciencia de la druin. Un golpe desesperado hizo saltar por los aires la corona de metal negro de la cabeza de Astra, pero dejó a Rosa del todo expuesta.

La Reina del Invierno dio un paso a un lado y, en el mismo movimiento, lanzó un contraataque mortal. Su espada de alma en pena trazó un arco inexorable hacia Rosa; esta giró la cabeza hacia la compañera de banda que se encontraba en el balcón y asintió.

Bran dejó de tararear. El clamor del combate de Mano Lenta contra Hawkshaw también cesó. Tam relajó los músculos, con el corazón constreñido como un reloj de arena, y el espacio entre un instante y el siguiente pareció alargarse durante una eternidad. Llevaba tiempo con la flecha fijada en su objetivo. Solo tenía que soltarla.

Tomó aliento.

Y la soltó.

—¿Cómo dices? —había preguntado Tam un rato antes.

Rosa se acercó a ella y bajó la voz.

—He dicho que vas a matar a la Reina del Invierno.

—Eso es imposible.

—También decían que era imposible matar al Simurg. —Rosa sonrió—. Y lo hicimos dos veces.

—Pero Astra se lo verá venir —dijo Tam—. Si le disparo, se limitará a esquivar la flecha.

Rosa le puso una mano en el hombro y se acercó a ella.

—Pues dispárame a mí.

Y así lo hizo. La flecha avanzó imparable hacia Rosa, que debería haber usado la espada para desviar el ataque de Astra, pero en lugar de ello la levantó como un escudo y colocó la hoja en el ángulo adecuado.

El asta con punta de metal rebotó en *Vellichor* y abrió un hueco en la garganta de la Reina del Invierno. Astra intentó hablar, pero solo fue capaz de hacer gárgaras a causa del icor negro que brotaba de su cuello destrozado. Y Rosa, con el costado abierto por la espada de la druin, apuñaló a esta con *Vellichor* en el lugar donde antes estaba su corazón. La hechicera murió en ese instante. Su hechizo se desvaneció, y su carne pálida sucumbió a la ira de los siglos mientras se derrumbaba en el suelo como un peso muerto.

Tam oyó un golpe sordo a su espalda y supuso que Hawkshaw, lo mereciese o no, por fin había encontrado la paz.

La Horda al completo se derrumbó al mismo tiempo. Cayeron

como marionetas a las que acabaran de cortarles las cuerdas ahora que no tenían la magia de Astra para insuflarles vida. Los guivernos y los murciélagos lobo descendieron de los cielos en espiral mientras se apagaban las llamas de sus ojos.

Rosa aún seguía en pie. Tenía la espada de la Reina del Invierno clavada en el costado, y Tam (que miraba con pena e incredulidad a través del borrón en el que se había convertido su arco) hizo una mueca de dolor cuando Rosa se la sacó con dedos cubiertos de sangre. La mercenaria estuvo a punto de caer hacia delante, pero convirtió el movimiento en un paso torpe, luego en otro, y avanzó tambaleándose entre cuerpos desmembrados y armas destrozadas hasta que llegó adonde se encontraba Cirrolibre, muerto en un lecho de cadáveres de Rosas cubiertas de sangre.

Le dio la impresión de que la ciudad al completo se había quedado estática, a excepción de los copos de nieve, que caían, caían y caían.

Y Rosa cayó con ellos.

Epílogo

La promesa

Lo que sigue es un extracto de *Corazón de Tierra Salvaje*, primera de las memorias de Tam Hashford. Algunos de estos pasajes pueden encontrarse en la canción titulada *La balada de Rosa la Sanguinaria*, cuya autoría también recae en Tam Hashford, según la creencia general. *Corazón de Tierra Salvaje* fue adaptada a los escenarios posteriormente por Kitagra el Eterno, quien cambiaría el título a *Fábula: una historia de amor*.

Conthas ardió hasta los cimientos. Al parecer, era algo que pasaba cada cierto tiempo. Cada pocas décadas, un incendio se descontrolaba hasta reducir la ciudad entera a cenizas. Los lugareños lo interpretaban como un momento de renovación. Una oportunidad para empezar de cero, para dejar atrás lo viejo y crear algo nuevo.

Tabernas nuevas, por ejemplo. Nuevas guaridas para los traficantes de rasca, nuevas casas de apuestas y fosos de lucha libre. Nuevas cervecerías, nuevos locales para jugar a los dados, para beber o para irse de putas. En mi opinión, Conthas es un poco como un fénix drogata, ninfómano y borrachuzo al que no le da la gana permanecer muerto.

Pero en esta ocasión no fue así. En esta ocasión sí que murió para siempre.

Hay mucha gente que teoriza sobre la razón por la que ocurrió. Cura lo achaca al mal tiempo. Dice que todos los que fueron lo bastante inteligentes como para marcharse de la ciudad antes de que llegase la Horda se habían asentado en Brycliffe o en Cincorreinos al llegar la primavera y ni se plantearon siquiera regresar. Roderick cree que, como los monstruos habían empezado a criarse en cautividad en lugar de capturarse en el Corazón de la Tierra Salvaje, solo era cuestión de tiempo que Conthas, lugar de aprovisionamiento durante décadas de las bandas que eran lo bastante valientes como para aventurarse en el bosque, dejara de ser un lugar útil.

Yo tengo una teoría diferente: creo que está encantada.

No digo que haya fantasmas ni guls que vayan por ahí pateando la ceniza del suelo todas las noches (aunque es probable que los haya), sino que es un lugar que tiene algo… raro. Hay que tener en cuenta que en ese valle murieron casi doscientos mil hombres, mujeres y monstruos. El fuego se ocupó de sus cadáveres, pero sospecho que una parte de ellos se quedó allí. Hay una sensación casi palpable de reproche en el ambiente. Una

inquietud escalofriante que se hace la pregunta: «¿Cómo llegamos a esto?».

En mi opinión, no hay nada tan antieconómico ni tan inútilmente trágico como una batalla que no debería haber tenido lugar. Todos perdimos algo en Conthas. Algunos más que otros. Algunos muchísimo más que otros.

Esperamos a que pasase el invierno en la posada de Clay, que la Horda había ignorado de camino al sur. Coverdale también se libró. Astra no quería destruir nuestros hogares, lo que le importaba eran nuestras almas.

Brune se partió las dos piernas cuando ese «elefante de los huevos» (como dice él) le cayó encima, por lo que pasó los meses siguientes recuperándose junto a un fuego mientras bebía el whisky de Clay e intercambiaba historias con Roderick y el tío Bran, cuyo hígado al fin sí que se había visto afectado por la espada de Hawkshaw. Por suerte, Moog conocía a un cirujano que fue capaz de reemplazar el órgano ensartado de Bran por uno que pertenecía a un orco que acababa de morir en combate.

Si estáis interesados en conocer los beneficios de tener el hígado de un orco, podéis buscar a mi tío y preguntarle vosotros mismos. En serio, no deja de hablar del tema.

Cura no quiso mucha compañía durante las semanas posteriores a la batalla. Dormía durante días y a veces se quedaba mirando la nada durante horas. A menudo me la encontraba tocándose la piel con la punta de los dedos, rozando unas cicatrices que ya no eran visibles. Al menos no para mí. Los tintosos, tanto los recuerdos como las personas a las que representaban, eran una parte tan íntima de su pasado y una tan arraigada a su personalidad que me pregunto si llegará a acostumbrarse en algún momento a vivir sin ellos.

Ella y yo… bueno, es complicado. No voy a hablar del tema aquí, en parte porque no sé ni cómo explicarlo. Me hace feliz. Y yo intento hacer lo mismo. Reímos juntas, lloramos juntas y nos acostamos juntas. Darle un nombre como que sobra un poco.

Es mi mejor amiga. Y sí, la amo.

No le digáis que he dicho eso.

Hablando de amoríos, lady Jain y Daon Doshi se casaron esa primavera en el patio que hay detrás de la posada de Mano Lenta. Aunque resulte sorprendente, Roderick fue el testigo del capitán, mientras que las damas de honor de Jain fueron nada más y nada menos que las diecisiete integrantes de las Flechas de Seda.

—Vas a necesitar un barco más grande —oí que Rod decía a Doshi mientras avanzaban por el pasillo.

Hubo bailes, bebidas y fuegos artificiales (cortesía de Arcandius Moog). Una de las veces que fui al baño a orinar, me topé con Clay Cooper, que se encontraba en el patio delantero, debajo del arce que empezaba a verdear. Había una lápida nueva junto a las raíces, y a la luz de las estrellas vi unas sencillas letras esculpidas.

Me di cuenta de que se trataba de la tumba de Gabriel. Le pregunt é qué decía.

Y él respondió:

—Fuimos grandes como gigantes.

Cuando Brune fue capaz de caminar sin muletas, empezamos a hacer planes para ir al norte. Cura y yo queríamos ver la costa (yo siempre había querido visitar Puertolibre, y ella insistió para que viese una puesta de sol en Aldea), pero yo quería pasar primero por Ardburgo.

Nos marchamos de la posada de Mano Lenta por la mañana. Tally suplicó a sus padres que le permitieran venir con nosotros. Insistió en que ya tenía casi quince años y era una mujer hecha y derecha. Clay parecía estar de acuerdo en permitírselo, pero Ginny se negó.

Se nos unió justo cuando estábamos a punto de llegar a Coverdale Moog, que nos iba a acompañar hasta Hozford, hizo que la joven jurase y perjurase que no se había escapado de casa. Como prueba de que sus padres le habían dado su bendición, señaló el escudo de madera negra que tenía amarrado a la espalda: un regalo de despedida de su padre.

Sospecho que Tally nos habría seguido tuviese o no permiso para hacerlo. Yo también he tenido su edad. Dioses, en realidad tampoco es que tenga muchos años más. ¿Qué puedo decir? El mundo es enorme, los jóvenes son incansables y las chicas solo quieren divertirse.

De camino a Ardburgo, Brune y Roderick empezaron a hablar sobre su próxima aventura, una que reflejaba el cambio que habían sufrido durante los últimos meses. Cuando llegasen a la ciudad, pensaban comprar los contratos de los supuestos monstruos que vendían o estaban esclavizados allí para luchar en la arena. Los que quisiesen vivir entre los hombres tendrían trabajo como peones o artesanos, mientras que los que fuesen demasiado salvajes o estuviesen muy resentidos quedarían libres pero lejos de cualquier asentamiento humano.

Iba a haber problemas, claro, pero era algo muy noble a lo que aspirar. Si la guerra contra la Reina del Invierno nos había enseñado algo, era que el mal prospera cuanto más nos separamos. Aviva las llamas del orgullo y de los prejuicios hasta que se convierten en un infierno que podría llegar a devorarnos a todos algún día.

A medida que viajábamos hacia el norte, nos quedaba cada vez más claro que, aunque hubiésemos salvado al mundo, no lo habíamos arreglado. Inspirados por las sucesivas victorias de la Horda de la Bruma, las criaturas que no tenían ni idea de cómo había terminado el ejército de Astra se rebelaron por todo Grandual, lo que les hizo flaco favor a nuestras intenciones de reconciliarnos.

Para empeorar las cosas, empezaron a aparecer en todos los cinco reinos las llamadas Sectas de la Muerte: seguidores de la Reina del Invierno que practicaban la nigromancia como si fuese calceta, lo que inevitablemente hizo que algunos pueblos terminasen saqueados y plagas de muertos vivientes deambularan descontroladas.

Grandual necesitaba héroes, pero muchas de las bandas de las que se esperaba protección habían quedado diezmadas por la Horda de la Bruma y el resto estaban demasiado ocupadas de gira por las arenas de combate para mover un dedo. Nunca creeréis quién se puso al frente de la protección del reino. Venga. Adivinadlo. Tengo todo el día.

¿Os rendís?

Pues Contha.

A medida que remitía el invierno, los gólems del exarca empezaron a surgir a miles desde las profundidades de Lamneth. Envió emisarios a todos los reinos de Grandual y accedió a apostar constructos en todas las

ciudades que lo necesitasen. La sultana de Narmeer rechazó la ayuda, pero otros (como la reina Lilith de Agria, por ejemplo, cuyo ejército casi había quedado destruido por la Horda de la Bruma) aceptaron al instante. Apostaría lo que fuese a que ahora mismo hay un g ólem defensor en todas las aldeas de Agria, y he oído *decir que los caballeros de duramantio patrullan los caminos que van a Cincorreinos.*

¿Qué hizo cambiar de *opinión al exarca? No tengo ni pajolera idea. Es posible que ver a su nieta le hiciese darse cuenta de que los druins y los humanos no somos tan diferentes al fin y al cabo. Es posible que se sintiese culpable por no haber ayudado cuando más lo necesitábamos y que ahora intente honrar el sacrificio de Cirrolibre sirviendo a aquellos por los que murió su hijo.*

Sean cuales sean las razones de Contha, ahora el mundo es un lugar más seguro gracias a él. Y aun así no puedo evitar acordarme de su poca disposición a reconocer la existencia de Wren o de cómo miraba a cualquier parte excepto al rostro de su verdadero hijo. Supongo que no debería ser tan dura con él. Como bien señaló Cirrolibre en una ocasión: su padre pasó siglos en la oscuridad, por lo que es normal que terminara por convertirse en un tipo raro y huraño.

Llegamos a Ardburgo un día al anochecer y alquilamos habitaciones en La Piedra Angular. Tera y Tiamax se sorprendieron de lo «mayor» que estaba yo, mientras que Edwick insistió en que le tocase la canción que había escrito para Brune. Al día siguiente llev é a Cura de paseo por la ciudad. Visitamos las termas del rey y recorrimos el Mercado de Monstruos. Le presenté a Sauce, quien me dirigió un guiño muy intencionado al despedirse.

Poco después entré en una sastrería. Al salir, Cura me lanzó una de esas miradas tan suyas, pero no dijo nada.

Terminamos por llegar al lugar que en el pasado había llamado hogar. Mi padre estaba trabajando en el molino, pero supuse que regresaría pronto. Miré por la ventana de la cocina y me sentí aliviada al comprobar que no estaba cubierta de polvo ni llena de botellas vacías. No estoy segura de por qué, pero me sorprendí al ver que mi silla seguía estando junto a la mesa, al lado de la de mi madre.

Me moría de ganas de entrar, de enseñarle a Cura mi antiguo dormitorio y presentarle a Tuck. Cuando me preguntó por qué no lo hacía, le conté la promesa que le había hecho a mi padre la mañana de mi partida: no volver nunca, para no romperle el corazón si algún día no podía regresar.

No me gustaba, claro, pero lo entendía. Y aun así…

Estaba segura de que a estas alturas él estaría enterado de lo de Conthas. Sabría que Fábula se enfrentó cara a cara contra la Reina del Invierno y también sabría cómo había terminado todo. Si nunca me volvía a ver, seguro que daría por sentado que había muerto. Le echaría la culpa a Rosa, por haberme sacado de casa. Y a sí mismo, claro, por haberme dejado marchar.

Oí un maullido y al bajar la vista me topé con Lamento, que ronroneaba a mis pies. La cogí y le di un buen abrazo antes de marcharme de allí con Cura. Lam nos siguió durante media manzana y después se volvió.

En los días y noches que han pasado desde aquel momento me suelo

imaginar a mi padre llegando a casa aquel día y encontrándose con Lam en los escalones de la puerta. Puede que la abriese y dejara entrar a la gata sin fijarse en ella, pero estoy segura de que la habría cogido en brazos para saludarla.

Y, en ese caso, también estoy segura de que habría visto el lazo amarillo que le había atado yo al cuello.

Espero que, con el tiempo, llegue a perdonarme por haber incumplido mi promesa.

En ocasiones me preguntan si Rosa la Sanguinaria est á *muerta. Y muchas veces son niñas las que lo preguntan.*

Lo est á *y no lo est* á*.*

Las historias suelen coincidir en que Rosa y la Reina del Invierno se mataron la una a la otra, pero la verdad es bastante más complicada (como suele pasar).

Para empezar, la mujer conocida como Rosa la Sanguinaria siempre fue una ficción. Era un disfraz que utilizaba la hija adolescente y rebelde de Gabe el Gualdo, que estaba tan desesperada por subir al pedestal al que el mundo había aupado a su padre que había llegado a sacrificar su identidad. Rosa no era solo una mercenaria, también era una actriz, una que interpretó tan bien su papel que hasta se olvidó de que no era real.

En mi opinión, Rosa la Sanguinaria murió en un bosque al sur de Coverdale poco después del fallecimiento de su padre. Aún oigo aquel grito reverberando entre los árboles y recuerdo que, cuando volvió a aparecer poco después, había en ella algo diferente. Si me permitís una analogía no demasiado sutil: cuando se corta una rosa por el tallo, nada cambia justo en ese momento. Las espinas permanecen afiladas y los pétalos siguen siendo bonitos, pero esa majestuosidad se desvanece poco a poco. Creo que la muerte de Gabriel también acabó con Rosa la Sanguinaria.

Sea como fuere, no sobrevivió a la batalla de Conthas. Murió como una heroína, luchando por personas que nunca había conocido y por un futuro del que jamás llegaría a disfrutar. Y es por eso por lo que sospecho que al final consiguió la inmortalidad.

Los bardos suelen decir que uno seguirá vivo mientras haya personas que lo recuerden. Creo que, en ese caso, se podría decir que Rosa la Sanguinaria vivirá para siempre.

Anochecía cuando vio las ruinas que había detrás de los árboles que tenía delante. Rodeó las almenas hasta que encontró la grieta donde se decía que Clay Cooper se había enfrentado contra cien caníbales sedientos de sangre. Clay solía bromear y decir que él solo había contado noventa y nueve, pero ella supuso que habían exagerado los números. El bardo de Saga no había sobrevivido a la batalla, por lo que los demás integrantes de la banda eran los únicos que conocían la verdadera historia.

La puerta de la fortaleza estaba destrozada. Normal. Al fin y al cabo, estaba en el Corazón de la Tierra Salvaje. Había criaturas letales que acechaban en el bosque, sobre todo de noche. Escaló por el muro

de piedra agujereado y se aupó entre dos parapetos llenos de musgo, con una mueca de dolor en el rostro al sentir que los puntos que le habían dado en el costado amenazaban con abrírsele. Después corrió y saltó sobre un hueco en la muralla para llegar al fin hasta la escalera derruida que llevaba al interior de la fortaleza. Estaba oscuro, por lo que sacó la caracola con púas que llevaba en el morral y sopló hasta que el pálido resplandor rosado fue suficiente para iluminar su camino.

Llevaba años sin recorrer esos pasillos, pero los conocía muy bien. Saga no había sido la única banda que resistió un asedio en aquel lugar. No tenía muy claro cuál era su destino, pero sí que tenía cierta idea de dónde encontrar lo que buscaba. O a la persona que buscaba, mejor dicho.

Oyó un sonido, una voz, y sus manos empezaron a temblar de repente. Se le secó la boca, y el corazón le empezó a latir desbocado como el de un pecador que busca refugio detrás de la puerta de una capilla. Percibió una luz frente a ella y, cuando dobló la siguiente esquina, vio a dos figuras sentadas frente a una hoguera chisporroteante. Una de ellas era enorme, un constructo de bronce pulido cuya cabeza con forma de tetera estaba un poco ladeada, como si escuchase con atención el parloteo entusiasmado de su acompañante. La otra era…

—Wren —dijo.

La selfa se giró. La luz del fuego hacía que el pelo le reluciese plateado y le cubría el rostro de sombras. Se preguntó durante unos segundos si la niña la reconocería siquiera.

—¿Mami?

Se había olvidado de respirar, de hablar incluso, por lo que se limitó a ponerse de rodillas y a extender los brazos mientras su hija se abalanzaba hacia ella.

Había soportado durante muchos años el peso de un nombre que no era el suyo. Ansiaba vivir sin esa carga, volver a ser Rosa a secas después de tanto tiempo. Pero ahora parecía que volvía a estar destinada a vivir con otro apodo.

«Mami». —Sonrió y respiró el olor a agua fresca que brotaba del pelo de su hija—. «Me gusta cómo suena».

Agradecimientos

Hace poco me he dado cuenta de que escribir un libro como aspirante a autor y hacerlo cuando ya te han publicado son dos viajes muy diferentes. Crees que conoces bien el terreno, pero luego te das cuenta de que el mapa ha cambiado y te encuentras deambulando a ciegas por un territorio que creías haber conquistado.

Por suerte, usé algunas estrellas como guía para no perderme, y no hay ninguna más constante que mi querido amigo Eugene, que resultó ser un apoyo inquebrantable y un crítico muy útil, y que siempre estaba dispuesto a hablar conmigo sobre una escena, un personaje o el puto libro entero si hacía falta. Sin él, me habría perdido sin remedio.

Heather Adams (mi agente) y Lindsey Hall (mi antigua editora) fueron fuentes de sabiduría inestimables. Lindsey hizo las veces de psicóloga en varias ocasiones y le estaré eternamente agradecido por nuestra relación, tanto profesional como de amistad.

Y eso me lleva hasta Bradley (mi nuevo editor) y hasta Emily (mi nueva editora en el Reino Unido). Trabajar con ellos en esta ocasión ha sido un absoluto placer. Ya fuese por comentar referencias a videojuegos como dos locos aficionados con Bradley o por debatir el verdadero significado de «sonrisa asimétrica» con Emily, este libro es mucho mejor gracias a ellos. Ambos son maravillosos en lo que hacen y estoy muy agradecido por haber podido recorrer este camino a su lado.

También me gustaría dar las gracias a todos los trabajadores de Orbit, campeones que defienden libros que sin duda les encantan, y a los artistas Richard Anderson y Tim Paul, cuyas cubiertas y mapas (respectivamente) me inspiraron todos los días.

Hablando de campeones, también estoy en deuda con los miles de lectores, escritores, blogueros y reseñadores que leyeron *Reyes de la Tierra Salvaje* y dijeron cosas bonitas sobre ese libro en internet o a sus amigos o en sus librerías locales. Me gustaría agradecer en especial a los integrantes de los grupos de Facebook *Fantasy Faction* y *Grimdark Fiction Readers and Writers* y a las comunidades de lectores de r/fantasy y Goodreads. Os debo mucho. También a Scott McCauley y a Félix Ortiz por haber creado unas ilustraciones fantásticas de mis libros, que me hacen sentir muy honrado.

Si escribiese aquí el nombre de todos los amigos que he hecho desde que empecé a publicar, conseguiría romper mi récord de palabras escritas en un solo día. En lugar de ello, voy a limitarme a darle las gracias a Mike, Petros, Petrik, Melanie, Ed y RJ. A los demás, prometo invitaros a una cerveza la próxima vez que nos veamos.

También hay muchos autores que me han ayudado muchísimo (sí, te miro a ti, Sykes), pero Sebastien de Castell y Christian Cameron han ido un poquito más allá y me han dado consejos muy valiosos e incluso su más valiosa amistad a lo largo de este último año.

Pero a quien más debo es a mi familia. A gente como Bryan Cheyne, Natasha McLeod y a la paciencia infinita de Hilary Cosgrove. Mis padres no han dejado de animarme y hasta venden mis libros directamente, como si fuesen biblias en la víspera del Día del Juicio Final. Nunca podré llegar a agradecerles todo lo que han hecho por mí. También merecen mi gratitud los nuevos miembros de mi familia: mi hermanastra Angela, mi sobrina Morley y mi sobrino Maclean. Os quiero a todos y mi vida es mucho más rica ahora que formáis parte de ella.

Y, por último, a Tyler.

No hay palabras suficientes en el mundo para expresar lo orgulloso que estoy del hombre en el que te has convertido y cuánto me alegro de ser tu hermano. Te he dedicado *Rosa la Sanguinaria*, pero lo cierto es que me gustaría compartir contigo todas las palabras de todos los libros y todos mis logros, sean grandes o pequeños. Te quiero, Ty.